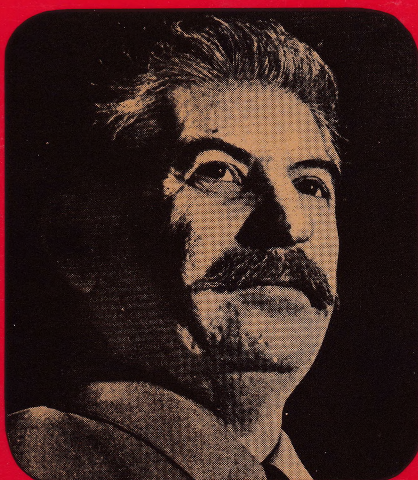
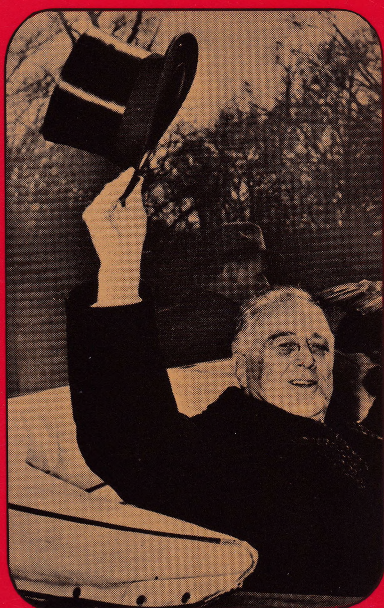
BERNARD FAY

LA GUERRA DE LOS TRES LOCOS







ORGANIZACION sala EDITORIAL

«EL MITO DE LA GUERRA»

El libro de Bernard Fay nos depara toda una serie de sugestivas interrogantes: ¿Qué es lo que hace brotar la guerra? ¿El amor propio? ¿El sueño de dominación?... ¿La intransigencia?... ¿El prestigio de una determinada forma política?... Las preguntas serían interminables. El autor de este libro examina muy de cerca el estallido de la Segunda Guerra Mundial y, especialmente, algunas de las características más acusadas de tres de sus protagonistas más relevantes: Roosevelt, Stalin y Hitler. Evidentemente, conviene tener bien a la vista esta afirmación, la Segunda Guerra Mundial tuvo también otros protagonistas de feliz memoria.

Sin pretensión alguna de dogmatizar, el autor, muy en el fondo de su obra, nos viene a decir que el auténtico protagonista de tan dramático suceso lo constituyó el inmoderado deseo de implantar una política exclusivamente democrática. «La democracia, como democracia, es decir, estricta y exclusivamente como norma del derecho político, parece una cosa óptima. Pero la democracia exasperada y fuera de sí, la democracia en religión o en arte, la democracia en el pensamiento y en el gesto, la democracia en el corazón y en la costumbre, es el más peligroso morbo que puede padecer una nación.»

No estamos en presencia de un libro en el que se expresen constantes tesis belicistas, sino, por el contrario, ante una obra que analiza el por qué de una contienda. No faltan, como es bien sabido, libros sobre la guerra, puesto que, como ha señalado un eminente pensador español, «desde que en 1625 publicó Grocio su libro sobre el derecho de la guerra y de la paz, las prensas han gemido con este motivo tanto como las madres de los soldados que morían. Pero esta literatura sobre la guerra, aparte de los libelos torpemente apologéticos y de ocasión, ha consistido o en la organización jurídica de la guerra misma o en su utópica sustitución por imaginarias legislaciones. La cuestión previa, que es la decisiva —el hecho de la guerra y el derecho a ella—, no ha encontrado todavía sus clásicos. Sólo ha encontrado políticos de una u otra mano, que han contribuido a enturbiarla más».

Por eso mismo, afirmaba en memorable ocasión Ortega y Gasset, «los que sean verdaderamente enemigos de la guerra, como yo lo soy, deben concentrar frente a las tesis belicistas sus esfuerzos dialécticos. Dialécticos, digo, porque es seguro que no dejará de haber guerras mientras el pensamiento no las venza intelectualmente. Después de logrado esto, aún sobrevendrán dolorosas y cruentas enemistades entre los pueblos; pero entonces, y sólo en-

tonces, tendrán el carácter de bárbaras acciones».

Hay, en efecto, en la guerra un motor biológico y un impulso espiritual que son altos valores de humanidad. El ansia de dominio, la voluntad de que lo superior organice y rija lo inferior, constituyen dos soberanos ímpetus morales. Pero si en la guerra hay eso, la guerra no es eso. Reducido el fenómeno bélico a esos términos, todo era llano para Scheler, y, en realidad, no habría cuestión...»

En todo caso, acaba señalando Ortega y Gasset, «toda guerra que lo es verdaderamente descansa, de igual suerte que el duelo, en el principio caballeresco que implica el respeto y la afirmación de la persona del contrario y hasta incluye que sea ésta, en el acto mismo dirigido a destruir su organismo, tanto más profunda y cordialmente afirmada y estimada cuanto mejor y más eficazmente responde al golpe con un contragolpe tal vez mortal. Este matar es un matar sin odio, es un matar con el ánimo de la más alta estimación. De aquí proviene la majestad de la terrible obra. Por ella ha ido unido siempre en la historia el derecho a guerrear a cualidades perfectamente circunscritas, sobre todo al reconocimiento del hombre armado como una persona libre».

En definitiva, pensamos, tal vez la guerra surge por el sugestivo deseo de defender lo que se denomina habitualmente «los derechos del hombre». Ahora bien, volvemos al pensamiento orteguiano, nótese que los «derechos del hombre» tienen un contenido negativo, son la barbacana que la nueva organización social, más rigurosamente jurídica que las anteriores, presenta a la posible reviviscencia del privilegio. A los «derechos del hombre» ya conocidos y conquistados habrá que acumular otros y otros, hasta que desaparezcan los últimos restos de mitología política. Porque los privilegios que, como digo, no son derechos, consisten en perduraciones residuales de tabús religiosos.

Sin embargo, no acertamos a prever que los futuros «derechos del hombre», cuya invención y triunfo ponemos en manos de las próximas generaciones, tengan tan vasto alcance y modifiquen la faz de la sociedad tanto como los ya logrados o en vías de lograrse.

De todo esto se nos habla, de manera desenfadada, en el libro de Bernard Fay. ¿Historia?... ¿Novela?... ¿Política?... Claridad absoluta, precisión y objetividad son las premisas sobre las que descansa el edificio monumental de este, por tantas razones, importantísimo libro.

José María NIN DE CARDONA
Director de la Organización Sala Editorial, S. A.

BERNARD FAY

LA GUERRA DE LOS TRES LOCOS

(HITLER, STALIN, ROOSEVELT)

ORGANIZACION SALA EDITORIAL

MADRID

TITULO ORIGINAL:

«LA GUERRE DES TROIS FOUS»

LIBRAIRIE ACADEMIQUE PERRIN
PARIS (Francia)

TRADUCCION DE
ELOY FUENTE HERRERO

©
ORGANIZACION SALA EDITORIAL, S. A.
Glorieta de Cuatro Caminos, 6 y 7
Madrid-20
(PRIMERA EDICION, Enero 1974.)

Derechos reservados para España.

Printed in Spain

Depósito legal M. - 2071 - 1974

I.S.B.N 84/358/0057/1

Gráficas Hercaip - Ingeniero Conde de Torroja, 24 - Madrid

PROLOGO

El presente europeo y sus problemas

MEDITACION EN TORNO DE LA SEGURIDAD EUROPEA Y EL PROBLEMA SOVIETICO

por

JOSE MARIA NIN DE CARDONA

SUMARIO

La rabiosa actualidad del tema de Europa.—La «artificiosidad» de algunas convicciones socio-políticas y socio-económicas europeas.—¿Posee Europa un espíritu de auténtica colaboración?—La especialísima situación geográfica europea.—Las «alianzas» han perdido su sentido.—La lucha constante por un utópico «equilibrio» europeo.— Lo que de verdad quiere Europa: su «autorrealización».—Una afirmación pesimista: en orden a una futura unión europea todo está por decidir.—Rusia y sus ideas personalísimas sobre la política internacional de nuestro tiempo.—La «política soviética» es algo más que una simple meta de «coexistencia pacífica».—La «presencia» de China. Los «temores» de la U.R.S.S.—Lo que Rusia anhela.—Cierto «malestar» interior en la U.R.S.S.—La «obsesión» soviética por la seguridad europea.—¿Se debe al anhelo de la reducción de fuerzas y armamento, por parte de la Unión Soviética, a que ha comenzado a advertir los síntomas de su decadencia doctrinal?—Las «notorias» diferencias existentes entre la política internacional soviética y la de cualquier otro país del mundo.—La Europa de la libertad.—La última esperanza de nuestro mundo actual: la organización de la paz.

LA RABIOSA ACTUALIDAD DEL TEMA DE EUROPA

Desde hace más de dos décadas el tema concerniente a la problemática social, política y económica de Europa no ha perdido la menor actualidad. Esa actualidad no sólo ha sido suscitada por la gravedad propia de cada uno de los problemas que se han ido sucediendo, no obstante ser algunos de índole gravísima, sino, por el contrario, por la atención ferviente que los intelectuales han consagrado, desde tiempos inmemoriales, a cada uno de esos problemas. Ya nos lo advirtió Ortega en uno de sus libros más preclaros —«Meditación de Europa» (1)— al subrayar, entre otras muchas cosas, que «los pueblos europeos están desde hace siglos habituados a que conforme van aconteciendo los cambios históricos haya gentes que se encargan de intentar aclararlos, de procurar definirlos. Ha sido ésta la labor de la pura intelectualidad. No creo que la pura intelectualidad tenga en la historia un papel cuantitativamente muy importante, pero la realidad es que los organismos europeos estaban habituados a contar con que se haga luz sobre lo que va pasando. Es una función, como la vitamínica, de escaso valor cuantitativo, pero sin la cual el organismo no puede vivir».

Por otra parte, como el profesor Jesús Fueyo ha dicho (2), esa rabiosa actualidad del tema europeo es sostenida principalmente por un hecho importantísimo, a saber: que Europa, en rigor, no ha sido nunca otra cosa que un inmenso laboratorio en el que se han engendrado las más extrañas ideologías. Europa, además, piensa excesivamente en el pasado y olvida el inmediato devenir, es decir, el futuro presente. Por eso mismo, nos indica el autor citado, «la revolución europea no es una cosa que esté hecha. Es una empresa en la que hay que poner en juego todas las potencialidades para lograr que la emergencia llegue hasta el máximo. La revolución europea es, en primer lugar, una gran empresa nacional. Constituye una gran responsabilidad para los gobiernos en ejercicio de sus prerrogativas actuales el comprender el mundo de dentro de diez, quince o veinte años. La educación europea está todavía llena de resabios, o, para ser más exacto, nuestra imagen y nuestra visión del mundo toman siempre por centro nuestro solar. Hacer cualquier día el delicioso experimento de establecer tres cuadros sinópticos de la historia europea, tomando, por ejemplo, el manual que se estudia en un colegio español, en un colegio francés y en un colegio alemán. Veréis que parece imposible que hayan ocurrido las mismas cosas en ese espacio vital. Es un problema de desenfoque por virtud del cual los ejes del desarrollo del futuro cruzan siempre el solar entrañable en que a uno le ha sido dado nacer. Hay otra cuestión, incluso superior a esta necesidad, de una preparación europea en todos los terrenos y de una orientación europea de la mentalidad juvenil. Hay el hecho de no caer en el

error de que Europa es solamente la Europa Occidental. Tened en cuenta que un europeísmo latente y quizá de un signo muy diferente está surgiendo y animando también la Europa que queda allende el muro de la vergüenza. Es menester pensar que, dada la estructura revolucionaria del proceso europeísta, aquí se va a plantear también forzosamente la idea de un esquema revolucionario de Europa. Es muy posible que las exigencias de la geopolítica y de la política internacional obliguen en el futuro a Rusia a conceder un margen de acción europeísta a esta Europa que nosotros mantenemos mentalmente sumergida y que también está haciendo a su manera su milagro. Nadie que tenga en cuenta sencillamente el peso de las realidades políticas ignora, por ejemplo, que pueblos como Checoslovaquia y Yugoslavia pesan hoy más en la realidad mundial que pesaban antes de la guerra. Así, pues, la empresa revolucionaria de Europa tiene que acometerse con orden, pero sin vacilación; pues como se ha dicho alguna vez, las guerras pueden perderse, lo que no se puede perder es una revolución; quien pierde una guerra no sufre nada más que una derrota física.»

¿Existe, en rigor, un auténtico progreso en orden a la unidad europea? He aquí, en efecto, la gran incógnita. No nos sorprende, pues, que otro gran pensador contemporáneo —René Sédillot (3)— haya hecho la siguiente y muy sugestiva pregunta: ¿Se le abonarán en cuenta a Europa los progresos de la idea europea? Estos progresos son apreciados si se compara el siglo XX con el siglo XIX, pero no con el siglo XVIII. Las élites tenían más espíritu europeo en la época de Voltaire y los pueblos no se han preocupado de Europa más que en la medida en que ésta podía servir o no servir a los intereses particulares. Con seguridad, el sentido de una amplia colectividad estaba más extendido en los siglos romanos.

Resta que Europa gana o pierde terreno, en las conciencias y en los corazones, por las virtudes de un contagio que extiende una publicidad sabiamente ordenada. Los hombres de Estado proceden por afirmaciones que implantan la idea de que Europa es necesaria y su construcción inevitable. «La última oportunidad de salvación, la única salida posible», dice Robert Schuman. (Hitler, si se recuerda, se tuvo por «la última oportunidad de Europa».) «Europa se hace un continente», proclama Jean Monnet, a quien se le concede el Premio Carlomagno de la Paz, *como si el emperador hubiera sido verdaderamente un europeo y un pacifista. «Una realidad ya viva», escribe Pierre Pflimlim. «Europa está en marcha», repite el eco popular.*

Los escritores ocupan también un puesto en el coro. Sociólogos e historiadores, economistas y periodistas, se hacen, con talento, los propagadores de la idea europea. El alemán Keyserling sienta como principio que «Europa se constituye por necesidad natural». El español Ortega y Gasset asegura que «la unidad de Europa no es una fantasía, es la realidad misma». El italiano Benedetto Croce profesa que «desde ahora se asiste en todas las partes de Europa a la germinación de una nueva conciencia, de una nueva nacionalidad». El suizo Denis de Rougemont recurre a la historia para probar que «la Europa unida no es un expediente moderno..., sino un ideal que aprueban desde hace miles de años todos sus mejores espíritus». El suizo Gonzague de Reynold, personalmente fervoroso partidario de la unidad europea, comprueba que «nunca se habló tanto de Europa, se invocó el espíritu europeo, se escribió, se discurrió, se discutió, se disputó sobre el problema».

La prensa y las ondas difunden el tema europeo y hacen penetrar en la masa la certidumbre de la construcción continental. Mientras que Europa, desde Pierre Dubois al abad de Saint-Pierre, sólo era patrimonio de algunos diletantes y, en tiempos de Hugo o de Proudhon, tan sólo de los artistas del pensamiento, se ha convertido en el siglo XX en el pan común y cotidiano de las masas.

Nuevamente en nuestros días, es decir, ahora mismo, se habla obsesivamente del tema europeo, y no precisamente —como observaremos a lo largo y a lo ancho de este ensayo— por motivos estrictamente de orden cultural. Se habla de Europa, de la unidad de Europa, como medio de defensa contra un enemigo común. La publicación de un amplio y muy documentado informe —elaborado por un grupo de profesores dirigidos por el doctor Ivo Lapenna (4)— sobre el tema —profundamente inquietante— de «La seguridad europea y el problema soviético» contribuye, una vez más, a despertar la atención sobre Europa. Atención que, como enunciábamos al inicio de esta meditación, nunca ha decaído, jamás ha conocido la crisis que origina el olvido, nunca ha abandonado —o en rarísimas ocasiones— la primera página de los grandes rotativos. Europa, quiérase o no, pesa, inquieta y está presente en el mundo. Pero, como vamos a comprobar, Europa tiene muy serios problemas que resolver antes de poder establecer un frente común, antes de hacer realidad la anhelada unidad o comunidad de afanes y deseos socio-políticos.

LA «ARTIFICIOSIDAD» DE ALGUNAS CONVICCIONES SOCIO-POLITICAS Y SOCIO-ECONOMICAS EUROPEAS

Prácticamente, aunque existe un considerable número de autores que se oponen sin disimulo alguno a la veracidad de esta idea, Europa, excepción hecha de la idea del cristianismo —que muy bien pudo constituir un motivo para la aproximación de los diversos estamentos europeos—, nunca ha tenido un motivo claro y definitivo para conseguir establecer una base sólida de unión bajo la cual no existiese, más o menos encubierta, una estructura esencialmente política. Por eso mismo, circunstancia que debemos de recordar, aquí y ahora, no le falta razón al profesor Muñoz Alonso cuando nos indica que el «cristianismo no sólo fue el núcleo espiritual fundante de Europa, sino que representa el principio energético para la integración de los pueblos en la única Europa posible y, por tanto, en la única Europa viable y realizable. Esto quiere decir —y dice— que las formas y formalidades históricas de los pueblos europeos, recognoscibles en sus concreciones nacionales, en régimen de nacionalismos más o menos exasperados, no responden a unas exigencias derivadas en línea recta de principios cristianos, sino a unas manifestaciones superables en sí mismas, de elaboración puramente política. Puede afirmarse que las naciones europeas, sin que supongan una declarada contradicción política con los principios cristianos, no han sido, y hoy ciertamente no son, expresión adecuada ideal y progresiva de esos principios. Son construcciones del artificio político, que habrá que juzgar aceptando el criterio de la unidad del género humano como aspiración ideal suprema; partiendo para ello de la unidad de origen, pero, sobre todo, de la unidad de destino, que es el que ennoblece, dignifica y dota de sentido al origen (5).

Consecuentemente, también nos lo dice el profesor Muñoz Alonso (6), «las nuevas estructuras a las que trata de ajustar su configuración económica, social, política y religiosa la Europa actual, no se ofrecen como modificaciones o evolución homogénea de las naciones europeas. Por tanto, cuando a la Europa del mañana se la pretende edificar, construir o amasar con piedras talladas por los artífices del nacionalismo, lo que se consigue es debilitar a las naciones frente a un endemoniado arquitecto asiático de confusiones inhumanas, no consiguiendo, por otra parte, levantar el edificio armonioso de una Europa de las esperanzas cristianas de los hombres.

Las nuevas estructuras suponen una óptica original y de largo alcance, unos hábitos mentales y manuales —también manuales de nueva formación—, un replanteamiento de las dimensiones sociales y comunitarias de la persona humana. Hay que llegar al convencimiento de que el carácter social y político de la persona humana no es sólo una propiedad de la persona humana, sino una condición esencial de su afirmación como realidad consciente. El hombre es responsable no sólo ante sí mismo, sino ante los demás. Y es la socialidad la que reafirma al hombre en la seguridad espiritual —y no sólo física— de su individualidad concreta y singular».

¿POSEE EUROPA UN ESPIRITU DE AUTENTICA COLABORACION?

Tal vez, no nos atrevemos a subrayarlo con un tono dogmático, en este extremo radique la causa de la problematicidad europea, a saber: en la carencia o inclinación a colaborar, dentro del ámbito de lo estrictamente político, de común acuerdo. Y no deja de ser curioso que, por ejemplo, en otras áreas —la económica, la cultural, la científica— sí impere ese espíritu de rigurosa veracidad. Hoy mismo, valga por caso, leemos en el suplemento dominal extraordinario de uno de los principales rotativos españoles (7) lo siguiente: «Los intercambios científicos y técnicos están llamados a contribuir eficazmente a la seguridad europea y a la cooperación Este-Oeste. Así se desprende tanto de sus implicaciones políticas y económicas como de las características de la revolución científico-técnica contemporánea.

En el terreno político, dichos contactos —dentro del marco de la ampliación de los lazos económicos intereuropeos— favorecen la coexistencia pacífica entre Estados cuyos regímenes sociales son diferentes. La historia nos enseña que los intercambios activos y mutuamente ventajosos contribuyen a la disminución de la tensión, pues previenen el desarrollo de situaciones «explosivas».

En el terreno económico, la amplia cooperación entre los países de Europa oriental y occidental resulta bastante prometedora para todos, pues permite utilizar con mayor eficacia el inmenso potencial productivo de nuestro viejo continente, casi tan poderoso como el del resto del mundo. Europa es, por tradición, el principal centro de la división internacional del trabajo, incluso en sus desarrollos más progresistas. No obstante, los intercambios científicos, técnicos y comerciales entre los países europeos del Este y del Oeste son relativamente modestos, pese a su extensión durante el último decenio.»

Ahora bien, se nos dice en el estudio al que venimos haciendo referencia (8),

«durante estos últimos años se ha esbozado una ampliación de los lazos científico-técnicos. El estudio conjunto de ciertos problema y la aplicación de los descubrimientos mediante sistemas de producción en común se han generalizado en forma de acuerdos bilaterales intergubernamentales. Al principio, la U. R. S. S. procedía con la mayoría de los países de Europa a intercambios esporádicos y exclusivos de científicos y técnicos. Luego vino la fase de los acuerdos culturales y científicos. Dichos contactos tienden a extenderse desde hace cinco años: del estudio mutuo de los resultados obtenidos por cada uno de los componentes se pasa a la organización de trabajos conjuntos, basados en el principio de la reciprocidad de los beneficios».

Pero, centrándonos en el contenido del título del apartado de nuestro estudio —y siguiendo muy de cerca el pensamiento del profesor Muñoz Alonso (9)—, debemos de tener presente que, en efecto, «los problemas que tiene planteados Europa son problemas de colaboración. Esta colaboración no puede venir ofrecida desde las naciones hoy poderosas como una donación graciosa, sino desde la Europa naciente como exigencias determinadas por esa Europa a la que se quiere recrear históricamente. La Europa a la que aspiramos no es la Europa del porvenir, sino la Europa por-traer. *Para que esta Europa no sea un concepto elaborado por viejas abstracciones de filósofos* entrometidos, *sino un modelo de hombres de acción* comprometidos *intelectual, social y espiritualmente, es preciso el abandono de esquemas ortopédicos desgastados por el propio uso pertinaz, que les convierte en peligrosos obstáculos para aliviar la invalidez nacionalista.*

No se trata, pues, de europeizar a las naciones del Viejo Continente desintegrándolas, ni de invadir el mundo lejano con proyectiles desde plataformas de lanzamiento levantadas en Europa, ni de asegurar a Europa contra un Oriente amenazador, amurallándonos con textos medievales. Al contrario; la Europa de nuestras aspiraciones y desvelos se presenta como una realidad ideal, pero concreta y eficaz, de convivencia, en la que los pueblos europeos habrán de reconocer unas estructuras permeables y perfectibles que sirvan a todos los hombres de base vital para el desarrollo de una libertad personal, de unas posibilidades reales y decorosas de existencia material y de una conciencia espiritual de lo que significa ser hombre entre los hombres. En este sentido, los pueblos descubiertos en el hervor de gracia y de aventura han de ser considerados con categoría de metropolitanos y no mirados con atavismos coloniales, para la configuración de las nuevas estructuras que adopte Europa. Las convulsiones de la América que llaman latina no son una respuesta del primitivismo originario indígena frente a la cultura clásica española o frente a los nuevos esquemas europeos, sino la expresión de rabiosa autenticidad ante la ineficacia o abandono de Europa en colaborar con Hispanoamérica, con la América que dicen latina, para formar y establecer las nuevas estructuras.

Los pueblos con los que Europa no se siente paritariamente solidaria no serán sólo extraeuropeos; se levantarán como pueblos antieuropeos. Ningún pueblo consentirá en ser parasitario de Europa, pero son muchos los que cifran su orgullo en ser paritario con ella. Es decir, ser también ellos Europa.

Una integración no es, ni puede ser, una fusión; tampoco una unificación es como un producto o una suma. Europa no puede ser una totalización, ya que la realidad de Europa se nutre y nutrirá de miembros vivos, vitales y vitalizadores, en intradependencia, no sólo en interdependencia. Una Europa unida por el miedo

de perecer no será una Europa integrada e integradora, sino un sobresalto continuo que cederá el poder económico y político, en alternativas de sucesión despótica, de mano en mano. Las nuevas estructuras de Europa, que convertirán a Europa en una nueva estructura, no pueden ser modeladas por una de las naciones de la vieja Europa o por un Continente nuevo, sino que habrán de consentir todas en la determinación derivada de la Europa actualizada para asegurar un futuro.

De todas formas convendría añadir a cuanto antecede lo siguiente: que a diferencia de los hombres pertenecientes al resto del mundo, el europeo, como es bien sabido, siente un ansia de libertad que llega a convertirse en irreprimible obsesión. «El hombre europeo —por lo menos el auténticamente europeo— no puede vivir si no vive en libertad; si la libertad no es su vida, su alimento y su aliento. Pero, a su vez, los hombres —por lo menos los europeos— no aciertan a vivir su vida en libertad si no reconocen en la autoridad unas posibilidades necesarias y suficientes. Si la autoridad es la posibilidad condicionante del vivir de los hombres —posibilidad necesaria y suficiente—, quiere decir que el Poder, en cuanto distinto de la autoridad —sea o no separable de la misma—, no es identificable con ella ni puede sustituirla. Al contrario, cuando la autoridad queda absorbida por el Poder, desmembrándose en él, el Poder agusana la autoridad y la corroe. La autoridad, pues, es siempre funcional en términos de relación con la libertad. La autoridad se pierde en la medida y grado en que la libertad no queda asegurada, servida y potenciada por ella. Asegurar, servir y potenciar a la libertad es una función esencial y progresivamente legitimadora de la autoridad. Lo cual nos lleva a afirmar que no es precisamente la libertad la que asegura, sirve y potencia a la libertad. Cuando se encarga a la libertad esta función de sí misma se hunde el hombre en el anonadamiento personal y la sociedad se desorganiza en una demagogia incontenida. La libertad por la libertad no es una proclama defensora de la persona humana; es una frase corrosiva de efectos antropofágicos (10).»

LA ESPECIALISIMA SITUACION GEOGRAFICA EUROPEA

He aquí, y en esta ocasión perfectamente justificada, otra de las obsesiones que embargan al máximo el ánimo del hombre europeo: la defensa de Europa. La singularísima situación geográfica de Europa impulsa, incluso a sus más pacíficos ciudadanos, a ver la sombra de un enemigo que, observadas las cosas con cierta seriedad, sí puede resultar tangible. No olvidemos, nos lo ha dicho el general González de Mendoza (11), que Europa es hoy, y ha sido, el núcleo central de las relaciones mundiales, pues situada sobre los mares de tráfico más activo: el Atlántico y el Mediterráneo, y abierta, por Suez, al océano Indico, puede afirmarse, sin temor a exagerar, que incluso el inmenso océano Pacífico y sus escasas tierras tienen que buscar sus salidas a alguno de los mares relacionados con Europa.

Y el centro de este centro, si puede emplearse la redundancia, es la que otras veces he llamado la cruz de Gibraltar, un punto singular del mundo, centro de esa cruz, en que el trazo vertical es la relación Europa-Africa, y el horizontal nada

menos que la de América-Europa-Asia-Australasia. Es decir, lo que con frase tan gráfica como vulgar pudiéramos llamar el ombligo de las cinco partes del mundo. Lo que, por otra parte, pudiera explicar fácilmente, si no justificar, las históricas y tradicionales dificultades políticas internacionales en la Península Ibérica, con su posición privilegiada dentro de la privilegiada Europa.

Pero trasladando al plano de Europa esta última consideración sobre la Península Ibérica, su situación privilegada puede ser también causa de sus dificultades y objetivo de las apetencias periféricas, especialmente del continente asiático, con el que dijimos que tiene una fácil frontera de 3.500 kilómetros. Y que esto no es una especulación teórica lo demuestra cumplidamente la Historia, sin que tengamos que detenernos en recordar las principales invasiones del Oriente sobre Europa.

Ello quiere decir que, en el terreno estratégico, Rusia, que geográficamente forma parte de Europa, si bien desde 1917 se halla separada política y culturalmente de ella, constituye el glacis oriental de Europa.

Toda la política internacional de Europa en la Edad Media gira alrededor de esta idea de mantener occidentalizado este baluarte. Logrado el propósito en el siglo XVIII y durante el XIX, Europa, al sentirse segura y sin amenazas exteriores, atendió más a sus rivalidades internas que al propósito de unidad, que había incorporado a Occidente la gran llanura del corazón del mundo, la inmensa estepa europea, a la que se habían sumando los 6.000 kilómetros que hasta el estrecho de Bering representaba —y representa— Siberia, la llanura del norte de Asia, que, por sí sola, representa la cuarta parte del continente amarillo.

Y estas rivalidades, que condujeron a las dos guerras mundiales, han llevado a Europa a la pérdida de su glacis oriental. En la primera se desgajó de Europa. En la segunda se prestó a una unión circunstancial que le libró del peligro inmediato, y una vez que se alzó con los beneficios de la victoria se separó de nuevo.

Pero no es esto lo peor. Antes de la Segunda Guerra Mundial se había separado de Europa. Pero después de ella se pasó al enemigo. Cuando, a consecuencia del torpedeamiento subrepticio que ciertos elementos hicieron a la política anticomunista de Truman, Chang-Kaig-Chek fue desplazado por Mao Tse Tung, y la China continental se proclamó comunista; Rusia, abandonando su papel de glacis de Europa, se volvió contra sus aliados de la Segunda Guerra Mundial que le «dieron» la victoria, en el más amplio sentido de la palabra, y se pasó a Asia, abandonando, o más propiamente, poniéndose en contra, Europa y América, con la esperanza de digerir todo el continente asiático mediante la acción, dirigida por la U. R. S. S., del coloso amarillo. Y al decir que se puso en contra de Europa y América no nos referimos simplemente a ella como aliado, sino como continente; pues si Rusia es el glacis de Europa, Europa es el glacis de América». Comprendemos, pues, el recelo, la inquietud y el temor a la penumbra política que acongoja a los europeos. Pero, evidentemente —ya en líneas anteriores nos hemos referido a esta situación—, la unidad, es decir, la integración, no puede improvisarse de la noche a la mañana. Se necesitan muchísimas cosas y, ante todo, superar ese complejo de crisis permanente *que atenaza a nuestro mundo y, especialmente, a los diversos estados europeos. La realidad, en rigor, no es tan grave, puesto que «lo que pudiéramos llamar la crisis del mundo moderno reposa en dos causas fundamentales y contrapuestas. Falta de aglutinantes espirituales y sobra de me-*

dios de destrucción materiales. Por la primera podemos estar abocados al abismo de la descomposición moral con todas sus consecuencias. Por la segunda, a la hecatombe del propio mundo, y no sólo en su sentido literal de la muerte de cien bueyes, sino en el del suicidio y desaparición de la humanidad.

Para ello hay que concluir que el primer paso para llegar a la unidad, base de toda defensa, y más que en ningún caso en el de la defensa de Europa, es llegar a un ideal común. Y en esta Europa de las viejas patrias, de los nacionalismos cristalizados, de las diferencias étnicas y lingüísticas, el ideal no puede ser otro que el que ya aglutinó en la antigüedad, cuando aún estaba mucho más balcanizada. La vuelta a ese ideal común que se llamó «la cristiandad», y que dio a los países componentes de ella una especie de supranacionalidad, caracterizada por una unidad moral, una unidad política y hasta una unidad material.

Si en este campo de lo material logramos la construcción de un ejército internacional para la defensa de ese ideal común tendrá ya una misión permanente. La defensa de esas esencias permanentes a que antes nos hemos referido.

Pero esto, tan sencillo de enunciar, es muy difícil de conseguir. Porque en la definición de Europa con que hemos iniciado esta disertación va implícito que se pertenece a Europa por hecho y derecho, o no se pertenece. Pero nadie puede arrogarse la facultad de concederlo, y menos con condición previa de desintegración o abandonismo (12)». La unidad, repetimos, no es fácil de conseguirlo, y, por otra parte, la propia Historia lo atestigua, las «alianzas» resultan con muchísima frecuencia harto peligrosas.

LAS «ALIANZAS» HAN PERDIDO SU SENTIDO

Para Henry Kissinger, ese diplomático de sugestiva personalidad y no menor eficacia que se pasea continuamente por el mundo —y que aún le ha quedado tiempo para escribir un extraordinario libro sobre los problemas de Europa (13)—, se ha experimentado un profundo cambio en la naturaleza de las alianzas políticas. Hubo una época, y no muy lejana, en la que aceptando esta fórmula —entre diplomática y mercantil— Europa pensó solucionar su crisis política o, cuando menos, fortalecer una estructura cara a la defensa de los llamados «peligros comunes».

Henry Kissinger, hombre de mundo donde los haya, ha dicho —y no podemos resistirnos a seguir al pie de la letra sus palabras— que justamente «durante la última década ha tenido lugar un cambio importante en la naturaleza de las alianzas. En el pasado, las alianzas se establecían por tres razones básicas: 1) Lograr aumento de poder. Con las armas convencionales, una simple coalición permitía normalmente reunir un poder aplastante. Cuanto más amplia era la alianza mayor era su poder para resistir la agresión. 2) Dejar muy clara la correlación de fuerzas. Se ha dicho muchas veces que si Alemania hubiese sabido al comienzo de ambas guerras mundiales que los Estados Unidos —o incluso Inglaterra— entrarían en la guerra, no se habría producido la agresión. 3) Transformar un interés tácito por la ayuda mutua en una obligación formal.

A decir verdad, estas tres motivaciones son algo incompatibles vistas en su conjunto: El intento de combinar el máximo número de estados para una acción conjunta chocaba, a veces, con el deseo de no dejar ninguna duda acerca de la

motivación colectiva. Cuanto más amplia fuese la alianza más diversos serían los motivos que la animaban y más intensa y directa habría de ser una amenaza para provocar una respuesta unida.

En la era nuclear estas dificultades se han combinado. La guerra nuclear requiere un estrecho control de todas las armas, lo cual es en cierto grado incompatible con una coalición de estados soberanos. Por otra parte, los enormes riesgos de la guerra nuclear hacen menos creíbles las tradicionales promesas de ayuda mutua. En el pasado las alianzas se establecían porque se creían que el riesgo inmediato *de conflicto era menor que el peligro* último *de enfrentarse solo a un enemigo poderoso. Pero la guerra nuclear pone en peligro las vidas de decenas de millones de personas, por lo que algunos aliados pueden considerar que el estallido de la guerra es la peor contingencia posible y, en momentos de crisis, actúan en consecuencia.*

Como resultado de ello, muchas teorías sobre el control nuclear que circulan ahora en el seno de la Alianza Oriental presentan cierta tendencia bien a convertir la O. T. A. N. en una garantía unilateral de los Estados Unidos, bien a poner en cuestión la utilidad de la Alianza misma. El pensamiento estratégico americano se inclina hacia el primer extremo; algunos teóricos franceses propenden al segundo.

En cuanto a los Estados Unidos, los portavoces oficiales han insitido constantemente en que la contribución europea a la fuerza nuclear total de la Alianza es insignificante. Las fuerzas nucleares europeas han sido tachadas de «provocativas», «propensas a la obsolescencia» y «débiles». Durante la Administración Kennedy, algunos altos funcionarios mantuvieron cierto tiempo la postura de que se podía inducir a los aliados a que pidieran al presidente que actuase como Agente Ejecutivo de la Alianza en cuestiones nucleares. Los Estados Unidos han hecho desde entonces varias propuestas de participación nuclear; la característica común de todas ellas ha sido que los Estados Unidos retendrían el derecho a vetar el empleo de las armas nucleares.

Por muy sensatos que puedan parecer estos esquemas, desde el punto de vista de la división del trabajo, el hecho es que perpetuarían la hegemonía americana en materia nuclear. Parece como si se pensase que los aliados son necesarios, pero más para poder aplicar selectivamente el poderío con que se cuenta que para incrementar su fuerza total. Los aliados son útiles porque permiten resistir a la agresión por medios menos apocalípticos que la guerra total. Dentro de semejante estructura conceptual, las decisiones americanas siguen siendo las que realmente cuentan. Las armas nucleares de la Alianza han de permanecer bajo un control central, lo que en la práctica quiere decir bajo control americano. La teoría predominante en los Estados Unidos es una sofisticada elaboración sacada de la situación imperante en los últimos años cuarenta y primeros cincuenta. Su finalidad es hacer más soportable nuestra hegemonía, no acabar con ella...»

Aunque, en rigor, Henry Kissinger sólo muy de pasada se ocupa de los serios problemas que la generalidad de los estados europeos tienen que vencer para lograr la integración, su diagnóstico sobre esta especialísima situación nos parece valioso y acertado: «Todos los estados europeos —nos dice (14)— son el producto de muchos siglos de historia en la que el sentido de la identidad nacional ha sido frecuentemente ligado a lo que distinguía a cada nación de sus vecinas. La independencia de muchos países exigió un largo proceso de luchas contra la

dominación de otros estados europeos. En otras palabras, las naciones de Europa se formaron por caminos que resaltaron su unicidad. Además, la administración de la política exterior y la responsabilidad de la defensa nacional se han considerado siempre en Europa atributos clave de la soberanía. Cualquier intento de abolir las naciones-Estado de Europa, o de reducir drásticamente su papel, representa una ruptura mucho más profunda con el pasado que la constitución de los Estados Unidos de América dos siglos antes.

Las actitudes actuales de los estados europeos hacia las formas supranacionales de unidad son tan diversas como sus historias. A los países más pequeños, habituados a la dependencia, les resulta más fácil aceptar las instituciones supranacionales que a los que fueron un día grandes potencias. Italia, donde la nación-Estado nunca se ha consolidado realmente, y la República Federal de Alemania, cuyo sentido de identidad fue aplastado por la guerra, se muestran menos reticentes a amalgamarse en una entidad supranacional que Francia o Gran Bretaña, los países europeos con un historial más dilatado como grandes potencias.

La debilidad relativa de la nación-Estado europea en el período de postguerra se debía, en parte, a la debilidad económica de Europa y a su temor a una invasión procedente del Este. Pero la recuperación económica ha contribuido a reducir la receptividad europea a los axiomas políticos americanos. Esto ha coincidido con la creencia de que está finalizando la amenaza soviética, fenómeno alentado también por la política americana.

Todos estos factores tendrían un poderoso contrapeso si Europa deseara asumir el papel global que le asignaba el Gran Proyecto. Pero el proceso de descolonización ha reducido mucho el interés de Europa por los asuntos extra-europeos. Y en cuanto al papel de Europa, la nación-Estado no es tan anacrónica como se dice a veces. Si los países europeos desean limitar su política exterior a Europa, entonces los esfuerzos conjuntos exigidos por las condiciones modernas son en su mayoría de naturaleza técnica o económica. Y éstos pueden dejarse en manos de expertos, quizá incluso de comisiones supranacionales de expertos. Pero no requieren las instituciones políticas supranacionales que propugnan los Estados Unidos.

Por último, la hipótesis de que la integración económica conduciría inevitablemente a la unidad política y que las instituciones del campo económico podrían trasplantarse a la arena política ha resultado excesivamente optimista. En el campo económico los problemas son principalmente técnicos. En el seno de cada gobierno europeo existe una arraigada tradición de confiar estas cuestiones al funcionamiento automático de la economía de mercado o a un grupo de expertos. Por otra parte, la política exterior entraña, por su propia naturaleza, cuestiones de prestigio y de poder, que son mucho menos susceptibles al compromiso.»

LA LUCHA CONSTANTE POR UN UTOPICO «EQUILIBRIO» EUROPEO

He aquí, en efecto, otra de las viejas cuestiones que Henry Kissinger, con su indudable autoridad, examina en las páginas del libro al que hemos hecho referencia (15). Para el hábil e inteligente diplomático, «la reorganización de Europa a que se refería De Gaulle tendría lugar después *de que la ideología comunista*

dejara de dominar en la Unión Soviética, es decir, cuando Rusia volviera a ser un Estado nacional, y no ideológico, que persiguiera una política dictada por sus intereses nacionales. Y ésta es precisamente la eventualidad postulada por cuatro administraciones de postguerra como requisito previo a un arreglo final.

En realidad, piensa Kissinger, los análisis que hacen franceses y americanos de las tendencias soviéticas no son tan diferentes como la controversia sugiere en ocasiones. Ambos mantienen que el sistema soviético se transformará al llegar a cierto punto. Ambos creen que esta transformación marcará el punto de partida de negociaciones fructíferas. Difieren no en el hecho de la evolución, sino en su naturaleza; no sobre la deseabilidad última de un arreglo diplomático, sino sobre quién será el portavoz de Occidente cuando esto ocurra. Pero sobre todo difieren acerca de la naturaleza de un orden internacional estable y el papel de los individuos en él.

Los Estados Unidos tienen cierta tendencia a creer que la paz y la estabilidad son «naturales». En consecuencia, la causa de las crisis estará más en la mala voluntad personal que en las condiciones objetivas. Si la tensión persiste es porque los dirigentes comunistas siguen mostrándose irrazonables; se puede aliviar esa tensión estableciendo una atmósfera de confianza y buenas relaciones personales o mediante un cambio de actitud por parte de los soviéticos. Como resultado de ello, la política americana hacia la Unión Soviética ha oscilado entre dos métodos opuestos: Durante los períodos de tensión los Estados Unidos suelen suponer que la política soviética es dirigida por hombres ideológicamente inspirados y llenos de intenciones ocultas que actúan según planes a largo plazo cuidadosamente elaborados. Durante los períodos de distensión los dirigentes americanos han actuado frecuentemente como si se pudiera llegar a un arreglo a través de buenas relaciones personales con sus colegas comunistas. Ambas aproximaciones conducen a no concretar nada. Cuando los soviéticos se muestran agresivos se piensa que las negociaciones son útiles, y cuando se muestran conciliadores hay siempre cierta resistencia a perturbar la atmósfera favorable. En ambos casos las declaraciones políticas americanas imaginan un mundo en el que se han acabado todos los conflictos y las naciones viven bajo «imperio de la ley».

La postura de De Gaulle es más histórica. La paz no es para él un arreglo definitivo, sino un nuevo equilibrio de fuerzas, quizá más estable que el anterior. «Ahora bien, en último término, y como siempre, sólo en el equilibrio hallará el mundo la paz.» Y un equilibrio nunca es permanente, sino que hay que reajustarlo mediante luchas constantes. La tensión, según De Gaulle, no se debe tanto a las actitudes personales de los dirigentes comunistas como a la dinámica del sistema que representan. Para él, la inestabilidad interna es el rasgo característico de los grupos dirigentes comunistas.

«A lo largo de mi vida, la ideología comunista ha estado personificada por muchas personas... Cada uno de esos portadores, a su vez, condena, excomulga, aplasta y, a veces, mata a los otros. En cualquier caso lucha firmemente contra el culto a la personalidad de los otros.»

Habiendo erigido un sistema antinatural, los dirigentes soviéticos están sometidos a constantes presiones que les llevan a distraer la atención hacia aventuras exteriores.

«... hay, en esta barahúnda de imprecaciones y demandas organizada por los soviéticos, algo tan arbitrario y tan artificial que uno no puede por menos de

atribuirla, ya sea al desencadenamiento premeditado de frenéticas ambiciones, ya sea al deseo de alejar la atención de grandes dificultades: esta segunda hipótesis me parece la más plausible, puesto que, a pesar de las coacciones, el aislamiento y los actos de fuerza en que el sistema comunista encierra a los países que están bajo su yugo, y a pesar de ciertos éxitos colectivos que han logrado a base de exprimir a sus súbditos, en realidad sus retrasos, escaseces y fracasos internos, y, sobre todo, su carácter de opresión inhumana se dejan sentir más y más entre las élites y las masas a quienes resulta más y más difícil engañar y subyugar.»

LO QUE DE VERDAD QUIERE EUROPA: SU «AUTORREALIZACION»

Es realmente curioso que, no obstante los pronósticos tan pesimistas que sobre esta cuestión ha existido, Europa haya logrado antes, luego de las dos terribles guerras mundiales, su resurrección económica que su apoteosis política —todavía por conseguir—. Stuart de la Mahotière lo explica en un bellísimo y profundo trabajo, de esta manera (16): «La victoria sobre Alemania en 1945 dejó a Europa en ruinas. Su economía estaba desmembrada, sus recursos casi exhaustos. El desastre sólo podía repararse con ayuda americana. Para su eterna gloria, el pueblo americano no repitió el error que había cometido tras la Primera Guerra Mundial cuando retornó al aislacionismo y se olvidó de los asuntos de Europa. Después de la Segunda Guerra Mundial los americanos prestaron ayuda inmediata al Viejo Continente. Todo les impulsaba a hacerlo.

Su único rival —la U. R. S. S.— estaba firmemente atrincherada en las fronteras del mundo libre, y amenazaba con barrer Europa desde la Alemania del Este hasta el Atlántico, estableciendo a su paso gobiernos títeres comunistas. Sólo el poder atómico americano impedía a los rusos abatir las defensas occidentales. El presidente Roosevelt en sus últimos años pensaba que era posible la coexistencia con Stalin. Sus sucesores pensaron de otro modo. La Alianza Atlántica preservó los frutos militares de la victoria. Pero podía perderse la paz si la economía de la Europa Occidental se hundía en un colapso irreparable. Al que seguiría el caos político. La respuesta inmediata fue el plan Marshall. Entre 1948 y 1952 los Estados Unidos destinaron 13.812 millones de dólares a la Europa Occidental —3.421 millones a la Gran Bretaña, 2.753 a Francia, 1.511 a Italia, 1.389 a Alemania y el resto a los países más pequeños—. De hecho se inyectó mucho más a la economía europea a través de capitales flotantes que incluían encargos militares, portes marítimos, etc., que entre 1945 y 1955 ascendieron casi a los 26.000 millones de dólares, sin tener en cuenta el adiestramiento técnico que junto con la ayuda se prestaba.

El plan Marshall (que recibió su nombre del general George C. Marshall, jefe del Estado Mayor norteamericano en época de guerra, y después secretario de Estado con el presidente Truman) se distribuyó muy acertadamente a través de la Organización Europea de Cooperación Económica, que más tarde se transformaría, con la incorporación de los Estados Unidos, Canadá y Japón, en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos.

En 1961 la O. E. C. E. consideró cumplida su tarea e hizo transferencia de sus poderes a la O. C. D. E. Sus logros habían sido notables. En trece años la

mayoría de los dieciocho países miembros —Australia, Bélgica, Dinamarca, Alemania Occidental, Francia, Grecia, Irlanda, Islandia, Italia, Luxemburgo, Holanda, Noruega, Portugal, Suecia, Suiza, España, Turquía y el Reino Unido— habían logrado un grado de prosperidad hasta entonces desconocido. Los países más importantes habían más que doblado su producción industrial desde la guerra. La O. E. C. E. había propugnado una vasta liberalización del comercio y había establecido una Unión Europea de Pagos paralela como cámara de compensación para equilibrar las deudas de las monedas fuertes. En 1958, monedas cuya convertibilidad había estado estrechamente controlada, como la libra y el franco, pasaron a ser libremente convertibles, y esto constituye buena medida del éxito logrado.

La tarea de la O. C. D. E. era continuar donde se había detenido la O. E. C. E., es decir, lograr «el índice de crecimiento más alto posible y un nivel de vida creciente en los países miembros, manteniendo la estabilidad financiera», contribuyendo así a un ordenado desarrollo de la economía mundial. Un segundo objetivo era el de contribuir a la expansión económica de países miembros, así como la expansión del comercio mundial en una base multilateral y no discriminatoria de acuerdo con las normas internacionales. Aún hoy proporciona base para una reunión regular de ministros y altos funcionarios del mundo occidental, y dirige grupos de trabajo para estudiar problemas particulares. Podemos citar como ejemplo al doctor Otmar Emminger, director del Bundesbank, alemán, al cargo de los asuntos monetarios internacionales, a quien se pidió en 1969 que dirigiera un estudio sobre la reforma monetaria.

Pero correspondió a la O. E. C. E. no sólo ser el principal arquitecto de la asombrosa recuperación económica de Europa en apenas una década, sino también mostrar que la ayuda colectiva (como opuesta a la ayuda bilateral) era una primera etapa hacia la integración económica. El sendero de la integración ya había sido trazado por el economista francés M. Jean Monnet, el padre fundador de la Comunidad Económica Europea. Este recibió grandes alientos de los norteamericanos a su idea de unos Estados Unidos de Europa, por los que trabaja activamente aún, pese a sus ochenta y un años.»

UNA AFIRMACION PESIMISTA: EN ORDEN A UNA FUTURA UNION POLITICA EUROPEA TODO ESTA POR DECIDIR

La posición de Stuart de la Mahotière frente al extremo que viene ocupando nuestra atención, por resultar tal vez excesivamente realista, es muy poco optimista. Y esta afirmación no es gratuita, dado que, entre otras muchas cosas, nos dice (17) lo siguiente: «El punto de partida para cualquier discusión sobre el futuro político de Europa es que el Tratado de Roma no dispone nada respecto a la integración política de Europa. La idea de la integración está implícita, puesto que pocas políticas económicas están ausentes de contenido político, pero en ninguna parte se menciona de modo específico. Los padres fundadores intentaron, sin duda, que la Comunidad fuese un primer paso hacia la unificación política de Europa, realmente hacia una unión federal de estados de Europa, en el sentido más auténtico. Pero no todos los países han interpretado el Tratado a esta luz.

De Gaulle, desde luego, no, y el único partido que lo ha hecho en la Gran Bretaña ha sido el liberal.

El partido laborista mantiene dos actitudes acerca de lo que acepta en el Tratado de Roma. Unos favorecen la completa integración con Europa, lo mismo que los liberales. Otros, incluido el señor Harold Wilson, aceptan la Comunidad como una entidad económica, *pero no como una entidad* política *en desarrollo, con características supranacionales. Respondiendo a una pregunta en la Cámara de los Comunes, el primer ministro dijo categóricamente que el gobierno no apoya «y no apoyaría ninguna estructura federal o supranacional» para las relaciones de la Gran Bretaña con Europa.*

Más tarde repitió esta idea en un banquete, en julio de 1969, subrayando que la Gran Bretaña únicamente aceptaría lo que estaba en el Tratado de Roma, aunque era consciente, según es de suponer, de que el propio Tratado contenía un alto grado de supranacionalismo en la forma del voto de la mayoría en el Consejo de Ministros.

Durante el Congreso de Parlamentarios Europeos celebrado en La Haya, en noviembre de 1968, el señor Edward Heath, jefe del partido conservador, se opuso a la creación de organizaciones supranacionales más allá de las ya existentes de la C. E. E., e implícitamente aceptó la versión gaullista de los poderes limitados que podría ejercer la Comisión después de que el período de transición hubiese concluido en diciembre de 1969. Advirtió que Europa no podría edificarse sin Francia, lo mismo que no podría lograrse sin la Gran Bretaña. Los gobiernos podrían manejar conjuntamente las cuestiones políticas y de defensa, las gestiones militares y los acuerdos comerciales.

Asimismo, durante el debate de la Cámara de los Comunes sobre la primera solicitud de incorporación en mayo de 1961, el señor Harold MacMillan y sir Lionel Heald, fiscal general por entonces, expresaron con claridad la política de los conservadores cuando insistieron en que la Gran Bretaña se incorporaba por razones exclusivamente económicas y que no se proyectaba ningún compromiso político, cosa que no podía exigirse, puesto que el Tratado de Roma no hacía la menor mención a una unificación política. Resulta irónico que los laboristas invirtiesen sus posiciones en este punto cuando el señor Harold Wilson afirmó que los argumentos para incorporarse en una base económica eran firmes, pero discutibles; pero que en una base política «eran realmente muy firmes e incontestables».

Sea como sea, ni laboristas ni conservadores prevén el desarrollo de la Comunidad en una línea supranacional. Como los franceses en la época de De Gaulle, quieren mantener un control estricto por parte de gobiernos soberanos de los asuntos políticos. De esto se sigue que, puesto que los asuntos financieros, comerciales y sociales tienen un alto contenido político, son también más apropiados para un tratamiento a nivel de gobiernos. Aunque estas materias se incluyen dentro de la jurisdicción de la Comunidad y a ellas alude específicamente el Tratado de Roma (títulos II y III).

Sigue, pues, en pie el problema de si la Comunidad ha de desarrollarse según la línea originariamente proyectada, es decir, hacia el federalismo y el supranacionalismo, o si ha de ser una agrupación de estados independientes que cooperen a nivel de gobierno. Las batallas políticas de la próxima década se librarán en torno a este punto.»

RUSIA Y SUS IDEAS PERSONALISIMAS SOBRE LA POLITICA INTERNACIONAL DE NUESTRO TIEMPO

«No es probable —*subraya un autor*— *que la gente de Moscú fortalezca la creencia fuera de Rusia en... su fidelidad a los principios tolerantes y liberales de la vida internacional, afirmando que tal fidelidad fluye inevitablemente de la naturaleza del sistema socio-político reinante en la Unión Soviética. Es posible imaginar que ha cambiado la actitud soviética en tales cuestiones; pero no es posible aceptar la proposición de que no necesita cambiar para satisfacer las exigencias de la coexistencia pacífica...»*

En cierto modo, pensamos, parece una solemne estupidez el afirmar que la U. R. S. S. posee unas líneas esenciales o, mejor dicho, una conducta rigurosísima dentro del ámbito de la política internacional. Justamente, como ha subrayado recientemente el profesor Ivo Lapenna (18), «conforme corresponde a la única superpotencia entre los países comunistas, Rusia tiene una política planetaria (en cambio, China, que quizá abrigue ambiciones mundiales, carece todavía de medios adecuados; su campo de actividad se halla, por tanto, restringido, y no puede clasificársela, hoy por hoy, como superpotencia).

Los actuales dirigentes de la U. R. S. S. son los herederos de los dominios zaristas, así como de la filosofía estatal predicada por Lenin y reafirmada por Stalin. Por tanto, su política exterior es un producto híbrido del imperialismo de la Gran Rusia y la ideología marxista-leninista. La ideología, desnuda de su mística original, se ha transformado en el caparazón de un sentimiento de autorrectitud, lo que les protege de la autoduda. El aditamento ideológico reviste importancia. En efecto, legitima una política cesárea y enmascara las ansias expansionistas. Es un eficacísimo servidor del Estado y se presta —*en formas no asequibles a la autocracia zarista*— *al reclutamiento o empleo de no-rusos en servicio del imperialismo de la «santa Rusia». La justificación ideológica de la política y la disciplina aplicada en nombre de la doctrina son realidades muy vivas que tienden a ser descuidadas en los contactos llevados a cabo entre estadistas o diplomáticos occidentales, y los soviéticos especialmente, con hombres en cierto grado pragmáticos o tecnócratas (de los que el primer ministro, Kosyguin, es un buen ejemplar)».*

LAS BASES ESENCIALES EN LAS QUE SE APOYA LA POLITICA SOVIETICA

Para el autor anteriormente citado (19) es obvio que «las tres bases teóricas principales de la política global soviética son las siguientes:

- *Inviolabilidad del «sistema comunista».*
- *Preservación o restauración de la unidad del movimiento comunista internacional.*
- *«Coexistencia pacífica», es decir, la disposición, en plazo más o menos largo, a mantener relaciones de Estado a Estados con países no comunistas.*

Tales premisas requieren una exégesis. La número uno se refiere, en primer lugar, al sistema interno de la U. R. S. S. Pero comprende también cualquier país del mundo que haya abrazado un sistema análogo, por razones marxistas-leninistas, y una vez que haya recibido el espaldarazo de «socialista» por el Kremlin, e incluso si se hace luego culpable de herejía al desobedecer al pontificado de Moscú. *Esta interpretación armoniza bien con la «doctrina Brejnev», elaborada en el V Congreso del Partido de Trabajadores Unidos Polacos (P. U. W. P.), en noviembre de 1968, la cual dejó bien claro que ningún país aceptado como «socialista» por Moscú puede permitirse cambiar su sistema político y social.*

En el contexto de 1968, la doctrina Brejnev se aplicaba específicamente a Checoslovaquia. Se extiende, sin duda alguna, a otros países de Europa Oriental y a Cuba; pero existen áreas «grises». Por ejemplo, no puede decirse con certitud que es aplicable a Yugoslavia; más aún, cuando Brejnev visitó este país en septiembre de 1971, expuso la doctrina que lleva su nombre y reafirmó el respeto por la soberanía yugoslava. Ahora bien, que tal respeto sobreviva al mariscal Tito es ya una incógnita por despejar. La doctrina Brejnev se aplica probablemente a China (en el grado que Rusia tenga fuerza para influenciar los acontecimientos de allí), siendo elocuente el hecho de que China está considerada como un país socialista descarriado de la doctrina ortodoxa, y no como uno que ha dejado de ser socialista».

LA «POLITICA SOVIETICA» ES ALGO MAS QUE UNA SIMPLE META DE «COEXISTENCIA PACIFICA»

No es la primera vez que un experto en cuestiones internacionales, independientemente del profesor Ivo Lapenna (20), subraya el hecho de que la «coexistencia pacífica» no es una meta permanente en la política rusa, como lo son otros principios, sino más bien un concepto transitorio. En un sentido puramente doctrinal la coexistencia de países socialistas y capitalista o no-socialistas es sencillamente la situación que prevalece hasta que todos los países del mundo abracen al socialismo conforme lo tiene definido Moscú. Este concepto —que implica evitar se produzcan grandes guerras— no se extiende a la ideología. Más aún, la Declaración Comunista Mundial de 1960 (suscrita tanto por Rusia como por China) manifiesta con claridad: «... significa una intensidad de la lucha de las clases trabajadoras de todos los partidos comunistas por el triunfo de las ideas sociales».

De igual forma, el programa del Partido Comunista Soviético, aprobado en su XXII Congreso, en 1961 (y todavía dogmáticamente obligatorio, no obstante algunas de sus previsiones más optimistas, desmentidas luego por los acontecimientos), expresaba una confianza ciega en lo inevitable de la victoria final del comunismo en todo el mundo y, por tanto, en la destrucción de sistemas no-comunistas.

LA «PRESENCIA» DE CHINA

La política interior y exterior soviética está, quiérase o no, profundamente mediatizada e influenciada por la «presencia» de China. Ya no se trata, como décadas atrás, de un «fantasma»: «los rusos se dan perfecta cuenta de que ya sea en fuerza clásica o nuclear, son mucho más poderosos que los chinos, y esperan probablemente posibilidades de un rapprochement *entre Moscú y Pekín, una vez muerto o incapacitado Mao Tse Tung, quizá mediante la rehabilitación de los individuos que apoyaron al malhadado ex ministro de Defensa, mariscal Pang Teh-huai. Con todo el desafío chino es la inquietud número uno de Moscú, estando compuesta de un miedo cuasi animal al «peligro amarillo», verdadera congoja por la labor de zapa china entre las poblaciones no-rusas del este soviético, y el temor de la atracción revolucionaria del maoísmo entre los extremistas de cualquier región del mundo. El problema chino tiene una influencia manifiesta en el tema de la seguridad europea e incumbe a los negociadores occidentales averiguar qué concesiones se hallan dispuestos a hacer los rusos para asegurar su tranquilidad en Europa y quedarse con «manos libres» en Oriente» (21).*

LOS «TEMORES» DE LA U. R. S. S.

Las actuales iniciativas soviéticas en Europa, nos dice el profesor tantas veces citado por nosotros (22) (que la propaganda de Moscú describe como un esfuerzo por la détente) *debe ser examinada a la luz de los objetivos y temores que Rusia, en realidad, abrigue. Hay que señalar aquí un nuevo punto doctrinal a causa de sus repercusiones prácticas en cualquier arreglo europeo. La división de Europa en esferas de influencia no sigue, como en otras épocas históricas, divisorias nacionales o étnicas, sino líneas «sistemáticas», como lo prueba bien la división de Alemania en dos Estados y con regímenes políticos antagónicos. El punto de la doctrina es este: todos los comunistas (los rusos, a «fortiori») consideran su deber ayudar a la lucha de clase revolucionaria internacional y resistir a la «contrarrevolución». Un teorizante soviético pos-Kruschev lo expresaba así:*

«La lucha por la liberación de la clase trabajadora reviste carácter internacional, ya que la solución definitiva del problema «Kto-kogo» («o ellos o nosotros»), en el desafío entre socialismo y capitalismo, es sólo posible en un plano internacional.

Las implicaciones, si nos ajustamos al guión soviético, han de ser que tras la firma de un tratado de seguridad parecería lícito al Ejército ruso, en virtud de la doctrina Brejnev, invadir un país socialista (conforme sucedió en Hungría y Checoslovaquia), con el pretexto de que estaban amenazados por la «reacción». Sería, en cambio, antijurídico que un país occidental prestara ayuda a otro «capitalista» amenazado por un alzamiento comunista (caso de Grecia en los últimos años cuarenta, siguiendo la doctrina Truman) y, más aún, intervenir para derribar un Gobierno comunista recién establecido, incluso en un área considerada generalmente como dentro de la esfera de influencia occidental; ejemplo: Europa oeste o América Latina.

La interpretación de la actitud soviética armoniza con la definición krusche-

viana del «statu quo», según fue dada al presidente Kennedy cuando ambos estadistas se reunieron en Viena en junio de 1961, así como en las entrevistas anteriores tenidas por el jerarca ruso con el periodista Walter Lipmann. La opinión de Kruschev sobre el «statu quo» consistía en que era preciso el proceso y permanente cambio revolucionario en Asia, Africa y demás lugares. Oponerse a esta revolución y, en general, al avance del comunismo por todas partes suponía un intento de alterar el «statu quo», algo que los rusos se creían facultados a resistir.»

LO QUE RUSIA ANHELA

Para el profesor Ivo Lapenna es obvio que «el objetivo político y estratégico soviético que prevalece en Europa occidental es la retirada militar (y, a ser posible, económica) de Estados Unidos, como un preliminar necesario a la neutralización de toda la zona y el ajuste de su economía a las necesidades soviéticas. Después de esto —si es que se llega a tal punto— queda la incorporación de Europa occidental al «sistema socialista».

El objetivo de retirar la fuerza americana, considera el autor a cuyo pensamiento venimos haciendo referencia, se consigue mejor mediante un período bastante prolongado de «paz» en Europa; pues, aunque el presidente Nixon ha reafirmado el propósito U. S. A. de una presencia militar en Europa, y la Enmienda Mansfield tendente a una retirada parcial fue derrotada, la política exterior americana se ve en el trapecio cada cuatro años, y el tratado de seguridad, seguido de un largo período de détente *en Europa, dejaría cada vez más erosionada la voluntad americana de permanecer. Igualmente contribuiría a debilitar la resolución de los europeos en sus obligaciones para con la N. A. T. O. Así, pues, una posible esperanza soviética sería la eliminación gradual de los dos obstáculos principales a un nuevo avance del sistema «socialista» en Europa.*

Que éstos son objetivos soviéticos no puede dudarse, dado que las propuestas comunistas para una conferencia de seguridad europea están vinculadas a insinuaciones para la subsiguiente disolución del Pacto de Varsovia y las Organizaciones del Tratado del Atlántico Norte. Si la N. A. T. O. se esfuma lo mismo ocurriría con el compromiso militar americano de defender Europa. Sin embargo, la desaparición del Tratado de Varsovia dejaría incólume la potencia soviética.

Consecuentemente, puntualiza el doctor Lapenna, así, dos de los posibles temores de la U. R. S. S. quedarían suprimidos, o al menos fuertemente atenuados, mediante un arreglo europeo. Naturalmente, el gran miedo aquí es el sentido hacia el poder nuclear U. S. A. Viene luego el recelo ante el «revanchismo» germano-occidental, pero, aun concediendo que exista, es sólo de importancia secundaria. La interpretación que dan los rusos al revanchismo es el de cualquier esfuerzo occidental para aflojar el dominio soviético en Europa Oriental y, en especial, las tentativas de Alemania oeste para conseguir salgan los rusos de Alemania este y ayudar a la descomunización de Checoslovaquia. Estos son temores reales. Un tratado de seguridad, si facilitaba las comunicaciones Este-Oeste, dejaría a Rusia y a Europa Oriental vulnerables al contagio de las ideas occidentales, pero también podría congelar la frontera ideológica tal como Stalin la dejó.

El tercer posible temor de Rusia, como algo ha quedado insinuado en líneas

anteriores —China—, supera con mucho a cualquier hipotética revancha alemana; no dejando de tener base las sugerencias de que los rusos no desean en forma alguna verse implicados en confrontaciones nucleares —ni incluso en las de tipo convencional, susceptibles de escalada— en el Este y en el Oeste.

La «finlandización» de Europa Occidental parece otro probable objetivo soviético. Es, desde luego, consecuencia previsible de un Tratado de Seguridad Europea, especialmente si éste fuera seguido de una retirada militar americana del Continente. No entra en el propósito nuestro el analizar con todo detalle el impacto de una retirada U. S. A., pues no sólo es una evacuación hipotética, sino que la misma forma que pudiera adoptar la operación es ya una conjetura. Hay, por ejemplo, numerosas insinuaciones para una retirada de la Alianza, por un lado, y por otro, una marcha del personal, pero dejando armas nucleares en poder europeo (mediante la oportuna enmienda de la Ley de Energía Atómica). Con todo, cualquier cosa que pudiera calificarse de retirada mermaría el prestigio de la disuasión americana a los ojos de Europa, dejando expuesta la parte occidental de este continente al juego soviético de presiones y añagazas de détente (23).

CIERTO «MALESTAR» INTERIOR EN LA U. R. S. S.

Si la U. R. S. S., a las alturas de nuestro tiempo, no ha logrado conseguir ni el más pequeño triunfo en los países esencialmente europeos, la culpa se debe, pensamos, al hecho de que nunca, desde 1917, la U. R. S. S. ha podido encontrarse a sí misma: Rusia es, sin duda, el reino de la disidencia, la contradicción y la desorientación doctrinal absoluta. No le falta la razón al profesor Lapenna cuando nos advierte, con palabra segura, que, efectivamente, «en los últimos años la disidencia entre los intelectuales literarios y artísticos se ha visto incrementada con la de la élite científica y tecnológica. Otras zonas de disensión las tenemos en las minorías religiosas y nacionales. Aunque el régimen no recurre ya al terror en el grado que Stalin lo hacía, el aparato represivo del Estado es, en general, muy capaz de tener a raya la disidencia de los intelectuales literarios y de las minorías étnicas y religiosas. Existen pruebas de que las autoridades soviéticas atribuyen más importancia que anteriormente a la publicación en el extranjero de protestas de ciudadanos soviéticos y a la publicidad tan desfavorable que de ello se deriva. El trato dispensado por los soviéticos a judíos y escritores, particularmente Solzhenitsyn, son ejemplos patentes. Sin embargo, este cambio de actitud sigue siendo marginal: no hemos llegado todavía al punto en que una sensibilidad agudizada ante la opinión pública extranjera pueda hacer a las autoridades soviéticas moderar su «imposición de conformidad».

También, lógicamente, contribuye al aumento de ese malestar soviético interno, y en grado bastante considerable las luchas intestinas que tienen lugar en el Politburó (24): «A pesar de las tan voceadas teorías sobre belicistas y pacifistas en la jefatura soviética, no tenemos apenas pruebas de que la política rusa se haya visto afectada en los últimos años por querellas intestinas en las esferas supremas. Hay, naturalmente, discusiones en el Politburó, y es indudable que puede surgir una política de choque o contraste de opiniones. Pero...

1. No poseemos el menor indicio de que exista un grupo pro «paz» al que le conviniera a Occidente ayudar; y...

2. Hay síntomas inequívocos de la forma en que durante los últimos seis o siete años los líderes actuales se han acostumbrado a vivir entre querellas, pero suavizando sus efectos más nocivos mediante componendas. No parecen haberse producido diferencias graves y prolongadas entre los actuales jerarcas a propósito de Vietnam, China, Israel o Checoslovaquia.»

No deja de ser curioso el hecho de que esas luchas internas se hayan producido y se sigan produciendo por un motivo singularísimo: la manera de orientar la educación de las nuevas generaciones. En lo referente a esta cuestión se ha dicho, entre otras muchas cosas, que «el pueblo soviético y su Partido Comunista se preocupan muy especialmente de la educación de la juventud, el grupo más numeroso, en cuanto a edad, y la parte más dinámica de la sociedad. Aprovechando el que la joven generación está menos templada ideológica y políticamente, los ideólogos del capitalismo tratan por todos los medios de introducir en su conciencia, aún no robustecida, la ponzoñosa semilla del individualismo burgués, el nacionalismo y otras lacras del capitalismo. Como es natural, la sociedad socialista, protegiendo a la juventud contra todo esto, se preocupa de su futuro. Para la juventud, que es la heredera de todo cuanto ha sido creado por el trabajo de sus padres y madres, y que es parte inseparable de la nueva comunidad histórica —el pueblo soviético—, tiene una importancia enorme la justa comprensión del significado de esta grandiosa herencia y una clara toma de conciencia de su papel y responsabilidad por el acrecentamiento de las gloriosas realizaciones y hazañas laborales de los constructores de la sociedad comunista (25)». La frase tiene, evidentemente, un fondo triunfalista excesivo. He ahí, claro está, el afluente mágico de las innumerables disputas entre los doctrinarios soviéticos que exageran notoriamente el papel actual, en el futuro presente, de la U. R. S. S. Los líderes moderados soviéticos —que, ciertamente, existen— no son muy bien vistos en el Politburó.

LA «OBSESION» SOVIETICA POR LA SEGURIDAD EUROPEA

Es obvio que la U. R. S. S. se muestra preocupada por lo que Europa, cara a un devenir inmediato, puede representar en el mundo. Por eso mismo, tal y como subraya el profesor Lapenna, «la campaña soviética en favor de una Conferencia de seguridad europea ha ido acompañada de intensa actividad diplomática y una propaganda astutamente dirigida. Los fines de la diplomacia y la propaganda son en este marco complementarios, en el sentido de que ambos buscan escindir y debilitar de otras maneras la Alianza Occidental.

A dos importantes miembros de la misma —Francia y Alemania Occidental— se les ofrecen alicientes destinados a desviarlas de la Alianza hacia una neutralidad, y posiblemente, en su día, a una relación de subordinadas. En el caso de Francia, el objetivo es bien claro: conseguir que los franceses no sean llevados de nuevo a la N. A. T. O., ni tampoco a ningún sistema de defensa sustitutivo europeo. En ambos casos los rusos se han aprovechado de las políticas iniciadas dentro de los países aludidos —la tendencia gaullista de un acercamiento a Rusia, que lleva a un nuevo orden europeo sin presencia norteamericana, y la famosa Ostpolitik del canciller Willy Brandt.

La Ostpolik brinda ventajas especiales, teniendo en cuenta que las potencias occidentales han satisfecho ya las aspiraciones alemanas legítimas que estaba en sus manos hacer, dejando las más difíciles (Berlín, libertad de movimiento, etc.) a merced de los soviéticos, al mismo tiempo que la reunificación como política declarada ha ido declinando en los últimos años. La asociación *que los rusos ofrecen a Alemania Occidental es nebulosa; pero por el mismo hecho de proponerla Moscú hace el juego al deseo de los alemanes —tanto del Este como del Oeste— para un movimiento más libre de mercancías, personas e ideas, y de los germano-orientales, para mayores libertades personales. Siempre que la Ostpolitik pueda proporcionar tales beneficios (en contraste con lo que puede interpretarse como la rigidez negativa de la época Adenauer) los alemanes procurarán no ponerla en riesgo innecesarios, por ejemplo, mostrando una hostilidad excesiva hacia la política soviética (26)».*

Naturalmente, para conseguir los objetivos de la llamada «seguridad europea» los rusos han aparecido, desde hace algún tiempo, como «padres» de la idea de ciertas reducciones armamentísticas mutuas y un moderado equilibrio de fuerzas. Sin embargo, como muy bien ha puntualizado el profesor Lapenna (27), la paternidad de la idea, en rigor, corresponde a una propuesta occidental que la N. A. T. O. expuso por primera vez al Pacto de Varsovia en mayo de 1968. Durante largo tiempo la respuesta soviética fue negativa, quizá por dos razones:

1. Necesidad de mantener un estricto control militar en Europa después de la invasión de Checoslovaquia.

2. La esperanza, o creencia, de que los americanos y la N. A. T. O., en general, terminarían disminuyendo sus fuerzas.

La urgencia de la primera razón ha disminuido y los rusos pudieran haber decidido ya que el aceptar una propuesta M. B. F. R. (Reducciones Mutuas y Equilibradas de Fuerzas) y presionar por su estudio, en resumen, beneficiaría mucho a Rusia, dada la disparidad de fuerzas a disposición, respectivamente, de la N. A. T. O. y del Pacto de Varsovia.

Mirada retrospectivamente, la propuesta parece haber sido hecha sin considerar suficientemente las implicaciones. Un nuevo análisis en cuanto al bando occidental no ha revelado ninguna posición ventajosa desde el punto de vista de la N. A. T. O., sino que señalaba, por el contrario, peligros manifiestos. El desequilibrio y la desigualdad entre ambos bandos originados por la misma disposición geográfica de fuerzas, que es totalmente favorable a la Unión Soviética. Es difícil, por tanto, formular ninguna propuesta concreta que pudiera, por un lado, mantener la seguridad de la N. A. T. O., incluso a su actual nivel, y por otro, tener alguna posibilidad real de que sea negociada.

Se admite, en general, que las fuerzas de la N. A. T. O. han alcanzado ya su «mínimo crítico»; cualquier reducción ulterior supondría virtualmente el abandono de un sistema europeo de defensa. Reducciones cuantitativas equilibradas no harían sino aumentar notablemente la desigualdad actual en provecho de Rusia; reducciones de porcentaje, si bien dejando intacta una relación proporcionada, en la práctica debilitarían de forma catastrófica a Occidente, dado que tal mínimo crítico ya está alcanzado. No obstante, la derrota, el 19 de mayo de 1971, de la propuesta hecha por el senador Mike Mansfield pidiendo una reducción del 50

por 100 en las fuerzas U. S. A. en Europa para finales de año, ha de esperarse continúe la presión en favor de disminuciones, e incluso de retirada. Evidentemente, debe suponerse que los rusos seguirán insistiendo en M. B. F. R. con el fin de avivar tales presiones.

El Grupo de Estudio adelanta la opinión de que con las fuerzas de la N. A. T. O., a nivel mínimo ya irreducible, disminuciones incluso de fuerzas asimétricas (o sea, cortes en porcentaje mayor en el Pacto de Varsovia que en la N. A. T. O.), no serían realistas. Resulta claro que no tendría lógica negociar M. B. F. R., a menos que las fuerzas del Pacto de Varsovia se hubieran reducido antes unilateralmente al nivel aproximado de las fuerzas de la N. A. T. O. y las francesas combinadas. Proponemos que los negociadores occidentales presenten propuestas a dicho efecto al comenzar cualquier discusión o conversación.

En este contexto se hace alusión, de cuando en cuando, en los periódicos, a la «reducción de fuerzas extranjeras en Europa», aunque no existen tales propuestas en un sentido formal, pues ha sido reconocido por ambos bandos que cualquier disminución habrá de alcanzar tanto a las fuerzas destacadas en el Continente como a las indígenas.

¿SE DEBE EL ANHELO DE LA REDUCCION DE FUERZAS Y ARMAMENTO, POR PARTE DE LA UNION SOVIETICA, A QUE HA COMENZADO A ADVERTIR LOS SINTOMAS DE SU DECADENCIA DOCTRINAL?

Se trata, efectivamente, de una simple conjetura doctrinal que posiblemente encierre bastante de verdad. No pocos autores subrayan la gravísima decadencia que, en el orden ideológico, ha experimentado el evangelio socialista: «La ideología marxista-leninista puede considerarse bien como una base filosófica del Estado soviético, bien como un artilugio para obligar a la conformidad y a la obediencia. En la práctica, ambos aspectos se superponen: dejando a un lado las disputas ideológicas de Moscú y Pekín, el «revisionismo» es en realidad un factor permanente en todos los países comunistas, y así el marxismo-leninismo será lo que en determinados momentos pontifique la jefatura del partido. Quienes pongan en tela de juicio cualquier definición nueva son automáticamente herejes, incluso si el nuevo «dogma» contradice la ortodoxia anterior. Esta flexibilidad ha de «aguar» cualquier contento derivado de la relajación de doctrina en el «Commonwealth socialista».

La erosión de ideología (por cambiar la frase) es, no obstante, un acontecimiento de envergadura. El bache entre doctrina y realidad se va haciendo mayor y cada vez más perceptible. No ocurría así en la época staliniana de industrialización forzada, cuando podía afirmarse, con cierta garantía, que la planificación centralizada y la empresa estatal funcionaban satisfactoriamente. Jamás sucedió lo mismo en cuanto a la agricultura, aunque sí podía aplicarse a la industria pesada, acero especialmente. Sin embargo, la eficacia de la planificación staliniana y propiedad estatal en relación con las necesidades ya más complejas de hoy, ha bajado muchísimo. Cualesquiera que sean sus defectos, el sistema de empresa libre se ha revelado mucho más capaz de innovación en esta época de tecnología

avanzada y la conciencia de ello no ha dejado de extenderse dentro de la comunidad científica. Ilustra bien el malestar del sistema que cuando la Unión Soviética registró su gran crisis de rendimiento en los primeros años de la década setenta, se permitió al profesor Yevsei Liberman abogar por el beneficio como un índice de la eficiencia industrial. Esta herejía imperdonable fue, sin embargo, presentada en un contexto de referencias rituales a Lenin. Una vez más la ideología se «doblegaba» con el fin de ajustarse a las necesidades acuciantes del momento.

El partido gobernante justifica su monopolio del poder en razones ideológicas; su potencia se vería fatalmente cuarteada si abandonara formalmente la doctrina marxista-leninista, y, en consecuencia, no lo hará así, al menos en un futuro previsible. Los límites hasta los que puede estirarse la ideología sin que se quiebre no están todavía a la vista. Sin embargo, sigue siendo cierto que toda nueva desviación de la pureza doctrinal prístina implica un deterioro más del sistema, menguando la fe en sus soluciones. El hecho de que el sistema soviético se vea obligado cada vez más a buscar respuestas a problemas complejos y no en los textos marxistas-leninistas-stalinistas, sino en los métodos de la Business School, de Harvard, y en las innovaciones del Instituto de Tecnología de Massachusetts, constituye un fallo muy explorable en los contactos Este-Oeste (28).»

Por otra parte, y así lo ha hecho constar el profesor Lapenna, los líderes soviéticos han actuado casi siempre pensando en hacer realidad la vieja profecía de Marx sobre el «internacionalismo socialista»: «Según las ideas de Marx y Engels, la solidaridad internacional de clase de los trabajadores en todo el mundo había de sustituir a la solidaridad nacional. De una solidaridad de clase así concebida se derivaría una ayuda recíproca entre los trabajadores de diversos países; la prevención de guerras basadas en egoísmos nacionales, y la creación, como corolario final, de una sociedad mundial sin clases. Sin embargo, en la U. R. S. S. se transformó muy pronto en uno de los instrumentos de política imperialista rusa y, salvo el significado externo de la palabra en sí, no se parece en nada al concepto, según lo formularon Marx y Engels. Bajo el dominio de Stalin, internacionalismo, en el uso corriente de la palabra, fue denominado «cosmopolitismo burgués», mereciendo el calificativo de desviación grave.

Por el contrario, el internacionalismo «correcto», en armonía con la línea oficial, es llamado «internacionalismo proletario»; habiendo recibido de Stalin la siguiente definición:

«Internacionalista es quien, sin reservas, sin vacilaciones e incondicionalmente está dispuesto a defender a la U. R. S. S., porque la U. R. S. S. es la base del movimiento revolucionario mundial, y no es posible defender e impulsar el movimiento revolucionario mundial sin defender a la U. R. S. S. Quien piense defender el movimiento revolucionario mundial separándose y yendo contra la U. R. S. S., hace armas contra la revolución y se desliza forzosamente al campo de los enemigos de la revolución (29).»

LAS «NOTORIAS» DIFERENCIAS EXISTENTES ENTRE LA POLITICA INTERNACIONAL SOVIETICA Y LA DE CUALQUIER OTRO PAIS DEL MUNDO

Para el profesor Ivo Lapenna, tantas veces ya citado por nosotros (30), «la doctrina soviética de Derecho Internacional, desde la revolución de octubre hasta la fecha, ha sido siempre instrumento dócil de la política exterior moscovita. En la actualidad refleja las dos imágenes políticas fundamentales del expansionismo soviético —una coexistencia pacífica de dos caras y el también de doble faz internacionalismo socialista—. En ambas esferas del Derecho Internacional —general y socialista— se ha fabricado un sistema de artilugios jurídicos interconectados, destinados a justificar cualquier maniobra emprendida por la jefatura política del Kremlin. Así, actos idénticos ciento por ciento pueden ser enjuiciados, bien como violaciones del Derecho Internacional (nulidad de los tratados, porque son arbitrarios u opuestos a los principios naturales, injerencia en asuntos internos, guerra injusta, agresión, etc.), o como obediencia estricta a sus principios y normas (tratados equitativos y socialistas, guerra justa, ayuda militar fraterna, etc.). El único módulo o criterio a aplicar en no importa qué caso son las conveniencias políticas del momento.

La doctrina soviética del Derecho Internacional «socialista» no justifica la exclusividad y absoluto dominio por la U. R. S. S. en el campo socialista, al mismo tiempo que la doctrina paralela de «coexistencia pacífica» le permite entrometerse, bajo varias formas, en los asuntos internos de todos los demás países. Una combinación astuta de las dos se revela como poderoso instrumento para impulsar la política expansionista de Moscú.

Hay palabras que, aun privadas del todo de su significado primitivo, siguen siendo señuelos para muchos, incapaces de distinguir entre «slogans» hueros y realidades (por eso mismo, piensan los doctrinarios soviéticos, los tratados socialistas, es decir, negociados entre la U. R. S. S. y cualquiera de los países del campo socialista, o tratados suscritos por miembros de este campo entre sí, suponen la más preciosa fuente de jurisprudencia en Derecho Internacional, fortifican este campo como «baluarte del orden y la paz» y contienen la semilla del nuevo orden mundial del futuro).»

LA EUROPA DE LA LIBERTAD

Es obvio que al finalizar esta meditación sobre la problemática europea y la presencia socio-política soviética lo hagamos con una referencia al concepto de libertad, y ello, como vamos a ver seguidamente, por varias razones: «Europa necesita ponerse de acuerdo para esperar el golpe y eventualmente hacer frente con unidad de criterio frente a la avasalladora, y a ratos implacable, actitud de Washington en la materia. John Connally tiene a veces mentalidad y desplantes de prestamista tejano.

Otro tema de apremiante exigencia es la gran modificación creada en la panorámica internacional con el nuevo triángulo de poder que liga a Washington, Pekín y Moscú en una complicada y peligrosa trama. De ella depende no sólo

la paz del mundo, sino el porvenir de las agrupaciones internacionales restantes. La Europa de los «nueve» o de los «diez» es una de ellas. Por muchos conceptos, la más importante. Y aunque militarmente débil, con sus casi trescientos millones de habitantes de alto nivel educativo, cultural y económico, representa un foco de dinamismo histórico que deberá ser tenido en cuenta en los propósitos de los tres grandes poderes antes citados. Urge para ello que su voz se escuche y que además se respalde la opinión mayoritaria de la población. Una Europa que no se apoyase en el consenso libre de sus pueblos sería otra vez como la Europa de Napoleón, o la de Metternich, o la de Hitler: una ficción autocrática al servicio de hegemonías dinásticas o de dictaduras ideológicas (31).»

LA ULTIMA ESPERANZA DE NUESTRO MUNDO ACTUAL: LA ORGANIZACION DE LA PAZ

«La idea de la paz organizada —ha escrito un joven profesor universitario español (32)— pertenece a aquellas ideas de civilización que por ser lentas en su acción y elaboración no son por eso menos positivas y débiles en su estructura esencial. «La paz por el desarme» es ciertamente una idea incompleta, mas no así despreciable e inferior bajo ninguna forma. No deja de ser en cualquier caso una tesis política fundamental, cuyos alcances o resultados reales no son en rigor totalmente improbables o descartables. Es un remedio cuantitativo importante, pero no absolutamente decisorio. Sobre todo, por la profunda dificultad que presenta todo sistema de control e inspección efectivos y porque toda renuncia absoluta en este aspecto parece, hoy por hoy, poco pensable. Dice Raymond Aron en tal sentido que «tanto si se trata de bombas atómicas como de vehículos porteadores es imposible tener una garantía razonable de que el acuerdo por el que dos Grandes se comprometerían a eliminarlos será respetado... Aunque los funcionarios estuviesen autorizados a recorrer libremente el inmenso territorio de los dos Grandes» —hoy podríamos añadir el de la China continental—, no tendrían ninguna posibilidad de descubrir todos los lugares ocultos de armas, si suponemos que uno y otro tuviesen la firme resolución de conservar, violando lo tratado, un cierto stock *de bombas termonucleares. Los recursos del camuflaje son, en el estado actual de las cosas, superiores a los recursos de la inspección.» En todo caso, «un mundo rearmado y en plena carrera de armamentos no es efectivamente un mundo feliz. Refleja más bien un espíritu internacional de lucha planificada y en potencia. La ampliación del «club atómico», entre 1949 y 1964, aparte el dato de los otros Estados (unos diez), situados en el «dintel atómico», renuevan todo planteamiento bajo estas perspectivas. Toda investigación y análisis en estos aspectos merece, por tanto, una atención continuada y máxima. Y como en todo gran deseo del espíritu y de la civilización, hay aquí encontradas actitudes, ya optimistas, ya pesimistas. No creemos, en fin, que un método realista, política y jurídicamente considerado, tenga que perder de vista la lógica trascendencia del problema en toda su dramática extensión.»*

NOTAS

(1) ORTEGA Y GASSET, JOSÉ: *Meditación de Europa.* «Revista de Occidente» (2.ª edición). Madrid, 1966, pág. 20.

(2) FUEYO, JESÚS: *Europa, laboratorio de ideologías* (Curso de Europa en el Mundo Actual). Delegación Nacional de Organizaciones del Movimiento. Madrid, 1963, pág. 220.

(3) SÉDILLOT, RENÉ: *Europa, esa utopía.* Ediciones Guadarrama. Madrid, 1970, pág. 319.

(4) LAPPENNA, IVO: *La seguridad europea y el problema soviético.* Servicio Informativo (Documental Español). Madrid, 1973, núm. 7.

(5) MUÑOZ ALONSO, ADOLFO: *Meditaciones sobre Europa.* Ediciones del Movimiento. Madrid, 1963, pág. 81.

(6) MUÑOZ ALONSO, ADOLFO: Obra citada, pág. 83.

(7) GVICHIANI, GERMAIN: *Del Ural al Atlántico.* «Los Domingos de A B C». Madrid, 17 de junio de 1973, pág. 34.

(8) GVICHIANI, GERMAIN: Obra citada, pág. 37.

(9) MUÑOZ ALONSO, ADOLFO: Obra citada, pág. 84.

(10) GONZÁLEZ DE MENDOZA, ANGEL: *La defensa de Europa* (Curso de Europa en el Mundo Actual). Delegación Nacional de Organizaciones del Movimiento. Madrid, 1963, páginas 229 y siguientes.

(11) MUÑOZ ALONSO, ADOLFO: Obra citada, págs. 91 y siguientes.

(12) GONZÁLEZ DE MENDOZA, ANGEL: Obra citada, pág. 229.

(13) GONZÁLEZ DE MENDOZA, ANGEL: Obra citada, pág. 245.

(14) KISSINGER, HENRY: *¿Crisis de la seguridad europea?* Dopesa. Barcelona, 1973, págs. 23 y siguientes.

(15) KISSINGER, HENRY: Obra citada, págs. 50 y siguientes.

(16) KISSINGER, HENRY: Obra citada, págs. 71 y siguientes.

(17) DE LA MAHOTIERE, STUART: *Hacia una Europa unida.* Dopesa. Barcelona, 1973, págs. 9 y siguientes.

(18) DE LA MAHOTIERE, STUART: Obra citada, págs. 332 y siguientes.

(19) LAPENNA, IVO: Obra citada, pág. 7.

(20) LAPENNA, IVO: Obra citada, pág. 8.

(21) LAPENNA, IVO: Obra citada, págs. 8 y siguientes.

(22) LAPENNA, IVO: Obra citada, págs. 9 y siguientes.

(23) LAPENNA, IVO: Obra citada, págs. 10 y siguientes.

(24) LAPENNA, IVO: Obra citada, págs. 11 y siguientes.

(25) LAPENNA, IVO: Obra citada, págs. 12 y siguientes.

(26) SOKOLOV, I.: *La revolución científico-técnica y el proceso revolucionario* (Revista de Ciencias Sociales). Academia de Ciencias de la U. R. S. S. Moscú, núm. 4, 1972, págs. 80 y siguientes.

(27) LAPENNA, IVO: Obra citada, pág. 18.

(28) LAPENNA, IVO: Obra citada, pág. 23.

(29) LAPENNA, IVO: Obra citada, pág. 27.

(30) LAPENNA, IVO: Obra citada, pág. 47.

(31) LAPENNA, IVO: Obra citada, pág. 50.

(32) AREILZA, JOSÉ MARÍA DE: *Figuras y pareceres.* Ediciones Espejo. Madrid, 1973, págs. 374 y siguientes.

(33) LLEONART, ALBERTO: *Desarme y seguridad colectiva.* «Revista de Política Internacional», núm. 126, marzo-abril 1973. Instituto de Estudios Políticos. Madrid.

Los problemas del pasado europeo

LA GUERRA DE LOS TRES LOCOS

Prefacio

A través de mi vida abigarrada, ningún acontecimiento me ha afectado más que la Segunda Guerra Mundial. Ninguno me ha parecido más importante, más significativo y más misterioso.

Así, nunca he dejado, a la vez que la vivía y después de ella, de intentar comprender sus causas, caracteres y consecuencias. Este libro es el resultado de mis experiencias personales y de mis investigaciones históricas.

Los sucesos de 1968 me han persuadido a publicar este examen.

He aquí lo que puedo decir ahora.

EL AUTOR

PRIMERA PARTE

«Qué rey, si va a hacer la guerra a otro rey, no se sienta primero para considerar si puede enfrentarse con diez mil hombres al enemigo que va a atacarlo con veinte mil. Si no puede, mientras que éste todavía está lejos, le enviará una embajada para negociar la paz.»

(San Lucas, XV, 31-32.)

1. VIENTO DEL OESTE

El movimiento del mar se calmó. Aquel 5 de octubre de 1938, al embarcar para Francia, deseaba todavía que el mar limpiase de mi espíritu la palabra «GUERRA» y el sentimiento penoso que me dejaba mi estancia en América.

Por doquier había oído repetir esas mismas frases, de Nueva Orleáns a Quebec, de San Francisco a Boston, de los cabarets de Harlem a los salones de la Casa Blanca: «¿Cuándo la guerra?» «Pronto será la guerra, no?» Los más insistentes preguntaban: «Bueno, esa guerra, ¿cuándo se decidirán a hacerla, ustedes los europeos?», en el tono con que un pedagogo cansado reclama los deberes del alumno. Los periodistas me interpelaban: «¿Es que su Francia se ha hecho una nación de tercer orden, para no saber desembarazarse de Hitler?» Hablaban como de un partido de fútbol, de un combate de boxeo o de un juego de espadachines.

Primero respondía riendo. Llegaba de París en octubre, con la satisfación de haberme evitado la catástrofe y con el alivio que Munich acababa de extender a través de Europa. Me proponía preparar un libro en Estados Unidos, dar algunas conferencias y reunirme con editores, historiadores y mis amigos, que me eran muy queridos. No quería ocuparme de lo demás, pero tuve que transigir. En cuanto desembarqué, apenas estaba en el taxi, cuando el conductor se volvió para decirme: «Tienen ustedes el ombligo encogido, ¿eh? Es Hitler el que gobierna Europa; no hay nadie que lo meta en cintura. Ustedes querrían que fuesen los bondadosos yanquis, pero ya lo sabemos esta vez; dejaremos que se las arreglen sólos.» Y arrancó tan bruscamente que las maletas me cayeron en la nariz. Conocía demasiado a los taxistas de Nueva York para molestarme, pero cuando tuve que aguantar el mismo estribillo a cada uno de mis amigos, refunfuñaba: «Si queréis guerra, hacedla», intentaba contestarles; sin embargo, pronto comprendí que se me ponía peor y decidí callarme, porque, salvo en Quebec y en Nueva Orleáns, nadie admitía que ese conflicto tan esperado pudiera ser una matanza que arruinase nuestros antiguos países y nuestra civilización.

Esta invitación a la carnicería por parte de buenas personas que no querían dejar su sillón ni su televisión, me pareció primero grotesca. Al final, me exasperó. Observé que los más vehementes se encontraban en los salones más dorados, entre los periodistas conocidos, los catedráticos famosos, los escritores de moda..., mientras que la gente del pueblo seguía tranquila o declaraba que deseaba la paz. Los católicos irlandeses incluso luchaban contra esta corriente, dirigidos por un predicador conocido, el padre Coughlan, que crecía a la sombra de la Hermanita Teresa. Bien instalado en ese santuario, difundía protestas y sarcasmos contra

los paladines de la guerra. Una batalla de opinión se libraba a mis ojos. Y, curioso por saber qué pensaban los dignatarios, fui a Wáshington para ver al Presidente.

Con ocasión de su victoria sobre Hoover en 1932, había seguido su campaña electoral y publiqué acerca de él el primer libro que apareció en Francia. Había admirado su dominio, la flexibilidad de su maestría y su destreza para mover las multitudes. Ante él, las mujeres lloraban de emoción, los hombres adoptaban un aspecto grave y seguían paso a paso sus explicaciones, entremezcladas sabiamente de audacia, teorías sociales, números, promesas y embustes, rociado todo ello con esa vulgaridad que seducen a las multitudes y encanta a los periodistas. Se guardaba de pronunciar el nombre del adversario, para no darle ninguna publicidad; a la vez, eso le hacía parecer generoso sin impedirle acribillar al enemigo con flechas aceradas.

Había dicho, en mi obra, el placer que sentía viendo una obra tan bien hecha, y había añadido algunas alabanzas del coraje físico de un enfermo que dominaba, a la vez, su cuerpo, su destino y su pueblo. Esas páginas gustaron, abriéndome las puertas de la Casa Blanca. No obstante, yo evitaba pedir audiencia, porque a Roosevelt le molestaban, quedándose en palabras de cortesía vaga, vacía y decepcionante. Al contrario, como había descubierto, en sus conferencias de prensa desplegaba todos los recursos de su figura, de su fuego y se entregaba a veces a confidencias lanzadas sabiamente y subrayadas en seguida por la frase ritual: *«Off record, pleasse, Gentlemen»* (No lo anoten, señores, por favor).

Se descubría entonces la complicidad que unía al Presidente y a la prensa. En Estados Unidos, el Presidente puede pasarse tan poco sin los periodistas como éstos sin él. El es en el nuevo mundo el centro de todo lo que se hace y de todo lo que se va a hacer, y nada se hace sin él. Además, necesita la opinión pública para dominar al Congreso, siempre suspicaz y presto a manifestar su independencia, deteniendo un proyecto presidencial. Ahora bien, en aquella época, los periódicos manejaban todavía a la opinión y los corresponsales en Wáshington gozaban de un prestigio particular. La radio y la televisión, sin duda, comenzaban a permitir la relación directa entre la Casa Blanca y el pueblo, pero la conversación pasa y el hombre moderno nunca comprende bien lo que oye si no lo puede releer inmediatamente. En casa, en el club y en el bar, el periódico sigue siendo el evangelio, el texto sagrado, la base de todas las discusiones y de todos los comentarios. Roosevelt lo sabía demasiado para olvidar estos aliados preciosos, pero poco seguros.

Un buen día de noviembre de 1938, traspasé el umbral de la Casa Blanca; al entrar en ella, tenía siempre la impresión de penetrar en casa de un comerciante fastuoso del siglo XVIII, cuya mansión estuviese bien gobernada y, los invitados, mal escogidos: tanto contrastaba la cortesía, algo rígida, de los secretarios y servidores con la desenvoltura de los periodistas y políticos con quienes me codeaba.

Como extranjero, me otorgaron el favor de admitirme en el estrado, detrás de la silla de ruedas del Presidente, al lado del Ministro de Asuntos Exteriores, el amable Hull, y pegandito a los policías que velaban por el Presidente; ponían tanto celo que me habrían maltratado a gusto si Hull no me hubiese tomado bajo su protección.

Roosevelt y sus periodistas me ofrecían un espectáculo sabroso; después del silencio que saludaba la entrada del cochecito presidencial, se elevaba la frase ri-

tual, mezcla de encanto, de familiaridad y de camaradería, por la que el Presidente invitaba al diálogo. Me parecía el montero que anima a su jauría antes de la caza. Después, de todos los rincones, salían las preguntas como los ladridos, de los perros. Escogía con maña las que les convenían y se ponía a discurrir en ese tono medio y jovial y medio serio que le gustaba. Su astucia consistía siempre en atrapar al vuelo la pregunta de un periodista amigo, hundiendo las malévolas o indiscretas. Este ejercicio de habilidad duraba de veinte a cuarenta minutos. Hacia el final, para terminar en grande, hacía callar a todos con un gesto amistoso y, grave el rostro, les ofrecía una noticia fresca que no debían difundir antes de ocho días, como al final de la caza se arroja una cuarta de carne ensangretada a la fatigada jauría. Los periodistas se iban entonces repletos, animados y, de ordinario, satisfechos; en todo caso, plantados.

Aquel día, el espectáculo me parecía deslucido. Roosevelt epilogaba sobre las elecciones recientes, en época en que intentaba purgar a su partido de los elementos más conservadores, que lo molestaban. Norteamérica, bastante próspera, lo seguía; pero la oposición se endurecía y se dudaba ya de si podría ser reelegido en 1940 por segunda vez, cuando la tradición parlamentaria lo prohibía. La sala se vaciaba. El Presidente giró su silla y se volvió hacia mí. Después de algunas cortesías sobre París y sobre *«Le Figaro»* en el que yo escribía entonces, me dijo bruscamente: «¿Cuándo va a terminar Francia con Hitler? Lo ignoro, señor Presidente, pero no creo que sea tarea fácil. El verano pasado atravesé Alemania: los bosques de Turingia estaban llenos de divisiones blindadas instruyéndose. ¡Bah!, Francia es fuerte, tiene el mejor ejército del mundo. Ya lo vimos en 1914-1918. Sería para ello un juego terminar con ese farol. Vencimos en 1918, cuando estábamos agotados, gracias a la generosidad de Estados Unidos, que nos dio un buen respaldo. Hoy, si Estados Unidos fuese a venir con nosotros, pocos franceses vacilarían en arrojarse a la guerra. No cuenten con ello, repuso secamente. Los norteamericanos quieren la paz y yo no se la voy a quitar.» Después, ante mi actitud, se desdijo: «Naturalmente, aquí, todos nosotros hacemos y haremos votos por las democracias, por Francia en particular. Les ayudaremos; les daremos cañones, municiones y todo lo demás. Y, se lo digo confidencialmente, esta vez no les haremos pagarlo.—Muchísimas gracias, señor Presidente, no desconozco su generosidad, pero dudo que, veinte años después de las hecatombes de la última guerra, Francia esté dispuesta a entrar en un conflicto tan peligroso.—¡Vamos, peligroso!, exclamó con petulancia. Todo el mundo sabe que el día en que un gran pueblo declarase la guerra a Hitler, Alemania entera lo abandonaría al instante. Yo creo, en efecto, que ellos no quieren la guerra, según lo que vi y oí el año pasado, pero estoy seguro de que su patriotismo está intacto, así como la pasividad de las masas y de que, ante el ataque de un enemigo nacional, todos marcharían; obedecerían a los órdenes del mismo Hitler». Irrité a Roosevelt, que replicó en tono más alto: «En el peor de los casos, tendrán ustedes que sufrir un nuevo Verdún, puesto que su línea Maginot les protege de todo ataque del Este. Pero, con su excelente ejército y la flota inglesa, la mejor del mundo, que no os abandonará, ese charlatán no será más que un bocado. —La flota inglesa es muy flamante, señor Presidente, y la nuestra también, pero nuestro ejército atraviesa en estos momentos una crisis peligrosa. Me atemorizaría verlo comprometido en un asunto de este género. —Usted es un mal patriota, me dijo brutalmente, cuan-

do su deber como periodista sería preparar a sus compatriotas a la guerra y llevarlos a ella». Con esto, se desvió y yo me despedí de él.

Salí a la calle completamente estupefacto por esa algarada. Nunca hasta entonces lo había visto en ese estado. ¿Por qué quería una trifulca europea? ¿Por qué quería que fuésemos nosotros, con Inglaterra, quienes nos metiésemos en ella? ¿Cómo conciliar estas palabras con los sermones pacifistas que le había oído de su boca en el momento de Munich? No podía explicar esta violencia en un alto personaje tan prudente, tan certero y tan sutil en sus maniobras.

Estas preguntas me acosaban todavía mientras la gran marejada del Atlántico me adormecía y un fuerte viento del Oeste daba su ritmo al navío.

Una mano que se puso sobre la mía cuando yo dormitaba en mi hamaca en cubierta me hizo sobresaltar. Y reconocí ante mí a un diplomático rumano que se llamaba Dávila, hombre alto y bien parecido, de ojos azules y rasgos regulares, fiebre de las damas de Wáshington, que le gustaba charlar conmigo, porque yo escuchaba bien, no asentía fácilmente y me guardaba lo que él me decía.

Hablamos de Roosevelt. Le conté mi borrascosa entrevista con el Presidente y el apóstrofe, que me extrañaba todavía: «¡La guerra!, ¡la guerra!» «¿Qué querrá al dirigir esas palabras insólitas a un extranjero que conoce poco? —Roosevelt es el Jefe de Estado más disimulado del universo, me respondió Dávila. No pasa por inteligente ni por culto, pero se le reconoce una destreza política extrema y el talento de imponer sus ideas, aunque tenga que emplear los medios más complicados, los más indirectos. Para las maniobras audaces, no vacila en utilizar a intermediarios ciegos o involuntarios». —«¿Un Maquiavelo de la democracia? —Su enfermedad le confiere ascendiente del que usa a maravilla sobre las mujeres de corazón sensible y sobre los hombres demasiado sanos y le impone largas horas de reposo, en las que se forman sus intenciones y se agudizan sus deseos. Su aspecto, algo inocentón, y su encanto, algo mundano, le ayudan a ocultar la aspereza de sus apetitos y el rigor de sus decisiones. Añada a todo ello una fraseología de pastor protestante y tendrá un retrato exacto.

«Usted lo conoce más astuto que juicioso, más quimérico que astuto y más personal que quimérico, aunque lo oculte todo bajo un manto de bondad majestuosa y cordial. Con la inmensa popularidad de que goza en un pueblo de poder inmenso, ¡qué peligro, si algún confidente lo empuja a las grandes aventuras! Pero, detrás de cada hombre de Estado, ¿no hay una mujer, por lo menos?».

«Sabemos de dos. Cuando su crisis de poliomielitis, su mujer, que él estaba por abandonar, se sacrificó para arrancarle a la miseria física. Luchó noche y día con una tenacidad inteligente, que le valió la victoria. Franklin Roosevelt aprendió a cuidarse, a nadar para reconquistar su cuerpo, a utilizar sus fuerzas y a acrecentarlas y a ocultar su impotencia; en fin, incluso a dominarla por medios mecánicos. Al mismo tiempo, esa esposa infatigable atraía a su alrededor a hombres políticos de su opinión, a periodistas ambiciosos y a jóvenes profesores en busca de patrón. Antes de darle un reino, le proporcionaba una corte y el equipo que iba a permitirle disimular el vacío de su espíritu. No queriendo abandonar a sus hijos, sin embargo, tuvo que encontrarle, además, una secretaria que le gustase y que no ofreciese peligros. Encontró así a Missy Le Hand, que se consagró en cuerpo y alma a su misión.

—¿Eso significa dos polos en la vida de Roosevelt?

—Missy Le Hand permanece a su lado todo el día: redacta y escribe a má-

quina sus cartas, ordena su despacho y presenta a sus visitantes; los despide también y los clasifica a su manera, que no es siempre la de la señora Roosevelt. A ésta no le importa. Porque, entrada la tarde, es ella la que va a hacer compañía a su marido y, en largas conversaciones, le ayuda a ordenar sus ideas, a juzgar a los hombres que ha visto durante el día y a analizar las circunstancias en que se encuentra mezclado. Y no lo abandona hasta el instante en que se mete en cama. Por eso, está segura de decir siempre la última palabra, porque el hombre enamorado o fatigado conserva las últimas impresiones del día, mientras que el flujo del sueño se lleva la turba confusa de los otros recuerdos. Ninguna oposición puede nacer entre las dos mujeres, y no diré lo mismo de sus clientelas. Missy Le Hand es una chica bonita, una buena norteamericana patriota, avisada, pero prudente. Los hombres que le gustan son de espíritu vivo, de la imaginación y el celo de su país, sin pretenderse innovadores. Bullitt los representa bien. Los amigos de Eleanor Roosevelt pertenecen o otra categoría: audaces, inquietos y obsesionados por el socialismo, pretenden renovar la faz del mundo en todo caso y, si fuera posible, la de Estados Unidos. Pero en eso andan con cuidado; Roosevelt, lo mismo para su país que para su fortuna, exige y practica la prudencia, necesita de la una y de la otra para ser y seguir siendo presidente.

—¿Me dirá qué campeón ha escogido la señora Roosevelt? Yo conocí a Rex Tugwell, a Raymond Moley y a Adolph Berlé... ¿Andan todavía en juego?

—No. Una estrella nueva los borra a todos: Harry Hopkins. Debería conocerlo. Es demasiado pequeño y demasiado nervioso para que se hable de su cuerpo. No es más que movimiento. Su cabeza irradia vivacidad y su expresión cambia a cada instante; a veces, parece uno de esos pobres predicadores baptistas que se desloman moralizando a los negros del Sur. A veces, creeríamos ver a un mozo que viene de la dehesa después de haber jugado fuerte y haber ganado. Jugador, audaz, violento y cínico, Hopkins divierte a los Roosevelt y su odio a los ricos le vale la amistad de Eleanor. Está entregado a ellos en cuerpo y alma porque lo sacaron de la mugre de los suburbios, donde se pudría como agente auxiliar de obras sociales. Ahora Roosevelt deja oír a sus íntimos que Hopkins será su elegido en 1940 como candidato a la Presidencia, mientras que promete a Hull impulsarlo y que, en fin de cuentas, maniobra en silencio para conservar el puesto.

¿Iría contra todas las tradiciones, todas las costumbres y la sabiduría del régimen?

—El discierne el obstáculo. Lo dice, lo proclama a menudo, pero calcula que todo cambiaría si se produjesen circunstancias excepcionales, una guerra, por ejemplo; una guerra mundial obligaría a Estados Unidos a conservar el mismo equipo en el poder...

La luz se hizo en mi mente. «Comprendo», exclamé... Pero me detuvo. «No Roosevelt, no es tan mezquino como usted pueda creerlo. Lo juzgo incapaz de incendiar el universo para seguir en su sillón.

—Estoy menos seguro que usted. Y puedo citarle bastantes personajes de la Antigüedad, comenzando por César, que le darían ejemplo.

—Mire, repuso Dávila más secamente, Roosevelt no sirve ni para santo ni para monstruo. Pero tiene grandes miras. Todos los americanos tienen ese gusto por la grandeza. En Europa, prefieren la torre Eiffel al Partenón, Londres a París, y el *Queen Mary* a las galeras de Némi; China y Rusia los fascinan por su

enormidad y las masas les inspiran un amor que ningún gran hombre recibiría nunca de ellos. Roosevelt lo sabe, puesto que también lo siente; se cree consagrado por el destino para realizar las aspiraciones más elevadas de su pueblo, es decir, una enorme prosperidad, con la dominación moral del universo. En este espíritu prepara en silencio la gran cruzada de las democracias; la prepara hace más de un año.

—¡Vaya, por fin! Ahora comprendo el calor de sus palabras. Pero comprendo menos sus prédicas pacifistas en todas las ocasiones.

—¡Pero si está claro! Si quiere arrastrar a su pueblo y que lo siga con un movimiento unánime, incluso que lo preceda sin dudar de la justicia moral de su causa, hay que aparecerle constantemente como amante de la paz, precipitado a su pesar a la guerra. Hay que predicarle la paz, bajo pena de ver que el Congreso lo denuncia, la opinión se le desvía y la Presidencia se le escapa.

—Se dedica, según usted, al oficio de ilusionista. ¡Delicado oficio!

—¿No lo son todos los jefes democráticos? O, para hablar justamente, desde que se han destruido las jerarquías, todos los gobernantes, sean demócratas, comunistas o fascistas, ¿no hacen danzar a sus pueblos al son de una música plena de protestas y mentiras? No me diga que los norteamericanos son más clarividentes: No lo son sino en sus asuntos privados; en masa, tienen, como todas las multitudes, un alma berreante y frenética. Roosevelt sabe guiarlos. Y es ahí donde Hopkins representa un papel decisivo. Para socorrer a las inmensas multitudes de parados y hacerles trabajar, Roosevelt ha obtenido inmensas sumas del Senado, que Hopkins había de distribuir entre los parados y gastar para ellos; y lo entiende tan bien que se le presta este programa: «Vamos a poner impuestos y más impuestos, ha hacer gastos y más gastos, a elegir a nuestros amigos y reelegirlos.» Bajo el pretexto de socorro a los parados, Hopkins, por orden de Roosevelt, hizo disponer las fábricas para una producción anual de 8.000 aviones. De eso estoy seguro; me han hablado, además, de obras en los puertos, arsenales, etc., etc. Y sospecho otras muchas maniobras. Añadiré que Roosevelt, desde hace algunos meses, intenta preparar a la opinión de varias maneras para la guerra, por remates en sus conferencias de prensa, por un gran discurso al que se ha atrevido en Chicago, pero que no se ha recibido muy bien, y por insinuaciones como las que usted acaba de oír. Todavía está lejos. Para conseguirlo, necesitará mucho idealismo, mucha habilidad y un disparate formidable de sus enemigos. Y cuenta con él.

—Su demostración me aclara, pero sigo sin ver cómo podría llevar a una nación, aun indispuesta contra Estados Unidos, a cometer una locura de este tamaño: ¡atacar a Estados Unidos!

—Usted olvida los tratados aduaneros y el poder financiero de ese país. Roosevelt puede dislocar la vida económica del país que quiera apurar. Incluso ingeniándoselas, puede sitiarlo por hambre. Ustedes tienen un proverbio francés «Vientre hambriento no tiene oído»..., ni prudencia. Puede esperarse todo de la violencia humana, con tiempo y habilidad.

—¿Cree usted que se trataría de una «cruzada de las democracias»?

—¿No es ese el título que adoptan todas las guerras en Estados Unidos desde que el país se ha consagrado al idealismo? La población es sincera y los jefes lo son menos. No obstante, yo creo que Roosevelt busca otra cosa. Pero llegamos así

a los arcanos de su política, que oculta a todos, salvo a su mujer. Piensa más en Rusia que en las democracias.

—Bullit me lo reveló.

—Bullit no lo sabe todo, porque el Presidente desconfía de sus diplomáticos. No les confía sino sus intenciones próximas y las maniobras ostensibles; en cuanto a las demás, las que le importan en el fondo, tiene su diplomacia personal, igual que Luis XV, al que se parece».

Yo protesté con violencia:

«Luis XV poseía belleza, encanto, refinamiento, muy buen sentido y un gusto perfecto; su presidente, que no es un mediocre, está lejos de todo eso, sin embargo.

— Roosevelt, repuso, a los ojos de las norteamericanas y de los norteamericanos, y a sus propios ojos, es apuesto, encantador y «bienamado de su pueblo», justo como su Luis XV. Escoge bien sus corbatas, sus camisas y sus trajes. Cuando quiere, fascina a sus interlocutores y, por lo demás, poco le importa, del mismo modo que importa poco a los norteamericanos. Mantengo mi paralelo y concluyo: próximo a su pueblo. Roosevelt desea una prosperidad duradera para la industria de su país. Necesita, por tanto, encontrar un mercado capaz de absorber mucho. El mayor de la tierra es China: China es su objetivo. Pero, para llegar a él, hay que entenderse con los soviéticos, de los que su mujer, su amigo Bernard Baruch, Hopkins y sus íntimos no cesan de pintarle un cuadro ventajoso y con la cual mantienen relaciones discretas e íntimas, gracias a nuestro ex-presidente del Consejo Tataresco y gracias a amigos judíos. Estas negociaciones han llegado mucho más lejos de lo que se sabe o de lo que se podría adivinar.

A lo cual, Dávila se calló, como si hubiese dicho demasiado o si temiese que alguien nos escuchase; se alejó, pues, no sin algunos saludos.

Los días siguientes, el mal humor del Atlántico me obligó a quedarme en mi camarote y me dejó tiempo para pensar.

Dávila pasaba en Wáshington por conocer la geografía del «mundo Roosevelt» con exactitud. Sus informaciones ilustraban mi conversación con el Presidente. Sin embargo, recordé además los grandes discursos que me había pronunciado durante otro viaje por mar, dedicados esa vez a elogiar a Stalin, al que consideraba el estadista vivo más grande, y muy capaz, según él, de esbozar un retorno de los soviéticos al capitalismo. Lo escuché sin interrumpirlo, contradecirlo, ni creerlo.

¿Veía él más claro esta vez?

En esta confusión, me puse a pensar en Bullitt.

Yo había conocido a William D. Bullitt, embajador de Estados Unidos en Francia, en invierno de 1936. El llegaba entonces de Moscú, puesto en el que había servido tres años como embajador. Roosevelt, preocupado por reanudar relaciones con los soviéticos después de la larga interrupción de 1917-1932, lo había escogido entre todos a indicación de Missy Le Hand, por causa de su viva inteligencia, de su desenvoltura, de su gran fortuna y del medio asentado, importante, al que pertenecía en Filadelfia. Era conocido como autor de un libro muy ameno que acababa de publicar sobre el Presidente Wilson, cuyo carácter analizaba según el método freudiano más puro, lo que permitía explicar de maravilla su fracaso.

Una vez en París, Bullitt se apresuró a ver el mayor número posible de periodistas. Una de ellos, mujer tan espiritual como servicial, y que resultaba ser amiga mía, decidió que lo conociese, tarea fácil, pues se esforzaba por multiplicar

sus relaciones con los franceses, estaba lleno de gracia y era de lo más curioso por los hombres y las ideas. Como tenía la vida muy ocupada, no pudo venir a mi casa sino una noche hacia las dos de la mañana, al salir de una cena oficial; yo le esperaba en compañía de una botella de champaña y le gustaron su marca, su frescura y su oportunidad. Entramos, pues, en materia sin rodeos.

Bullit regresaba de Moscú aterrorizado. El mismo se extrañaba porque recordaba la curiosidad, llena de simpatía, que le había incitado a ir a ese país inmenso, hacia esa raza tan dotada. Pero, muy pronto, la atmósfera de rigor policíaco, los refinados procedimiento de espionaje incensantes y metódicos y la sensación de ser un moscardón agarrado en un enredo de telarañas, habían transformado su entusiasmo en desconfianza. Me describió sus investigaciones, sus descubrimientos y sus sorpresas. Al término de algunos meses, ya no podía dudar de que la U. R. S. S., como Estado, no buscase el predominio universal y no pretendiese imponer al universo, como culto (pues lo era), su marxismo eslavizado, a fin de curar a la Humanidad del cristianismo y de la lógica tradicional. Le vi indignado; se volvía hacia mí para solicitar ayuda y consejo: tanto le asustaba el peligro. Se proponía presentar a Roosevelt un informe completo e insistir con fuerza sobre la inminencia del peligro. Quería que los pueblos civilizados de Europa se federasen y que tomasen, comenzando por Francia, las precauciones indispensables. Sabía, en efecto, de fuentes seguras que Francia sería el objeto del próximo asalto bolchevique.

En el caos en que se atascaba entonces la política francesa, ¿qué partidos, qué fuerza podrían obrar de manera útil en este sentido? Hablamos de ello largo y después, el final de la botella y la fatiga nos separaron, no sin promesas recíprocas de volvernos a ver.

Bullit siguió siendo cordial siempre conmigo. Pero, a su retorno de Estados Unidos, me dijo lacónicamente: «No puedo hacer nada. El Presidente me ha cerrado la boca. Pregona e impone una confianza entera en los soviéticos. Lo he encontrado obstinado».

Como buen diplomático, Bullit, que no pensaba menos en ellos, se ocupaba ahora de los demás problemas urgentes. Fiel a los gustos y a la consigna de su Presidente, se unió en gran amistad con León Blum. Los vi incluso recibir juntos, con ocasión de una celebración oficial en la embajada de Estados Unidos. Estos diversos indicios tendían a hacerme pensar, como decía Dávila, que un lazo secreto unía a Roosevelt y a Stalin, y que Roosevelt intentaba suscitar enemigos a los dictadores «fascistas» sin quitarse la máscara de pacifismo, de la cual no podía prescindir para su política interior, pero que guardaba miras más lejanas.

Yo me esforzaba por discernirlas. ¿Quería una cruzada ideológica para aplastar a los enemigos de la democracia? ¿Deseaba una guerra sin piedad que arruinase para siempre a la industria alemana y confiriese la hegemonía económica a los norteamericanos en el mundo entero? ¿O buscaba los medios de aproximar las dos potencias más enormes del Universo: EE. UU. y la U. R. S. S., a fin de dominar a las naciones y establecer una paz duradera?

No llegaba a ver claro. Estaba seguro de que su pueblo tampoco veía más claro que yo. El mismo, ¿había escogido?... El fin de la travesía me encontró en la duda.

2. NUBES

No se vuelve nunca a París en invierno sin un sentimiento mezclado de disgusto y de placer: el barro, el ruido, la húmeda tibieza sacudida por las ráfagas de viento y los lagos que encontramos desde El Abra, contrastan con el encanto del paisaje, la vivacidad de la palabra y la gracia de las mujeres.

Esperaba, al menos, olvidar la guerra sumiéndome en mis trabajos, cursos, conferencias, artículos y en libros, pero volvió a encontrarme enseguida. Parecía llegar a nosotros de todos lados, sitiarnos. Lo que veía no me tranquilizaba: un Gobierno débil, dividido, conducido por un hombre brusco, pero sin vigor, y zarandeado por el grupo que impulsaba a la guerra, que conducían con audacia Mandel, Reynaud y Delbos, mientras que Chautemps intentaba frenar y que Georges Bonnet, encargado de Asuntos Exteriores, se esforzaba por evitar al país los peores peligros.

En el Parlamento, se estimaba mediocre a nuestro ejército: carecía de tanques, de aviones, de cañones pesados de tiro rápido, pero, ante todo, de un gran jefe y de cuadros sólidos. La formación de los nuevos oficiales y suboficiales no inspiraban confianza. Se discutía de todo ello hasta perderse de vista en los pasillos de la Cámara; en sesión se votaban créditos que no se llegaban a utilizar: tanto se resentían todavía nuestras fábricas de armamento de la crisis de 1936 y tan minuciosa, exigente y preocupada por la perfección, pero no por el rendimiento, se mostraba la inspección técnica. Entre el público informado reinaba la inquietud; sólo la flota parecía presta y bien mandada.

Se discutía interminablemente del nuevo acuerdo Bonnett-Ribbentrop, firmado el 6 de diciembre de 1938. Esta declaración se conformaba con el acuerdo anglo-alemán del 1 de octubre de 1938, afirmando la voluntad pacífica de los dos pueblos. Hitler reconocía en ella definitiva las fronteras francesas del Este, prometía respetarlas y los dos Gobiernos se comprometían a discutir amistosamente los puntos que quedasen en litigio. El conjunto parecía anodino, pero podía constituir por parte de los nazis, ya un ardid de guerra para adormecer al Gobierno francés, ya la iniciación de una tendencia a querer dirigir sus miras hacia el Este, respetando a Fracia. En su gran libro, el *«Guía»* lo había planteado ya como un principio, y ciertos indicios recientes hacían pensar que se atenía a esta postura.

Chamberlain vio con malos ojos este acercamiento franco-alemán. Una hostidad latente entre estos países facilitaba la política inglesa en Europa y sus chalanerías. Si era bueno, a ojos del Gobierno de Londres, que Francia se mostrase flexible en la ocasión, había que poder contar, sin embargo, con sus tropas para calmar las ambiciones exageradas de los nazis. Por definición, estimaban al sol-

dado francés. Suponían *a priori* que Francia y Polonia poseían ejércitos sólidos, valientes y que no retrocedían ante el sacrificio. Al contrario, desestimaban a los italianos y hablaban de los rusos encogiéndose de hombros. Pensaban todavía en 1917.

No parece que en estos varios terrenos el *Intelligence Service* (servicio de información), tan reputado, no obstante, hubiese hecho informaciones tan serias como convenía. La tarea no parecía difícil, pero he comprobado a menudo que los servicios secretos desconfían siempre de la evidencia.

La toma de Bohemia por Hitler, el 15 de marzo de 1939, estalló como una bomba en esta atmósfera enturbiada, suscitando la indignación más estridente, de un cabo del universo al otro. Los partidarios de la guerra triunfaron. Yo supe por William Bullit que Franklin Roosevelt, al enterarse de la noticia, había exclamado: « ¡Desde ahora nadie debe ya negociar con él! » Los ingleses, preocupados por el parlamentarismo e imbuídos de espíritu **jurídico**, veían una falta grosera contra todas las reglas normales. En Francia, periódicos y comentaristas declaraban con gana que se debían esperar series de violencias a las que únicamente la fuerza podría responder. De ambos lados de La Mancha se gritaba: « ¡Armamento, armamento! », mientras que Hitler, la mano en el pecho, declaraba que sólo había querido impedir que la anarquía se instalase en el corazón de Europa. Eduardo Benes, el ex-presidente dictador de Checoslovaquia, era el único que se frotaba las manos, porque estimaba evidente que Hitler se comprometía en aventuras propias para suscitarle la cólera de las grandes potencias, lo que, más tarde o más temprano, llevaría a su caída. De la U. R. S. S. lejana, no se sabía nada, a no ser que imputaba a las democracias occidentales la responsabilidad de esa catástrofe y proclamaba su culpabilidad una vez más. Polonia, sin cuidarse demasiado de tal alboroto, digería con satisfacción el distrito de Techen, jirón de Checoslovaquia que Alemania acababa de cederle para atraerla.

De este embrollo, Voltaire hubiese sacado un cuento bastante divertido.

Una corriente de pánico atravesó Europa.

El 17 de marzo, Inglaterra llamaba a su embajador en Berlín; el mismo día, Chamberlain pronunciaba en Birmingham un discurso programático en el que prometía solemnemente defender «las libertades democráticas» e impedir la conquista del mundo por la fuerza. El 19 de marzo redactaba una «Declaración de Seguridad», que invitaría a firmar en Francia, la U. R. S. S. y Polonia. En fin, apresuraba el rearme de Inglaterra, que, desde aquel día, se hizo rápido, ante todo, en cuanto a la aviación.

El tono de la diplomacia cambiaba en Europa: desde entonces se intercambiaban amenazas.

No obstante, el observador imparcial declaraba que nada sorprendente acababa de ocurrir: un Estado artificial, creado con esfuerzo en 1918 por los vencedores de la guerra, y mantenido gracias al ejército checo, se desplomaba una vez disuelto ese ejército. ¿Qué hay más natural? Se reconocía la situación de la Edad Media, en que Bohemia formaba parte del imperio romano-germánico. Hitler, después de todo, nunca se había mostrado menos escandaloso que en esta ocasión: apoyando la negativa eslovaca a permanecer bajo la férula checa, y sin ningún acto brutal, cargaba con el macizo central del Continente. Se podía saludar este lance bien jugado.

Sin embargo, Chamberlain, Halifax y Daladier se sentían toreados. De pronto,

la opinión comprendió que acababa de sacrificarse a un país antes libre. De pronto, los críticos proclamaron que los nazis, midiendo la debilidad de estos jefes, se apresuraban a aprovecharse. De pronto, tuvieron que probar a sus pueblos, a Alemania, a Europa y a todas las opiniones del universo que se los calumniaba juzgándolos así. De pronto, en todos los despachos de todos los ministerios de Francia y de Inglaterra, y hasta en los Parlamentos de estos países, se repetía que ya no había que ser conciliadores con los nazis; hubo esfuerzos por adoptar actitudes enérgicas y posturas viriles. Entenderse con Hitler, sea; pero de igual a igual.

Los caricaturistas, los periodistas y los partidarios de los soviéticos empezaron a formar un vasto coro que se burlaba de los conciliadores engañados. El nombre de «muniqués» llegó a ser un insulto de un cabo a otro de las salas de redacción y en las calles. Los diplomáticos e informadores estadounidenses se adaptaron; los que olfateaban el viento impulsaban ya a la guerra inmediata. Roosevelt, como gran patrón de la masonería estadounidense, ¿no había telegrafiado el 1 de enero de 1939 al Gran Maestre de la Gran Logia de Francia que la masonería francesa se debía a preparar los espíritus para la guerra, sin lo cual faltaría a su deber masónico y vería cómo la reprobaban las logias de Estados Unidos? William Bullit había transmitido un mensaje oral del mismo género al Gran Oriente. Todas estas fuerzas reunidas empujaban desde entonces al conflicto y no lo ocultaban. A partir del «golpe de Praga» se infamaba a los últimos defensores de la paz. Anatole de Monzie, siempre estructurador, y más observador que combativo, confiaba a izquierda y a derecha que «ya no se podía evitar la sarracina». Esta frase, que pronunció delante de mí, nos sorprendió a todos, porque desde hacía unos años resultaba el abogado más elocuente de los medios pacíficos. Según él, una fuerza más poderosa que la sabiduría, el coraje o el espíritu del deber arrastraba a los espíritus al abismo.

El asomo de un peligro sembró el pánico. El 16 de marzo, el llamado Tilea, ministro de Rumania en Londres, vino a anunciar, no sin emoción, que Rumania corría un peligro mortal porque las tropas alemanas se preparaban a invadirla de modo inminente, como lo probaban los movimientos de sus convoyes. Repitió esta gestión, muy propia para suscitar la alarma, dos días seguidos, consiguiendo su éxito. Todos lo creyeron, todos se atemorizaron; poco importaba que, desde Bucarest, el Gobierno rumano telegrafiase para afirmar que la noticia carecía de todo fundamento y que Hitler no amenazaba ni intimaba a Carlos: el choque producido por las palabras de Tilea se transmitió en ondas tumultosas a través de toda Europa y suscitó un vasto movimiento a favor de la «seguridad colectiva»; todos hablaron de una liga defensiva de las «naciones pacíficas» que fuese un escudo contra las dictaduras. La U. R. S. S. preconizaba esta fórmula, ¿lo que haría pensar que había utilizado a Tilea...?

Estados Unidos seguía estas peripecias con fervor; los periódicos les dedicaban columnas y columnas. El «desorden europeo» constituye un tema del que gusta siempre el público de allende el Atlántico. En 1939, cuando, por decenas de miles, los judíos perseguidos en Alemania, los comunistas y los progresistas hostigados por los nazis huían hacia América, se instalaban allí, poblando las universidades, los colegios, las escuelas, los periódicos y las editoriales, el nuevo mundo se hacía una caja de resonancia admirable de todas las noticias alarmistas sobre Europa; palabras solemnes y sombrías pronunciadas por el Presidente en sus

diversas conferencias de prensa alimentaban la inquietud y estimulaban el celo de los publicistas. Todos proclamaban la certidumbre de que hacía falta lo más pronto una guerra. Todos pensaban, todos profesaban en voz alta que Hitler se desplomaría ante Francia e Inglaterra, seguramente, sin combate. El ejército alemán se volvería contra el loco.

Estas nociones se difundían gracias a las arengas del mismo Hitler. Ninguna propaganda causó tanto mal a los nazis como los discursos «Guía» vociferados por la radio. Bastaba oír aquella voz ronca y rugiente para sentir un odio instintivo al hombre. Arrastraba a las masas alemanas, pero persuadía a los hombres, mujeres y multitudes de cualquier otro lugar de que no había entendimiento con aquel energúmeno vociferante. Los diplomáticos y los observadores intentaban, sin embargo, analizar el poder de ese tribuno: ¿había que considerarlo como un monstruo, arrastrado por su delirio imprevisible y desmesurado? ¿Había que discernir en sus gestiones un maquiavelismo sutil que lo había llevado desde su miserable origen, el inferior del pueblo austríaco, hasta esa cima de poder a la cabeza de todas las fuerzas germánicas, como un nuevo Carlomagno? Las mentes más perspicaces vacilaban; ese plebeyo mal constituido, feo hasta el ridículo, inculto y sin refinamiento, se imponía a todos por su tensión interior. Su mirada, sus palabras y sus gestos imponían el terror. Algo pavoroso parecía estar siempre a punto de romperse en él y estallar, destruyendo todo lo que lo rodeaba. Sin embargo, la serie de sus actos demostraba una continuidad sorprendente, un sentido justo de las necesidades populares y sus logros le crearon un hado. Parecía colaborar con el destino o guiarlo a su grado. Ningún jefe democrático, ningún dictador correspondía de modo tan profundo con las masas populares de su país. Como ellos, despreciaba a los patricios, a los generales, embajadores, escritores, burgueses y a las personas inteligentes, ricas y refinadas; pero él sabía dominarla. Además, él regía sólo; un rey es prisionero del engranaje de las generaciones que le fijan su papel; un presidente de república está prendido por las instituciones y los partidos. Hitler, dueño de Alemania, disponía en todo instante de todo y de todos en Alemania. Entre las doctrinas que difundía, religión, política, sociología, no había ninguna que no pudiese repudiar en el acto. Las tomaba como medios, no como reglas. Por tanto, no se podía discutir con él. Su apoteósis, anunciaba, serviría a sus mismos enemigos y no podrían destrozarlo sino destrozándolo todo en Europa, todo en la Tierra entera.

Podían odiarlo. No podían comprenderlo.

En aquella primavera de 1939, lo odiaban de un cabo del universo al otro, y Roosevelt lo odiaba más que nadie. Y no le resultaba difícil, porque no intentaba comprenderlo.

Chamberlain, al contrario, penaba por no detestarlo, por reducirlo a dimensiones humanas y devolverlo al marco del «derecho», que no debía dislocar. No advertía ninguna esperanza de paz y sabía que una guerra amenazaría la existencia de Inglaterra o su duración. El Gobierno inglés se aplicaba, pues, con abnegación a contener amistosamente a Hitler.

Del otro lado de Europa, Stalin quería también una paz, la quería para su país, pero no para las regiones vecinas, con las que hubiera querido ver cebarse el nazismo, supuesto que él recibiese también su parte. Hitler no le repugnaba. Desde 1921, Alemania y los soviéticos trabajaban demasiado estrechamente, a escondidas de las demás naciones, a fin de engañar a Occidente, para que no se derivase

una especie de simpatía recíproca. Gracias a Alemania, los soviéticos se armaban; gracias a los soviéticos, el ejército alemán instruía a sus cuadros, sus aviadores, sus artilleros, en las llanuras rusas. Entre todos los jefes de Estado, sólo Stalin se sentía próximo a Hitler, por la analogía de su carrera, sus prisiones, sus luchas y sus límites. Nunca lo había visto y nunca había dejado de comprender sus gestiones.

Entre esos hombres, Roosevelt, Stalin e Hitler, los tres personajes más poderosos del mundo, aparecían antagonismos brutales en marzo de 1939: capitalismo frente a marxismo; nazismo contra bolchevismo; democracia contra totalitarismo... No obstante, en la partida que se iba a jugar, la victoria correspondería a los dos que supiesen entenderse. Cada uno lo presentía, sin discernir, sin embargo, el medio de lograrlo.

Aparte, alguien lo adivinaba. Se llamaba Bernard Baruch. Financiero opulento, subido del fango de Nueva York gracias al ardor de su avidez, a la sutileza de su espíritu y al más raro poder de insinuación, poseía un antiguo ascendiente sobre los Roosevelt, Eleanor y Franklin.

Por su fortuna inmensa, por su generosidad sin fallo, por su información universal y la perspicacia de su ingenio, tan informado como equilibrado, Bernards Baruch, de sesenta y nueve años de edad, tenía en sus manos innumerables redes económicas, financieras y políticas. En marzo de 1939, le obsesionaba la suerte espantosa de sus hermanos en Alemania; tensaba todas sus energías para socorrerlos.

Primero, tuvo que recoger a Harry Hopkins.

Hopkins salía del hospital abatido, quebrantado, jinete pateado por su caballo. Hacía algunos meses que Roosevelt lo incitaba a preparar su candidatura presidencial, para las elecciones de 1940. Nadie parecía mejor que él designado para continuar la obra de Franklin Delano Roosevelt, su patrón, su protector y su amigo. Había que preparar todavía a la opinión. Ante todo, la de los medios de negocios, encarada contra Hopkins, cuyas ideas radicales, su odio contra los ricos y sus fantasías se conocían demasiado. A este efecto, el Presidente lo nombró ministro de Comercio, para que frecuentase a los magnates de la industria, del comercio y las finanzas, para hacerse apreciar por ellos. Desafortunadamente, su enfermedad lo estropeó todo. Casi no se le vio nunca en su despacho del ministerio de Comercio; el rumor de sus miserias físicas se difundió, y eso le perdía. No se podría gobernar Estados Unidos sin un vigor moral a toda prueba; una enfermedad no molesta apenas; un estado enfermizo lo impide todo. Hopkins, convaleciente, pero agotado, no veía ante él sino niebla, obstáculos y decepción.

Baruch lo recogió en su propiedad señorial de *Hobcaw*, una de esas maravillosas plantaciones meridionales, llenas de magnolias, de camelias y de rosadelfas, que brotan en plena tierra, entre las encinas verdes, los tuliperos, las secoyas y toda clase de grandes árboles sobrecargados de hiedra y de musgo y llenos de aves multicolores. Innumerables guardas y jardineros vigilaban ese parque, donde circulaban juntos el gamo, el corzo y todos los animales silvestres que esa vida fácil amansaba. En el centro de ese paraíso terrestre, una antigua casa colonial, de frontispicio clásico y completamente blanca, levantaban su alta estatura; encerraba aposentos umbrosos, frescos y vastos, donde lechos profundos, mullidos sillones y blandos divanes invitaban al reposo.

Baruch lo prodigaba a su huésped, pero le ofrecía un don más precioso todavía: nuevas razones para obrar. A este hombre joven, pero ya enseñado por la

vida, sus horrores y sus engaños, a este político astuto pero desamparado, decepcionado, le presentaba el vasto espectáculo de un universo expuesto a las peores crueldades, amenazado por una bancarrota moral sin precedentes y presto a sufrir las tiranías más feroces... Por vez primera, Hopkins aprendía de este hombre, hábil e informado, lo que eran las diversas naciones, sus problemas y sus pasiones. Veía la perspectiva de una guerra inmensa plena de matanzas, de catástrofes y de terrores. Su país le parecía en el umbral de un combate que nada lo preparaba a librar; por doquier se encontraban peligros: Alemania y Japón acechaban su oportunidad. Las dictaduras, el nazismo y el fascismo se extendían por el Globo. Baruch se hacía profético e imprimía profundamente sobre el espíritu móvil de su huésped una imagen nueva: en vez de considerarlo todo en el marco de Estados Unidos y de emprender únicamente la lucha contra el egoísmo de los ricos de ese continente, Hopkins presentía ante él una carrera fulgurante, una cruzada contra todos los despotismos, cuya victoria, a sus ojos, significaría el fin del progreso humano.

En algunas semanas, Baruch logró hacer de él el instrumento de sus designios, el pivote de una inmensa empresa que concebía para el mañana. Ayudaba, así, a su huésped a recuperar fuerzas, el gusto por la vida, el impulso para una carrera nueva, más fecunda que su existencia anterior y más estimulante para sus energías.

Hopkins, reanimado, volvió al hospital. Después de un último reconocimiento, los médicos lo declararon curado del horrible mal del que creía morir. La vida le sonreía de nuevo. Roosevelt le invitaba a pasar algunas semanas con él, en su casa de Warm Springs. Allí acabó de reponerse y de reposar, llevando una vida a la vez perezosa y llena, al lado del Presidente, que cada día telefoneaba largo a Bullit en París, a Kennedy en Londres y a Hull en su despacho de Wáshington. Después, los dos amigos discutían el curso de los acontecimientos y el valor de las personas.

En Warm Springs, como en Hobcaw, el adversario silencioso, pero obsesivo, seguía siendo Adoph Hitler y, desde entonces, Hopkins no iba a dejar ya de oponérsele.

3. CIELO ABORREGADO

Por su ruido monótono y la disciplina que imponen a todos sus habitantes, las grandes ciudades crean un semisueño activo en que se bañan las multitudes. Los periódicos, por su griterío a horas fijas, las mecen sin despertarlas nunca, puesto que la máquina no se detiene.

En París, en Londres, Roma, Berlín, Varsovia, Bruselas, en Amsterdam, aquella primavera de 1939, la existencia continuaba pesada, irregular, machacada por las horas de trabajo, las sirenas de las fábricas, las campanas de las iglesias y el ritmo del paso de la calle. No obstante, en los palacios oficiales maduraba una guerra que revolvería el destino de todos esos seres sin que esos «pueblos soberanos» pudiesen nada y ni siquiera comprendiesen justamente qué les ocurría. Cuando uno está hasta la coronilla de su trabajo cotidiano, de las incesantes molestias familiares, de los impuestos sobre los ingresos, de los cuidados sanitarios, de los exámenes y del dinero, en vano es discutir en la mesa, en el café, en el metro o el tranvía, las cuestiones del día: no se logra más que embrollarlas.

La gente del campo y de las pequeñas ciudades, peor informada, ve más claro; olía la catástrofe y escondía sus perras, pero, por lo demás, no podía nada. Yo mismo, sin la conversación con Roosevelt y sin la charla con Dávila, habría ignorado la amenaza y me habría dicho, como tantas personas: «¡Bah! Saldremos de esa como el año pasado». Pero, una vez terminados mis cursos, volvía a mi casa para recibir a amigos estadounidenses, ingleses o polacos o italianos, belgas o suizos. Cada uno de ellos mostraba ese horror que subía sordo de todas partes, el temor a la guerra. Una vuelta que tuve que dar por Alemania para consultar archivos me reveló la misma actitud; en todos los lugares, ante un francés, los alemanes se esforzaban por mostrarse solícitos y, si se hablaba de la guerra, exclamaban: «¡Qué horror! ¡Dios nos proteja!». Sin embargo, en todo ese país, la máquina política, las instituciones sociales, el ejército y la administración preparaban esmeradamente una guerra mundial, la segunda del género.

Una vieja amistad me unía a los polacos. ¿Qué francés podría olvidar su gloria, su valentía y su desgracia? Iba a dar conferencias a su país y conocía su cálida inteligencia, como del corazón. En su embajada parisiense me acogían cordialmente. Oía hablar en ella con una reserva, mezclada de glotonería, de la próxima guerra, sin que me dijesen más. Pero los agregados de prensa y los agentes secundarios se expresaban más libremente. «Después de la victoria, decían, obtendremos Prusia Oriental, con Silesia. Nos lo han prometido. Se sacará provecho de la derrota alemana para crear en Europa Central una especie de «Suiza» nórdica, cuyo centro será Bohemia, purgada de esos energúmenos. No hay nada que temer de la

U. R. S. S., supuesto que le «concedan» algunas compensaciones en Asia o incluso en los Dardanelos, se mantendrá tranquila». Yo intervenía: «Pero, ¿por qué la guerra? ¿Quién la quiere?». Y me respondían en un tono condescendiente, como se explica a un niño una evidencia: «Hitlèr no quiere la guerra, pero está demasiado loco para no hacerla». Entonces, preguntaba de quiénes se trataba: el interlocutor se ponía el dedo en los labios. Si yo insistía: «¿Están seguros ustedes de la victoria?», me respondían: «Tenemos el ejército más valeroso del mundo», lo cual era cierto, pero no probaba nada.

Estas conversaciones me dejaban ensombrecido. «¿Estoy loco, pensaba, o son ellos los que están locos?». Pero, no, esos hombres no carecían de inteligencia, ni de finura, ni de actividad, ni de habilidad en la vida cotidiana. No obstante, recordaba la Polonia del siglo XVIII, sus dietas tumultosas, su *liberum veto,* sus atamanes bebedores y sus reyes demasiado débiles, todo lo que la perdió antes. Evocaba también la Polonia que yo conocía, con su entusiasmo caluroso y herido, sus cafés donde gritaban los oficiales cubiertos con chacós y los estudiantes calzados con botas, Varsovia, hacia las cuatro de la mañana, cuando las calles están llenas de transeúntes alegres o gesticulantes; sobre todo, evocaba la inmensa llanura que comienza por Berlín para llegar hasta el Pacífico, pasando por Varsovia, Moscú y Siberia. La unidad de ese mundo me obsesionaba.

El ministro de Asuntos Exteriores de Francia debía pensar también en ello. Polonia le preocupaba. Desde hacía ya bastantes meses, el coronel Beck, primer ministro polaco, mantenía relaciones cordiales con Hitler. Lejos de ayudar a los checos, o de aliarse con nosotros para defenderlos, acababa de secundar a Alemania, recibiendo por salario el distrito de Techen, jirón de la antigua República checoslovaca. Hitler lo trataba con consideraciones. Un pacto recíproco de no agresión unía a los dos países desde 1934. Reñían bastante sobre Dantzig; Hitler la proclamaba «ciudad alemana» y Beck la titulaba «posesión polaca», pero dejaba a los nazis gobernarla e Hitler no apremiaba en sus demandas. El 24 de octubre de 1938, Ribbentrop explicaba del modo más cordial a Lipski (embajador polaco en Berlín), que sería bueno regular sin tardanza la cuestión de Dantzing, a fin de asociar más estrechamente a los dos países en «una política común hacia Rusia», sobre «la base del pacto anti-Komintern». En enero de 1939, Hitler llegó más lejos: alabó a las «divisiones polacas» estacionadas en la frontera soviética, que ahorraban el mismo número de ellas a Alemania». Incluso hizo espejear ante los ojos de sus interlocutores la conquista de Ucrania, de la que guardaban nostalgia en Varsovia. Beck volvió a abordar este tema en forma muy abierta con Ribbentrop, cuando fue a Berlín, en febrero de 1939. Todos estos detalles, conocidos en Francia, hacían pensar que al Gobierno polaco importaba más la buena vecindad con los nazis que la alianza occidental.

Beck no carecía de agudeza ni de astucia; en el servicio secreto de Pilsudski fue maestro y había hecho escuela, pero confiaba demasiado en ella.

Acababa de sacar partido de la cordialidad germánica; a partir de marzo quiso explotar los temores británicos y dejó de responder a las insinuaciones de Berlín.

Las circunstancias le servían. El 19 de marzo, Châmberlain quiso organizar un pacto de seguridad colectiva; Francia se adhirió inmediatamente; solicitada la U. R. S. S. exigió que Polonia firmase antes. En ese momento las circunstancias se precipitaron; el 23 de marzo Hitler ocupaba Memel, que los lituanos,

aterrorizados, renunciaron a defender. Seguramente quería procurarse un pago que ofrecer a los polacos después de la cesión de Dantzig. En efecto, Ribbentrop exigía esos mismos días el retorno de esa ciudad al Reino. Beck, seguro de sí, dijo a Lipski que lo evitase, sin romper las conversaciones, y negociase. Y varios generales alemanes antinazis prevenían a Londres que se realizaban movimientos del Ejército alemán en las fronteras polacas. La información era falsa, pero alarmó tanto a Chamberlain que acto seguido, el 30 de marzo, y sin consultar al Gobierno francés, expidió la nota siguiente a Varsovia: «Si se produjese alguna acción de clara amenaza a la independencia de Polonia, y si, en consecuencia, el Gobierno de ese país se sintiese obligado a resistir con sus fuerzas nacionales, el Gobierno de Su Majestad y el Gobierno francés aportarían inmediatamente todo el socorro en su poder.»

Con este texto, que no le obligaba, Beck se encontraba el árbitro de la situación y bien resuelto a sacar partido de sus ventajas. Lo aprovechó para pedir un empréstito en libras, que le fue rehusado. No supo sacar las consecuencias que un hombre menos sutil, pero más lógico, habría adivinado.

Así, a fines de marzo de 1939 se encontraba en evidencia entre Alemania, que le tendía una mano amiga pidiéndole un regalo, e Inglaterra, que le ofrecía un brazo caritativo, rehusándole un regalo.

Hitler quería entenderse con ella para atacar juntos a los soviéticos en beneficio mutuo, pero según una proporción por regular después. Antes reclamaba Dantzig como un regalito para esbozar la amistad, pero también para fortificar su popularidad en Alemania, operación siempre útil antes de pedir demasiado a un pueblo.

Chamberlain no quería la guerra, sino la paz, supuesto que fuese en el orden, según las reglas y las leyes internacionales. Como todos los ingleses, comprendía que Dantzig volviese a Alemania, puesto que era una ciudad alemana, pero quería que se hiciese en la decencia y el orden. Para obligar a Hitler ofrecía su gran bastón a Beck levantando la voz, lo cual le parecía el mejor medio para evitar la guerra y mantener su dignidad, conservando a la vez el apoyo de la opinión británica. No pensaba que la vista de un gran bastón enfurecería a Hitler y que, como los perros en las granjas, si alguno empezaba a gritar él se ponía a aullar.

Daladier trotaba detrás, descontento y dócil.

El pánico ganaba a todos los ministros, diplomáticos e informadores. Desde Berlín, el agregado militar de Estados Unidos anunciaba a su Gobierno que los nazis no dejarían de atacar a Polonia si no se podía persuadir a Varsovia a que cediese Dantzig. Roosevelt, a esta noticia, envió desde Warm Spring una prédica a Hitler recordándole algunas verdades bíblicas: «Nadie puede persuadir a los pueblos de la Tierra de que un Gobierno tenga el derecho o la necesidad de imponer a su pueblo y a los demás todas las miserias que una guerra arrastra, salvo en el caso de legítima defensa.» Añadía con unción que no obraba por temor, sino por «amor a la Humanidad». Como respuesta recibió una andanada de elocuencia violenta, declamada en plena Dieta. Al mismo tiempo Alemania repudiaba el pacto de no agresión germano-polaco y el acuerdo naval anglo-alemán (28 abril 1939).

Ese día, por primera vez, Hitler planteó brutalmente la cuestión de Dantzig. Acusó a los polacos de que rechazaban toda discusión y amenazaban a Alemania

apoyándose en Inglaterra. Sin embargo les ofrecía su amistad, a condición de que renunciasen a la alianza británica y fuesen a hablar con él de modo franco. Después hacía el elogio del imperio inglés, «factor de valor inestimable para el bien de la vida económica y cultural». No deseaba sino amistad con él. Dicho lo cual volvió a su torre de marfil.

Inmediatamente se desencadenó toda una catarata de acontecimientos: Polonia e Inglaterra entraron en negociaciones financieras inextricables; Alemania e Italia se entendieron para firmar el «pacto de acero», alianza estrecha por la que Mussolini esperaba a la vez protegerse, elevarse y retardar la marcha de los alemanes hacia la guerra. En Francia, el General Jefe Gamelin firmaba con el Estado Mayor polaco un acuerdo militar en el marco de la alianza. Le correspondía hacerlo, y el Ejército se reservaba el derecho de no mostrar las cláusulas de ese tratado a nadie. Ni siquiera al Ministro de Asuntos Exteriores. Sin embargo, Georges Bonnet conoció su preámbulo y saltó de indignación al comprobar que Gamelin cambiaba por sí mismo el carácter de la alianza: ésta no comprometía a Francia, a menos que el enemigo atacase a Polonia en su territorio, pero el convenio militar precisaba de modo abusivo: «En caso de agresión alemana contra Polonia, o en caso de amenazas contra sus intereses vitales en Dantzig que provocasen una acción armada por parte de Polonia, el Ejército francés desencadenará... una acción.» Antes el Ministro de Asuntos Exteriores, Gamelin reconoció su imprudencia, pero pretendió que no encerraba consecuencias graves, pues este acuerdo militar tenía que ser firmado por un protocolo político que el Ministro podía negarse a firmar, y que, de hecho, no firmó nunca. No por ello el acto de Gamelin hizo que los polacos se estimasen más respaldados y, por consiguiente, más fuertes de lo que eran en realidad.

El público conocía u olía todos estos manejos. Aunque cada uno continuaba ocupándose de su trabajo, distrayéndose y llevando su vida a su manera, una preocupación cada vez más grave pesaba sobre todos. Y aumentó cuando se leyó en los periódicos, el 4 de julio de 1939, una declaración sorprendente del General Weygand. Extrañó tanto más cuanto que se le tenía en la más elevada estima y que parecía más inesperada. Al término de un concurso hípico en Lila acababa de declarar a los periodistas reunidos a su alrededor: «Creo que el Ejército francés tiene un valor más grande que en ningún momento de su historia: posee un material de primer orden, un ánimo excelente y un alto mando notable...»

¿Estábamos tan cerca de la guerra que hubiese que ostentar así nuestra fuerza? Como tantos otros franceses, yo me lo pregunté, y más curioso o más consciente del peligro resolví informarme.

4. ESPEJISMOS

Me serví de mis agradables relaciones con una bella y buena dama del barrio de San Germán, viuda de un Senador del Mosela, de la que sabía era gran admiradora del General Giraud, para conocer a quién la opinión designaba como el más brillante de los generales franceses y futuro jefe de nuestro ejército de asalto.

El 7 de julio de 1939, a las doce y media, Giraud penetró en el salón donde le esperábamos. Fuera hacía un tiempo frío, gris y feo. El fuego que brillaba en la chimenea iluminaba la pieza con resplandores pasajeros, haciendo resaltar en las paredes de tonos apagados adustos antepasados, brunos también. El inmenso General, con su uniforme azul claro, con sus distintivos multicolores y sus galones de oro, centelleaba como una gran mariposa exótica en un cofrecillo oscuro.

A los entremeses, la señora de la casa apuntó directamente al objetivo:

—¿Cuándo la guerra, mi General?

—Estamos en ella —respondió sobriamente—. Estamos en ella —repitió—: cada uno toma sus posiciones; la diplomacia encuentra buenas razones y malas coartadas; los jefes de Estado disponen sus mayorías y preparan las últimas maniobras; los industriales apresuran su ritmo de producción; los ejércitos toman sus posiciones a escondidas. Todo se estremece y se espera el primer cañonazo. A nosotros nos parecía oírlo ya; tan sonora se hacía la voz del General en el íntimo comedor.

—Sí; ¿pero cuándo estallará el conflicto?

—Este verano, dentro de algunos meses, inevitablemente. Hitler no podrá tolerar que Beck se haga rogar demasiado. Se lanzará contra Varsovia. Francia e Inglaterra no pueden tolerar que se maltrate a su aliada; la guerra nace fatalmente de la situación actual.

En este momento me permití deslizar una pregunta insidiosa:

—Quien dice guerra, mi General, dice azar. ¿Qué pasará al final con todo?

—No tenga ningún temor. Hitler no podrá acabar con la resistencia polaca en menos de tres meses. Ahora bien, a partir del 15 de octubre Polonia se hace impracticable y la guerra debe detenerse, so pena de atascarse. Si, por tanto, no ataca antes del 15 de agosto, está perdido. En ese caso esperará hasta abril de 1940 para lanzar su ofensiva, o bien renunciará completamente a la guerra.

Yo no creía en tal ingenuidad por parte de Hitler, y ese razonamiento no me persuadía. Volví a la carga:

—Pero, mi General, ¿es necesario que los franceses vayan a «morir por

Dantzig? ¿No se puede encontrar un arreglo, puesto que nuestros diplomáticos, como los de Inglaterra, estiman que Danzig es una ciudad alemana? ¿No sería ésta la razón más estúpida para entrar en guerra? Porque, a pesar de todo, el riesgo puede ser grande.

Rápido y fuerte el gigante azulado me respondió al tiempo que partía resueltamente un trozo de carne jugosa en su plato.

—El reclamará Danzig primero; después tomará la Silesia del Sur, y después necesitará todas las fábricas, todas las minas y todas las reservas de Polonia. En estas condiciones, usted lo comprenderá, señor, la guerra se impone. No se puede admitir esos procedimientos. Sólo la guerra es posible. Por lo demás, la rozamos el viernes pasado: los alemanes acababan de hacer movimientos de tropas de tal envergadura que hicieron legítimas todas las respuestas de los polacos, aunque hubiese sido un ataque atropellado en dirección a Berlín. Pudieron y debieron hacerlo. En el último momento parece que Chamberlain rogó a nuestros aliados que esperasen. Inglaterra se arma, y lo hace con un método que debemos envidiarle. Pero sus ministros desean que no estalle la guerra antes de un año, porque entonces se encontrarán dispuestos por fin.

Como la comida terminaba felizmente con un postre delicado y el General quería tomarse tiempo para nutrirse un poco, me hizo hablar de Estados Unidos, país por el cual se interesaba tanto más cuanto que contaba con su ayuda económica durante la guerra. Le señalé que las elecciones próximas podían ser muy disputadas, porque ningún candidato demócrata poseía la notoriedad de Roosevelt; éste seguramente se haría reelegir con facilidad si volvía a presentarse, pero una tercera candidatura después de dos mandatos iría contra todas las tradiciones políticas del país y contra sus costumbres más inveteradas. Washington había creado un presidente temible. Por tanto parecía posible el éxito de los republicanos.

—Me gustaría recibir precisiones sobre este punto —me dijo entonces Giraud—, porque nuestra victoria no me parece cierta, sino en el caso en que la U. R. S. S. combata a nuestro lado y en que Estados Unidos nos procure víveres, municiones y armas.

—No cuente con ello —repliqué—. Norteamérica no nos lleva en su corazón desde que hemos rehusado pagarle las deudas de la última guerra. Y Roosevelt no es hombre para comprometerse por nosotros; no se interesaría por nuestra causa sino el día en que la estimase popular en su país. Aun si fuese reelegido y quisiese prestarnos su apoyo faltarían todavía muchísimos meses para disponer de fábricas norteamericanas y hacer de ellas manufacturas de armas, municiones y de todo lo que nos fuese útil. En sus cálculos, en caso de conflicto, tenga en cuenta estos factores, que estimo ciertos.

El General puso cara de despecho; estas ideas le sorprendían. Repuso, no obstante, con benevolencia, porque era buen hombre:

—Voy a informarme y, si usted quiere, volveremos a hablar dentro de quince días. Mi amigo Bullit no me negará sus luces. Mientras tanto puedo garantizarle que las perspectivas nos son favorables: España, agotada, no se moverá. Holanda y Suiza se verán obligadas por los mismos alemanes a unirse a nosotros. Poseemos el mejor ejército del mundo; Inglaterra, la mejor flota que navega por los mares, una aviación excelente con un ejército bastante mediocre, mucho peor que el de 1914. Pero poco importa. Los alemanes se echarán sobre nosotros;

podemos prever combate en el valle del Escalda, en el del Rin o incluso alrededor de Ginebra; pero nuestra defensiva los rechazará, con grandes pérdidas. Inmediatamente, pero sólo inmediatamente, les atacaremos donde nos convenga, y le garantizo que nuestras tropas, bien conducidas, sabrán vencer a ese ejército que fue bueno, pero que ahora está anticuado y no posee cuadros suficientes y no sigue a Hitler con el entusiasmo que él cree.

El General hablaba alto y fuerte, como si agitase una bandera, y su gran estatura parecía acentuar su autoridad y demostrar la veracidad de sus palabras. El coñac, que bebíamos despacio, le añadía fulgor. Pero su fiel talento registraba mis dudas y quería aclararlas.

Así, quince días después, gracias a la misma huéspeda servicial, volvimos a encontrarnos, bajo los ojos arqueados de los mismos antepasados, en la misma mesa hospitalaría.

—Tenía usted razón —me dijo Giraud francamente—; no podemos contar, de entrada, con la ayuda americana. Habrá que arreglárselas con destreza. Pero ya han cruzado una vez el Atlántico y dudo que teniendo esparcidos sus intereses económicos por el Universo puedan mantenerse aparte mucho tiempo. Hay que actuar, porque se interesarán por nosotros tanto más rápidamente como nosotros obremos. Bullit no me lo ha ocultado; incluso me lo ha subrayado. Pero, mire, hemos dejado pasar estos años varias ocasiones excelentes de hacer la guerra a Alemania. Esta vez no la desaprovecharemos. Este es el último año en que nuestra superioridad militar sobre los alemanes es formal. Estábamos casi seguros del éxito si les hubiésemos atacado en el 36, 37 ó 38. Este verano tenemos todavía la probabilidad, pero es la última. Inmediatamente nos encontraremos en terrible inferioridad. Estaremos condenados de antemano. Así actuaremos sin tardanza.

Por última vez intenté protestar.

—Usted nos dice, mi General, que nuestro ejército es el mejor del mundo. Sin embargo no ignora que el estado moral y social de la nación es malo. ¿Piensa usted que en una democracia las tropas y los ciudadanos son compartimientos estancos?

—Animo, ánimo, señor; los franceses tienen el alma guerrera; se recuperan siempre en cuanto suena el clarín.

El argumento no era discutible. Saludé al General con deferencia, mientras él me despedía amistosamente. Pero no pude decirle que acababa de convencerme.

Su forma bastaba para crear dudas en mi espíritu. Su gran cuerpo hexagonal, más ancho por la mitad que en los extremos, y coronado arriba por un gran «kepis» y abajo por un ancho calzado, no me parecía que lo llevase en la cabeza, sino en las piernas. La boca martilleaba con más fuerza de la que expresaba la mirada. El tono manifestaba honradez, bondad, celo, una condición serena; pero sus discursos poseían más bien el don de afirmar que el de persuadir. Yo me alejé más preocupado que antes.

Lo comparaba con Mangin, como lo conocí de 1914 a 1919. Este, a quien llamaban injustamente el «carnicero de Verdún», irradiaba fealdad voluntaria, y ante él todos se inclinaban. En su cuartel general yo había visto a la Condesa de Noalles palidecer de alegría al escuchar sus cumplidos y prodigarle a continuación las floridas lisonjas que ella reservaba a sus héroes. Pero Magin seguía dominándola. Giraud gustaba también a las mujeres, pero más bien por su fuerza, por su estatura y por el aspecto de disciplina que se le veía. Hace falta,

desde luego, para arrastrar a los hombres a una muerte probable; pero hace falta, ante todo, esa especie de fanatismo alegre, de ligero delirio o esa embriaguez que impone a los que rodean a uno y que transforman un acto irrazonable en un impulso gallardo. Yo no distinguía nada de ello en ese buen gigante razonable y ponderado que hablaba sopesando sus palabras y comía limpiamente.

Me tranquilizaban hablándome de Gamelin, que sería el Comandante en Jefe; me lo describían como un jefe juicioso y sensato. Un antiguo colaborador de Joffre, de quien los periódicos publicaban grandes elogios y a quien ponían muy alto los que no lo conocían. Al contrario, cuando interrogaba a uno de los oficiales de su círculo se callaba o respondía con palabras vagas, fórmulas hechas o escapatorias. Un halo de prudencia indistinta rodeaba su rostro. Se hablaba de él como de la línea Maginot; en la imaginación de las multitudes flotaban como divinidades protectoras. El francés de 1939, si mencionaba su ejército, si pensaba en él, lo citaba a la manera de una defensa segura, tras la cual cada uno podía continuar llevando tranquilamente su vida sin dificultad ni sacrificio. Para arrastrar a esos hombres a la aventura sangrienta de una guerra ofensiva, ¿bastaría un Giraud?

La propaganda comunista cambiaba todos los datos y no permitía comparar la situación con la de 1914. En 1914 Jaurès y sus colegas se proclamaban patriotas y «buenos franceses». En 1939 los comunistas se declaraban fieles a Moscú; según sus órdenes, predicaban la paz en las fábricas, en la calle, en los alrededores industriales y en los barrios. Conseguían retardar las fabricaciones de guerra, causar accidentes mortales en la aviación, gracias a sus sabotajes; reinaban sobre los instructores. Ahora bien, en caso de conflicto se contaba con los instructores para formar a los cuadros de la infantería. En tal desorden, Hoche, Kléber y Bonaparte lograban atraer, galvanizar y disciplinar a los jóvenes franceses. Hoy, yo podía buscar, que no encontraba ningún jefe de esa especie; se parecían todos a funcionarios concienzudos, a veces inteligentes, pero rutinarios. Giraud, hombre grande, un poco pesado, de rostro amable, no me parecía ni un Hoche, ni un Kléber, ni un Bonaparte... Recordaba todavía que en Metz, donde mandaba la mejor división francesa, se querellaba con un joven Coronel, llamado De Gaulle, gran partidario de los tanques, de los que quería hacer un arma ofensiva, mientras que Giraud se atenía a la infantería. Frente a frente, esos dos hombres, casi de la misma estatura, constituían un espectáculo extraño: Giraud dominaba con sus galones y su masa; De Gaulle, por la dureza de su mirada cerrada.

Me parecía que éste debía de tener razón. En 1938, cuando atravesé en mi coche pequeño el bosque de Turingia, me crucé con dos divisiones blindadas alemanas precedidas de sus aviones, escoltadas por motocicletas, seguidas por masas de infantería transportada y todo en orden estricto y que se desplazaba tan rápidamente que se les creía guiados por tele-radio. Un instrumento de este género en manos de oficiales expertos, como los Rundstedt, Witzleben y Guderian, y puesto en danza por un jefe capaz de delirio, me parecía temible.

¿Cómo un ejército escasamente provisto de tanques y de cañones pesados rápidos, y de aviones, y de generales que confían ante todo en su infantería, podría mantenerse ante el asalto de semejante instrumento? Al comparar mi visión

de Turingia, donde todos, soldados, oficiales y generales, parecían jóvenes y tensos, con el extraordinario desorden que ostentaba en el otoño de 1938 la movilización francesa, en la que todo parecía viejo: el reglamento, los reservistas, el material, los cuarteles y los cuadros, llegaba al escepticismo y concluía en la inquietud.

5. SALTO DEL VIENTO

Todos los occidentales vivían en una preocupación que sólo aliviaba la monotonía de los días.

En vano Inglaterra y Francia intentaban organizar el bloque de las democracias y de hacer entrar en él a Rusia, a la que se quería creer «liberal», puesto que insultaba a los «fascismos». Para defender el «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos», la justicia y la libertad, interesaba esa alianza que los estados mayores aliados declaraban necesaria en tiempo de guerra. Moscú, antes de toda discusión, exigía la entrega de sus pequeñas democracias vecinas: Letonia, Estonia y Lituania. Parecía irrisorio comenzar así una cruzada por la independencia de los «pueblos libres». Se podía incluso preguntar, entre Hitler, que reclamaba Danzig, sobre la que tenía derechos, y Stalin, que quería tomar los Estados bálticos sin tener ningún derecho sobre ellos, quién de los dos merecía mejor el título de «liberal» y de «demócrata».

La exigencia rusa no era aceptable. La aceptaron, sin embargo. Firmado lo cual, la U. R. S. S. declaró que no firmaría ningún acuerdo en tanto Polonia y Rumania no autorizasen formalmente el paso de las tropas rusas por sus territorios. Toda mente lúcida podía adivinar sin esfuerzo lo que Stalin pretendía sacar de tal «derecho de paso». Los interesados lo comprendían y rechazaban con tenacidad entrar en ese camino. Obsesionados por el deseo de poner su dispositivo a punto para el mes de agosto, Inglaterra y Francia insistían y multiplicaban las gestiones cerca de sus amigos del Este europeo. En vano, bien entendido. Por todo ello en las cancillerías no había más que demoras, vacilaciones y vanos procedimientos, a los que se entregaban los diplomáticos, periodistas y radiofonistas.

La multitud escuchaba ese rumor confuso sin sacar nada inteligible, salvo un creciente sentimiento de peligro. Hitler, por sus chillidos y aullidos, repugnaba: se le encontraba odioso; se apagaba la radio, se apartaba el periódico por disgusto, se sentían escalofríos de indignación. Pero, ¿qué pensar de un Daladier a quien los periódicos de derechas llamaban el «toro domesticado», y a quien los de izquierdas insultaban por su comportamiento en Munich? ¿No se comprometía siempre con ímpetu en un acto del que se ponía a dudar siempre inmediatamente? ¿Cómo se comportaría si ocurriese lo peor? En medio de estos problemas, de pronto se oía la voz apacible de lord Halifax, que decía a sus colaboradores el 28 de julio: «No existe ningún peligro de ruptura inminente en el curso de las próximas semanas críticas.»

A todo esto el público no podía nada, no oía nada y no participaba en modo alguno. En París, por tanto, la gente se divertía, como conviene al buen tiempo.

Puesto que los asuntos exteriores se hundían en el fango, más valía beber, comer, bailar, ir a las carreras y casarse, según las costumbres de la estación. En Londres también la estación iba a su paso. En Washington se preparaban las elecciones de otoño y las maniobras que iban a llevar al poder por vez tercera a Franklin D. Roosevelt. Hopkins las dirigía con tanta discreción como brío.

En este vacío, Hitler se enfurecía y se exaltaba. Estimaba a sus adversarios embarazados, trémulos, y llevaba a tambor batiente la guerra de nervios. El 23 de mayo, con ocasión de una gran reunión de sus generales (cuya hostilidad al nazismo conocía), les dijo: «Habrá guerra. Nuestra misión consiste en aislar a Polonia... Pero eso no debe hacer que discutamos con Occidente...» Inmediatamente afluyeron a Londres y a París informes y advertencias de los oficiales o sus mensajeros: «Tengan cuidado», repetían. Goering unía sus propios mensajes. Oficial aviador de la última guerra, conocía mejor que el cabo Hitler el valor guerrero de los franceses, de los estadounidenses y de los ingleses. Sabía de qué recursos disponían estos pueblos y qué esfuerzos podían realizar si se les apuraba. Ahítos de honores, de medallas y riquezas, temía por ellos. Su círculo experimentaba los mismos sentimientos: temían por Alemania, en caso de derrota, y por Europa entera, comprendida Alemania, en caso de victoria nazi. Todos, oficiales, aviadores y Goering, insistían cerca de los aliados: «No dejen que Polonia se obstine en una actitud negativa. Que sepa hacer a tiempo los sacrificios necesarios y mesurados, que ahorrarán a todos el recurso a las armas, desastroso para todos.»

Hitler contaba con estas indiscreciones como un arma complementaria. Si tenía un ejército bien adiestrado, divisiones de asalto notable y a punto, una aviación numerosa, combatiba, experta y bien concebida para la sorpresa, para los bombardeos y para sembrar el pánico entre los regimientos de infantería, no poseía el «armamento en profundidad», la acumulación de reservas de armas, de petróleo, de mazut y de productos de toda clase y de alimentos, lo único que le permitiría sostener una guerra larga. Todos sus actos, todos sus gestos y el curso general de sus arengas prueban que confiaba en la intimidación para obtener el resultado que buscaba. A lo sumo consideraba una guerra relámpago, conducida con destreza y terminada rápida y victoriosamente. ¿Medía los riesgos para su país y para otros en caso de un compromiso encarnizado que se prolongase durante años? Para evitarlo confiaba en su fuerza y en su estrella.

Se equivocaba. La intimidación irritaba a los polacos, sin asustarlos. Recordaban las largas y hábiles persecuciones que les habían inflingido los prusianos en el ducado de Posnan a fin de germanizar esa tierra eslava, de imponer el uso del alemán y de debilitar, con su fe católica, su sentimiento nacional y su invencible esperanza. No olvidaban ni las pesquisas, ni las brutalidades policíacas, ni las expropiaciones arbitrarias. En ningún caso se prestarían a una guerra con Hitler, aunque la idea de un entendimiento con Stalin les fuese infinitamente más odiosa todavía. Las lentas torturas infligidas a toda la Polonia rusificada por los moscovitas seguían grabadas en sus memorias; la U. R. S. S. no encontraba en ellos sino disgusto, desprecio y odio.

Chamberlain conocía estos obstáculos, pero debía a su naturaleza un don extraordinario de obstinación; volvía a la carga cerca de Beck para que refrendase la fórmula que satisfaría a Moscú. Georges Bonnet, más fino y más perspicaz, apremiaba al Embajador polaco Lukasiewicz. Pero éste respondía imperturbable-

mente: «Mi ministro no dejará nunca que los rusos ocupen los territorios que les tomamos en 1921. ¿Dejarían ustedes que los alemanes entrasen en Alsacia-Lorena?» Después se retiraba siempre cordial, digno y firme.

Comenzaba el mes de agosto sin que Beck hubiese abandonado su actitud monolítica. En vano Léon Noël, Embajador francés en Varsovia, insistía cerca de él y de los generales polacos; en vano Chamberlain escribía, telefoneaba, rogaba... Nada conmovía la resolución de nuestros amigos. El 19 de agosto, por fin, Bonnet aventuraba una gestión apremiante: «Entramos —dijo— en una fase decisiva. De la respuesta polaca depende o el éxito o el fracaso de la negociación anglo-franco-rusa. Corresponde al Gobierno polaco medir toda la magnitud de sus responsabilidades y su actitud ha de desembocar en una ruptura de estas relaciones con la U. R. S. S.»

Obtuvo menos atención que el canto de los grillos.

Lo cual se comprende. No puede comprenderse qué podría esperar Beck de una guerra... Seguramente consideraba a Inglaterra ligada por una alianza, a Francia por otra alianza y por el pacto militar que Gamelin acababa de firmar. Pretendía que los ministros franceses lo ratificasen, pues la opinión anglosajona no les permitía eludirlo. Contaba, por tanto, con las promesas del General en jefe: «Actuará en cuanto Danzig o el territorio polaco sea amenazado por los alemanes.» Según Gamelin, «la aviación francesa podría obrar victoriosamente para aliviar a Polonia.» Seguía prometiendo que «el tercer día desencadenaría ofensivas y objetivos limitados», y después, pasado el quinto día, «una acción ofensiva con el grueso de las fuerzas francesas». Sobre el papel todo eso parecía magnífico, pero los polacos tenían espías. ¿Ignoraban que Francia carecía de aviones para su propia defensa?; ¿que su movilización era lenta, puesto que exigía casi dos meses para acabarse? En fin, ¿podían ignorar el carácter lento y linfático de Gamelin, a quien frecuentaban? Ni siquiera se preguntaban por qué procedimiento milagroso conjugarían sus operaciones con las de Francia, por encima de todo el espesor de Alemania. Sus inmensas esperanzas las fijaban a un árbol de Navidad pintado en cartón.

Yo intentaba comprenderlos. Su nación parecía a muchos de ellos como un milagro que series de milagros tenían que seguir salvando. Otros, demasiado sensibles a los relatos de los periódicos, creían en la impopularidad de Hitler en Alemania, en la fragilidad de su situación y en la negativa del ejército alemán cuando se tratase de seguirlo. En fin, los más astutos estimaban a Alemania más débil de lo que era, y a los aliados, más fuertes. Entre ellos, el Embajador que Roosevelt acababa de enviarles, el Coronel Anthony Biddle, hombre activo, brillante y popular, representaba un papel importante. Amistado con sus generales y políticos, bien visto por la multitud, les impulsaba a la acción. No podía, en efecto, sino volverles a decir los principios repetidos sin cesar aquella época por el Presidente y recapitulados por Hopkins: «Ya no hay que dejarse llevar a negociaciones con los nazis; eso sería hacerles muy buen juego.» Así, pues, ninguna debilidad ni condescendencia frente a Hitler; en cuanto a la Rusia roja, sabían de qué valía su «amistad». De acuerdo con los expertos militares de Occidente y de Estados Unidos, estimaban al ejército soviético débil, sin alto mando eficaz desde la gran purga que costó la vida a Tujachevski; sabía que era lento en moverse, y que si se movía era aún más peligroso para los polacos que para los alemanes.

Olvidaban que su propia aviación contaba solamente con unos 250 aparatos algo anticuados; que su ejército poseía un solo batallón de tanques y apenas algún cañón pesado moderno. ¿No tenían, además de su valentía tradicional, el mejor ejército del mundo a su disposición (el de Francia), la mejor flota del mundo (la de Inglaterra) y la opinión mundial?

¿Polonia no ha sido siempre un país más lírico que crítico?

Hitler también lo era, a su modo. Al corriente de las negociaciones anglo-franco-soviéticas y de los tratos con Polonia veía que se arrastraban, rebotaban y se retardaban sin resultado. Así no hacía ni un gesto, ni un movimiento, ni una sugerencia, para contrarrestarlas o para atravesarse. Habiendo hablado, se callaba y esperaba.

La espera constituía para él uno de los recursos más eficaces de la guerra de nervios. Ya en 1938, a principios del verano, la practicaba con paciencia. Desde el verano de 1939 seguía recurriendo a ella, dejando madurar en sus adversarios el embarazo, el nerviosismo y la angustia. Poco le importaba que Goering enviase a su agente Wohltat a discutir a Londres con altos dirigentes e insinuarles que un préstamo de mil millones de libras esterlinas podría arreglar las dificultades con Alemania, e incluso eventualmente hacer olvidar el problema de Danzig (del 20 al 24 de julio de 1939). Poco le importaba incluso que Schwerin von Krosigk, en su estancia de entonces en Inglaterra, declarase francamente a sus interlocutores británicos: «Hitler no tiene nada en cuenta las palabras, únicamente los actos.» Después dejaba entender que, para hacerse escuchar por el Canciller, haría falta que la gran flota británica diese una vueltecita por el Báltico, que se instalase en Francia una gran fuerza de bombarderos y que se introdujese a Churchill en el Gabinete. Schwerin, alto dignatario en guerra, nunca fue inquietado por sus palabras. Tampoco persuadió a Chamberlain de todos modos. Otras intrigas del mismo género se anudaban y se desanudaban entonces; algunas se propagaron y se hicieron tema de discusión en el Parlamento inglés, sin que cambiase nada en la situación internacional ni produjese modificación alguna en la actitud de los interlocutores principales.

Entonces se produjo un episodio cómico en medio de esas lentas porfías y de esos discursos amenazadores. Cuando se trató de enviar a los especialistas militares a discutir el acuerdo en la U. R. S. S., misión que Chamberlain consideraba urgente, se dieron cuenta de que, por razones misteriosas, no había disponible ningún avión. ¡Qué más da!, esos señores tomarán el tren, que también va rápido. Pero los oficiales ingleses reclamaron: su delicadeza no les permitía tomar un tren que atravesaba Alemania para ir a negociar un acuerdo militar antialemán. Hubo que plegarse al procedimiento más lento: un barco. Tranquilamente se puso en camino y condujo al General Doumenc y al Almirante Plunkett hasta Petersburgo, desde donde se dirigieron a Moscú; era mediados de agosto. Después de haber llegado a la capital rusa, sin perder un instante se les ofreció un banquete magistral, con caviar, alficoces, vodka, vinos de Crimea, lechones y las demás especialidades rusas. Con el adorno de brindis innumerables y sonoros, que hicieron a más de un comensal desplomarse bajo la mesa. Después, los días siguientes, los oficiales, generales de Occidente, dieron informes generales, a los que respondieron los informes generales de los oficiales generales soviéticos. En este momento Vorochílof hizo una pregunta sencilla: «¿Sus países han obtenido de Polonia y Rumania la autorización para que las tropas rusas pa-

sen por sus territorios?» Turbados, pero disertos, los occidentales explicaron que, aun sin esa autorización, la U. R. S. S. podría ayudar al país atacado procurándole armas, víveres, municiones y mediante el apoyo de su aviación. Por lo demás, Polonia pediría el socorro del ejército ruso en cuanto los nazis la atacasen. Sin escuchar estas palabras Vorochílof repitió su pregunta, exigiendo una respuesta formal antes de continuar las negociaciones. No quedó al General Doumenc y al Almirante Plunkett sino esperar las instrucciones de sus Gobiernos visitando Moscú, ciudad pintoresca, cuyos museos les enseñaban gustosos, supuesto que no mirasen ninguna otra cosa y no intentasen escurrirse por los rincones.

En París y en Londres ya no se hablaba de ellos. Los periódicos los olvidaban. Los franceses podían creer que la guerra, la «maldita guerra», se haría olvidar, y pasaría, transportada por las brisas estivales, como en 1938, una tormenta septembrina había disipado el peligro checo.

Los diarios ponían en primera plana la campaña electoral estadounidense. Franklin Roosevelt logró un golpe maestro; gracias a Hopkins y gracias a las amenazas de guerra, la convención del partido demócrata lo había proclamado candidato por tercera vez al inagurarse el 15 de julio. Acto seguido se sucedieron discursos y votaciones entusiastas. Se observaba, sobre todo en Europa, el programa votado por esa asamblea. Prometía a los electores que nunca se haría al país entrar en una guerra. Roosevelt lo suscribió con calor, como estaba obligado; pero, astuto, hizo añadir la fórmula anodina: «Salvo en caso de ataque enemigo.»

Todo se desarrolló después según la manera estadounidense, bullanguera, popular y deportiva. El candidato republicano, joven político ambicioso llamado Wendell Willkie, parecía tener primero el viento en popa. Las mujeres prefieren a los jóvenes, en Estados Unidos como en todas partes. Los pronósticos le daban una probabilidad seria; los grandes periódicos lo sostenían, en particular *The New York Times, The Daily New* y las hojas del poderoso grupo *Scripps-Howard,* que circulaban por todo el país. Sin embargo, los observadores perspicaces observaban que la opinión favorecía todavía a Roosevelt; en todo el país, representa una gran fuerza para un candidato estar en el poder, y el Presidente sabía manejarlo. Pero, como comprobaba decepciones aun en las filas demócratas, se constituyó un estado mayor de «negros» que habían de redactarle sus discursos, entrevistas, alocuciones e interrupciones, a fin de aliviar al lector y de recuperar el terreno perdido. Hopkins, desde luego, fue el jefe del equipo; a él se añadió un antiguo juez de Nueva York, Samuel Rosenman, hombre sutil, realista y bien al corriente de las mareas populares, con un periodista conocido por su talento y por su idealismo, Robert S. Sherwood. Este equipo flexible y sonoro iba a trabajar para Roosevelt hasta su muerte. Le proporcionó, primeramente, una serie de papeles destinados a destacar su gusto apasionado por la paz; después insistían en la necesidad de rearmar a Estados Unidos, a fin de salvaguardar la paz y de mantener alejados a los posibles asaltantes. Su discurso más famoso fue el de Boston, donde, con la mano en el pecho, Roosevelt exclamó tonante: «Y, puesto que me dirijo a vosotros, madres y padres de América, voy a haceros otra promesa más; ya lo he dicho, pero lo volveré a decir una vez más, y otra y otra: vuestros hijos no serán enviados a servir en guerras extranjeras.» Repitió estas palabras a todo lo largo de su campaña, pues se le afirmaba que no podía pasarse sin ellas, para su elección. La radio, los periódicos y los rumores públicos las difundían en el uni-

verso entero, en todos los hogares, a través de todas las naciones. Se las leía en Francia, en Inglaterra y en Alemania. Hitler, bien entendido, no las ignoraba.

Satisfecho y apacible en su nido de Berchtesgaden, dejaba madurar la tormenta.

Stalin, también; no obstante, seguía con la vista fija en una de esas guerras de las que apenas hablan el periódico y la radio, pero que no por ello dejan de derramar la sangre de los hombres y dominan su destino. En sus operaciones para matear a China, los japoneses apuntaban, ante todo, al Manchukúo, región de minas y de fábricas, habitada por una población industriosa. Este país, poco antes bajo la influencia rusa, interesaba también a los soviéticos, que lo vigilaban de cerca, tan de cerca que lucharon y que los japoneses perdieron 18.000 hombres en la batalla de Nomunhan, en las estepas donde limitan Manchukúo y Mongolia Exterior. Stalin encontraba un objeto de satisfacción, pero también una advertencia que lo incitaba a no entrar a la ligera en la maraña europea. Si se decidía, pretendía tomar precacuciones y sacar beneficios netos. En Alemania, las negociaciones franco-rusas inquietaban al círculo del Canciller, quien recordaba la doctrina tradicional en Prusia: «Nada de enemigos al Este», y soñaba con un acuerdo con el gran potentado. Nunca se habían roto las relaciones entre Alemania y Rusia de 1919 a 1939. Nunca se habían roto los puentes entre sus expertos y los soviéticos. A fines de mayo de 1938, el embajador nazi en Moscú, Von Schulenburg, de acuerdo con el secretario de Estado de Asuntos Exteriores, Von Weizsaecker, quiso reanudar el diálogo ofreciendo a Stalin un pacto en que Rusia recibía la promesa alemana de que ellos facilitarían las relaciones sovieto-niponas y que tendría en la mayor consideración los intereses rusos en Polonia. Hitler, parece ser, no permitió entonces que se ofreciese más a la U. R. S. S. Seguía en su silencio.

A fines de julio, Schulenburg esbozó sin más resultado otra gestión. Volvió a empezar a comienzos de agosto, también en vano. Después, previno a su Gobierno que estimaba a Stalin a punto de entenderse con Occidente. Entonces, de súbito, el 14 de agosto, Ribbentrop decidió abrir con Moscú una negociación general sobre el tema: «No existe ningún conflicto verdadero entre Alemania y Rusia..., ni cuestión alguna entre el Báltico y el mar Negro que no pueda ser resuelta a completa satisfacción de las dos partes». Ofrecía ir él mismo a Moscú para conversar.

Los soviéticos se demoraban primero. Después, el 18 de agosto, invitaron a Ribbentrop para el 25 y 26. Hitler estimó llegado el momento de intervenir. El 20 de agosto envió un mensaje personal a Stalin; el mismo día, estaba firmado el tratado comercial germano-ruso; el día siguiente, 21, Vorochílof recibió a los delegados militares nazis y Stalin convocó a Ribbentrop para el 23. En esta fecha, los dos países ratificaron un pacto de no agresión mutua, al que se añadían dos artículos secretos. Alemania declaraba desinterarse de las repúblicas bálticas y de la parte oriental del territorio polaco (todo lo que se encontraba al Este de la «línea Curzon»).

Stalin, al parecer de los militares occidentales, acababa de sacrificar su doctrina al oportunismo. De hecho, se preocupaba tan poco de ella como Pedro el Grande, o Catalina II. Mediante este tratado, borraba la vergüenza de Breslitovsk y recuperaba los territorios sacrificados entonces para tomarse el tiempo de imponer la revolución al país. En esos documentos no se hablaba ni de amistad

ni de confianza. La operación se presentaba como un comercio ventajoso para las dos partes en un momento dado, ni más ni menos. Se podía sospechar también que Stalin, aventurero de carrera ante de su dictadura, prefería firmar un documento con otro aventurero surgido del pueblo, como Hitler, antes que aburguesarse.

El acuerdo significaba el fin de Polonia y su reparto a breve plazo. Podía verse en él también una precaución rusa contra el avance germánico. De cualquier modo, Hitler pensaba entonces que ese documento sería para los franceses y los ingleses tal chasco que recuperarían la razón y negociarían buenamente. Se decía, que incluso Polonia podía aprender la lección.

Stalin veía más lejos. Tenía todo que ganar con la paz y más aún con la guerra. Desconcertaba así a la diplomacia burguesa; revolvía las cartas y se consideraba en adelante el árbitro de la partida.

6. MAREA DE EQUINOCCIO

En Occidente, los diplomáticos se sintieron burlados y ganaron un resentimiento que no aclaraba sus ideas.

El 23 de agosto por la mañana, Georges Bonnet supo la noticia. Espíritu sereno y ponderado, comprendió el juego de Stalin y se dijo que había que obviar el peligro. El dictador soviético, renegando de todos los principios de su régimen, en la medida en que las teorías son principios, se aliaba con el régimen más hostil al comunismo en Europa; pensaba, pues, evitar la guerra con él y dejar que los europeos demócratas sacasen las castañas del fuego. Después llegaría su hora, la de los beneficios poco costosos.

Dejar que esta maniobra se cumpliese sería demencia, e incluso traicionar a Francia, pensaba. Parecía llegada la hora de salvaguardar también los intereses esenciales de ésta. Beck, responsable de la situación presente, tendría que sacar las conclusiones fatales. Bonnet visitó, pues, a Daladier y le hizo la pregunta: «Dado que el concurso ruso nos falta, ¿qué probabilidades de victoria nos quedan?» Hacía entender que convendría buscar un compromiso.

Sin vacilar un instante, Daladier decidió no decidir nada, sino consultar al general en jefe. Reunió, pues, el mismo día al Comité de Defensa Nacional (que comprendía, con el presidente del Consejo y el ministro de Asuntos Exteriores, los de Guerra, Marina y Aire y los comandantes en jefe de estas tres Armas). El ministro de Asuntos Exteriores fue el primero que habló: «El pacto germano-ruso cambia el equilibrio de fuerzas, anima a Hitler y crea a Francia un gran peligro. En estas condiciones, si nos conformamos a los términos de nuestra alianza con Polonia, la guerra es segura. ¿Estamos dispuestos y capaces de vencer? ¿No vale más hacer que Beck trate con Alemania? Así, ganaríamos tiempo, afirmaríamos nuestras alianzas y seríamos más capaces de rechazar un ataque. No obstante, sería debilitar la alianza franco-polaca, que consideramos esencial, hasta ahora, para nuestra defensa. ¿Piensa el Estado Mayor que Polonia sigue siendo indispensable para nuestra salvaguardia? ¿Estima que puede mantenerse contra el ejército alemán, y durante cuánto tiempo?»

Gamelin respondió con su tono reposado. Tenía una voz agradable, lenta y armoniosa. Para él, el ejército polaco ofrecería una resistencia honorable a Alemania, aunque la batalla prosiguiese todavía en el Este en la primavera de 1940. En ese momento, el ejército francés quedaría reforzado por muchas divisiones en el continente. Francia no podía oponer sino alrededor de 120 divisiones frente a las 200 que el Reino pondría en línea. Estaba, pues, en situación de inferioridad. Por ello, tendría que preservarse el pico de las 80 divisiones polacas, aproximadamen-

te, que restablecería la igualdad con Alemania. A esta fuerza imponente vendría a añadirse, algunos meses después, una cuarentena de divisiones inglesas y una treintena de divisiones holandesas y belgas, en caso de violación de la neutralidad de esos dos países, hipótesis para nosotros muy favorable», concluía el General.

Dicho esto, Gamelin se calló. Tranquilizado por estas garantías formales y por la actitud serena del «gran jefe», el Consejo de Defensa Nacional votó que había que atenerse a la alianza polaca sin intentar ganar tiempo. Después, a la segunda pregunta: «Nuestro ejército, nuestra aviación y nuestra marina, ¿están en situación de permitirnos mantener nuestros compromisos con Polonia?» Gamelin, por el ejército; Darlan, por la marina, y Guy la Chambre, por la aviación (pues era entonces Ministro del Aire), respondieron a una: «Estamos dispuestos.» Bonnet regresó al Quai d'Orsay, ni tranquilizado ni resuelto, pero obligado a seguir a Polonia en todas sus decisiones. Ya no podía eludirlo.

Inglaterra podía todavía.

No se preocupó. El sopor veraniego reinaba sobre Gran Bretaña, ocupada con sus partidas de criquet, sus fines de semana y su reposo. La opinión no se agitó. Los conservadores lanzaron un grito de triunfo: «Ya lo habíamos dicho, la U. R. S. S. no vale nada; son unos granujas.» Los laboristas sintieron cierta amargura contra Stalin y sólo Lloyd George midió la gravedad del fracaso diplomático aliado.

El Gobierno de Londres no reunió el Parlamento aquel día; no consultó a sus Generales sobre las fuerzas de que disponía Inglaterra y sobre sus medios de defensa; no se informó acerca del Gobierno francés sobre el estado exacto de su ejército. Los Ministros se contentaron con decidir ellos también que no decidirían nada y que se atendrían a la política seguida desde marzo: «Sostener a Polonia para que la cesión de Dantzig a Alemania, normal y deseable, se hiciese en orden, según las leyes internacionales, y no por la violencia.

Habiendo hecho todas las reflexiones, Chamberlain acabó por decirse como Bonnet: «Habrá que intentar los medios pacíficos.» Adivinando de dónde podía provenir la testarudez polaca, hizo rogar al embajador estadounidense, Kennedy, que alertase a Roosevelt: Que tenga a bien instar a los polacos a negociar, y todo podría arreglarse. El mensaje partió en seguida. Roosevelt lo recibió sin pestañear y, sin vacilar, respondió: «No.» Se atenía a su doctrina: «Ninguna negociación más con los países nazis.» Seguramente, odiaba la guerra, pero estaba en su destino, elemento necesario de su reelección y del vasto plan que alimentaba en secreto.

Desconcertados los Ministros franceses e ingleses, se plegaron al vano recurso de las «notas diplomáticas».

Daladier resolvió enviar a Hitler una nota «vigorosa» para recordarle la alianza franco-polaca y ponerle en guardia contra una decisión que arrastrase una guerra general. El único resultado fue irritar a Hitler y volverlo contra Francia, a la que hasta ese día intentaba reservar.

Chamberlain resolvió también enviarle «una nota firme», a fin de representarle los peligros de una gran guerra y para resaltarle las innúmeras ventajas de una negociación por las buenas. Hitler decidió dar un poco de gusto a los ingleses.

Al regresar a Berlín, vio a Goering y le hizo despachar a Londres al sueco Dahlerus para que solicitase por lo bajo la mediación británica entre Polonia y Alemania. Dahlerus hizo muchas idas y venidas sin que saliese nada de ellas.

Chamberlain sabía que Mussolini no quería la guerra y no podía hacerla e intentó utilizarlo. Gustosamente, el Dux previno a Hitler que se mantendría neu-

tral, pero eso no turbaba a los nazis. No reaccionaron violentamente sino al anuncio del tratado que cimentaba la alianza anglo-polaca. Entonces, Hitler, furioso, decidió atacar a Polonia a las treinta y seis horas. Pero reflexionó y quiso probar un nuevo esfuerzo para negociar; dijo a los ingleses: «que se arregle el asunto de Danzig y, por mi parte, yo os garantizo vuestro imperio, las fronteras de Francia e incluso mi desarme...».

Chamberlain, menos aliviado que embarazado, porque no quería ligarse con Alemania, sino solamente evitar la guerra, se puso a hostigar a Beck; utilizó incluso al rey de los belgas y a la reina de Holanda, muy dispuestos a ofrecer su mediación. Con un gesto, Hitler la rechazó.

Poco se adelantaba, entre Polonia, más inmóvil y más muda que una esfinge, e Hitler, que pataleaba ya, y se decidió a terminar. El 29 de agosto, a las 19.15', previno al embajador inglés, Neville Henderson, que daba veinticuatro horas a los polacos para enviarle un plenipotenciario. Henderson, viendo una esperanza, se apresuró a advertir a Chamberlain, que transmitió inmediatamente la noticia a Beck, quien respondió: «No iré a Berlín, naturalmente: no tengo la intención de dejar que me traten como a Hacha.» Así, pues, no se movió.

No obstante, en toda Europa, el plazo de veinticuatro horas reavivaba la esperanza de la paz. Desde Francia, Bonnet telegrafiaba a Beck para sacudirlo; desde Londres, Halifax le hacía significar: «No veo por qué el Gobierno polaco encuentra difícil autorizar a su embajador que reciba un documento por parte del Gobierno alemán.» Y los periódicos del continente imprimían ediciones especiales con la palabra «paz» en caracteres enormes, mientras que al lado, en letra pequeña, se leía: «Todavía posible.» La multitud, pasiva, pero casi despierta por la esperanza, se apretaba alrededor de los kioscos murmurando: «Munich II.»

Trabajando en mi casa, el teléfono sonó con estridencia y, al descolgar, una voz enorme llenó la pieza. Giraud, a quien había pedido que me admitiese en su Estado Mayor a cualquier título en caso de guerra, me advertía que no podía. A cambio, me prometía ésto o aquéllo. Después, añadió: «La guerra estallará de un momento a otro. Polacos y alemanes están frente a frente, cada uno con treinta divisiones. Las probabilidades son iguales; el ejército polaco es bueno. Si no bromean con cargas de caballería en pleno campo o con ataques al arma blanca, deben resistir y retener a los alemanes en su frontera.» Inmediatamente, me desveló una serie de cifras sobre los efectivos franceses y alemanes; todo lo cual se embrollaba en la alegría sonora de su voz, magnificada por el teléfono. «Desde mañana —añadió— transportaremos las tropas de cobertura a la frontera; una tercera parte de nuestro ejército está ya reunida bajo las armas. Los italianos hacen como que quieren atacarnos, pero no se apresuran. El Jefe de su Estado Mayor General incluso ha convocado a nuestro agregado militar para agradecerle la cortesía de que da prueba nuestro ejército en este momento para con el ejército italiano. —¿No cree, mi General, le pregunté, que, para jugar la partida que nos preparan nuestros vecinos y ganarla, no hay que tener nunca prisa? A mi parecer, los rusos se han apresurado demasiado y pueden tener sorpresas.» El General, aquel día, no sabía de dudas ni de matices; repetía su cantinela: «El ánimo de nuestras tropas es magnífico», declaraba su gran voz en triunfo. «La movilización está haciéndose mejor que la última. (Esto es fácil, decía yo para mis adentros.) De aquí a cuarenta y ocho horas, Alemania atacará...»

Continuó todavía algún tiempo con cumplidos sobre mi último libro, frases

amables sobre la bella dama del barrio de San Germán, nuestra común amiga, y terminó con votos de buena salud. Apenas me pareció útil hacerlos por él. Parecía en el estado de un joven enamorado el día de sus esponsales.

Salí para ver las últimas horas de paz en París. La multitud amorfa, silenciosa, paseaba a lo largo de los bulevares. Voceaban el diario de Déat, que protestaba contra la guerra y se indignaba: « ¡Morir por Danzig! » Se voceaba también el de Kérillis *L'Epoque,* que daba alaridos y peroraba contra la tibieza francesa. Corrían rumores en la calle y los bares: Francia acaba de enviar un ultimátum a Italia para que se una a los aliados. Se prepara una revolución en Berlín, etc. Nadie pensaba en resistir contra las órdenes gubernamentales; nadie osaba alegrarse ni aún a aprobarlas, salvo algunos extranjeros, norteamericanos, turcos, peruanos... En el café de *Flore,* Marcoussis soplaba champaña para celebrar su alistamiento en el ejército francés.

Los movilizados trotaban hacia las estaciones, muy cargados; sentían un vago temor. ¿Por qué les decían que llevasen su ropa al cuartel? ¿Es que el país no tenía? Sin saber demasiado qué ocurría, todos sentían un miedo sordo.

El viernes 1 de septiembre me levanté pronto sin mirar casi los periódicos. ¿Para qué? Después fui a trabajar a la biblioteca de la Sorbona. Me quedé hasta el mediodía con las narices en los libros. Entonces, el celador me vino bastante vivaracho y me dijo: «Alemania ha atacado a Polonia por cuatro lados. Pero no he querido molestarlo por tan poca cosa.» Le agradecí su tacto y partí.

En la calle, un sol suave, amortiguado por el paso de nubes nacaradas, lanzaba sus reflejos tornasolados; la multitud circulaba sin prisa y sin palabra con un paso pesado, la mirada fija y los labios prietos. Compraban menos periódicos que la víspera. La partida, jugada, ya no interesaba. La otra partida no había comenzado todavía para Francia. No obstante, acá y allá aparecían personas con máscaras de gas, reservistas en camino hacia las estaciones, camiones militares, vehículos de Estado Mayor y enfermeras. En los cafés, bebían como esponjas. Discutían en voz alta y, a veces, chillona. Unos decían: « ¡Es estúpido pelearse por Danzig! —Bueno, no se pelea por Danzig, sino por principios, por la libertad, por la democracia, por el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos», respondía un hombre con barba, seguramente profesor. «No, no, replicaba uno gordo y colorado. Peleamos para no estar solos frente al ogro, peleamos porque Hitler es un loco y, los alemanes, unos cerdos. —Quizá, murmuraba una voz más suave. Pero es terriblemente larga una guerra, ya sabemos algo de eso.» Pero todas esas palabras caían en el vacío. Vacía la copa, salían con la cabeza vacía.

Hubo un sobresalto de esperanza hacia la una de la tarde.

Bonnet acababa de saber que Mussolini proponía a Francia y a Inglaterra que reuniesen una conferencia el 5 de septiembre para examinar con Alemania las cláusulas discutidas o caducas del Tratado de Versalles. Bonnet juzgaba que se debía aceptar esa oferta. Daladier adhería a su opinión. Chaberlain parecía primeramente favorable.

Una viva oposición apareció en el Gabinete francés y en los círculos diplomáticos; el embajador de Estados Unidos y el de Polonia denunciaban el proyecto. Este último lo declaraba una «traición», puesto que Polonia luchaba ya y el enemigo estaba en su territorio.

En Londres, Churchill, que había llegado al primer plano en el Parlamento británico, se agitaba y protestaba. Chamberlain tuvo que retroceder. Hubo que dejar pasar, por tanto, aquel fugitivo resplandor de paz y consagrarse a la guerra.

Yo seguía de cerca la agonía de la paz y sentía encontrar en cada vuelta la sorprendente y normal locura de los hombres, la huella de Roosevelt y de los amigos de Baruch.

7. CALMA CHICHA

Los periódicos gritan: « ¡Guerra! ¡Guerra! » Los franceses la buscan sin verla. Se oye hablar, desde luego, de una guerra en Polonia, pero Polonia está lejos, siempre ha habido guerras y no se comprenden los nombres de las regiones donde se lucha; parecen tan lejos como la Luna.

Sin embargo, hay guerra. Pero, primero, hay que declararla; Inglaterra patalea para que haya prisa: es su oportunidad de arramblar con los mercantes alemanes aventurados. Francia se demora para evitar los bombardeos a sus trenes de movilizados. La Cámara acaba por votar los créditos a desgana. El Parlamento británico acababa de resolverse sin más alborozo. No obstante, la prensa anglo-americana no se tenía de impaciencia: ¿cómo es que no comienzan los combates en los dos frentes?, preguntaban a todos los ecos. Al fin, a las nueve de la mañana, Inglaterra declaró la guerra a Alemania; a mediodía, Francia se decide. Se ha franqueado el paso.

El 4, Georges Bonnet firma la alianza con Polonia y apremia a Gamelin a que mantenga sus promesas: que vaya a atravesar la línea Sigfrido, como estaba previsto. Gamelin se recoge y, después, el 6 y 7 de septiembre, manda algunas divisiones para que invadan el bosque Warndt en una profundidad de seis a siete kilómetros. El ataque cuesta demasiadas vidas humanas y demasiados prisioneros; uno de los primeros es Patrice de la Tour du Pin. Sirve de escarnio para los anglo-americanos y de indignación para los polacos, que, apretados muy duro por los alemanes, reclaman una acción más vigorosa. El General en Jefe francés se hace el sordo y se encierra en su castillo de Vincenas, mientras los nazis toman Cracovia, y después, Varsovia; y que, el 17 de septiembre, Stalin se apodera sin combate de Polonia oriental. Hasta entonces, debe congratularse de su entendimiento con Hitler.

París, taciturno, con las calles, vacías y las tiendas cerradas, decora sus ventanas con innumerables bandas rojas, amarillas, verdes y pardas por temor a los bombardeos. Se ve, sobre todo, a viejos con la caja redonda de la mascarilla de gas; pero también, a veces, a pandillas juveniles, chicos y chicas mezclados de quince a dieciocho años, que parecen desfilar y tomar posesión de las encrucijadas. Reemplazan a sus mayores, que han partido para el ejército, y no quieren dejarse olvidar.

Por todas partes donde la gente se reúne, se preguntan. Nadie parece tranquilo. En el frente reina el desorden, se dice, y la movilización tarda. No se sabe en qué ocupar a los movilizados y a dónde enviarlos... Han desguarnecido demasiado las fábricas, sobre todo, las de armamento y de municiones, y baja el ren-

dimiento. Los ingenieros se quejan y reclaman los artesanos y los expertos so pena de cesar todo trabajo. Reina un profundo desorden en Francia, que todos advierten y que exageran más o menos, según su imaginación y sus tendencias.

Se encuentran ya por doquier dos grupos, casi dos campos. Déat y sus amigos gritan cada vez más fuerte contra la «guerra por Danzig». Los senadores, financieros, la masa burguesa y las buenas gentes están lejos de quitarle la razón. Frente a él, en el Gobierno, Delbos y Mandel, ministros; Reynaud, en la Cámara; Kérillis, en su periódico, y Giraudoux, como Alto Comisario de Información, predican el heroísmo; pero, como no hay lucha, estos acentos belicosos caen en el vacío; los colaboradores de Giradoux se entretienen; los escritores y periodistas que no son de su equipo lo critican, lo despedazan y terminan por mofarse de él, lo que es peor. Al mismo ejército no le gusta el tono de sus comunicados. En 1914, Barrés podía publicar un artículo titulado: *Furor teutonicus* y levantar entusiasmo. El gusto literario ha cambiado, como el humor popular, y Giraudox se queda *in albis*.

Los ministros, también. De acuerdo con la opinión pública, Daladier reconoce su insuficiencia e intenta apuntalar su equipo. Se habla de Herriot: el Senado no quiere; de Pernot: la izquierda no quiere; de Pétain: él es el que no quiere. Se sigue a tientas. Mientras tanto, Roosevelt multiplica sus discursos pacifistas; hace que el Congreso proclame la neutralidad de Estados Unidos, pero obtiene con gran esfuerzo que se levante el embargo sobre las armas. Italia nos vende Caproni, pero nos muestra frialdad. Inglaterra no envía a Francia las cuarenta divisiones prometidas, sino solamente dos, y sorprende el bajo ánimo de los soldados. La derrota total de Polonia no añade nada a la gloria de Francia, donde se alzan voces cada vez más discordantes. La mayoría de la gente se encoge de hombros y murmura: «Terminaremos por vencer, desde luego..., al final.» Mientras tanto, se ocupa de sus asuntos.

Hitler aumenta la confusión mental ofreciendo la paz el 6 de octubre. Stalin lo apoya. Los aliados rechazan esta tentación con un gran gesto noble. Se sigue con la doctrina Roosevelt-Churchill: «Ninguna negociación más. Nada de un nuevo Munich.» No obstante, no se hace nada por evitar un nuevo Sedán. Francia, debilitada por la derrota de su aliado polaco, no obtenía ni una división más ni un avión de su aliado inglés. Cada vez más claras se hacían las voces que decían por lo bajo: «Vamos camino del desastre.»

Todo parecía faltar a los ejércitos: los aviones, en primer lugar, cuya producción, demasiado lenta, no llegaba a arrancar, de suerte que sólo quedaban en el frente viejos cacharros, verdaderos «ataúdes volantes». Los cañones pesados de tiro rápido faltaban también. La misma línea Maginot estaba armada con cañones de 75 y viejos cañones alemanes de 100 que carecían de municiones y a veces de piezas de recambio. En fin, se veía que no había ambulancias para transportar a los heridos. Así, para escapar a la inercia del ambiente, a esos balbuceos confusos de la opinión y de los periódicos, Etienne de Beaumont y yo decidimos volver a organizar nuestros «convoyes auxiliares» de la guerra del 14-18. Mi primera tarea fue sondear la disposición y la generosidad de nuestros amigos estadounidenses, tan socorredores durante la Primera Guerra Mundial. Me encerré en casa para redactar cartas enternecedoras, telegramas urgentes, circulares conmovedoras... Beaumont hizo intervenir todos los recursos del esnobismo y sus buenas relaciones. Después, súbitamente, nos llegó un concurso entusiasta, caluroso y decisivo:

por su parte, y al mismo tiempo que nosotros, las señoras de Horace de Carbuccia y Henri Torres, habían ideado el mismo proyecto. Nos unimos y, gracias a ellas, nos vimos a la cabeza del más flamante comité que Dios y la ingeniosidad femenina hayan creado nunca. Todo lo que cuenta en Francia en todos los terrenos nos daba su nombre, supuesto, bien entendido, que eso fuese todo. Naturalmente, hubo excepciones honorables y brillantes, que se mostraron tan generosas como amables.

Para nuestro gran despecho, todo ese trabajo, todo ese fulgor y todo ese relumbrón de nombres y de títulos no dieron sino resultados mediocres. ¿Qué pasaba? Entonces pedí al caro y fastuoso Bullitt que me aconsejase, y el viernes 8 de septiembre de 1939 me recibió en su oficina de la embajada, en la esquina de la plaza de la Concordia.

Era un Bullitt hinchado, encendido, arrogante y demasiado satisfecho el que me acogía con la mezcla de solicitud, de engorro y de formalismo que le conocía; pero el engorro esta vez lo coloraba todo. Sentía en él reproches y enfado, sin discernir bien sus causas ni matices. Su rostro moteado y su cráneo sudoroso acabaron de inspirarme prudencia.

Hablé modestamente de nuestros planes. Con un tono mohíno, aprobó, felicitó y, después, se fue por las ramas. Tenía algo en la cabeza y le tendí un cable: «¿Qué les pasa a los norteamericanos», le pregunté. Entonces, estalló: «¿Qué quiere que nos pase. Desde 1939, los franceses no dejan de insultarnos, de reprocharnos nuestro dinero y nuestra avaricia y nuestra codicia. Empezaron ridiculizando a Wilson y, después, continuaron... ¿Cree usted que todo eso se olvida en un día...? Y, además, todos mis compatriotas me escriben, me telegrafían, me telefonean y me acosan para que les diga qué hacen los franceses. ¡Yo he defendido siempre a su país! Cuando me decían: «Los franceses nos arrastran por el fango cuando «acabamos de salvarlos», yo alegaba «sus sufrimientos...» Su descontento no encontraba ya palabras.

«En suma, repuse aprovechando ese silencio, ¿no hay ninguna esperanza de que Estados Unidos intervenga en nuestro favor?» Esta pregunta despertó en su ánimo la prudencia diplomática. «Sí, sí, desde luego, a condición de que Hitler siga violando abiertamente las reglas de la moral y que nuestra intervención se haga indispensable.» Aquí Bullitt se tomó tiempo para reflexionar. Me habría gustado preguntarle: «¿No ha ocurrido ya todo esto? ¿No ha llenado Hitler todos sus deseos y la situación europea no les parece bastante comprometida?» Pero me callé para no interrumpir un discurso tan instructivo. «El torpedeo a un navío estadounidense ayudaría mucho a su causa. Ante todo, haría falta que nuestro honor nos pareciese en juego. Por ejemplo, en 1812 nos lanzamos a una guerra estúpida contra Inglaterra. Una guerra que todo nos debía desaconsejar, simplemente porque los navíos ingleses insultaban constantemente nuestro pabellón. Asimismo, en 1898 todo estaba arreglado entre España y nosotros, pero hicieron saltar al *Maine* en la bahía de La Habana y eso fue la guerra. —Ya veo, respondí, todo depende de la vuena voluntad de Hitler y su aptitud para el disparate.»

Bullitt despreció esta ligereza, continuando en tono más grave: «Usted también comprenderá que, si dejan que se aplaste a Polonia, si su ejército es incapaz de conseguir el menor éxito en este tiempo (y tenga en cuenta que no pretendo ser estratega), ¡bueno, naturalmente! (decía levantando los brazos a la vez), ¿cómo no va a enfriar eso a los neutrales? Desconfíen en particular de Italia, síganla

bien. Y también de todos los demás.» A lo cual, acometido por un escrúpulo de cortesía, añadió: «Creo, sin embargo, que seguirán neutrales.» Aproveché este respiro para añadir: «En fin, ¿esta guerra asegura la reelección de Roosevelt?», que le hizo saltar del sillón: «No, no, no, me gritó todo acalorado, nada de eso.»

Estimé suficiente mi sondeo y me retiré, después de beber la copa de la amistad, porque su champaña era muy bueno. Enseguida, para medir mejor sus palabras, visité a un periodista internacional, bien informado sobre Estados Unidos, que me murmuró poco más o menos: «Roosevelt no da a sus diplomáticos una confianza sin reserva. Como su Rey Luis XV, intenta informarse siempre por otros cauces. Ahora bien, este verano, miss Perkins, la secretaria de Trabajo, que le gusta, ha viajado por Europa y después ha estado un poco en Francia. De regreso a Wáshington, dijo a Roosevelt que encontraba a Francia en muy mala situación, incapaz de librar una guerra importante y, sobre todo, de ganarla, porque los franceses se odiaban entre ellos y su ejército parecía mal instruido... Roosevelt, divertido por estas impresiones femeninas hizo venir a Hull, su Ministro de Asuntos Exteriores, que le leyó los informes entusiastas de Bullitt lleno de alabanzas, a Blum, Daladier, Gamelin y al ejército francés. Miss Perkins dijo entonces: «Yo he visto y he hablado a los transeúntes. Eso es todo. Digo lo que he visto.» Roosevelt no ha olvidado esta conversación y de cuando en cuando declara: «Miss Perkins podría tener razón, quizá.» Bullit lo sabe por Missy le Hand, y la situación francesa le fastidia como una afrenta personal.»

Estados Unidos, en el verano de 1939, no podía comprender que este pueblo, a sus ojos y según los periódicos, el más belicoso de Europa, junto con los alemanes, no destruyesen desde los primeros días de la guerra al régimen hitleriano y hubiesen echado a Hitler de Berlín. Concluían de ello la cobardía de los jefes o, al menos, su torpeza y se formaban una ruin opinión de Francia. Tanto más severa que no se autorizaba a indicar en los periódicos, en la radio, las conferencias públicas y las entrevistas, que Hitler se tambaleaba y que su poder no podía durar, puesto que la élite, como las masas, lo odiaban. En estas condiciones, se creía a los franceses imperdonables por no haber dado el espaldarazo liberador. Buen número de norteamericanos que vivían en Francia compartían esas ilusiones y me reprochaban la blandura de mi país.

También los había más lúcidos. Una de ellos, de sangre irlandesa y viuda de un diplomático, me habló así: «¿Cómo una nación tan inteligente como Francia, puede aceptar la pelea por un pueblo que no conoce, para un pueblo que no ama, contra un pueblo que no odia?» No tenía nada que contestar, y ella continuaba: «Yo prefiero también la supremacía inglesa a la supremacía alemana, pero, ¡qué generosidad la suya al querer sacrificar por segunda vez la élite de sus jóvenes!»

Poniendo el oído a todos estos ecos, tenía malos barruntos por estas charlas y me decía que, entre los norteamericanos hostiles a Francia porque no hacía lo bastante, y los norteamericanos burlones que encontraban a Francia estúpida por embarcarse en esa aventura, nuestras pobres ambulancias podían no llenarse de donativos. La experiencia confirmó estas previsiones. Aparte de nuestros amigos íntimos y de los francófilos notorios de allende el Atlántico, Estados Unidos no nos ayudó apenas. Afortunadamente, las repúblicas de América del Sur y la República Argentina, en particular, se mostraron bastante generosas. Como llegaba

dinero en cantidad suficiente, pudimos mandar bastidores, motores y herramientas y solicitar un estatuto al gran Cuartel General.

Beaumont conocía desde 1915 los métodos, el lenguaje, los procedimientos y la técnica social de los Cuarteles Generales franceses, ingleses, rusos y rumanos. Decidió, pues, invitar a la mujer del General en Jefe a que nos otorgase su alto patronazgo. Durante una quincena, su gestión no tuvo éxito. Se permitió insistir y envió una segunda carta, recibiendo una contestación que le sorprendió. Tenía membrete del Gran Cuartel General de los Ejércitos, y se desenvolvía poco más o menos así: «Señor Conde, mi mujer, enferma y sobrecargada de trabajo, me ruega que la excuse y le diga que acepta con gran placer el honor que tiene a bien hacerle...» La firma era del General Gamelin.

Semejante solicitud de parte de un gran jefe de guerra, comprometido en una lucha terrible, nos pareció bien digna de las más altas tradiciones de la cortesía francesa y nos inspiró un vivo deseo de conocer el objeto de tantas consideraciones. Beaumont reunió, pues, a nuestros amigos y patronos para una gran merienda que ofreció en la calle de Masseran, en su espléndido salón Luis XVI, dorado, lleno de flores y de mujeres, las más bellas de París. Entre las Duquesas y Princesas que nos honraban con su patronazgo, la señora Gamelin brillaba por la pequeñez de su estatura y el fragor de su voz. Mientras que la mujer del General Georges se difuminaba y se guardaba de elevar el tono, la señora Gamelin creía que, por la situación de su marido, tenía que hacerse oír y ver.

Tampoco le disgustó responder cuando se le habló del General. Hasta explicó el origen de los lazos que los unían: «Nos conocimos, nos hicimos grandes amigos y, después, un día, me dijo que se iba lejos en misión. Lloramos juntos y nos despedimos para siempre. ¿Comprenden...? Pero yo quise darle una sorpresa. Por la noche, cuando entró en su camarote para acostarse, antes de apagar, sintió el cañón de un revólver en la sien y oyó mi voz: « ¡O te casas, muchacho, o te tiro! » Así fue cómo tuvimos una linda boda a bordo del barco.» Desde luego, este relato con brío recibió los aplausos que merecía. Sólo la señora Georges sufría en un rincón.

El té fue un éxito y, gracias a la benevolencia activa de estas dos señoras, gracias a la habilidad de Beaumont, nuestras formaciones recibieron un estatuto militar y pusimos a la disposición de los ejércitos un número estimable de ambulancias, de bibliobuses, de camiones de baño y ducha, etc. A medida que partían para la avanzada, se ofrecían representaciones pintorescas para los Ministros, las buenas señoras, los donantes de buena fe, voluntarios y esperados, los generales y los periodistas. Este género de espectáculo mundano, caritativo, guerrero y frívolo convenía a la ambigüedad de la época. Estimuló el lanzamiento de nuestra empresa procurando a la vez satisfacciones a nuestros patrocinados y, por lo mismo, mantuvo la armonía de nuestro equipo.

Sin duda, éste era el único lugar donde se encontraba entonces, porque el malestar crecía en Francia con los comienzos de la guerra ruso-finlandesa (30 de octubre de 1939). El anuncio de los primeros fracasos comunistas difundió el entusiasmo entre la multitud e hizo destacarse la inercia de nuestras tropas. Gritaban contra el Gobierno y lo amonestaban a socorrer a esos heroicos soldados de la libertad. El Gobierno no hubiera querido más. Pero Gamelin empleó sus métodos habituales: preparó una expedición eventual. Todos pafaban de impaciencia. Beaumont y yo visitamos el Quai d'Orsay para ver a Alexir Léger, entonces muy

poderoso. Queríamos considerar con él si no sería oportuno transferir algunas de nuestras ambulancias al frente de Finlandia. Léger nos recibió muy bien y nos explicó, no sin fineza, que no podía decirnos nada. La conversación, a la vez literaria, filosófica y humanitaria, no careció de atractivo ni de vivacidad. Léger tiene mucho genio y las maneras más agradables, pero estaba sumido, como nosotros, en las contradicciones y la confusión de una política estancada, en la que todo se enredaba. Esta fue la suerte de nuestra expedición nonata.

Gamelin no sobresalía sino en la nada; sus positivos esfuerzos para bloquear la navegación del Danubio, para destruir los pozos petrolíferos de Rumania y bombardear Bakú sólo tuvieron fracasos.

El fracaso parecía contagioso: el Gobierno de Chamberlain comenzaba a hundirse. Bajo la presión de una corriente belicosa y de la opinión norteamericana, tuvo que admitir a Churchill en su Gabinete y hacerle «primer lord del Almirantazgo»; tuvo incluso que nombrar a Birkenhead para Armamento. Estos dos ministros, íntimos de Baruch, se escribían regularmente con él y, de manera secreta, con Roosevelt.

En Estados Unidos también reinaba la contradicción. Para ser elegido, Roosevelt, que se encontraba en el mismo corazón de su campaña electoral, no podía ni quería aparecer sino como un genio pacífico, bienhechor y salutífero. Debía dar lecciones a los beligerantes e iniciarlos a la paz de manera bien pública mientras sostenía con sordina la política agresiva de Churchill. Así, envió a su amigo, el Subsecretario de Estado de Asuntos Exteriores, Summer Welles, a una gran vuelta de Europa, para examinar las posibilidades de limitar el conflicto y de impedir que Mussolini se uniese a Hitler. De hecho, parecía, ante todo, que Roosevelt intentase alejar a Summer Welles de Hull, porque los dos hombres no podían entenderse, y Hull, cuya situación en Virginia era considerable, que gozaba en el Senado de un gran prestigio, habría parecido a muchos electores una opción más natural como candidato demócrata que Roosevelt. No convenía infringirle pequeñas contrariedades después de haberle causado tal decepción.

En un universo tenso, en que reinaba la incoherencia, los filósofos encontraban nueva materia en los acuerdos, cada vez más íntimos, que ligaban a alemanes y rusos, a quienes todo debía oponer.

No obstante, la desgraciada Polonia, causa de la guerra, yacía sangrienta desterrada, sin que nadie le aportase socorro. Y el Parlamento francés, que quería probar su patriotismo, votaba que los soldados de los ejércitos tocarían a dos litros de vino al día en vez de uno.

8. SIGNOS EN EL CIELO

Sin distinguir nada claro en medio de las nieblas de otoño, los franceses sienten oscuramente que el peligro aumenta. Daladier se cuida de decir algo y se esfuerza por guardarse las espaldas. Pero recibe golpes de todos lados. Los comunistas lo molestan para que termine la movilización, para que organice y apresure las fabricaciones de guerra. Incluso teme sus sabotajes. La derecha lo acosa para que socorra a Finlandia, cuya desesperada lucha conmueve a la opinión y conquista los corazones más duros. Pero Daladier sabe que Francia no posee bastantes aviones, tanques y cañones pesados para su defensa y apenas se atreve a sacudir la atonía de Gamelin, que multiplica a su alrededor la red de papeleo y se rodea con un telón de misterio. No se puede dar, pues, ningún informe a los diputados ni aun a los ministros, que no cesan de reclamarlos. Chautemps se queja a sus íntimos.

Daladier cedería su puesto con tanto más gusto cuanto que los partidarios de la guerra a ultranza, estimulados por sus aliados ingleses y sus amigos estadounidenses, se muestran más vehementes. En el Parlamento, Reynaud recorre los pasillos y trabaja a los grupos; entre los ministros, Mandel se rodea de un silencio preñado de amenazas; en los periódicos la polémica se agría. Déat y su *Oeuvre* se muestran cada vez más acerbos contra ese conflicto nonato, contra esa no guerra estúpida; Kérillis y su *Epoque,* cada vez más elocuente para denunciar el estancamiento en que se hunde el país.

Daladier quisiera pedir la cuenta; habla de ello a Chamberlain, a quien abre todos sus planes. Pero el Premier inglés no quiere oír más: «Si usted se va, exclama en sustancia, yo no me podría quedar ya: Churchill me sustituiría...» Esta solución, a sus ojos, llevaría a Inglaterra a las peores catástrofes. Tampoco oculta su opinión al mismo Churchill, y las relaciones entre los dos ministros británicos serían difíciles si no poseyesen uno y otro la imposibilidad anglosajona.

Al parecer de todos, el año de 1939 termina con la apoteosis de Hitler. La Gran Cruzada de las democracias emprendida por la salvación de Polonia no ha producido, hasta ahora, sino el aniquilamiento de este país, reducido a la esclavitud por alemanes y rusos, sus dos enemigos más crueles. El dictador nazi domina Europa; intimida a quienes lo odian en Alemania y, por sus conquistas, fascina a su pueblo, mientras que la seguridad de su estrategia reduce a la impotencia a todas las sordas intrigas de sus generales. Su gran Estado Mayor lo desprecia, lo odia, pero, ¿cómo atacar al Jefe que da la victoria a su Patria? La maniobra proyectada por Roosevelt se convierte en catástrofe y las personas avisadas prevén que no estamos al cabo de los sinsabores.

La Cámara de Diputados se ve obligada a registrar e incluso a amplificar la inquietud general, llevándose la palma. La nulidad de la aviación proporciona buen tema de debate; pero si el arma es mediocre, el Ministro, hombre amable de opiniones rosadas, sabe batirse; lo hace con vehemencia, con habilidad; utiliza los números, las estadísticas y la elocuencia; toca, persuade y tranquiliza al comité secreto; reduce al silencio a sus adversarios, gracias a detalles precisos que ninguno de ellos puede comprobar. Garantiza 745 aviones de caza franceses capaces de enfrentarse a los 758 cazas nazis y batirlos gracias a su superioridad técnica.

Satisfecho de esta victoria, Daladier descansaba en sus laureles cuando la noticia de la capitulación finlandesa vino a estropearlo todo. La pequeña nación, aplastada por la enorme fuerza rusa, cedía al fin y firmaba una paz que se podía llamar gloriosa por sí, pero en la que se hallaba también materia de vergüenza para todos los países occidentales, comprendidos el Nuevo Mundo. Una ola de desprecio por el Gobierno y de cólera indistinta sacudió al país. La sacudida, demasiado violenta, hizo caer a Daladier, que no se agarró. Lo difícil era reemplazarlo. Los espíritus más ponderados de las dos Asambleas no tenían interés por tomar ese cargo tan pesado en aquel momento tan crítico. La mayoría parlamentaria no sabía cómo salir del paso. Empujado por el grupo belicista y por Inglaterra, el pequeño Reynaud se escurrió al sillón de Presidente del Consejo, se instaló a pesar de los murmullos y se mantuvo a pesar de la reticencia de la Cámara. Esta, en su opinión, le dio una mayoría de un voto: según la opinión de sus adversarios, le puso en minoría.

Con Reynaud, se instalaba el equipo que reclamaba una campaña ofensiva. Gamelin se enroló en él. Había evitado actuar cuando podía socorrer a los polacos; ahora, por medio de una carta, de 16 de marzo de 1940, rogaba al Presidente del Consejo que «obligase a Alemania a salir de su expectativa actual», pues, explicaba, «conviene», ante la firma del armisticio ruso-finlandés, precisar las operaciones que parezca posible emprender a breve plazo, en vista de asestar a Alemania golpes sensibles, si no decisivos.»

En cuanto estuvo en el poder, Reynaud entró en estas ideas de un salto. El hombrecito de grandes proyectos entendía sacudirlo y vivificarlo todo. Comenzó por la firma de una alianza íntima con Inglaterra; desde entonces, «los dos Gobiernos no podían ni negociar ni concluir armisticios o tratados de paz durante la presente guerra, a no ser de común acuerdo.» Se prometían incluso «mantener su comunidad de acción en todos los terrenos al restablecerse la paz.» Este texto, nunca sometido a la Cámara, sorprendió a todos los franceses e indignó a buen número; este pueblo, ya tan dividido, se querelló aún más y las facciones diversas no se andaron ya con miramientos. Se la guardaban a Reynaud, sobre todo, por ligarnos a los anglosajones sin obligarles a hacer un esfuerzo militar análogo al nuestro y sin enviar a Francia las fuerzas prometidas, no contando su ejército continental en 1939 sino con 10.000 hombres, en vez de los 40.000 que había traído French en 1914.

Consciente de su impopularidad, Reynaud se afanó por cumplir el primer artículo de su programa: bloquear eficazmente a Alemania, e impedir primero que los escandinavos le mandasen su mineral de hierro. Insistió en que los ingleses pusiesen minas en las aguas territoriales de Noruega; Churchill, por su parte, quería que se las pusiese también en los grandes ríos alemanes. Pero faltaban los medios. Hubo que contentarse con sazonar el mar del Norte. Se procedió el 8 de

abril de 1940. En seguida, Hitler, como si acechase tal ocasión, invadió Dinamarca, que ocupó sin lucha, y envió después a sus tropas a Noruega, donde las acogió parte de la población.

Reynaud no se queda corto: replica con un cartel que se fija en las paredes de París: «La ruta del hierro está cortada», pero se vuelve a Gamelin y le dice: «Espero que haya preparado una respuesta fulminante.» Gamelin contesta que tiene una división completamente dispuesta muy oculta en el Jura. Que cuando le hayan procurado vestido caliente y todo lo necesario para la guerra en Noruega, la enviará a Inglaterra, de donde, con tropas británicas, llegará a Noruega, donde, a pesar de su coraje, fue batida por los alemanes, que llegaron primero y estaban mejor equipados. Los ministros iban a decir después: «esa expedición precipitada, preparada a toda prisa para complacer a Reynaud, tenía poca probabilidad de éxito.»

Estos sucesos no añadieron nada a la autoridad de Reynaud, nada a la confianza de los franceses. París, atravesado por mil rumores discordantes y dominado por temores inconfesados, no ofrece ningún encanto. Terminados mis cursos, y nuestras ambulancias todavía en estado de fabricación, obtuve, gracias a nuestras amables esposas de Generales y a la destreza de Beaumont, una misión para ir a dar conferencias de información ante los ejércitos del Noreste, dedicadas a los Estados Unidos.

El primero que me interesaba visitar era el 7.° Ejército, el de Giraud. Encontré buen aspecto a las tropas, admiré la buena instalación del Cuartel General, su entarimado reluciente y los centinelas impecables que guarnecían todos los rincones y recovecos de los corredores que llevaban a su inmenso despacho. El estaba sentado tan alto que parecía gigantesco. Me hubiese impresionado sin la benevolencia de su acogida y el engorro de sus palabras. No le pregunté secretos estratégicos, sino algunas impresiones y observaciones para nutrir los elogios que me preparaba para hacer de él. Pero no podía librarse de sus frases y dejaba descubrir su engorro. Para ponerlo en terreno más sólido, mencioné a Reynaud, de quien me hizo un vigoroso elogio, pero evitó hablar de Gamelin y terminó con una declaración que me sorprendió vivamente por la energía que puso en pronunciarla: «Le voy a hablar claro de una cosa, Fay. Si le dicen alguna vez que mandan a mi ejército a Holanda o a Bélgica, diga que la guerra está perdida para nosotros y perdida Francia. No vacile.» A lo cual, me explicó que los belgas debían instalarnos inmediatamente en su país porque ellos solos no podrían defenderse y tendrían que adoptarse disposiciones bastante complicadas para asegurar un buen enlace entre los dos ejércitos. Al contrario, nuestra ayuda demasiado tardía sería ineficaz: nos perdería sin salvarnos. Deploraba la ceguera de Leopoldo III. (Este, mejor informado que nosotros, conocía la fuerza de los ejércitos alemanes y la debilidad de los nuestros. Se esforzaba, pues, por permanecer neutral.)

Lo deseaba y temía que no fuese posible, porque un incidente extraño acababa de mostrarle la amplitud del peligro que corría su país. El 10 de enero de 1940, un avión alemán rápido, un *Messerschmidt,* de último modelo y lujosa carrocería, se posó por descuido en territorio belga, cerca del Mosa. La niebla había equivocado a su conductor, que pareció consternado, cuando se dio cuenta del yerro. El oficial conducido y él intentaron quemar a toda prisa los papeles que llevaban en la cartera. El viento demasiado fuerte, se lo impidió, y la gendarmería belga los sorprendió en ese momento. Oficiales y documentos volvieron a encontrarse

en el puesto de gendarmería, y, en un momento de inadvertencia de sus guardianes, el oficial superior echó los papeles a la estufa. Pero fueron retirados pronto, para no devolverlos ya, siendo expedidos sin tardanza al G. Q. G. del Rey. Un estudio cuidadoso reveló que describía el futuro ataque alemán de la manera más precisa. Era el «plan del Estado Mayor Alemán». Preveía una ofensiva de ruptura centrada sobre el recodo del Mosa, con la invasión de Bélgica y Holanda. Al cabo de algún tiempo, Leopoldo III lo transmitió al Estado Mayor inglés y, después, al Estado Mayor francés, así como a los luxemburgueses y a los holandeses.

Gamelin y sus generales lo examinaron en todos sus detalles, lo criticaron cuidadosamente y lo descascarillaron sin piedad; después, una vez terminada la exégesis, las discusiones, la meditación y las confrontaciones, concluyeron doctamente que debía de ser una estratagema de los alemanes. El General en Jefe, no obstante, creyó juicioso ordenar que se procediese a nuevas explanaciones y a la construcción de nuevas trincheras y nuevas baterías y puestos de mando en la región del Mosa. La orden fue ejecutada con tal prontitud, tan concienzudamente, que esas obras, construidas a toda prisa en lo más crudo del invierno en la tierra helada, en tiempo de helada, no valieron nada: el cemento se congeló, se deshizo, se descompuso.

En todos los cuarteles generales que visité me hablaron de ese plan; lo discutían todavía y, de ordinario, los menos locos declaraban que no comprendían nada. Lo cual me probó que en las escuelas de guerra deberían enseñar las técnicas de la historia y la crítica de fuentes. En las condiciones en que se había encontrado el avión con el depósito vacío, ante la desesperanza del oficial superior, que intentó matarse, y teniendo en cuenta incluso el carácter del plan, la duda me pareció absurda, pero vivimos en un tiempo en que las fuerzas del espíritu crítico embrutecen a los hombres y les impiden vivir. Esa técnica fue nefasta para Francia en esta ocasión; pude estudiar esta enfermedad hasta el hartazgo. En principio, los generales evitaban pronunciarse; pero los oficiales subalternos, a partir del teniente coronel, más prolijos, ostentaban con satisfacción su escepticismo y hacían centellear las lentejuelas de su «ingenio francés».

Este tema desembocaba siempre en otro: ¿cuáles podían ser las causas de la inmovilidad nazi? La opinión general la atribuía a negociaciones secretas; otros, a largos y terribles preparativos; y otros a inquietudes interiores que se producían en Alemania. Gustaba más charlar sobre estos temas que del ejército francés, y en gran número de estas buenas personas distinguía una sorda esperanza de que esa «guerra estúpida», perdida antes de empezar, terminase en agua de borrajas. Al fin de las comidas, si me habían ofrecido algún «piscolabis», las lenguas se desataban y se aventuraban algunas confidencias: los soldados son buenos tipos, pero flojos; beben demasiado; los cuadros carecen de autoridad. Es flagrante que faltan aviones y los que mandan son ataúdes aéreos, buenos para matar a los reservistas. Por lo demás, no tienen piezas de recambio; la artillería abunda, pero es antigua, lenta y carece a menudo de municiones. Por todas partes, la «carencia».

No podría olvidar mi visita al General Blanchard. Politécnico dotado de buena prestancia, de rostro inteligente, me confesó no comprender nada de lo que vivía. El General en Jefe parecía un mito, porque no se le veía apenas. Y los escritos que venían de él recorrían un largo circuito. El General Georges, que man-

daba el ejército francés, gozaba de la estima y de la confianza general. Pero se temía que no poseyese sino poderes limitados. Se creía que los dos hombres no se gustaban; y se confesaba más bajo que Georges, jefe excelente, hombre tan inteligente como leal, no era ya en 1940 lo que había sido antes; se le juzgaba gastado. Hablándome Blanchard parecía buscar en mí, ya un contradictor, ya un consolador. ¿Qué podía decirle? Yo conocía a Reynaud, veía al magma parlamentario y el estancamiento nacional. Este jefe lúcido me asustó por la cruda pintura que me hizo de la situación en los ejércitos. A guisa de técnico, le prometí advertir a los diputados, senadores y periodistas sensatos que yo conocía.

Algunas semanas después, llegaba a Vernins en un hermoso crepúsculo de fines de invierno. La tropa, en general, de veteranos, llenaba la pequeña ciudad sin adornarla. Reservistas turbios, mal afeitados y andrajosos, acurrucados en las aceras leyendo el periódico o terminando su botella no añadían ninguna grandeza militar a este largo pueblo del Noreste. Al pasar por delante de los «hogares del soldado», oíamos rodar los bolos y restallar el dominó. Después de muchos rodeos, llegué al General que mandaba el ejército, un antiguo colonial llamado Corap. Me introdujeron y me quedé firme mientras él proseguía y terminaba una ardiente partida de boliche con su jefe de Estado Mayor. Hecho lo cual, me prodigó la acogida más calurosa y me trató con una cordialidad colonial. Durante la comida, que fue sencilla, me reveló su gran preocupación: ocupar la situación geográfica más peligrosa de todo el frente, con regimientos de territoriales poco combativos y no muy numerosos. Esos buenos chicos, sin aspereza ni adiestramiento, podían dejarse matar, pero no rechazar un ataque violento. No dejaba de protestar acerca de Gamelin, me decía, sin ningún resultado. No podía entender tampoco por qué razón se lucían las tropas franceses en un frente inmenso, sin colocar tras ellas reservas sólidas y móviles. Me dijo que los camiones de havituallamiento, todos requisados, de modelos disparatados y gastados, eran una vergüenza para un ejército moderno. Si hubiese que moverse un poco de prisa, ¡qué lío!

No obstante, recordaba sus años de Argelia y conservaba su orgullo de General francés; así, no había vacilado algunos años antes, al recibir la visita de Sir Samuel Hoare y de otro Ministro inglés, en decirle, después de haberle enseñado sus tropas y el recodo del Mosa: «Miren la configuración de este terreno. No hay un ejército alemán que sea capaz de pasar por ahí.» A mí no me dijo tanto, pero me reveló sus preocupaciones, me suplicó que protestase por él y que alertase a mi alrededor a todas las mentes lúcidas...

Al dejarle, escribí en mi cuaderno: «Aquí he visto el emplazamiento del próximo desastre.»

En París, cuando me abrí francamente ante los oficiales sobre esta entrevista y mi impresión, exclamaron indignados: «Pero es el mejor general del ejército francés, el más seguro y el más experimentado. Fue él el que cogió a Abd-el-Krim.» Yo sólo pude responder: «En ese caso, que Dios tenga piedad de nosotros.»

9. LA VISPERA DEL DILUVIO

Iba a menudo al segundo ejército, situado al Este de Sedán; conocí allí a varios oficiales de Estado Mayor, hombres inteligentes, valientes, y lúcidos; conocí también a su General en jefe, a quien todos estimaban mucho. Veía a las tropas bien vestidas, bien adiestradas, bien disciplinadas, y eso me devolvía la esperanza que perdía cada vez que regresaba a París para oír los himnos grandilocuentes y ridículos de nuestros ministros en honor de la victoria futura, cuando en cualquier otra parte, e incluso en su mismo ambiente, circulaban rumores de derrota, de desconfianza y de pánico. Entre mis amigos del Segundo Ejército, se podía creer que Francia conservaba una posibilidad de ganar esta guerra.

Profesaba un afecto particular por su jefe, el General Huntziger, que me acogió del modo más afable.

Aquel día, el 9 de mayo de 1940, iba a estar cuarenta y ocho horas con él, porque el 10 por la noche daría a sus oficiales una conferencia sobre la política y los problemas de Estados Unidos.

A mi llegada, encontré los ánimos preocupados y, las caras, largas. La tensión reinaba en los despachos y la conversación era entrecortada. Me presentaron al General, que se levantó para recibirme. Su corta estatura y su delgadez destacaban el vigor de sus rasgos y el brillo de su mirada azul clara. Todo en él manifestaba coraje y precisión, pero no podía compensar la mediocridad de su estatura y la flacura de sus miembros, sino por el vigor de su inteligencia. Esto es para un jefe un grave inconveniente. Así, se rodeaba de hombres de su tipo físico, intelectual y moral. Ese cuartel general, el mejor llevado, mejor informado, el más perspicaz de todo nuestro ejército, inspiraba mucho más respeto que esperanza, porque se sentía a todos esos hombres en alerta, más conscientes, en lo profundo de sí mismos, de sus límites y del peligro, más resueltos a hacerlo todo para afrontarlo que seguros de triunfar. Su inteligencia, su sinceridad y su realismo frenaban su entusiasmo. En la guerra, un ligero delirio sirve últimamente para lanzarte a buen punto en el buen momento.

El General Huntziger no se retrasó en hablarme de mí ni de su mujer, a la que acababa de ver, y a la que no le prefería, a pesar de todas las cualidades que tenía. El cañón sonaba a lo lejos y nos pusimos a hablar de la guerra.

«Usted sabrá, seguramente, me dijo, la curiosa historia de ese plan alemán caído por milagro a manos de los belgas, que nos lo comunicaron. Pero usted no sabe las discusiones infinitas que ha habido alrededor de él en nuestro Gran Cuartel General y en todos los Estados Mayores... Por mi parte, me inclino a creer que nos revela proyectos serios, y me preocupo tanto más cuanto que el

sector de mi ejército es el que se encuentra más amenazado, junto con el de Corap. Ahora bien, esta noche tenemos otra preocupación más grave todavía: de cuando en cuando, durante el invierno y en el curso de la primavera, nuestros espías nos han prevenido que Hitler daba órdenes de ataque para el día siguiente, dos días después y para la semana siguiente. Nunca ocurría nada. Otros espías afirmaban que tenían la culpa los cambios de tiempo. Nos hemos hecho escépticos, por tanto, ante tales informaciones. Pero, esta vez, nuestros espías, unánimes, nos hacen la misma predicción para esta noche. El Santo Padre, el agregado naval en La Haya, todos nuestros informadores y nuestro Segundo Gabinete, unánimes, han prevenido a Gamelin que mañana, antes del alba, se desencadenará la gran ofensiva alemana. Gamelin no hace nada, no ordena nada: no llama a los de permiso, no alerta a los ejércitos del frente ni a las formaciones de reserva. «Si tiene una certidumbre que le asegura contra el error general, o si está absorto en un sueño, lo ignoramos; usted comprenderá que esta incertidumbre se nos haga pesada, casi intolerable.»

Se calló un instante, escuchando el cañón a lo lejos. Después, añadió:

«Como soldado, no tendría sino que alegrarme por tener que combatir, no tendría más que desearlo, si creyese que nuestro ejército está presto a resistir, presto a contraatacar, pero sé que no lo está. No es que Gamelin no sea inteligente: es uno de los oficiales más dotados que Francia haya tenido nunca; el defecto está en otra parte. Georges podría suplirlo, porque es un hombre de un valor moral, de una experiencia y de un ánimo magníficos, pero desde su accidente es un hombre disminuido. Desaprueba todo lo que decide y hace su superior, pero no le da la batalla. A veces, intenta alertar a los oficiales y a veces quiere dimitir. Los papeles van de un Gran Cuartel General a otro, se extravían, vuelven a salir, se pierden o se apilan en un rincón. No obstante, nuestro ejército sigue estancado, sin vitalidad y sin instrucciones eficaces. Los belgas han perdido confianza en nosotros y se han separado de nosotros, cuando habríamos tenido que pasar el invierno instalándonos en su país, preparando la defensa de su territorio y la cooperación de los ejércitos, lo cual es un trabajo delicado. Usted me ve, pues, esta noche, bastante preocupado; temo incluso que no lo podamos escuchar mañana, como lo deseaba tanto.»

Me retuvo, sin embargo, para hacerme cenar con él, y preparar un discurso que debía pronunciar poco después, en una ceremonia que se celebraría en el cementerio de los soldados norteamericanos de la última guerra. Mientras cenábamos, el cañoneo se animaba progresivamente; la conversación iba a rastras y nuestro oído se tensaba para captar ese ruido, que se parecía cada vez más al inmenso ladrido de una jauría enfurecida. Parecía que se nos acercaba, nos rodeaba, como si estuviese ávida de lanzarse sobre nosotros.

Terminamos la comida en silencio.

De regreso en su despacho, seguimos escuchando algunos instantes con enervamiento crispado el tamborileo de los obuses. Después me cogió del brazo y me arrastró a la terraza. El castillo de Senart tenía una admirable atalaya, que dominaba la comarca; podíamos ver aquel rincón de Francia intacto y ya verdeante bajo la caricia de un ocaso primaveral.

«Vamos a la catástrofe, prosiguió, a la peor de las catástrofes que haya conocido Francia. Todo el ejército lo presiente; lo decimos a los Ministros, lo saben y, en vez de actuar, imprimen carteles. Para vencer, tendríamos que alinear tres

soldados franceses por dos alemanes; pero hoy poseemos uno por diez y Dios sabe dónde están nuestras reservas. Nos faltan aviones, municiones, tanques, cañones pesados modernos y, en fin, todo lo que nos igualaría con el enemigo. En cuanto a encontrarnos superior a él, ¡qué ilusión! », se ponía a balbucear por la fuerza de su turbación.

Después, colocándose justo delante de mí, me interpeló de hombre a hombre: «Fay, ¿cuándo van a decidirse a aplicar la decisión que se ha tomado y a darme con gran responsabilidad los medios de encarar y evitar el desastre?» Yo no ignoraba que, ya en abril, Reynaud consideraba incapaz a Gamelin, pero sabía también que la frágil mayoría de Reynaud desaparecería si se enredaba con los radicales y con los masones, el elemento más sólido del grupo «hasta-el-finista». Ahora bien, ese grupo veía en Gamelin un aliado, un «hermano», tan seguro que no lo sacrificarían fácilmente. El catolicismo profundo de Huntziger leera, cerca de esos diputados, un perjuicio grave, que agravaban, además, las gestiones de su mujer, cuyo celo conyugal brillaba más por su ardor que por su destreza. En los términos más corteses que pude hallar, describí la situación al General. Huntziger enmudeció ante mis informes; comprendió que su nombramiento podía ser bloqueado por detrás de Reynaud, cuya primera preocupación era la de durar, como es natural en todo sistema parlamentario democrático. Comprendió lo que le esperaba. Desolado, lo vi llorar.

Yo no podía soportar más esa escena. El rugido del cañón se elevaba ahora hasta el punto de cubrir a veces nuestras palabras. «¿Podría dar mi conferencia mañana?», le pregunté. «Lo dudo. Pero quédese hasta la mañana y ya veremos.» «No, mi General, no quiero estorbarle si tiene usted que combatir esta noche o al alba. Más bien, regresaré si todo este ruido es una falsa alarma. Pero hágame conducir en seguida a Chalóns, para que tome el rápido de la noche y esté en París lo más pronto posible. Allí intentaré servir a Francia sirviendo su causa. Aunque yo mismo estoy marcado, conozco a algunos políticos de izquierda sinceramente patriotas y lo haré todo para arrancar la decisión que se demora. Eso me parece lo más juicioso.» El estuvo de acuerdo, salté al coche y estuve en París antes de terminar la noche.

Hacía un tiempo radiante, un alba admirable y yo no me podía consolar: Hitler sacaría partido.

Aquel mismo día visité a mis amigos radicales y socialistas. Los encontré descompuestos. La antevíspera, el 8 de mayo, cuando yo pasaba hacia Sedán, Reynaud reunía al Consejo de Defensa Nacional; anunciaba que iba a despedir a Gamelin. «No», respondió Daladier, que lo miró a los ojos. Y ahí se plantaron los dos hombres, cada uno henchido de un odio por el otro, que no estallaba, pero que dictaba y dictaría sus actos desde entonces.

Todo ello no impedía al coronel Thomas declarar a la prensa parisién: «Los alemanes cometen, por fin, la falta que esperábamos desde hace veinticinco años.» Y, diciéndolo, se hacía eco de Gamelin, que desde marzo deseaba ver «a Alemania, salir de su expectativa».

10. ENTRE DOS LUCES

París seguía siendo una ciudad civilizada; la frivolidad mundana mantenía la calma y la vida se desarrollaba a su ritmo normal.

Se comía aquí, se merendaba allí y se cenaba en otro sitio. La señora X, quería verte para hablarte de su hijo, que iba a examinarse. La señora Z, quería consultarte urgentemente sobre una obra que se esforzaba por escribir (o por hacer escribir); más generosa, la señora R, exigía que fueses a probar la cocina de su nuevo jefe; mi querida amiga Marie-Anne de Lubersac me esperaba una media tarde, mientras que Etienne de Beaumont, más lúcido, se empeñaba en reclamar mi concurso para que pudiese salir lo más rápido para Lorena dos secciones de ambulancias, al fin prestas. Las quería llevar él mismo a aquel ejército y me confiaba el cuidado de apresurar la terminación de otras secciones, en particular, de un vehículo de baño, ducha y despiojo, que reclamaba un general para su división. No obstante, no iba a olvidar la reunión de los profesores en el Colegio de Francia ni desdeñar las llamadas telefónicas que multiplicaba la señora Huntziger para que le diese urgentemente noticias de su marido y para coordinar nuestros esfuerzos...

A través de ese batiburrillo de ocupaciones, la inquietud no me abandonaba; compraba todos los periódicos que veía; no contenían más que las «verdades gubernamentales». Gamelin exhalaba su alegría por ver realizarse sus planes y exponerse el enemigo de una vez «en terreno libre». ¡Qué triunfo! Hitler invadía Bélgica y los Países Bajos, que pedían nuestra ayuda. «Ataca donde esperábamos», proclamaba el General en Jefe, a quien elogiaban los periódicos, ostentando grandes titulares: «Nuestros ejércitos socorren a Holanda y a Bélgica. Los aclaman por doquier.» Por algunos diputados amigos supe que nuestro ejército de choque, el de Giraud, se precitaba para alcanzar el Dyle antes que los alemanes. Me venía a la memoria su declaración: «Si se entera usted de que me mandan a Bélgica y Holanda, diga que TODO ESTA PERDIDO.»

Me lo decía y me aplicaba a no volvérmelo a decir, tarea difícil, porque nunca es fácil mentir a las pocas personas que estimamos; éstas tampoco son más capaces de ello que nosotros.

En el tranquilo patio de la casa en que yo vivía, y que era de su propiedad, visité al amable Barón de La Grange, senador de Norte. Se me presentó alegre e inquieto en su gran estatura. Un día no me ocultó que se hablaba de él como «Secretario de Estado en Aviación» o en otra parte. En efecto, se había conducido muy bien durante la última guerra como piloto y gozaba a justo título de la estima del Senado, mientras que ese Cuerpo no quería a Reynaud. Así, el

primer ministro lo encontraba útil para consolidar a su Gobierno, todavía vacilante. Yo ignoraba sus cualidades como organizador y lo compadecía para mis adentros por la pesada tarea que le incumbiría en el momento más crítico. Sentía también ver que en el Parlamento bullían las intrigas, estando agitado el país por espasmos, en la hora en que todas sus fuerzas debían tensarse para sostener al ejército.

La Grange había atraído a su casa a Léger y a un diplomático polaco muy influyente. Sus comidas reunían a los diputados más inquietos, a los senadores más serenos y a la crema de la aristocracia y la élite de los diplomáticos extranjeros. Yo figuraba algunas veces; incluso ausente, sabía en seguida, como el resto de la casa, las informaciones que se intercambiaban. Muy pronto supe que Reynaud introdujo en su Gabinete a Louis Marin, Jean Prouvost e Ybarnegaray, los elementos más patriotas de la derecha; que se preparaban a tomar también al más famoso de los Mariscales, Pétain, y el más visto de los Coroneles, De Gaulle, con el más elegante de los banqueros, Baudouin, y otras cabezas distinguidas que yo conocía.

Yo los estimaba uno por uno. Algunos, como Pétain, habían ganado mi admiración durante la guerra del 14-18, en la que lo vi calmar las sedicciones en Champaña y contraatacar en Verdún. Sin embargo, este conglomerado me parecía demasiado complejo, disparatado y embarazoso; tal elección me parecía que atestiguaba en Reynaud, más el engorro que sentía gobernando, que su fuerza y su sabiduría. Algunos descubrían, a cambio, una influencia femenina. Yo dudaba que este Gobierno, demasiado pesado, pudiese ayudarlo en aquel momento crítico. Reynaud, demasiado pequeño en lo físico como en lo psíquico, ¿cómo podría llevar a la vez a una amante nerviosa, a este Gabinete dividido, a la Cámara recalcitrante y al ejército, desconcertado por el ataque del enemigo más temible que Francia haya encontrado desde hace un siglo?

Hitler conocía demasiado bien nuestra debilidad. Yo supe después que, en la reunión de su Gran Estado Mayor para decidir la ofensiva, todos los Generales, asustados por el accidente del 10 de enero, querían cambiar de dispositivo, puesto que los aliados ya no lo ignoraban. «Que importa», exclamó el Guía, «son demasiado tontos para creérselo.»

La desgracia quiso que tuviese razón al equivocarse. El error francés no se dio por la tontería, sino por la vana sutileza que cegó a nuestros jefes. Asimismo, nuestros políticos continuaban discutiendo y combinando, cuando lo único que convenía era un acto de autoridad; únicamente, la elección inmediata de otro General más activo y lúcido, capaz de reagrupar inmediatamente los ejércitos, podía salvar al país.

Las horas se sucedían luminosas y lentas. De cuando en cuando, una alerta de aviones venía a añadir su crispación a la pesadez de la espera. Por la mañana, personas que yo no conocía apenas venían a verme para sentarse en una habitación donde no estuviesen solas con su miedo. El sentimiento de un destino tan ineluctable como espantoso nos ganaba y se instalaba en nosotros. En la calle, un inmenso flujo de belgas en fuga, con un amasijo heteróclito de jaulas de canarios, puestas sobre montones de abrigos de pieles o de cajas de cartón, despanzurradas, descubriendo un batiburrillo de joyas con libros o calcetines, subrayaba el sufrimiento de nuestros amigos y el peligro que se aproximaba. Reynaud deseó

socorrer a esos desgraciados y telefoneamos al Ministerio del Interior; nos contestaron que esperaban a novecientos mil. Para ayudarlos, había que gastar el primer día siete millones. Por lo demás, se escapaban a toda prisa, como si París ya estuviese condenado. Más valía dejarlos desfilar, abandonando tras ellos jirones de su patrimonio con el sabor de su pánico.

Este espectáculo y los titubeos de los comunicados oficiales agitaron a los parisinos. Las pocas personas lúcidas que querían seguir serenas, pero informadas, comenzaron a buscarse; es menos amargo conocer una mala noticia que sospecharla. Reynaud vacilaba; en vez de informes sobre los combates, la información se extendía en detalles horribles sobre las crueldades nazis; se les ayudaba, así, a difundir a su alrededor el terror, arma muy eficaz en las horas críticas. Esa bruma espesa, esos negros cuadros, en contraste con el optimismo huero que se ostentaba, creaban en el país un estado tan cercano al pánico y tan adecuado para engendrarlo, que los estimaba el peor subterfugio.

Con este ánimo, fui a una reunión que se celebraba a veces acá y allá, que permitía a escritores, periodistas, funcionarios e industriales de espíritu libre conversar, informarse y, ocasionalmente, ayudarse unos a otros. Aquella tarde, la personalidad más brillante fue Alibert, del Consejo de Estado, inteligencia lúcida y verbo brillante. El extremo peligro en que se hallaba Francia y del que éramos conscientes hizo de esa comida una conversación patética y rica en lección: como yo acabada de circular por los ejércitos del Norte y del Noreste, me pidieron informes, que yo proporcioné con discrección, pero sin mentir.

Alibert, pocos días antes, había sido nombrado Jefe de Gabinete del Mariscal Pétain, en quien muchos veían el único hombre capaz, por su realismo, su dignidad, la fuerza de su carácter y su autoridad, de encarar una situación tan crítica. No ignorábamos que Reynaud flotaba entre el heroísmo y el temor. Su fiel inspiradora, la Condesa de P., lo sostenía a su manera, pero aumentaba su turbación subrayando con insistencia las responsabilidades que tomaba. Al mismo tiempo, Georges Mandel, que era algunos días después Ministro del Interior, velaba por su voluntad insegura y lo mantenía en la línea que deseaban las potencias anglosajonas. Se sabía que vigilaba al Primer Ministro, a los parlamentarios y a quienquiera gozase de cierta influencia.

Nosotros no lo ignorábamos; incluso adivinábamos que entre nosotros alguno se apresuraría a correr a la Policía para informarla. Sin exagerar nuestra valentía, podíamos tener que pagar nuestra franqueza con los demás; pero el peligro que corría la nación nos preocupaba demasiado para que no intentásemos saber de qué lado surgiría un destello de sabiduría, una resolución firme, con los recursos necesarios para volver a encargarse de ese pueblo que se abandonaba. La mayoría de nosotros juzgaba que un armisticio rápido costaría menos caro y permitiría firmar una paz inmediata que evitaría al país una larga ocupación, siempre peligrosa, siempre vergonzosa y, siempre, fuente de divisiones. Otros se indignaban por esta idea y rehusaban ver el abismo en que caíamos.

Los días que siguieron, la Policía inquietó a varios de nosotros; Mandel, instalado apresuradamente en Interior, mostraba exceso de celo. No se ocupó de mí; si yo lo hubiese visto, no habría dejado de decirle: «Si usted creía amordazar a la opinión, está creando un pánico sordo y torrencial.»

Al día siguiente, comía en buena compañía con el caro y viejo maestro Maurras. Sabía lo que habíamos dicho e incluso más, pues el rumor agranda todo lo

que arrastra. Me reprendió muy severamente por mi franqueza con mis comensales: «No nos corresponde a nosotros los patriotas aumentar la confusión mental y contribuir al desánimo general. Deje a los comunistas que hagan ese sucio menester. Nosotros, por el contrario, tenemos que elevar el ánimo, elogiar al ejército, insistir sobre las probabilidades de la victoria y servir de centro de reunión enmedio de un país que enloquece.»

A pesar de la estima que le tenía, aquel día discutí con él: «¿Cree usted que un carácter honrado puede mentir? —No se trata de eso, repuso nuevamente, sino de matizar. —Usted no se da cuenta de lo que ocurre, querido maestro; el Gobierno, con su propaganda, difunde a través de nuestras ciudades y campos el terror más contagioso, presentando a los alemanes como hienas sedientas de sangre y, naturalmente, inclinadas al sadismo. Lo que, cierto o falso, no ayuda a subir el ánimo y a limpiar las carreteras, demasiado obstruidas ya por fugitivos desenfrenados; hasta tal punto que nuestras tropas ya no logran circular tan rápido como haría falta. Al mismo tiempo, Reynaud disimula la situación de los ejércitos, de los que no se han ocupado a tiempo. Ha dejado que Gamelin actuase como un general del siglo XVIII, que estirase sus tropas sobre una línea, que descuidase el adiestramiento de los cuadros y de los hombres para retirarse, sibilino, a su Cuartel General. En esta hora, el instrumento más duro que se haya forjado nunca para atacar a nuestro suelo no encuentra ante él para resistirlo, a despecho de algunos héroes que se dejan matar, sino blandas formaciones conducidas con blandura. Dejar que el país lo ignore es traicionarlo y entregarlo sin defensa al enemigo. De ello no puede derivar más que un terror delirante, que costará la vida a muchos semejantes. Al contrario, el preparar los espíritus a la derrota inevitable, y ya presente, es permitirles encarar su salvación individual y pensar en ella mientras no puedan hacer algo mejor. Después de lo que acaban de decirme nuestros Generales, no pienso que nadie pueda detener el desastre militar, pero al menos se debe esperar que haya alguien que domine los desórdenes cívicos, que intimide a los comunistas, que rehaga un orden capaz de asegurar la salvación del mayor número y de discutir más firmemente con el enemigo vencedor. Este es, en mi opinión, el deber.»

Bien entendido, no persuadí a mi ilustre amigo, pero no por ello nos dejamos en peores términos.

Tenía un sentido demasiado vigoroso de la polémica para adherir a mis ideas; sobre todo, odiaba demasiado a los alemanes para tolerar que se hablase de su victoria. Al menos, no tardó en saber que nosotros los franceses íbamos a enfrentarnos a la mayor de las desgracias.

El 16 de mayo por la tarde, después de siete días de batalla, todo estaba perdido. Los ejércitos aventurados en Bélgica y Holanda se encontraban arrinconados en una trampa y no podían salir, puesto que los tanques enemigos, después de haberse abierto paso por el Mosa entre los ejércitos de Huntziger y Corap, caían sin cesar sobre el Oeste.

Gamelin, hundido, prevenía a Reynaud del peligro que corría París. Con tardía lucidez, declaraba: «Declino toda responsabilidad a partir de la tarde de hoy (16 de mayo de 1940).» Dimitía y transmitía su poder a Georges. Georges, enfermo y desolado, los delegaba a Billotte; Billotte, apresurándose, perecía en un accidente de automóvil. Blanchard recibía los poderes, ¿pero dónde encontrarlo? ¿Cómo podría mandar y recuperar unidades dislocadas?

Desbordados los ejércitos del Norte, abandonados sin dirección, ofrecían una resistencia cada vez más débil; los valientes se dejaban matar y los demás se esfumaban. Faltaban las reservas para contraatacar, romper el cerrojo y tapar el agujero abierto, que se agrandaba sin cesar, entre el grupo del Norte y el del Este, pues incluso en esta bisagra, los nazis cargaban victoriosamente. Gamelin resumía así para Churchill, llegado a las noticias, la situación del ejército francés: «Inferioridad numérica, inferioridad de equipo e inferioridad de método.»

Redactó, además, un informe al Ministro para darle cuenta de los acontecimientos y señalarle las causas del desastre: «Mal entendimiento de la guerra; arranque demasiado tardío y rendimiento insuficiente de las fábricas de armamento. Indisciplina del soldado francés, demasiado inclinado a criticar a quienes tienen una parcela de autoridad. Inferioridad manifiesta de nuestra aviación.» Y faltaba añadir: «Inferioridad flagrante de nuestro alto mando.»

Desde septiembre, todos estos defectos se descubrían a nuestros ojos; se los veía, puesto que todos los generales a quienes yo visitaba me habían hablado de ellos; ¿cómo los había ignorado el Parlamento?, ¿y el Gobierno?, ¿y nuestros aliados, que mantenían en Francia agregados militares e «informadores»? ¿Por que, los alemanes eran los únicos que lo sabían?

Ahora ya era demasiado tarde. En vano Reynaud se entregaba a gestos violentos, multiplicaba declaraciones, gestiones, proclamaciones y hacía fijar en todo París grandes carteles de vivos colores:

«NOSOTROS VENCEREMOS PORQUE SOMOS LOS MAS FUERTES.»

En vano se intentaba intimidar a los Ministros favorables a la paz; en vano Mandel expedía a campos de concentración a quienes murmuraban o dudaban; todo crujía en sus manos. El pueblo, que lo advertía, se callaba temblando.

En Asuntos Exteriores, donde yo estudiaba siempre documentos, sentí, cuando franqueé el umbral el 17 de mayo, un acre olor a humo; después advertí nubes espesas que se elevaban del patio interior, al lado de la calle de la Universidad. Un desorden inaudito reinaba en toda la casa; por las ventanas, mujeres y secretarios arrojaban atropelladamente fardos de documentos, legajos y expedientes y registros que otros, abajo, se esforzaban por quemar. Se hubiese creído un inmenso auto de fe, a fin de abolir para siempre la política inepta de un régimen en quiebra y hasta su memoria, último esfuerzo por aplacar la cólera de los dioses.

Impulsada por la brisa de la primavera, bajo el sol claro, el humo se extendía a través de la ciudad y revelaba a todos que se liquidaba a la Tercera República.

11. MAREJADA ALTA

El 20 de mayo, cuando yo iba a salir, apareció mi cocinera Elise desmelenada: venía a suplicarme que le anticipase dinero para ir en taxi a Burdeos. El terror que la dominaba enteramente la traspasaba; subía de la calle, del barrio y de la ciudad entera. Me apresuré a despedirla con la suma que necesitaba, porque ya no dependía de mí tranquilizarla.

Así, la guerra apagaba mi fogón. Como no podía hacer nada, quise ir a la Biblioteca Nacional, donde me atraían las investigaciones de mi curso.

Abajo de la escalera, me encontré de sopetón con una mujer que sollozaba, reconociendo en seguida a Lisa, el ama de Léger. La conocía bastante para adivinar la causa de su emoción: acababa de perder a su patrón, que se eclipsaba lo más rápido sin adioses, sin explicación y sin instrucciones. La pobre Lisa se sentía huérfana. Allí vi una gracia de la Providencia, y le pedí en el acto que subiese a mi casa a ponerse el delantal que su amiga acababa de dejar y a encender el fogón.

Liquidados estos incidentes, los periódicos comprados en todas las esquinas y algunos encuentros oportunos me enteraron de que el Gobierno respiraba más libremente, pues los blindados enemigos se encarnizaban con nuestros aliados, lo que dejaba un respiro para examinar la situación con Weygand, justo en el momento en que llegaba de Levante. Con su vivacidad de espíritu y su vista de jefe, el General concibió en seguida un plan que Reynaud y Churchill aprobaron sin reticencia. Se trataba de recuperar el contacto a toda costa con los ejércitos cercados, alzando una ofensiva en su dirección, mientras que el ejército inglés lanzaría sus divisiones hacia el Sur, a fin de romper el cerrojo alemán. Vivificado por estas perspectivas, el Presidente del Consejo desencadenó su propia ofensiva: echó a Dalanier del Ministerio de la Guerra a fin de tomar su puesto y lo instaló en el Quai d'Orsay, de donde despidió a Léger, menos seguramente por causa de sus faltas políticas que por sus éxitos literarios y mundanos que criticaba su círculo. Lo más sorprendente para todos fue verle tomar como consejero militar al más belicoso de los Coroneles, Charles de Gaulle, y, como vicepresidente del Consejo al más pacifista de los Mariscales, Philippe Pétain. Mis amigos, al describirme estas gestiones antiguas, añadían: «Se trata de un contraseguro: el día que todo se hunda, podrá pasar mano al más fuerte que él, libre de gritar enseguida para sus amigos de ultramar: «¡El miserable!» Otros decían: «No hurguen tanto: Reynaud busca la paz con su mujer (la otra).»

Estos trajines gustaban poco al Parlamento. En los pasillos de la Cámara y del Senado, se quejaban de que no se les consultaba, nunca se les informaba: «Todo

se hace, decían, en el salón de una dama, en las estaciones y en los aeródromos donde se encontraban los dos Jefes de Gobierno.» Criticaban más aún la elección del nuevo Generalísimo: «Qué locura, tomar en el momento más crítico a un viejo que se encuentra en el otro cabo del Mediterráneo, sin conocer nada del frente occidental, cuando habría que utilizar a un joven cogido sobre el terreno y capaz de actuar al instante. Reynaud quería ocultarse tras la sombra de Foch y su tradición, que encarnaba Weygand; pero, ¡no se gana una guerra con sombras y recuerdos! »

Weygand lo sabía. Comprendió también, rápidamente, que iba a servir de mampara y a hacerse responsable de un desaste contra el que ya no podía nada. Desde el 25 de mayo, en el Comité de Guerra del Elíseo se alzaba para denunciar a lord Gort y a nuestros aliados ingleses, que, sin presentarse a las maniobras ordenadas, se hurtaban; las divisiones inglesas, lejos de abrirse camino hacia el Sur, se retiraban hacia Dunkerque, para volver a Inglaterra con los restos de su armamento. El «plan Weygand» ya no era más que un sueño olvidado; la realidad, declaraba el General en Jefe, «es que me quedan para detener a los alemanes cuarenta y ocho divisiones y las diez divisiones de fortaleza de la línea Maginot». Intentaría mantenerse en el Soma y el Esna, pero los alemanes ocupaban ya varias cabezas de puente en estos ríos. Después, como un hombre engañado, acusó: «Francia ha cometido el inmenso error de entrar en guerra no teniendo ni el material que hacía falta ni la doctrina militar que hacía falta. Tendrá que pagar cara esta imprudencia.»

Reynaud se agitaba para escapar al horror. Si De Gaulle le habla de «reducto bretón», querrá que lo disponga sin retraso; si algunos ministros piensan en Argelia como último refugio —gracias a la flota francesa e inglesa todavía intactas, ¿no estaríamos allí al abrigo?—, Reynaud decide preparar con urgencia esa migración. Estos proyectos tropiezan siempre con Weygand, que responde: «Imposible, demasiado tarde y con los alemanes que avanzan cada vez más deprisa.» El 5 de junio, el General en Jefe declara en el curso de un Consejo de Ministros que ha llegado la hora de pedir el armisticio. El 25 de mayo, el Presidente Lebrun, ¿había aventurado ya la palabra «paz»? Monzie, más diplomático, sugirió que se reuniese sin demora una conferencia internacional para discutir la paz. Algunos colegas lo apoyaron y el mismo Daladier parecía adherir a esta idea. Pero Reynaud, galleando, respondió: «Guerra hasta el final.»

No esperó un instante para echar de su Gabinete a los Ministros que flaqueaban: Daladier, Monzie y otros, que sustituyó por un grupo de altos funcionarios que estimaba más dóciles y por Jean Prouvost, a fin de conservar por medio de él a la opinión. El desgraciado libraba una triple batalla: la primera, ya perdida, contra los alemanes; la segunda, mal empeñada, contra Weygand; la tercera, agotadora, contra su mejor amiga, la señora de P., que se ponía a considerarlo como un criminal y se lo gritaba a los oídos. Así, Churchill, sus colegas y los diplomáticos estadounidenses lo veían como un hosco enano que gesticulaba vanamente en medio de ruinas.

El 9 de junio, el General en Jefe le previno que, para escapar a los alemanes, el Gobierno debía abandonar París. Al mismo tiempo, se llegaba a saber que Italia nos declaraba la guerra el día siguiente, que nuestros ejércitos, desbordados, ya no ofrecían un frente continuo, que los blindados nazis, después de haberse encarnizado contra los ingleses en fuga y los belgas, que acababan de

obligar a la capitulación, volvían desde el 5 todas sus fuerzas contra nosotros y caían sobre el Sur.

Aterrados, pero heroicos, los ministros decidieron primero partir; después, quedarse e, inmediatamente, dejar en París a algunos de ellos hasta el último momento. Alibert, al salir de esa sesión tumultuosa, vino a mi casa y, cogiéndome las manos, me dijo con una voz que hacía temblar de emoción: «Todo esto es duro, infinitamente duro y humillante, pero hay que salvar el porvenir, evitar la división de Francia y su abatimiento duradero. Necesito el apoyo de mis amigos. Venga mañana.» Después me dejó.

El día siguiente por la mañana, fiel a mi promesa, llamé a la puerta de su despacho. Lo encontré vacío y supe que los coches ministeriales acaban de partir abarrotados para Turs, en la Turena. Me dijeron que Baudouin era el único que ocupaba todavía un rincón. Me gustaba su espíritu abierto, sus vastos conocimientos y la finura de su inteligencia; lo visité, pues, para informarle. Como Ministro me pareció un poco tieso, pero no disecado, como se hacen la mayor parte. Hablamos de los acontecimientos con toda la alegría que pudimos poner y acabamos por discutir de la situación general. Se negaba a aceptar la derrota: «No, me dijo, no puede tratarse de implorar la paz o el armisticio; estamos en una encrucijada; de aquí a muy poco, añadió muy bajo con gravedad, usted verá noticias fulminantes.» Quedé maravillado: «¿Es posible? —No quiero ocultárselo: Esperamos de un momento a otro una declaración de Estados Unidos y, sin duda, su entrada en la guerra.»

En Nueva York, la opinión seguía consternada, estupefacta, por la sucesión de titulares increíbles que, uno tras otro, revelaban desastres aliados, cuando desde hacía meses se pretendía que Hitler era fácil de batir y que el ejército francés era el mejor del mundo. El «desmoronamiento» francés llegaba a ser un tema de conversación y de extrañeza; unos alegaban la «traición»; otros, la «decadencia francesa»; nadie se decía que no se lanza impunemente a una guerra terrible a un pueblo que no tiene ganas de hacerla y no la siente necesaria. La mayoría de las informaciones venían por Inglaterra, guardándose de revelar al público la deficiencia del ejército inglés, la prematura retirada de las escuadrillas británicas y, en una palabra, todo lo que podía revelar una responsabilidad interaliada en la derrota; al contrario, se admiraba como un hecho sumamente heroico la retirada y la evacuación por Dunkerque de los 335.585 soldados devueltos del Continente.

En Wáshington, Roosevelt y sus consejeros militares comprendían que Estados Unidos iba a ser entonces a la vez el gran centro de avituallamiento para Inglaterra y el único enemigo ofensivo de los nazis. Las perspectivas no disgustaban ni al Presidente ni a los jefes industriales ni a las personas informadas. En cuanto bastase hacer que Inglaterra pagase, todo iría bien; pero, una vez agotadas sus reservas financieras, la operación se haría más delicada. Había algunos meses para pensar. Se aplaudía con entusiasmo los grandes discursos de Churchill: «Defenderemos esta isla nos cueste lo que nos cueste; combatiremos en las playas, en los muelles de nuestros puertos, en los campos, en las calles de nuestras ciudades y en las colinas de nuestro país; nosotros combatiremos y nos nos rendiremos nunca...» Roosevelt, que se mantenía en relación íntima con él y lo telefoneaba o telegrafiaba a menudo, le respondió en un gran discurso de Charlottesville (10 de junio): «La mano que tenía el puñal, dijo, acaba de hundirlo en la espalda de su vecino... Manteniendo nuestra unidad americana, vamos a realizar un doble

programa integrado: proporcionaremos a los enemigos de la fuerza los recursos materiales de que dispone esta nación y, al mismo tiempo, organizaremos y apresuraremos la utilización de estos recursos, a fin de poseer nosotros mismos un equipo y un adiestramiento suficiente para encarar, en caso de peligro, las necesidades de nuestra defensa.» Reynaud, estimulado por este mensaje y sin distinguir lo bastante que se trataba de «palabras verbales», envió sin demora un patético llamamiento para obtener ayuda material y todo lo que Estados Unidos pudiese hacer.

El Presidente, siempre amable, le respondió en seguida enviándole «su simpatía más profunda» con la promesa de que «el Gobierno de Estados Unidos no reconocería las conquistas territoriales por agresión militar». Incluso logró hacer que enviasen a escondidas del Congreso 150 aviones viejos, que partieron en el portaaviones «Béarn»..., pero que no llegaron nunca a Francia.

Por fin, el 13 de junio, Roosevelt llegó más lejos: «Su mensaje del 10 de junio, cablegrafió, me ha conmovido profundamente. Como ya le he dicho a usted y al señor Churchill, este Gobierno hace todo lo que está en su poder para expedir a los aliados el material que piden con tanta insistencia y redoblamos los esfuerzos para hacer más...» Lo felicitaba por la magnífica resistencia de los ejércitos franceses e ingleses, pero, ante todo, por su declaración de que combatirían por la democracia hasta el final, aunque el Gobierno tuviese que retirarse al Africa del Norte. Insistía después, no sin pesadez, en la importancia de una colaboración naval anglo-francesa y de una «defensa imperial». Terminaba con un bonito cumplido a la intención de Darlan, como si hubiese sospechado sus reticencias, ante las medidas que sugería. Este despacho no aportaba nada a Reynaud, pero encantó a Churchill, que, manifiestamente, lo había inspirado. Suplicó a Roosevelt que lo publicase, pero el Presidente respondió con bastante sequedad: «No.» Conocía a su país y lo sabía reacio, aferrado a su esperanza de paz.

En Estados Unidos, Roosevelt no podía arrastrar a su pueblo a la gresca sino ocultándole sus gestiones; en Inglaterra, Churchill no podía esperar defender al país, sino haciendo regresar de Francia a todas sus tropas y todos sus aviones. No quedaban a Reynaud y a nuestra nación más que las frases amables de uno y las lágrimas del otro, puesto que el Premier lloró, según se dice, en su visita a Francia el 11 de junio. Palabras y lágrimas eran muy poco para detener el avance alemán.

Consciente de esta dificultad, Churchill, siempre hombre de recursos, buscó mejor y creyó encontrarlo, gracias a Jean Monnet y a De Gaulle. Propuso, y aun hizo votar apresuradamente por su Gabinete, el principio de la fusión de los dos países. Lo que una guerra de ciento veinte años no había podido hacer en la Edad Media, lo habría cumplido una ofensiva alemana en un mes.

Reynaud recibió esta noticia por teléfono, la oyó con entusiasmo, pero con algunas dudas. Desde hacía una semana, luchaba por encima de sus fuerzas con sus colegas, con su mejor amiga, con el General en Jefe y con la opinión, a quienes quería imponer la huida a Africa del Gobierno, la capitulación del ejército y la continuación de la guerra. Para ello, debía ocultar a todos que estaba perdida definitivamente en cuanto a Francia. Tenía que disimular, además, la negativa de Roosevelt, la aceptación de principio que Churchill acababa de darle del armisticio y su propia confusión. Planteó, pues, la oferta británica con gesto triunfal. Desgraciadamente, los hombres que se ahogaban desean una plancha a la que aga-

rrarse y se interesan poco por un contrato matrimonial. Algunos ministros tuvieron la cortesía de discutir: la mayoría de ellos rechazaron el documento con una mueca.

Estas lastimosas sesiones, vanas y desordenadas, no valían todo el interés que se les ha prestado. Reynaud intentaba imponer el punto de vista de nuestros aliados y amigos demócratas: Francia acaba de sufrir una derrota, pero ni su voluntad nacional, ni su Imperio, ni su flota se reconocen vencidas, decía. El Imperio, inerte, esperaba como siempre las órdenes de la metrópoli; la flota, más hostil a Inglaterra que a cualquier otra nación, deseaba servir hasta el final, pero no bajo las órdenes de almirantes británicos; la democracia francesa, fuera de sí, se fugaba por todas las carreteras cargada con fardos ridículos y su voluntad se tensaba para encontrar un abrigo seguro, no para proclamar su soberanía ni su voluntad de victoria.

Tales eran las verdades que Weygand, Pétain y los espíritus lúcidos del Gabinete repetían a su patrón; tal era el espectáculo que se desarrollaba bajo mis ojos en el bulevar de San Germán, París, distrito séptimo.

¿Quién podría olvidarlo?

Noche y día, de manera casi continúa, el lamentable desfile pasaba como un río de miseria. París, taciturno y silencioso, parecía vacío de toda vida, aunque una multitud inmensa lo atravesase en un cortejo interminable, lastimoso y abigarrado de Este a Oeste y de Norte a Sur. Por el bulevar de San Germán, entre tiendas de puertas cerradas y aceras vacías, la caravana penaba y caminaba; autos militares, repletos de oficiales con mujeres y bultos de todas clases, pasaban a cabeza intentando adelantar a los demás; ambulancias sobrecargadas por pertrechos heteróclitos competían en velocidad con ellos; detrás pateaban los soldados; a sus talones, gallinas, patos, pavos y ametralladoras; viejos a pie empujando carretas desbordantes de colchones, coronadas por jaulas de pájaros o herramientas agrícolas, mujeres enganchadas a coches de niño medio rotos que contenían sus efectos y los restos de su antiguo bienestar; grandes autos conducidos por chicas huranas, apenas vestidas, que llevaban deprisa, de mala manera, abrigos, cuadros, violines, perros y gatos; asnos perdidos, vacas atontadas; a veces, un enorme carro de heno en el que dormían encaramados soldados, enfermos y niños; grupos de veteranos lisiados; a veces, una sección de un regimiento dislocado, o bien un autoametralladora; cabras curiosas, perrazos perdidos; un enano que trotaba, siempre en retraso; un paticojo desesperado, llorando, y al que seguía su mujer, desolada; en fin, cualquiera, cualquier cosa, pero siempre, por todas partes, en todas las caras, en todos los labios y en todos los ojos, la vergüenza, el miedo, el sufrimiento...

Recibí un último mensaje de Beaumont, de los ejércitos del Este, donde se debatía para reunir a nuestras unidades y sacarlas de la marea en fuga. Yo debía quedarme en París, acoger a las ambulancias y los voluntarios que lograsen llegar y utilizar después los hombres y los vehículos de la mejor manera. El correo ya no funcionaba apenas; los periódicos se hacían raros y había pocos alimentos.

El 13 de junio, los depósitos de gasolina de los alrededores de París se pusieron a arder. Aquel día radiante, un ligero viento del Noroeste arrastraba a la ciudad oleadas espesas de humo negruzco, apestado y viscoso; de cuando en cuando, una explosión sacudía las casas y se creía oír el cañón a lo lejos. Los refu-

giados, a pesar de su fatiga, apresuraban el paso, dejando tras ellos polvo, vestidos manchados, zapatos torcidos, heno sucio y un niño llorando.

Al anochecer, mi hermano me condujo en su auto hasta las puertas; queríamos saber si defenderían la ciudad, como Reynaud lo había proclamado en primer lugar o si dejarían que la tomase el enemigo como «ciudad abierta».

Encontramos, en una vasta escuela que niños y maestros habían abandonado, a gran número de desgraciados, demasiado extenuados para ir más lejos, y que la Policía alojaba, socorría e intentaba reanimar. Gran número de agentes se afanaban a su alrededor, otros charlaban con el rostro ansioso en una sala de la que habían hecho su cuerpo de guardia. Algunos lloraban. Se inquietaban por los alemanes, cuya llegada esperaban para el alba, y temían sus exigencias, su brutalidad y sevicia. «París, ciudad abierta», nos declararon. Después, uno de ellos, más lúcido, añadió: «Pero, nosotros, ¿qué será de nosotros en medio de todo esto? ¿Saben ustedes algo, señores?» Tenían la consigna de esperar y de ponerse a disposición del mando alemán. Nosotros los reconfortamos como pudimos: «Ustedes conservarán sus funciones, que incluso serán más graves y más importantes. El invasor no podrá pasarse sin ustedes: teman, más bien, que no quieran servirse demasiado de ustedes...»

Después nos fuimos a ver a los refugiados; su confusa mezcolanza llenaba la mayoría de las salas. Yacían en los bancos o en el suelo, entre sus bultos, al lado de sus perros, gatos y de algunas gallinas que habían logrado salvar. De vez en cuando, se oía elevarse de esa masa grandes gritos. Al acercarnos, vimos a un viejo granjero picardo con los ojos hoscos y espuma por la boca, que jadeaba, pero, cada vez que oía una explosión, se ponía a aullar. Alrededor de él, sus tres hijos mayores formaban un círculo: mudos, inmóviles, miraban a sus padres, mientras que su vieja madre intentaba calmarlo. «Ha visto quemar delante de nosotros nuestra granja, con todos nuestros animales, nos dijo; desde entonces está así.»

Los obuses, bajo sus ojos, habían provocado incendios en las cuatro esquinas de la casa en la que había nacido y donde había trabajado siempre. Nada desde entonces, ni los ruegos, ni las promesas, ni el dinero que se le tendía, ni los cuidados de su mujer, borraron ese horror de su mente.

Lo dejamos al fin, pero sus grandes estertores nos persiguieron largo tiempo a través de la noche, como el latido de un perro extraviado que aúlla a la muerte.

Pronto el día siguiente por la mañana, la señora de Beumont me recogió en su pequeño coche y nos llegamos hasta el final del bulevar de San Germán, justo bajo el puente de la Concordia. En la bruma de la mañana, veíamos aparecer, bajando por los Campos Elíseos, a los tanques alemanes; avanzaban con precaución, como temerosos, y rozaban los grandes carteles de Reynaud:

«NOSOTROS VENCEREMOS, PORQUE SOMOS LOS MAS FUERTES.»

Al volver, advertimos a lo largo de las orillas del Sena a unos cuantos pescadores que aprovechaban esas horas tranquilas, frescas y grisáceas, para lanzar sus cañas. Las miraban con fijeza; eran lo único que contaba para ellos.

SEGUNDA PARTE

«Todo reino dividido contra sí mismo perecerá.»

(San Mateo, IX, 17.)

1. TIEMPO MUERTO

Inmóvil en la resplandeciente claridad de una tarde de verano, escucho hundirse sobre la ciudad inerte, silenciosa y muerta, el vuelo estridente de los *stukas* como, sobre un cadáver podrido, los cuervos.

Instalados en París, los alemanes no saquean, no roban las obras de arte, no desmantelan los monumentos, salvo algunas estatuas de generales que ofenden a su orgullo; pero ese mismo orgullo les obliga a la decadencia. Las mujeres y los niños circulan sin temor. No corren ningún riesgo los escaparates de las joyerías ni las relojerías. El ocupante no exige del vencido sino obediencia y calma.

Después de todo, le interesa hacerse cargo. Impone el toque de queda a las seis de la tarde; obliga a los hombres a que entreguen fusiles de caza y carabinas no se puede circular sin su permiso; pone su bandera en todos los monumentos; hace que todos los días desfile la banda de un regimiento, agria y estridente, desde el Arco del Triunfo hasta la Concordia, en el desierto de las avenidas. Ante todo, lanza por encima de las calles, de los bulevares y de las plazas de París a sus *stukas,* de vuelo aullante, para recordar a todos nuestra derrota y significar la fuerza irresistible de las armas germánicas, sujetas por la disciplina, pero siempre dispuesta a herir.

Ningún otro ruido se oye. En la casa desierta, soy el único habitante que queda, con el portero; en el barrio vacío sólo resuenan los pasos de los soldados verduzcos y el tacón herrado de sus botas. A veces, cantan. A lo lejos, zumba una radio. Los raros parisienses agazapados en el fondo de sus pisos se aferran a la radio, su único asidero, el único que les devuelve la sensación de la realidad: es su último lazo con el mundo civilizado. A mí no me gustan sus bufidos ni sus ruidos; la prohibí en mi casa, pero ahora utilizo la de mis amigos para informarme y, después, vuelvo a mi habitación y hago balance:

La larga, la vergonzosa querella del armisticio acababa de terminarse con el desplome de Paul Reynaud. Sus ministros y él, que no habían sabido ni preparar la guerra, ni evitarla, ni escoger a los generales, ni procurar a su país alianzas eficaces, se aferraban a esa idea de «combatir hasta el final», cuando el ejército ya no podía luchar y el país cautivo era un rehén en manos del enemigo. Su «combate» habría sido una huída a Inglaterra o Estados Unidos, un modo de ponerse al abrigo, conservando a la vez una autoridad ficticia y de entregar a unos aliados, que acababan de abandonarlos, los últimos recursos de Francia fuera del botín del vencedor: su flota, a Inglaterra; su oro, a Estados Unios y, sus colonias a las dos. ¿Podría creer yo que Reynaud acababa de retirarse ante esta última falta? No: había caído víctima de sus nervios, sin poder soportar más las reprimendas

del General en Jefe (que él había escogido), las protestas del mariscal Pétain y de los ministros (que acababa de nombrar) y, sobre todo, la enfebrecida indignación de la mujer que más amaba y que no dejaba de gritarle a los oídos: «Eres un miserable. Desaparece.» Se retiraba, pues, y cedía voluntariamente el puesto al mariscal Pétain, que, sin tardanzas, preguntaba a los alemanes sus condiciones de armisticio, a fin de cesar los sufrimientos intolerables de los refugiados y de poner fin al destrozo de nuestro batido ejército (16-17 junio).

El Mariscal ponía, así, sobre sus hombros la carga más pesada. En otro tiempo, desde luego, Caillaux y sus amigos del Senado habían organizado para él comidas de información para prepararlo a tomar el poder, pero eso quedaba lejos; en pleno desastre, este anciano de 84 años, sin experiencia política, sin formación administrativa y sin conocimientos económicos, aceptaba la carga de un país, pisoteado, desorganizado, dislocado y desmoralizado, forzado a sufrir la ley de un vencedor sin piedad.

Primeramente lo vimos molesto ante los parlamentarios que impulsaban a Lebrun a ir a Africa con ellos; lo veíamos ahora vacilar en la elección de los ministros, pronto a seguir los consejos de uno y, después, de otro. Así, nos alegrábamos al saber el 22 de junio la entrada de Laval en el Consejo, uno de los estadistas franceses más expertos y el que había previsto mejor los peligros de esta guerra. Gracias a él, ya no se trataría de la partida; gracias a él, la mayoría parlamentaria se uniría al Gobierno y lo apoyaría a la vista de todos.

No obstante, sólo el Mariscal aportaba al pueblo francés esperanza y consuelo. Su discurso del 17 de junio retumbó a través de las ciudades, pueblos, aldeas y granjas como el primer anuncio de un respiro en la catástrofe. Su voz grave, la serenidad de su tono y las palabras sencillas y firmes que pronunció le confirieron en seguida un inmenso ascendiente sobre todos. Y cuando anunció la firma del armisticio, el 25 de junio, creímos salir de una pesadilla gracias a él.

La ocupación del Norte y del Este y de las costas de Francia parecía dura y, la indemnización cotidiana, aplastante, pero el mantenimiento de un Gobierno instalado en una zona libre, dueño de las colonias, de la flota y de la economía francesa, permitía que se reanudase la actividad; que trabajasen los hombres, que las mujeres volviesen a sus hogares y se ocupasen de sus labores; protegía a las familias, aseguraba la educación de los niños y la continuidad de la vida intelectual, industrial y agrícola. El porvenir parecía a salvo.

No era ésta la opinión de los franceses de Londres.

Ellos, que vivían en el extranjero, que conocían la inmensa fuerza de Estados Unidos, la de Inglaterra y el vigor combativo de Churchill, se desolaban por ver a su país tropezar y caer al principio de la guerra. No podría, por tanto, participar ya en la lucha ni en la victoria, ni en el reparto de los despojos y podía perder su rango de nación-guía, que tenía desde Carlomagno. El economista Jean Monnet, el financiero Monick y otros funcionarios y comerciantes que residían en Estados Unidos, en Inglaterra y Canadá, sentían profundamente la decadencia nacional. En cuanto llegó a Londres el General De Gaulle, al que llevaba en avión el General Spears, lo apoyaron, lo impulsaron y le fortalecieron en sus ideas de resistencia a pesar de todo. Por su parte, el ex Ministro de Reynaud, discernía el papel esencial que podía representar: llegar a ser la encarnación de la «Francia inmortal, invicta e invencible» y ponerse así al lado de los aliados, pero por encima de ellos, puesto que encarnaba ahora un ideal heroico. Churchill se guar-

dó de rehusar su oferta. No le gustaba ni le había gustado nunca Pétain, a quien sus amigos generales acusaban de hostilidad contra su país. De Gaulle le parecía, pues, un instrumento que podría utilizar; no obstante, habría preferido como jefe de los franceses antipetenistas a un político de la Tercera República, Mandel, por ejemplo, que intentaba crear en Marruecos un Gobierno de resistencia. Pero fracasó y no logró siquiera llegar a la Gran Bretaña. Las esperanzas de Churchill se trasladaron entonces a Herriot. Por desgracia, el Alcalde de Lión no se desplazaba fácilmente, aunque sólo fuera por su peso, y Churchill tuvo que contentarse con el General de Brigada mientras no hubiese otra cosa. Lo trató como suplefaltas. Las amarguras y las humillaciones comenzaron para De Gaulle al mismo tiempo que su gran papel. Después no lo pudo perdonar nunca.

Le concedían una radio, embrión de su poder, para apelar a los franceses indignados. Habló del 18 de junio invitando a soldados, oficiales y generales a unirse a él para continuar el combate. Su voz fuerte, lenta, bien sentada, plena de dignidad como de autoridad, se difundió por todo el país desalentado, que se debatía en el caos. En Clermont-Ferrand, unos soldados que estaban bebiendo en un descanso exclamaron: « ¡No te joroba! » Esta bajeza de las multitudes ante un héroe no podía afectarle; pero sufrió por la escasez de los resultados que obtenía. Muy pocos franceses se unieron a él. Aun en Inglaterra, la mayoría de sus compatriotas se apartaron de él.

Así, rechazado, se irguió. Atacó violentamente «la licuefacción de un Gobierno caído bajo la vigilancia enemiga». Desde Burdeos, sus antiguos jefes respondieron exigiendo su retorno inmediato. Ya el mismo día, el 20 de junio, Churchill le negaba la radio. Después de todo, ese general de brigada que gritaba tan fuerte no daba buena impresión en Inglaterra. De Gaulle, un instante decepcionado, anunció al General Lelong, el agregado militar francés, que estaba dispuesto a volver a Francia si le daban los medios. Bien entendido, sus huéspedes se guardaron de dárselo; al contrario, le devolvieron la facultad de hablar y, al día siguiente, en su alocución radiofónica, cortó los puentes. Acababa de saber las condiciones del armisticio y no sentía ningún escrúpulo al denunciarlas, deformándolas. «Un Gobierno de lance, cediendo al pánico, después de haber pedido el armisticio conoce al presente las condiciones del enemigo... El territorio francés será totalmente ocupado y... el Gobierno francés caerá bajo la dependencia de Alemania e Italia...»

Desde aquel día, la guerra prosiguió entre franceses de Londres y el Gobierno francés. Churchill sacará provecho y acentuará ese movimiento, que conviene a su política. La imagen de un «Pétain traidor» será el cromo favorito de los anglosajones y de los resistentes franceses. Así, el general se apresuró a crear una especie de pro-Gobierno frente a las autoridades de Burdeos, el «Comité Nacional francés», que los ingleses reconocieron sin entusiasmo a condición de que se dedicase a la lucha contra los enemigos comunes y sin reconocerle las prerrogativas de un Gobierno nacional.

El Mariscal conservaba la ventaja. Pero no tuvo tiempo de pensar en De Gaulle del 17 al 21 de junio. Esperaba la respuestas de Hitler con inquietud creciente, pues ignoraba que el Guía y el Dux se reunían en Munich para discutirla. Cuando recibió al fin las condiciones, la noche del 21 al 22 de junio, las estimó tan duras que dudó en aceptarlas y sus ministros se revolvieron contra ellas. (Consejo de ministros el 22, a las dos de la mañana.) La noche fue consejera: el día siguiente

se resignaron a refrendarla. En efecto, si el ejército enemigo iba a ocupar las tres quintas partes del territorio, todo el Este, el Norte y las costas atlánticas, el Gobierno conservaría su libertad en el centro. Podría defender a su pueblo, mantener la Administración nacional, llevar el Imperio y representar un papel diplomático.

Hitler no reclamaba la rendición de la flota ni apoderarse de las colonias. Prefería parecer clemente; veía en el armisticio francés un primer paso hacia una paz general. En el mismo momento, en efecto, dos Ministros ingleses, Butler y Halifax comenzaban una negociación con Alemania, a través de Suecia (17-18 de junio). Churchill frenó, pero el Guía seguía contando con llegar a un acuerdo con la Gran Bretaña, por la que profesaba una redilección particular. La consideraba como la otra mitad de la raza germánica, y la más pura. No quería descuidar nada por entenderse con ella, sin que ello obstase, si no podía, para aniquilarla.

El Premier inglés no lo ignoraba, ni lo hacía ignorar a sus compatriotas. Se preparaba para un combate despiadado. Así, quiso endurecerse y preparar a su pueblo para el esfuerzo mayor; para él, ya no era el caso de contemplaciones con los franceses; sus cónsules intentaban corromper a precio de oro a los gobernadores de las colonias francesas; su embajador intentaba impedir la firma del armisticio y sus animantes iban a Burdeos para obtener de Darlan que se uniese a Inglaterra con su flota. Roosevelt apoyaba esta gestión y despachaba un mensaje insistiéndole. ¿No podía dar al menos su palabra de honor de que no entregaría nunca sus barcos al enemigo?

Mientras que los franceses y sus jefes probaban la humillación de todos estos detalles y las viles formalidades que impone una derrota nacional, Hitler recibía de todas partes cumplidos y elogios que le merecía su victoria. Cada uno sacaba las conclusiones apropiadas a su caso. Los españoles se apresuraban a ocupar Tánger, antes zona internacional; los Dominios, siguiendo a Inglaterra, que los obligaba, rompían las relaciones diplomáticas con Francia (excepto Canadá); Japón presentaba exigencias, imponiendo el cierre de la frontera entre China e Indochina y se preparaba a invadir esa región. El Gobernador Catroux previno a Roosevelt y a Churchill, esperando recibir alguna ayuda. Le volvieron la espalda.

Los franceses se quedaban solos ante sus ruinas.

Retirado en mi habitación silenciosa, me esfuerzo por juzgar con serenidad: algunas divisiones, algunos soldados y unidades luchaban heroicamente, pero fueron más los que se vieron huir y desbandarse. Por doquier, los alemanes maniobraron a nuestros ejércitos, los dominaron y los batieron; los dos millones de prisioneros lo atestiguan.

Los generales que los mandaban no supieron ni discernir los métodos de guerra que convenían frente a la *wehrmacht* de 1939 ni instruir a las tropas de modo eficaz, ni repartirlas juiciosamente en vista de la batalla decisiva. Toda esta labor preliminar decidía el porvenir. Para nosotros, fue el desastre. En el combate, ninguna de ellos mostro el heroísmo creador, el único capaz de arrancar la victoria en medio de la derrota, como lo poseyeron los Bayard, Condé y Villars.

Los ministros de 1939, a excepción de Beorges Bonnett, que vio justo, no supieron, ni conformar su política a los medios de Francia, ni sacudir la inercia del mundo obrero, ni matear al partido comunista, en trance de sabotear al ejército, ni sacar a los generales de su letargo, ni explotar los recursos de la inteligencia francesa. Su fallo fue más total que el de Napoleón III.

El Parlamento, a pesar de animosos deseos y de destellos de lucidez, no llegó ni a salir de sus obsesiones partidistas, ni a sacudir a los ministros, o a cambiarlos en el momento adecuado. Finalmente, no se atrevió a rechazar una guerra cuyo peligro y locura conocía.

Todos, y el mismo pueblo, se dejaron engañar por una fuerza oscura y se dejaron maniobrar desde fuera por la «opinión pública», a la que no supieron ni satisfacer, ni servir, ni desafiar y que acabó por hacerles rodar a todos juntos de mala manera en su río de fango sangriento.

El sentimiento de ardiente vergüenza que me invadía a estos pensamientos no me dejó más que una cólera ávida de venganza. Tanta bajeza, estupidez y debilidades, una incuria tan perfecta en todos los estadios: Gobierno, diplomacia, ejército, administración, industria, prensa y lo demás, no podía más que provocar asco y la necesidad de saciar la indignación con actos violentos. No habría bastado luchar, aplastar a los alemanes: los franceses merecían también un castigo terrible. Las exclamaciones de De Gaulle me parecieron pálidas, mediocres, al lado de lo que yo sentía.

A mi alrededor, me respondía el silencio. La queja lejana de un niño en el fondo de un patio era la que me llegaba como la única lamentación que conviniese a duelo semejante. Me puse a evocar a nuestros compatriotas de Alsacia y del Norte, que los alemanes saqueaban, expulsaban y brutalizaban, privándoles de sus tierras y de sus hogares; los refugiados errantes, astrosos, hambrientos y lamentables en todas las carreteras del Mediodía, las granjas quemadas, los animales muertos, las vacas abandonadas que mugían indefinidamente en los prados porque nadie iba a ordeñarlas; la miseria de los barrios sin pan y de las fábricas sin trabajo, los miles de prisioneros amontonados en cualquier parte como ganado, y que el vencedor dejaba sin alimento. Pensaba en los heridos de los hospitales abandonados por los médicos, en la infinita miseria de los débiles, de los pobres y de los enfermos, en esas horas en que los fuertes, desesperados, no pensaban sino en sí mismos. ¡Pobre pueblo anodadado, que pagaba demasiado cara la ilusión de haberse creído sabio, poderoso y soberano! ¡Pobres multitudes enloquecidas, felices sólo por la derrota, pues ponía fin a todo!

¿De qué servían la cólera, la violencia, ante tanta desgracia? ¿De qué servían tampoco la gloria y las ideas de revancha? La única tarea apropiada, ¿no era entonces la de levantar a la nación caída, vendar las llagas y devolverles trabajo, que es el único recurso, la verdadera dignidad de los humildes? Por el momento, sólo un empeñado esfuerzo de misericordia podía convenir ante este país roto, al que yo amaba, que era el mío.

El espíritu, elevándose entonces por encima de las emociones, imaginaba el futuro que había que contemplar. Del desastre, la multitud esperaba la paz dura y próxima, la deseaba. Estos deseos parecían vanos, falaces. Conocía a Roosevelt, su relación última con Churchill, los mensajes, cartas y telegramas con que lo acosaban y las llamadas cotidianas que se hacían. No, Inglaterra no negociaría este verano. El Premier inglés, con su temperamento de tribuno sanguíneo, convenía a la época, a sus peligros, a sus terrores y a los esfuerzos violentos que exigía. Churchill representaría entonces su papel con pasión, seguro de los aplausos del inmenso público estadounidense y de sus apoyos, Roosevelt, Baruch y Hopkins. Gracias a la marina inglesa, gracias a la aviación británica, pero gracias, sobre todo, a las vacilaciones y a los complejos de Hitler, esa isla iba a poder desafiar

los ataques nazis. Tal espectáculo terminaría, ciertamente, por sacar al pueblo norteamericano de su inercia; sin que pudiesen adivinarse todavía las fechas y los detalles, todo lo indicaba. La opinión mundial, los periódicos judíos, los refugiados alemanes en Estados Unidos y los intelectuales «liberales», todo ese aparato potente para remover los espíritus trabajaría a favor de Inglaterra, pero, sobre todo, las pasiones del Guía. ¿No había dicho y redicho que el «espacio vital» de Alemania estaba en el Este? ¿No había denunciado siempre al comunismo como su enemigo verdadero? El trato que reservaba a Francia, ¿no parecía probar que deseaba considerar a Occidente? En este caso, si comenzaba una cruzada antimarxista sin haber tomado Londres, su pérdida se hacía probable. Pero, en todo caso, Estados Unidos, inmensa reserva de hombres, de riqueza, de fuerza y de trabajo, me parecía destinado a ser el árbitro de esta lucha.

Francia no podía representar ya un papel importante. Una guerra científica, una guerra industrial, una guerra de máquinas exigía un instrumental que no poseíamos ni en 1939 y que ya no nos podíamos procurar en 1940. Los efectivos que podríamos comprometer parecerían mediocres al lado de los recursos soviéticos, de las reservas británicas y de las multitudes estadounidenses. Nuestra derrota pesaría sobre nosotros hasta el fin de esa guerra, hiciésemos lo que pudiésemos. El objeto de nuestros esfuerzos debía situarse más allá; todo conflicto internacional que se prolonga hace un horrible despilfarro de hombres y de bienes de todas clases; deja tras de él un vasto reguero de ruinas, de resentimientos y de odios; Alemania, Inglaterra y, sin duda, después, Rusia y Estados Unidos, arrastrados totalmente a esa gresca, sufrirían las repercusiones.

Si nuestro país supiese mientras tanto volver al trabajo, reconciliarse consigo mismo y rehacer su unidad moral, ¿no tendría después de la guerra mejor posición que los combatientes? O, al menos, ¿no recuperaría rápidamente un rango y ocasiones de poder que parecían en aquel momento perdidas para siempre?

Me parecía vano correr entonces tras satisfacciones de orgullo o de compensaciones guerreras. No podía tratarse más que de anécdotas de las que harían poco caso los demás vencedores. Del reparto de los despojos no debíamos esperar nada. Pero un pueblo vigoroso, unido, ocuparía un lugar de primer plano. Sus humillaciones pasadas, si comprendía el alcance de ellas, agudizarían su inteligencia y servirían para su renovación. Ahí se hallaba la esperanza, porque significaba para Francia una era nueva de creación y de grandeza verdadera...

Pero primero había que levantar a ese pueblo del lodo sangriento en que yacía. Había que apiadarse.

2. LA MISERIA

Por la mañana fui a la Cruz Roja, en la calle de Francisco I. Había quedado vacía en sus tres cuartas partes, habiendo seguido al Gobierno todos sus jefes y al Presidente de la República, como era debido. En oficinas de fortuna, en mesas de relance y con secretarios improvisados, me esforcé por reapiñar, desmovilizar y desaparecer a nuestro personal, ocultando a la vez, en el fondo de patios lejanos, ambulancias, camiones y cantinas. Aquel día encontré la calle obstruida por una multitud de mujeres que gritaban. En medio de ellas se debatía un viejo general bajo, que no lograba hacerse oír. Ellas preguntaban, reclamaban y exigían noticias de sus maridos prisioneros; él les explicaba en vano que, en el desorden de todos los servicios, no las había todavía, pero sus palabras no servían más que para irritarlas.

Al fin, movidos por una inspiración súbita, subió a los peldaños de la escalinata y les gritó a la cara: «Cállense, intenten comprender. TODOS NOSOTROS SOMOS PRISIONEROS. USTEDES SON PRISIONERAS, como sus maridos.» Estas palabras crearon un silencio inmediato; las mujeres se miraron unas a otras, como si se encontrasen cambiadas. Repetían: «No lo sabíamos...; todos nosotros somos prisioneros. Entonces...» Incapaces de llevar más lejos sus ideas, se dispersaron mascullando: «Todos prisioneros, ¡no lo sabíamos!», y el general vencedor se retiró a su despacho.

Yo no lo seguí, pero seguí sus pensamientos. ¿Dónde se encontraban los millones de prisioneros que habían hecho los alemanes y que no dejaban de coger? A todo el que llevaba uniforme lo enjaulaban. Un oficial de reserva de intendencia, patriota, concienzudo y notable de la ciudad de Clermont-Ferrand, al saber que el ejército alemán iba a entrar en la ciudad, se apresuró a ponerse su uniforme de teniente para recibirlo más dignamente, aunque no lo llamaron a servir en esta guerra. El enemigo le hizo el honor, algunos instantes después, de llevarlo en camión a un campo de prisioneros y su esposa tuvo que implorar clemencia durante seis meses para obtener que se lo devolviesen de cierta fortaleza pomerana.

Nada me parecía más amargo, más humillantes, que este amontonamiento de nuestros soldados como animales tras las alambradas, incluso en medio de su país, que no había podido defender y del que ya no formaban parte. Supe que se les dejaba sin alimento, sin cuidados, sin higiene; y los terrenos deportivos de los alrededores de París, transformados en campos provisionales, presentaban un espectáculo penoso. Me puse a buscar voluntarios de países neutrales, provistos de papeles en regla y los encontré sin demasiado esfuerzo. Necesitábamos además autos, que todo el mundo escondía, e incluso camiones; lo más difícil fue encon-

trar gasolina, pero al fin la obtuvimos de uno de los servicios de la prefectura del Sena, que hizo comprensivo el desorden general y la impunidad. Nos dieron incluso provisiones. Una refugiada rusa, pertrechada con un pasaporte griego, tomó en sus manos el asunto y los llevó a tambor batiente; con sus grandes camiones, llenos de víveres, de jabón y de pan, irrumpía en los campos de prisioneros, intimaba con los funcionarios alemanes, persuadía a los oficiales y entregaba a los desgraciados su pitanza, se tratase de Antony, de Bougival, de Drancy, de Melun, de Meaux o de Montereau. Sólo del 1 al 17 de julio, la señora Kastia Vlasto llevó más de dieciocho toneladas de víveres que la prefectura del Sena, el Socorro Social Francés y generosidades individuales, como el grupo de médicos de La Salpêtrière, pusieron a su disposición. Beaumont, algún tiempo prisionero también, pero que consiguió hacerse liberar arguyendo sobre la Convención de Ginebra, obtuvo en fin de los alemanes los documentos que lo acreditaban cerca de todas las comandancias de centros de prisioneros. Mientras hubo cautivos en Francia y mientras tuvimos gasolina, nuestro servicio multiplicó sus visitas; pero, uno a uno, los centros se vaciaban, las oficinas de la prefectura volvieron a su rutina y nos quedamos finalmente sin gasolina y sin trabajo.

En el desorden universal de aquel tiempo, el puñado de mujeres generosas y de hombres serviciales reunidos en nuestra empresa no dejó de ser objeto de solicitaciones innúmeras; un portero venía a decirnos que su suegra, enferma en Perpiñán, ardía por regresar a París y que contaba con nosotros para traerla; una religiosa quería ir a visitar la casa de sus padres en Illiers, que pasaba por haber sido bombardeada; algunos deseaban volver a París con urgencia porque habían olvidado cerrar el gas al partir; otros suplicaban que se les condujese sin tardar a su granja del Norte para traer las vacas abandonadas cuando la huida; y, en fin, las imploraciones de los refugiados nos llegaban de todos los rincones de Francia, gracias a Correos, que volvía a empezar poco a poco, a su mejor manera, pero a trompicones. Ante esta avalancha, hubo que constituir una oficina, donde unos voluntarios se encargaban de clasificar el Correo, contestar, recibir las quejas, consolar sin prometer, informar sin suscitar falsas esperanzas y escoger las peores miserias. Una dama que escribía muy bien se encargó del correo; una señorita que hablaba mejor todavía, se encargó de la misión oral; los hombres cumplían las misiones, buscaban gasolina y mantenían los autos; tuvimos incluso un intérprete, un joven suizo, que se mostraba infatigable en sus actos y en sus palabras bilingües.

El rector de la Academia de París se inquietaba por los escolares que, por «prudencia», habían sido expedidos al Oeste de Francia y a la región de las orillas del Loira. No recibía noticias de ellos, sino rumores vagos e inquietantes y los Ayuntamientos de los alrededores, acosados por los padres, lo sumían en reclamaciones. Más de veinte mil niños se habían encontrado así en plena zona de combate y las familias enloquecían. Decidimos ir sin tardanza en su búsqueda. La señora de Beaumont se encargó de Normandía y de La Percha y, yo, de Mena-Angevia. Una doctora, la señora Liacre, tuvo a bien acompañarnos y redactó para los padres, las escuelas y autoridades, informes que dictaron su conducta.

Advertimos bien pronto que nuestra tarea se parecía a la búsqueda de agujas en un pajar; las prefecturas a dónde íbamos a informarnos estaban desbordadas por los encargos y los problemas; pero tenían, sin embargo, mucha buena voluntad en ayudarnos e informarnos.

Supimos así que los niños se encontraban dispersos, pues, ante el avance alemán, los maestros, trastornados, habían creído sensato ocultarlos en rincones apartados; los menos prudentes les habían lanzado a los bosques de los alrededores para que pudiesen esconderse. Imaginamos el placer de los más desenvueltos y después, la inquietud y el terror de los más nerviosos. Salvo en las colonias establecidas hacía mucho tiempo y que agrupaban a numerosos niños, su estado moral era malo: los muchachos nos recibían con ojos huraños, agrandados por el miedo y seguían nuestros movimientos con cara tensa. No fue fácil encontrarlos y el trabajo para reagruparlos no se hizo sino a la larga.

Después del 1 de julio, el ejército alemán se puso a jugar a la «abuelita». Sus jefes pegaron en las ciudades y en los poblados un grabado que representaba a un soldado verduzco teniendo en brazos a un angelote francés prodigándole sus cuidados. Las autoridades nazis juzgaban, en efecto, que el desorden que reinaba en Francia, la congestión de las carreteras y la suspensión de los ferrocarriles les entorpecían; impulsaban a la reorganización rápida del país para que volviese al trabajo y procurase a sus vencedores una estancia agradable, los oportunos recursos y los medios que la lucha contra Inglaterra iba a exigir. Así, la repatriación de los niños, difícil al principio, terminó mejor de lo que esperábamos.

Nos llamaban ya a otra cosa, porque los refugiados no pensaban más que en regresar a sus casas. Los días que siguieron al armisticio, las estaciones de París, cercadas por una multitud que permanecía día y noche en guardia ante las verjas cerradas, padecían un sitio en regla sin que tren alguno circulase todavía. En las carreteras hacia el Sur, una masa humana miserable y dolorosa acampaba de cualquier manera, presa de la confusión más profunda. Reunidos, atropellados y a veces heridos por los regimientos alemanes que les habían adelantado, esos desgraciados intentaba ahora volver hacia el Norte y regresar a sus casas, pero la mayor parte habían agotado sus recursos y no podían ni procurarse alimentos. Algunos yacían magullados o sangrando en cunetas y terraplenes. A demanda de la prefectura del Sena, enviamos vehículos a lo largo de esas carreteras.

Se trataba de recoger hacia París a los más enfermos, a los más afligidos de esos desgraciados; su cantidad y su indigencia obligaban a la reapertura de un hospital en Neuilly, que se dedicó a cuidarlos. Los enfermos afluían.

Nos dimos por norma el no rechazar nunca una demanda de ayuda, lo que nos llevó, sobre todo los primeros días, a hurgar rincones oscuros donde descubrimos miserias sórdidas, sufrimentos atroces y sacrificios sobrehumanos entre vergüenza por las que enrojecíamos. Varios profesores que debían guardar a los niños de París habían huido cuando los alemanes se acercaban, dejando a sus escolares presas del pánico. Pero sentí una indignación mucho más viva cuando me señalaron que los médicos, enfermeros y enfermeras de uno de los grandes hospicios de los alrededores de París, reservado a los viejos, los habían dejado plantados, cerrando la puerta con llave tras ellos mientras, en sus autos, iban hacia el Sur del Loira a toda prisa. Fui allí y encontré a esos viejos y viejas en un estado de sobreexcitación, de terror y de mugre que nos hizo retroceder primeramente. En algunas horas, con ayuda de los vecinos y del Ayuntamiento, logramos limpiarlos, alimentarlos y calmarlos. Más violenta fue mi cólera al descubrir algunos hospitales y ambulancias de heridos militares abandonados por los médicos, cirujanos y enfermeros. Los desgraciados yacían sobre su pus y sus excrementos, infectados, desesperados.

Deserciones análogas me dijeron que acababan de producirse en la zona de los combates e incluso en la región de Dunkerque, donde los alemanes las habían comprobado. Fuesen cualesquiera mis sentimientos respecto de los culpables, la responsabilidad más grave me parecía que recaía sobre el Gobierno y los periódicos, que, lejos de preparar a la población y a los soldados a los peligros, los habían acuñado mucho tiempo con esperanzas estúpidas, mezcladas con ridículos cuentos sobre el comportamiento de los nazis. Quienes, como sabíamos, podían desplegar una crueldad frenética frente a algunos desgraciados, los judíos en particular, los comunistas y la población polaca, frente a los franceses se mostraban humanos, y ello de modo tan regular que debíamos pensar en órdenes de arriba. Entre el ejército alemán de 1914, que cantaba himnos de victoria al penetrar en las ciudades conquistadas y saqueaban sin piedad atribuyéndose al paso todo lo que le convenía, y el ejército de 1940, el contraste me sorprendía. Volvíamos a ver en ellos la alegría de la victoria, el sentimiento de superioridad, pero ningún odio y la voluntad de mostrarse humanos. Heridos, enfermos, mujeres y niños recibían el trato más adecuado. En su esperanza de una paz próxima, en su voluntad de lograrla pronto, Hitler quería que desde arriba hasta abajo se evitase crear odios inútiles y que se tratase a la Francia vencida como una potencia civilizada, con la que debía seguir siendo posible mantener posteriormente relaciones fáciles. Las tropas seguían dispuestas estas consignas, puesto que hacían la guerra por disciplina, sin odio contra los franceses.

Esta manifiesta benignidad no arreglaba nada a los refugiados en fuga en el Sur del país; cuando regresaban a sus hogares, su situación, lejos de mejorar, atravesaba una fase de dificultades y de amargura. Entre éstos y los que no habían querido o podido irse reinaba el encono. Estos últimos no les ocultaban que los juzgaban cobardes y los primeros respondían que les parecía sospechoso quedarse en casa, probando tanta confianza en los «boches» que no temían su llegada. Se consideraban como «verdaderos patriotas», animados por sentimientos legítimos frente a personajes ambiguos, dispuestos a aprovecharse de todo. Este doble resentimiento no iba a calmarse con facilidad. Perfilaba una ruptura en el espíritu público que vi agravarse cada mes y de año en año durante la ocupación.

Nosotros lo padecimos hasta en la Cruz Roja. Cuando el Gobierno francés dejó Burdeos para Vichy, el Estado Mayor de la calle de Francisco I regresó a París y cada uno volvió a sus despachos, a sus funciones y a sus costumbres. A pesar de la cortesía que reinaba en la casa, se extrañaban de vernos instalados allí donde no debía haber nadie; y, a pesar de nuestros esfuerzos por eclipsarnos con prontitud, se produjeron choques, sospechas y conflictos de autoridad. En esta organización de voluntarios donde nadie (o casi nadie) recibía sueldo, las prerrogativas son de un precio estimable y no se pueden tolerar usurpaciones. A mediados de aquel julio, una especie de orden se restablecía por doquier; los servicios oficiales empezaban a funcionar de nuevo y se dejaba de solicitar nuestra ayuda. Dejé que Etienne de Beaumont liquidase nuestros servicios y me apresuré a desaparecer, cumpliendo el último deber que me incumbía: la redacción del informe final.

París recuperaba gradualmente una existencia normal: el metro y el autobús circulaban regularmente. Los cafés volvían a abrir, así como los hoteles, los restaurantes y los teatros. Las calles, una tras otra, se reanimaban. Se reanudaba el

trabajo, las fábricas volvían a funcionar, mientras el verano sin vacaciones seguía su curso sereno y nos llenaba de largos días pálidos.

Una molestia planeaba sobre la ciudad, las banderas alemanas, las patrullas alemanas y los coches alemanes nos recordaban sin cesar la derrota y el toque de queda nos imponía un constreñimiento odioso. París sin vida nocturna no era sino una cáscara vacía. Esta sensación del vacío se agravaba por la ausencia del Gobierno. Cerrado el palacio de Borbón, cerrados los Ministerios y mudo y solitario el Elíseo, todo este batiburrillo político estimulante y enfrebrecido faltaba a la metrópoli, que perdía su rango de capital; un extraño resentimiento nacía incluso entre quienes poco antes se preocupaban de política. Se sufría por aquella atmósfera demasiado tranquila, sin noticias, sin escándalos y sin estimulantes. Los parisinos no se acomodaban; se ponían a ridiculizar a Vichy, promovida de repente a rango tan desmesurado. En un café oí que un auvernés indignado exclamaba: «Una ciudad de aguas, capital de un país de vinos, eso es ridículo.»

Yo notaba estas disensiones sordas y los alemanes las observaban también; no podían más que alegrarse y comprobé muy pronto que se aprestaban a profundizarlas. Interceptaban el correo entre París y la zona libre; no dejaban circular libremente a los parisinos fuera de la ciudad ni ir a Vichy. Interminables formalidades servían de barrera. Sólo unas miserables tarjetas postales iban a asegurar la correspondencia entre las dos partes de Francia. Otras formalidades más estrictas todavía prohibían que circulasen las noticias entre los Departamentos del Noreste de París. Los ocupantes argüían necesidades que imponía una guerra que continuaba e intentaba volver la irritación de los franceses contra los ingleses.

Yo reanudaba mis trabajos de Historia, para distraerme de ese presente tan pesado. Una tarde que me encontraba en casa sumido en documentos se abrió la puerta y de pronto advertí una silueta que recordaba primero el aspecto de un oso pardo, tan erizada de pelos indómitos. Reconocí en seguida a Alphonse de Chateaubriand y su benignidad, porque el oso no quería más que abrazarme, y no ahogarme. No lo había vuelto a ver apenas desde la época en que, siendo brigadier del tren de equipos de una sección de enfermos divisionarios, venía a prestarme libros a la ambulancia en la que yo servía y a prodigarme sus ideas sobre el poder de los astros, la eficacia del amor y el arte de imponer las manos. De 1918 a 1940 seguí de lejos sus publicaciones, su éxito literario reciente, su germanofilia galopante y dejaba que los días, las semanas y los años nos separasen tranquilamente.

Chateaubriand, una vez separados suficientemente los pelos de su rostro, irradiaba amistad, buenos sentimientos y deseos de ayudar a los hombres. Me habló primero en términos convenientes de la desgracia de Francia; después me subrayó su deseo de ayudarla; y al fin concluyó que lanzaba un semanario, a fin de impulsar a los franceses a recuperarse y a encontrarse. Nada de polémicas, nada de política: patriotismo, realismo y amor a ese pueblo humillado que había que rehabituar al trabajo y reunirlo en un esfuerzo pacífico para devolver Francia al rango que merecía. Los años no habían mejorado nada la dicción de Chateaubriand, que se expresaba en una serie de exclamaciones ahogadas y poco coordinadas, pero el calor de su condición estallaba a través de estas palabras más oscuras que humanas. No podían desconocerse tantas intenciones generosas, un deseo tan sincero de servir a sus semejantes.

No rechacé, pues, su ruego, cuando me suplicó que le diese un artículo, el que yo quisiese, de la longitud que yo quisiese, sobre el tema que yo quisiese y del tono que yo escogiese: en una palabra, a mi modo. Me pareció que esta oferta llegaba a tiempo, porque quería señalar a mis compatriotas el peligro de esas divisiones y de esas querellas, fuentes de sus desgracias. Había que despertar, además, en ellos su orgullo. Francia había conocido otras derrotas sin hundirse; con tal de que quisiésemos hacer el esfuerzo que convenía, la tierra fecunda, el genio de nuestra raza y los admirables recursos que procedían de nuestro pasado, nos prometían una recuperación como las de nuestros siglos XI, XV y XVIII.

Escribí el artículo de una tirada. Lo corregí a prisa. Lo envié a Chateaubriand y ya no pensé más en él.

Lo encontré bastante bueno; las cartas que recibí me probaron que gustaba bastante, sobre todo, a las personas que yo no conocía. Todo ello me dejó bastante contento hasta el día que vi que algunos en la calle me ponían mala cara; al fin, un antiguo amigo de mi familia me tomó aparte para decirme que estimaba «inadmisible» para un hombre como yo que escribiese en el periódico de Chateaubriand. Le pregunté si se había tomado la pena de leer el artículo. «Claro que no», me respondió crudamente. «Yo no abro esa porquería.» No se podía ni discutir ni reclamar una justicia más serena, puesto que se trataba de sentimientos ofendidos. Tuve que comprender entonces que, para algunos, acababa de tomar una postura entre los «amigos de los enemigos» y que, sin leerme, me condenaban. Por primera vez, distinguí el germen de una guerra civil en Francia entre aquellos para quienes el odio al vencedor se hacía el primero de los deberes y quienes, preocupándose más por el porvenir de su país, intentaban sacarlo primero de un paso crítico, cuando estaba a la merced de un adversario peligroso, cuya mejor arma serían nuestras divisiones.

Para medir la amplitud del mal, reuní en mi casa a algunos amigos que, desde hacía dos o tres años, formaban una sociedad para informarse entre ellos y discutir en común los acontencimientos, hombres e instituciones y de formarse, en fin, un juicio tan razonable y ponderado como se pudiese en una época violenta. Un pequeño número respondió a mi llamada; otros, prisioneros, refugiados o retenidos por sus deberes en la zona Sur, faltaron. Cada uno llegaba con rostro preocupado, rasgos tensos, aspecto de fatiga y, después, se distendían al encontrarse en una atmósfera serena entre caras amigas. Les preguntó lo que sabían, lo que pensaban y les mostré que, para mí, no podíamos hacer nada mejor, sino sufrir, doblar la espalda y esperar la hora en que pudiésemos enderezarnos, pero, no obstante, unirnos entre nosotros por medio de los lazos que crean, entre las personas que sufren juntas, la paciencia, el patriotismo y la fe religiosa. Mi pequeño discurso pareció satisfacer a una tercera parte de mis oyentes —dos o tres—, mientras que otros se lanzaron a una diatriba inflamada sobre la necesidad de venganza y el deber de buscar inmediatamente por todos los medios la revancha, y los más prudentes se reservaban, demasiado preocupados, demasiado indecisos todavía, para adoptar una actitud que les pareciese conveniente: ya verían.

Escuché la discusión, que se prolongó hasta tarde; observé que los más ardientes entre los caballeros de la revancha resultaban ser los financieros, para quienes el eje del mundo pasaba por Londres y Nueva York; los hacendados, para quienes el sol trabajaba mientras nosotros hablábamos, se mostraban los más

prudentes en sus juicios; en cuanto a los ingenieros, funcionarios y los legalistas, los veía bastantes dispuestos a seguir al Gobierno del Mariscal, puesto que se constituía en el orden y prolongaban a los antiguos Gobiernos sin ruptura brusca con ellos. Contaban, desde luego, en encontrar empleo gracia a él.

Todo ello seguía conforme con las leyes que regulan la naturaleza humana y orientan sus deseos; no obstante, como a veces obedece también a la razón, intenté presentar a todos un razonamiento simple: Francia, vencida, desarmada y vigilada por un enemigo atento, pierde su oportunidad en el curso de la guerra, pero si reúne a su pueblo, si se recoge y se une, puede encontrarse en mejor postura en la postguerra que los vencidos aplastados y aún que los vencedores agotados. La fuente de toda fuerza me parecía la unidad nacional y la disciplina, de la cual los alemanes nos daban una lección palpable. Holanda iba a confirmar en seguida esta demostración: ningún país iba a padecer más por ese conflicto y ninguno se levantó más pronto ni mejor. No siendo adivino, mostré solamente el ejemplo de Prusia de 1807 a 1813.

Mi lógica no sirvió de nada; pero confirmó en su opinión a quienes compartían la mía, exasperando a los demás y durmiendo a otros. Al separarnos, nos estrechamos la mano cordialmente, pero fue la última vez que nos reunimos. Esta experiencia me inspiró la curiosidad de descubrir qué pasaba en las provincias, que pensaban los pueblos y aldeas. Gracias a juiciosos amigos que se mostraron también generosos, y gracias a su pequeño coche con gasolina, pudimos llegar a una casa antigua que poseía en la carretera de Turs a Le Mans. Esta región tranquila y graciosa, habitada por una población más inteligente y más fina que la mayoría de los cultivadores, acababa de sufrir, por primera vez desde la guerra de los Cien Años, la invasión enemiga, y yo contaba con encontrar allí un estado de ánimo bastante típico para informarme sobre el de todo el Noroeste.

En camino, un contraste amargo oponía la cinta de la carretera con su chatarra bombardeada, sus impactos en los árboles y sus escombros por acá y allá, sus poblados medio demolidos (Illiers en particular) y la hermosura dorada del río, que acababa de madurar a la brisa del pleno estío. Acá y allá, mujeres adolescentes y viejos comenzaban a recoger la cosecha, que anunciaba ser buena. Las personas que veíamos hablaban poco, y sólo para describir las destrucciones, lamentarse algo y dejar entender más, como es costumbre en el campo.

En mi pueblo, encontré mi casa en buen estado, pero con todos los grifos abiertos. Estaban reparándola, y había empleado a varios obreros, que huyeron al acercarse los alemanes. Estos, al no encontrar a nadie y nada que coger, se contentaron con abrir todos los grifos por juego. Los soldados carecen de imaginación y sus placeres son simples. Como no había vino en el sótano, la tomaron con el agua. No hubo desastre porque una mano bienechora cortó el agua. No pude obtener detalle de todo; me recibían con alegría, me trataban amistosamente, se daban a algunas quejas y, después, hablaban de vacas y de manzanas.

Al cabo de algún tiempo, y gracias a algunas chiquillas (llaman así a las pequeñas botellitas de vino blanco), supe que el enemigo no había saqueado nada, no había destruido nada ni maltratado a nadie. Muy al contrario, poco después de su instalación en el poblado vecino y en los pueblos, caseríos y lugares de la región, habían subrayado su extrañeza por ver tantas casas vacías y tiendas abandonadas; después, habían dicho a los habitantes que seguían: «Hale, id a recoger todo lo que podáis de esos cobardes. Han abandonado su país atemorizados y

merecen una lección: coged lo que os parezca.» Ignoro si esas instrucciones provenían del Alto Mando nazi o si fueron la improvisación de un coronel desenvuelto; de cualquier manera, siguieron el consejo: cada uno se procuró barato lo que deseaba, lo que encontraba útil y aún lo que no sabía para qué serviría de inmediato. Todo ocurrió de manera discreta, rápida y eficaz.

El asunto tomó consistencia cuando regresaron los fugitivos, uno por uno primeramente y, después, por grupos. En presencia de los alemanes, que ocupaban Château du Loir, no dijeron nada, pero en las granjas y en los lugares parloteaban; en los cafés discutían: «¿Has visto que Jules va en *mi* bicicleta?» O bien: «Julien usa *mi* hoz.» O incluso: «No tengo ni una sola sábana en el armario y antes tenía seis pares...» La población se encontró separada en dos partes: los nuevos poseedores y los antiguos poseedores; la primera no podía demostrar hostilidad al ocupante; la segunda, sin mostrarlo, no podía alimentar a su respecto buenos sentimientos. Algunos pertenecían a los dos grupos a la vez y mantenían una actitud ambigua, pues, habiendo regresado pronto para participar en la caza, se aprovecharon de ella, tanto más cuanto que acababan de ser sus víctimas.

El más indignado fue el dueño de un asno desaparecido. Sus vecinos le decían para calmarlo: «Es que el pobre animal ha ido a buscar su alimento a otra parte: eso es todo.» Nunca quiso creerlo, y delante de cada burro que pasaba sentía un resto de cólera. Ese país tranquilo y rico, donde crece la viña, manzanas de sidra, peras, trigos, y en cuyos campos pacen vacas, caballos y cabras, no deja de ser un país de violentos resentimientos, que el vino blanco de la tarde del sábado y el *calvados* del domingo (o las bodas o los entierros) estimulan hasta la furia en los casos graves. Yo veía nacer sordas pasiones, que podría utilizar una facción política bien organizada. Cuando hablaba del Mariscal, respondían cortésmente; pero, después de todo, estaba lejos, una especie de frontera muy hermética lo separaba de él y, hasta aquel día, no se había sentido la acción de su Gobierno.

Los alemanes, por su parte, se instalaban. En los primeros momentos metían miedo y la gente se contentaban con huirles. Pero cuando se pusieron uno a uno a buscar las granjas aisladas para preguntar: *¿Tener tú mantequilla?, ¿tener huevos?,* se establecieron relaciones regulares. Se les vendía primero barato y, después, cada vez más caro, cuando se supo que esas gestiones les estaban prohibidas; cada granja tuvo «su» alemán, a quien explotaba, que él explotaba y de la que se erigía en protector. Los más astutos se procuraron *feldwebels,* pues los oficiales conservaban mejor su dignidad. El mercado negro llegó a ser una institución discreta, pero regular y protegida por el ocupante.

Encontré la confirmación en seguida: la Administración alemana, no satisfecha con todo lo que le atribuía el armisticio, quería aumentar sus detracciones en Francia y utilizaba las grandes sumas que debía entregarle cotidianamente el Gobierno francés para organizar e impulsar todo lo posible la explotación de todos los recursos del país, gracias a las compras masivas del mercado negro. La operación más lograda de este género que encontré en mi camino concernía a las pieles y cueros. Preocupado por conservar el ganado francés y por alimentar convenientemente a la población, el Ministro de Economía había establecido tarjetas de pan y de carne, de mantequilla y de los demás artículos necesarios para la alimetación. Vigilaban, pues, muy de cerca la matanzan de los animales, lo que no impedía que los cultivadores y los ganaderos matasen una vaca o un buey cuando

se les ocurría dar una buena cena o procurarse dinero líquido. Para protegerse contra toda consecuencia enojosa, enterraban las pieles de los animales así sacrificados.

La Administración alemana contrató con un comerciante francés. Podían mostrarle toda la confianza, porque lo habían hallado preso a la invasión. Liberado por sus cuidados, este hombre ingenioso les propuso procurarles una cantidad ilimitada de cuero a condición de poder presentarse en las granjas con una autorización debidamente firmada, rubricada y, sobre todo, provista de sellos impresionantes. Esta le daría el derecho de comprar las pieles de los animales muertos a escondidas y garantizaría la impunidad al cultivador que las procurase. Bien entendido, las compraría a precio bastante bajo, puesto que, de todas maneras, el vendedor no podía esperar ningún otro beneficio de ese producto clandestino. Los alemanes aceptaron tal mercado. La operación, bien conducida, bien administrada y bien organizada, dio los resultados más felices para los ocupantes, que se procuraron innumerables arreos, cinturones y correajes de todos los géneros a precios razonables, y para el emprendedor, que ganó así, gracias a un trabajo empeñado, pero juicioso, varios millones.

Esta red de convivencias sirvió al ocupante en tanto la lucha se limitó a éste y a los agentes de Vichy. El asunto se complicó en seguida, cuando los ingleses y los residentes establecieron sus primeras células. En los campos donde parecía reinar el silencio, la discreción y la reserva más estrictos, cada uno conoce los hechos y gestos de sus vecinos, porque la gente del campo posee un don de observación del que carecen los de la ciudad, demasiado apresurados, obsesionados y cansados. Todos los aprovechados de la ocupación se vieron muy pronto observados y señalados. Seguros de sufrir inmediatamente las malas consecuencias, no les quedaba más que una escapatoria: meterse entre los vencedores, relacionarse con los ingleses. Y se encontraban tanto más inclinados a ello cuanto que, habiendo tenido éxito su primer golpe de audacia, y mirándolos los alemanes con buenos ojos, podían arriesgarse con tanta más seguridad al segundo golpe de audacia. Esto sirvió mucho en algunas regiones y permitió formar redes rápidamente que fueron en seguida las más celosas.

En los lugares apartados, en las casas perdidas en medio de los bosques y de los campos, se podía escuchar fácilmente la radio de Londres, y la prudencia campesina, solicitada por la sabiduría y la bondad del Mariscal y, después, impresionada por el heroísmo, la violencia y las amenazas de De Gaulle, concluía a menudo a favor del principio del contraseguro. Puesto que, para vivir, había que vender a los alemanes huevos, mantequilla, conejos, lechones, etc., había que ponerse también con quienes gritaban tan fuerte. Los médicos, veterinarios y farmacéuticos servían de enlaces, porque eran los únicos que tenían gasolina y los únicos que recorrían el campo impunemente sin que el ocupante pudiera inquietarse. Los poblados y las ciudades pequeñas, al contrario, mostraron bastante pronto y durante largo tiempo un entusiasmo sin celo por el Mariscal, una docilidad y una preocupación de seguirle fieles que obedecía a la vez a la preocupación de cuidar al Gobierno y la necesidad de encontrar un punto de apoyo contra los ocupantes.

En los centros industriales y las grandes ciudades, el mercado negro no llegó a ser una institución menos sólida, menos apreciada; los mismos industriales que ocultaban con una gran ingeniosidad diligente la mayor parte de sus existencias

a los ocupantes, ayudándose de los agentes que Vichy les enviaba a este efecto, no dejaban de vender a los alemanes, a escondidas de los funcionarios franceses, una parte de esas mismas existencias o de los productos que fabricaban sirviéndose de ellos. Se decían que servían así a su país, puesto que ello les permitía pagar mejor a su personal y mantener próspera a su industria. Algunos impulsaban el patriotismo hasta procurar a los alemanes productos adulterados o de mala calidad, lo que les permitía considerarse a la vez resistentes heroicos y comerciantes avisados.

Gracias a estos diversos procedimientos, la vida económica, enteramente detenida en Francia por la derrota, se reanudaba de cualquier manera, animada por el Gobierno francés y estimulada por el ocupante.

Al regresar a París, después de los pocos días pasados en el Oeste, me sorprendió el aspecto nuevo que presentaba la ciudad: la cáscara vacía se llenaba de nuevo; los refugiados regresaban en grandes jornadas y se apresuraban a volver al trabajo, pues el epíteto de «refugiado», patético primeramente, se hacía un poco ridículo y necesitaban dinero sin tardanza. Llegaban también alemanes y alemanes, nazis y nazis y «ratas grises» en todos los trenes del Este. Se llamaban así unas personas regordetas, torponas, prietas en guerreras gris rata, y que intentaban en vano revestirse de una altivez propia de los vencedores, de una timidez conveniente para las vírgenes y del encanto, atributo del bello sexo, al que pretendían pretenecer sin que ello fuese patente a primera vista. Entre ellas y las francesas, aun las más modestas, se libraba un combate desigual; bastaba un simple vistazo a cualquier modistilla para juzgarse victoriosa y manifestarlo por su comportamiento, cuando la pobre rata gris, a pesar del triunfo germánico, se esforzaba en vano por mantener su posición de walquiria triunfante.

Llegaban alemanes de todas las edades, de todos los sexos y de todos los colores. Los más feos se entarascaban en amarillo canario meado. Eran los más temidos de todos, porque pasaban, a justo título, por saqueadores, y su servicio, que se adornaba con el pomposo título de *Einsatzstab,* disimulaba mal su verdadero vocablo: arramblar con todo lo que podían, alegando que transportaban los «bienes judíos». A sus ojos, la mayor parte de los franceses pertenecían a la raza judía y todos sus bienes correspondían al *Einsatzstab*. A su cabeza, se pavoneaba un personaje alto, altanero y glorioso, el Barón Von Bohr, que acababa de llegar directo de las brumosas orillas del Báltico, y cuya buena prestancia revelaba las cualidades de su raza antigua, los raqueros del golfo de Bostnia.

La Gestapo se instaló también. Situó su cuartel general en la avenida del Bosque de Boloña, pero sus antenas brillaban por doquier. Sus agentes, ya vestidos de verduzco, ya de paisano, inspiraban el temor y la repulsión. No obstante, se introducían en todos los lugares, y su habilidad en el arte del mercado negro les creaba amplias relaciones, de las que se servían, ya para los placeres de su cuerpo, ya para el bien de su servicio y, a veces incluso, aunque más raramente, para el de Alemania. El distrito séptimo, donde yo vivía, no tenía más que un pequeño número, y yo no intentaba acercarme a ellos. Lo que no presentaba ninguna dificultad, puesto que yo no vendía nada, no compraba nada y seguía en mi agujero.

En el centro, alrededor de la plaza de la Opera, la autoridad militar de ocupación situaba su Cuartel General y se veía circular numerosos vehículos. Pero los oficiales se mantenían separados de la población y obligaban a los soldados a

imitarlos. Parecían evitar con el mismo cuidado a sus compatriotas de la Gestapo o a los miembros del *Einstezstab.* Tampoco se mostraban muy aficionados a las ratas grises, que se desplazaban aplomadas a través de la ciudad en masas compactas. En los primeros meses, apenas se encontraban oficiales en las calles a pie o paseándose. Pero extraños personajes comenzaron a hacer su aparición en el distrito séptimo. Su centro se encontraba en la antigua embajada de Alemania, en la calle de Lila. Sus uniformes azulencos, más o menos zamarrados de condecoraciones, ofrecían para nosotros un misterio. Advertíamos a su jefe, un hombre alto, grasiento, pálido, demasiado prieto en su guerrera azul, brillante de galones dorados y de estrellas diversas.

Supe bastante pronto que este importante personaje se llamaba Otto Abetz v que tenía el título de embajador de Alemania en Francia. Esta función me pareció ambigua. ¿Qué hacía en la calle de Lila en París un embajador alemán, cuando el Gobierno francés se hallaba en Vichy y un comandante militar del Ejército reinaba en la ciudad? Amigos periodistas me dijeron: «Hitler conocía de antes a Abetz y lo quiere bien. Poco antes de estallar la guerra, Hitler lo envió como agregado de Prensa a la Embajada de Alemania (aunque era profesor de dibujo). Denunciado como agente hitleriano, como espía, fue excluido de Francia por el Gobierno francés, para gran despecho de Hitler, que se aprovechó de la victoria para enviar a Abetz a París, dándole un papel de primer plano.»

No se ocupaba de la política, no se ocupaba del armisticio; no representaba ningún papel diplomático y, sin embargo, se afanaba. El primer informe preciso que recibí sobre sus trabajos me enteró de que acababa de escoger a un tribuno ginebrino, Oltramare, para lanzar un periódico obrero en la zona ocupada: *La France au Travail.* Autorizó también *Le Matin,* de Bunau-Varilla, pero condenó el periódico de Gustave Hervé, que ostentaba tadavía su enojoso título en los kioskos: *La Victoire.* Se decía que iba a preparar el lanzamiento de una nueva fórmula de *L'Humanité,* que los nazis se guardaban de prohibir, puesto que la alianza germano-rusa seguía siendo la piedra angular de la política hitleriana. Albetz reinaba sobre la opinión y se proponía modelarla a su grado. No podía adivinarse todavía lo que haría; Oltramare, fascista, cristiano y hostil al marxismo, no tenía nada en común con el espíritu burgués de Bunau-Varilla. La reaparición de *Je Suis Partout,* semanario antes monárquico, hacía más difícil aún penetrar el juego de Abetz.

Tres servicios alemanes en una sola ciudad francesa, los innumerables locales requisados y el pulular de funcionarios, de gentes con permiso y de comisarios alemanes, revelaban al menos la voluntad de utilizar a pleno la conquista de Francia y dejaban adivinar miras más lejanas. Cuanto menos padecíamos, más había que desconfiar.

Al examinar gentes y cosas con un amigo griego de visión penetrante, me dijo: «El Ejército de ocupación sirve para intimidarlos; la Gestapo sirve para vigilarlos y, la Embajada, para dividirlos.»

Por instinto, ello me hizo volver al Mariscal Pétain, el único que comprendió la necesidad de un Gobierno francés en Francia para interponerse entre los ocupantes y el pueblo atropellado, para defenderlo en cuanto fuese posible, para mantenerlo despierto y recordarle en cada instante que la derrota militar abate a una gran nación sin matarla, pero que la desunión aboca a la servidumbre.

3. EL MARISCAL

En París, el pueblo doblaba la espalda, intentaba volver al trabajo, evitar a los alemanes y, sobre todo, descubrir las redes de mercado negro más seguras, al mismo tiempo que las menos caras. Eso llenaba el día. Por la noche, se escuchaba la radio. *Les Beaux Esprits* discutían. Cada café del bulevar de San Germán y del bulevar de Momparnaso se hacía el centro de una pandilla que exhibía a la vez doctrinas artísticas bien definidas, una actitud política más o menos roja y cabellos más o menos largos. El *Flore* brillaba con un resplandor particular: Picasso tenía allí su reino.

Tolerado por los alemanes, el partido comunista se reformaba, instalaba sus redes o las volvía a poner en marcha en el barrio Latino; y en las calles populares, populosas, bulliciosas, sabía infiltrar sus agentes, reagrupar sus células, circular hojas más o menos clandestinas y proclamar que había tenido razón al reclamar la paz, pueto que la guerra iba a terminar en ese mísero descalabro.

En otros cafés se reunían sus adversarios. Buscaban puntos de apoyo. ¿Qué quedaba? Abetz aparecía entonces, ya en persona, ya representado por un agente discreto. Gracias a él, se encontraban fondos, local, papel, y se veía surgir un semanario, una revista, folletos, el esbozo de un grupo que soñaba llegar a ser un partido. Sus miembros pensaban defender su Patria combatiendo contra los agentes de Moscú. Y mostrarse ingeniosos utilizando el oro alemán.

Yo asistía a esas maniobras, las seguía con curiosidad; no me parecían ni sensatas ni seguras. Un vivo deseo de comprender me atosigaba. Se jugaban dos o tres partidas al mismo tiempo y yo las seguía mal. Decidí ir a la zona libre a ver lo que ocurría, charlar con la gente que yo conocía; y, en fin, olvidar un poco el «olor alemán»: a botas, col y piel roja. Deseaba también presentar al Mariscal Pétain y a Laval el informe de todo lo que yo había visto, adivinado y presentido con la esperanza de servirles y la de obtener instrucciones precisas para la conducta a seguir.

Se presentó una ocasión que aproveché en seguida. Nuestra labor de la Cruz Roja llegaba a su término; parecía prudente guarecer en la zona Sur algunos de los camiones que ocultábamos en patios desde el 13 de junio. Me pidieron que condujese uno a Vichy y acepté acto seguido. En cuanto se difundió la noticia, fui asediado por personas que deseaban confiarme una carta, un paquete, un mensaje para los padres o los amigos que habían quedado al otro lado de la línea de demarcación. Yo no podía tomar las cartas sin arriesgarme a las molestias más graves, pero acepté todos los paquetes e incluso un gran baúl que me dio una graciosa joven, hija de un financiero famoso, honorable y cristiano. Me juró que no

contenía ni carta ni mensaje ni nada parecido. La tomé, pues, como Pandora su caja.

Al día siguiente, a buena hora, marchaba en dirección al Borbonesado al lado de un buen hombre que conducía el camión con prudencia. Hacía buen tiempo, calor, y la carretera no estaba demasiado desfondada; apenas veíamos vehículos, salvo autos alemanes de gris férreo. No iban muy rápidos, por causa de sus neumáticos sintéticos. Habían descombrado esa nacional, y el espectáculo de las cosechas terminaban creando la ilusión de un verano pacífico. Y pudimos creerlo hasta la línea de demarcación. A algunos kilómetros de Mulíns, justamente antes de pasar el Allier, fuimos detenidos por guardias alemanes y vinieron oficiales a pedirnos nuestros documentos. Todo estaba en regla. «¿Llevan ustedes cartas», me dijeron en seguida. «No, no», me apresuré a responder. «Bien, pero abra ese baúl.» Obedecí, y bien a la vista, en lo alto de un montón de ropa, apareció una carta gruesa en sobre azul cielo.

Los oficiales dieron un salto: «Ha mentido usted. Tenga cuidado. Según el contenido de la carta, se juega usted la muerte, la fortaleza y la prisión.» Después me dejaron, a fin de descubrir la amplitud de mi crimen leyendo el mensaje. El conductor y yo pasamos media hora penosa; las nubes subían al horizonte, una brisa más fresca soplaba en el campo, y tiritábamos. El tiempo nos parecía interminable. Cuarenta y cinco minutos pasaron así. Al fin oímos alaridos de risa en el chalet burgués donde se había instalado el puesto alemán. Vimos salir a los oficiales, blandiendo seis hojitas azul cielo y sujetándose la barriga, que tanto sacudía su hilaridad. «Hala —me dijo el jefe—, ¿quiere usted conocer las violencias del amor-pasión? Pues lea la carta. Y lo mejor es que es para una mujer.» Nosotros nos fuimos a toda aprisa, encantados, pero furiosos por la humillación que debíamos a nuestra compatriota.

Quemamos la carta antes de arrojar sus cenizas al río, para no enrojecer a las ninfas del Aller y nadie habló más. En toda época, las guerras y, más aún, las catástrofes, lejos de calmar o de borrar las pasiones, las llevan a su extremo paroxismo y suscitan a la vez Juanas de Arco con Agnès Sorel y Vallédas con Théroigne de Méricourt. La extrañeza de las circunstancias estimulaba las reacciones nerviosas y crea ese desplazamiento, que libera los deseos más furiosos. Aimée de Cogny suscita en pleno encierro, frente a la guillotina, la ternura, heroica y casta, de Chénier, sin privarse de sus amores más sensuales.

Mecido por el rítmico meneo del camión, pensaba en esas tempestades del ser humano, cuando nos encontramos de súbito en Vichy. Vichy era entonces una gran ciudad, pero una gran ciudad muy pequeña.

Nunca la habríamos tomado por una capital, sino por el cuartel general de un Ejército en descanso. Los hombres afectaban una prisa extremada y mucha importancia si llevaban cartera bajo el brazo, lo cual no les impedía aprovechar la primera oportunidad de charlar y de perder el tiempo. Las damas, vestidas a la penúltima moda de París, y a veces incluso a la última moda, no intentaban esconderse, pero se ornaban con una especie de seriedad un poco burlesca, que les iba mal. Se creían así al gusto del día. Las calles, sucias, polvorientas; los árboles, flacuchos y los hoteles, de un estilo «Palace 1910», me parecieron desconsoladores palacios de terror.

Si esperaba encontrar un amigo, encontré ciento. Ninguno verdadero, pero que se lanzaron todos sobre mí para hablarme, hacerme algunas preguntas apresuradas

y desfilarme su ciencia acabada de la topografía política vichisuá. Llegué al fin ante el hotel *Du Parc,* donde nuevos amigos me procuraron alojamiento, la certidumbre de una cena y la de una cita al terminar el día con el Mariscal Pétain. Mi mejor suerte fue descubrir, en un pequeño despacho de rinconada, a uno de mis editores más entusiastas, transformado en jefe del servicio postal del Jefe del Estado. Se apresuró a cerrar la puerta con llave y a trazarme una descripción general de los caracteres, situaciones y alianzas, un mapa excelente del noble país de intriga. No hay sociedad humana sin intriga. Y la intriga, en las sociedades humanas, encierra tanto bien como mal, porque establece una competencia siempre buena, agudiza el espíritu de cada uno y permite al jefe clarividente deshacerse de los más enojosos, y que nunca dejan de comprometerse.

Hacia las cinco fui al pabellón *Sévigné,* donde el Mariscal iba a concederme una breve entrevista.

Fue larga porque apenas había visto a parisinos en Vichy desde junio, y el Mariscal, que me había visto ya acá y allá en el bosque de París en compañía de imponentes viudas y de ricachonas norteamericanas, no dudaba de mi seriedad. Me interrogó cuidadosamente con precisión y detalle; yo pude discernir que desconfiaba de la Prensa parisién, del batiburrillo político que se producía alrededor de la «Embajada», y, sobre todo, de Abetz.

Cuando le ofrecí mis servicios, cuando le dije mi deseo de servir al país en aquella hora, la más baja de su destino, y mi esperanza de colaborar, aunque fuese de lejos, en su obra, tomó un aspecto más grave, porque nuestra conversación, hasta entonces, se desarrollaba en un tono en que apuntaba siempre la ironía. «Señor —me dijo—, lo que emprendo, y en el momento en que lo emprendo, puede exigir de mí mismo y de todos quienes se sigan, no digo hoy, sino algún día, el sacrificio de sus bienes, de su vida y de su honor. No hay que esperar ni gratitud ni beneficio de ninguna especie, salvo la alegría moral de no haber abandonado a su país ni a su pueblo en la hora en que tantos hallaban buenas razones para hacerlo.»

Estas palabras me sorprendieron. Hasta aquel momento no había encontrado en Vichy sino gentes alegres y que ocultaban mal su satisfacción de encontrarse cerca del sol, de tener un puesto, de esperar uno pronto o de suplicarlo. El Mariscal no lograba protegerse de todos los importunos; cada uno le divertía, pero su acumulación le molestaba y sentía los manejos que se desarrollaban al rededor de sus ministros. Me declaró que quería poner término a esa agitación, que daba a los hoteles de Vichy el aspecto de pasillos de la Cámara de Diputados. «Ninguno de estos visitantes merece confianza y, cuando quieren inspirarla, emplean para ello medios desleales. Estoy decidido a desembarazarme de ellos un buen día, de manera total.»

Mientras me hablaba, noté la soltura de su aspecto, la exactitud cordial, serena y casi gozosa de su palabra, la vivacidad que desplegaba para asimilar una pregunta y su presteza en cambiar vivamente de tema. Yo admiraba a este hombre, de edad antes que viejo, sin ninguna apariencia de brutalidad, tranquilo, sin gravedad, inteligente sin esfuerzo, amistoso sin familiaridad, superior sin prepotencia, conmovido sin ningún matiz de sentimentalismo y, en una palabra, siempre próximo a su interlocutor y siempre dueño de sí mismo. Lo volví a ver como me pareció en 1917, después de los motines, pero más engrandecido por la fuerza serena con la que encaraba una tarea imposible. Soberano de un pueblo vencido, je-

fe de un Estado aplastado, conservaba la misma dignidad que a la cabeza de un ejército victorioso. Comprendí por qué sólo él imponía a todos el respeto, inspiraba confianza a los más reacios y devolvía la esperanza a los más abatidos.

Lo compredí mucho mejor cuando vi su ambiente. El Mariscal gustaba del trato con jóvenes vigorosos y alegres. Du Molin de la Barthète, el jefe de su Secretaría personal, y Ménétrel, su médico, parecían rollizos, bien alimentados, satisfechos de sentirse tan jóvenes, tan importantes. Ninguno de los dos podían hacerle sombra; cada uno de los dos iba a contribuir a mantener el equilibrio nervioso de su ambiente. Conocí bastante pronto a Du Moulin. Aunque era bastante grave, no le faltaba ligereza ni mundo, de lo cual daban fe la fila de partículas de su apellido y, sobre todo, la fila de sus corbatas de tonos esplendentes, siempre manchadas, pero sólo por las salsas más refinadas. Unía a la fecundia bordelesa la fraseología de un parlamentario, pues su sabiduría de estudiante había dedicado lo mejor de su genio a frecuentar la *Conferencia Molé-Tocqueville,* el pre-Parlamento para los jóvenes ambiciosos. Du Moulin no fue nunca más que un embrión de parlamentario; lo sentía y, aunque tuviese hacia la persona del Mariscal una lealtad sincera, no sirvió nunca a sus ideas ni a sus doctrinas.

Hasta después no conocí bien al doctor Ménétrel. Pero, desde julio de 1940, supe que profesaba por su augusto paciente un culto exigente, exclusivo y que salía incluso del terreno fisiológico. Al doctor Ménétrel le gustaba meterse en política; su paso por las «Juventudes Patrióticas» y su temperamento lo llevaron a representar en ellas un papel como jugando. Nunca me pareció capaz de saber lo que era su amo, lo que quería y lo que valía. Pero era muy apto para friccionarlo, hacerle pinchazos tónicos y otros cuidados médicos. Por desgracia, estimaba que eso le daba el derecho a penetrar en su despacho cuando quería, a mirar sus papeles, aun los que él no le enseñaba, y a juzgar entre los visitantes a quiénes estimaba «saludables» y rechazar a los demás; en una palabra, se arrogaba el papel de un médico inspector general que vigila todas las actividades de su paciente. Una mujer encantadora y dos graciosas chiquillas, todavía en su infancia, le ayudaban a retener el afecto de ese viejo, apenas casado y sin posteridad.

No me detuve en el hotel *Du Parc* sino el tiempo para conocer a estos dos interlocutores, sin los que no podría pasarme en el futuro, pero ninguno de los cuales podía hacerse mi amigo. Y me uní en un hotel más modesto al General Weygand, que me había rogado fuese a verlo. Lo conocía desde hacía mucho tiempo. Habíamos servido juntos en las obras caritativas o patrióticas, volvíamos a vernos en la abadía de Solesmes y en el oasis que formaban entonces los elementos patriotas en medio del París socialista y frentepopulista de 1936.

Después de la calma del Mariscal Pétain, el tenso nerviosismo del General Weygand sorprendía tanto como la vivacidad de su inteligencia, siempre por delante de la tuya, una frase, una idea o una emoción. Después de haber tenido el puesto de General en Jefe en las horas más negras, ocupaba el de Ministro de la Guerra, una vez acabada la guerra y estando los Ejércitos prisioneros. No me ocultó que reprendía a Pétain haber concedido demasiado a los parlamentarios, y sobre todo a Laval, que no le gustaba. El había esperado meterlos presos a todos y no podía ocultar su decepción. Se la guardaba a los diputados y, sobre todo, a los miembros de las últimos Gabinetes. Para él, la sabiduría habría exigido que, después de la primera semana de combate, cuando la derrota total parecía ya inevitable, se hubiese hecho la paz inmediatamente. Esa hubiese sido la única manera

de salvar la mayor parte del Ejército y obtener condiciones menos duras y el único medio de reanudar útilmente la guerra el día en que se presentasen mejores probabilidades, porque Weygand no se desarmaba. No deseaba ni acuerdo con los alemanes, ni, sobre todo, entendimiento con los nazis. Los tenía por enemigos que había que aplastar un día; pero juzgaba estúpida la manera como Reynaud y sus amigos, bajo la presión de Churchill, habían prolongado la agonía de nuestro Ejército, sin otro beneficio, a menos que lo fuese el dar tiempo a los ingleses para retirar sus efectivos, sus aviones y de prepararse finalmente a su defensa. Francia, por su parte, se había sacrificado.

Era difícil contestarle. Imposible seguirlo hasta el final de su idea, pero también, rehusarle admiración o, al menos, simpatía. Todo en él sentía el sufrimiento y la humillación de su país. En el centro de su dolor, yo distinguía este aguijón: «Y, sin embargo, este país, al que pertenezco por toda mi vida, por toda mi dedicación, yo no lo soy en verdad.» Con su lucidez, superaba a todos los que criticaba. Su trabajo, los servicios prestados y la nobleza de su vida le daba ciento y raya, pero seguía siendo ante ellos un hijo del azar, que Francia había tenido la generosidad de adoptar.

Lo dejé lleno de pena; despertaba en mí el horror de nuestra derrota y suscitaba de modo obsesionante todos los fantasmas siniestros del negro futuro. No sé si le debo la crisis de hígado que me importunó el día siguiente o si tuvo la culpa la cocina adulterada de los hoteles de Vichy, todos desbordados. Habría tenido que quedarme en mi habitación sin moverme, pero el presidente Laval me había convidado a comer con él en su castillo de Chateldón y mi voluntad creyó triunfar de la servidumbre física. Me reuní con mi huésped hacia la una y después partimos para su pueblo.

Las curvas de la carretera, que tomaba alegremente el conductor, perturbaron mi ánimo. Un vaso de Dubonnet lo reanimó y nos pusimos a charlar. El Presidente se mostraba curioso por todo lo que pudiese decirle de París, de la actitud de los alemanes, de su organización y de su comportamiento con nosotros; se interesaba, sobre todo, por Abetz, que planteaba para él el problema más delicado, y quizá el problema esencial por resolver, pues no podía tratarse de obrar a través del Ejército ni entrar en relaciones con la Gestapo. La Embajada, al contrario, parecía una puerta abierta para conversaciones, que Laval, hábil en discutir y político sutil, esperaba hacer fructosa, provechosa para Francia y susceptible de consecuencias favorables.

La comida empezaba bajo los mejores auspicios, pero un plato de huevos suscitó la reacción más viva de mi hígado; vencido, tuve que tenderme en la cama durante media hora antes de reanudar la conversación y ello volvió a ocurrir tres o cuatro veces, para mi vergüenza. La familia Laval se mostró de una paciencia inagotable y, él, de una curiosidad infatigable: en cuanto podía hablar, me hacía hablar. En cuanto yo podía escuchar, me interrogaba y discutíamos sobre todas las posibilidades del momento. Lo veía preocupado únicamente de la salvación, de la salvaguardia y del restablecimiento de Francia. No atajaba ningún medio, ningún régimen, salvo el comunismo, que él y yo juzgábamos de la misma manera. En fin de cuentas, antes de regresar a Vichy y a mi cama, me preguntó si aceptaría un puesto político. Yo rechacé de antemano toda función de esa especie, porque me sabía inepto; concluí con dos versos de la Fontaine:

No forcemos nuestro talento,
no haremos nada con gracia.

En el terreno de las ideas y de los conocimientos, podía servir, pero no en otra parte.

Una vez encogido en mi antro, con una bolsa de agua caliente en el cuerpo, me puse a pensar en las reuniones de los dos días pasados. Todos esos hombres amaban a Francia, todos querían servirla aun a riesgo de su vida, pero cada uno la veía a su manera y deseaba impulsarla en un sentido que repugnaba de los demás. Entre Du Moulin y Laval, la oposición era total; en realidad, Du Moulin hubiese estado en su puesto como Secretario de Reynaud, y el destino burlón, al colocarlo en la antecámara del Mariscal, le jugó un lance cómico. Para unos, el odio a Alemania debía dominarlo todo; para otros, el amor a Francia debía permitirlo todo. ¿Terminarían por entenderse? Y yo mismo, que odiaba al nazismo, pero no a Alemania, que sufría amargamente por su victoria, sin poner gran interés en la Inglaterra y temiendo a la vez la de Rusia, ¿dónde llegaría? Una vez cometido el error fatal, el de comprometer a Francia en la guerra sin ponerla en estado de librarla, no veía esperanzas sino en la prudencia. Cuatro versos que vi delante de una taberna a la entrada de Quebec, me volvían a la memoria:

Je suis le chien qui ronge l'os;
En le rongeant prends mon repos.
Un jour viendra qui n'est pas venu
Oú je mordrai que m'aura mordu. (*)

Debajo, una tosca imagen mostraba el perro, tendido con un gran hueso atravesado en la boca. Sólo el Mariscal me parecía capaz de representar ese papel con perseverancia si lograba imponer la disciplina a su equipo.

El día siguiente rendí visita a los Ministros que conocía.

El más importante que vi fue Alibert. Me pareció enorme y rojo, como hinchado en su pequeño gabinete, bastante feo: un rubí en una mina de carbón. En cuanto me vio, vino a mí y exclamó: « ¡Ah, amigo mío, si supieses lo que he sentido, lo que he pasado! » Después, me narró la triste historia de los dos meses últimos. Eso costó tiempo. Le hizo falta más para que se extendiese sobre la obra por realizar, sobre las perspectivas, las dificultades, los peligros y los enemigos. Lo estimaba demasiado para interrumpirlo; admiraba demasiado su inteligencia para que aquel día me pareciese agrandada por la prueba o por la situación. Me pregunté si había que acusar a los choques, demasiado violentos, que acababa de sufrir o al deslumbramiento que sienten algunos cuando obtienen un ascenso inesperado.

En los demás Ministros amigos míos no encontré peor acogida ni menos emoción. Casi todos ellos comenzaban con las mismas palabras: « ¡Ah, si supiese lo que he pasado! » Yo no respondía que podía imaginarlo. Pero sentía que ello ocupase tanto sitio en su ánimo cuando un trabajo importante y difícil habría podido

(*) «Yo soy el perro que se come el hueso; / Y comiéndolo tomo mi reposo. / Llegará un día que todavía no ha llegado / en que muerda a quien me haya mordido.

llenar su conciencia y sus horas. Somos un pueblo nervioso, por lo mismo, emotivo, lo que nos hace estimar a menudo que «tenemos corazón», sin pruebas suficientes.

La importancia que esos hombres inteligentes, lanzados por el destino a plena acción, prestaban a sus sentimientos me inquietaba para el porvenir. Francia atravesaba una época en que cada uno debía apretar los dientes y trabajar, más bien que apesadumbrarse por los movimientos de su corazón; la obra que podía cumplir ese Gobierno semilibre exigiría astucia, resolución, sangre fría y dureza consigo mismo. Falto de esta disciplina, perdería sus medios de acción y se haría el juguete de la opinión, porque los sucesos la ponían a la merced de todos los chantajes alemanes, en primer lugar, pero también ingleses, estadounidenses y aun rusos, que no dejarían de humillarla y difamarla. En semejante caso, un hombre, un grupo, no se hace fuerte si no decide considerar nulos los juicios de otros y sus propias emociones. Sólo deberían contar los resultados obtenidos.

La Prusia de 1806-1813 ofrecía un ejemplo en el que pensaban los más sensatos. Pisoteada por Napoleón, abandonada por su aliado ruso y despreciada por los demás alemanes, supo disimular, trepar y rehacerse sin ruido; la misma abyección en que había caído le había ayudado a rebotar y el desprecio con que se la rodeaba estimulaba en ella, en sus oficiales, en su élite intelectual y entre los estudiantes una voluntad tenaz de vengarse. Mientras la multitud doblaba la espalda, la Administración se sometía al vencedor y las mujeres distraían a los oficiales franceses, el Rey Stein, con sus cómplices, reedificaba a hurtadillas un Estado prusiano más fuerte y preparaban el Ejército que iba finalmente, cuando llegase la hora, a hundir a Napoleón en la llanura de Waterloo. No obstante, el Emperador, feliz por triunfar, no discernía el peligro que crecía en secreto.

La situación en Francia, en julio de 1940, superaba el horror de la Prusia después de Yena. El aliado que Federico-Guillermo II acababa de abandonar, Alejandro I, se esforzaba por todos los medios por aliviar la condición del vencido e incitar al vencedor a la violencia. En el verano del 40, al contrario, Churchill, entre la espada y la pared, abrumado por las derrotas, intentando sacudir a su pueblo, sorprendido por el peligro que lo agobiaba, se volvía contra Francia. Se procuraba a nuestras expensas las únicas victorias fáciles que estaban a su alcance.

El 3 de julio, la Flota inglesa se dirigía contra la división francesa anclada en la había de Mazalquivir, cerca de Orán, y mal situada para combatir. La bombardeó, matando a unos quinientos marinos franceses y destrozando las buenas unidades que ayer todavía luchaban a su lado. Dos días después, los aviones británicos llegaban a verificar y completar este trabajo de destrucción, que Churchill celebraba estrepitosamente.

La opinión francesa, indignada por un hecho de armas tan cobarde, se alzó contra el antiguo aliado; estimulada por la Prensa y la propaganda nazi, clamó su cólera; reclamaban venganza. Otros aplaudían a socapa o, al menos, excusaban: tan grande era su deseo de victoria inglesa.

Sólo algunos espíritus clarividentes guardaban medida, persuadidos de que Alemania seguía siendo en 1940 el enemigo íntimo, el peligro más apremiante. Aunque no se pudiese perdonar a Churchill esa crisis de violencia, nacida a la vez del resentimiento más ciego, de una sorda cobardía y de un cálculo bastante mezquino, había que salvaguardar hasta el final la amistad franco-británica.

En el Mariscal, en Weygand y en Huntziger encontré esta preocupación. Ad-

miraba en ellos la firmeza del ánimo, vuelto al porvenir, y capaces de manejar el presente con serenidad. Entre las frases de Beaudouin (entonces Ministro de Asuntos Exteriores), que quería declarar la guerra a Inglaterra, y la actitud de Du Moulin, que mantenía un culto ciego por Churchill, Pétain seguía dueño de sí mismo.

Los marinos, bien entendido, y su jefe, Darlan, sentía con violencia lo que llamaban «una coz de asno». Se extrañaban poco, por lo demás, pero despertaba en ellos el odio que desde los tiempos más antiguos de nuestra historia oponía los bretones del Continente a los anglosajones de Gran Bretaña; expulsados de «su» isla esos celtas continuaron en el mar el combate durante siglos, desde su rey Nominoé hasta el fin de las guerras del Imperio. El acontecimiento ponía, así al Almirante Darlan, Comandante en Jefe de nuestra Flota, en particular relieve. Hablaba muy poco para que se conociese su juicio sobre lo que acababa de ocurrir, pero no podía dudarse de su resentimiento, porque tenía por «su Flota» un amor de propietario. Los alemanes lo sabían y, desde aquel día, entre los Ministros franceses, Darlan gozó entre los ocupantes un crédito particular.

Tocando a su fin mi breve estancia, vi a uno de mis amigos periodistas. «Qué extraño gallinero —me dijo—, estos ministros llegados de los cuatro rincones de Francia, reunidos por el azar de un desastre alrededor de un hombre a quien no conocen la mayoría de ellos y que él no conoce. Políticos, funcionarios, financieros, marinos, soldados, periodistas, universitarios: en el Consejo de Ministros hay representantes de todos los oficios. Sería milagroso que se entendiesen. El Mariscal planea por encima de ellos, los comprende bastante bien, los juzga con perspicacia, pero no conoce sus hábitos administrativos, y ahí está el peligro. Antes, todos los Ministros salían del palacio Borbón, hablaban el mismo lenguaje, seguían la misma lógica, se reunían en las mismas cantinas y discutían entre ellos según temas establecidos. Ahora no puede ocurrir lo mismo.

«Gracias a la extremada habilidad de Laval, el Parlamento le ha dado carta blanca en su sesión del 10 de julio; pero, ¿cuántos de estos hombres habituados al juego político guardaban una reserva? ¿No calculaban que, para hacer olvidar las negligencias, las faltas y los errores de juicio criminales de que acababan de hacerse culpables durante los veinte años pasados, era oportuno dejar que un militar llevase la carga de la derrota, de sus consecuencias y de sus humillaciones?»

«En este momento, tiene la opinión a su favor. Su «Revolución Nacional» une a las multitudes, que, desde la derrota, no saben a qué santo encomendarse. Sus discursos, bien redactados; y sus consignas juiciosas: *Familia, Trabajo, Patria,* convienen a las circunstancias y concilian a su alrededor a la élite del país, las masas rurales, la mayoría burguesa, las mujeres y los excombatientes, a quienes se granjea haciendo de ellos la «Legión de Combatientes». Lo seguirán, lo aclamarán y harán de sus recorridos a través de la zona libre una especie de triunfo cordial.»

«Sin embargo, los nazis reprueban ese movimiento, demasiado cristiano, demasiado tradicional, para su gusto; el Ejército ocupante desconfía de la palabra «nacional» y la Embajada va a combatir sin piedad por la zona ocupada ese programa que Abetz denuncia como «de derechas». De Gaulle, en Londres, hará lo mismo. Entre estos dos juegos, ¿a dónde puede llegar la campaña del Mariscal? De aquí a un año, a dos años, ¿qué quedará de la «Revolución Nacional?».

Si Pétain, para comenzar, fusilase a una docena de generales, políticos y altos

funcionarios, crearía inmediatamente a su alrededor la formación de un grupo sólido, obediente y cuidadoso de conformarse a sus deseos. Pero no ha querido, no quiere y no querrá ese género de represalias. Sin duda, tiene razón; en presencia del enemigo, instalado en nuestro suelo, más vale que los franceses no nos matemos entre nosotros. Pero pierde fuerza y se aventura a ver desgarrarse su equipo. Nada sustituye al miedo en la vida social, a no ser un ideal común, profesado apasionadamente. No vio nada parecido entre estas buenas personas, que parecen inteligentes y entregadas, pero charlatanas y personales. Si la ocupación se prolonga, el Mariscal no llevará su rebaño sin preocupación.»

Estas palabras me parecían juiciosas, pero esperaba que los servicios que el nuevo Gobierno había hecho al país lo protegieran contra la perfidia de las críticas y la inconstancia de la multitud. Una visita que hice a uno de nuestros amigos, el General Piquandart, camarada de guerra de uno de mis hermanos, acrecentó esta confianza.

El General ocupaba un despacho retirado, silencioso, provisto de grandes cartapacios verdes, y en la pieza contigua trabajaban secretarios a los que no se oía. Lo felicité por la calma y la apariencia estudiosa de su Cuartel General. «No hay aquí nada de particular —me respondió—. Usted ha visto Ministros, y en todos los regímenes los ministros hablan, hablan primero de ellos mismos y gesticulan para el público. Pero sus despachos trabajan como el mío. En todo tiempo, en Francia, el trabajo lo hace la Administración, y el gran servicio que presta el Mariscal Pétain es que ésta pueda continuar. Es también que entre ella y los alemanes se encuentra la comisión de armisticio, el Mariscal y sus Ministros. Eso nos permite mantener el marco del país, la continuidad del Estado y proteger a hombres y cosas contra el invasor.»

El trabajo propio del General consistía en ocultar por doquier el mayor número posible de cañones, municiones y armas de todas clases que nuestro Ejército vencido había dejado tras él, y ello, no sólo en la zona libre, sino también al norte de la línea. Todo podía contribuir. Las espesuras de los grandes bosques servían para esconder cañones; en los sótanos se ponían las municiones y en los pozos de los conventos las ametralladoras; en las grutas y cavernas se ponían furgones, recubiertos por follaje. No había escondrijo olvidado. «Lo que hago yo por el Ejército lo hacen mis colegas por las existencias de todas clases. La población nos ayuda y pone su ingenio en encontrarnos buenos escondites. Esperamos salvar así más de la mitad de nuestro material.»

Gracias a él, de pronto, me enteré de uno de los méritos más secretos, pero reales de este Gobierno precario. Le prometí no decir nada a nadie. Ese hombre discreto y modesto me enseñó más que diez ministros, porque no se estimaba bastante importante para hablar de sus emociones.

Entre las noticias con que me colmaron, una me dio gran impresión: el Mariscal, por un decreto, acababa de suprimir la masonería en Francia. No le perdonaba el papel que había representado a finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuando redactaba fichas sobre los oficiales de nuestro Ejército, su comportamiento político y religioso, a fin de denunciar a los católicos, de detener su avance y de empujar a sus «hermanos». El mismo, sin ser practicante, había sufrido la hostilidad de la masonería, a causa de su independencia de carácter, que le tenía alejado de sus reuniones. Llegado al Poder, ponía fin a sus actividades, que estimaba nocivas para el país.

Mis estudios históricos habían llegado a las mismas conclusiones desde hacía tiempo. Me interesaba sobre todo por el siglo XVIII y había comprobado pronto que no podía comprender nada si se ignoraba el papel secreto y omnipresente de la masonería, siempre activa para sostener a Inglaterra, para atacar al catolicismo y a las potencias católicas, pero sobre todo, hábil para situar por doquier a sus hermanos en los mejores empleos y los puestos importantes. La evolución de Voltaire, la alucinante carrera de Benjamín Franklin, las intrigas de Mirabeau y el destino patético de Felipe Igualdad tampoco se explicaban de otro modo.

Todavía pensaba en ello al volver a París. Así, me sorprendió el anuncio de una exposición masónica que iba a inugurarse en el *Petit Palais*. Recibidas todas las informaciones, vi que se trataba de un agente alemán, ávido por naturaleza y necesitado por condición, que se aprovechó para saquear las logias. Alerté a las autoridades francesas y logré ejercer una vigilancia efectiva sobre los manejos de ese hombre. No había que dejar partir para Alemania los objetos recogidos; algunas logias antiguas, como la de Ruán, que databa del siglo XVIII, poseían un mobiliario y enmaderados muy elegantes, mientras que en el siglo XIX y en el XX, de ordinario, el aparato masónico carecía de calidad como de belleza.

Este trabajo me tomó un tiempo infinito y cuidados interminables; al fin conseguí eliminar al ratero y sustraer todo a los servicios alemanes para pasarlo a la zona libre. Mis gestiones me probaron la complicidad de la Administración nazi y me revelaron la mala voluntad que se tenían entre sí las diversas oficinas. Se espiaban entre ellos como perros impacientes, prestos siempre a saltarse al cuello.

París sentía el peso de su presencia y padecía por esta sospecha, difundida por doquier. Después del alivio que siguió al fin de los combates, del pánico y del éxodo, volvíamos a encontrarnos en una atmósfera pesada. Para sacudir esta inercia, el rector de la Academia de París, Gustave Roussy, decidió organizar un ciclo de conferencias en la Sorbona; requisó a profesores y sabios según su competencia y no descuidó el apelar a los eclesiásticos, que sabían enseñar. El Cardenal Baudrillart, antiguo universitario, añadió el brillo de su púrpura y lo pintoresco de su verbo frágil a estas reuniones, que atrajeron en seguida a gran número de oyentes.

Los alemanes las consideraban con una mezcla de extrañeza y de admiración. Se estimaban superiores a nosotros por su organización, por su genio intuitivo y su poder creador, pero temían la finura de nuestro espíritu y se interesaban por sus gestiones prontas, a veces fulminantes, ante las cuales quedaban embarazados. Este don, que nuestro siglo XVIII había impulsado a su punto más alto de perfección, nos seguía sirviendo ante los oficiales alemanes de las clases altas capaces de hablar bien nuestra lengua. Por el contrario, indisponía al soldado, en particular, al nazi, aunque fuese oficial, porque desconfiaba de todo lo que no podía comprender y lo consideraba como tretas peligrosas.

París rebosaba de tropas enemigas, y el roce que se derivaba creaba un conflicto sordo. Los ocupantes, para mantener su superioridad moral, se esforzaban por adoptar un aire digno. Esperaban así no sentir la inferioridad de su inteligencia ante una multitud de espíritu más vivo y de sensibilidad más sutil. Sus jefes se vigilaban y vigilaban a sus hombres; todos evitaban mostrarse después de haber bebido, o en uniformes descuidados. En el Metro, aceptaban ceder su puesto a las mujeres en cinta, aunque las jóvenes patriotas imaginaron ponerse

cojines en el vientre, para no dejar a ningún alemán sentado delante de ellas. De ordinario, lo conseguían, porque el ocupante no había renunciado a gustar. Sentían, pues, vivamente el término de «boche», que empleábamos corrientemente entre nosotros; y no les gustaba más el de «doríforo», que debían al color de su uniforme, aquel año en que este insecto llegado del Japón se propagaba por Francia. La imaginación popular los llamaba, además, «Fritz» o «rizados», según las circunstancias.

La presencia constante del enemigo instalado entre nosotros pesaba cada vez más a medida que pasaban las semanas, los meses y los años. Esta pena, de la que no padecían en la zona libre, inspiraba al parisién una especie de desprecio por los franceses más afortunados que ellos y contribuía a disminuir el crédito del Gobierno instalado en Vichy. Lentamente, se formaba una fisura en la unidad de nuestra nación. Los llamamientos del viejo Mariscal llegaban de lejos; Londres estaba más cerca de París que Vichy, y en esta capital, privada por su razón de ser, el único centro activo que quedaba era la Embajada de Alemania.

Comenzaba una extraña partida.

4. EL EMBAJADOR

París me parecía pesado. Quise tomar distancia y partí para mi casa de Mena. A mitad de camino entre Turs y Le Mans, Chartres y Angers, ese país donde se encontraba viña al lado de manzanos, donde se bebía vino y sidra, se comía queso de cabra y queso de vaca, donde se hallaba un francés delicado con acento un poco arrastrado, observaba el equilibrio y la serenidad desconocidos en Vichy y en París.

Los alemanes desaparecían ya detrás de los setos; el pequeño número de ellos que se detenían en la región se hacía ya discreto, apagado, invisible. No se ocupaban ya de ellos, pero luchaban contra las doríferas para salvar las patatas, cuidando a la vez de los huertos, de la uva y de las peras, que maduraban al sol. Evitaban hablar de política y las viejas se lamentaban como siempre, ya de la falta de lluvia, ya de la humedad de la estación. De un modo u otro, la cosecha terminaba y todo habría parecido normal si no hubiesen estimado decente suprimir las carreras de bicicletas que se celebraban todos los años. Era un modo de mostrarse patriotas.

Mi correo, que seguía llegándonos de Estados Unidos por Cádiz, Lisboa o Santander, me mostraba a Roosevelt continuando su gira electoral y consiguiendo un avance decisivo sobre un candidato republicano sin imaginación ni sentido político. La partida parecía ya jugada, porque la derrota de Francia, al extender la alarma a ultramar, inclinaba la balanza hacia el Presidente de manera irresistible: «No se cambia de caballo en medio del vado.» Los dos candidatos evitaban hablar de Europa, de guerra y de armamentos, temas peligrosos para uno y otros, pero seguían obsesionados por ellos. No obstante, F. D. R. sabía bien que, para su éxito, tenía que evitar como la peste toda apariencia belicista. Bullit, a quien yo había vuelto a ver antes de que partiese de París, me había descrito con exactitud esta atmósfera: primero, ganar esas elecciones sin desenmascararse; después, hacer lo que se quiera.

Bullit dejaba Francia con gran melancolía; no podía ocultarse que su misión terminaba con un fracaso y que el Presidente sería inflexible. Ante los franceses sentía molestias y, ante los estadounidenses, preocupación, porque no le parecía que el Gobierno de su país siguiese el mejor camino. Incluso, quizá, en el fondo de sí mismo, sentía algunos remordimientos por haber elogiado tanto al Ejército francés, por haber impulsado tanto a la guerra e insistido tanto para impedir toda negociación pacífica. Tuve la impresión de que se tenía rencor a sí mismo y que transfería al Presidente ese rencor. Nos dejamos sin efusión, estrechándonos la mano con el sentimiento de que ya no nos volveríamos a ver aquí abajo. Su su-

cesor cerca del Gobierno francés, Anthony Biddle, llegó demasiado tarde para ejercer alguna influencia, pero se mostró en Burdeos lo que se había mostrado en Varsovia: un apóstol vehemente de la guerra a toda costa. Muy distinta fue la actitud de Murphy, el más fino de los diplomáticos estadounidenses, a quien vi también con ocasión de mi partida. La escena no carecía de comicidad: rodeado por un círculo de viejos generales que suspiraban, muy dispuestos a sollozar, el joven y gracioso irlandés se esforzaba por consolarlos, imaginar un porvenir mejor y partir dejando entender: «Ustedes me volverán a ver; escríbanme: yo pensaré en ustedes.» Se distinguía en su actitud una voluntad inteligente que sabría encontrar un medio; se comprendía también que él había comprendido el juego que convenía jugar entre franceses.

Las noticias de Londres se hacían más infrecuentes, pero llegaban, de todos modos, gracias a los repatriados, a los evadidos y a la radio.

Se veía bien que el General De Gaulle comenzaba una carrera no menos dura que la del Mariscal Pétain, cuyas primeras amarguras ya estaba probando en Vichy.

Todos lo describían tenso, como una cuerda de arco presta a romperse. ¿Podía ignorar que Churchill, al acecho, buscaba un personaje más importante que él para dirigir a los *franceses libres:* un Herriot, un Mandel, un político notorio, cualquiera que fuese?

¿Podía desconocer la lentitud que el Ministro inglés ponía en responder a su carta, del 26 de junio, que le rogaba la adoptase como el único vínculo con los *franceses libres* y la Francia ocupada, le diese los subsidios necesarios para pagar el sueldo de las personas que se uniesen a él (sumas que reembolsaría a la paz); y, en fin, que le otorgase un estatuto definitivo que hiciese de él la antítesis de Pétain?

¿Podía no sentir la frialdad de las tropas francesas entonces tan numerosas en Inglaterra desde el desastre de Dunkerque y que no conseguía reunir a su alrededor? ¿Podía tolerar sin cólera la negativa de los diversos gobernadores coloniales con los que había entrado en relación y que se hurtaban a sus llamamientos?: en Damasco, Túnez, Dakar, Duala, por todas partes le habían dicho «no». Y, en fin, el ataque británico contra la Flota francesa en Mazalquivir, ¿no parecía indignar de tal modo a todos los patriotas que parecían agotarse el reclutamiento de sus tropas?

Sin duda, Churchill le reservaba algunas satisfacciones; hacía que las tropas gaullistas desfilasen el 14 de julio en Whitehall, precedidas por la bandera con la cruz de Lorena, que se veía por primera vez. Pero, ¿qué era eso al lado de la obstinación que llevaba a Roosevelt a desconocerlo y a los manejos ambiguos del mismo Churchill, a pesar de su odio a Pétain? Bloqueaba a Francia, pero dejaba que se filtrasen los navíos americanos que llevaban víveres y medicamentos a Marsella. La condena a muerte de De Gaulle por un tribunal de la zona Sur no podía más que procurarle una satisfacción de gusto amargo; más satisfactoria pareció al fin la carta de Churchill del 7 de agosto, pero con fecha atrasada, que lo reconocía como jefe de los *franceses libres* y le garantizaba créditos, a condición de que sus cuentas fuesen revisadas por ingleses. Una vez más, el astuto Primer Ministro se guardaba de reconocerle la soberanía. En esta situación ambigua, el General se crispaba. Su rigidez no se desmintió, aun cuando Churchill se la reprochó: «... Mi carga es demasiado pesada y yo soy demasiado pobre —respondió— para que pueda doblegarme.»

Salvaguardar a un pueblo vencido sobre el que grava el vencedor con todo su peso y llevar al poderoso aliado los trozos de una espada rota para luchar a su lado, son tareas humildes y rudas. Hay que admirar a quienes osan afrontarlas.

En la paz de mi casa silenciosa, pensaba en este doble esfuerzo de una Francia que quería combatir, cuando una noticia inesperada vino a darme de lleno.

Aquella mañana, el 7 de agosto, estaba gozando de la frescura, del sol y del olor triunfal de las madreselvas, cuando me interpeló un vecino: «Mis cumplidos —gritaba por encima de los laureles—, helo ahí un gran señor.» Yo no había engordado desde la víspera, y me extrañé de esas palabras; pero me enteró de que la radio acababa de proclamar mi nombramiento como «Administrador General de la Biblioteca Nacional», título pomposo y ridículo que me dedicaba a funciones cuyos peligros no ignoraba. Mi primer impulso fue negarme. Había frecuentado demasiado esa casa, a la vez noble y polvorienta, para no conocer sus trampas: un personal de bibliotecarios inteligentes, cultos, pero mal pagados, a menudo nerviosos y a veces descontentos; empleados, casi todos enfermos (porque se los reclutaba entre los excombatientes heridos), que acarreaban con esfuerzo los libros más gruesos y las filas más pesadas, que no olvidaban la deuda que el país había contraído con ellos y que soportaban mal cualquier otra autoridad que la de su sindicato; lectores apremiados, a quienes molestaba la lentitud de los empleados y otros más pacientes, pero más hábiles para recortar en los libros antiguos las estampas con hojas de afeitar. Y reclamándolo todo, imaginaba a los alemanes, su grave presencia, sus requerimientos y sus exigencias...

La prudencia, tanto como la previsión, debían desviarme de una misión tan ardua en un momento en que la guerra continuaba y en que cada día, cada minuto, los tesoros que yo habría de administrar podrían desaparecer en un bombardeo, aunque se consiguiese desanimar la avidez germánica, sobreexcitada por las inmensas riquezas ostentadas u ocultas en la calle de Richelieu. Me harían falta los ojos de Argos para discernir todos los peligros; la astucia y la elocuencia del famoso Ulises, para escapar de ellos, porque lo propio de esa función era que no disponía de ninguna fuerza, ni ante el sindicato, ni ante el invasor, ni ante los ladrones. Cuanto más reflexionaba sobre la multiplicidad de las dificultades, tanto más mi alejamiento de toda función administrativa me alzaba contra la aceptación de tal puesto.

De pronto, me decidí a responder que sí. Desde el comienzo de mi infancia, los libros fueron mis mejores compañeros; durante siete años, fueron los únicos, junto con mi madre. Después, siguieron siendo los más constantes y los amados o, al menos, el recurso universal. Yo no iba a abandonarlos hoy, cuando me reclamaban, cuando los sabía en peligro, cuando podían desaparecer en la tormenta; y, por lo demás, enojos, dificultades y peligros poco me importaban en el fondo: haría el juego que todos iban a hacer en esa confusión y tendría la satisfacción de hacerlo en un terreno que yo conocía, por objetos queridos, y hacerlo sin ilusión. Acepté la idea de una catástrofe en lo que me afectase, pero me resolvía a no tolerarla en cuanto les concerniese. ¿No es siempre bueno vivir una época en lo más agudo de su realidad?, ¿no es sano y sabroso volver la cara contra el viento?

Regresé hacia París la misma tarde.

Me instalé en París y andaba a tientas por la Biblioteca Nacional, cuando comencé a ver a un hombre amable, periodista de oficio, pero periodista libre y

errante según sus gustos, a quien conocía desde hacia tiempo y frecuentaba íntimamente a largos intervalos.

Lo encontré lleno de vida, deseoso de hablar y de confiarse; como yo escuchaba bien, visitó mi casa algunas veladas y terminó por contarme una historia que me sorprendió. Se había amistado hacía ya mucho tiempo con un joven de Alemania, romántico y enamorado de Francia, que se llamaba Otto Abetz. De familia renana, de un medio muy honorable, pues su padre administraba los bienes de uno de los soberanos de esta región, Otto se sentía alma de apóstol; circulaba a través de Alemania con sus bandas de adolescentes errantes, que se llamaban *Wandervögel,* fundaba grupos «juveniles», organizaba centros de reuniones y, seducido por el impulso que Hitler imprimía a su país, fue de los primeros en unirse a él para servirle, para orientarlo. El Guía, reconociendo ese acto espontáneo, lo distinguió.

Su situación se hizo de pronto eminente entre los nazis, cuando el Gobierno Daladier, asustado por ver tantos amigos a ese agregado de la Embajada de Alemania, aprovechó uno de sus viajes a Berlín para impedirle regresar. Ya su carera estaba hecha. Hitler lo consideró como un perseguido que sufría por la causa nazi. No paró hasta que le rindiesen justicia. De ahí su nombramiento como embajador en París en julio de 1940. Este título, noble pero ambiguo, ocultaba mal intenciones profundas que sólo el porvenir iba a desvelar por completo.

«Sin embargo —me dijo mi amigo—, la otra tarde, al hablar libremente después de una comida agradable, delicada y bien rociada, Otto Abetz pareció que dejaba hablar a su corazón. Lo que me dijo me sorprendió, me asustó y, después, me pareció más extraño, romántico e imaginario que verdaderamente peligroso.»

«Consideraba el porvenir de Europa y se puso a hablar como una pitonisa, mezclando a la vez a sus frases exactos informes e ideas concretas: «En este momento, en Alemania se discute de firme sobre Francia; algunos sueñan con quitarle sus provincias más ricas, Lorena, Alsacia, Borgoña y Flandes, para redondear el gran imperio germano-europeo, del que formarán parte, desde luego, Holanda y Bélgica. Otros llevan su ambición hasta querer titularse Duque de Borgoña, Príncipe de Lorena o cualquier otro apelativo renovado de la Edad Media. En medio de estas charlatanerías, Hitler se calla y reserva el porvenir. Como usted sabe, no tienen ningún odio contra Francia, que conocía mal, pero cuyas debilidades adivinaba. Hoy, por razones estratégicas, diplomáticas y otras, se niega a fijar su política y, sin traicionar nada, puedo decirle que estoy aquí en misión experimental.»

«Somos muchos en Alemania los que conservamos un amor vivo por Francia, su cultura y su humildad. Se ejercen presiones en este sentido sobre Hitler, Ribbentrop e Himmler. Cuente conmigo para trabajar en favor de este país, que me es querido. Hechas todas las reflexiones, me parece que la mejor manera de evitarle pruebas dolorosas y mutilaciones sería que Francia, una vez terminada la guerra, y llegado el Gran Reino Germano-Europeo a sus fronteras naturales, concluyese con Alemania un tratado de cooperación del género del que ofrecía tan mal a propósito Inglaterra en el momento de vuestra derrota. Francia mantendría su Gobierno, sus Cámaras, su Administración y lo demás, pero Alemania aseguraría su protección, utilizando un ejército germano-europeo; se encargaría también de la diplomacia y de algunas partes de la economía, como ocurre en las federa-

ciones, y como es necesario conseguir para dar a Europa su eficacia, su rendimiento y su prosperidad».

Según estos planes, yo representaría en Francia la autoridad central germano-europea; estimularía las artes, los placeres y los lujos; ayudaría a París a volver a ser la ciudad-luz de Europa, el centro intelectual y la gran escuela de arte de Europa. Atraería a ella a los estadistas y a los generales más inteligentes, más dotados, más ambiciosos, para que gozasen de esta atmósfera única y se apegasen a ella. Cumpliría este trabajo delicado con cuidado, con celo; aunque el día que muera nuestro Guía, ya no sería Berlín el centro del imperio, sino que París tomaría su puesto».

«Todo eso puede idearse y lograrse con las perspectivas infinitas que abren el genio de nuestro Guía y su victoria. Sin embargo, lo sé, hay un peligro; no está en Alemania, sino en Francia. Su país alimenta desde hace tanto tiempo ese demonio del nacionalismo que ustedes llaman «chauvinismo» y ese odio, algo despreciativo, a los alemanes, que podría renacer a despecho de su derrota, o aún por su causa. Nada sería más honesto, nada haría mi tarea más difícil, nada suscitaría del lado alemán un retroceso más brutal que el renacimiento de tal espíritu. Hay que lograr impedirlo y, para ello, quisiera que desde ahora el pensamiento francés siguiese fiel a sus tendencias que en el siglo XIX los acercaban a nosotros, las de Michelet, las de Quinet, las de esos partidos polticos de la izquierda que mantuvieron durante cuarenta años un *modus vivendi* muy conveniente entre nuestras dos naciones. Espero que su Gobierno se dé cuenta y que la cohabitación impuesta de los dos pueblos suscite simpatías recíprocas. Sus hombres de derechas no comprenden nada de la construcción de Europa, pero, desgraciadamente, tantos izquierdistas suyos de los más sinceros están enfeudados a Inglaterra, como Herriot, Jeanneney y Daladier. Afortunadamente, hay otros; son los que pueden reconstruir una Francia nueva, con ellos podemos contar para una aproximación duradera entre la Francia radical y socialista y la Alemania nacional y socialista».

Mi amigo me dijo que esta larga arenga, alimentada por champaña mezclada con coñac, le dejó bastante embobado. Después, reflexionó, recordó que Otto Abetz se había mostrado siempre romántico y que su victoria tan reciente ponía a los alemanes en un estado de euforia cercano a la embriaguez. «Sea como fuere, y ocurra lo que ocurra, hay que aprovechar los sueños de Abetz. Las funciones vagas y temporales que Hitler le confía, le dan un gran poder sobre los franceses de la zona norte y aún sobre el conjunto de la política alemana en Occidente. Mientras sea poderoso, y no se sabe nunca con el régimen nazi cuánto puede durar eso, debemos intentar utilizar la idea de este hombre para amortiguar el golpe dado a Francia, disminuir sus pérdidas y facilitar la vida de las poblaciones».

Yo acababa de describir mis primeros días en la Biblioteca Nacional y los problemas múltiples que planteaba y plantearía el reabastecimiento de cada una de sus secciones. «No confío que le ayuden la Comisión Francesa de Armisticio ni los Ministros de Vichy. La Comisión de Armisticio no obtendrá nada antes de que pase mucho tiempo, salvo, a veces, palabras corteses y, a veces, bufidos; y el Ministro de la zona sur le ofrecerá fondos, pero no objetos. Sea prudente, en el momento en que comienza para usted una prueba difícil. No deje de jugar ninguna carta: venga a ver conmigo a Otto Abetz. Los alemanes se apasionan por

el título de profesor y sus libros le dan prestigio. Yo me encargo de que tenga una audiencia y de presentarlo».

Tres días después, en efecto, me empujaba al gabinete del embajador y me dejaba frente a frente con él.

Tras la enorme mesa de caoba, un personaje grueso, azul pálido, sentado en un sillón demasiado bajo, volvía a mí su rostro pálido y carnoso, en el que brillaban ojos de un azul muy pálido, como los de los piojos de mar. Su boca, gruesa y blanda, pero que agitaban a veces movimientos nerviosos, caracterizaba a un hombre menos dueño de sí de lo que él pudiese desear. Se esforzaba por probarme cortesía, benevolencia y llaneza, pero sus gracias, un poco torpes, menos encantaban que subrayaban su importancia.

Primero creyó deber a su papel, como a su situación, el bromear.

«Usted debe conocerme mal, señor profesor, si escucha las estúpidas historias que corren por París a mi cuenta y sobre las palabras que unos indiscretos me prestan y difunden. Sin duda, nuestro amigo ha podido mostrarle ya la falsedad de esos chismes... El Cardenal Baudrillart, ¿no cuenta al primero que llega que voy a suprimir el culto católico en la zona norte? O hacen de mí un comunista hostil a todas las tradiciones francesas, lo cual es una caricatura grosera. Cierto que he aconsejado que toleren algunos periódicos marxistas; ¿no vale más que tener que combatirlos cuando aparezcan clandestinamente? Cierto, además, que he intervenido cerca de las altas autoridades militares en Francia para obtener que, a cada castigo infligido a militantes comunistas, corresponda una punición destinada a uno de esos patronos asociados que apestan el país. Naturalmente, también he animado el lanzamiento de *La France au Travail,* porque no hay que dejar nunca un matiz de opinión, una vasta sección de la sociedad, sin periódico y sin guía; de otro modo, caen bajo la férula de los peores cabecillas. En cuanto a ser comunista o favorable al comunismo, déjeme que me ría.» (Su risa aguda sonaba a falsa.) Prosiguió: «Conozco la historia, admiro sus tradiciones históricas, sus catedrales, a quienes las construyeron y a quienes las hicieron posibles. Pero no quisiera ver que Francia volviese a caer bajo la autoridad de una familia como los Orleáns, siempre bajo la férula de Inglaterra, siempre prestos a partir para Londres. Más valdría que siguiesen en Inglaterra, pues ese país, después de la crisis que atraviesa y que va a atravesar, necesitará una dinastía nueva. ¿A menos que usted no conozca otra disponible y más atractiva?» Se rió de nuevo, pero, como yo no me reía, prosiguió en seguida: «No, no crea nada de lo que digan sobre mis prejuicios políticos. No odio más a los monárquicos que lo que amo a los comunistas o a los socialistas. Intento solamente mantener el orden en una zona llena de obreros apegados a los partidos de izquierdas, y que hay que tener en cuenta».

Yo escuchaba con curiosidad este alegato, porque lo era, y lo comparaba con el relato de mi amigo periodista. Abetz seguía su idea; quería adoctrinarme a fin de que participase en su programa, pero me preguntaba en qué medida Hitler aprobaba sus ideas, porque el Ejército parecía opuesto a ellas, por la cortesía que testimoniaba ante el Mariscal y su desprecio de los políticos. Ignoraba la actitud de las S. S. y de la Gestapo, pero lo que se conocía de ese servicio lo mostraba como despótico, ávido, cruel y sin piedad para los pueblos vencidos. Abetz no llegaría a sus fines sin tropiezos ni dificultades. La manera amistosa, descuidada

y casi desdeñosa como hablaba de los comunistas me demostraba que conocía mal su terreno y que mantenía su vista fija en los sueños, antes que escrutar la realidad.

Me arrastró para un paseo por el jardín de la Embajada, lleno de flores y perfumes; quería mostrarse el hombre del Renacimiento que deseaba ser; hablamos de literatura, de arte, de masonería y de filosofía; en todos estos terrenos, poseía un tinte de conocimiento, del que se servía con habilidad y coquetería. En el curso de estas palabras deslizaba consideraciones políticas: «¿Cómo quiere usted que un ocupante, aunque se esfuerce mucho por no ofender a nadie, no sea detestado por todo el mundo?».

Yo me pregunté cómo insertaba este toque de realismo en el desarrollo de sus planes. Percibí entonces una nota falsa cuando exclamó: «Nuestro Ejército tiene miedo de la organización juvenil de ustedes. Sabemos bien para qué sirven: pero hemos esperado cinco años después del armisticio para ponernos en movimiento». Estas palabras me revelaban la inquietud siempre presente en el vencedor; maravillado por su pronta victoria, quedaba extrañado y temía que fuese, si no una ilusión, al menos una peripecia demasiado breve. Después, ya oía a menudo a los visitantes alemanes de la Biblioteca Nacional ese mismo pesar: «¿Por qué nos tratan ustedes así? Tenemos que gozar de nuestra victoria: todo será tan breve...»

Estos contrastes, estas contradicciones en un hombre que quería mostrarse tan seguro de sí mismo, me hicieron sentir los temores que lo acosaban. La distancia entre sus aspiraciones y sus miedos eran tan grande que podría hacerle zozobrar, ya en un sentido, ya en otro, y yo concluía que había que utilizar la prudencia con él. Mis reflexiones fueron interrumpidas por una dama vestida de negro, pero que se adornaba el pecho con una cinta roja y blanca bastante fea. Se acercó a mí y me dijo: «Señor, yo soy la señora Abetz. Usted no me conoce, pero yo lo conozco porque he seguido hace dos años sus cursos del Colegio de Francia». Después me confió todo lo que sentía viendo al pueblo de Francia en su desgracia. En fin, me rogó que la advirtiese si yo daba cursos o conferencias. Su rostro sencillo, casi humilde, me conmovió y la sinceridad de su tono acabó de persuadirme de que ella estaba más segura que su marido.

Al volver a mi cama por las calles tranquilas del distrito séptimo, yo me decía que Abetz se parecía menos a un estadista que alimenta vastos planes que a un jugador que va tener muy buen juego. Su situación presente, su porvenir y su vida misma dependían a la vez de la victoria alemana, que nada grarantizaba a largo plazo, y de la voluntad de Hitler, violenta y versátil. Yo descartaba la hipótesis de que fuese simplemente un comediante, a pesar de ciertos indicios que llevaban a pensarlo, y de la nota que acababa de firmar (el 17 de agosto) para sus subordinados:

«El interés de Alemania exige, por una parte, que se mantenga a Francia en un estado de debilidad interior y, por otra parte, que se la aleje de las potencias extranjeras enemigas del Reino... Debe hacerse todo del lado alemán para traer la desunión interior y el debilitamiento de Francia. El Reino no tiene ningún interés en sostener las verdaderas fuerzas populares o nacionales en Francia. Al contrario, hay que apoyar a las fuerzas adecuadas para crear discordia; serán, ya los elementos de izquierda, ya los elementos de derecha...»

Lo cual significaba que quería seguir la política de Bismarck, el cofundador

de nuestra Tercera República y el enemigo encarnizado de toda restauración monárquica en Francia.

De Gaulle, en Londres, colaboraba con él sin querer. Atraído por la adhesión de algunas colonias del Africa Central, quiso aventurarse a atacar a Dakar, de lo que tenían mucha gana los ingleses y que él les prometió tomar por asalto. Mal informado, creía en la presencia de una guarnición alemana e ignoraba la de una división naval francesa. Cuando sus fuerzas se presentaron ante la ciudad, no pudo, ni persuadir a las autoridades civiles que se adhirieran a su causa, ni hacer que las autoridades militares capitulasen. Perdió hombres en las escaramuzas que siguieron y la Flota británica que lo apoyaba fue maltratada por los cañones del *Richelieu,* sin poder hacerle gran daño. Los ingleses lograron incendiar, sin embargo, otros navíos (23 de septiembre de 1940) y después tuvieron que irse por las buenas, no llevando por consuelo sino un De Gaulle más informado, pero amargo.

Entonces se vio criticado por todos los medios, acusándose a su círculo de indiscrección. Sólo Churchill se mostró generoso con él y lo defendió ante el Parlamento. Pero, al mismo tiempo, le infligía un insulto agudo: ofrecía al General Catroux, que acababa de llegar a Inglaterra, el mando de las «Fuerzas Francesas Libres». Catroux rehusó ese fardo, demasiado pesado para sus hombros. Incluso fue a visitar a De Gaulle para ponerse a su disposición y, al mismo tiempo, no le ocultó la oferta que acababa de rechazar. Ese incidente, que aproximó a los dos generales franceses, no los aproximaba a sus aliados.

Estos, sin embargo, se conducían entonces como héroes. Combatiendo al menos uno contra cuatro, los aviadores ingleses, gracias a su coraje, a su habilidad, a una organización más juiciosa, a la utilización del radar, desconocido todavía por los alemanes, y a sus aviones, más rápidos, más flexibles, lograban causar tales pérdidas al enemigo que, al cabo de treinta días de combate, Hitler tuvo que renunciar al desembarco para el que acababa de reunir 168 naves de transporte, 1.900 gabarras, 419 remolcadores y 1.600 buques de vigilancia en los puertos del Noroeste de Francia. Su aviación, demasiado probada; el desacuerdo de la Flota con el mando militar y el mal tiempo que empezaba: todo le imponía esa decisión (12 de octubre de 1940). Para vengarse, envió sus escuadrillas de bombardeos para que arrasasen Londres, pero esas expediciones costaron tan caras en hombres y material, que cesaron el 30 de noviembre.

Hitler, impotente, reconocía que no podía imponer a Churchill ni paz amistosa ni capitulación; ante él se extendía la perspectiva de una guerra interminable; pero, sin esperar, imaginó nuevos medios para «castigar a Inglaterra».

Victoriosa, pero agotada, la nación británica podía respirar un instante.

El Guía, por su parte, preparaba su plan. Primero, quería abrumar a Francia. Por oden suya, la Comisión de Armisticio alemana en Wiesbaden dejó el 20 de julio de conceder nada a los franceses, a no ser a veces buenas palabras. La línea de demarcación entre la zona ocupada y la zona libre se cerró herméticamente; los víveres y los demás recursos que Alemania ponía detraer de Francia fueron expedidos a todo tren; se sujetó el Norte de Francia al Gobierno militar de Bélgica; Alsacia y Lorena fueron integradas al Reino, y los límites aduaneros se desplazaron al Oeste de esas provincias, sin trasladar, sin embargo, los mojones fronterizos, para seguir fieles al texto del armisticio. En el Esna y las Ardenas se instalaron colonos de Europa Central.

La Administración francesa, ante tal endurecimiento de la ocupación, hubo de recurrir apresuradamente al racionamiento; para obtener víveres, había que presentar la cartilla y, para alimentarse suficientemente, había que recurrir al mercado negro. Ante el sufrimiento por el pueblo, cuya guardia había asumido, Pétain buscó el remedio. Se decía que Goering era más caballero y más humano que los demás nazis y que seguía en amistad con el antiguo «as» francés, Fonck, que sirvió de intermediario para pedir por este cauce que se organizase una entrevista entre el Mariscal e Hitler. ¿Lograría quizá aplacarlo de hombre a hombre? En todo caso, vería más claro.

Los nervios de los franceses, sacudidos, zamarreados y acosados por conmociones brutales desde hacía seis meses, sufrieron otra nueva y más violenta, al enterarse por los periódicos del 25 de octubre de que la víspera, en la pequeña estación de Montorio, Hitler y Ribbentrop habían conversado con Pétain y Laval. Aquel día resonó por primera vez en los oídos del público una palabra que iba a ser después un emblema, una divisa o un oprobio, según las personas y los tiempos: la «colaboración».

El Mariscal esperaba impacientemente una respuesta al mensaje transmitido por Fonck, cuando de pronto Laval le advirtió que acababa de ver a Hitler y Ribbentrop y que el Guía invitaba al Mariscal a verlo el 24 de octubre si le convenía. Gustó poco a Pétain esta inmiscusión de su Ministro, que se atravesaba en su negociación. No obstante, quería ver a Hitler y aceptó.

Este, decepcionado por el fracaso del ataque aéreo, buscaba otro medio para combatir a los ingleses. En su espíritu subía la operación «Félix»: la toma de Gibraltar con ayuda española y ocupación de Suez por la fuerza; en adelante, el Mediterráneo dejaría de ser un mar inglés. Así, pues, fue a ver a Franco; le pidió su colaboración y le preguntó el precio. El Caudillo sabía desde septiembre los planes de los nazis, gracias a Canaris y al Mariscal, que había prevenido al Embajador japonés en Vichy; se guardó de rehusar, pero fijó un precio muy elevado por la ayuda que prestaría y reclamó enormes medios, alegando el mal estado de su Ejército. El Guía comprendió que la cosa no merecía la pena. Decepcionado, se volvió del lado de Francia y fue a Montorio para intentar la operación.

Ya en julio, acababa de intentar si no podría infiltrarse en Africa del Norte por la intimidación. Quería colocar allí guarniciones. Por orden del Jefe del Estado, Huntziger rehusó limpiamente. El Guía quería reanudar la negociación, utilizando esta vez cortesía y una magnanimidad aparente.

Montorio es una ciudad muy bonita, llena de monumentos renacentistas, pero su estación, bajo la lluvia, carece igualmente de encanto y de belleza. La luz de los faroles no añade ninguna alegría. Pétain, todo recto, vestido con sobriedad, avanzó como un rey y tendió la mano a Hitler, más bajo que él, delgaducho y feo en su uniforme verduzco. Un gran vencido se presentaba ante un pequeño vencedor. (Hace falta más fuerza moral para mantener la dignidad de la derrota que la buena suerte, aunque siempre haga falta.)

El Canciller le respondió: «Señor Mariscal, ni usted ni yo hemos querido esta guerra; por eso, le estrecho la mano sinceramente.» El intérprete no tradujo esta frase y Pétain, que no comprendía, murmuró simplemente: «Bien..., bien», como se dice a un inferior verboso. Después, Hitler, todavía demasiado elocuente, se lanzó a una larga exposición, lentamente traducida por su intérprete y bastante

adormecedora para sus oyentes franceses. Resultaba que Alemania, en el terreno militar, poseía la victoria, y la conservaría. El Ejército recibía incensantemente cuarenta divisiones nuevas, se cambiaría el armamento a fin de hacer en adelante más prontas y más decisivas las guerras de sorpresa. «Los ingleses —decía—, cuentan con dos intervenciones, la de Estados Unidos y la de Rusia. Pero las fábricas inglesas están ahora en tal estado que la intervención estadounidense no podrá ni siquiera compensar sus pérdidas; por lo demás, Roosevelt se hace grandes ilusiones con América del Sur: pronto tendrá que bajarse del burro. De ese lado no hay temor para nosotros. En cuanto a Rusia, Churchill sabrá próximamente una noticia que ilustrará su juicio: dentro de poco, Molotov estará conmigo en Berlín para discutir cuestiones pendientes.» Hitler añadió que, no obstante, no aceptaría reconciliarse con el bolchevismo, que le seguía hostil, que su policía lo perseguía, pero que en una guerra tan dura debía tratar con miramientos a una gran nación, contra la que Alemania no tenía ninguna hostilidad.

En este giro de su discurso, miró al Mariscal a los ojos y le ofreció una colaboración franco-alemana: «Si Francia pretende esperar y escrutar las posibilidades de una victoria inglesa, lo puede —añadía con tono de sarcasmo—; pero lo pagará. La actitud de Alemania se transformará considerablemente según su propia actitud».

Pétain, si marcar emoción, le agradeció su franqueza. El deseaba también una colaboración franco-alemana, necesaria para Europa, y solución lógica después del último conflicto. No obstante, no podía prometer ninguna operación militar: el Ejército francés, vencido y desorganizado, quedaba incapaz de reanudar la lucha antes de mucho tiempo. La Flota, separada de sus bases de avituallamiento, dispersada, medio desarmada, no podía comprometerse en ninguna operación seria; la Aviación, insuficiente desde el principio del conflicto, no valía ya nada. En un sólo terreno Francia podía volver a ser fuerte, en Africa, si Alemania no le impedía reconstruir su Ejército de Argelia.

Ante el silencio del Guía, que parecía favorable, aprovechó para protestar contra la sujeción de nuestros Departamentos del Norte a Bélgica, contra la toma alemana de Alsacia y Lorena y para pedir con insistencia el retorno de los prisioneros. Después se calló e Hitler tomó de nuevo la palabra. Le agradeció primeramente su franqueza: «Alemania, victoriosa —afirmó con solemnidad—, no necesita en modo alguno la ayuda militar francesa. No la pide, no la desea.» No obstante, de acuerdo con el Mariscal, juzgaba útil que Francia tuviese un Ejército de Africa, activo, eficaz, pues Alemania deseaba que conservase su imperio colonial, si no en sus fronteras actuales, al menos en su conjunto. Se debía a reconquistar los territorios que acababan de arrancarle.

Después, el Jefe nazi adoptó un tono solemne para declarar: «Ustedes han sido vencidos. En toda guerra, el vencido paga. Tendrán, por tanto, que pagar. Pero son ustedes una gran nación de cuarenta millones de habitantes, con una civilización antigua notable. Europa no puede reorganizarse sin ustedes. Francia tiene que seguir siendo fuerte y servir para reforzar a Europa. Tal es mi oferta. Tengo obligaciones para con mis aliados, que deberé cumplir, pero, si ustedes y nosotros colaboramos, encontrareros un *modus vivendi* que no sea indigno de Francia.»

El Mariscal seguía estas palabras (traducidas para él) con atención y sin pestañear; sin embargo, cuando firmó el acto de la conversación, añadió una frase diciendo que se comprometía sin reserva, como sin pesar, en la política de colabo-

ración, deseando que por este medio Francia pudiese de nuevo servir a Europa y recuperar el puesto de que era digno, conservando a la vez su integridad. Hitler quiso escribir, además, por su mano: «Tal es también mi voto.» Después, dijo a su círculo que la diginidad del viejo lo había impresionado.

Este acta no constituía un tratado, pero era el esbozo de una política nueva. En la mente del alemán, se trataba de dar a los ingleses el sentimiento agudo de su soledad; a los estadounidenses, en el momento en que iban a votar, la impresión de que Europa recobraba la paz bajo su égida; a América del Sur, la garantía de que no tenía que inquietarse por el porvenir de Francia y del mundo. Daba, pues, un triple golpe a la política de Roosevelt.

A pesar de estos resultados favorables, Hitler partía descontento. Ponía buena cara a la mala suerte y fingía. En realidad, los resultados de la entrevista lo irritaban. Había esperado que los franceses se encontrasen demasiado felices por com prometerse al lado de los alemanes. Penetrado de la nobleza que atribuía a su gesto, había contado con un impulso de gratitud y con la oferta espontánea de una alianza; su orgullo, en efecto, le impedía proponerla y su benignidad se habría complacido en concederla con algunas reticencias. La actitud del Mariscal le ofendía, pues, y, mientras su tren le devolvía hacia el Este, hacía ver a sus íntimos su resentimiento, que quería ocultar a los demás y, sobre todo, al enemigo. Era necesario que Montorio apareciese como un bien y como un triunfo alemán.

Para Francia, Pétain obtenía así tres ventajas importantes: primero, la posibilidad de rehacer con menos dificultades su Ejército de Africa; la de negociar moderaciones del régimen de armisticio, y, en fin, el derecho de discutir con los alemanes, en vez de sufrir pasivamente su voluntad.

Existía un peligro en la imprecisión en que se habían mantenido los dos interlocutores y en la estricta mesura que quería guardar el Mariscal. Se esforzó por hacerlo comprender al país. En su alocución del 30 de octubre, anunciaba su conversación con Hitler, describía la atmósfera de dignidad que en ella había reinado y la mostraba como «el primer enderezamiento del país». Presentaba la colaboración como un programa por definir y precisar a continuación. Recordaba que ello no ponía fin al armisticio ni a las desgracias de Francia, pero había que continuar trabajando, teniendo paciencia y esforzándose en común.

El conjunto del público recibió bien esta comunicación, que alteró a los amigos de Inglaterra y que se hizo un arma ante las manos de sus agentes, ya numerosos en Francia. De Gaulle, indignado, proclamó la quiebra de Vichy y se erigió en el único punto de reunión de los franceses: «Ejerceré mis poderes en nombre de Francia, y únicamente para defenderla...» Prometía después un retorno al parlamentarismo. Churchill, a quien el fracaso de Dakar acababa de abrir los ojos, vio una razón para negociar en secreto con Pétain. Roosevelt, asustado, se puso a temer que Africa, con la que soñaba ya como base de desembarco, se le cerrase. Concluyó que había que ocuparse del Mariscal y enviarle un embajador importante, a fin de que luchase contra la influencia alemana. En este terreno, por tanto, Pétain marcaba un punto más. De Gaulle quedó muy afectado. Pero el más irritado de todos los estadistas fue Mussolini, a quien Hitler no había advertido de antemano. En vano Ribbentrop se apresuraba a ir a avisarle, a apaciguarlo y conciliarlo; el Dux, furioso, decidió iniciar sin tardanza una acción ofensiva contra Grecia. Este contragolpe de Montorio no fue el menos importante, pues retardó el ataque alemán cotra Rusia e hizo su victoria más precaria.

Abetz exultaba después de Montorio. Para él, «era un enorme salto adelante». El nombramiento del Presidente Laval para el puesto de Ministro de Asuntos Exteriores facilitaba su maniobra (28 de octubre). Estos dos hombres, en efecto, acababan de reunirse, gracias a un muchacho extraño, Fontenoy, amigo del Embajador, y que servía de intermediario. La desgracia de Francia obsesionaba a Laval, que, para remediarla, se aventuraba más lejos que el Mariscal. Este lo había nombrado su «sucesor» el 22 de julio; con este título, la situación nueva, su experiencia tan rica de la política y su autoridad, entreveía perspectivas lejanas. Partía del hecho, evidente para él, de que Alemania saldría victoriosa de la guerra; era necesario, pues, que nuestro país ligase estrechamente su suerte con el suyo para triunfar con él.

Se servía de Abetz, que se servía de él. El embajador seguía pacientemente su idea. Para mantener a nuestro país, quería reanimar la izquierda francesa. La llegada de Déat a París, le proporcionó un triunfo más. Este político de alma jacobina, virulento de nacimento, dotado de una mirada flamígera, en una violencia calculada de un estilo agudo, se imponía, a pesar de su corta estatura y de la dureza chocante de su trato. Abetz le facilitó la fundación de su periódico *L'Oeuvre,* que se convirtió pronto en la hoja política más leída. El político-periodista, que los Ministros de Vichy no habían sabido ni comprender ni utilizar a pesar de sus insinuaciones, se arrojó sin reserva a cuerpo descubierto a una política de colaboración y llegó a ser uno de los medios de gobierno de la Embajada.

El azar me procuró una prueba curiosa. Recibía a diversos estudiantes muy desorientados y despellejados en ese momento y, entre ellos, a un muchacho de rara inteligencia científica, que dirigía un pequeño grupo reacionario. Odiaba a Déat y se procuró no sé cómo la copia de una de sus cartas:

L'Oeuvre, *calle de Luis el Grande, 5, París.*

13 de noviembre de 1940.

Querido Perrin:

Estoy enteramente de acuerdo con todo lo que me escribes. Para más señas, he dicho todo a los alemanes.

Y puedo asegurarte que van a comprender, en París y en Berlín.

Muchos, entre los más importantes, admiten el error cometido con la masonería y están resueltos a distinguir entre los elementos anglófilos y belicistas y los demás.

Hay, pues, buena esperanza por este lado y creo en cambios profundos y rápidos en la política alemana con respecto a Francia, lo que debería permitirnos devolver toda la antigua «izquierda» a la política de colaboración, arrancándola al «degaullismo».

Muy cordialmente:

(Firmado: DÉAT.)

Yo seguía todos estos acontecimientos de cerca y sentía que se estaba preparando una crisis. El Mariscal, adversario siempre de la masonería, y muy preocupado por ver que los alemanes metían mano a los papeles de las logias, le había encargado de reunirlos, clasificarlos y tenerlos a su disposición; quería evitar que nuestros vencedores se sirviesen de ese medio de acción contra Francia, como acababan de hacerlo los anglosajones. La carta de Déat me enteraba de que la operación se preparaba y me mostraba que la maniobra de Abetz empezaba a desarrollarse. Y muy pronto hubo de comprobar que Laval, con toda buena fe, entraba en el mismo camino.

Mi grupo de estudiantes quería servir. Su jefe me pedía instrucciones y ayuda. Ahora bien, yo me prohibía meterme en la política; pregunté, pues, a Laval si aceptaría recibirlos y hablarles. La entrevista se desarrolló en Matiñón. El día siguiente, yo recibía una carta del joven sabio que mandaba el equipo. Me declaraba que quería romper toda relación conmigo, puesto que los había enviado a una encerrona. Laval les había dicho: «El porvenir está en la izquierda: hay que orientarse hacia la izquierda...» Pero eso no lo admitían ellos.

Yo sabía que el Mariscal tampoco lo admitía.

En aquellos días de primeros de diciembre, cuando la vida se hacía más dura en una ciudad mal abastecida, fastidiosa y preocupada, seguía la marcha ascendente del Embajador, hacia quien se volvía ya todo lo que París encerraba de ambiciones en alerta y todos los odios de quienes no aceptaban ni la derrota, ni al Mariscal, ni a Laval.

Las personas informadas murmuraban que pronto se vería a Pétain en París y que se instalaría en Versalles, a fin de servir mejor a Francia y de trabajar más activamente en la «colaboración», cuya apoteosis próxima se proclamaba, gracias a una gran reunión solemne, en la que Hitler se proponía estrechar la mano del Mariscal en el curso de una ceremonia inolvidable...

Yo no compartía esas «esperanzas». Conocía bastante a Pétain para saber que deseaba proteger y reunir a la Francia rota, pero que no quería comprometerse allende los términos del armisticio. En estos límites, entendía mostrarse leal ante Alemania y leal con Inglaterra. Ni por una ni por otra, admitiría reanudar las hostilidades, al menos hasta nueva orden, porque conservaba una esperanza de volver a la lucha, una vez que se comprometiese Estados Unidos.

Yo lo ignoraba entonces, pero supe después que, por mediación de Jacques Chevalier, íntimo amigo de Lord Halifax, acababa de concluir un acuerdo franco-británico. Después del profesor Rougier, que había comenzado la negociación, Pierre Dupuy, Ministro de Canadá en Londres, servía de correo entre los dos Gobiernos, que gracias a él se entendieron sobre las bases siguientes:

a) Mantendrían entre ellos un estado de «frialdad artificial», con el fin de dejar a los ocupantes en la ignorancia.

b) Francia no inquietaría a las colonias que habían adherido a De Gaulle y a los ingleses, pero éstos las restituirían a la paz.

c) Pétain se comprometía de nuevo a no entregar nunca la Flota ni las colonias ni a Alemania ni a Italia; los ingleses prometían ayudarnos lo mejor que pudiesen.

d) La radio inglesa evitaría mezclarse en los asuntos interiores de Francia.

e) Inglaterra dejaría llegar a Argelia y a nuestros puertos mediterráneos el abastecimiento indispensable al país en petróleo, aceites, etc., a condición de que el enemigo no sacase provecho.

f) Las tropas francesas defenderían a nuestras colonias contra todo invasor.

g) Todo ello debía permanecer secreto, y no fue divulgado nunca antes de 1945.

Una vez dada su palabra a la Corona de Inglaterra, Pétain no podía prestarse a nuevos compromisos en sentido contrario con los nazis.

Laval sí podía; ignoraba estas negociaciones, y sufría entonces las apremiantes instancias de Abetz, que le hacía espejear grandes ventajas para su país. El Embajador seguía las instrucciones de Hitler, que seguía su idea. Quería servirse de Francia contra los anglosajones y no desistió.

Entre el Mariscal y él se libraba un combate de astucia en que el más tenaz debía triunfar. Sin conocer todos los detalles ocultos de la política, yo adivinaba el juego. Y apostaba por la obstinación del nativo de Ch'nord, que debía usar la violencia del brujo teutón.

5. FALLOS

Aquel domingo, 15 de diciembre de 1940, lleno de bruma y de nieve, la noche cayó pronto, viscosa y glacial.

Hacia medianoche, me encontraba bajo la cúpula de los Inválidos, entre el Embajador Charles de Chambrun y Pierre Dieu La Rochelle, frente a la fosa abierta en que yacía Napoleón, a la luz vacilante que echaban grandes flameros, mientras un enorme perfumador vertía sobre nosotros oleadas de olor suave y denso.

Nosotros esperábamos. De pronto, hacia las doce y media, a través del telón de vapores y de nieve, surgió un grupo apretado, sobre el cual resbalaban los resplandores rojos de las antorchas; artilleros alemanes portaban el pesado féretro de bronce que contenía los restos del Duque de Reichstadt, al que presentaban las armas los guardias municipales de gran gala. El Almirante Darlan, el Embajador Abetz, el General Othon von Stülpnagel, que mandaba las tropas de ocupación y el General Laure, en representación del Mariscal, seguían al cuerpo.

Nosotros estábamos esperando ya más de una hora y tiritábamos; la ausencia del Mariscal, de Hitler y de Laval aumentaba más la incomodidad y la irrealidad de esta escena grandiosa, pero lentamente como una película estropeada. Padecíamos por ver a esos hombres fatigarse, tropezar y arriesgarse a caer en aquella tumba, donde las cenizas de un hijo que no vivió nunca se unían a las de un padre que trastornó la vida del Universo. La voz de Maurice Rostand, que se elevó para leer una oda, de la especie del *Aguilucho,* acrecentó más la impresión discordante de un desfile teatral. Después, bruscamente, se oyó la palabra ronca de Abetz; subía, subía, y se parecía en sus notas agudas al furioso ladrido de un chacal. Celebraba a Napoleón, elogiaba su amor al pueblo y a los pueblos, que no le había impedido ser quebrado por la reacción más ciega, más estúpida, la misma que volvía a levantar la cabeza hoy en Francia para continuar su papel infame, pero que el público de Francia sabría enterrar de nuevo. Casi aullaba y, cerrando los ojos, yo creía estar oyendo una arenga frentepopulista de León Blum, declamada por un militante ebrio. Por último, Darlan, con voz neutra, dio las gracias en nombre del Gobierno francés.

Al fin, entre las antorchas que se apagaban y en las oleadas de incienso que manaban, no quedó más que un pequeño grupo helado, presuroso por volver a casa lo más rápido, a través de los copos, que redoblaban bajo la nieve.

Detrás de mí oí murmurar a un periodista: «Nos quitan nuestra carne y nos dan antiguos huesos.»

Otros se interrogaban: «¿Qué significa este desfile de ataúdes vacíos y ese discurso furibundo?»

Charles de Chambrun me dijo: «Venga a beber una copa de champaña. Se acaba de celebrar el entierro de la colaboración.»

Desde hacía algún tiempo, yo no había estado en Vichy, pero conocía, por veinte narraciones, los acontecimientos que se habían desarrollado allí. Fiel a las consignas de Hitler, Abetz había organizado reuniones (20 de noviembre y 10 de diciembre), en las que participaron, con él mismo y el General Warlimont, del lado alemán, Laval y el General Huntziger, por parte francesa. Se trataba de preparar una campaña contra las tropas anglo-gaullistas que ocupaban algunas de nuestras colonias africanas. Laval, convencido de la victoria alemana, juzgaba necesario este acto para salvaguardar el porvenir de Francia. Su política se oponía así a la del Mariscal Pétain, que, desde el fracaso de la ofensiva nazi contra Inglaterra, estimaba probable a largo plazo una victoria anglosajona. No quería, pues, atacar a nuestros antiguos aliados y lanzar al Ejército francés, todavía desorganizado, a una aventura tan azarosa.

Los dos Jefes del Gobierno francés se enfrentaban en este terreno como en el plano de la política interior; Laval, de acuerdo con Abetz, pretendía apoyarse en la izquierda y facilitar su retorno al poder; Pétain continuaba propugnando la «Revolución Nacional», movimiento tradicional que reunía a las fuerzas de la derecha. En fin, Pétain, de origen aldeano y nórdico, no se encontraba cómodo con Laval, auvernés, abogado de carrera, político de formación y estadista internacional.

Estos hombres, que amaban los dos a Francia, y sacrificaban para salvarla todo su porvenir, que se consagraban uno y otro al papel más ingrato, y a quienes asociaban sus enemigos en el mismo odio, ya no podían trabajar juntos, y todos nosotros adivinábamos que se preparaba una ruptura, pero las penosas escenas que se desarrollaron en Vichy del 13 al 16 de diciembre nos sorprendieron tanto como nos afligieron.

Una idea de Benoist-Méchin desencadenó el incidente. En 1939, éste sugería a Abetz que le volviese a Francia las cenizas del Duque de Reichstadt. En aquella época, eso podía tener un sentido, cierto alcance. La idea, recogida en 1940, tenía que parecer ridícula a los franceses en su gran miseria. Benoist-Méchin lo advirtió tan bien que se negó a asistir a la ceremonia. Pero Hitler gustaba de los grandes desfiles por la noche a la luz de las antorchas; aprovecharía ese momento para hacer públicamente respecto al Mariscal un gesto de cordialidad demasiado brillante para que éste pudiese hurtarse. Se organizaría en seguida para él una vuelta por la Francia ocupada, una visita a Ruán, Burges y Orleáns y lo instalaría en Versalles. Ese programa lo cautivaría y esperaban que así dejaría que se iniciase la colaboración militar sin poner obstáculos.

El círculo de Pétain lo veía claro y le abrió los ojos: ¿Qué significa ese desfile? ¿No se haría así el prisionero de Abetz? ¿No se iban a aprovechar de ello para obligarle a ratificar la formación de un Gobierno Laval-Déat? Eso, en el momento en que Estados Unidos le hacía insinuaciones, en que acababa de tomar compromisos con Inglaterra. Sus consejeros más fieles: Bouthillier, Alibert y sus jóvenes secretarios lo impulsaron a la resistencia; él mismo no imaginaba sin ironía el desfile que le proponían en los Inválidos. Huntziger, preocupado, vacilante, no dejaba de describir los peligros que advertía por ambas partes; y Darlan aprobaba de lejos una ruptura con Laval, sin aceptar mezclarse.

Ya durante algún tiempo, Pétain quería separarse de su «delfín». El 9 de di-

ciembre, escribía a Hitler que ésa era su intención, pero la carta, cuya transmisión confió a los generales alemanes, fue conocida por Abetz, que retardó tambien su camino que llegó a Hitler después del 13 de diciembre. El Embajador se aseguraba así de que su Guía se encolerizaría contra el Gobierno de Vichy.

Todo llevaba a la crisis. Hacía varios días que Déat, en *L'Oeuvre,* insultaba a los Ministros del Mariscal y reclamaba su cese. Se encarnizaba contra el más nervioso de todos ellos, Alibert.

Asustado e indignado, éste no respiraba sino venganza. A su orden, el General De La Laurencie, representante del Mariscal en París, hizo que el día siguiente por la mañana detuviesen a Déat, que fue preso.

El 13 de diciembre por la tarde, el Mariscal reunió a sus Ministros y, después, obligó a Laval a presentar su dimisión; se siguió una conversación dura, pero breve; al fin, Peyrouton, Ministro del Interior, se encargó de expedirlo a su propiedad de Chateldón, con escolta. Pero esta escolta, compuesta de caguleros (*) (se hallaban estas unidades «Grupos de Protección»), no pareció tranquilizadora al prisionero. Sabía que Du Moulin deseaba su muerte, pero ignoraba que Méténier, uno de esos caguleros, se había negado firmemente.

Vichy, asediado; el Presidente Laval, custodiado; Brinón, internado en su habitación del hotel Du Parc; cortado el teléfono con París: toda esta escenificación, en un país ocupado en sus tres quintas partes por el enemigo, no carecía de audacia ni de peligro.

Prontamente informado por un periodista norteamericano, Abetz reaccionó de inmediato. Reunió a los informadores en la calle de Lila, se lanzó a un violento discurso contra la «deslealtad de Vichy», denunció «el mal golpe descargado sobre el garante de la colaboración» y aulló grandes frases furiosas. Ordenó la libertad inmediata de Déat.

Mientras la tormenta estallaba en París, el Mariscal, con su instinto de prudencia, explicaba a Brinon sus razones para separarse de Laval y, después, lo enviaba a París. Designaba a Darlan para que representase al Gobierno en la ceremonia y al General Laure para que lo presentase a él mismo.

El 16 por la mañana, Abetz, acompañado por una escolta de policías armados, visita Chateldón; arranca a Laval a sus guardianes y conversa largamente con él. El día siguiente, llega a Vichy; conferencia con el nuevo Ministro de Asuntos Exteriores, Pierre Etienne Flandin, que se debate lo mejor que puede contra una gripe violenta y la brutalidad del alemán galonado. Inmediatamente, el Embajador visita al Mariscal, a quien asiste Darlan. Una escena brutal se desarrolla entonces entre Laval, irritado, que se indigna por la conjura de que acaba de ser víctima, y Pétain, que mantiene su calma a pesar de un ligero temblor de dedos. Laval emplea los términos más ultrajantes, que su interlocutor no pone cuidado en oír. Un oído duro se convierte a veces en recurso de la dignidad.

Por su actitud y por sus palabras, Abetz clama: «O Laval y la colaboración, o nada de colaboración.» Vuelve por la noche a París; Laval lo sigue algunas horas después.

Así, se lucha del 13 al 17 de diciembre de 1940 la batalla política que durante toda la ocupación iba a oponer a la Embajada de Alemania y al Mariscal Pétain.

(*) «Cagoulards», «fascistones» Antiguo Régimen. (T.)

En Francia, la reacción, cuando supo los acontecimientos de esa extraña semana, fue una mezcla de satisfacción y de espanto. Quienes la víspera maldecían al Mariscal como un valido de Alemania se apresuraban a hacerle justicia; quienes hacía poco veían en él una protección contra las cóleras de los alemanes, se inquietaban, y la propaganda de Abetz explotaba este sentimiento.

En las treinta y dos Embajadas o Legaciones reunidas en Vichy, se discutía firme, pero cuando se vio que los nazis no rompían el armisticio y no ocupaban la zona sur, se estimó muy hábil la maniobra del Gobierno francés. Nunca se había visto antes que un país vencido conquistado por Hitler respondiese «no» a los ocupantes con tanta lozanía. No obstante, se compadecía en general a Laval, víctima de ese conflicto, y cuya competencia, habilidad y vasta experiencia reconocían todos en Europa.

Entre los mismos alemanes las actitudes variaban; todos no aprobaban a Abetz. En los medios militares desconfiaban de él, de su política, de sus intrigas, y guardaban para el Mariscal un respeto profesional, con gran estima de su carácter. Las S. S. y otros policías nazis se divertían al ver al Embajador en dificultades, pero aprovechaban la situación para mostrarse más arrogantes y despreciativos con los franceses. Nunca hablaban de su Gobierno sin llamarlo *ein Affentheater* (un teatro de monos). Abetz mismo, en el fondo de su resentimiento, no ignoraba que el 13 de diciembre le trajo un error considerable: Esa aventura lo disminuía a la vista de Hitler, tanto más cuanto que el Guía, en su orgullo, no aceptaría nunca tratar en Francia con nadie, aparte de Pétain.

Las sanciones que se aplicaban a Vichy entorpecían su acción sin estorbarla enteramente; el paso de la línea de demarcación se hacía cada vez más difícil. Las comunicaciones entre las zonas, cada vez más complicadas, y los ministros que se sospechaban habían trabajado contra Laval no iban a recibir ningún pase. El insoportable fardo de los cuatrocientos millones que había que pagar cotidianamente para el mantenimiento de las tropas alemanas en Francia, contra el cual el Gobierno de Vichy no dejaba de protestar, se hacía cada vez más duro y más pesado, y los servicios de ocupación, al multiplicar sus compras en Francia, al utilizar el mercado negro y otros procedimientos ocultos, agravaban más la carga. El Ministro de Hacienda, Bouthillier, había intentado obtener un alivio, pero la Comisión de Armisticio no le respondió; así había suspendido sus pagos en dos ocasiones. Tuvo que reanudarlos ante las amenazas del ocupante.

Flandin, que reemplazaba a Laval, esperaba lograr reanudar las relaciones con los servicios enemigos. Pero todos hacían oídos sordos. En una conversación privada tuvo la desgracia de mencionar a Abetz, llamándolo «el pequeño joven de la calle de Lila», y la desgracia mayor de ser oído por una instalación de escucha alemana. Por noble que fuese Flandin, por diestro y juicioso, por prudente que se mostrase, y a pesar de su esperanza de que los servicios del ejército alemán (el *Majestic)* lo sostendrían, no encontró frente a él sino mala voluntad. En vano el Mariscal despidió a Alibert y, después, a Peyrouton; en vano disolvió los «Grupos de Protección»; en vano reemplazó a la cabeza de la Legión a Xavier Vallat, denunciado por Abertz como hombre de derechas, poniendo al General Daure en su puesto; de nada sirvió: la Embajada de Alemania consideraba todos esos esfuerzos de acercamiento con rostro arisco.

Estas agitaciones y estos conflictos hacían mi trabajo difícil. Yo entraba en la biblioteca con paso quedo, miraba a mi alrededor, intentaba conocer y después

comprender, antes de obrar; pero las dificultades se multiplicaron y los papeles en mi mesa exigían que los firmase; firmaba, puesto que era necesario, con la esperanza de saber muy pronto por qué firmaba y lo que firmaba.

De los tres elementos que formaban la Biblioteca yo conocía dos, pero tenía que aprenderlo todo del tercero. Esa Biblioteca, como las demás, se componía de libros, de polvo y de hombres que viven en los libros y en ese polvo. Durante los treinta años últimos yo no había cesado nunca de manejar los libros; tenía que ocuparme ahora de los hombres, y desde el principio adiviné la tarea ardua: personas cultas, mal pagadas, sujetas a un trabajo minucioso y monótono en locales poco limpios y poco aireados, en relación con un público más nervioso todavía que ellos y guardas de mala salud, siempre prestos a recurrir a su sindicato; todo ese universo estrecho, prieto en esos viejos muros con los olores de buey borgoñón, de sopa de col y los efluvios de los autos que se amontonaban en la estrechura de la calle de Richelieu, ¡qué caldo de cultura para el descontento, la acritud y las querellas!

Yo lo sabía de antemano; tan pronto nombrado, antes de que tomase mis funciones, las cartas anónimas comenzaron a llover; yo hice anunciar que no las leía; entonces, me siguieron llegando firmadas. Al fin, como no las tenía en cuenta, me pidieron citas. Yo intentaba esconderme en las faenas cotidianas, pero me perseguían. En fin de cuentas, al negarme a arbitrar las querellas, recibí bonitos ataúdes pequeños, bien dibujados, y que me dedicaban. El único remedio a tanta acritud me pareció una mejora de salarios, la creación de nuevos servicios y nuevos puestos, la organización de nuevas actividades, un departamento de Música, un departamento de Geografía, etc. Gracias a la buena voluntad del Ministro de Hacienda, que comprendió los problemas, pude lograrlo, pero cada ascenso levantaba tempestades. Apenas me podían perdonar que no fuese cartista; unos me la guardaban por mis buenas relaciones con el Mariscal; otros me denunciaban como «colaborador», y otros, como demasiado tibio con los alemanes.

Creé un servicio de Historia Contemporánea y puse a su cabeza a un historiador muy distinguido que se especializaba en este terreno. Obtuve del Mariscal créditos para enrolar a un número bastante considerable de «parados intelectuales» que yo afectaba a ese servicio sin preocuparme de sus opiniones políticas o religiosas. Pensaba ingenuamente que me guardarían alguna gratitud y que se mostrarían prudentes, aunque no fuese más que por conservar su situación. Creía también que la bibliografía poseía una cualidad calmante. La mezcla de sexos podía desviar también, según mis esperanzas, las especulaciones políticas y las conjuras aventureras. Para ayudarles y para alimentar mejor al personal, creé una cooperativa de abastecimento. Mientras me aplicaba a esas medidas sociales, me dieron la prueba de que uno de los funcionarios del departamento de Música vendía las colecciones de la Biblioteca de la Opera. Su nombre no me permitía publicar el escándalo. Tuve que enviar urgentemente a un hombre discreto hasta Brest, donde se escondían los libros así liquidados, y negociar en París con un coleccionista comprensivo. El contragolpe heroico de la aventura fue que el joven, indignado por mi mezquindad de espíritu, concibió un odio mortal contra Vichy y entró en la Resistencia, donde hizo una carrera brillante. Esta fue mi primera contribución a la causa del General De Gaulle.

¡Ay!, yo no iba a ignorar largo tiempo a los alemanes. Los encontré primero en la persona de dos hombres muy dignos, uno de paisano y muy distinguido y,

el otro, de uniforme y muy militar. El doctor Krüss dirigía la Biblioteca imperial de Berlín y supervisaba todo el sistema en Alemania; el doctor Fuchs se encontraba a la cabeza de uno de los servicios de la misma Biblioteca. Desde entonces, yo debía trabajar bajo su tutela. Krüss se expresaba en un francés muy exacto y conocía todos los matices de nuestra lengua. Poseía además la finura de un hombre de ingenio y la generosidad de un hombre de corazón. Pronto me hizo comprender que intentaría ayudarme, y no contrarrestarme. El doctor Fuchs, en la prisión de su uniforme, me sostuvo un lenguaje cortés, pero poco formalista. Sin odio por Francia, sin desprecio para mí, creía en la victoria alemana y se juzgaba vinculado por la disciplina. Se podía adivinar que Krüss, patricio de Hamburgo, no tenía la misma fe ni los mismos deseos.

Tras ellos se engolfaron en los servicios de la Biblioteca grupos prietos de hombres en verde botella. Unos se arrojaban sobre los catálogos de nuestros manuscritos y, otros, sobre los de nuestros incunables. La tenían tomada con Napoleón, gran saqueador de obras de arte a través de toda Europa; pretendían, pues, encontrar, catalogar y devolver a Alemania los numerosos incunables que el «Gran Emperador», aprovechando sus victorias, había robado en la Alemania renana. Las búsquedas del otro equipo, el de los archiveros, que presidía con majestad, pero no sin miramientos, uno de los hijos del Mariscal Von Rundstedt, quería inventariar y recuperar después todos los manuscritos que poseíamos provenientes de las abadías, ciudades y castillos de las provincias germanizadas. Yo no podía hacer nada para impedírselo. Primeramente, la partida parecía perdida; me esforcé, pues, por facilitar su tarea, pero no por simplificarla, pues se trataba de ganar tiempo. A este efecto, los catálogos inextricables de nuestra casa contribuían a servir los intereses de Francia más de lo que lo habían hecho nunca y ponía a las mentes alemanas en trances dolorosos.

Si en este caso me bastaba esperar, en otro tuvo que obrar rápido. El doctor Furstenberg, que poseía una colección admirable de libros germánicos, tenía la intención de ofrecerlos a Alemania. La persecución nazi cambió su disposición; y apresuró a darla a la Biblioteca Nacional de París. El Reino no reconocía esta donación y pretendía confiscar ese conjunto precioso, pero no podía hacerlo sin poseer el catálogo que el doctor Furstenberg acababa de imprimir y que no había puesto en venta todavía. Ahora bien, esos grandes bultos, en cuanto me habló de ellos, nos decidimos a depositarlos al fondo de mi sótano, detrás de las botellas de vino. La delegación de bibliotecarios alemanes se agotó, pues, buscándolos en vano. En agosto de 1944 encontraron sin esfuerzo el catálogo..., pero yo no encontré mi vino.

Un ceremonial rígido regulaba y facilitaba mis relaciones con los bibliotecarios y los archiveros, pero tenía que soportar además las visitas de dos delegados de la S. D. (Policía Secreta), que ejercían su vigilancia a mis expensas desde que el Mariscal me había encargado recuperar, clasificar y conservar los archivos masónicos. Desde su llegada a Francia, los alemanes ponían la mano en estos documentos contando con utilizarlos bien para su política. Ahora yo los reclamaba. Les molestaba, pero reconocían los derechos del Gobierno francés, supuesto que todo hallazgo en la zona ocupada se les comunicase. Venían a verme regularmente y me hablaban en tono de cordialidad familiar, alternando con amenazas que no se velaban; el jefe, una especie de grueso maestro de escuela, ebrio por verse galones en la manga conservaba cierta llaneza; su auxiliar, de la especie del boxeador

siempre K. O., se encerraba en un silencio hostil. Para asegurarse un medio de vigilancia constante, acababan de meter preso al joven suizo que me servía de intérprete. Hice mil gestiones para su liberación, y la obtuve al fin cuando estuvieron seguros de que aceptaría espiarme.

Abetz se informaba con curiosidad de todo lo que ocurría conmigo. Acababa de entrar en juego con un grupo de masones germanófilos, Rucart, Chateau, etcétera. Los protegía como mejor podía y quería servirse de ellos. Déat me secundaba en esta tarea. El método de Abetz procedía del que Hitler acababa de practicar en Alemania. Invaden las logias, las saquean y después ejercen sobre los masones un chantaje que los transforma en agentes nazis involuntarios, pero celosos. Para desenredar este artificio, el Mariscal, a quien yo había señalado el peligro de la operación, decidió publicar las listas de los miembros de todas las logias francesas. Abetz me la guardó y desde ese día tuvo contra mí un resentimiento que terminó por manifestarse. Yo llegaba a ser un puesto avanzado de Vichy en la zona ocupada. A este título, yo seguía en vinculación íntima con el Mariscal, que se ocupaba él mismo de los problemas masónicos y hacía que Du Moulin ejecutase sus órdenes. Este último, poco contento por verme tan bien visto por su jefe, no me quería más que Abetz.

Gracias a Brinon, que bordeaba como podía entre la Embajada de Alemania y el hotel *Du Parc,* obtuve un pase permanente y mis visitas a Vichy se multiplicaron.

Vichy, en invierno, me parecía desolador. Esa ciudad, sin relojes, sin campanas y sin fuentes, ese gran pueblo dedicado a los médicos y a sus víctimas, esas avenidas sin orden y sin belleza, donde todas las casas ostentan una opulencia chica, un lujo vulgar y pobre, me parecía símbolo amargo de ese Gobierno destinado al sacrificio, que mantenía un orden precario en un país desolado. El invierno riguroso, la falta de carbón, de grasas y de carne, nos hacían a todos tensos e irritables. Vichy apenas estaba mejor provista que el resto del país, y la mesa del Mariscal, donde me recibían a menudo porque les distraía, no valía la de las personas opulentas que el mercado negro abastecía en París. Los ministros ya no me decían, como en 1940: « ¡Ah, si usted supiese lo que he pasado! », sino: « ¡Si usted supiera la vida que llevamos aquí! »

En efecto, el equipo acababa de cambiar. Para calmar a Abetz, Pétain había despedido a Flandin y a otros dos ministros sospechosos de complicidad con el 13 de diciembre. Darlan reinaba como delfín, Ministro de Asuntos Exteriores, del Interior, de la Marina y de Información. El pobre Flandin no había podido mantenerse ante la aspereza alemana, afirmada por Abetz el 16 de diciembre y repetida por Laval en su vana entrevista con el Mariscal en la Ferté-Hauterive el 18 de enero, como lo había sido por Hitler en su conversación con Darlan el 25 de diciembre. Aquel día, todo volvió del revés. Darlan, por culpa de su conductor, llegó con una hora de retraso a la cita; el Canciller, furioso, no dejó de abrumarle con reproches, tanto más vivos por cuanto Hitler terminaba su arenga con esta frase: «Le declaro solemnemente que intento esta política de colaboración con Francia por última vez». Como no quería o no podía vengarse, ladraba. Se lo sintió mejor todavía cuando Abetz, a su regreso de Berlín, sin moderar el tono, no se atrevió a aplicar otras medidas de represalia al Gobierno de Vichy.

Ese Gobierno funcionaba como una monarquía de Luis XIV en que el Consejo de Ministros hubiese tenido derechos análogos a los de la Cámara de Diputa-

dos de la III República. Los nuevos miembros: Chevalier, Caziot, Barthélemy, Belin y Pucheu, todos inteligentes y patriotas, formaban un conjunto homogéneo que, a pesar de las infinitas dificultades del momento, servía lo mejor que podía los intereses del país.

Yo mantenía buenas relaciones con Chevalier desde hacía tiempo. Por él y mis amigos del Gabinete del Mariscal, yo seguía cada decisión, cada deseo del Consejo de Ministros. Chevalier se parecía a un montañés del Delfinado por su alta estatura encorvada, el timbre grave de su voz y las profundas arrugas de su rostro; poseía la inteligencia fina y fuerte de un «señor» de Port-Royal, con el alma trémula de un «hijo de María» adolescente. Cuando los escrúpulos se apoderaron de él, las lágrimas lo inundaban y el horror del mundo lo sumergía. Entonces, ya no se podía más que echar el manto de Noé sobre su cuerpo sollozante. Esta disposición y las maniobras de Du Moulin, que no le perdonaba su intimidad con el Mariscal, habrían traído rápidamente su partida si no hubiese tenido entre sus manos los hilos delicados de una negociación a la que éste daba mucha importancia. Gracias a él y a su amistad con Lord Halifax, un acuerdo secreto, pero eficaz, aseguraba relaciones serenas con la Corona de Inglaterra y garantizó largo tiempo a Francia un mínimo de abastecimento. A los ojos de Lord Halifax, Jacques Chevalier aparecía como el garante de ese pacto. Así, Pétain lo mantenía en el poder todo lo posible.

Churchill no veía con buenos ojos estas negociaciones.

Para gran despecho suyo y para gran chasco de De Gaulle, que no iba a olvidarlo, Roosevelt y su Secretario de Estado, Hull, ejercían también presión sobre el Gobierno inglés para obtener que mantuviese una conducta más moderada respecto de la Francia aplastada y que no bloquease tan estrechamente sus costas. Roosevelt no dejaba de pensar en la guerra que tendría que librar bien pronto y consideraba el Africa del Norte francesa como el punto de desembarco ideal para las tropas, poco aguerridas. Más clarividente que el Primer Ministro, insistía para que se abasteciese al Africa del Norte y Francia, mientras Churchill se encarnizaba acosando a Weygand con cartas estúpidas para que tomase partido contra los alemanes, medio seguro de atraer la pólvora sobre Argelia.

Estas disposiciones de Roosevelt recibieron brillante ilustración cuando se supo que el Almirante más en candelero de la Flota estadounidense, W. D. Leahy, venía a Vichy como Embajador de Estados Unidos. Tal era la manera como el Presidente reaccionaba a Montorio. En ese mismo instante, esa ciudad adquiría el rango en Europa de uno de los últimos centros importantes de negociación.

De paisano, Leahy se parecía a un miembro del Consejo de Administración de un Banco inglés, más respetable que próspero. De uniforme, su frente, que comenzaba en la nariz, y que directamente terminaba en lo alto de su cráneo, imponía. Su palabra lenta, más prudente que Abetz, más imponente que solemne, más precisa que fina, daba una idea de su inteligencia sincera, pero limitada; justa, pero sin matiz; ejercitada, pero nada vasta. No obstante, sus ojos azules tranquilizaban. Su casa se hizo el punto de reunión de todos los periodistas, de todos los anglófilos, que su presencia reanimaba; de todos los germanófilos, que su presencia preocupaba y que querían informarse; y, en fin, de todos a quienes gustaba el whisky, los cócteles y la cocina sencilla.

Al Mariscal gustaba frecuentarlo y sus largas charlas cordiales habían exasperado a Albetz, como irritaban a De Gaulle, si Hitler en esta época no hubiese

desplegado toda su paciencia, todos sus esfuerzos, para evitar el menor incidente con Estados Unidos, que buscaba manifiestamente una ocasión para declararle la guerra. Leahy se guardaba de dejarlo sospechar a Pétain, pero le recordaba largamente su deber de neutralidad, insistía en la salvaguardia de la Flota y la integridad de Argelia; le recomendaba en toda ocasión que tomase una actitud más firme ante Alemania.

Supe que el Mariscal le confiaba su solicitud y sus temores por este pueblo, «su» pueblo, que quería defender, por este país sobrecargado de contribuciones y que tiritaba en el invierno más frío del medio siglo. Hablaba de esa Indochina que Roosevelt se negaba a ayudarle a salvaguardar, sobre la cual el Japón ponía mano gradualmente y un jirón de la cual arrancaba Tailandia.

Leahy aprobaba, admiraba estos sentimientos, sin comprender los deberes que implicaban ni las gestiones a las que arrastraban. Espíritu limitado, sin experiencia de las desgracias, culpaba a la prudencia de su interlocutor, como si hubiese sido posible a los franceses vivir de las raras munificencias que les llegaban de Estados Unidos, de los pocos convoyes que dejaban pasar los ingleses e ignorar la brutalidad germánica.

El Aga Jan, más fino, comparaba entonces la Francia de Vichy a un hombre a quien se hubiese puesto desnudo y sin armas en la jaula de una fiera y al que sus amigos dijeran: «Si le tiras del bigote, te aplaudiremos.» Pero tal imagen parecía incongruente al Almirante-Embajador de Estados Unidos.

Después de estas conversaciones, el Mariscal me atraía a su despacho, me hacía hablar de Estados Unidos, describir a Roosevelt y me preguntaba mirándome a los ojos: «¿Entrarán en la guerra?» Yo respondí que no dudaba, pero que la opinión, conducida por Lindbergh, se negaba a seguir al Presidente y que éste tenía un instinto político demasiado agudo para entrar en guerra sin poseer el apoyo masivo de su pueblo. Le quedaba encontrar el medio. Después, miramos el mapa y buscamos cómo sería la guerra cuando la Fuerza estadounidense interviniese. Nosotros no dudábamos de su victoria. Una buena mañana, Vichy se levantó en la consternación. Abetz, secundado por ese joven aventurero «locuelo» de nombre Fontenoy, ayudado éste por Deloncle, a quien Déat servía de portavoz, fundaba un partido político: el *Rassemblement National Populaire,* o R. N. P. (mediados de febrero). Esta agrupación, que apoyaba más discretamente Pierre Laval, comenzaba su carrera denunciando a Vichy, a los ministros atrasados, la estancada política de los expectantes, y proclamaba que organizaría una «marcha sobre Vichy». Todo me parecía bastante risible; conocía a Fontenoy, simpático, pero de ordinario titubeante. A Deloncle, inteligente, más violento que enérgico, pero errático; a Déat y a la mitad más importante del matrimonio, la señora Déat. Este agregado heteróclito, disparatado y contradictorio, no podía organizar nada viable. Supe poco después que el Alto Mando alemán prohibía la «marcha sobre Vichy».

Para Abetz, era un medio desesperado; sabía que su posición estaba frágil, descontento Hitler de Francia y de él; el Ejército no le permitía nada violento y los nazis lo acechaban porque no era de su agrado. Por medio de sus amigos, difundía sombrías predicciones sobre el porvenir de Francia en el momento de la victoria final (alemana) si no se remitían a él. Pero la censura no lo autorizaba a hacer más y su clarividencia le revelaba que la opinión de las masas, después del fracaso del ataque contra Inglaterra, dudaba del éxito nazi. El flaco éxito del

R. N. P. confirmaba sus ideas deprimentes. Se sentía tan bajo que no rehusaba a Darlan citas en las que reinaba una especie de cordialidad, debida al buen estado de la Flota francesa.

Aquella agria primavera de 1941, Churchill preveía un nuevo ataque alemán y suplicaba a Roosevelt viniese en su socorro; todo se tensaba de nuevo en el Ejército alemán, todos esperaban algún golpe violento, pero nadie preveía aún dónde se daría, aunque los empleados de nuestros ferrocarriles observasen la partida hacia el Este de innumerables trenes de tropas. Por doquier, curiosos signos anunciaban un rebrote de la guerra; Roosevelt arrancaba a su Congreso la «Ley de Préstamos y Arriendos» (13 de marzo de 1941), que le permitía armar a Inglaterra, tomando posiciones de partida para meter a los norteamericanos en la guerra. La opinión aplaudía la victoria que la Flota británica conseguía sobre la de Mussolini. En adelante, podía recuperar la supremacía en el Mediterráneo. Al mismo tiempo, un Ejército inglés tomaba al Dux, Etiopía y Somalia, y otro rechazaba sus tropas a lo largo de la costa norafricana.

Hitler afrontaba este esfuerzo despachando a uno de sus mejores Generales con dos divisiones de la crema, el *Afrika Korps,* para socorrer a sus aliados en Tripolitania. Firmaba una alianza con Bulgaria y, mientras Mussolini fracasaba en su ofensiva contra los griegos, el Ejército nazi se apoderaba de una sola arremetida de Yugoslavia, Grecia e incluso Creta, de donde echaba a los ingleses por medio de la mejor operación aerotransportada que se haya visto. Al mismo tiempo, los nazis intentaban poner pie en los países árabes y suscitaban un levantamiento en Bagdad. Raschid Alí alazaba el estandarte de la revuelta, pero sus fuerzas no le permitían llegar lejos. Transportado por la idea grandiosa de poner mano en el Cercano Oriente, Hitler se esforzaba por ayudarle.

Esta fue de momento una suerte, pero también un peligro nuevo para Francia. El Mariscal, en sus esfuerzos por mejorar la suerte de su país, acababa de enviar a Benoits-Méchin a ver a Ribbentrop (fines de abril), que confesó no comprender nada de lo que pasaba en nuestro país, y a Keitel, que sólo le contestó con amenazas. Pero el 5 de mayo, para obtener de Vichy que dejase pasar aviones alemanes por Siria y que autorizase que sus trenes de abastecimientos socorriesen a Racchi Alí (60 aviones y cuatro trenes de municiones atravesaron Siria), Hitler concedió el retorno de 83.000 prisioneros, una disminución de 100.000 millones de la indemnización diaria y la vuelta a Francia de los Departamentos del Norte.

Todo esto se propone, se discute, se reexamina, se discute de nuevo y, finalmente, Darlan, en uniforme de gala de Almirante de la Flota, con su sable más hermoso al costado, vuela a Berchtesgaden en compañía de Benoist-Méchin, que va a servirle de intérprete y que lleva los expedientes relativos al caso. Sólo él, de hecho, conoce todos los detalles, y el Almirante no se molesta sino para ver a Hitler y ganar por ello un prestigio igual al que Pierre Laval había sacado de Montorio. Todo se mezcla en este viaje: preocupaciones personales, rivalidad política, patriotismo, diplomacia mundial y curiosidad. En el *Berghof,* fortaleza de Hitler incrustada en la montaña, separan a los dos franceses; mientras el Almirante se reúne con Hitler, Ribbentrop y Abetz encierran a Benoist-Méchin bajo llave. El Guía se aprovecha para lanzarse a un monólogo grandioso.

Aconseja paciencia a Darlan y vuelve sus críticas contra el Dux: «Mussolini tiene miras muy precisas. Con el tiempo, yo quisiera que él pudiese comprender

qué injustas e irrazonables son sus reivindicaciones. La mirada italiana debe dirigirse a la cuenca oriental del Mediterráneo... Si gano, veo el mundo de la manera siguiente: primero, es necesario que Francia comprenda que no puede representar ningún papel en Europa Central. El centro de Europa es el Reino alemán... Pero Europa tiene una fachada atlántica. Alemania no es una gran potencia marítima. En consecuencia, la Flota que guarde esa fachada será francesa o inglesa, a elección del Este, yo me encargo...» Quería confiar a Italia el mundo árabe, Grecia y Egipto; a Francia, el Oeste africano... Este discurso no podía sino encantar a Darlan; se le hacía la boca agua y se crecía.

De las diecisiete a las diecinueve treinta horas, Hitler concedió una segunda audiencia, a la que asistía Benoist-Méchin. Este último habló de modo preciso, prudente pero concreto, de las necesidades de Francia; se ahogaba y podía desfallecer, pero en ese momento el Canciller no podía fijar su pensamiento en tal tema; su espíritu erraba por esferas misteriosas. Se lanzó a profetizar el porvenir del mundo y a determinar el carácter de las naciones...; sus palabras y sus ideas eran brumosas. Benoist-Méchin pensaba: «... Tenía la impresión angustiosa de que era incapaz de rehacer el mundo tal como lo imaginaba, que era para él demasiado difícil. Cuanto más lo miraba, más lo escuchaba, tanto más comprendía que no estaba frente a un gran jefe de guerra revolucionario, sino de un militante nacional-socialista. Sus ideas eran demasiado esquemáticas y, su concepto de la estrategia mediteránea, nebuloso...»

Al salir de su despacho, confió su decepción a Abetz. Este respondió solamente: «No lo juzgue por hoy. Tiene una razón: Rudolf Hesse acaba de tomar el vuelo para Inglaterra.» (11 de mayo de 1941.)

El heredero presunto del Reino nazi, el confidente más íntimo de Hitler, acababa de partir para Inglaterra; ante la estupefacción de todos, los funcionarios alemanes recibieron la consigna: «Rudolf Hess ha tenido una crisis de locura». Pero era difícil creerlo, e imposible pensar que hubiese tomado el vuelo el más fiel amigo de Hitler sin su permiso. Se creía tanto menos cuanto que su lenguaje, al desembarcar en Escocia, no tenía nada de insensato. A Sir Ivor Kirkpatrik, a quien vio entonces, declaró: «Los intereses de Hitler son puramente europeos. Si concluimos la paz ahora, Estados Unidos se enfurecerá. Norteamérica quiere en realidad heredar el imperio británico.» Hess concluyó afirmando que su jefe deseaba un acuerdo definitivo con Inglaterra sobre una base que preservase la integridad del imperio británico. Su propia iniciativa tenía por fin darnos la posibilidad de abrir negociaciones sin que la Gran Bretaña perdiese su prestigio... La U. R. S. S. sería integrada al Asia.»

Lo que proponía Hess correspondía a la idea de ingleses como Eduardo VIII, Lloyd George y otros muchos, comprendido Churchill en 1919. Pero el Churchill de 1941, lanzado a una guerra a muerte, sostenido e impulsado por Roosevelt, que le impedía retroceder y lo vigilaba, ese Churchill no podía más que negarse. Lo hizo, con un desprecio que agravó el odio en ambas partes. Lejos de servir a Hitler la escapada de Hess terminó en chasco; le dejó lleno de acritud y de resentimiento.

Que bien pronto no se dirigieron menos a Vichy. Las facilidades que los franceses procuraron a Raschid Alí y a sus protectores no impidieron su desastre. Fue el más lamentable de los fracasos. No obstante, en Tripolitania, Rommel lograba victorias brillantes y meritorias, pero sus pérdidas se acrecentaban y su abastecimiento se hacía difícil. Aguijoneados por el primer acuerdo, los alemanes

propusieron otro, el «protocolo», que firmaron el General Huntziger por Francia y el General Warlimont por el Ejército nazi, preveía la posibilidad para éste de servirse de Bizerta, del ferocarril de Gabes a Sfax y otras cuantas ventajas en Africa del Norte; en julio del 41, la Flota alemana podría utilizar también el puerto de Dakar. Esta vez se entraba en una colaboración militar activa.

Esta no había sido nunca la intención del Mariscal, y tampoco era le de la mayoría de los ministros; sin embargo, Darlan había prometido y era difícil retroceder. Pero, sin rehusar, se tuvo la idea de reclamar una contrapartida en un «protocólogo suplementario», por el que Francia pedía, en pago de estos sacrificios tan comprometedores, ventajas sustanciales: la recuperación del dominio total por el Gobierno francés de la zona Norte, la cesación de toda inmigración germánica a las Ardenas y al Esna, con la expulsión del organismo que se ocupaba de ella, el *Ostland*; un estatuto especial para Alsacia y Lorena, la supresión de los gastos de ocupación, de las detracciones del Ejército alemán en las industrias francesas, el retorno de los prisioneros..., etc. Los alemanes, indignados, respondieron: «¡Pero si les hemos pagado ya!...». Los franceses replicaban: «La primera parte del programa, pero no la segunda.» Y ahí se plantaron. Hitler encogió los hombros, diciendo: «Los franceses no quieren colaborar.»

Una vez más, todos los planes de alianza militar franco-alemana se desmoronaban, pero esta vez el Almirante Darlan, prudente, no había revelado ningún detalle a la Prensa ni al público: nada se divulgó. Los diplomáticos extranjeros y los consejeros de Gabinete no sacaron provecho a su curiosidad. Quedaba que el Mariscal había creído necesario aprobar solemnemente los actos de Darlan (15 de mayo). Quedaba que Roosevelt, indignado, le había enviado una reprimenda por medio de Leahy y acababa de proclamar en Estados Unidos el «estado de extremo peligro» (27 de mayo), lo cuál le procuraba la preciosa ventaja de un dominio más completo del Gobierno y de la opinión. Por lo demás, nunca supo hasta qué punto acababa de fracasar ese nuevo plan de cooperación franco-germánica.

Aquel fin de mayo, el Mariscal comprobaba el fallo de Darlan, que reponía el Gobierno francés en la situación en que se encontraba antes del 13 de diciembre de 1940, no sin algunas ganancias, no obstante, pero cada vez más precarias por causa de la oposición, que levantaba la cabeza en todos los rincones.

Del lado de Alemania, no había nada que temer por el momento: las circunstancias protegían a Francia. Hitler debía ocuparse de la situación grave en que lo ponían las derrotas italianas en todos los terrenos; echaba pestes contra Mussolini, pero ocultaba su más grave preocupación. Desde la visita de Molotof a Berlín en noviembre de 1940, las relaciones germano-rusas tomaban un giro peligroso; Stalin no disimulaba sus miras sobre los Balcanes. Acumulaba divisiones y tanques a lo largo de la frontera rumana. Ya en junio del 40, viendo a los alemanes comprometidos en el Oeste, se habían aprovechado para tomar Besarabia y Bucovina. En vano Rumania había pedido ayuda al Canciller alemán; éste, lejos de ayudarle, le obligó además a ceder la Dobrucha del Sur a Bulgaria y gran parte de Transilvania a Hungría, que reclamaba su parte del botín. La U. R. S. S. lo había aprobado entonces, puesto que ello debilitaba más a su vecina, a la que se preparaba a asaltar una vez más.

Hitler, durante esas semanas, no paraba. Sabía que si los soviéticos se apoderaban de los campos petrolíferos de Rumania, todo su plan de guerra se encontraba desbaratado de antemano y su situación se hacía crítica. Sin embargo, las

necesidades de la guerra en Grecia y en Yugoslavia retardaban la operación que quería iniciar y la hacía más precaria. Triunfando en todos los lugares, se veía como un sitiado amenazado en su punto más débil.

Churchill echaba pestes contra sus generales, incapaces de detener a Rommel, y contra los estadounidenses, demasiado lentos para actuar.

Roosevelt se debatía contra la propaganda de los pacifistas, aquella sociedad *America First,* cuya organización en el centro del país se hacía poderosa, ruidosa y tentacular.

Pétain sabía que el tiempo jugaba contra él y que Leahy se le desapegaba, cuando hacía cinco meses que constituía su apoyo más sólido.

De Gaulle no podía consolarse por ver a Estados Unidos tan parcial por Vichy, tan obstinado en apartarlo. En vano Churchill y Halifax insistían cerca de Hull para que Estados Unidos ayudase a las colonias africanas adictas a los *franceses libres*. Roosevelt se negaba: sólo le interesaban Argelia y Marruecos.

En fin, colmo de la desgracia, si los *franceses libres* podían atacar a Siria con ayuda de los británicos contra las tropas de Vichy y el General Dentz, éstos sacaban provecho, una vez ganada la victoria, para conceder a Dentz una capitulación honorable, para marcar a los franceses de Pétain una estima que no probaba a las tropas gaullistas. Después, pretendía retener esta colonia y el General tenía que amenazar y tronar para obtener un dominio precario sobre Siria y el Líbano.

Tales escenas no simplificaban sus relaciones con el Primer Ministro; éste encontraba cada vez más difícil vivir con el General, quien decía llevar la colaboración como una cruz: la de Lorena, bien entendido.

Los alemanes no se irritaban menos contra Pétain, culpable por haber rehusado la ayuda de sus *stukas* para Siria, porque no dudaban que, con tal socorro, habría rechazado a los anglo-gaullistas.

El Mariscal se preocupaba poco de estas recriminaciones, pero padecía por ver que las colonias francesas se le escapaban una tras otra y se separaban de Francia, quizá para siempre.

Así, de un cabo al otro de las Cancillerías no había sino despecho.

De un cabo a otro de Francia, se suspiraba contra ese invierno demasiado largo, demasiado riguroso, y sólo de la naturaleza se esperaban las satisfacciones de la primavera.

6. EL GIRO

Aquella mañana de junio, primero fresca y húmeda, torcía a cálida cuando el señor De Metternich y yo salimos de la abadía de Solesmes, donde acababa de presentarlo el abad.

Visitaba con él Mena y Angevia para mostrarle las iglesias y los monumentos más bellos, los que había que respetar a toda costa, pues había recibido la misión en el Ejército alemán de velar por la salvaguardia de las obras de arte en los países ocupados. Llegaba de Grecia y visitaba Francia.

En el instante en que el automóvil iba a arrancar, Dom Cozien salió aprisa del monasterio y nos volvió a llamar: «La radio anuncia —nos gritó— que las tropas alemanas han atacado a los soviéticos a las cuatro de la mañana y han penetrado en territorio ruso.» Después de haberle dado las gracias, volvimos a subir al coche y, al arrancar, Metternich me dijo: «Alemania está perdida».

Me costaba creerlo. Todo anunciaba, al contrario, una inmensa victoria de los asaltantes; sacaban provecho de la sorpresa y hacían a las primeras horas miles de prisioneros.

Los rusos no preveían el ataque y, menos que cualquier otro, Stalin. Desde hacía varios días, Roosevelt le hacía alertar; Churchill le había prevenido y le había enviado a Sir Stafford Cripps para repetírselo; desde hacía varias semanas, los espías pagados y los espías voluntarios le repetían: «Los nazis van a atacarle.» Stalin les hacía callar con irritación. En fin, el mismo Embajador de Hitler, el Conde Schulenburg advertía a Dejanásof del ataque inminente. Stalin mantenía su actitud tranquila. A sus generales y a Timoschenko, que lo hostigaban, replicaba: «No insista, camarada Timoshenko, no hará sino sembrar el pánico». Y mientras corría la sangre por toda la enorme extensión del combate y 1.200 aparatos rusos eran destruidos en el suelo y los enemigos tomaban las ciudades fronterizas, Stalin callaba.

No dejaría hablar a Molótof hasta la tarde. Entonces, la alerta se difunde en el inmenso Imperio; se sabe la sorprendente noticia de que Hitler, sin declaración de guerra, se arroja sobre la Patria soviética; hay que combatir en adelante al enemigo por donde se encuentre. Pero ¿cómo comprender la ceguera del dictador, cómo explicar que, después de un día de guerra, ruegue todavía al Embajador japonés que busque una conciliación entre Alemania y Rusia? Después, Stalin logra reponerse, ordena un contraataque en todo el frente, pero después del fracaso tan grande de este esfuerzo, se desplomó en una especie de crisis nerviosa: «Todo lo que Lenin ha creado lo hemos perdido para siempre», exclamaba hundido.

¿Qué ocurría a Stalin?, ¿no amontonaba tropas a lo largo de las fronteras alemanas desde hacía tiempo? ¿No acumulaba divisiones frente a Rumania? ¿Se pueden conciliar estos hechos? De modo manifiesto odiaba a Inglaterra por encima de todo y la consideraba la única gran nación reaccionaria de Europa, la más capitalista. Temía todo de ella, desconfiaba de todos los gestos de Churchill y englobaba a Roosevelt en su desconfianza. Hitler, al contrario, le parecía sencillo, comprensible y cercano a él. Salía de la nada, como él; dominaba por su prestigio y su partido, como él; empleaba la violencia, como él; le había proporcionado los documentos que permitieron proceder a la gran purga militar que confirió a su poder una solidez nueva. Alemanes y rusos, cómplices desde 1922 (Rapallo), engañaban al resto de Europa desde esa fecha; de lo que sacaban ventaja unos y otros. Recientemente todavía, la campaña de 1939 acababa de procurar a los soviéticos un enorme botín sin pérdidas ni gastos. ¿Cómo iba a desconfiar Stalin de Hitler en estas condiciones, cuando todas sus sospechas se volvían contra las naciones capitalistas?

Al cabo de algunos días de aturdimiento, cuando los alemanes continuaban avanzando, pero, gracias a la solidez del Partido y a su dominio del país, la resistencia comenzaba a organizarse, Stalin salió de su inercia, regresó a Moscú y tomó la situación en su mano. Insistió en su voluntad de luchar sin miramientos; incitó a sus hombres a morir sobre el terreno; se puso a preparar nuevas fábricas en el Este; desplegó por todo el universo a sus espías, agentes secretos y propagandistas, en una guerra a muerte contra Alemania, aunque fuese en el corazón de Alemania. Pareció entonces que el nazismo, en su estructura, cedía al comunismo; ya que Hitler fuese más clemente, ya que supiese desconfiar menos, redes secretas prosoviéticas nacieron en seguida en la intendencia, la diplomacia y en el centro mismo del Gran Cuartel General de los nazis. El más famoso tenía su dispositivo en Suiza, gracias a un tal Roessler. Un sobrino del Almirante Von Tirpitz dirigía otro en pleno Berlín. En todos los rincones los había.

Fue entonces cuando descubrí la importancia de las oposiciones al régimen hitleriano en los mismos órganos del hitlerismo. Algunos vinieron a mí; encontré a otros entre mis amigos franceses. Por encargo de Tirpitz, conocí a su cuñado, el Conde Von Hasselt. Por uno y otro pude medir la amplitud de la conjura militar anti-nazi. El motor de ella era el Almirante Canaris, jefe de la oficina de espionaje y de contraespionaje*(Abwehr)*. Combatía al nazismo como un cruzado que pretendiese destruir un monstruo infecto. Algunos días antes de la ofensiva de mayo de 1940, había prevenido al Estado Mayor inglés. No obstante, Hitler lo mantenía en su confianza y los grandes jefes militares lo cubrían, a él y a sus subordinado Oster, que llevaba las operaciones más osadas. Su deseo era la paz rápida con Occidente.

Las frecuentes visitas de la S. S. a la Biblioteca y su estúpida charla me habían enterado de que entre ellos reinaba otra tendencia. Hasta el final, admiraron al comunismo que combatían. Hasta el final me hicieron su elogio, reservando todo su odio para el catolicismo, los burgueses y el Ejército francés. A la larga me pareció que el impulso venía de Bormann. Este hombre, una especie de bruto, torpón y opaco, sucedía a Hess en la confianza de Hitler; no le dejaba más que un paso y llegaba a ser su consejero íntimo. En vano Hitler intentaba mantener su situación. Al lado de Bormann, su prestigio empalidecía. Goering, por su parte, seguía siendo como un decorado de ópera para una pieza grotesca. En cuanto

había podido, se había opuesto a la guerra del Este; él y sus amigos industriales la consideraban la última de las locuras. Pero Hitler no los escuchaba ni los respetaban. Contaba con quebrar el Ejército ruso en algunas semanas, hacer trizas del cuadro comunista y rechazar a los soviéticos al otro lado del Ural. Después podría ocuparse de Inglaterra nuevamente y en seguida, ésta aplastada, hacer la paz.

¿Lo habría logrado, quizá, comenzando su ataque el 25 de mayo? Pero se había retrasado un mes. Subestimaba el vigor combatiente de los rusos en su país, el dominio de la población por el Partido y no preveía la inmensa ayuda providencial que llegaría a Stalin.

En cuanto se enteró de la ofensiva alemana, Churchill, arrebatado, saltó en la radio y clamó su simpatía por la U. R. S. S., su deseo de ayudarla y de combatir a su lado. Ese ruido no era desagradable y complacía a la multitud, pero Stalin apenas creía en él. Nunca lo creería y, entre sus aliados, Churchill seguiría siendo siempre al que trataría desde lo alto.

El 25 y 26 de julio, el dictador rojo recibió otro mensaje mucho más importante. Un curioso pájaro le caía del cielo, procedente de Estados Unidos, vía Londres: Harry Hopkins. En una misión prestamente improvisada, pero querida por Roosevelt, traía un mensaje decisivo: «El señor Hopkins —decía la nota del Presidente—, está en Moscú a mi demanda para discutir con usted una cuestión de importancia vital: ¿Cómo podemos poner a su disposición de la manera más rápida y más práctica la ayuda que Estados Unidos pueda prestar a su país en su magnífica resistencia contra la agresión traidora de la Alemania hitleriana?» No era cuestión de pago ni de garantía de compensación. Roosevelt lo ofrecía todo en un impulso generoso.

En mal ánimo, enfermo, zarandeado por el avión y casi exánime. Hopkins llegó a Arcángel, donde tuvo que sufrir una enorme comida; quedó encantado, sin embargo, porque en él se despertaba una alegría nueva al encuentro de los soviéticos, como si hubiese hallado su patria, hasta entonces desconocida. Este débil, este nervioso, se encaprichó con esos colosos masivos y cúbicos. Su entusiasmo creció aún más ante Stalin. No encontraba ahí nada de aquel mundo burgués que odiaba: así, le propuso sin restricción todo lo que quería, todo lo que pudiesen fabricar las fábricas de Estados Unidos, todo lo que pudiese hacérsele llegar. Stalin aceptó buenamente, tanto más cuanto que no se le pedía nada a cambio. Las oleadas de ametralladoras, cañones antiaéreos, camiones, tanques y aviones iban a fluir sin cesar durante toda la guerra e iban a permitir a los rusos reponerse, respirar, rechazar a los alemanes y, al fin, batirlos.

El sueño de Roosevelt, del que me había hablado en otro tiempo Dávila, comenzaba a entrar en la realidad y Alemania, cogida entre las dos naciones más populosas, más ricas y más activas del mundo, se encontraba condenada, como lo estimaba el señor De Metternich.

En Francia, incluso, la atmósfera cambiaba.

Aquel lunes 7 de julio, al ir a Vichy en una de esas temporadas de verano largas y bochornosa, en que tras nubes luminosas pesa una tempestad que espera su hora, encontré a los ministros, jefes de Gabinete y agregados muy deprimidos. El desgraciado fin del asunto sirio afligía a los militares. La aparición de células comunistas en todos los rincones preocupaba al Ministerio del Interior y el aumento constante de las exigencias alemanas exasperaba a todo el mundo.

El General Huntziger, Ministro de la Guerra, me recibió con su bondad habitual, pero con una tristeza que no ocultaba: «Los alemanes nos hacen la tarea imposible —dijo—; sus exigencias ciegas y torpes impiden toda colaboración verdadera. Por lo demás, ahora se hace evidente que ya no pueden tener éxito; una conquista en Rusia es imposible, una victoria total es una quimera y sus comunicados ocultan mal su situación real. Desgraciadamente, estamos cogidos en Francia entre facciones igualmente ciegas, igualmente violentas y que juegan con los sentimientos exacerbados de nuestro público: los que descuentan el éxito completo y final de Alemania, los que creen en una victoria rápida de Inglaterra. Todo ello no es más que ficción. Y para nosotros sólo una política prudente hasta la hipocresía, matizada en todos sus detalles y conforme a las circunstancias de cada semana convendría a nuestros intereses esenciales, pero nadie parece comprenderlo. Nadie quiere aceptarlo; todos pretenden gesticular para la opinión.»

Los demás ministros que visité me acogieron con una cordialidad hundida que caracterizaba el humor de Vichy aquel día. Yo había ido para llevar al Mariscal, siempre curioso, informes sobre la masonería. En él encontré esa llaneza irónica que se preservaba de ilusiones y de saltos de humor. Parecía considerar el destino como un mal compañero a quien no hay que prestar demasiada atención, pero a quien hay que tratar con prudencia, paciencia y astucia. Al salir de su despacho, en la esquina de un pasillo, Du Moulin se lanzó a mí y me reclamó con urgencia un proyecto de ley para eliminar a los masones de las funciones públicas. No lo había querido seis meses antes, cuando el público lo habría aceptado fácilmente, y yo me extrañaba por ese brusco cambio. «Usted no comprende nada —me dijo—. En política hay que dar de cuando en cuando un puñetazo y, después, pasar a otra cosa. La popularidad del Mariscal está en baja; hay que sacudir a la opinión...»

Vi que se libraba una lucha áspera entre bastidores entre el vicepresidente del Consejo, el Almirante Darlan y todo un grupo de ministros. Darlan sufría entonces la influencia de los medios alemanes, que se encarnizaban contra esos ministros, hombres bastante jóvenes, activos y muy eficaces. En verdad, el lado que los unía era su común amistad con un hombre de valor, Jacques Bernaud, uno de los directores de la Banca Worms. Pero la propaganda nazi no los juzgaba bastante flexibles y Déat, siempre desencadenado contra las mentes de Vichy, los denunciaba como «sinarcas», del nombre de una sociedad secreta, surgida poco antes de los medios científicos e industriales franceses. Era una impostura, pero, ¿qué importaba, puesto que eso podía acrecentar el desorden de Francia?

Yo lo sentía en la Biblioteca Nacional. La primavera me había encontrado en discusión con el doctor Fuchs; quería obligarme a devolver a París las reservas, libros raros, estampas preciosas y otros tesoros de la Casa situados por mi predecesor y por mí en rincones tranquilos de la zona Sur. «La guerra ha terminado —me decía—. Es necesario que el público alemán pueda encontrar en la Biblioteca Nacional todas las obras que necesite...» Yo rehusaba: «La guerra no ha terminado, en modo alguno.» Pero se fue y, pasándome por alto, dio a uno de mis bibliotecarios la orden de ir a buscarlos a mis expensas en uno de los depósitos más cercanos a París.

No obstante, conseguí entonces la victoria en otro terreno. En la lucha contra sus colegas investigadores, había encontrado el argumento maza: «No se puede, no se debe desplazar ninguna obra, porque no se pueden rehacer los catálogos y

prevenir de los traslados al público culto». Esta razón pareció primero artificiosa, pero, cuando en seguida los ingleses comenzaron a bombardear Berlín, Hamburgo y los puertos franceses, los bibliotecarios alemanes tuvieron que rendirse a mis razones. Era un punto ganado. Pero había que combatir y bordear constantemente. Un buen día, un general de Aviación tan decorativo como titulado, vino a pedirme de parte de Goering que le prestase *Les Chasses de Gaston Phébus,* uno de los manuscritos mejores, más ricamente ilustrados de nuestras colecciones. No podía negarme y no me resignaba a aceptar, cuando, mirando la tarjeta del general, y aquel nombre que evocaba antiguos recuerdos de la historia germánica, me vino a la mente decirle: «Yo no debo prestar nunca este manuscrito; pero si usted me da su palabra de caballero de que me lo devolverá usted mismo dentro de tres meses, se lo entregaré». El manuscrito me fue devuelto tres meses después, traído por el mismo general.

Si yo veía a veces el buen lado de los alemanes, su honradez intelectual y su sentido de la dignidad, veía a menudo el horror del nazismo. En esta época, en que se obligaba a los judíos franceses a que llevasen un redondel amarillo sobre el pecho, todo ello me parecía tan repugnante que yo opté por pasearme por las calles con una amiga judía adornada con su redondel. Yo ocultaba como podía en la zona Sur a nuestros bibliotecarios judíos. Era más difícil mover a los guardianes; en los casos peligrosos, les pagaba seis meses de sueldo. Les decía que desapareciesen en un rincón donde se les pudiese encontrar y que no diesen señales de vida antes de varios meses. En conjunto, tuve éxito. Fui menos afortunado con mi predecesor, que no quiso dejar París. La señora Abetz me advirtió discretamente, por medio de una de sus amigas, que pronto lo detendrían si no se escabullía. El mismo día le envié a mi secretario y mi coche para ayudarle a huir. Rehusó. Una semana después llegó la Policía alemana y quiso primero detenerme y después reconoció su error. Reclamó su dirección, que yo no revelé, pero que supieron descubrir. El desgraciado fue deportado; no obstante, el doctor Krüss logró hacerle pasar víveres —nosotros le enviábamos también de Francia— y hacerle instalar como bibliotecario en uno de los campos de concentración. Su suerte no fue por ello menos cruel.

El odio a los alemanes crecía con sus procedimientos bárbaros; penetraba en las masas y se infiltraba en todos los medios.

El Mariscal no podía nada. Pero, de rebote, su influencia bajaba. Desde hacía un año, preconizaba la «Revolución Nacional». En toda la Francia libre, los excombatientes, agrupados en la Legión de Excombatientes, servían de garantes de esa política. La fórmula nueva, el espíritu generoso y la tendencia tradicionalista de ese movimiento valieron al Mariscal el apoyo de los elementos sanos y serios del país. Argelia, en particular, aceptó con gusto ese marco y esa fómula. Bien entendido, molestaba a los alemanes, disgustaba a los comunistas y muchas personas la encontraban insípida. Una revolución que no derramara sangre les parecía ridícula. Pero Pétain no la quería. Déat, pues, hacía chacota de «la revolución al agua de rosas».

El único resultado sorprendente, la medida más fecunda de este programa, fue la ley que creaba subsidios para las madres de niños pequeños. A partir de ese día la natalidad ascendió en toda Francia. Por útil que fuese eso daba que reír a uno. Algunos hombres, no desprovistos de valor, que vivían en la zona ocupada y que venía a aumentar la grosería germánica, la audacia comunista y las

violencias recíprocas, concibieron entonces un plan para crear una *Legión de Voluntarios Anti-Bolcheviques* que combatiría al lado de los alemanes bajo bandera francesa, por la causa común de todas las patrias, de todas las civilizaciones surgidas del cristianismo. Doriot, el Jefe del P. P. T., fue su principal artífice, con Benoist-Méchin.

Nada es fácil para un pueblo vencido: los jefes alemanes rehusaron admitir entre ellos a soldados con uniforme francés; aceptaron, sin embargo, la bandera y concedieron una insignia tricolor en la manga izquierda. Lo cual no podía dejar de estorbar el reclutamiento. A los oficiales franceses, que preparaban sordamente la revancha, repugnaba ver a jóvenes franceses partir para combatir a los rusos en el otro cabo de Europa, cuando ellos querían utilizarlos contra los alemanes en Francia mismo o en Argelia. Mientras tanto, un acontecimiento misterioso y sangriento vino a hacer la situación más tensa. Al visitar Laval el cuartel de la L. V. F., un voluntario llamado Colette tiró contra él y lo hirió gravemente, así como a Déat. No se supo nunca por quién o por qué obró así. Abetz, por sus manejos, atraía a la zona norte a tantos aventureros ambiciosos y turbios ávidos de un papel político y dispuestos a todo, a fin de lograr que se enredasen estas intrigas. Eugène Deloncle pasó de ordinario por el instigador del crimen. Algunos ven más bien la mano de los comunistas.

Asociaciones ocultas, periódicos clandestinos y reuniones secretas, intrigas turbias, bullían en todos los rincones. Francia se encontraba en plena guerra civil, y esa guerra civil se extendía por todo el continente, por todo el universo. En Francia, el Ejército Secreto, el *Intelligence Service,* la resistencia local, la resistencia guallista, la resistencia comunista, las tres o cuatro policías alemanas, organizaban los atentados, los reprimían, se devoraban entre ellos y, a veces, colaboraban sin que el público pudiese comprender nada. Algunos pertenecían al mercado negro alemán, a la resistencia local, a la Gestapo y al *Intelligence Service;* éstos eran los prudentes. Pero, de cuando en cuando, desaparecían y ya nadie sabía más de ellos. Yo fui por turno solicitado, amenazado; solicitado y amenazado al mismo tiempo por diversos grupos, pero tenía bastante trabajo con mis libros para entrar en ese laberinto, tan sangriento como inexplicable.

Los comunistas llevaban la danza mejor organizados, mejor armados y sujetos a una disciplina más estricta; ejercían una influencia después de junio del 41. Su técnica tenía una cualidad particular: un grupo bien entrenado asesinaba a uno o a varios oficiales alemanes, por la noche, en una ciudad de provincias y desaparecían inmediatamente. La policía nazi no lograba encontrarlos nunca; así, después de muchas investigaciones, de ruido y de amenazas, el mando local detenía a cierto número considerable de rehenes, la mayoría no comunistas, que fusilaban en seguida. A veces, los alemanes llevaban la cortesía hasta someter la lista de rehenes al Gobierno francés, que a veces no tenía nada que decir, a veces protestaba y salvaba algunas personas a expensas de otras. Pucheu cometió la imprudencia de prestarse a eso, y le costaría caro. Así, esos atentados permitían a la vez exasperar a los ocupantes, indignar a los ocupados, poner en mala postura el Gobierno de Vichy e inspirar a las poblaciones un santo terror ante los comunistas.

Se puede decir que estos procedimientos de guerra revolucionaria se desparramaron de un cabo de Europa al otro (exceptuada Suiza) a partir de junio-julio de 1941. Ejercía sobre las poblaciones una virtud maléfica y fascinante. Los jó-

venes, los sacerdotes, los seminaristas, los estudiantes y los escolares se encontraron cada vez más atraídos por esa especie de guerrilla que tenía grandes vacaciones, juegos al escondite y asesinatos para adolescentes. Con una habilidad cuidadosa, los marxistas los impulsaban adelante y guardaban a sus cuadros entre bastidores, para conservarlos para la postguerra. Los mayores se contentaban con imprimir periódicos, distribuir hojas clandestinas o dibujar pequeños ataúdes, que enviaban por correo a los enemigos y conocidos.

En esta atmósfera, que se infiltraba hasta el interior de la Biblioteca Nacional, nos pareció fantástico escuchar el gran comunicado norteamericano titulado «Carta del Atlántico», que Roosevelt y Churchill difundieron por los aires a través del mundo el 14 de agosto de 1941.

Roosevelt no lograba inspirar a su pueblo el deseo de la guerra ni el fervor democrático, que aprobaba pasivamente la ocupación de Islandia, la ley de Préstamos y Arriendos para Inglaterra, la defensa de los convoyes marítimos por los destructores, etc., pero para hacer que los admitiese los presentaba como medidas de protección destinadas a mantener a Estados Unidos fuera del peligro nazi. No obstante, Churchill se quejaba cada vez más del peso de la guerra. Inglaterra se arruinaba, no conseguía formar un ejército capaz de luchar contra los alemanes en campo raso; la campaña de Africa del Norte se hacía cada vez más dura. El Primer Ministro perdía la paciencia y recordaba al Presidente sus promesas.

Ese, después de entrar Rusia en guerra, buscaba un medio de sacudir a su pueblo, de reanimar el coraje inglés y, sobre todo, de intervenir en la gresca. Empleó toda su habilidad para chasquear a políticos, periodistas y a su propia familia para escabullirse y reaparecer una buena mañana de agosto en el norte del Atlántico en un barco de guerra estadounidense, el «Augusta», al lado de un acorazado británico, sobre el que ondeaba el gallardete del Primer Ministro. La bahía de Argentina rebosaba de flotas angloamericanas, en medio de las que se ostentaba el «Prince of Wales», el mejor barco de guerra inglés.

Fumando sus puros y bebiendo su whisky, el Primer Ministro no dejaba de repetir: «Declare la guerra, declare la guerra antes de que Rusia se hunda, como le ocurrirá después de que caiga Moscú y antes de que nosotros estemos bajo los cañonazos.» Llevó con él a su Estado Mayor terrestre y naval y discutió con el Estado Mayor norteamericano, llevado al terreno. Ya se esbozaba la colaboración militar, pero ¿qué hacía el Presidente? Se ocupaba, primero, de cuestiones precisas; preveía a Churchill que, ganada la victoria, habría que resignarse a suprimir los tratados de privilegios comerciales, abrir a todos todos los mercados de materias primas, liberar las colonias, comenzando por la India, porque quería llegar a la igualdad de los pueblos. Churchill enrojecía, se inflaba como si fuese a estallar, protestaba; pero terminaba por confesar...: «Usted quiere suprimir el Imperio británico... Pero, a pesar de ello —y su dedo se agitaba—, a pesar de ello, nosotros sabemos que usted es nuestra única esperanza...» Desde marzo de 1939 Roosevelt lo había maniobrado y ahora se encontraba allí donde el Presidente había querido llevarlo. Lo sabía, haría todo para salir; pero sabía también que fracasaría.

Seguro de que Estados Unidos no concluiría un mercado de engaños al entrar en la guerra, Roosevelt dio entonces el primer paso oficial: aceptó proclamar solemnemente la «Carta del Atlántico», con ocho artículos: No queremos conquistas; no deseamos cambios impuestos por la fuerza a las naciones; profesamos

«el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos»; queremos garantizar a todos el libre acceso a todos los recursos del Universo; queremos llegar a la colaboración de todos los pueblos en el plano económico, a fin de elevar su nivel de vida; después de la derrota de los nazis queremos que todos puedan vivir al abrigo del miedo y de la necesidad; queremos que todos puedan viajar libremente; estimamos que todas las naciones deben renunciar al uso de la fuerza y que es necesario establecer un sistema de seguridad mundial para llegar al fin de los armamentos, que arruinan a los pueblos.

La partida estaba jugada. Se echaban las campanas a la entrada en la guerra de Estados Unidos. Roosevelt prometía más y mejor que Wilson. En adelante las mujeres estarían con él, los profesores, los catedráticos de Universidad y otros, los periodistas y el gran equipo de los idealistas estadounidenses.

No obstante, quedaba un paso que hacer, un paso delicado, puesto que Hitler, a pesar de todas las provocaciones, no se decidía a declarar la guerra, y que el pueblo seguiría al Presidente sino el día en que fuese atacado, abofeteado, en plena cara. Sin embargo, tenía su idea: la había dejado entrever a Churchill y la había revelado a su hijo Eliott en una reunión ya antigua; era una tarde de septiembre de 1940. El padre conversaba con su hijo:

«Somos una nación prendada por la paz —decía—. Esto es más que una realidad, es también un modo de pensar. No esperamos la guerra, no queremos la guerra y no estamos preparados para hacer la guerra. La chatarra —¡no te rías!— no es considerada material de guerra. En consecuencia, el Japón o cualquier otro país con el que tenemos relaciones comerciales puede comprárnosla bien. Y, sin embargo... Mucho más, si cesásemos de golpe nuestros suministros de chatarra al Japón, éste podría considerar a justo título nuestra actitud como inamistosa y destinada a sofocarlo y arruinarlo comercialmente. En fin —proseguía—, Japón podría a buen derecho ver en tal gesto de nuestra parte, suponiendo que el Japón nos creyese mal preparados a la guerra, imperfectamente armados, podría incluso utilizar este pretexto para amenazarnos con la guerra.»

A buen entendedor, baste. Churchill pudo dejar la bahía de Argentina tan tranquilizado como inquieto. Ganaría su guerra gracias a Estados Unidos, pero tendría que pagar a Estados Unidos.

Los servicios secretos de Estados Unidos ya estaban colocando sus peones. En Argelia, el Coronel Beaufre acababa de ver a su Cónsul Cole, y a un oficial en misión secreta, el Coronel Solborg; éste fue el comienzo de la organización que iba a llegar al desembarco aliado en Africa del Norte. Pronto Lemaigre-Dubreuil tomó en sus manos el asunto, y Murphy, el sutil diplomático, se empleó a preparar los espíritus para informar a los Estados Mayores norteamericanos para establecer los programas y repartir los papeles. El General Giraud, que acababa de conseguir una evasión brillante de las prisiones alemanas, preparaba, por su parte, un vasto proyecto para incitar a Francia a la guerra y vengar su fracaso; como después se unió al equipo que trabajaba en preparar el Africa Norte francesa como una plataforma de partida para la ofensiva aliada, de la cual se veía ya el Jefe.

El General De Gaulle no sabe nada, y eso será, posteriormente, uno de sus numerosos agravios contra Estados Unidos. Pero ve que le llegan tropas nuevas y sus efectivos, por fin, comienzan a hincharse. Es la época en que comunistas, masones y los demás elementos de la izquierda francesa se ponen a contar con

él y a agruparse a su alrededor. Para dar más cuerpo a su movimiento, para acercarlo al parlamentarismo y la democracia, de quienes se quiere presentar defensor, crea el «Comité Nacional», especie de pequeña asamblea consultiva que sirve más bien para elevar su prestigio que para completar su Estado Mayor. En su nombre da órdenes y trasmite consignas. Como sus aliados comunistas, estimula a los atentados. Declara a sus fieles: «En esta fase terrible de la lucha contra el enemigo es necesario que el pueblo francés reciba una consigna. Esta consigna se la voy a dar. Viene del Comité Nacional Francés, que dirige a la nación en su resistencia. Hela aquí:

«Es absolutamente normal y está absolutamente justificado que los alemanes sean muertos por los franceses. Si los alemanes no quisiesen recibir la muerte a nuestras manos no tendrían más que quedarse en casa y no hacernos la guerra. Más pronto o más tarde, por lo demás, TODOS ellos están destinados a ser abatidos, ya por nosotros, ya por nuestros aliados. Quienes entre ellos caen en este momento por el fusil, el revólver o el cuchillo de los patriotas, no hacen más que preceder en poco a TODOS LOS DEMÁS en la muerte».

Esta proclamación, de tono y de carácter y de voluntad revolucionarios, probaba bien que el General De Gaulle aceptaba entonces el punto de vista y las consignas comunistas. Ya no se trataba de una guerra nacional, regulada por las antiguas convenciones del derecho de gentes, sino de un inmenso conflicto social en que el asesinato sustituía al combate. No obstante, recomendaba también el no matar a alemanes en la zona ocupada. Pero, por encima de todo, ponía sus esperanzas en Roosevelt.

Algunos meses después lo saludaba en un gran discurso del 20 de enero de 1952: «No hay buen francés que no aclame la victoria de Rusia.» Añadía: «... es con entusiasmo como el pueblo francés saluda el éxito y la ascensión del pueblo ruso, porque la liberación y la venganza se hacen desde este momento, para Francia, agradables probabilidades... En el orden político, la aparición cierta de Rusia en el primer rango de los vencedores de mañana, aporta a Europa y al mundo una garantía de equilibrio por la que potencia alguna tanto como Francia tiene buenas razones para felicitarse...»

Estas aclamaciones entusiastas afectaban poco a Stalin. Entonces no pensaba sino en retirar apresuradamente sus fábricas, situadas demasiado al Oeste; en reforzar sus tropas, que el brusco ataque alemán sorprendía, zarandeaba y diezmaba, y, en fin, a recuperar su alto mando, trastornado por las primeras derrotas. Para él, la Francia vencida no merecía ni atención ni estima. De Gaulle, sin dinero, sin efectivos y sin diplomacia, las merecía mucho menos. Churchill e Inglaterra tampoco conseguían desarmar sus sospechas ni superar el desprecio que le inspiraban los fracasos ingleses en todos los frentes. Sólo en Hopkins acababa de encontrar un admirador como le gustaba tenerlos; sabía que Estados Unidos estaba sabiamente trabajando por su propaganda, sus servicios secretos y sus espías. De aquel lado contaba con encontrar ayuda, y quizá más.

De Gaulle perdía el tiempo queriendo atraer su atención y su simpatía. No encontraba mejor acogida en Washington, a donde enviaba a Pléven en julio del 41. Este le informó que veía su crédito nulo; la situación mal preparada; a Hull, hostil, y al Presidente, desviado. No obstante, obtuvo el participar en las conversaciones tripartitas sobre el «Préstamos y Arriendo», pero sólo a título de experto. De Gaulle no lo toleró, y le prescribió: «Yo no acepto que usted, re-

presentante de Francia, asista solamente como experto a una conferencia tripartita. Usted asistirá con derechos iguales a los demás conferenciantes o usted no asistirá...» Al fin, en septiembre-octubre, Samuer Welles recibió a Pléven oficialmente para asignarle que Estados Unidos no enviaría representantes cerca de De Gaulle...

Cada vez más, la política de Washington fijaba Argelia como su objetivo; cada vez más buscaban evitar todos los choques con Vichy, sin mostrarles, sin embargo, ni estima ni cordialidad. Pero habría parecido fatal suscitár su mal humor o, ante todo, sus sospechas. Así, Leahy, que no dejaba de criticar a Darlan por sus maniobras germanófilas y de reprocharlas al Mariscal, continuaba frecuentando a éste en pie de cordial amistad. En los dos cuadros de Londres y de Vichy, Francia, vencida, disminuida todavía por sus divisiones, descendía al grado más bajo del descrédito y del infortunio. La población, que veía venir con espanto el segundo invierno de ocupación, intentaba en vano encontrar en los periódicos, en los comunicados de radio y en las ondas diseminadas alguna noticia que diese la esperanza de un fin próximo.

Aquellas jornadas tibias y lluviosas de octubre, cuando los álamos se desnudaban de golpe, encontré la actitud y la disensión establecidas entre los diversos ministros, entre los servicios y en todos los medios en Vichy. A pesar de sus precauciones, los estadounidenses no se habían mostrado lo bastante prudente en Argelia, y los alemanes, siempre preocupados por la presencia de Weygand en Africa, enseñaban los dientes. Acosado por Abetz, Darlan obligó al Mariscal a llamar al General (18 de noviembre). Tenía que implorar constantemente al Alto Mando alemán suavizaciones del régimen de armisticio, gracias para los rehenes, un régimen más humano para el Norte y el Este, etc. Entre la espada y la pared, el Almirante, a pesar de su ingenio, sentía que se agotaba su crédito.

El mismo Pétain sufría en ese otoño de 1941 los dos fracasos más bochornosos que pudo sentir. Hacía tiempo que soñaba con dar a Francia un régimen corporativo; consultaba a los historiadores, los sociólogos y los militantes obreros; al fin, ese plan, que le parecía el mejor medio para reconciliar a los patronos y a los obreros, unir el presente al pasado y disminuir la influencia comunista en las fábricas, recibía su última forma. A pesar de la resistencia de sus dos Ministros, Pucheu (Interior) y Belin (Trabajo), lo publicaba en el «Boletín Oficial». Al día siguiente supo que, por obra de las autoridades ocupantes, ese número del «Boletín» había sido secuestrado en la zona ocupada. La Carta de Trabajo se encontraba amenazada de muerte.

Al mismo tiempo su círculo, y Ménétrel en particular, no dejaba de reprocharle que su horror a la sangre derramada hubiese desazonado la «Revolución Nacional» y la hubiese ridiculizado ante el público. Algunas decenas de muertes, un buen fusilamiento y la ejecución sensata de los principales culpables de la derrota habrían devuelto a la «Revolución Nacional», afirmaban, su prestigio y su influencia sobre las multitudes; al mismo tiempo el extranjero —enemigos y neutrales— habría visto que el Gobierno de Vichy no era un Gobierno de viejas. Este lenguaje, al fin, sin persuadirlo, lo impresionó. Y para satisfacer a sus jóvenes consejeros decidió organizar en Riom el proceso solemne de los responsables de la guerra; mientras tanto, según sus planes, creaba un Consejo de Justicia Política, formado por altos funcionarios y catedráticos de Derecho, para decidir de la suerte de esos acusados. El 15 de octubre aplicó su veredicto: re-

clusión para Gamelin, Blum, Daladier y Reynaud; para los demás, detención en Burasol. Después de estas sanciones «judiciales» quedaría al tribunal de Riom examinar si esos culpables no habían cometido también el crimen de usurpaciones políticas.

Esta proclamación, desconcertante y poco lógica, produjo los resultados más enojosos; primero, parecía que perseguía a quienes condenaba así y cuyas responsabilidades se olvidaron, e inmediatamente proporcionaba a ellos y a sus abogados: Ribot y Le Trocquer, la ocasión de someterlo a juicio a él mismo y de investigar sus responsabilidades pasadas en el armamento y la estrategia de Francia. Estos hombres de talento no dejaron de hacerlas destacar, exponerlas y volver a ellas en toda ocasión, con la complicidad de Laval. Así, durante aquellas semanas negras, lluviosas y llenas de dificultades, conseguían hacer olvidar la responsabilidad de sus clientes y su desplome ante el ataque alemán, para no mostrarlos sino como víctimas de un Gobierno tan injusto como grotesco. Se podía censurar estas noticias en la prensa, pero las radios inglesas y gaullistas las aprovechaban, y esos «criminales de guerra», a quienes se pudo fusilar en julio de 1940, en medio de la aprobación general, aparecían ahora como víctimas sacrificadas por los alemanes y sus amigos.

El Mariscal ya no podía nada y sus dos jóvenes consejeros hacían chacota de esas audiencias, que perjudicaban tanto a su Jefe. Este, mientras tanto, se esforzaba por todos los medios por mejorar la suerte de los franceses. Intentó ver si no podía hacer que obrase Goering, que pasaba por más razonable y más ponderado que los demás jefes nazis. Pero la entrevista del 1 de diciembre no dio ningún resultado. Goering ya no podía levantar la voz en Alemania; permanecía en su rincón, quieto y preocupado por conservar sus prerrogativas de Jefe de la Aviación, porque después del fracaso de su ofensiva contra Inglaterra había perdido todo prestigio. Enmascaró su nulidad con una mixtura de arrogancia y de falsa grandeza. Las cartas que Pétain escribió entonces a Hitler no conocieron mejor suerte; el Canciller respondió, no obstante, con más cortesía, subrayando a su interlocutor su estima, pero sin ocultarle que ya no contaba con Francia y que, por consiguiente, no estaba dispuesto a concederle ningún favor.

Más aún: hablaba de Francia a sus Generales sin cólera, pero les explicaba que pensaba en crear una «Borgoña», en establecer bases nuevas permanentes en las costas francesas del Atlántico. No obstante, afirmaba también que Francia seguía siendo una nación próxima a Alemania; no se podía ni se debía aniquilarla. Ante el porvenir brumoso pasaba de un sueño a otro.

Súbitamente, de modo brusco, inexplicado, el cuadro administrativo alemán, que gravaba tanto a nuestros departamentos del Noroeste, desapareció en ese momento. Ni el ejército y la Embajada dieron explicación, y no se podría ver en ello un efecto para satisfacer a Vichy, sino más bien un resultado de las dificultades en que comenzaba a encontrarse el Tercer Reino, corto de cuadros y corto de efectivos. Hitler, comprometido a fondo en su ofensiva contra los soviéticos, se obstinaba en prolongar esa cruzada, que censuraba su Estado Mayor, espantado por el creciente peligro. Alemania no se había tomado el tiempo para preparar de modo suficiente esa empresa gigantesca: no tenía bastantes armas, bastante material, ni bastantes reservas. Sin duda, bajo el empuje de tropas bien adiestradas, los rusos cedían terreno; pero los generales gritaban alarma.

¿Qué importaba al Guía? Llamaba a los generales la «última logia», o bien

la «oposición», y pensaba que si tomaba Moscú el comunismo se hundiría y la Administración soviética volaría en pedazos; contaba después con su propaganda, con sus espías lanzados en paracaídas y con su estrella para completar su triunfo. No se atrevían a decirle lo que se sabía: las guerrillas soviéticas, desplegadas tras las líneas alemanas contra todos los convoyes, en todas las carreteras y los coches de Estado Mayor amenazados por la menor carrera, no se atrevían a mostrarle la imprudencia de su estrategia: lanzar a las fuerzas nazis contra la capital rusa en tres columnas separadas por vastas extensiones; esa «ofensiva estridente», que el Guía juzgaba genial, encerraba los peores riesgos.

Cierto que los prisioneros huían hacia la retaguardia; cierto que los ejércitos de cobertura soviéticos eran zarandeados; cierto que se había obtenido una victoria brillante. Pero los más juiciosos preveían que las dificultades iban a comenzar; estimaban demente no limpiar el terreno al avanzar entre los tres dientes de la ofensiva. Pero Hitler, transportado por su destino, gritaba a todos por toda respuesta: «Avancen, avancen; tomen Moscú. Ya veremos después».

En Francia, en Inglaterra, en Estados Unidos y en el universo entero, todos consideraban esta inmensa batalla con una curiosidad enfebrecida. Sin embargo, algunos miraban también de otro lado, donde se formaba la borrasca. Los japoneses ocupaban ahora Indochina, que Francia, vencida, sin ejército y sin aliados, no podía disputarle. Incluso su flota seguía impotente, puesto que alemanes, ingleses y estadounidenses le prohibían moverse. Los invasores podían apoderarse impunemente de una zona rica de té, caucho y otros productos, desde donde amenazaban a Malasia, una de las joyas económicas de Inglaterra. Su Estado Mayor pretendía aprovechar bien estas conquistas fáciles y prometedoras. Pero alrededor del Emperador las personas sensatas no ignoraban que un conflicto con Estados Unidos sería muy peligroso. Así, el Gobierno belicista cayó el 18 de julio, para dejar el puesto al Príncipe Konoyé, cuyas inclinaciones pacíficas eran conocidas por todos. En la misma época, el Estado Mayor de la Marina en Washington recomendaba al Presidente una política pacífica sin embargo (22 de julio), pues la flota no estaba presta todavía.

Roosevelt lo pasó por alto; el 25 de julio ordenó que se «congelasen» todas las propiedades japonesas en Estados Unidos y se impusiese un embargo virtual sobre el comercio entre los dos países. Afirmaba a la nación que eso constituía el mejor medio de apartar al Japón de una política belicosa; de hecho no podía sino estimularla. Además prohibió toda exportación de petróleo, mazut, etc. al Japón, y después creó la «Comisión de Defensa Económica», presidida por Henry Wallace, que prohibió toda relación con 400 firmas comerciales, en su mayoría japonesas. Finalmente apretó el bloqueo del petróleo y prohibió la utilización de seda natural a las fábricas de vestido. De golpe, el Japón, el principal proveedor de seda de Estados Unidos, se hallaba privado de todo medio de pagar sus compras norteamericanas.

Mientras tanto, el Príncipe Konoyé insistía para verle, para obtener de él una entrevista, fuese en Hawai o en otra parte, y el embajador yanqui en Tokio conjuraba al Presidente que aceptase, afirmando que Konoyé deseaba un acuerdo y podía hacer concesiones. La respuesta llegó clara y untuosa a la vez. Roosevelt no consentiría en ver al Príncipe más que si el Emperador nipón aceptaba su punto de vista y las condiciones, sobre todo morales, que le ponía. Eso era poner la carreta delante de los bueyes o intentar insultar al negociador japonés. El en-

cuentro no se produjo nunca y Konoyé cayó sustituido por el General Togo, un jefe de guerra.

La negociación continuó, sin embargo, pues Tokio quería tomar tiempo para preparar su ataque y Roosevelt se negaba a declarar la guerra, acto que el Congreso y la opinión pública no le habrían perdonado. Como la Marina estadounidense poseía los secretos de las claves de la flota japonesa, el Presidente podía seguir paso a paso la preparación del enemigo. Señalaba a sus almirantes que había peligro, pero sin insistir demasiado. Una catástrofe inesperada le serviría. En la calma de su despacho en Washington esperaba, ordenando su colección de sellos.

Seguía ordenando sellos la mañana del domingo 7 de diciembre, cuando se le comunicó de que la aviación japonesa acababa de atacar a la flota estadounidense marrada en Puerto Perla y de destruir buen número de acorazados. La noticia agitó al país. Roosevelt, el único, apareció sonriente, cómodo y como aliviado.

Así lo vio Mis Perkins, y así lo encontraron los demás Ministros, convocados a toda prisa. Y desde ese momento, transformado en dictador, amo de la guerra, dirigió a su gente, galvanizó a la multitud entontecida, utilizó la indignación general, concretó a su alrededor una serie de nuevos servicios destinados a acrecentar lo más rápido las fabricaciones de guerra, a organizar la Marina de guerra, el ejército, a enganchar al pueblo y a estimular y dirigir la opinión. Su papel fue universal: apareció como un mago, como un dios de la guerra.

Bien entendido, los almirantes no se equivocaban. No se pudo impedir que los japoneses tomasen Hong-Kong ni avanzasen audazmente por el sur del Pacífico. Pero, ¿qué le importaba a Roosevelt? Tenía «su guerra» y veía extenderse ante él las perspectivas que esperaba hacía tiempo. Enfermo, prisionero de su carretilla, revivía y desarrollaba una energía de quien nadie le habría creído antes capaz. Terminadas para él las diplomacias, las negociaciones y todas las artes de la paz, ya no quería olvidar nada para el combate sin piedad que pretendía librar. Incluso apremiaba al «Comité de Sabios», que se dedicaban a las investigaciones atómicas y que esperaban encontrar nuevas armas para Estados Unidos.

El destino le procuraba todo lo que deseaba. Quería hundir a Alemania ante todo. Pero habría sido difícil obtener un voto del Congreso para declarar la guerra a Hitler cuando el país acababa de sufrir el ataque japonés, peligroso en sí mismo, y los senadores habrían juzgado este peligro demasiado grande para que se buscase otro.

Hitler cometió la locura de declarar la guerra a Estados Unidos.

Esta nueva evolución encantaba al Guía. Estimaba que ahora Inglaterra y Estados Unidos tendrían que dedicar todos sus esfuerzos a la lucha en Asia y que le dejarían tranquilo frente a Rusia. Al hacer el gesto caballeresco de comprometerse contra Estados Unidos, deseaba que el Japón hiciese lo semejante y declarase la guerra a la U. R. S. S. Se equivocó. Japón se estuvo quieto, más interesado por Asia que por Europa, y poco deseoso de mezclarse en una batalla tan formidable.

El año terminó, pues, con este cambio de decorado. La guerra civil se hacía mundial. Roosevelt parecía conducirla, pero el verdadero duelo seguía desarrollándose entre Hitler y Stalin.

A finales de diciembre este último se marcaba un punto. Mal vestidas, muy poco numerosas y acosadas por las guerrillas, las divisiones nazis, después de

haberse acercado a Moscú, fracasaron en su último asalto. El frío les mataba un número inmenso de hombres. Se hacía casi imposible utilizar las ametralladoras, de hacer que arrancasen los tanques después de hacer que sus motores se parasen por la noche; mientras que los rusos, con más gasolina, dejaban que los motores de sus tanques marchasen todo el tiempo y podía utilizarlos en todo instante. Las predicciones del Estado Mayor alemán se realizaban. El Guía sufría su primer fracaso. Y sufría otro en el Mediterráneo, donde Rommel debía retroceder.

Churchill, ebrio de alegría, se precipitaba a Washington y preparaba su guerra con Roosevelt. No tenía bastante entusiasmo, bastante simpatía ni bastante gratitud.

En Vichy, después de una sobria comida, bastante morosa, el Mariscal me preguntaba:

—Los norteamericanos, ¿pueden ganar esta guerra?

—No lo sé —respondí—. Pero sé que pueden hacer que se gane.

7. DOBLE JUEGO

No pensábamos sino en el encuentro de Washington, donde los Dos Grandes organizaban el ataque contra el imperio nazi. Estábamos reducidos a especular, pues los periódicos alemanes se contentaban con observaciones sarcásticas, comparando la impotencia militar de los ingleses, dispuestos a dejarse batir en todas las partes del mundo, con el genio comercial de los estadounidenses, más hábiles en manejar la máquina de escribir que la ametralladora.

Los raros periódicos suizos que llegaban a la zona libre y las arengas de Payot proclamaban por doquier el idealismo de los aliados, que se guardaban de difundir a los cuatro vientos sus intenciones y sus amenazas. Yo no experimentaba ningún placer por conocer los menús que el Presidente ofrecía a su huésped, y conocía bastante a Estados Unidos para no tomar, sino con reservas, las promesas que podía hacer un beligerante preocupado por obtener el apoyo de los neutrales, y, sobre todo, de los Estados suramericanos.

Sin embargo, el Mariscal me daba informaciones y los periodistas estadounidenses de Vichy me ofrecían otras. Las raras cartas que llegaban de ultramar coloraban esta pálida pintura.

Una vez en Estados Unidos, Churchill se precipitó hacia la Casa Blanca como hacia la Tierra Prometida. Se arrojó al cuello de Roosevelt, quien lo acogió como hermano. Charlaban interminablemente, almorzaban, comían y bebían juntos; paseaban, formaban proyectos y se daban grandes seguridades mutuas; unos hermanos gemelos muy queridos y separados mucho tiempo no se habrían abrazado más estrechamente.

El Primer Ministro llegaba con una vasta corte de generales, almirantes, ayudantes de campo, escribas y su médico particular. Este séquito participaba en la fiesta con más compostura, sentía la actitud algo protectora de los jefes estadounidenses. Padeció penosamente cuando hubo de tolerar que la guerra fuese dirigida desde entonces por Washington y no por Londres, y, en fin, concibió preocupaciones al saber que tendría que compartir los envíos de Estados Unidos con los rusos, los chinos y los demás aliados eventuales. No obstante, el entusiasmo ranació cuando Hopkins mostró las cantidades que iba a alcanzar desde 1943 la producción anual estadounidense: 100.000 aviones, 75.000 tanques, 35.000 cañones antiaéreos, 10 millones de toneladas de barcos mercantes; sin contar los cañones antitanques, las ametralladoras de todas clases, las bombas de avión, para las que no se fijaba límite. Churchill, transportado, declaró que Hopkins era un verdadero «don del cielo».

Después, en nombre de Estados Unidos, de Inglaterra, de los dominios, de

Bélgica, China, Checoslovaquia, Luxemburgo, Países Bajos, Noruega y, para terminar, la U. R. S. S., proclamaron que sus programas y sus planes se conformarían a la Carta del Atlántico. Excluían con cuidado, a pesar de las protestas del Primer Ministro, a De Gaulle y a su gente. Se cambió algo la fraseología de ese texto en el último momento. Roosevelt, siempre atento a su opinión pública, y sensible al hecho de que había sido atacado violentamente por haber olvidado la «libertad religiosa» en las «cuatro libertades» repetidas por él en el curso de otra proclamación, rogó a Litvinof le confiase si ello molestaría a Stalin. Litvinof, después de pensarlo, se dijo que más valía insertar la «libertad de conciencia», la cual, como se sabe, ¡nunca ha dejado de respetarla la U. R. S. S.! Roosevelt, encantado, le aseguró que en su lenguaje, que debía a Jefferson, «conciencia» valía por «religión», pues la religión de Jefferson permitía al creyente adorar a un dios, cualquiera que fuese, incluso a ningún dios. Litvinof hubo de transmitir estas informaciones al Politburó, que adhirió a la fórmula «libertad religiosa». Stalin no se detenía en tan pocas dificultades.

Para complacer a los rusos se habían cambiado varias frases, puesto que no se plegaron a ninguna de las concesiones que se les pedía, salvo a la fórmula religiosa, que importaba a Roosevelt. Churchill, que se obstinaba en defender a De Gaulle, terminó con una querella ardorosa con Litvinof, que no lo quería. Otra dificultad iba a irritarlo muy pronto. Eden, de regreso de Moscú, le previno que Stalin exigía de sus nuevos aliados que le reconociesen la posesión de los Estados Bálticos y de Polonia oriental; acababa de anexionarlos. Churchill cogió otra rabieta, pero también en vano. Algunos días después tuvo que tragar la píldora, como tantas durante esos tres años.

Una de ellas se le atragantó. Aquella tarde charlaban en la Casa Blanca en gran cordialidad; Roosevelt aprovechó para declarar que había llegado la hora de que Inglaterra liberase las Indias sin más espera. El Primer Ministro hizo un esfuerzo para tragar saliva, y después, colocando su puro en el cenicero, se lanzó al más vehemente de los discursos. ¡Cómo, esa joya del Imperio británico, ese nudo de su poder en Asia; el pueblo al que los anglosajones acababan de aportar orden y seguridad arrojarlo a la anarquía en plena guerra! Después de la victoria, sí; convocaría una asamblea constituyente si era necesario; concedería a la India todo lo que pidiese de razonable. Por el momento estaba luchando, tenía a Hitler entre manos, a Japón, a Mussolini, ¿y tendría que desmantelar, además, el Imperio?... Bajo este torrente Roosevelt se calló.

Pero volvió inmediatamente a la carga por carta, por mensajes, por insinuaciones... Y la India, a decir bien, comenzó a agitarse, estimulada por Gandhi, que Churchill metía en la cárcel, y por Chandra Bose, a quien sostenía los alemanes. Si Roosevelt trabajaba con Churchill para destruir el imperio nazi trabajaba con Hitler para destruir el Imperio británico. Iba a hacer otro tanto con sus aliados y amigos. Al discutir con los japoneses en 1941, ¿no les había sugerido que liberasen Indochina para hacer de ella una «Suiza asiática», lo que le permitiría entenderse con ellos? Durante todo el mes de marzo, Winston, que veía el peligro, no dejaba de echar pestes contra Franklin, que le «estropeaba la guerra».

En Washington la exaltación, la fatiga y la irritación le causaron su primera crisis cardíaca, que lo conmovió mucho, aunque su médico le ocultó la gravedad. En una guerra tan dura, cuando hay que guardarse a la vez de sus enemigos e

incluso de sus aliados, si se es el menos sólido del grupo, el fardo llega a ser aplastante.

En Vichy el Mariscal había hecho que le extendiesen sobre una pared un vasto mapa del mundo, y estábamos considerándolo juntos: «Si permanecen unidos, batirán a Alemania», decía. «Pero eso durará. Conozco a los ingleses. ¿Cree usted que los norteamericanos logran apremiarles?» «Lo dudo», respondí; «los ingleses son lentos, lo que irrita a los estadounidenses. Pero Estados Unidos no quiere sacrificar a sus hombres. Hacen una guerra de material, y el material no se construye en un día.» «Si permanecen unidos», proseguía Pétain, «Hitler, atacado en dos frentes, caerá, como Guillermo II en 1918. Pero ¿podrán entenderse hasta el final con los soviéticos?» «Lo temo. No es que no desee su victoria, pero temo la de Stalin, que va a dominar a Europa y atribuirse la parte del león o del lobo. Roosevelt le cederá todo, aceptará todo: tan beatamente admira el inmenso poder de los rusos y tanto lo han acostumbrado a venerarlo su mujer, Hopkins y su círculo.»

Aliados, unidos bajo un solo Estado Mayor, Gran Bretaña y Estados Unidos libraban contra sus enemigos una guerra coordinada, en unión íntima con los soviéticos. Hitler libraba combates agotadores contra tres enemigos encarnizados, sin poder contar con la ayuda de Mussolini y sin poder arrastrar a los japoneses a romper su pacto de neutralidad con la U.R.S.S. Se lo negaron francamente el 18 de enero de 1942. El Guía no podía contar sino consigo mismo; así, se proclamó general en jefe de todos los ejércitos alemanes.

De este modo manifestaba su descontento con sus mariscales. No les perdonaba la derrota que acababan de sufrir durante ese invierno del 41-42, cuando sus tropas tuvieron que retroceder 100 kilómetros ante el empuje de los grupos reforzados por las divisiones de Siberia, frescas y habituadas a los inviernos duros. La neutralidad nipona salvaba a Stalin y a Moscú.

Correspondía a una política premeditada, en que el doble juego servía de regla; en Asia meridional, guerra a los enemigos de Alemania; en Asia septentrional, entendimiento con el enemigo más peligroso de Alemania. Los japoneses no se estimaron bastante fuertes para una guerra en dos frentes: todo su ejército se encontraba comprometido en China, toda su flota en el Sureste. No podían nada contra Rusia, y se contentaban con esperar la victoria nazi. Allí donde combatían todo iba bien para ellos. Sus flotas obligaban a la de los aliados a retirarse al mar de la Sonda y lograban incluso destruirlas en febrero. Su ejército ocupaba Filipinas, las islas de la Sonda el 15 de febrero. Singapur, la plaza más fuerte de toda Asia, el centro de la flota inglesa en Extremo Oriente, caía después de algunas horas de combate, y el mejor ejército colonial británico se rendía. Churchill pensó enfermar. Después se hacía fácil para los japoneses tomar Nueva Guinea, Java...

Al mismo tiempo, Rommel, después de organizar su *Afrika Korps,* atacaba las posiciones aliadas y las barría a lo largo de la costa de Tripolitania; perseguía a sus divisiones sin respiro y, desde ese momento, se veía a Egipto en peligro. Malta, bloqueada desde hacía meses, podía caer; la flota inglesa sufría derrotas crueles y perdía el dominio del Mediterráneo. El Primer Ministro sentía titubear la confianza del Parlamento. Contrariedad aún más grave, Marshall llegaba a Londres animado por la idea de que había que atacar a Francia lo más pronto posible, y que un desembarco aliado terminaría la guerra. «Sí, con un desastre», respondía Churchill, que aceptaba, no obstante, el plan, pero hacía retrasar la fecha. Le

mostraba a Roosevelt que las pérdidas humanas serían inmensas, y lo persuadió así. Él volvía, por su parte, al proyecto esbozado en Washington de un desembarco en Africa del Norte. Tenía que batirse en todos los lados a la vez de manera agotadora.

No comprendía nada. ¿Cómo el Presidente, tan favorable al desembarco en Argelia y en Marruecos durante sus entrevistas de enero, podía cambiar la chaqueta tan rápido? No se daba cuenta de que el viento giraba en Washington; desde que se les ayudaba oficialmente y se les proclamaba como buenos demócratas y sinceros liberales, los soviéticos ejercían en Estados Unidos una influencia creciente por medio de sus espías, sus agentes, sus diplomáticos y todo el grupo de periodistas que se llamaban «liberales», pero que habrían llamado mejor «bolcheviques de salón». Ahora bien, Hopkins se emparentaba con todos estos hombres y Marshall seguía a Hopkins de cerca. A partir de esa fecha veremos siempre que este general sigue en Europa y en Asia la línea de conducta más favorable a los intereses soviéticos. Stalin, que encontraba difícil luchar contra el peso aplastante del ejército alemán, y que veía a sus divisiones desplomarse inagotablemente, deseaba cuanto antes una intervención en el otro extremo de Europa, pues nada entorpecería más a los nazis. Quería un desembarco en Francia. Es curioso que, en la misma fecha, Leahy registraba en Vichy el rumor de que si los aliados desembarcaban en Francia, 100.000 excombatientes se precipitarían inmediatamente para unirse a ellos. Ya se ve: la campaña soviética estaba bien llevada.

Mientras Churchill se obstinaba en contra, Hitler husmeaba el viento. Lo veía tempestuoso. Sin dudar de la victoria ni de la superioridad de su ejército, tampoco ignoraba la debilidad de su aliado, de la que se quejaba a sus confidentes. Los fracasos del invierno le hacían medir mejor los recursos de los rusos, el número infinito de sus divisiones, la saña y calidad de sus tropas y, sobre todo, las dificultades de una zona de ejércitos inmensa, difícil de vigilar, embarazada por las guerrillas, sin buenas carreteras e imposible de pacificar.

Reasumió, pues, una antigua idea, la de octubre de 1940 y la de mayo de 1941: una alianza con Francia. Lo cual le proporcionaría efectivos; bien encuadrados por sus alemanes, pensaba que los franceses se batirían mejor que los italianos y que se bastarían para mantener en jaque a los anglosajones si se les ocurría agitarse en el Oeste. El embajador, como agente dócil, convocó a Jacques Benoist-Méchin, que servía de enlace entre él y el gabinete del Mariscal; examinó la cuestión con él, la exploró hasta el fondo y vio las dificultades del problema. Pétain y Darlan las vieron mejor que él y se arreglaron para que no se hablase más.

Abetz reasumió también, por su parte, una antigua idea que no le había dejado nunca: devolver el poder a Laval, en quien ponía su confianza y cuya flexible inteligencia le gustaba. Las circunstancias se prestaban a ello. En París todo un grupo de financieros se agitaban, juzgando a Darlan demasiado lejano y muy poco preocupado por sus intereses; les parecía que, gracias a ellos, si Laval volviese al poder, todo iría mejor; la que se llamaba «la pandilla de la calle de Tronchet», de la que era centro Jacques Barnaud, de la Banca Worms, trabajaba en el mismo sentido que Abetz por un cambio de gabinete en Vichy. Lo mismo ocurría alrededor del Mariscal; su joven médico, Bernad Ménétrel, agitado, vanidoso siempre, en busca de aventura y de poder, no había podido entenderse con

Darlan, que, finalmente molesto, lo había castigado echándole de Vichy por algunas semanas. Durante ese exilio no le vino la sabiduría, sino un violento deseo de vengarse. Tan pronto fue restablecido en sus funciones, actuó. Dos veces al día cuidaba al Mariscal; entraba en cada instante en su despacho; tenía su propia policía, su red de informadores, y podía repetir a su ilustre patrón que todo marchaba mal en Francia e insinuarle después que la causa era una mala administración. Supo enrolar también a la señora Pétain, cuyas cualidades morales no estaban, igualmente, adornadas por el brillo intelectual. Todas estas fuerzas reunidas trabajaban por el retorno de Laval.

Darlan no contaba sino con un defensor serio, Leahy; y, además, este defensor apenas lo estimaba: se contentaba con preferirlo a su competidor. Primero, importunó al Jefe del Estado y a Darlan para obtener de nuevo la garantía de que la flota francesa nunca sería entregada a Alemania y de que Africa del Norte sería defendida contra Hitler. Apenas acababa de obtener estas garantías cuando uno de los corresponsales estadounidenses en Francia, R. Heinzen, le anunció el retorno seguro y próximo del ex Jefe del Gobierno (26 de marzo del 42). Avisó a Roosevelt, que redactó para el Mariscal un mensaje duro, en que le prevenía «que el nombramiento de Laval para un puesto importante del Gobierno de Vichy haría imposible que Estados Unidos mantuviese su actitud de apoyo respecto de Francia». A lo cual Heinzen le reveló de buenas fuentes las intenciones de Laval: enviaría a algunos franceses a combatir contra los bolcheviques, pero se negaría tenazmente a movilizar para Hitler y a atacar a Estados Unidos. Contaba con la estimación que le tenía Hitler para obtener ventajas que servirían a Estados Unidos mismo y que nunca ninguna otra persona podría arrancar al ocupante. El norteamericano escuchaba en silencio.

Este silencio era su mejor arma; tuvo la equivocación de salir de él y declarar a su protegido que Estados Unidos no admitiría tal Gabinete; le mostró incluso la nota de la Casa Blanca. El Almirante, que entonces no perdía ripio, cometió la estupidez de repetirlo al cónsul nazi en Vichy. Este se apresuró a alertar a Abetz, que previno a Berlín. La respuesta que recibió le permitió acorralar al Gobierno francés. Según que éste escogiese o no a Laval, el Canciller juzgaría que Francia prefería la amistad de Estados Unidos o la de Alemania (10 de abril de 1942).

Ahora el Mariscal ya no podía resistir.

Así, Leahy se enteró entonces del regreso de su bestia negra como Vicepresidente del Consejo, con las carteras de Asuntos Exteriores, de Economía y de Propaganda. Por debajo de él, un equipo bien escogido lo respaldaba; Darlan no conservaba sino el título de sucesor de Pétain, con el mando de los ejércitos.

Para apaciguar a su amigo de ultramar, René de Chambrun, acompañado por Ménétrel, visitó su embajada; se esforzó por explicar por qué su suegro reasumía el poder y que ello no debía inquietar a nadie, sobre todo a Estados Unidos; después el nuevo Vicepresidente vino en persona en visita oficial. Con calor, con franqueza y con emoción, habló de su amor de la Francia machacada sin defensa, de su ardiente voluntad de protegerla mejor de lo que habían hecho sus predecesores, su odio a los bolcheviques y su alejamiento y desconfianza de Inglaterra. Leahy no pudo negar la benevolencia, pero anotó en su cuaderno de bitácora: «Pierre Laval, decididamente, no está de nuestro lado en esta guerra».

A su viejo amigo del Hotel Du Parc dejó un mensaje cordial. Después de

haber registrado las promesas de Pétain: «Sí, tendremos que colaborar con Alemania en el plan económico, pero nunca en el plano militar...», se retiró moroso. Admiraba a ese hombre, ahora solitario, sin recursos, pero que seguía siendo el símbolo de esa Francia que su país estimaba.

Por su parte, el recién llegado no se instaló en Vichy sin amargos presentimientos. El Alto Mando le había prevenido: no se le veía con buenos ojos. El General Karl von Stülpnagel y su Jefe de Estado Mayor, el Teniente Coronel Speidel, respetaban y admiraban a Pétain; hicieron advertir a Laval, por medio de Brinon, que lo mejor sería que se quedase en su rincón. Algunas semanas después se reunían con Goering. Se mostró flexible, hábil y premioso, pero no obtuvo del obeso procónsul más que ultrajes y amenazas; éste concluyó la entrevista con estas palabras: «Si el Mariscal le ofrece volver al poder, rehúse. Sería para usted demasiado tarde o demasiado pronto.»

A pesar de estos sombríos auspicios, se apoderaba de la autoridad para ejercerla desde el momento con coraje. Contaba con su flexibilidad, su experiencia, su maña y su estrella, que, sin embargo, le traicionó inmediatamente.

El día siguiente a ser Vicepresidente del Consejo y Jefe del Gobierno (16 de abril de 1942) las agencias anunciaban la evasión del General Giraud del castillo de Koenigstein, en Sajonia; debió tal éxito a su antiguo ayudante de campo, el comandante De Linares, del Segundo Gabinete, cuya ayuda había sido decisiva. Regresaba a Francia bien decidido a vengar su derrota, a hacer que el enemigo expiase sus sinsabores y, sobre todo, a reavivar el brillo de su gloria. Por desgracia, Hitler concebía un extremo despecho por esta fuga, y uno de los primeros asuntos delicados que Abetz tuvo que tratar con el Presidente fue éste.

Laval quiso obtener del General que se constituyese prisionero voluntario para prestar servicio a su patria. Giraud no lo entendió así. Aceptó, sin embargo, reunirse con Abetz en Mulíns el 2 de mayo. En vano; no fue más que un diálogo de sordos; el General prometió ponerse las zapatillas, no emprender nada contra los alemanes, pero rehusó las ofertas más atractivas que le hicieron: ser uno de los jefes de Estado Mayor francés, que en Alemania se ocupase de los prisioneros, dirigir el campo de aspirantes de Koenigsberg; todo eso le pareció indigno de un general de ejército, muy por debajo de su rango, de su genio y de su ideal. Se separaron fríamente después de una comida mediocre.

Pudieron cansarle —Laval, y después Pétain, y después el consejero Rahn se agotaron conjurándolo a que se mostrase grande para ayudar a sus camaradas de cautiverio y evitar a Francia represalias—, que todo fue inútil. Se contentó con escribir al Mariscal una carta en la que le decía: «Le doy mi palabra de oficial que no haré nada que pueda entorpecer en lo que fuere nuestras relaciones con el Gobierno alemán...» Lo que no le impidió preparar la derrota de dicho Gobierno, recibiendo a enviados de la resistencia francesa, a emisarios de Roosevelt (siempre a la busca de un general francés susceptible de levantar el Africa del Norte y de mandar allí un ejército) y, en fin, de hablar con el General Beaufre sobre las perspectivas que ofrecía una reanudación del combate contra el ocupante. El plan que le mostró lo deslumbró: implicaba una vasta operación ofensiva en el valle del Ródano, remontando hacia el Norte, a fin de cortar sus bases a las unidades alemanas. Todo estaba visto, previsto y detallado con verdadero genio. No faltaba a ese buen conjunto más que un detalle: el ejército que pudiese realizar el movimiento. Se ocupaba en buscarlo, y no prestaba sino

oído distraído a las ideas africanas, bien mezquinas a sus ojos. Ese general, verdaderamente grande, lo era mucho más por su estatura que por su inteligencia y, sobre todo, por su juicio.

Laval comenzaba, pues, su trabajo bajo malos auspicios, porque Hitler y el Alto Mando no le perdonaban su debilidad ante Giraud.

Otras preocupaciones acudían de todas partes. Heydrich, el jefe de la Policía nazi, exigía ahora una «colaboración» más auténtica por parte de los franceses. Laval se debatía como podía, pero hubo de dejar que la Gestapo penetrase en la zona sur para descubrir las emisoras clandestinas con la policía francesa. Esta penosa concesión permanecía, al menos, secreta.

Al mismo tiempo, los nazis se agitaban para perseguir a los judíos franceses. En la zona Norte les habían obligado a llevar el redondel, como en la Edad Media. Esa insignia amarilla y bastante fea parecía un último ultraje después de todas las crueldades de que se habían hecho culpables, y ninguna más horrorosa que los campos de concentración. Todo en este terreno suscitaba la indignación. La policía alemana encerraba en Drancy a los judíos que tenía la intención de deportar inmediatamente a Polonia. Como el reclutamiento se hacía difícil porque la caza se ocultaba y nosotros ayudábamos a ocultar, imaginaron prometer que tendrían la vida a salvo por algunas semanas los jóvenes internados de Drancy si les servían de ojeadores; se trataba de circular por los medios judíos de París y difundir el rumor de que, acudiendo a tal despacho, a tal calle, se escaparía a la proscripción. Cada agente judío iba a arrastrar a esa trampa a tres, cuatro o cinco familias de sus congéneres, que destinaba a la muerte, lo cual lo protegía a él por un mes o dos. Algunos llegaron, así, a vivir durante años en Drancy gracias a sus cualidades de reclutante.

Laval sentía la infamia de estos procedimientos, pero no podía impedirlos ni atenuarlos. Sin embargo, en su esfuerzo por reunir a su alrededor a los elementos de la izquierda francesa, eso le acarreaba un perjuicio infinito; aparte de algunos radicales y de algunos masones, que se pusieron entonces a hacer una prudente propaganda colaboradora, la hostilidad contra el ocupante ganaba en unanimidad, en violencia.

El golpe más duro se lo asestó Sauckel. En marzo de 1942, Hitler nombraba a este alto funcionario «dictador de Trabajo». Se trataba de que encontrase «brazos» en todas las regiones ocupadas que pudiesen reemplazar en la industria alemana y, sobre todo, en las fabricaciones de guerra, a los soldados, que no se cesaba, y en número siempre creciente, de expedir al frente ruso para luchar contra las 400 divisiones, aproximadamente, que Stalin ponía en línea y que combatían entonces dos a uno. Sauckel, dotado de todos los poderes, comenzó por amontonar desgraciadas hordas ucranianas, lituanas, polacas y rusas en campos donde se les encorralaba duramente, los alimentaban poco y de donde no les sacaban sino para hacerles trabajar como esclavos. Bien entendido, si nunca los alemanes habían esperado conciliarse a las poblaciones de las regiones ocupadas del Este, esta organización puso fin a sus quimeras.

Entonces este hombre escrupuloso se volvió del lado de Francia, seguro de encontrar una mano de obra más experta, más inteligente y más apta para trabajos delicados. El 30 de mayo impuso el trabajo obligatorio a los alsacianos-loreneses, y después vino a París, donde se entrevistó con Abetz; y, por fin, convocó a Laval. Este se defendió vigorosamente, pero tuvo que reconocer pronto

su impotencia y se resignó a doblegarse. Se esforzó por transformar el requerimiento en un intercambio: por un trabajador que fuese a Alemania, recuperaría un prisionero en regreso de su campo. Laval pleiteaba en vano; veía, en efecto, la gravedad de la medida y el perjuicio infinito que debía ocasionarle en los mismos medios donde se esforzaba, de acuerdo con Abetz, por hacer la colaboración popular entre los obreros y en las masas populares.

El embajador compartía sus temores. Al dirigir a sus superiores un extenso informe el 2 de abril de 1942, buscaba ponerles en guardia contra la política de brutalidad. Les recordaba las ventajas de la «colaboración», que había permitido sacar de Francia sin dificultad cinco millones de toneladas de hierro y de acero, 3.000 locomotoras, 150.000 vagones, más de 16.000 máquinas herramientas, más de 100.000 automóviles, con gran cantidad de productos u objetos. Concluía, pues: «Está... probado que la idea de colaboración, en cuanto medio de la política francesa de Alemania, encierra las mayores ventajas.» No ocultaba ni su hostilidad a Pétain ni sus maniobras para combatirlo. Preveía la caída del Mariscal, a quien perdía su impotencia; preconizaba, pues, un «Gobierno de izquierda» que se subordinase voluntariamente a la dirección de Alemania, incluso después de la guerra. Mientras tanto, pedía que se hiciesen algunas concesiones, según el principio del «toma y daca» admitido por Hitler en Berchtesgaden en 1941.

Con un valor raro, quizá más meritorio que lúcido, Laval se obstinaba en practicar su política, mientras Pétain, retirado en su gabinete, se ocupaba cada vez menos de los acontecimientos públicos; el anciano consideraba la llegada de sucesos desastrosos, y, estimándose impotente para evitarlos, se preparaba a la nueva experiencia aun si encerraba para él pérdida de prestigio y pérdida de influencia. Sabía que sólo él, en las horas peores, podría imponerse a los generales alemanes y a los jefes norteamericanos. Así, como un aldeano que se negase a abandonar su casucha en ruina y que prefiriese hundirse encima de él antes que dejar adueñarse de ella a las tempestades y las estaciones, se agarraba a Vichy.

Veía la derrota alemana ya inevitable, pero conocía el valor alemán y preveía una larga lucha, en el curso de la cual Francia podía ser pisoteada, saqueada y ensangrentada. No contaba con ninguna generosidad por parte de los ingleses, pero sabía que, vivo él y presente, obtendría mucho de los norteamericanos. Estas ideas me parecían justas, conformes a todo lo que se podía averiguar y saber en la zona Norte, a todo lo que me decían mis amigos resistentes.

Me retenía a menudo para comer o cenar con él. Invitaba también a los ministros por turno. Aquella tarde recibía a uno de quienes menos le gustaban. Le habló, sin embargo, con llaneza y los dos hombres intercambiaron anécdotas. De pronto, en un giro de la conversación, se puso a decirme: «Siempre es tonto el ser vanidoso. Vea, señor ministro, si yo no lo hubiese sospechado ya, los tres pequeños sucesos que voy a contarle me lo habrían probado. Antes de la guerra del 14 yo iba a menudo a Chatel-Guyon para cuidar mi estómago. Bien entendido, no volví de 1914 a 1919. En 1920 lo visité para una cura y quise volver al médico que me trataba antes. Me había puesto el traje de paisano que había dejado en una maleta colocada en la buhardilla de un hotel en 1913. Me apretaba. Después de haberme auscultado, y mientras volvía a vestirme, me dijo de manera jovial y como un complido: " ¡Oiga, ya se le ve bien en su traje que no se los ha hecho nuevos durante la guerra! " En efecto, ignoraba mi nombre.

«Algunos años después, en uno de mis regresos de Estados Unidos, fui a Aquisbán. Un buen día de fines de verano me había sentado en el cafetín cercano al embarcadero a lo largo del lago Burget. Un camarero servía, charlando: "Vea —decía a uno de sus clientes— este café es uno de los mejores frecuentados de la ciudad, incluso diría de Francia." Se puso a enumerar a los visitantes famosos a los que había servido; y después, señalando a un hombre horrible con la nariz ganchuda, el agregado militar de Yugoslavia, añadió: " ¡Qué le parece!, hoy puedo enseñarle hasta al Mariscal Pétain, que está sentado allí mismo, en aquella mesita."

Yo me fui con el rabo entre las piernas; pero fui más sensible todavía a un último incidente: siendo joven oficial de cazadores alpinos, había ido a menudo a la cantina en Saorga, en un albergue bonito y grande que nos gustaba por su buena cocina y por la guapa camarera que se ocupaba de nosotros. Yo no había vuelto nunca; pero en 1937 Hanotaux, con quien estaba yo entonces, quiso llevarme. Volvimos a encontrar al mismo albergue con sus mesas grandes y pesadas, su aspecto montañés y su atrio, donde llameaba un fuego vivo. Sentada en el rincón del hogar, había una viejecita, que se puso a mirarme fijamente; después, saltando de pronto, exclamó: " ¡Ah, el lugarteniente Pétain! " Nunca había leído el periódico, y para ella yo seguía siendo el joven de 1900.

«Vea, señor ministro, los hombres, como los pueblos, no pueden nunca descansar sobre sus laureles ni creer en su fortuna. Lo que somos hoy, ¿lo seremos mañana todavía?, ¿por cuánto tiempo?, ¿para cuántas personas somos lo que nosotros creemos ser?»

No gustó al ministro la lección, pero yo no olvidé nunca estas palabras, que se grabaron en mi memoria y me ayudaron a menudo a comprender la actitud del Mariscal.

El curso de la guerra daba sentido a estas palabras.

La mala suerte parecía perseguir a la Gran Bretaña: en el noreste de Africa el General Rommel lanzaba a su *Afrika Korps* a lo largo de la costa, volvía a tomar Tobruk y no dejaba de avanzar; alcanzó El Alamein, aprovechando la pasividad de los generales ingleses. Ya amenazaba a Egipto y al canal de Suez. Se temía en Londres saber la caída de Malta, defendida por lord Gort, y sir Stafford no ocultaba su gran desaprobación del modo en que Winston Churchill conducía esta guerra, desastrosa hasta el momento. No lograban sino dejarse matar a los mejores elementos de la juventud inglesa y descubrir la incompetencia de los jefes. Se consideraba la caída del Gabinete.

Roosevelt, al contrario, se sentía fuerte. Estados Unidos trabajaba febrilmente y Hopkins se multiplicaba para hacer más fecunda la actividad de los ingenieros, de los patronos y de los obreros. Ya una flota medio nueva podía bosquejar una ofensiva y meterse con la isla de Midway, en medio del Pacífico, isla sobre la que se ejercía la «tutela japonesa». Después de un combate muy duro, en que cada una de las dos flotas, cada una de las dos aviaciones sufrieron enormes pérdidas, la isla quedó para los estadounidenses. Era doble ventaja, porque era fácil a Estados Unidos sustituir los buques y los aviones perdidos, mientras que los japoneses experimentaban una dificultad creciente en mantener su producción. Los submarinos de Estados Unidos comenzaban a echar a pique cantidades considerables de sus barcos mercantes, y muy pronto les iban a faltar. La áspera guerra, el inmenso combate se reanudaba en la U.R.S.S. después de

la inundación del deshielo primaveral. Hitler concentraba ahora sus fuerzas en una ofensiva orientada hacia el sureste de Rusia. Sus tropas alcanzaban y pasaban el Don; sostenidas por contingentes húngaros y rumanos, libraban duros combates contra los rusos, que se defendían cada vez mejor, pero que seguían retrocediendo.

Para nosotros, espectadores y víctimas de esa guerra, molidos por la propaganda germánica, que desbordaba los periódicos; decepcionados por la propaganda inglesa, que las ondas nos traían en espesas oleadas, intentábamos ver claro en la confusión de las circunstancias contradictorias. Todo parecía dudoso, todo se manifestaba ambiguo. Así, cuando Laval exclamaba por la radio: «Deseo la victoria de Alemania, porque sin ella el bolchevismo se instalaría por doquier en Europa», no quería dar prenda al ocupante, sino adquirir un crédito que le permitiese algunas ventajas para su país.

Su familia, sus amigos y sus consejeros más escuchados: Bousquet, Paul Morand y Rochat acababan de mostrarle el peligro de tal declaración; nos pasó por alto, no por ingenuidad ni por fe ciega, sino porque intentaba desviar la terrible borrasca que sentía acumularse allende el Rin contra Francia y quería demostrar que también él sabía arriesgar su vida, aparentemente, por amor a Alemania y, de hecho, por consagración a Francia. Era una especie de doble juego heroico; era, además, un ultraje sangriento a la Resistencia, que no lo perdonó nunca. La masa de sus compatriotas tampoco se dio cuenta del servicio que acababa de prestarles.

El germano no es sencillo, como tampoco el francés. Si las palabras de Laval llenaron de alegría a Abetz, Achenbach y al personal de la embajada; si quizá Hitler fue sensible a ellas, los jefes del Ejército vieron en ellas una bajeza inútil. Para ellos sólo la actitud reservada de Pétain podía ser sincera, y era la única que les inspiraba estima y confianza.

Laval se entregaba al odio de los anglosajones, de los comunistas y de sus amigos, sin ganar todo lo que creía. A ciertas horas el hombre, prisionero de su destino, no puede actuar sin destruirse.

La atmósfera cambiaba en Francia. Darlan, hasta entonces, se había mostrado fiel a las consignas de julio del 40. Se vivía la «Revolución Nacional» sin violencia, sin grandes ímpetus, pero de modo sincero; los funcionarios nombrados se proclamaban sus discípulos, y por todas partes se ostentaba la divisa: «*Familia, Trabajo, Patria*». Se estimulaba la natalidad, se daban primas a las madres, se creaban grupos de excombatientes que debían difundir esta doctrina, se escogía alcaldes entre los elementos cristianos, tradicionalistas y patriotas. La Tercera República aparecía como una pesadilla lejana.

Con Laval todo tomó un giro y un tono nuevo. Los hombres que reclutó no carecían ni de competencia, ni de celo, ni de inteligencia; algunos incluso poseían una personalidad notable; en particular, René Bousquet, Secretario General del Interior; Gabriel Leroy-Ladurie en Agricultura; Jacques Barnaud, Delegado General de Relaciones Económicas Franco-Alemanas; Bechelonne en Obras Públicas, etc. En la Censura, Paul Marion sostenía la política del Presidente. Déat, a quien éste había sabido conciliarse sin nombrarlo ministro (porque lo encontraba demasiado comprometido y molesto), se hizo periodista gubernamental. Jacques Doriot fue el único que rehusó y continuó sus servicios en la legión antibolchevique. Para este nuevo equipo la «Revolución Nacional» no existía apenas;

estaba, por lo demás, por expirar en el proceso de Riom, en el que Ribet se atrevía a hablar de una «victoria de Peronne» (¡en 1940!) y presentar números fantásticos de fabricaciones de guerra. Tuvieron que cesar las audiencias, pero las defensas circulaban.

Un personal nuevo llegaba al poder en las prefecturas, en la policía y en todos los servicios, personas competentes y flexibles, tanto más informadas cuanto que la mayoría de ellas habían hecho carrera bajo la Tercera República. Se mostraban dóciles con los ocupantes, pero rígidos con los antiguos elegidos de Vichy, y en toda Francia aparecieron series de conflictos más o menos agudos entre los «hombres de Pétain» y «hombres de Laval», lo que hacía a posiciones como la mía en la Biblioteca Nacional más difíciles y más precarias. Este no era ya un doble juego, sino un triple juego; un funcionario modelo juraba fidelidad al Mariscal, servía a Laval, se inclinaba ante los alemanes y esperaba a los ingleses... o a los rusos, con los que intentaba entrar en relaciones.

Una de las primeras decisiones de Laval fue hacer ineficaces todas las medidas decididas por el Jefe del Estado para excluir a los masones de la Administración y de los periódicos. No podía impedir la aparición de las listas de masones que yo sometía al Jefe del Estado y que publicaban los servicios de su secretaría, pero él volvía a instalar por doquier a las gentes de las logias y del antiguo régimen. Yo quise hablarle de las contradicciones que ocasionaba tal actitud; sin rudeza, pero firmemente, me impuso su voluntad. Yo conservaba todavía la dirección de la revista *Les Documents maçonniques,* en la que dábamos, bajo el patrocinio del Mariscal, estudios sobre los expedientes más típicos que nos procuraban los archivos de las logias. No faltaban, aunque el Gran Oriente de Francia había logrado transportar a Suiza, al cantón de Vaud, la mayor parte de sus archivos secretos.

Desde la llegada a París del General Oberg, uno de los jefes de grado más elevado de la Gestapo, sus hombres acrecentaban su dominio sobre París. Una buena mañana el policía francés que yo empleaba para informarme vino a prevenirme que, a poco, la Gestapo vendría a registrar uno de mis servicios, en que se acababa de descubrir una actividad clandestina de dirección comunista muy activa.

Yo sabía que el jefe era inocente y víctima. Pero para salvarlo tuve que despedirlo a la media hora, con todo su efectivo, dándole su sueldo de seis meses y recomendándole que se metiese bajo tierra. Así pude responder a los policías enemigos, cuando se presentaron a mediodía, que se equivocaban, que el servicio no existía, o no existía ya, y que ningún peligro había, y, por lo demás, no sabía dónde podrían estar los miembros.

Se fueron furiosos, pero con las manos vacías, y como no les faltaba el trabajo en esta época, no regresaron. Había evitado, sin duda, a mis colaboradores bastantes molestias, pero juzgaron que los había tratado groseramente; no me lo perdonaron nunca.

Se hiciese lo que se hiciese en aquella época, ocurría que se ofendía a una parte de los franceses; algunos me reprochaban mi crueldad contra los masones; otros me consideraban como traidor a la anti-masonería, porque no quería confundirlos a todos bajo una misma maldición y me rehusaba obstinadamente a hablar de judeo-masonería, puesto que los orígenes de las logias las hacían depender más de las parroquias protestantes que de las juderías. No obstante, en «*L'Oeuvre*»,

Déat me insultaba como el «Gran Inquisidor». Yo no persuadí a mis colaboradores; algunos, para complacer a los nazis, insertaban a mis espaldas, en el último momento, artículos de mi revista sobre la «judeo-masonería». Así ocurría en todos los terrenos, se tratase de abastecimiento, de política, de arte o de literatura; los franceses, excedidos por la interminable ocupación, perseguidos por los aliados, que los bloqueaban despiadadamente, y por los nazis, que les robaban, se infligían unos a otros los golpes que no podían o no se atrevían a dar a los alemanes.

Entre éstos, muy al contrario, se producía una evolución extraña. En el curso de las conversaciones, demasiado largas, que debía tener con ellos, veía a menudo que su rostro tomaba una expresión de vergüenza; entonces hablaban de los bombardeos de Berlín, de la vida difícil en su país, de la duración de la guerra y, a veces, añadían con un tono quejoso que me divertía: «No estén tan encolerizados contra nosotros: nuestra victoria será tan breve...» Otros, más nobles y más lúcidos, no dudaban ya del caso; su principal preocupación era contrarrestar todo lo que hacían los nazis, y a ello añadían la preocupación de evitar a los franceses todas las desgracias y todos los rigores que podían.

Yo conocía, por medio de amigas francesas, al Comandante Von Tirpitz, hijo del exministro de Marina, hombre de extrema dignidad, de una nobleza real y de una cultura muy amplia. No ocultaba su disgusto por lo que ocurría, aunque no se permitiese nunca ante nosotros criticar a su Gobierno. Cuando éste decidió que para procurarse munición se demoliesen los campanarios de Bélgica y Francia para quitar las campanas, se las arregló para que el Estado Mayor de la Marina en París, donde él ocupaba buen rango y una situación eminente, redactase un informe probando que el coste de la operación sería superior al de la compra de la misma cantidad de bronce. Por medio de este documento, rápidamente redactado y expedido oportunamente en el momento crítico, salvó nuestros campanarios.

Por medio de él y del Conde de Metternich conseguí proteger diversas colecciones y monumentos; gracias a ellos pude también informarme, y Tirpitz incluso me hizo cenar una tarde con su cuñado, el Conde de Hasselt, diplomático conocido, que trabajaba con el Estado Mayor de la Resistencia Alemana. Me consultó sobre Roosevelt, sobre lo que era y sobre lo que se podía esperar de él, y tuve que confesarle que apenas se podía contar con él para terminar pronto la guerra. Hasselt y sus amigos querían salvar, al precio que fuese, a Alemania, a Europa Central y a nuestra civilización de la dominación soviética. Los veía conscientes del peligro y pronto dispuestos a aceptar riesgos extremos. Me preguntaron: «¿Podrían esperar alguna ayuda del Mariscal Pétain?», por quien todos profesaban una estima muy alta. La partida de Leahy, que se produjo en esta época, me obligó a decir: «No lo creo».

8. VISLUMBRES DE PAZ

La vida en Francia se impregnaba de tal amargura aquel verano de 1942 que me habría parecido intolerante sin el aguijón constante del peligro del combate y del riesgo.

La Gestapo me espiaba. Con gran esfuerzo había logrado echar de mis servicios y de mi intimidad al joven suizo, antes mi secretario, y después, mi espía; se vengó, y sus patronos alemanes quisieron vengarlo, pesquisando en casa de una amiga judía para incautarse de todas mis cartas. No pudieron sacar nada. Pero volvieron a la carga, detuvieron a la desgracida, y la habrían mandado a Polonia a pesar de todos mis esfuerzos si su marido, un industrial «ario», gracias al generoso apoyo de una firma alemana, no hubiese logrado sacarla.

La vigilancia policíaca se estrechaba sobre la Biblioteca Nacional, y durante los últimos meses de mis funciones como recolector de documentos y mobiliarios masónicos la animosidad nazi se manifestaba en todas las vueltas; después de muchas investigaciones y pesquisas había terminado por descubrir las cajas que contenían los archivos de una de las más activas entre las obediencias masónicas: *Le Droit Humain,* logia abierta a las mujeres y caracterizadas por su odio al cristianismo. El lugarteniente de policía alemana exigió inspeccionarlas conmigo. Me permitió que mandase a recogerlas al día siguiente, por la tarde. Cuando mis representantes fueron al lugar ya no quedaba nada. Me hicieron comprender que no querían hacer el juego a un clerical como yo a expensas de los ateos, aunque fuesen masones. Yo legué este problema a mis sucesores.

Había encargado del Servicio de Historia Contemporánea a un joven escritor, inteligente y patriota, en quien ponía toda mi confianza. Por dos veces la policía alemana lo detuvo, sin querer decirme nunca qué se le reprochaba. A fuerza de protestas, de reclamaciones y de gestiones hice que lo liberasen, pero quisieron impedirme que le devolviese sus funciones. Por fin, una noche lo deportaron. Enseguida llamé, en vano, a todas las puertas, y no obtuve ni siquiera los alivios que me prometieron para mi predecesor. De cuando en cuando, un amigo —o un enemigo— me prevenía que yo sería detenido al día siguiente, y entonces cambiaba de alojamiento, pero la fatiga me impedía continuar. El destino me esperaría donde quisiese. Viví en línea recta, sin rodeos, preocupado solamente de actuar y de comprender.

El Mariscal me había incitado a tener el mayor número posible de relaciones, para informarlo, porque en Vichy se establecía la soledad a su alrededor. Entré, pues, en relación con «resistentes» de la zona Norte y otros de la zona Sur. Charlábamos, sobre todo, de las intrigas, movimientos y maniobras alemanas.

Mi encuentro más interesante en aquella época fue el de Rossé. El Secretario general de la Biblioteca, antes editor de oficio, se encontraba en relaciones con él, y me sirvió de intermediario.

Había algo de informe, de hirsuto o erizado en ese tribuno alsaciano, apóstol de la autonomía, y que acababa de pasar buen número de años en las prisiones francesas. Pero ese ser cerrado irradiaba una extraña bondad. ¿Podía reprochársele el ser más alsaciano que francés, puesto que también era más cristiano que alsaciano e infinitamente menos alemán que francés? Los nazis, felices por encontrar un alsaciano perseguido por sus enemigos, lo trataban con honor y le concedían favores inauditos; él era el único que podía hacer circular en Alsacia libros franceses y, como uno de los patronos de las ediciones «Alsacia», podía visitar esas maltratadas provincias.

En efecto, el *Gauleiter* nombrado por Hitler, un tal Wagner, no tenía la mano más ligera que su colega Burckel, que reinaba sobre Lorena con ferocidad. Además era bastante estúpido; la idea de condenar que se llevasen boinas vascas y prohibirlas en Alsacia, tan brutalmente como el canto de la Marsellesa o las inscripciones francesas, adhería a la lógica del doctor Knatschke. La esperanza de «desafrancesar» a los jóvenes alsacianos, maltratándolos y llenándoles la cabeza en el campo de Schirmeck, junto con las demás medidas dictatoriales, engendraban un odio sordo, pero vigilante, cuyo testigo, y uno de sus agentes a la vez, resultaba ser Rossé.

En aquella primavera-verano la cólera de los alsacianos llegaba a su paroxismo: sabían que el ejército alemán les preparaba en enrolamiento obligatorio en los ejércitos germánicos, pero que Wagner, al mismo tiempo, se negaba a reconocerlos como verdaderos alemanes nazis, porque no los encontraba todavía bien condicionados, expurgados, depurados y nazificados. Se les preparaba el máximo de acusaciones y el máximo de humillaciones. Rossé, testigo de su resentimiento, se asociaba a sus deseos de venganza y deseaba devolver en sacrificio a la Francia desgraciada todo lo que había costado antes en dificultades a la Francia poderosa. A través de mí expedía al Mariscal informes, mensajes, ideas, recomendaciones y súplicas. Yo sabía que podíamos contar con él. Mi vida me había enseñado que si, a veces, los amigos de nuestros amigos se vuelven contra nosotros, raras veces dejan de ayudarnos los enemigos de nuestros enemigos.

Aquel día de julio de 1942 Rossé me pareció más hirsuto y más de izquierdas que nunca. Se andaba con rodeos, y su inteligencia, cuya agudeza yo conocía, parecía oscurecida. De pronto comprendí lo que lo embargaba, quería presentarme a uno de sus amigos, que era un nazi, conocido antes en las prisiones de Estrasburgo, donde purgaba la pena que le valieron sus esfuerzos de propaganda nacional socialista en Alsacia. Y tal hombre vivía ahora en París, corresponsal y agente de Himmler. Se llamaba Pickler, y Rossé lo tenía en alta estima. Durante su cautiverio se había dado cuenta de que Pickler era un luterano que creía en Dios más que en cualquier otra cosa de la tierra, y Pickler había visto que Rossé era un católico que creía en Dios más que en cualquier otra cosa de la tierra: cada uno de ellos sabía también que eso no era tan frecuente como se cree.

Unidos por una amistad profunda, los dos hombres siguieron sus relaciones. Cuando la ocupación de Alsacia, Pickler llegó a ser *Gauleiter* de Colmar, y Rossé, un personaje importante. Después, un buen día, Pickler recibió una circular de Berlín que prohibía a todos los funcionarios nazis que frecuentasen los templos

o iglesias según su fe. El domingo siguiente fue al templo luterano y cantó como los demás fieles. El lunes lo destituían, y esperaba el martes partir para una prisión alemana cuando, para su viva sorpresa, para su emoción, se vio convocado por el gran Patrón, por Himmler. Este, sin ambajes, le declaró: «Usted es mi hombre. Regresará a Francia, donde me representará discretamente y desde donde usted me informará». Ahora bien, Pickler deseaba verme, hablarme y transmitirme un mensaje de Himmler. Como yo también me extrañaba, Rossé me dijo: «Desde la derrota alemana en Rusia, y desde que se han conocido los grandes preparativos estadounidenses, las S. S., mejor informadas, dudan de la victoria completa; es decir, de Hitler, porque lo saben incapaz de negociar una paz de compromiso. Himmler, el eventual sucesor del Canciller, se ve asediado por insinuaciones, sugerencias y alusiones. Schellenberg, el Jefe del Servicio de Información de las S. S., resulta ser el mejor informado, el más inquieto y el más agitado. Por medio de su agente Jahnke intenta negociar en Suiza con los japoneses, que, bien informados también, no juzgan a los alemanes capaces ahora de vencer a los rusos en campo raso; se ofrecen, por tanto, para una paz de compromiso. Pero ni Schellenberg logra persuadir a Himmler ni Himmler persuadir a Hitler; éste, sin embargo, acepta ser el intermediario entre Chang Kai-Chek y Japón, porque el chino prefiere entenderse con asiáticos antes que depender de Roosevelt, de quien desconfía. No obstante, tampoco ahí puede tener éxito la negociación, porque Chang Kai-Chek quiere obtener la evacuación de China, que no puede aceptar el ejército japonés, dueño del terreno. Supongo, por tanto, que las S. S., viendo que sus tentativas están bloqueadas en el Este, piensan probar en el Oeste.»

Rossé no se equivocaba. Pero antes de reunirme con el nazi quise recibir misión del Mariscal. Hizo falta tiempo, porque no podía decirle nada delante de Ménétrel, demasiado celoso y siempre presente. Al fin, Pétain, muy curioso por el asunto, me respondió: «Vea al alemán. Dígale que se lo he permitido, pero simplemente para informarme.»

Pickler vino, pues, a la Biblioteca Nacional en su uniforme verduzco. De estatura mediana, de cabeza redonda, con ojos sombríos y simples que miraban en derechura, me hizo buena impresión. Hablaba buen francés. Sus maneras corteses hacían fácil la entrevista.

El *Reichsführer* Himmler quisiera saber si el Mariscal Pétain aceptaría eventualmente recibirlo y terciar para una negociación diplomática cuyo objetivo sería la paz. «Voy a verlo la semana próxima —respondí—, y le daré mi mensaje en la quincena». Quedó entendido inmediatamente que todo quedaría en secreto absoluto. Después me prometió que mi vida estaría ahora bajo su salvaguardia, y yo estimé más cortés no hacerle precisar si me protegía también, o ante todo, contra sus colegas.

El Mariscal meditó la respuesta que yo debía recitar después de aprendérmela de memoria: «Ningún encuentro ni negociación será posible, a menos que se haya recibido primero la seguridad de que, con la paz, Francia recuperará sus fronteras y posesiones de 1939. A menos que Alemania haya renunciado a las deportaciones y al internamiento de franceses y de judíos; que haya devuelto a los prisioneros a Francia y llamado a Berlín al Embajador Abetz.»

Pickler se aprendió también mi respuesta de memoria y después partió para Berlín, donde me informó del comentario de su patrón: «Todo es perfectamente

natural, legítimo y normal.» Yo no creo, en particular, que le gustase el Embajador Abetz más que al Mariscal o a mí.

Pickler me hizo prometer enseguida que conservaríamos la relación y me rogó que le transmitiese todas las cuestiones que tratasen de Alemania, pues mi intención no me llevaba a mantener relaciones particulares con su país y él no podía darme los únicos objetos de que yo tenía gana: la paz y el olvido de todo.

Este sueño no me acosaba a mí solo, muchos alemanes se abandonaban a esa nostalgia y creían ver la tierra prometida; pero en este terreno, como en los demás, los servicios rivalizaban entre ellos, y los hombres a quienes unía un mismo deseo permanecían divididos por sus costumbres profesionales. Con un misterio tan bien guardado como el de su enemigo Himmler, el Almirante Canaris intentaba negociar; visitaba entonces a Francia so pretexto de establecer relaciones con oficiales del Segundo Gabinete francés («contraespionaje»), pero, en realidad, el objeto de ese viaje era cierto mojón kilométrico de la carretera que va de París a Fontainebleau, pues allí debía reunirse, y se reunió, con un peón caminero que no caminaba, pero que pertenecía al *Intelligence Service,* y que recogió de sus manos un gran paquete para llevarlo inmediatamente a Inglaterra, gracias a un avión bien apostado que lo esperaba tras un bosque.

Churchill, al abrir el paquete, lanzó uno de los gritos de alegría más vivos que se hayan oído durante aquellos duros años: « ¡La paz! », porque este era el mensaje que Canaris enviaba al Primer Ministro en nombre del Alto Mando alemán. Sin demora, confió el expediente y la misión a uno de sus confidentes más seguros, que partió enseguida para Washinton. Le recomendó que insistiese y que se asegurase de que Roosevelt comprendiese la importancia de la oferta. El Presidente leyó sonriendo y, sin dejar de sonreír, devolvió al inglés su papel, que no le interesaba nada. Le importaba su guerra tanto como a Hitler la suya.

Si reflexionaba, Roosevelt podía sacar dos conclusiones de esos rumores y negociaciones pacíficas: en primer lugar, el desánimo de los alemanes infortunados, e inmediatamente, y ante todo, lo que le importaba mucho más, el descontento de Stalin contra unos aliados que no le ayudaban.

El dictador rojo no lo ocultaba. Cuando Molótof vino a Washington en junio del 42, dijo, volvió a decir y repitió, que su Jefe deseaba la apertura de un segundo frente continental en 1942. Juzgaba la operación necesaria y fácil, puesto que sus tropas atraían hacia ellas a la gran masa y a la élite de las divisiones alemanas. Habló tan alto que Hopkins, Marshall y su círculo acosaron al Presidente para obtener una decisión en ese sentido. Lo persuadieron a pesar de sus reticencias y partieron para Londres, a fin de convencer a Churchill; pero éste, que acababa de ganar en los Comunes una gran batalla parlamentaria, no se dejó conmover. Apoyado por todo su Estado Mayor de tierra y de mar se negó a embarcarse en una operación continental precipitada, que podría acabar en desastre. Los Almirantes de Estados Unidos, menos sensibles a la presión rusa y más preocupados por el Extremo Oriente, se inclinaban a juzgar como ellos. Hopkins y Marshall tuvieron que inclinarse e informaron de la noticia a su patrono, que se alegró discretamente. ¿No pensaba en el desembarco de Africa del norte desde 1938?

Se puso en danza a toda la maquinaria interaliada para organizar y llevar a término esa operación anfibia, que encerraba infinitas dificultades: transporte y seguridad de 100.000 soldados, su desembarco, su instalación y el establecimiento de bases de partida... Roosevelt contaba con la ayuda francesa, a pesar de Chur-

chill, que desconfiaba y quería meter a De Gaulle en la operación. El Presidente se opuso brutalmente: por nada del mundo aceptaría que los «franceses de Londres» se mezclasen. Recordaba su sangriento fracaso en Dakar y sostenía que el Estado Mayor gaullista en Inglaterra estaba aderezado con espías alemanes. No había que decirle una palabra del proyecto. El Primer Ministro tuvo que ceder; las molestias lo acosaban de todas partes y no podía bastar a todas.

Todo iba mal en Africa oriental, donde Alejandría se encontraba ya a 100 kilómetros de las líneas, y se temía a cada instante un ataque nuevo de Rommel. En Bengala, los japoneses avanzaban. Se podía temer una unión germano-japonesa. De Moscú le señalaban el mal humor de los rusos; muchas amenazas aparecían allí. Churchill quiso afrontarlas y tomó el vuelo para charlar con Stalin. Del 12 al 15 de agosto conversaron duramente. Stalin declaró que juzgaba a los ingleses malos soldados, sin nervio y sin espíritu ofensivo; retrocedían cuando un ataque en Francia debía aportarles un éxito decisivo para la causa aliada. Churchill habló, gritó, protestó, insinuó, elocuente y persuasivo; todo en vano. Sin embargo, vio un vislumbre de alegría en el rostro de su interlocutor cuando describió los bombardeos aéreos sobre las ciudades alemanas. El dictador rojo prorrumpió en alegrías, declarando: «Sí, esos bombardeos trastornan a la población civil, y me interesa ver que se echa a los obreros alemanes de sus hogares en ruina.»

Estas charlas devolvieron un poco de cordialidad a los dos hombres. Pero el día siguiente, 13 de agosto, se intercambiaron nuevos insultos. Al fin, el 14 bebieron tanto uno y otro que la cordialidad se restableció. El huésped ofreció a su visitante una cabeza de lechón, para degustarla desmenuzándola; este último, sorprendido y desganado, se la devolvió con gesto generoso. Tuvo enseguida la alegría de verlo llenarse la boca. Inmediatamente hablaron como viejos camaradas. El georgiano describió la «deskulakización» (*) y habló de los diez millones de campesinos exterminados. ¿Qué es una generación?», añadió con filosofía, sin notar que tal abrupto contradecía sus argumentos a favor de una ofensiva angloamericana inmediata en Francia para «ahorrar sangre rusa». Los grandes se distraen así a veces.

El vano y mortal ataque de los canadienses contra Dieppe el mismo mes podía satisfacerlo. Sus hombres no eran los únicos que sufrían. No iba más que abrumar al Primer Ministro. Lo que éste vio en seguida en Africa del Norte tampoco iba a reanimarlo.

Visitó Egipto y allí encontró a su ejército estancado y a su General (Auchinleck) en momento de meditación. Empezó por sacudirlo y terminó por sustituirlo: Alexander llegaba a ser el Comandante en Jefe en Africa oriental, con Montgomery como Comandante del Octavo Ejército. Después se apresuró a regresar para velar por su Parlamento, por sus preparativos militares, por las relaciones con Roosevelt, siempre preocupado, tanto más cuanto que debía ocuparse de las elecciones parlamentarias de otoño. Y encima sobrevinieron las tonterías de Wendel Willkie, a quien se había enviado en «misión de amistad» a Rusia, y que se aprovechó para declarar que los angloamericanos eran imperdonables por no haber abierto todavía su segundo frente.

El georgiano aprobó; Churchill cogió una rabieta; Roosevelt bromeó, y Hopkins, atenazados por los amargos remordimiento, tan culpable se sentía ante sus amigos

(*) Los Kulaks eran campesinos ricos.

rusos, tomó «buenas resoluciones», que encontramos escritas en un memorándum redactado por el General Burns a su dictado. Se decía en él que Estados Unidos no podía pasarse sin los soviéticos para batir a Alemania, y ni siquiera para abatir al Japón. Tenían que ser para Estados Unidos un verdadero amigo y cliente en la postguerra. Había, pues, que disponer un encuentro de los dos jefes supremos, establecer la intimidad entre los dos Estados Mayores y abastecer bien a la U. R. S. S., honrarla, etc. Dos puntos parecían esenciales: «8) Plantear de principio, en todos nuestros departamentos y organismos, que Rusia debe ser considerada como amiga verdadera y debe ser tratada así, de modo que todo el personal que negocie con los soviéticos sea fiel a este punto de vista... 10) Entenderse para ayudarla de todas las maneras convenientes y amistosas para obtener una paz que corresponda a sus aspiraciones legítimas.» Hopkins y Roosevelt iban a aplicar siempre estas reglas de conducta.

Pronto pude comprobar que ahí estaba el gran problema para todos los europeos que, considerando el desarrollo de la guerra, intentaban prever su resultado.

Sin ir tan lejos, los alemanes de servicio en Francia comenzaban a inquietarse; cuando iban de permiso, muchos de ellos tenían que pasar la noche en cuevas, en refugios o entre las ruinas de sus moradas recogiendo los objetos respetados por los bombardeos. Fuesen partidarios o no de la «colaboración», a su regreso a Francia se mostraban más comprensivos, más cercanos a nosotros y más preocupados por mostrarnos que nos consideraban criaturas humanas, sus iguales, al menos ante Dios. El buen hombre que representaba en la Biblioteca Nacional a la administracinó alemana era cada vez más abierto conmigo; ya pensaba más en ayudarme que en vigilarme. Excelente técnico, comprendía bien mis problemas, y su amor a los libros se unía al mío. Todo ello dejaba poco lugar al odio.

Una buena mañana me habló de un congreso de bibliografía que iba a celebrarse en Salzburgo, en agosto. ¿Aceptaría yo el ir y llevar algunos colaboradores? Pedí instrucciones a mi Ministro y hablé al Mariscal. «Vaya —me dijo—, nos faltan informaciones sobre Europa Central; vea y anote todo lo que pueda ver. Infórmeme en seguida.» El Ministro de Asuntos Exteriores me rogó buscar si existían medios para exportar libros franceses allende Suiza, porque la administración alemana detenía los paquetes que se expedían a Bulgaria, Rumania e incluso a Hungría, antes nuestros clientes, y buenos clientes. Según orden de Hitler, «Francia no tenía nada que ver en la Europa Central ni en los Balcanes». Como el agregado intelectual húngaro hacía que me invitasen a Budapest, donde yo debía dar conferencias, esperaba llegar a algún acuerdo.

Quedaba una dificultad. Abetz me odiaba ya. Se negaría a todo pase para Alemania a mi nombre. Los bibliotecarios alemanes se preocupaban poco, pues cada servicio tenía su propia política; hicieron que partiese en su tren y me afirmaron que no arriesgaría nada al regreso.

Ese lento viaje a través de Borgoña, el Jura y el paraíso verdeante y apacible que era entonces Suiza, y después el Vorarlberg, me devolvía a mi juventud. Pero en cuanto penetrábamos en el Reino hitleriano la tensión aparecía por doquier. Como empleados de ferrocarriles, guardaagujas, limpiadores, etc., ya no veíamos sino mujeres encerradas en su uniforme azul, la cabeza bajo el gorro y botas en las piernas. Ese espectáculo no daba ninguna impresión graciosa, pero daba que pensar que Hitler carecía de efectivos. Lo sentí más en Salzburgo. Esa encantadora ciudad esmeralda y gris perla, bajo las lluvias estivales, rebosaba de prisioneros franceses. Unos, bajo

la vaga vigilancia de un viejo guardián, hacían como que trabajaban en las carreteras. Los otros se afanaban en las pastelerías, en las carnicerías, en los garajes, etc. Yo oía casi tanto francés como alemán. Y comparaba a mis compatriotas, gordos, pimpantes, bien repullidos y buscados por las mujeres, con los innumerables heridos germánicos, que se arrastraban por las calles asistidos por lamentables ratas grises, demasiado torponas para gustar y demasiado femeninas para no querer. ¡Hay!

El congreso de bibliotecarios tenía tres cualidades apreciables: el hecho de que se desenvolviese en alemán me permitía dormitar tomando apuntes descuidados; el hecho de consagrar numerosas sesiones a la descripción de nuevos aparatos que se difundirían después de la paz («se necesitaría un año después de la victoria para hacer las aplicaciones negociables», declaraba el orador) para facilitar el trabajo bibliográfico, no hacía ya de mí un lastimoso vencido, sino un respetable «comprador eventual», alta dignidad en un país industrial; al fin, durante su estancia, los bibliotecarios habían obtenido el privilegio de ser tratados como los heridos y convalecientes: teníamos derecho a doble ración de mantequilla, pastelillos, carne...

Yo me reservaba algunas horas para deambular, que fueron las más fecundas; pude ver que entre los austríacos y los franceses, pero, sobre todo, entre las austríacas y los franceses, existía una simpatía que tenía menos en cuenta los resultados de la guerra que las apariencias físicas. Un buen mozo prisionero o deportado valía más que un héroe de la aviación desfigurado. Las damas austríacas tenían corazón y sentidos que hablaban por los trabajadores avispados.

Al cabo de ocho días pude partir para Viena, que vi todavía intacta, pero tan llena de heridos, quemados, amputados, ciegos y congelados que parecía lamentable ver en esa ciudad tan hermosa, tan gallarda, una juventud tan duramente destinada al sufrimiento. No tuve tiempo de saber más: por la tarde me encontraba ya en Budapest. Las dos ciudades que honraba el Danubio con su brillo cambiante conservaban su antigua nobleza. Buda, llena de viejos palacios bajos y de casas casi rurales, seguía siendo el refugio de la nobleza; Pest, con sus anchas arterias, su enorme Parlamento a la inglesa y sus tiendas, mantenía su aspecto occidental, a pesar de la movediza oleada de sus tipos orientales y los trajes de los campesinos, que se encontraban mezclados con soldados, mendigos, tenderos ambulantes y cantores callejeros y gitanos.

Me alojaba en el instituto Eotvösch (Escuela Normal húngara), donde di algunas conferencias. Pero, sobre todo, me hacían hablar de Occidente, del estado de Francia, de las perspectivas de la guerra y, después de cierto silencio, sobre las de la paz. El país se encontraba, en efecto, ocupado por los alemanes, y el Almirante Horthy llevaba una vida de prisionero bajo palabra, análoga a la del Mariscal Pétain, aunque un poco menos dura. Los nazis cargaban con la mejor parte de la comida, exigían sin cesar nuevos envíos de tropas a Rusia, y comprendí que si el Gobierno se prestaba era por temor a perder los territorios que Hitler acababa de atribuirles en Transilvania, pero también a la presencia de las divisiones nazis.

Los húngaros no tenían para nosotros sino simpatía y consideración. Odiaban a los nazis. No querían a los alemanes, pero temían más aún a los soviéticos: los profesores, escritores, artistas y estudiantes que vi hablaban todos francés y no ocultaban sus sentimientos. Los industriales se mostraban más prudentes, y los intelectuales, más violentos. El Ministro de Instrucción Pública, a quien visité por cortesía y para hablar de nuestros libros franceses, me mostró la cordialidad más generosa. Después me interrogó: «Usted ha estado a menudo en Estados Unidos

—me dijo—. ¿Puedo preguntarle qué piensa de Roosevelt? Es un hombre de genio, ¿no?» Respondí que esa fórmula me parecía vaga, que el Presidente no era un hombre muy culto, que tenía un sentido extraordinario de la política interior, pero que hasta ahora no había mostrado ninguna adivinación en política exterior. «Usted me inquieta —dijo el Ministro—. Usted lo adivina, tenemos a los rusos, deseamos la victoria alemana, pero también deseamos ver que se alejan un poco de nosotros. Sólo Estados Unidos puede ayudarnos, sobre todo en el caso de que las cosas vayan mal a los alemanes.»

El hombre parecía tan recto, tan sincero y tan preocupado que, por mi parte, me apiadé. Le dije: «Todo lo que podemos saber en Francia indica en Roosevelt un apego extraordinario por la U. R. S. S. Odia a Hitler y no se detendrá antes de derribarlo. Y eso no lo puede hacer solo, y ni siquiera con sólo Inglaterra; le creo dispuesto a consentir a los soviéticos grandes ventajas a la paz. En la alianza atlántica Churchill sería el diplomático más al corriente de los asuntos de Europa Central y el más comprensivo ante sus problemas. Sin duda. Y sabemos que en Serbia los ingleses, hasta ahora, ayudan a Mihailovitch, el monárquico, mientras que los rusos impulsan a Tito, el comunista. Pero nos dicen también que la ayuda inglesa es débil y vacilante. En la guerra, Gran Bretaña parece el más débil de los aliados: no se debe contar con ella». No podíamos penetrar el tenebroso porvenir. Nos callamos, y después me pidió que transmitiese al Mariscal su homenaje, y lo hizo de manera tan calurosa que pude medir su prestigio internacional, frecuentemente desconocido para los franceses.

Donde quiera, en los restaurantes, los círculos, después de mis conferencias, me hablaban en ese tono de Pétain; por doquier encontraba la misma amistad por Francia, el mismo alejamiento del nazismo y de Hitler, pero también el mismo temor sordo, con el horror de saberse arrastrados por un vehemente a una aventura a la que no se podía encontrar ninguna salida favorable. Y cuando volví a tomar el tren para Francia en Szömbathely, en la noche negra, mis amigos, al estrecharme la mano, me dijeron: « ¡Hasta mañana! ¿Si es que hay un mañana?»

Regresé a París sin dificultades. Allí es donde éstos me esperaban.

La Biblioteca Nacional no podía escapar a las acometidas de los grupos comunistas, estimulados por el Partido, que se agitaba cada vez más por orden de Moscú.

En 1940 había enrolado a «parados intelectuales», sin cuidarme de sus opiniones ni de su pasado político; uno de ellos, T., que me había recomendado el editor Denoël y el Ministerio de Trabajo, imaginó reunir armas y preparar un atentado antinazi en la Biblioteca Nacional. Lo hizo tan bien que la policía alemana lo supo antes que yo, y lo detuvo.

Yo estaba ausente y el Ministro de Instrucción Pública se mezcló. El delegado alemán en las Bibliotecas, temiendo hallarse en falta, vino a amenazar con hacer que las S. S. ocupasen la casa. Mi infortunado secretario general se debatió lo mejor que pudo y rogó a la prefectura de policía que lo ayudase, ordenando una investigación. Pero, entre tanto, el Ministro, molesto, decidió que se detuviesen a todos los sospechosos: veintiséis de nuestros guardas fueron llevados al campo de Pitiviers.

En eso estaban cuando yo llegué. El personal se agitaba, inquieto, excitado y descontento. Calmé lo mejor que pude a todo el mundo, y después visité al Prefecto de policía, que me ayudó a desembrollar el asunto. Pudo demostrarse que los

veintiséis desgraciados que se pudrían en Pitiviers sin comprender nada no merecían esa suerte, salvo uno, y que había que devolverme a los veinticinco lo más pronto. Me prometió investigar de nuevo y me dio sentencia favorable al cabo de tres meses. El Ministerio no se apaciguó tan fácilmente; desconfiaban de mí; yo no atestiguaba amor por Alemania, y crimen mayor, algunos de mis amigos, mal inspirados, se complacían diciendo que yo sería mejor ministro que el titular, sin medir el horror al que me destinaban. Por lo demás, el Presidente Laval no tenía ya bastante confianza en mí para que yo corriese ese riesgo.

En cuanto pude fui a Vichy para explicar al Mariscal y al Servicio de Asuntos Exteriores todo lo que había visto, sabido y hecho.

Estaba en el hotel *Du Parc* el 7 de noviembre, por la tarde. Extraños rumores circulaban en todas las oficinas. Cené en la mesa del Jefe del Estado, que hablaba poco, y me rogó me quedase con él la velada. Discutíamos sobre la Europa Central cuando vinieron a decirle que una inmensa flota angloamericana, después de haber atravesado el estrecho de Gibraltar, se dirigía al Este. ¿Iba a Malta? ¿Pretendía desembarcar en Sicilia? Ménétrel, colorado y nervioso, abrió la puerta:

—¿Y si se trata de nuestra Africa del Norte?

—Hay que defenderla —dice Pétain.

—¿Por qué? —prosigue el doctor.

—Porque hemos comprometido nuestro honor ante los alemanes.

—Los alemanes no tienen honor, ya lo ve usted.

—Sí; pero nosotros lo tenemos.

Todo se hacía confuso, embrollado e inexplicable. Laval iba a partir para reunirse con Hitler en cualquier lugar de la parte de Munich. Darlan estaba en Argel con su hijo, afectado de poliomelitis. El Mariscal podía comunicar con él por lo demás, sin que los alemanes supiesen nada, porque el servicio de Correos había colocado en el mayor secreto un hilo que unía Vichy a Tolón y a Argel, enlace del que sólo se podían servir él y la Marina.

Pétain durmió bien, pero lo despertaron hacia las siete para entregarle un largo mensaje de Roosevelt, bastante cordial, bastante hábil, en que el Presidente anunciaba su intención de ocupar el Africa del Norte temporalmente, para devolvérnosla a la paz y para poner fin a la hegemonía mundial que buscaba Hitler. La respuesta que dictó el Mariscal fue breve; subrayaba el «estupor» y la tristeza que le causaba la invasión. Terminaba así: «Somos atacados y nos defenderemos. Es la orden que doy. Phippe Pétain.»

Las tropas y los cañones franceses tiraron, pues, contra los aliados que desembarcaban, éstos les respondieron, y de ambos lados las pérdidas se elevaron. No obstante, un desorden extraño reinaba en Argel, donde los franceses corrían detrás de los estadounidenses, y los estadounidenses detrás de los franceses; todos a la búsqueda de Giraud, perdido.

Al alba, los resistentes, alertados, reunían a su gente, y el General Mast, como se había convenido con Murphy, hacía que sus hombres ocupasen Argel, pero podían correr tras el gran general, que no se lo encontraba en ninguna parte. Se había demorado en Francia, y después, en Gibraltar. Murphy, muy embarazado, se apresuró a ir a despertar a Juin; pero éste se negó a decidir nada estando su Jefe, Darlan, en la ciudad. Murphy hizo que lo sacasen de la cama. El Almirante se levantó furioso. ¿Por qué sacudirlo así? ¿Por qué le cogían de improviso? ¿Por qué no

le habían avisado antes? Se negó a actuar. Mientras tanto, las tropas fieles a Vichy detenían a Mast y a su gente. El desorden se extendía por toda la ciudad y se oían tiroteos acá y allá.

Apremiado por Juin, se decidió el «alto el fuego» en Argel. Afirmó que el Mariscal le había autorizado a ello a través de su hilo secreto, aunque la radio de Vichy continuase ordenando la resistencia cada cuarto de hora. No quiso hacer más cuando la lucha sangrienta continuaba en los otros dos puntos de desembarco y nuestra flota se sacrificaba para defender a Argelia. El desorden se disipaba lentamente en Argel cuando llegó Giraud, que no comprendía nada y se juzgaba ofendido. ¿Por qué no era el general en jefe? ¿Por qué actuaban sin él? ¿Qué hacían? Sus amigos no tuvieron tiempo de informarlo, sino solamente de ocultarlo, para que no lo detuviesen.

Al fin, el 10 de noviembre, el General Clark, descontento, también obligó a Darlan a que ordenase un «alto el fuego» general, y el 11, el Almirante, sabiendo que Vichy lo había revocado, que los alemanes ocupaban la zona Sur y que Pétain se consideraba prisionero, tomó oficialmente el poder en su nombre en Argelia; proclamó que las fuerzas francesas debían unirse a los estadounidenses. Así terminó el lío y así terminó por lograrse el desembarco aliado, con cuatro días de retraso.

Hitler no podía ignorar lo que preparaban sus enemigos. Abetz lo había prevenido; sus servicios secretos, gracias a un descubrimiento reciente, oían y comprendían todas las comunicaciones telefónicas que intercambiaban el Presidente y el Primer Ministro. Sin embargo, no tomó ninguna medida. En vano Mussolini y sus generales insistieron; no se movió. Ello obedecía, primeramente, al desprecio que ostentaba por los angloamericanos. ¿No les había ofrecido dejarles desembarcar libremente en Europa para demostrarles que inmediatamente les aplastaría de un papirotazo? Pero otro obstáculo más grave le impedía adelantar al adversario. Si concebía con calidad su campaña de Rusia y los sucesos de Europa, su vista se esturbiaba cuando le citaban ese extremo de Africa. Ni su espíritu ni su imaginación la concebían. Por tanto, se dejaba llevar.

No reaccionó sino en Francia. Hacía tiempo, desde el 29 de mayo de 1942, meditaba ocupar todo el país (operación «Aguilucho»), y hacía prepararlo. El 11 de noviembre desencadenó la operación, sin vacilar, sobre su buen derecho; a sus ojos, el armisticio ya no tenía base; quedaba, por tanto, libre, y sacaba provecho. Sin embargo, mantuvo la Comisión de Armisticio, medio cómodo de enviar órdenes sin tener que explicarlas. Al mismo tiempo mandaba a Abetz de permiso para no ser importunado con charlatanerías, pero conservó el Gobierno de Vichy, que le permitía evitar la anarquía en Francia. Su *Instrucción especial número 1,* del 16 de noviembre, declaraba: la Administración francesa se mantiene. Y envió una carta cortés al Mariscal.

Trataba menos bien a Laval. Lo esperaba en Munich el 9, a las veintidós horas. No se presentó. Su auto se perdió en la niebla, la nieve y la tormenta. No llegó a Munich hasta el 10 por la mañana. Hitler no lo recibió hasta después de la tarde.

La víspera se habría hablado de la colaboración militar franco-alemana en Argelia y Túnez, que importaba al Estado Mayor alemán y para la que ofrecía de antemano su aviación. Pétain, sin rehusar, exigía que los aviones no aterrizasen en suelo argelino. Se consideraban además otros medios. El 10 eso ya no

significaba nada; los angloamericanos se instalaban en Argelia, la Resistencia francesa se extinguía y otros problemas se planteaban.

Ante su visitantes, el Canciller recogió, pues, con volubilidad su tema habitual: las faltas de Francia, la deslealtad de Giraud, etc. Al fin planteó una vez más el dilema en que quería encerrar a los franceses: adherir francamente al Reino, o bien sufrir las duras consecuencias. En todo ello, nada nuevo.

Laval nuevamente no respondió nada. Habló de la «colaboración». Recordó su celo, sus desgracias e hizo entender que era tarde para actuar, reclamó armas para que Francia pudiera defenderse. Hitler barrió todas esas frases y se puso a exigir que le entregasen Túnez y Bizerta. El Presidente quiso esquivar la demanda y mencionó la integridad del imperio colonial francés prometida en Montorio. El Guía saltó entonces: no había prometido nada semejante. Pero quería Túnez. Laval dejó entender que no se la daría, pero que no tenía ningún miedo de impedir que la tomase. A buen entendedor, baste. Después quiso volver a hablar de la «colaboración». Sin responderle, Hitler dio fin a la charla. Ni siquiera tuvo la cortesía de advertirle que en ese instante hacía ocupar la zona sur...

Era la hora más negra para los franceses, cuando de todas partes, sus enemigos y sus amigos, añadían sufrimientos a sus bienes, a su cuerpo y a su dignidad.

Laval, en su viaje de regreso, se cruzó con las divisiones alemanas, que se asomaban para instalarse en la Francia del Sur.

De Gaulle, en Londres, apartado de la operación argelina, no encontraba más que un flaco consuelo en la concesión del préstamo-arriendo que le hacía Roosevelt, puesto que seguía negándose a reconocerlo y afectaba a militares para la relación con él, pero no a diplomáticos.

Darlan apenas podía alegrarse del acuerdo con Eisenhower, aunque lo reconocieron como jefe de los franceses, a condición de que obedeciese en todo a los estadounidenses. Sin duda, Roosevelt, afectado por la dolencia de su hijo, le hizo venir con la señora Darlan a Estados Unidos y se preocupó de que le diesen los mejores cuidados. Pero, no obstante, la prensa, los intelectuales, Hopkins y gran parte de la Administración arrastraron por el fango al Almirante; como no había podido decidir al Almirante De Laborde a que le llevase la flota de Tolón, su crédito bajaba más. La policía estadounidense lo vigilaba y todo le demostraba la precariedad de su papel y de su autoridad.

Giraud, salido de su escondite y nombrado General en Jefe de las fuerzas francesas, caía de lo alto, puesto que había soñado con dirigir los ejércitos aliados.

Juin, que no pensaba más que en batirse con Alemania, padecía también por ver que se demoraba la entrega de las armas que le prometían, pero que no le remitían.

De ambos lados del océano y de ambos lados del Mediterráneo los franceses llevaban la carga de su derrota y, sobre todo, de sus divisiones.

Y se agravaba con el mal humor que reinaba entre las grandes potencias a la greña, y todas descontentas de la coyuntura.

Los estadounidenses, después de haber perdido cinco días en ese desorden, conseguían adherirse la división francesa de Túnez y entrar en contacto con el enemigo, pero sufrían una serie de fracasos en tierra e incluso en el aire, porque su aviación no lograba instalarse todavía sólidamente en los terrenos de Africa del Norte.

Hitler ordenó tenacidad a sus tropas y que expulsasen a los aliados de Africa,

pero andaba muy descarrilado. Entre sus Generales y Rommel, que había terminado su retirada en Túnez, reinaban el desacuerdo y la rivalidad. Conseguían ocupar Túnez, Bizerta y la línea del Mareth, pero no podían ni abastecerlas ni enviarles refuerzos, lo cual las condenaba a la derrota inevitable ante un enemigo que las bloqueaba por mar y que no cesaba de reforzarse.

Francia pagaba por aquellos a quienes no se podía castigar. Padecía una ocupación brutal y el dominio sobre todos los recursos, mientras se multiplicaban los organismos militares, policíacos y administrativos alemanes destinados a vigilarla, explotarla y a mantenerla derribada.

Ante tal situación, varios consejeros de los más escuchados del Mariscal, le impulsaban a ir a Africa y a llevar allí su flota. Pero Pétain acababa de cumplir ochenta y seis años, edad en la que todo cambio brusco exige un esfuerzo intolerable. En vano el Almirante Auphan, el General Weygand y el Coronel De Gorostarzu insistían cerca de él para que partiese; no podía decidirse; su alma de campesino le decía que su puesto estaba en el suelo de Francia.

¿Se equivocaba? Si los nazis no lo hubiesen asesinado al partir, Roosevelt habría hecho que lo acogiesen en Argelia con honores, y la población lo habría aclamado; pero la guerra que allí laceraba habría obligado a mantenerlo aparte; como Darlan, se habría hecho objeto de los insultos encarnizados que le habrían infligido los «liberales» estadounidenses manejados por Moscú y por Londres, pues Churchill lo odiaba. ¿Habría escapado al asesinato mejor que Darlan y mejor que Giraud? Es vano discutirlo, porque este anciano, que no había dejado de defender el suelo de Francia, decían a justo título que constituía el último muro entre los franceses y los peores horrores de la guerra. Se lo había prometido.

No obstante, no pudo impedir ni el desarme brutal de su «ejército del armisticio», despierto durante la noche por las tropas nazis, que se complacieron echando a la calle a los jóvenes franceses en camisón para quitarles las armas, los cuarteles, el vestido y las provisiones.

Tampoco pudo proteger más la flota, a pesar de todos los juramentos que se prestaron recíprocamente los almirantes alemanes y los almirantes franceses. Hitler, impulsado por Mussolini y por su genio, decidió apoderarse de ella. Pero sus tropas llegaron demasiado tarde. Las órdenes de la Marina se ejecutaron de manera exacta y rigurosa; los 19 navíos de la flota de alta mar del Almirante De Laborde y los 35 navíos de la flota del Almirante Marquis se hundieron antes de que los alemanes pudiesen acercarse. Sólo el «Strasbourg» pudo ser capturado, porque los tanques corrían hacia él; el Teniente de navío Dominique Fay tiró los únicos cañonazos de aquella noche, detuvo a los tanques algunos instantes y perdió la vida sobre su cañón. Así, los almirantes y los marinos franceses serían los únicos fieles a su palabra y al honor.

¿Qué podía hacer Pétain? ¿Para qué unirse a los alemanes, cuya derrota era cierta? ¿Por qué derramar en su favor la sangre francesa? Pero, ¿cómo obligar a la flota a luchar al lado de los ingleses, que desde hacía dos años se ensañaban contra ellos? Aunque los marinos, siempre disciplinados, habrían obedecido, nunca se combate bien contra la voluntad de uno.

El General De Lattre de Tassingny hizo la prueba. Quiso adiestrar a sus tropas: 119 hombres lo siguieron con dos cañones del 75. Tuvo que rendirse, pero consiguió escapar en dirección de Africa, llevando a su carcelero.

El 12 de noviembre la policía alemana detuvo al General Weygand, y después lo internó en Alemania.

Todo se tambaleaba alrededor del Mariscal. Laval no encontró, pues, muchas dificultades para hacer que le otorgasen los plenos poderes, salvo los de declarar la guerra a los aliados, de atentar contra la religión, entregar al enemigo los prisioneros políticos y los alsacianosloreneses refugiados en Francia. Tampoco podía promulgar actas constitucionales.

Sacudido, golpeado y zarandeado por todas partes, Pétain ya no veía claro y no sentía eclipsarse, al menos por algún tiempo. En cuanto a Laval, desplegaba un coraje extraordinario para seguir una política cuya vanidad ya conocía. Lo decía a quienes le llevaban su dimisión, al mismo tiempo que las de Auphan y Gibrat: «Juego la partida como si los alemanes fuesen a ganar la guerra. ¿Ganarán los alemanes la guerra? No lo sé. No soy la señora de Tebas. Cuanto más dura, menos cierto lo creo... Pero estimo que un doble juego en política no significa nada...»

Para los franceses, ¿qué quedaba que tuviese un sentido, una esperanza, una razón de actuar? Giraban en redondo, como las ratas que se devoran entre ellas. Una conjura, a la vez gaullista y monárquica, parece ser que permitía a sus enemigos eliminar a Darlan por medio de un asesinato el 24 de diciembre. Se había encontrado a un sacerdote para absolver un asesinato que iba a cometer un joven bastante simple para creerse en estado de gracia y seguro de su impunidad, cómplices bastantes cobardes para abandonarlo y un pelotón para ejecutarlo, sin tocar al sacerdote.

El desorden se extendió de nuevo entre los franceses de Argelia. Si Giraud hubiese tenido entonces la envergadura de un jefe se habría impuesto. Pero el año terminó con intrigas y en desorden.

Para suavizar un poco las brutalidades, Rundstedt vino a visitar al Mariscal, que le reclamó, sobre todo, un ejército nuevo, y se quejó mucho de la manera en que se había disuelto el del armisticio.

Hitler recibió también a Laval mientras descansaba en su montaña, en el *Berghof* (19 de diciembre). Por lo demás, no dejó hablar, sino que le cerró la boca para recordarle las «traiciones» de los generales y almirantes franceses. Le aseguró, sin embargo, que «le conservaba toda su estima personal», por eso no le impidió reclamar nuevos sacrificios, que Rundstedt precisó poco después; quería gastos de ocupación más considerables, mayor número de trabajadores, etc. En vano Laval pidió un ejército nuevo, una suavización de la línea de demarcación... Podían despedirlo sin peligro, con las manos vacías y sin escuchar sus palabras.

Pero, ¿podían evitar oír el cañón que sonaba en Túnez, donde el ejército aliado tenía ya a las fuerzas alemanas en un cerrojo del que no podían escapar? ¿Podían taparse el oído al ruido de la formidable batalla que se libraba en Stalingrado, donde un ejército alemán, cercado desde el 30 de noviembre, se defendía sin retroceder, pero sin esperanza?

¿Podrían desconocer, ante todo, que Hitler soñaba ya su guerra en vez de liberarla y que arrastraba tras él en su catástrofe a toda Alemania, a toda Europa y a todo un pueblo que lo seguía odiando?

Así terminaba ese año, coloreado por brillantes vislumbres de paz sin reali-

dad, porque también el Presidente Roosevelt soñaba su guerra, pero no seguía su desarrollo sino en su imaginación y en su grandioso espejismo de un condominio ruso-americano.

Para los franceses, terminaba en el frío, el fastidio, casi el hambre y las humillaciones repetidas cada día.

9. RESISTENCIAS

A principios de enero de 1943 todos comprendieron que el ejército alemán de Stalingrado estaba perdido y que Alemania perdería la guerra.

En seguida, de un cabo al otro del universo, se despertaron apetitos, inquietudes y resistencias. En Francia, la resistencia antialemana tomó cuerpo y se organizó de manera eficaz. En Alemania, la resistencia contra Hitler recuperó fuerzas y buscó la ocasión de actuar. En Italia, la dinastía y el ejército se decidieron a resistir a Mussolini de una vez, para terminar. Incluso entre los aliados, puesto que se consideraba la paz, cada uno tiró por su lado. Roosevelt resistió a Churchill, que deseaba organizar un desembarco en el Este europeo para limitar la expansión rusa, cuando Roosevelt quería un desembarco en Francia para satisfacer a Stalin y conseguir el gozo de reunirse con él. Los polacos, atemorizados por el torrente de propaganda, que arrojaba a la opinión estadounidense a los brazos de los soviéticos, resistieron como pudieron, y cada vez más violentamente.

Sensible a estas desavenencias, como buen político que era, el Presidente quiso reunir a su gente, y pronunció el 7 de enero un gran discurso para la reunión del nuevo Congreso. Proclamó:

«Nuestro primer, nuestro gran objetivo en esta guerra, es la victoria. La victoria, primero, y después, la paz. Lo cual quiere decir que nos importa asegurar la seguridad de todos los hombres, aquí y en todo el universo, y, finalmente, luchamos para asegurar la carta de las «cuatro libertades»: la libertad de todo miedo...»

Se sentía tanto más seguro de lograrlo cuanto que algunas semanas antes, en Chicago, los sabios anglo-americanos acababan de conseguir la primera reacción nuclear en cadena. «Estábamos a mitad de camino de la bomba atómica.» ¡Qué triunfo para Estados Unidos, pensaba; qué garantía para la paz de las generaciones futuras! Entre sus manos y las de su amigo Stalin, ¡qué seguridad para el porvenir! No imaginaba entonces el caso en que tal instrumento admirable cayese en manos impuras ni aún el que algunas dificultades surgiesen entre los aliados...

Todo anunciaba un año de victoria. En Túnez, por fin, Eisenhower, seguro de su gente, provisto de un material inmenso y de aviones innumerables, tenía sobre los germano-italianos la triple ventaja del número, del instrumental y de la supremacía aérea. El ejército inglés, después de haber ocupado Trípoli, avanzaba hacia la línea del Mareth y cerraba la trampa en que se encontraban esquinadas las fuerzas del Eje, mientras que por mar las marinas anglo-americanas

hacían buena guardia; no habían podido impedir la llegada de cuatro buenas divisiones alemanas, pero ¡tanto mejor!, eran muy pocas para cambiar la situación y darían un éxito más marcado a los aliados cuando el enemigo tuviese que rendirse. Se consideraban estas operaciones con optimismo, tanto más cuanto que Rommel, de mala salud, mal visto por Hitler, que le reprochaba el haber retrocedido cuando le había ordenado «mantenerse sobre el terreno a toda costa», acababa de dejar el mando a Von Arnim y de volver a Europa para tratarse.

Eisenhower tenía, sin embargo, un cuidado: la administración francesa en Argelia lo inquietaba. Giraud, desde la muerte de Darlan, había recibido el cargo, pero no le interesaba y retenía poco su atención; no pensaba más que en la guerra, y no se consolaba por haber tenido que ceder el puesto de comandante en jefe aliado, que, sin embargo, le había prometido Murphy. El estadounidense se esforzaba por consolarlo, guiarlo y sostenerlo. Lo necesitaba; lo atacaban de todas partes. En Francia, los alemanes habían obligado al Gobierno francés a condenarlo y ellos no cesaban de denunciarlo como un «traidor a su palabra». Eso le preocupaba poco, pero podía desconocer las críticas, insultos y denuncias que la prensa de Estados Unidos y la de Inglaterra lanzaban contra él; le reprochaban, sobre todo, el gobernar en nombre de Pétain, el no representar a los *franceses libres* y el no ser un «verdadero liberal». Churchill echaba una mano y todo el mecanismo de la propaganda soviética trabajaba en vilipendiar, en el Nuevo Mundo como en el Viejo, a ese Gobierno, demasiado conservador. Roosevelt se inquietaba. Welles daba la razón a De Gaulle, a pesar de Hull, a quien continuaba disgustándole el General.

En París sentíamos ya como nuestro futuro todo lo que ocurría en Argelia. Según los actos de Giraud, las iniciativas de De Gaulle, los arbitrajes de Roosevelt o de Stalin, nuestra suerte tomaría un curso diferente después de la derrota nazi, que esperábamos con confianza y que los mismos alemanes descontaban.

Su policía se hacía más dura, más presente, más generosa; pero los demás servicios, todos los individuos con los que entrábamos en relación, oficiales como soldados, nos marcaban una especie de simpatía. En la medida en que podían suavizar el trato brutal a que estábamos sometidos se esforzaban. El grupo más generoso, el más eficaz, era el «Estado Mayor de la Marina», que protegía como podía a los marinos y almirantes franceses. Con ocasión del oficio por mi sobrino, muerto defendiendo el último acorazado francés, varios de ellos vinieron de paisano, en particular el Comandante Von Tirpitz, y los mismos me marcaron alto su desaprobación de la falta de palabra hitleriana que produjo el hundimiento. Protegían también al Almirante De Laborde, que los nazis querían deportar. El Conde de Meternich, por su parte, obraba tan activamente como le permitían los poderes de que disponía para impedir las mutilaciones de monumentos y las destrucciones a las que el genio alemán procedía, bajo el pretexto de edificar el «muro del Atlántico».

En mi personal, y entre mis amigos más jóvenes, comprobaba un sordo revuelo. Mientras el Doctor Petiot ayudaba a los judíos a escapar de los alemanes procurándoles el socorro esencial, gracias a su horno crematorio, la muerte. Los jóvenes franceses se esforzaban en creciente número por llegar a Argelia a través de España. La empresa presentaba peligros, pues los nazis desconfiaban y preparaban trampas; entre los contrabandistas a quienes se dirigían los tránsfugas, algunas buenas personas se contentaban con saquearlos un poco; otros, más bru-

tales, encontraban más sencillo matarlos. Yo pude ayudar a algunos de esos muchachos indicándoles una granja aislada en la montaña, cercana a la frontera, y que ocupaba un antiguo mayordomo del Doctor Roussy. Este buen hombre, español, casado con una francesa, conocía a los «buenos» contrabandistas y a los «buenos» aduaneros y las horas de los alemanes. No hacía falta menos. Después, los gendarmes españoles te metían en la cárcel, pero un servicio inglés o gaullista te sacaba pagando una pequeña suma. Todo iba después a lo mejor.

Un instante, yo mismo tuve la esperanza de que la guerra terminaría de inmediato. Rossé me confió que el revuelo parisiense era pálido al lado de la agitación que reinaba en los medios alemanes, en particular alrededor de Canaris y algunos grupos de generales. Consideraban a Hitler como el mejor auxiliar de los rusos y el responsable de las derrotas alemanas, porque no actuaba ya sino según sus fantasías; apartaba a todos los consejeros juiciosos para no escuchar sino a los aduladores, y decidía a tontas y a locas, sin tener en cuenta ni los recursos del Reino ni las fuerzas enemigas, cuya importancia nunca quería reconocer. Pretendía estar en todas partes, imprimir su marca en todo, mientras que su espíritu, inepto para captar lo real, se extraviaba en un delirio fuliginoso.

Obrecht y Von Treskow decidieron arriesgar el todo por el todo. Querían liquidar a Hitler, tomar el poder y hacer la paz con los aliados. El *Abwehr* de Canaris se prestaba; les proporcionaron una «buena bomba», puesto que era inglesa y largada por ellos para que sirviese a los partidarios. Después indujeron a Hitler a que fuese a presidir en Smolensko una conferencia de jefes del servicio secreto el 13 de marzo de 1943. Al piloto que debía llevar al Guía en «Wolfsschanze» le dieron un paquete que contenía dos botellas de coñac... y la bomba. Pero Hitler llegó sin estorbo a su cuartel general: el mecanismo de la bomba se había descompuesto. Así, las empresas humanas más útiles, las más sensatas y las mejor concebidas fracasan cuando el destino no les favorece.

Un demonio fiel protegía al Guía.
Teníamos que llegar hasta el final de esa guerra pesada.

Roosevelt y Churchill se esforzaban por apresurarla. Así se reunieron en Marruecos, en Anfa, cerca de Casablanca, para preparar el asalto final. Hitler, tan preocupado como ellos y sus generales de terminar prontamente ese conflicto inoportuno, pensaba en conseguirlo asesinándolos, pero sus servicios secretos cometieron la tontería de confundir «Casablanca» con «Casa Blanca». Y, además, resultaron incapaces de organizar nada práctico. Mike Relly, el agente encargado por el Presidente de su protección, velaba muy bien y no descuidaba ningún detalle. Esta fue otra decepción.

A decir verdad, la reunión de Casablanca no falló. Comenzó por lo más vivo para Roosevelt; éste soñaba no con una entrevista de dos, sino con una reunión de tres. ¡Ay!, Stalin no quiso oír hablar de ello; desconfiaba de este negocio africano, viendo en él una maquinación inglesa para preparar un ataque a Europa por el Sureste, y no por el Oeste, y para limitar así las ganancias territoriales de Rusia. Sentía también el hecho de que ni Inglaterra ni Estados Unidos se habían dignado hablar todavía de los territorios que cada uno tomaría para sí a la paz. En estas condiciones se quedaba en casa y esperaba.

Consciente de su mala voluntad, su gran amigo de ultramar no paraba hasta

que los aliados lanzasen el ataque masivo contra las fuerzas francesas, pero Churchill tenía el argumento mazo que calmaba al instante a su interlocutor: «Si usted quiere pérdidas inmensas y la posibilidad de un fracaso hagámoslo en seguida, pero yo le habré prevenido; y ya ha visto usted lo que han podido hacer los canadienses, soldados excelentes en Dieppe este verano.» Después de lo cual volvían a las operaciones limitadas, que permitirían aguerrir a las tropas, gastando a la vez las reservas alemanas e italianas. Convinieron, pues, a pesar de la oposición tenaz de Marshall y las hábiles intervenciones de Hopkins, consagrados los dos a la tesis y a la causa rusas, convinieron en un ataque a Sicilia en cuanto el enemigo fuese arrojado de Túnez, lo que se esperaba realizar en mayo.

Roosevelt buscaba consuelos. Encontró dos: el primero fue instigar a que se acrecentase el número de los aviones que iban a bombardear a Alemania por la noche para devastar sus ciudades, destruir sus fábricas de guerra y desmoralizar a su población. En cuanto oyó hablar de esas incursiones aéreas, Stalin tuvo una gran sonrisa y su rostro expresó durante algunos instantes una alegría beatífica. Para más precaución, el Presidente exigió que se verificase los objetivos escogidos por los ingleses. El segundo placer fue procurado por la visita del Sultán de Marruecos, que fue a comer con los dos «grandes». El Presidente le mostró mil consideraciones, le hizo ofertas y promesas, y le subrayó que, a sus ojos, la paz debía producir un cambio en su situación. Al Sultán se le hacía la boca agua. Pero Churchill apenas se retenía y ocultaba mal su cólera. Esa *comida aguada,* esos esfuerzos indiscretos por descolonizar Marruecos a expensas de Francia y ese ahínco de Roosevelt, que pretendía no pensar en la postguerra, pero que volvía sin cesar sobre la necesidad de emancipar lo más pronto las naciones en tutela, exasperaban al Primer Ministro. Se sentía burlado, explotado y ofendido en su dignidad de inglés; esta amenaza al imperio comprometía su gloria futura y turbaba su buena conciencia.

Tomó su revancha infiltrando a De Gaulle en el Gobierno argelino. El trabajo fue delicado, pero al final lo consiguió. Primero había que obligar al General a que se fuese; eso no fue lo más fácil. Desde Londres respondía: Esa reunión, preparada sin mí, y a la que no se me ha invitado, no me concierne. Winston, para distraer a Franklin, le contó que su pollo se mostraba reacio. El Presidente le respondió: «¿Quién alimenta a De Gaulle?» «Nosotros le pagamos.» «Quítele los víveres y vendrá.» Llegó cuando lo amenazaron con romper con él, y cuando Eden, con más suavidad, le demostró la importancia de la reunión. Al fin llegó, y el viernes 22 de enero, por la tarde, se presentó inmediatamente a Roosevelt, que quiso agradar. «Estoy seguro, dijo en su mal francés, que podemos ayudar a su gran país a que restablezca su destino (gruñido inarticulado de De Gaulle)... Y puedo asegurarle que será un honor para mi país participar en esta obra.» «Es muy amable por su parte». Saludo y despedida.

Tuvieron que reunirlo en seguida con Giraud y obligarlos a los dos a cooperar «cordialmente», cuando Giraud juzgaba a De Gaulle un mal general, un intrigante y un vanidoso; cuando De Gaulle juzgaba a Giraud un mediocre y torpe. Sin embargo, prometieron gobernar juntos Argelia; entonces el Presidente les pasó la cartilla: «El soberano de Francia es el pueblo francés. No puede expresar su opinión en este momento por causa de la ocupación alemana. El elemento indispensable para restaurar Francia es el asegurar las condiciones que permitan devolverle el medio de expresarse llegado el día.» De ahí, no aceptaba

más que gestores del poder y se inclinaba a juzgar la autoridad de Vichy, más regular que la de su visitante; pero su opinión pública, arrastrada por los comunistas, los progresistas y los liberales, le obligaba a conceder algunos favores a éste. Lo hacían sin entusiasmo y se remitía sin entusiasmo a Giraud, porque le parecía un necio. Hecho lo cual se ocupó de preparar las campañas de Asia, repartir los navíos disponibles, preparar el envío de las armas, municiones y camiones que pedían los soviéticos y buscar los medios de apremiar el armamento de los barcos mercantes, así como todas las fabricaciones demasiado lentas.

Decidido todo lo cual, cumplido y concluido, Roosevelt se reservaba el placer de enviar un largo cablegrama caluroso a su querido georgiano con un informe exacto de todo lo que había pasado en Anfa. Y añadió la frase famosa de que los aliados victoriosos no aceptarían de los vencidos sino una «capitulación sin condiciones».

A Churchill no le gustaba la fórmula, pero no le habían consultado. Stalin, cuando la leyó, no pensó de ella mejor, lo cual era injusto, pues el Presidente pensaba sobre todo en él al dictarla.

Confió a su hijo Elliott: «Naturalmente, he puesto lo que necesitan los rusos. No podrían desear nada mejor... Se diría que la expresión es del Tío Joe.»

Se equivocaba doblemente, porque llamaba al dictador rojo «Tío Joe» sin haberlo visto nunca; cuando lo vio y Stalin oyó el apodo, no le gustó. No tenía ganas de «capitulación sin condiciones», cuando con todas sus fuerzas intentaba abreviar la guerra y firmar la paz, aunque fuese de compromiso, con Alemania.

Sin embargo, le habría gustado oír cómo su socio estadounidense contaba, bromeando con su hijo, que no dejaría que los países europeos conservasen sus colonias después de la paz; habría que ponerlas bajo la tutela de sus antiguos dominadores, pero vigilando las Naciones Unidas este trabajo y emancipando a estos pueblos en cuanto fuese posible.

Y, en fin, como último remate, exclamó: «Inglaterra ha firmado la «Carta del Atlántico». Espero que hayan comprendido que el Gobierno de Estados Unidos está bien decidido a que se ejecute.» Elliott olvidó preguntarle si haría lo mismo con la U. R. S. S.

Churchill no había dejado de husmear esos peligros y ver en la actitud de su augusto aliado una firme voluntad de considerarlo como un brillante segundo con quien se está unido por una gran amistad personal que permitía tratarlo casi como igual o de gastarle bromas cordialmente. Siguió, pues, su idea. Tomó el avión y, a renglón seguido, a pesar del mal humor de los generales estadounidenses, se fue a Turquía. Quería ver al Presidente Ismet Inonü, preparar la entrada en guerra de este país y organizar así, para el día en que se hubiese liquidado a Túnez, Sicilia e Italia, un desembarco sobre el bajo Danubio que permitiría poner pie en la Europa del Este y limitar el poderío ruso. Charlaron, discutieron, gritaron (porque el Presidente era sordo) y se entendieron bastante bien... en potencial imperfecto. Churchill, sin embargo, se felicitó por este viaje y lo consideró como un jalón de los más útiles. Seguía decidido a atraer a los aliados lo más lejos posible hacia el Este europeo.

De regreso, en Londres, una pulmonía lo clavó en cama. Sus proyectos tuvieron que esperar.

Pudo meditar sobre la respuesta que Stalin daba a Roosevelt. Después de una breve frase de agradecimiento, añadía: «Si comprendo bien, usted ha to-

mado la decisión de participar en el aplastamiento de Alemania creando un segundo frente en 1943. Le quedaría muy reconocido si me enviase detalles relativos a las operaciones que usted considera para lograrlo y sobre las fechas fijadas para conducir a bien la operación...» Podría haber sido más amable, pensó el destinatario, que lo sintió.

El Primer Ministro, que recibió un billete con cariño análogo, no lo tomó tan bien.

No obstante, encargó a Eden que fuese a discutir a la Casa Blanca los problemas de la paz futura. El Presidente sentía acercarse el momento y quería preparar la realización de su gran idea. Una «Liga de las Naciones Unidas» que tuviese por núcleo, centro y armadura a los Cuatro Grandes, los únicos que conservarían ejércitos, y desarmarían a los demás, comprendidas Francia y Polonia. ¿Para qué les servirían tropas? El fascismo estaría muerto y todo el mundo se amaría. La O. N. U. haría la ley. La O. N. U. custodiaría Dakar, Bizerta y Formosa; vigilaría a los países encargados de guiar a las regiones africanas o asiáticas hacia la libertad; arbitraría en todas partes. Pero su creador no quiso oír hablar de uniones regionales, como le proponía el inglés. La U. R. S. S. se oponía. En esa atmósfera de paz y de libertad todo irían bien bajo la tutela de los Cuatro Grandes, y si alguno flaqueaba o suscitaba dificultades habría al menos dos de los Cuatro Grandes que se entenderían para restablecer el orden: Estados Unidos y la U. R. S. S.

Eden escuchaba todo con cortesía, lo aprobaba todo y se mostraba más fácil que su jefe. Sin embargo, conservaba una preocupación: los polacos. Los encontraban difíciles en Londres. Reclaman demasiado. Les ofrecen un crucero y Sikorski decide llamarlo «Lemberg», cuando los rusos pretenden quedarse con esa ciudad. Y, además, ¡no es un puerto! Pero Sikorski se empeña; trama la formación de un bloque con los pequeños países de los Balcanes; los soviéticos lo saben y se ponen furiosos. Los polacos juzgan que serán un gran pueblo, capaz de arbitrar a la paz. Quieren sus fronteras antiguas y, además, Rusia oriental.

El Presidente le responde que, después de todo, a la paz las grandes potencias decidirían lo que fuese a volver a Polonia y que no tenía la intención de ir a la conferencia de paz para mercar con los polacos o los demás países pequeños. Por cuanto les afectase, lo importante sería reconstruir su República de modo que ayudase a mantener la paz del mundo. Eden no le preguntó si tal era el espíritu de la Carta del Atlántico.

Los polacos empezaban a comprender que la O. N. U. sería un marco en que los Cuatro Grandes harían la ley; eso no les convenía. El Kremlin acababa de prevenirles que todos sus ciudadanos todavía en la U. R. S. S. serían considerados rusos (enero de 1943), puesto que vivían en el este de Polonia. No se hablaba de los dos millones deportados a Siberia. Ciechanowski, el Embajador polaco en Washington, un judío fino, flexible, pero vivo e inteligente, no era de esta cuerda; alertó a Sumner Welles, que, no sin cierto engorro, confesó que su patrono no haría nada que pudiese irritar a los rusos. Entonces Ciechanowski se indignó: «¿Conocen ustedes el «realismo» de Stalin, su avidez de conquistas? Opónganle inmediatamente sus principios mediante una declaración formal o si no se quedará con todo.» Welles pidió a su interlocutor que se calmase y le dio jarabe de pico.

Pero el Embajador sabía que la U. R. S. S. se apresuraba a crear un ejército

polaco comunista, declaraba que la «línea Curzon» constituía la frontera normal entre los dos países y acrecentaba el poder del *Comité Nacional Polaco* (comunista). Para cubrir todo ello, los soviéticos inundaban a Inglaterra y Estados Unidos con una propaganda que, con las victorias del ejército rojo, les daban un influjo eficaz sobre la imaginación de las multitudes anglosajonas y sobre la opinión de los dos países. Los aliados occidentales incluso insistían cerca de los polacos para que modificasen su Gobierno, ¡por complacer a Stalin!

En aquel período de tensión un hecho nuevo vino a añadir pólvora y estrépito. Los alemanes descubrieron la fosa de Katyn: 12.000 oficiales polacos, aproximadamente, habían sido ejecutados por los rusos allí, en octubre de 1939, para preparar la comunistización y eliminar a las clases burguesas. Inmediatamente Sikorski y los demás ministros rogaron a la Cruz Roja de Ginebra que organizasen un examen pericial. El 1 de mayo de 1943, trece médicos suizos y de las demás nacionalidades europeas regresaban a Katyn; a sus ojos no se podía negar que aquello hubiese sido un crimen soviético, y uno de los más monstruosos. Los polacos de Londres y de Estados Unidos quedaron conmovidos. Pero, en seguida, el dictador rojo reaccionó, denunció el «artificio alemán», el «crimen alemán» y rompió todas las relaciones con los polacos de fuera. Churchill y Roosevelt lo siguieron. Katyn ya no iba a ser discutida.

Se pudo entonces medir hasta qué punto la U. R. S. S. dominaba la opinión «liberal» y, por su medio, a la de los neutrales. Stalin debía estar orgulloso de su éxito; hasta se tomó el lujo de suprimir la *Kominform,* que ya no necesitaba; el celo de los «liberales» americanos e ingleses bastaba para todo. A través de Estados Unidos circulaban entonces el libro falaz y la película ridícula, idílica, que Joseph S. Davies, exembajador de Estados Unidos en Moscú, dedicaba a la U. R. S. S. Roosevelt se lo enviaba para persuadir a Stalin a reunirse con él. No se cansaba de volver sobre este tema en sus cartas del 14 de diciembre de 1941, del 11 de abril de 1942 (en que le proponía una agradable reunión veraniega en Alaska), de noviembre y de diciembre de 1942; por fin, el 4 de mayo confió al mismo Joseph E. Davies, que regresaba en misión temporal a Moscú, un mensaje más apremiante; quería una «visita de algunos días, sin protocolo» y *sin* Winston Churchill.

Pero, ¡cuántos obstáculos! El Embajador de Estados Unidos debía sentirse fatigado de su tarea; se permitió acusar a los rusos de ingratitud: éstos, a pesar de la inmensa ayuda americana, declaraban que luchaban solos, sin ayuda. ¿Respondía quizá a Maisky, el Embajador ruso en Londres, que denunciaba la notoria insuficiencia de los envíos estadounidenses, la mala voluntad de los aliados para crear un segundo frente? Al mismo tiempo Bullitt llegaba; pretendía persuadir a Roosevelt que se equivocaba en cuanto a Stalin. Ese hombre quería dominar a Europa e implantar el comunismo. El Presidente se encogió de hombros; él adivinaba al «Tío Joe», lo «sentía» y sabía que dándole todo lo prendaría, le inspiraría el deseo de mostrarse digno de tanta generosidad: «Nobleza obliga»; los rusos no anexarían nada y no querrían anexar nada, y si pudiese verse con Stalin se encontraba fuerte para atraerlo a sus ideas. Bullitt, exasperado y ofendido en su patriotismo, se permitió decir que el Presidente no tenía que vérselas con el «Duque de Norfolk», sino con un «bandido caucasiano». No se podían tolerar esas palabras. Este fue el final de la entrevista, de la amistad y de la carrera de Bullitt.

Mientras tanto, Churchill, sanado, pero preocupado, volvió a Estados Unidos. Le importaba persuadir a Roosevelt. Le importaba vigilar lo que pasaba y no se daba cuenta de que irritaba a su gran amigo, por su presencia demasiado frecuente, aunque lo distrajese con sus historietas, su facundia y su vitalidad. Del 11 al 25 de mayo pudo hablar, insistir directamente, insinuar y volver sobre el tema, que no sacó nada. Su huésped quería el desembarco en Francia, y lo más pronto posible.

Hablaron de China, hablaron de Birmania, prepararon la ocupación de las Azores, aumentaron más las escuadrillas de bombardeo que devastaban Alemania y se fijó el 1 de mayo de 1944 para el desembarco en la costa francesa y el avance en el Pacífico. Se recibió la noticia de que, decididamente, Stalin suprimía la *Komintern,* y se quiso ver en ello la prueba de que renunciaba a bolchevizar el mundo. De Gaulle y Giraud anunciaron también que creaban un «Comité Ejecutivo Francés», esbozo de un Consejo de Ministros, que comprendía a la vez a Jean Monnet y al General Georges; en suma, todo iba bien.

Todo, salvo el buen humor del georgiano. Cuando recibió el informe de estas reuniones y decisiones respondió tan brutalmente que Churchill se desbocó: no podía admitir que pusiesen en duda su buena fe. A su vez, replicó en el mismo tono, a lo cual el dictador rojo llamó a sus embajadores de Londres y Washington (1 de junio de 1943). Sin cansarse, Roosevelt volvió a su gran idea, quería ver al «Tío Joe» donde fuese, y, en camino, visitaría a Chang Kai-Chek.

Entre tanto el ruso preparaba su ofensiva de verano, dejaba que el tiempo trabajase por él, hacía pagárselo caro al norteamericano y situaba sus espías.

En Francia, ya llevaba el juego.

A los primeros días de la ocupación unos hombres indignados rehusaron aceptar la derrota, el armisticio y la presencia alemana; un núcleo muy reducido, pero animoso, se formó alrededor del Museo del Hombre, en París, entre intelectuales de extrema izquierda, judíos, dominicos y escritores. Se denominó «Comité Nacional de Salvación Pública» y reunió a cabezas tan distinguidas como Jean Paulhan, Jean Cassou y Paul Rivet, y Jefes como Boris Vildé y A. Lévitzki. Creó la fórmula y un periódico *Résistance,* pero los alemanes no tardaron en descubrirlos, acecharlos, coger a sus cabecillas y después fusilarlos (febrero del 41-julio del 41 y 25 de noviembre de 1942). Otros grupos se crearon en seguida en París y en el Norte, donde el diputado Lebas, Alcalde de Rubés, se mostró muy activo. Sin embargo, estas organizaciones y otras se mantenían difícilmente, sobre todo si se difundían. Sin duda, encontraban buen terreno en el odio que inspiraba el ocupante, pero su policía se mostraba demasiado vigilante.

Las redes que sobrevivieron en la zona ocupada recibieron ayuda inglesa; practicaron una prudencia que les prohibía desarrollarse. Por lo demás, no se trataba entonces sino de minorías débiles.

La zona Sur ofrecía un terreno más favorable. La policía se complacía a menudo cerrando los ojos; a menudo las animaba por lo bajo. De ordinario, no la tomaba con los paracaidistas ingleses o franceses. Las mentes audaces encontraban pronto oído cerca de los judíos «replegados», los exdiputados, funcionarios y políticos afectados por las leyes de Vichy y entre los descontentos, siempre numerosos en Francia. Una cuestión preliminar se planteaba: ¿se trataba de combatir a Alemania o al Gobierno Pétain? Al principio, algunos «resistentes» patriotas se volvían únicamente contra el enemigo; pero gradualmente, y sobre

todo, después de volver Laval, la resistencia pretendió luchar a la vez contra el ocupante y contra el Gobierno que se entendía con él, aunque algunos hiciesen una reserva mental en cuanto a Pétain.

Tres grandes redes se formaron así en Lión y en Tolosa, los dos centros más activos. Henri Frenay fundó el movimiento *Libertad* en Lión, que se convirtió en *Movimiento de Liberación Nacional,* y después, *Combate,* uniéndose a grupos demócrata-cristianos. En septiembre de 1942 este grupo adhirió a De Gaulle. A finales del 42, su periódico, uno de cuyos redactores era Albert Camús, tenía una tirada de 30.000 ejemplares semanales.

En Lión también se organizó la «Resistencia Sur», y publicó *Franc Tireur. France d'abord* lanzaba clandestinamente *Paroles Françaises*; *Le Coq Enchîné* defendía la masonería; en Tolosa, *Libérer et Fédérer* unía a católicos o comunistas; en Clermont-Ferrand, Emmanuel d'Astier y Corniglion-Molinier lanzaron *Desnière Colonne,* que se convirtió en *Libération,* y predicó el antifascismo en unión con demócrata-cristianos, socialistas y comunistas.

Todos tenían celo, ideas y valor; pero pocos medios. No los podían recibir más que de Londres, pero los comunistas eran los únicos que poseían una técnica probada de lucha clandestina. Eran los únicos que recibían de manera regular consignas, los únicos que se conformaban a la disciplina estricta, que rápidamente les dio un puesto dominante en todas estas redes y, poco a poco, hizo de ellos los árbitros de la acción clandestina. No vacilaban nunca ante la necesidad de cometer un acto violento y, de ordinario, sabían sobrevivir; mientras que, a menudo, sus compañeros y cómplices, sobre todo los que tenían tendencia de derechas o convicciones cristianas, desaparecían en el combate.

Los marxistas llevaban entonces un juego sutil, eficaz y atrevido. Se metían la doctrina en el bolsillo; ya no hablaban más que de «Francia», «patriotismo», «odio al vencedor» y se atraían a todos los hombres valientes y generosos; los trataban bien, los enganchaban con cuidado, no sin demostrarles consideraciones y deferencia, pero ponían en todos los puestos de confianza a comunistas disciplinados. Gracias a este sólido cuadro podían llevar las tropas, de ordinario, a donde querían. Tal fue el principio de la red «Frente Nacional», que formó sus propias unidades, los «Francotiradores Partidarios» (o F. T. P.), y se negó a unirse a otras redes, para obedecer únicamente a Moscú. No obstante, consiguió atraerse a conservadores como Louis Marin y a buen número de sacerdotes.

En enero de 1942 el partido comunista completó esta maniobra; despachó a su representante Fernand Grenier a Londres, para llevar a De Gaulle un mensaje de adhesión. No obstante, se negó a participar en los esfuerzos de organización que el General ordenaba en Francia. Para federar a todos los movimientos de resistencia, De Gaulle enviaba al antiguo Prefecto de Eur et Lor, Jean Moulin, destituido en 1941 por el Gobierno Pétain. Debía poner orden en esas redes anárquicas e impotentes, distribuirles dinero, aparatos de radio y consignas. En cada red instalaba un representante (de enero del 42 a junio del 43). Hasta consiguió hacer que se fundiesen los tres grandes movimientos de la zona sur (marzo del 43) en un organismo llamado *Movimientos Unidos de Resistencia,* o M. U. R., que dirigían tres representantes (uno por cada grupo); al mismo tiempo ponía en marcha un «ejército secreto» por la unión de todos los grupos paramilitares.

En la zona norte, tres delegados gaullistas: Passy, Brossolette y el inglés

Shelley, se esforzaban por llegar al mismo resultado, pero perdieron el tiempo. Sin embargo, en marzo, reunieron en París a los delegados de las redes, salvo el «Frente Nacional». Pero su obra quedaba incompleta y precaria. Jean Moulin fue más lejos: el 27 de mayo de 1943 tuvo la habilidad y la audacia de reunir en la calle Du Four, de París, a los representantes de los principales redes con los partidos políticos que se reconstituían, para no dejar el campo libre a los comunistas, siendo los dos más activos los socialistas y los demócrata-cristianos. Los sindicalistas aceptaron también el ir. Les leyó un mensaje del General que prometía elecciones y libertad para la paz, y Bidault hizo votar por unanimidad que se anulaban los actos de Vichy, que se confiaba a De Gaulle el cuidado «de los intereses de la nación» y a Giraud la dirección del ejército. Después, cada uno se eclipsó como pudo, sin molestia, por lo demás.

Este resultado, importante para De Gaulle, era más teórico que práctico; tal asamblea no tenía nada de representativo y nadie reconocía su autoridad; no representaba sino un papel consultivo. Sin embargo, creó una oficina (de cinco miembros, tres de los cuales, comunistas) para organizar la lucha y preparar el futuro; es decir, el dominio del poder. Una de sus decisiones más preñadas de futuro fue confiar el trabajo clandestino (informaciones, asesinatos y atentados) a un grupo de hombres (Villon, Kriegel-Valrimont y Jean-Robert de Vogüé). Su Comité se llamó C. O. M. A. C. En él también dos miembros de tres pertenecían al partido comunista.

Ni los alemanes, ni Laval, ni el público francés ignoraban estos manejos. Si los periódicos evitaban este tema prohibido, la radio de Londres y las conversaciones lo magnificaban. Se veía, sobre todo, el triunfo de la acción marxista; de hecho, donde no figuraban, su influencia se ejercía, porque para rivalizar con ellos y para reclutar los demás grupos tenían que hacer una puja demagógica, prometer más que ellos, amenazar más que ellos y elevar el tono sin cesar.

Laval sentía el peligro; no podía desconocer la oleada de insultos y de amenazas que le subían porque estaba a la ventura de los ultrajes de los resistentes, aunque los comunistas la tomasen también con el Mariscal, el «viejo traidor» decían. Para protegerse y para reaccionar contra los crímenes que cometían los esbirros del marxismo a expensas de los alcaldes conservadores o de hombres conocidos por su adhesión al régimen de Vichy, decidió poner en marcha un partido nuevo, el *Frente Revolucionario Nacional* (F. R. N.), que fue constituido oficialmente el 28 de febrero de 1943, en la sala Pleyel, de París, y cuyo Secretario general fue Henri Barbé, hombre de una personalidad poderosa y de una inteligencia sutil. Este marco encerraba a todos los pequeños partidos colaboradores, los restos del antiguo R. N. P., los del «Francismo» (Jefe: Marcel Bucard); del M. S. R. (la difunta *Cagoule* había tomado este nombre); los de *Jóvenes de la Europa Nueva*; del *Frente Social del Trabajo,* y los *Grupos de Colaboración.* Se proponían conducir una acción política anticomunista haciendo propaganda por una Europa unida, una acción social en favor de los obreros y multiplicando en todo el país comités locales y formaciones paramilitares.

Marcel Déat no dejó de ejercer sobre este conjunto su influencia estimulante, pero, a despecho de sus esfuerzos, el país seguía amorfo. Laval, para más precauciones, instaló en Vichy (1 de febrero de 1943) un nuevo servicio, la *Milicia Francesa,* especie de guardia pretoriana y de policía auxiliar, cuyo jefe, Joseph Darnand, antiguo héroe de la guerra del 14-18, gozaba de toda su confianza. Era un hom-

bre honrado, patriota, de un raro valor, pero poco dotado de discernimiento político. Tanteó primero, mantuvo relaciones con el S. D. alemán, entró en contacto con el Frente Nacional y terminó por lanzar a sus jóvenes voluntarios a una lucha cuyo verdadero nombre era «guerra civil». A lo cual podía responder que no la había escogido, sino que se la imponían.

La actitud del *Partido Popular Francés* fue, a la vez, más clara y más matizada. Bajo la dirección de Doriot, antiguo obrero a quien indignaban las doctrinas y procedimientos del comunismo, ese movimiento luchaba contra el bolchevismo, participaba en la Legión Anti-Bolchevique, en la que combatía Doriot, pero se negaba a apoyar a Laval, que no los quería. Les había ofrecido, sin embargo, asociarlos a su Gobierno (mayo del 42), pero el P. P. F. no quería servir de instrumento a una política partidaria de izquierdas o derechas. Seguía leal únicamente a Pétain. Uno de sus lugartenientes, Yves Sicard, logró fundar las *Guardias Francesas,* grupos de jóvenes encargados de llevar la lucha de propaganda, pero no de combatir. Reunió más de 12.000, porque el P. P. F. tenía una clientela segura, profundamente arraigada a los medios populares hostiles al comunismo y un estado mayor más experimentado que ningún otro.

Así, en una Europa ensangrentada se agravaba de día a día la desunión francesa, que comenzaba a degenerar en guerra social.

Tuve la prueba y quedé mezclado un poco por azar al esfuerzo que hacían patriotas clarividentes para aproximar al menos a los diversos Gobiernos franceses en la hora de la paz..., si por fortuna se producía rápidamente y de súbito.

La mayoría de los jóvenes agregados al Gabinete del Mariscal pertenecían también a la Resistencia; encontraban en ella sedante, y el Mariscal se lo pasaba. Ya en 1940-1941 él mismo mostraba una simpatía abierta hacia esos movimientos.

Estos jóvenes no se jactaban de su valor y nadie se lo pedía. Uno de ellos, a quien yo conocía bien entonces, me tomó aparte un día y me habló poco más o menos así: «Me confían una misión muy importante, de la cual le voy a hablar, a condición de que me prometa el mayor secreto.» Lo prometí. En caso semejante yo prometía siempre, y lo cumplía, tanto más fácilmente cuanto que, con la mayor frecuencia, el secreto no merecía que se hablase de él.

Esta vez era de otra manera. Jean Baudry me explicó que un grupo de resistentes importantes y distinguidos, embajadores, inquietos por la situación, intentaban acercar al Mariscal y al General, al menos en la perspectiva de la victoria, y que acababan de poner en limpio un acuerdo mediante el cual estos dos altos personajes aceptaban concertarse en el momento de la paz. De Gaulle y Pétain consentían. Sólo faltaba llevar el documento a Vichy, hacer que lo firmase el Mariscal y devolverlo a París, donde se pondría en manos de un notario.

El asunto me pareció demasiado importante, demasiado feliz para los franceses, de suerte que no podía negarme, pero pedí algunas garantías; primero, que el Mariscal me diese la misión de hacer esos viajes; después, que los embajadores me viesen e hiciesen lo mismo; y, en fin, que De Gaulle me reconociese «buen francés» y digno de tan noble comisión. En la quincena que siguió el Mariscal me dijo que fuese adelante, me reuní con los embajadores y éstos recibieron de Argel un telegrama firmado «Massigli», que, en nombre de su Gobier-

no, reconocía mi cualidad de «buen francés». Cumplí, pues, la misión sin dificultad y, parece ser, sin que franceses y alemanes lo sospechasen.

Tres semanas después me llegó un mensaje de Vichy, a donde me convocaban con urgencia. Fui sin demora, y recibí una audiencia hacia el final de la mañana. El Mariscal me acogió con aspecto molesto, la mirada furtiva y la mano trémula, mientras que Ménétrel marchaba a grandes pasos por el despacho. Se había convenido que nadie, y ante todo este último, debía oír hablar del acta firmada por los dos jefes de Gobierno. Ahora bien, yo vi inmediatamente que Pétain había hecho saber a su médico lo que acababa de hacer.

Ménétrel podía contener mal su cólera o, más bien, su rabia. Un amante burlado no se habría mostrado tan violento ni más amargo. Hablaba de «chiquillada», de «acta mal redactada» (pero no la conocía), y me arrojaba un torrente de reproches sonoros. Me pareció inútil responder, juzgando absurdas sus palabras y culpable su actitud. Sin embargo, al final, cuando se volvió al Mariscal y, a fuerza de apremiarlo, obtuvo que me diese la orden de devolverle el documento para volverlo a ver o quemarlo, mi indignación hizo que hablase: el anciano me escuchaba con la vista en el suelo. Cuando terminé me repitió su orden.

Ocho días después volvía al Hotel Du Parc provisto del documento, que Ménétrel cogió en triunfo. Leyó deprisa, desternillándose, y después lo desgarró, lo hizo trizas y lo echó al fuego, bajo la mirada átona de su jefe. Yo creí haber conocido la humillación más grande en junio de 1940. Aquella tarde de verano me fue más penosa todavía. No podía comprender un acto tan loco, tan mezquino y tan contrario a todo espíritu de patriotismo.

Yo ignoraba entonces que ese médico formase parte del *Intelligence Service.* No iba a saberlo sino poco después.

Inglaterra creía manejar a De Gaulle, a quien instalaba en Argel. Atraía hacia ella tanto como podía a la Resistencia. Estados Unidos comenzaba a interesarse también, pero con más desgana. Rusia, por su parte, le disputaba el puesto con destreza, audacia y éxito, mientras que Alemania nos explotaba, nos desollaba y se esforzaba por sembrar entre nosotros el odio.

Yo no tenía menos piedad por Francia que por el Mariscal, y comprendí aquel día la cólera de De Gaulle.

10. LA AGONIA DE OCCIDENTE

La guerra se endurecía por doquier. Se adivinaba que ya no podría mantenerse mucho tiempo en aquel paroxismo de odio, de violencia, de destrucción y de crueldad.

Churchill, el más nervioso de los tres aliados, lo sentía, y cuando había bebido bastante, le espantaba el porvenir. Entre el Presidente, todopoderoso jefe del estado más rico del mundo, y el dictador sangriento del universo comunista hacía mala figura como simple primer ministro de un imperio tambaleante y como comandante de un ejército con frecuencia vencido...

Sin embargo, era el único que se preocupaba de Occidente. El único que intentaba mantener una Europa libre y viable, al abrigo del despotismo estaliniano y de las fantasías del idealismo rusveltiano. Sabía que, si fracasaba Inglaterra, perdería la mayor parte de su crédito, de sus clientes, de su protección, de su imperio y de su razón de ser. Luchaba, pues, cada instante contra sus aliados, primero, para instalar en Francia a De Gaulle, personaje dificultoso, pero su cliente, y que lo vengaba de Pétain. Después, para impedir a los soviéticos que ocupasen la llanura de Europa central y para que sus ejércitos fuesen los primeros en llegar a Viena, Budapest y Berlín.

La dificultad de su misión la acrecentaba la oposición de Roosevelt, su amigo cordial, pero siempre superior, que prefería a Rusia; por el odio de Stalin, que veía en él al enemigo verdadero de la U.R.S.S., y por el de Hitler, que reservaba para Inglaterra sus armas más feroces y que prefería hundirlo todo antes que cederle nada.

Aun en Francia, se encontraba frente a los alemanes y a los soviéticos, que llevaban el juego.

Todas nuestras costas se erizaban ya de reductos, alambradas y cañones; ya no existían las playas, ya no quedaban sino campos de batalla. «El muro del Atlántico» parecía a los nazis la garantía suprema de su fuerza militar frente a los invasores. Lo proclamaban más «científico» que la difunta línea Maginot, de triste memoria. Se engañaban, porque los pegotes, los cimientos mal hechos, los cañones situados en ángulos absurdos y las municiones chapuceras se encontraban en esas fortificaciones tanto como antes en las nuestras. Por lo demás, los ingleses, gracias a su superioridad aérea, tenían fotos completas de esas obras y medios eficaces para derribarlas. De cualquier modo, durante el verano de 1943 eran el orgullo del ejército alemán y la queja de los franceses, privados del baño en el mar.

Entonces se les privaba de todo. Los ocupantes tomaban alrededor del 90 por

100 de sus animales de matanza; y la mayor parte de los recursos nacionales corría hacia el Este, reduciendo a los habitantes a 300 gramos de carne al mes, 200 gramos de materia grasa y todavía menos legumbres secas y patatas; además, la carne para los adultos y la leche para los recién nacidos no llegaba siempre. El campo salía con tretas, pero las ciudades se habrían muerto de hambre sin un éxodo cada sábado para buscar lo indispensable en el mercado negro de los alrededores.

El saqueo nazi tomaba proporciones inmensas. Bajo pretexto de «embargar los bienes judíos», ponían mano a todo lo que gustaba a la policía S. D.; en abril del 43, 92 vagones que contenían 2.775 cajas de objetos de arte robados en las propiedades de la costa occidental se largaban a Alemania. Goering hacía que le llevasen a Munich 594 muebles, cuadros y esculturas antiguas; en Neuschwanstein amontonaban lo que él no cogía. Sus saqueadores circulaban por toda Francia y quisieron apoderarse de las *Tapisseries à la Licorne,* que la familia de Sèze pretendía donar al Estado francés; a pesar de la intervención de varios ministros, los propietarios rehusaron tenazmente y terminaron por salirse con la suya.

Francia llegaba a ser una especie de colonia, con unos ciudadanos que odiaban ante todo a los alemanes opresores y otros odiando a los rusos, ateos y carniceros. En efecto, nuestro país poseía una dosis tóxica de unos y otros. Por doquier se instalaban divisiones alemanas «en reposo», enviadas, de hecho, para acechar el desembarco aliado y para arrojarse sobre esa presa. Al lado de ellas, y peor que ellas —pues en aquella fecha los alemanes, cansados e inquietos, procuraban mantenerse tranquilos cuando no se emborrachaban—, las divisiones rusas de Vlasof, rojas más o menos, pero blanqueadas, arrastraban a nuestras provincias su violencia, su lubricidad y su gusto por el alcohol. Primero a lo largo de los Pirineos y después en Normandía y en el Somme, sus hombres se entregaron a los excesos más afrentosos.

Nada, sin embargo, agitaba más a las familias, talleres y fábricas que el Servicio de Trabajo Obligatorio, tan brutalmente impuesto por Sauckel en 1942. Laval, tan incapaz de resistir como de consentir, se esforzó por armar lío, por embrollar el problema en tal enredo administrativo que no se encontrase nada. En la flota, el Ministro, el Almirante Abrial, se apresuraba a ocultar a todos sus oficiales, cadetes y marinos en los puestos disponibles o capaces de ocultar su situación; el decano Ripert hacía lo mismo en la Facultad de Derecho, y yo lo imitaba en la Biblioteca Nacional, donde obtuve incluso la ayuda del representante alemán de las bibliotecas para certificar que mi personal era inepto para el trabajo de fábrica. Cada uno salía del paso como podía. Al principio habían encontrado voluntarios, tentados por los altos salarios y el viaje; después la presión había dado algunos resultados; a partir de la primavera de 1943 todos resistían.

Se encontraban ya en Alemania 500.000 trabajadores, a cambio de los cuales habían podido regresar a Francia cerca de 115.000 prisioneros o enfermos, pero en agosto, Sauckel no recibió más que 170.000 de los 250.000 reclamados, y para el cupo siguiente de 100.000 fue la obstrucción. El mismo ejército alemán veía el peligro de esta operación, que llenaba de súbito de partidas al país. Así, Bichelonne, Ministro de Producción, pudo disponer acto seguido con Speer la organización sobre el terreno de fábricas que trabajarían para la producción de guerra nazi. Francia conservó desde entonces sus trabajadores.

El mal ya estaba hecho: en Corresa, en el Jura (350 hombres), en la Alta Saboya (1.200), en Saboya (1.000), en el Ena (350), en Ardecha (200), en Vivaré, en Lengadoc, etc., donde había escondite y alimento, se agazapaba una partida, primero prudente y después brutal, sobre todo, cuando las instrucciones comunistas llegaban o se instalaban jefes comunistas. Por lo demás, esos jóvenes debían comer y calentarse; en Vercors se contó que les hacían falta 2.500 francos por hombre y por mes, y en otras partes, 600 (*); ahora bien, Londres nunca enviaba tales sumas. Las partidas vivían, pues, de los campesinos, saqueaban a los «colaboradores» ricos y los mataban, hacían detracciones de la Banca de Francia (en San Claudio, 100.000 en aquella época), o en Correos, o entre los recaudadores de impuestos. Apenas se les negaba. A veces, incluso sorprendían un campamento juvenil, cogían ropas, víveres, equipo y dinero y dejaban a los jóvenes en camisón, diciéndoles: « ¡Buena suerte! » Por desgracia, había en todo ello menos buen humor que sangre y costumbre de matar.

Se intentaba, no obstante, ayudarles y sujetarlos, pero demasiada gente se mezclaba y muy poca sabía mandar. Moulin, antes de morir, se había entendido con el *Movimiento Obrero Francés* (M. O. F.) para infiltrarse en las fábricas y ayudar a los jóvenes a huir a las partidas; el M. U. R. hacía lo mismo. En la zona norte los comunistas, sobre todo, se encargaban de ello. Ayudaban también a destruir el censo y los llamamientos, a imprimir falsas tarjetas de identidad y de víveres, etc. Para poner un poco de orden, los jefes de las partidas del sur se reunieron en Lión en octubre del 43, pero comenzaban las luchas; los italianos exterminaban a una partida y capturaban otra en los Alpes. En Corresa se estableció un estado de guerrilla entre los alemanes y los partidarios desde el 15 de septiembre al 15 de noviembre. En las ciudades obreras los equipos comunistas asesinaban a un número creciente de miembros del P. P. F. y a notables anticomunistas; además, los alemanes y la Milicia respondían con represalias, como la muerte de Victor Basch y de su mujer; la sangre corría de un cabo a otro de Francia.

Los jefes del ejército secreto y de la organización militar O. R. A. (formada por antiguos oficiales en activo) no aprobaban estos procedimientos: unos y otros recomendaban a sus hombres que esperasen el momento y el orden. Se esforzaban por dividir a los partidarios en pequeñas escuadras de 25. Pasaron un duro invierno, pero su número aumentó; se estimó su cantidad en 20 ó 30.000 en diciembre del 43 y enero del 44, pero la mayoría de las unidades sólo agrupaban a pocos combatientes y muy mal provistos de armas: bastantes para asesinatos y no suficientes para combate. Inglaterra, que desconfiaba de ellos, no quería arriesgarse a confiarles un gran armamento.

En efecto, los enlaces eran muy difíciles y los convoyes de paracaidistas caían en manos de los alemanes. Los oficiales y las radios que los aliados y los franceses libres enviaban al continente con puestos emisores eran tomados casi siempre, gracias al notable servicio de localización de las policías alemanas. Inmediatamente, los capturaban si no entregaban sus secretos. Los grupos comunistas, mejor habituados a la clandestinidad, reclutados y adiestrados con más rigor, salían mejor que los de otros movimientos. Su prestigio aumentaba; la influencia de sus F. T. P,.

(*) En francos de la época.

también, y su papel destructor, más aún, pues ellos sabían con precisión a quiénes tenían que matar y respetaban la disciplina.

Bajo su aprieto, la gente de los pueblos se preguntaba en voz baja: «¿A quién hemos de temer más, a un S. S. o a un F. T. P.?» Huían de ellos, y por la noche, en cuanto caía la oscuridad, se encerraban en su casa con doble llave, decididos a no abrir a quienquiera que llegase. Pero, ¡ay!, no se puede dormir siempre.

La guerra continuaba con gran estrépito.

Desembarazado de su gran Estado Mayor y de sus generales, a quienes ya no consultaba, Hitler vivía en su Cubil del Lobo en pleno lirismo wagneriano. No trataba apenas más que a su perro «Blondy» y a su Ministro de Propaganda, Goebbels, que era tan leal como su perro y cuyas francas reflexiones aceptaba. Goebbels veía la guerra perdida y recomendaba una paz negociada. Hitler no se enfadaba, pero le explicaba que no podía negociar con Stalin: habría tenido que encontrarse en posición victoriosa. Más valía luchar. Lo esencial era ahora proteger a Alemania de los rusos y aplastar a los aliados en el momento de su desembarco. Entonces se negociaría la paz.

Mientras tanto, era el «repliegue elástico». Al menos, habría podido serlo si Hitler no hubiese mantenido la manía de agarrarse a todos los pueblos y a todos los terrones y a retardar las órdenes de retirada hasta el último momento. Este método y la costumbre que tenían los jefes de cuerpo, atemorizados por él, de minimizar sus pérdidas, para hacerse ver bien causaban errores que no se podían reparar en seguida. El contaba con divisiones intactas y enviaba al combate a unidades que tenían un cañón de tres, un tanque de cuatro y un efectivo reducido a la mitad. Su ejército, siempre fiel, se hacía frágil y quebradizo. Para agravar el mal, las querellas personales, que permanecían sordas de ordinario, bien ocultas al Guía, se exasperaban y llegaban a la violencia. Incluso en su cuartel general, el jefe de la Policía, Himmler, no podía soportar a Bormann, el sucesor de Hess en el favor de Hitler. Este hombre brutal y disimulado, pesado y cerrado, lograba inspirar confianza y camaradería al Guía, mientras que Himmler parecía empalidecerse. Ahora bien, Bormann lo empujaba de modo constante a la lucha sin piedad, a la violencia, al desprecio a los débiles, y los inclinaba sordamente hacia la U. R. S. S., hacia la que él se inclinaba. Por los aliados occidentales y los demás pueblos de Europa profesaba un desprecio perfecto, que lo acercaba a su Guía.

A medida que sus tropas se retiraban, dejando por turno a Ucrania oriental, Volynia, Ucrania central y las demás provincias ocupadas desde junio de 1941, los nazis buscaban otros medios. Soñaban con suprimir a sus enemigos por el asesinato. Hitler ordenó un golpe de mano contra Tito: fracasó, pero sus policías, la *Abwehr* y el Servicio de Seguridad no cesaban de preparar otros nuevos. Raros eran los que se lograban, pero eso distraía la mente del amo, que, bajo la amenaza angloamericana en Italia, debía detraer divisiones de su frente ruso, ya demasiado escaso.

La ofensiva soviética del 3 de agosto del 43 zarandeó a las divisiones alemanas, las echó al otro lado del Dniéper y, después, al oeste de Kiev, que los soviéticos sobrepasaron mucho por el norte. Manstein seguía teniendo el meandro del sur del río, pero suplicaba a su Guía que le dejase retroceder, porque si no, se arriesgaría al cerco. Hitler le respondía que eso no se podía, porque había que salvaguardar los campos de petróleo de Rumania, guardar las costas de Crimea,

para intimidar a los turcos, prestos a cambiar la chaqueta, etc. Y, por lo demás, mañana todo iría mejor. Los rusos estarían sin aliento... No podía separarse de sus conquistas, como tampoco un buen cultivador, después de adquirir campo, no se resigna a venderlo. En su sueño, Hitler seguía siendo un gran emperador dueño de Europa; en la realidad, no quería renunciar a ninguna parcela de su imperio.

Lo mismo pasaba en Italia. Sin embargo, los aliados, desembarcados en Sicilia el 10 de julio, la ocupaban a fin de mes. Un suceso más importante todavía acababa de producirse en Roma, donde el Rey y el General Badoglio tomaban el poder (27 de junio) y metían a Mussolini en la cárcel. Después se apresuraban a negociar con los aliados por conducto de Eisenhower. Estas entrevistas, en las que Roosevelt mantenía su exigencia de una rendición sin condiciones, y en las que Stalin quería, si no tomar parte, al menos asociarse en derecho, y en las que De Gaulle buscaba introducirse, se prolongaban y se demoraban, para gran enojo de Churchill, que se esforzaba por mantener al Rey su corona e impedir que Hopkins, más violento aún que su patrono, enviase instrucciones demasiado virulentas a Eisenhower.

Sobre todo, el Primer Ministro buscaba todos los medios del mundo para apresurar la conquista de Italia y empujar más al norte. Los desembarcos de Salerno (8 y 9 de septiembre), de Tarento (9 de septiembre), de Bari (22 de septiembre de 1943) y de Térmoli (3 de octubre de 1943) intentaban rechazar al enemigo lo más prontamente posible a lo largo de la bota; permitían tomar Nápoles el 1 de octubre, pero el Guía se obstinaba en el juego; privaba a su gente de Rusia, tan machacada, de algunas buenas divisiones para hacer cara a los angloamericanos, sobre los que seguía esperando conseguir alguna victoria reconfortante; si no lo lograba, al menos bloqueaba a sus enemigos en los Apeninos, donde la estrategia vigorosa de Kesselring y unas fortificaciones terminadas a toda prisa permitían una larga defensa en montañas abruptas, complicadas y asoladas. Churchill acosaba en vano a Alexander: estaban detenidos.

En Extremo Oriente, los dos mejores oficiales superiores de Estados Unidos, el Almirante Nimitz y el General Mac Arthur, aunque tuviesen pocos efectivos, lograron, a costa de pérdidas inmensas de material, rechazar a los japoneses (en Midway y en Guadalcanal) de los puntos que avanzaban hacia Estados Unidos y a Australia. Además, entraba en una interminable batalla de saña frenética en Nueva Guinea; debían ganar el terreno paso a paso, pero Mac Arthur lograba rechazar a los enemigos hacia el norte infatigablemente, mientras que la conquista de las islas Salomón les cortaba una de sus vías marítimas. Estos largos combates de desgaste terminaban por agotar los recursos industriales de Japón, que no podía, como Estados Unidos, renovarlos indefinidamente; desde Washington los estrategas consideraban el día bastante próximo en que se pudiese dar un gran salto adelante.

Estas luchas sangrientas, en que millares de destinos se rompían, se quebraban y desaparecían para siempre en el horror, ocupaban menos sitio en el espíritu de las multitudes que las reuniones en que tres hombres decidían de su suerte y fijaban los puntos donde la matanza debía continuar, cesar o reanudarse, así como la suerte de cada pueblo, al que evitaban el cuidado de expresar sus deseos, sus temores y sus esperanzas.

Franklin Roosevelt no pasaba aquel verano días agradables.

también, y su papel destructor, más aún, pues ellos sabían con precisión a quiénes tenían que matar y respetaban la disciplina.

Bajo su aprieto, la gente de los pueblos se preguntaba en voz baja: «¿A quién hemos de temer más, a un S. S. o a un F. T. P.?» Huían de ellos, y por la noche, en cuanto caía la oscuridad, se encerraban en su casa con doble llave, decididos a no abrir a quienquiera que llegase. Pero, ¡ay!, no se puede dormir siempre.

La guerra continuaba con gran estrépito.

Desembarazado de su gran Estado Mayor y de sus generales, a quienes ya no consultaba, Hitler vivía en su Cubil del Lobo en pleno lirismo wagneriano. No trataba apenas más que a su perro «Blondy» y a su Ministro de Propaganda, Goebbels, que era tan leal como su perro y cuyas francas reflexiones aceptaba. Goebbels veía la guerra perdida y recomendaba una paz negociada. Hitler no se enfadaba, pero le explicaba que no podía negociar con Stalin: habría tenido que encontrarse en posición victoriosa. Más valía luchar. Lo esencial era ahora proteger a Alemania de los rusos y aplastar a los aliados en el momento de su desembarco. Entonces se negociaría la paz.

Mientras tanto, era el «repliegue elástico». Al menos, habría podido serlo si Hitler no hubiese mantenido la manía de agarrarse a todos los pueblos y a todos los terrones y a retardar las órdenes de retirada hasta el último momento. Este método y la costumbre que tenían los jefes de cuerpo, atemorizados por él, de minimizar sus pérdidas, para hacerse ver bien causaban errores que no se podían reparar en seguida. El contaba con divisiones intactas y enviaba al combate a unidades que tenían un cañón de tres, un tanque de cuatro y un efectivo reducido a la mitad. Su ejército, siempre fiel, se hacía frágil y quebradizo. Para agravar el mal, las querellas personales, que permanecían sordas de ordinario, bien ocultas al Guía, se exasperaban y llegaban a la violencia. Incluso en su cuartel general, el jefe de la Policía, Himmler, no podía soportar a Bormann, el sucesor de Hess en el favor de Hitler. Este hombre brutal y disimulado, pesado y cerrado, lograba inspirar confianza y camaradería al Guía, mientras que Himmler parecía empalidecerse. Ahora bien, Bormann lo empujaba de modo constante a la lucha sin piedad, a la violencia, al desprecio a los débiles, y los inclinaba sordamente hacia la U. R. S. S., hacia la que él se inclinaba. Por los aliados occidentales y los demás pueblos de Europa profesaba un desprecio perfecto, que lo acercaba a su Guía.

A medida que sus tropas se retiraban, dejando por turno a Ucrania oriental, Volynia, Ucrania central y las demás provincias ocupadas desde junio de 1941, los nazis buscaban otros medios. Soñaban con suprimir a sus enemigos por el asesinato. Hitler ordenó un golpe de mano contra Tito: fracasó, pero sus policías, la *Abwehr* y el Servicio de Seguridad no cesaban de preparar otros nuevos. Raros eran los que se lograban, pero eso distraía la mente del amo, que, bajo la amenaza angloamericana en Italia, debía detraer divisiones de su frente ruso, ya demasiado escaso.

La ofensiva soviética del 3 de agosto del 43 zarandeó a las divisiones alemanas, las echó al otro lado del Dniéper y, después, al oeste de Kiev, que los soviéticos sobrepasaron mucho por el norte. Manstein seguía teniendo el meandro del sur del río, pero suplicaba a su Guía que le dejase retroceder, porque si no, se arriesgaría al cerco. Hitler le respondía que eso no se podía, porque había que salvaguardar los campos de petróleo de Rumania, guardar las costas de Crimea,

para intimidar a los turcos, prestos a cambiar la chaqueta, etc. Y, por lo demás, mañana todo iría mejor. Los rusos estarían sin aliento... No podía separarse de sus conquistas, como tampoco un buen cultivador, después de adquirir campo, no se resigna a venderlo. En su sueño, Hitler seguía siendo un gran emperador dueño de Europa; en la realidad, no quería renunciar a ninguna parcela de su imperio.

Lo mismo pasaba en Italia. Sin embargo, los aliados, desembarcados en Sicilia el 10 de julio, la ocupaban a fin de mes. Un suceso más importante todavía acababa de producirse en Roma, donde el Rey y el General Badoglio tomaban el poder (27 de junio) y metían a Mussolini en la cárcel. Después se apresuraban a negociar con los aliados por conducto de Eisenhower. Estas entrevistas, en las que Roosevelt mantenía su exigencia de una rendición sin condiciones, y en las que Stalin quería, si no tomar parte, al menos asociarse en derecho, y en las que De Gaulle buscaba introducirse, se prolongaban y se demoraban, para gran enojo de Churchill, que se esforzaba por mantener al Rey su corona e impedir que Hopkins, más violento aún que su patrono, enviase instrucciones demasiado virulentas a Eisenhower.

Sobre todo, el Primer Ministro buscaba todos los medios del mundo para apresurar la conquista de Italia y empujar más al norte. Los desembarcos de Salerno (8 y 9 de septiembre), de Tarento (9 de septiembre), de Bari (22 de septiembre de 1943) y de Térmoli (3 de octubre de 1943) intentaban rechazar al enemigo lo más prontamente posible a lo largo de la bota; permitían tomar Nápoles el 1 de octubre, pero el Guía se obstinaba en el juego; privaba a su gente de Rusia, tan machacada, de algunas buenas divisiones para hacer cara a los angloamericanos, sobre los que seguía esperando conseguir alguna victoria reconfortante; si no lo lograba, al menos bloqueaba a sus enemigos en los Apeninos, donde la estrategia vigorosa de Kesselring y unas fortificaciones terminadas a toda prisa permitían una larga defensa en montañas abruptas, complicadas y asoladas. Churchill acosaba en vano a Alexander: estaban detenidos.

En Extremo Oriente, los dos mejores oficiales superiores de Estados Unidos, el Almirante Nimitz y el General Mac Arthur, aunque tuviesen pocos efectivos, lograron, a costa de pérdidas inmensas de material, rechazar a los japoneses (en Midway y en Guadalcanal) de los puntos que avanzaban hacia Estados Unidos y a Australia. Además, entraba en una interminable batalla de saña frenética en Nueva Guinea; debían ganar el terreno paso a paso, pero Mac Arthur lograba rechazar a los enemigos hacia el norte infatigablemente, mientras que la conquista de las islas Salomón les cortaba una de sus vías marítimas. Estos largos combates de desgaste terminaban por agotar los recursos industriales de Japón, que no podía, como Estados Unidos, renovarlos indefinidamente; desde Washington los estrategas consideraban el día bastante próximo en que se pudiese dar un gran salto adelante.

Estas luchas sangrientas, en que millares de destinos se rompían, se quebraban y desaparecían para siempre en el horror, ocupaban menos sitio en el espíritu de las multitudes que las reuniones en que tres hombres decidían de su suerte y fijaban los puntos donde la matanza debía continuar, cesar o reanudarse, así como la suerte de cada pueblo, al que evitaban el cuidado de expresar sus deseos, sus temores y sus esperanzas.

Franklin Roosevelt no pasaba aquel verano días agradables.

Primero echaba pestes porque, a pesar de tres cartas sucesivas y de repetidos mensajes, no conseguía persuadir a Stalin de que una reunión, y preferentemente de dos, les proporcionaría las mayores ventajas, comprendida la de la amistad. El Presidente no dudaba de sí mismo ni de sus facultades; se juzgaba el hombre más comprensivo que había conocido y el que mejor sabía hacerse apreciar por otro. Su mujer lo reconocía, por lo demás.

Para complicarlo todo, los polacos seguían llegando, con sus eternas recriminaciones. Se quejaban de que los rusos anexionasen los territorios al este de la línea Curzon y que, lógicamente, tratasen a los habitantes como súbditos soviétivos. Respingaban si Sumner Welles les insinuaba cortésmente que deberían escoger ministros mejor considerados por los rusos. Ciechanowski, galleando, exclamaba entonces: «¡Eso sería aceptar la tutela rusa!» Después, insistía para que Roosevelt protestase en su favor a Moscú. Pero éste temía demasiado lastimar a su futuro amigo, el Tío Joe.

Cuando los polacos de Estados Unidos supieron, el 5 de julio de 1943, la muerte del General Sikorski, a la vez su presidente y su jefe supremo, sintieron sobre ellos la mano despiadada del destino. Sikorski era su hombre fuerte; morir en un accidente de avión al elevarse por encima de Gibraltar, ¡qué risión! ¡Qué horrible impresión! A esta noticia, Stalin, buen apóstol, exclamó: «Verdaderamente, Churchill no habría debido hacer eso nunca.» Como si el crimen no refluyese siempre sobre el beneficiario.

Los polacos tuvieron que fabricar aprisa otro Gabinete, bastante mediocre, con el campesino Mikolajczyk como presidente, y Ciechanowski se encontró más obligado que nunca a abogar por su país en Washington. En la reunión de Moscú en que aquel verano se encontraban los Ministros de Asuntos Exteriores, Hull había prometido defender al primer aliado; no pudo nada. Y, siempre maligno, Hopkins murmuraba al embajador: «Roosevelt le ha dado demasiado jabón a Rusia y ahora eso le perjudica. Ya no sabe cómo salir.» O bien: «Esta conferencia de Moscú nos deja desolados... Todo lo que intentamos es mostrar a los soviéticos que no sospechamos nada de su conducta.» A lo cual, Ciechanowski lo felicitó por su «ingenuidad maquiavélica».

Añadió: «Después de todo, los pueblos le importan poco.» «Tiene usted razón —respondió Hopkins—; el elemento humano me importuna. Yo no amo sino a Roosevelt.»

El Presidente se rodeaba ya de una corte, como un soberano, y, como en la corte de un soberano, había lucha; tenía que arbitrar entre el dictador del carbón y el sindicato; tenía que arbitrar entre sus jefes militares, porque se acercaba la hora de escoger un general en jefe para el gran ataque. Marshall, su Jefe de Estado Mayor General, parecía el mejor designado; lo mereció por sus servicios, por su autoridad, pero una violenta campaña de prensa se desencadenaba para protestar contra el «exilio» de tan alto grado. La tempestad de recriminaciones se extendía sobre todo el centro de Estados Unidos, y el Presidente, sensible a la opinión, no sabía a qué carta quedarse. De China le llegaban también malas noticias: sus generales discutían y los chinos no hacían nada bueno.

El colmo del fastidio; uno de sus amigos, el buen Cardenal de Nueva York, vino a atosigarlo. Spellman hablaba por los suyos, los católicos y los polacos. Se inquietaba de los preparativos rusos, demasiado manifiestos, para poner la mano en Europa central, la Europa católica (3 de septiembre de 1943). El Pre-

sidente, alegremente, lo tranquilizó: todo iría bien; la victoria se acercaba, e inmediatamente se dividiría el universo en cuatro esferas de influencias; China tendría el Extremo Oriente; Inglaterra y Rusia tendrían Europa y Africa; Estados Unidos, el Pacífico. Y, además, los Cuatro Grandes se entenderían entre sí. No hay que dejar que los estados pequeños se mezclen en todo. No queremos consultarlos. «Sencillamente, los hemos despachado. No tienen el derecho a sentarse donde se encuentran los Grandes. Sólo son admitidos los rusos porque son grandes, poderosos y, sencillamente, se imponen.»

Contaba con ver a Stalin y gozaba con el pensamiento de que él, verdadero realista, se entendería bien con el ruso, mientras que Churchill, demasiado idealista, no podría. Bien entendido, el Tío Joe cogería lo que quisiera de Europa. Nadie podía impedírselo. «Y, además, la población de Polonia oriental deseaba ser rusa.» El Cardenal aprovechó un momento en que su interlocutor tomaba aliento para decirle que los soviéticos preparaban para toda Europa gobiernos rojos; los anglosajones ¿no intentarían, por su parte, instalar los que fuesen liberales? «No», exclamó Roosevelt. «Nada de eso. Toda Europa será bolchevizada; ¿por qué no? Los rusos han hecho magníficas realizaciones económicas. Su Hacienda es sana. Es natural que los países europeos tengan que sufrir cambios para adaptarse a Rusia... Los pueblos de Europa tendrán que soportar, simplemente, la dominación rusa, en la esperanza de que dentro de diez o veinte años sean capaces de vivir en paz con los rusos. Finalmente..., los rusos tendrán un 40 por 100 del régimen capitalista y... los capitalistas sólo conservarán un 60 por 100 de sus sistemas, y, así, será posible un acuerdo...» Todo irá de la mejor manera en el mejor de los mundos.

Así hablaba, así pensaba el hombre más poderoso antes de los encuentros decisivos de otoño de 1943; los periódicos, los profesores e «intelectuales» lo seguían, así como los mayores millonarios: B. Baruch, Marshall-Field, Corliss Lamont y otros más, pero la masa obrera odiaba al comunismo y toda la élite social lo temía como a la peste. Nunca, si la cuestión se hubiese planteado en un escrutinio, habría tenido la mayoría con este programa. Pero en tiempo de guerra un presidente de Estados Unidos reina como un soberano.

Churchill no lo ignoraba. En aquel mes de agosto, cuando llegaba a Washington, en medio del verano tórrido, para discutir y decidir, quería utilizar todo lo posible y explotar la amistad de camaradería que le concedía su gran aliado, porque sabía que en otros terrenos desconfiaba de él. Sus ayudantes de campo no se atrevían a decírselo, pero hablaba demasiado; y, a veces, fastidiaba; a veces, molestaba.

Al menos, sabía lo que quería. Pretendía impedir en lo posible una reunión Stalin-Roosevelt en la que él no estuviese. Quería obligar a los norteamericanos a reforzar su ataque en el continente, proyectado para mayo del 44, pero que Marshall —siempre él— no pretendía hacer bastante masivo. Se dispersaban demasiado los esfuerzos; prometía a Chang Kai-Chek un desembarco en las islas Andamán y una gran ofensiva en Birmania para el verano del 44 y se aventuraba así un fracaso sangriento en Francia. Quería volver a la carga para una operación mediterránea, cuya importancia no concebían Marshall y Hopkins, pero que él sabía indispensable para el porvenir político del mundo civilizado. En fin, cada vez más consciente de las pérdidas y de la creciente debilidad del imperio britá-

nico, quería lanzar la idea de una alianza orgánica entre Gran Bretaña y Estados Unidos. Esa era para él la garantía del porvenir.

Durante un mes, del 18 de agosto al 18 de septiembre, Churchill se batió y se debatió en Quebec, en los Grandes Lagos, a donde fue a pescar; en Harvard, donde pronunció su gran arenga anglosajona; en Washington, donde insinuaba, discutía, volvía a la carga y no renunciaba nunca. Pero, colmo de la desgracia, he aquí que las tropas aliadas desembarcadas en Salerno podían ser rechazadas al mar. (Además, ¿por qué ese Estado Mayor había decidido quitar siete divisiones a Eisenhower para devolverlas a Inglaterra; retirarle otras para Extremo Oriente y lanzarlas a una operación delicada, llena de promesas, sin darles los medios de logro?) El rapto de Mussolini, liberado por el jefe de las SS Skorzeny, agravaba la situación.

Quebec no dio todo lo que él esperaba, pero logró salvar la corona de Italia de momento. Insistió para reforzar *Overlord,* y obtuvo algunas seguridades. Consiguió persuadir a Salazar que dejase a los aliados utilizar las Azores a partir de octubre; sobre todo, tuvo la satisfacción viva de saber, por fin, dominados los submarinos alemanes. Acababan de hundir un gran número: más de los que podía reemplazar su construcción. Del lado de los aliados, al contrario, el aumento del tonelaje era más rápido que las pérdidas.

Frente a esta noticia tan favorable, el Primer Ministro tuvo que aguantarse una bofetada: tuvo que aceptar el principio de un ataque al sur de Francia, en vez de poder disponer divisiones frescas para penetrar en los Balcanes o en la región danubiana. Cedió, pero no dejó de sentirlo, y como viejo luchador que era, esperó una ocasión más favorable para hacer prevalecer su punto de vista. Le quedaba una esperanza: los rusos mismos ¿no hablaban de su deseo de lanzar a Turquía a la gresca? Por esta coyuntura podría obligar a los estadounidenses a interesarse por esas regiones, que despreciaban demasiado.

Pero estos dos «Grandes» estaban jugando entonces al escondite. Roosevelt habría ido gustoso a ver solo al Tío Joe, y había hecho que Harriman se lo dijese a Churchill. Pero éste no era de la cuerda: a donde fuese el otro, lo seguiría él y, de ser posible, lo precedería. Pues el Primer Ministro desconfiaba de su «gran amigo»; no se alegraba, en particular, de verlo estar en Egipto, uno de los dominios caros a Su Graciosa Majestad británica. Esperaba, sin embargo, verlo solo antes de que se lanzase a sus recepciones. Quimera. Importaba al Presidente que no lo viesen solo con Churchill, porque se sabía rodeado de espías soviéticos y no quería dar a Stalin la impresión de un bloque angloamericano frente a él.

El Cairo, del 22 al 27 de noviembre, reunió a los dos anglosajones con Chang Kai-Chek y, sobre todo, con su mujer. Ella prodigó gracias a todos, pero, ante todo, a los más importantes; Roosevelt hizo promesas a todos, pero, en particular, a Chang Kai-Chek, a quien aseguró que irían a desembarcar en las islas Andamán lo más pronto posible y que, a la primavera del 44, lanzarían una fuerte expedición en Birmania para echar a los japoneses; designaron incluso al comandante supremo, lord Louis Mountbatten. En fin, tendría Manchuria, supuesto que tomase algunos ministros comunistas. Por lo bajo, Churchill decía: «No, no, no.» Aceptaba con gusto el nombramiento de Mountbatten, pero nada en absoluto el ataque contra las Andamán ni un poderoso ejército para invadir Birmania. Reclamaba tropas y naves a fin de reocupar Rodas inmediatamente; quería en

seguida divisiones para atacar en los Balcanes y remontar el Danubio. (Por lo demás, tenía razón: así, habría sumido el dispositivo alemán en el mayor desconcierto.) Al oír tales palabras, a Marshall se le secaba la boca y Roosevelt hablaba de otra cosa.

Contaba con su amigo (futuro) Stalin para imponer silencio a las chiquilladas del inglés. Al fin, iba a verlo. Hacía varios meses que encargaba a Hull negociase con Moscú sobre el emplazamiento de la cita. El Tío Joe exigía Teherán, su punto extremo, porque rehusaba apartarse más de su ejército, que combatía. Roosevelt creía no poder ir allende el bajo Eúfrates. Hull abogaba: «Por un día, por media jornada, ¿no podría usted? Se tomarían todas las precauciones.» Stalin respondía: «Si eso molesta tanto al Presidente, retardemos la cita seis meses.» Pero eso molestaba mucho más al Presidente, que, bien entendido, como lo preveía el maligno georgiano, terminó por aceptar todo lo que deseaba su interlocutor.

Partió, pues, para Teherán (noviembre del 43), una de las ciudades más desfavorecidas de Asia. Nunca bonita, árida, tórrida y glacial, por turnos, sin antigüedades, repulida a lo occidental por un soberano ingenuo, rico y celoso, tenía, además, el inconveniente de encerrar muchos nazis; los persas querían a los alemanes, que no les amenazaban del norte, como los rusos, ni del sur, como los ingleses. Sin duda, una abundante importación de policía soviética ilícita y secreta había cogido, torturado y aniquilado a los nazis más notorios, pero se temían conjuras en todas las esquinas.

Este temor, por lo demás, le fue muy útil. A su llegada al terreno, Roosevelt recibió una invitación de los ingleses y otra de los rusos para alojarse con ellos, pues los rusos pensaban haber destruido en su sector a todos los espías alemanes, mientras que los ingleses, más astutos, los tenían prisioneros, esperando poder utilizarlos (hay que saber sacar partido de todo). El Presidente, en un impulso espontáneo, escogió el alojamiento de la embajada soviética.

Stalin no descuidó nada para su comodidad: le dio las mejores habitaciones, un número ilimitado de micrófonos en las paredes, innumerables servidores muy celosos, todos de la policía secreta y con los bolsillos llenos de revólveres, y una soledad providente, pues nadie le llegaba sin dar el diablo y seña y presentar una tarjeta especial. Una vez todo esto arreglado, fue a ver a Roosevelt.

Macizo, silencioso y grave, le dijo algunas palabras de bienvenida y de estima. Su huésped, arrebatado de gozo, pudo hablarle sólo de manera íntima, a borbotones y cortando el hilo; quería agradar, y el Tío Joe aceptaba el homenaje, no sin cierta reserva. Produjo a su interlocutor la impresión fulgurante de un mundo nuevo y formidable que se te abre.

La conferencia fue para el Presidente una sucesión de descubrimientos, de placeres y de potentes emociones; le importaba sentir que el georgiano se abría a su simpatía y correspondía a su deseo de intimidad; por algún tiempo tanteó y después halló: se puso a contrariar a Churchill con insistencia, tanto que éste, primero tolerante, pareció molesto. Stalin, que los miraba con el rabillo del ojo, estalló de pronto en una carcajada sonora, feliz y juvenil, que llenó a Roosevelt de satisfacción; por fin se había roto el hielo. A partir de ese momento la conferencia se desarrolló como una agradable reunión de familia en la que participase por desgracia un primo paleto y quisquilloso.

La primera sesión, que se inauguró el 28 de noviembre a las 16,30 horas,

reservaba una sorpresa desagradable a los occidentales. Si venían en número con sus oficiales de Estado Mayor, el dictador rojo no traía sino a algunas personas de su círculo, Molótof y policías. No pretendía revelar a sus aliados ningún secreto militar. El trabajo comenzó con la elección de Roosevelt como presidente; después se pusieron a hablar de todo: de Francia, a la que Stalin estimaba poco; juzgaba, por lo demás, a Pétain más francés que De Gaulle, y los consideraba insignificantes a los dos. No estimaba más a los chinos. Roosevelt hizo un discurso para describir su guerra y prometer un desembarco en Francia en mayo del 44. El Tío Joe describió la suya, las dificultades de la lucha contra los alemanes, y prometió atacar a Japón en cuanto Hitler estuviese liquidado; después dejó ver su poca estima por la campaña de Italia. Consideraron la posibilidad de un ataque en los Balcanes en unión con los turcos.

A lo cual, como si hubiese llevado a sus interlocutores donde quería, Stalin declaró: «No, no dividan sus esfuerzos. Una vez tomada Roma, ataquen Francia por el sur y el oeste. En cuanto a los turcos, no se hagan ilusiones. Nunca entrarán en la guerra.» Churchill se esforzó, pero en vano, por discutir este punto y mantener sus posiciones. Roosevelt se adhirió francamente al plan soviético. Los asistentes vieron bien que, hecho desde ese día el acuerdo ruso-norteamericano, estos últimos no soltarían ya la presa, y tan grandes líneas de la estrategia no cambiarían hasta el fin de la guerra.

La cena permitió al georgiano volver sobre su desprecio a Francia y la mediocre estima en que tenía a De Gaulle. Hablaron de Alemania, que quedaría dividida, castigada y tratada como merecía; de Hitler afirmó que era un hombre «muy capaz», pero no esencialmente inteligente, puesto que carecía de cultura y que abordaba los problemas políticos y otros como un «primitivo». Lo juzgaba «un desequilibrado, pero muy capaz, por haber sabido solidificar también el pueblo alemán, piénsese lo que se quiera de sus métodos». No aprobaba la idea de una capitulación sin condiciones; más habría valido precisar las condiciones. Sin lo cual, unían más a los alemanes entre sí.

El día siguiente hablaron del desembarco en el continente, y después el Presidente hizo una larga exposición de sus proyectos para la Liga de las Naciones Unidas. Describió la Asamblea, el Comité Ejecutivo y los cuatro «policías»: Rusia, Inglaterra, Estados Unidos y China. El dictador rojo no pareció entusiasta; reclamó una ocupación de las plazas fuertes alemanas, de Dakar y de las islas japonesas después de la guerra, «para mantener la paz».

Descansaron un poco durante la entrega del sable de honor que el Rey de Inglaterra enviaba a Stalin. Después reanudaron el trabajo. Entonces, para discutir sobre *Overlord* (el desembarco en Francia), Stalin preguntó de súbito: «¿Quién mandará *Overlord*?» Roosevelt, embarazado por las polémicas periodísticas, no se atrevía ni a escoger a Marshall ni a dejarlo de lado. Vaciló antes de responder vagamente y padeció, sintiendo sobre él la mirada desaprobadora de su amigo. Padeció mucho más durante el largo —y valiente— discurso de Churchill, que repetía su proyecto de ataque mediterráneo «para disminuir —decía— la carga que llevan los ejércitos rusos». Por toda respuesta, el georgiano le preguntó a bocajarro si los ingleses, «sí o no», aceptaban *Overlord* o estaban representando una comedia. Fue un momento desagradable, pero Roosevelt, como invitado de tacto, exclamó que una buena cena esperaba a todo el mundo y que no debía enfriarse.

Pero Stalin tampoco dejó que se enfriase la querella. No dejó de incordiar al Primer Ministro, bajo la mirada complaciente de Roosevelt, y la escena se prolongó hasta tarde por la noche. De regreso, Churchill no podía contener sus irritación: «Ya no hay nada que hacer aquí», exclamaba. A sus amigos declaraba: «Harry Hopkins ha dicho que el Presidente se había mostrado inepto. A todas las preguntas que se le han hecho —y se le han hecho muchas— ha dado respuestas erróneas.» Una vez en su habitación, el sentimiento de una catástrofe inmensa e inminente lo oprimía; declaraba: «Creo al hombre capaz de destruir la Humanidad y de borrar toda huella de civilización. No quedará nada de Europa y a mí se me considerará responsable... Se producen efectos monstruosos a nuestra vista y nosotros no somos sino granos de polvo dispersos en la noche por la superficie del Globo...» Se durmió, no obstante, porque había bebido bien.

El martes 30 de septiembre la conferencia reasumió los mismos temas, para precisarlos y estudiar sus diversos aspectos. Stalin reclamó su parte de la flota italiana y sus dos compadres se la prometieron, supuesto que esperase un poco, pues necesitaban tonelaje para las operaciones en curso. Por la noche, una gran cena, rociada con innumerables brindis de pie, se celebró en la legación británica por el 69.° cumpleaños de Churchill; la armonía reinó en la cacofonía. Cada uno pronunció su discurso. Winston volvió a la carga para obtener naves, que destinaría a su desembarco en Rodas. Franklin dio al Tío Joe una conferencia sobre la política estadounidense y le sorprendió encontrarlo tan poco informado; después propuso cortar a Alemania en cinco trozos; Churchill habría preferido hacerle entrar en una confederación danubiana. Ninguno de los dos planes gustaba a Stalin, que no reveló su idea. Al fin, la tarde del miércoles se dedicó a la comilona y a la bebida.

Para colorear estos ágapes con un aspecto familiar, habían invitado a Randolph Churchill y a Elliot Roosevelt. El maligno georgiano se las arregló aquella noche para tratar a Churchill con cordialidad y a Roosevelt con elogios. «Estados Unidos es el país de las máquinas —dijo, levantando su copa—. Sin éstas y sin sus suministros habríamos perdido la guerra.»

Así terminaba con un acuerdo perfecto esta reunión discordante y decisiva, en que se había fijado el curso de la guerra y, por lo mismo, se había asegurado lo que sería la postguerra. Roosevelt regresaba ebrio y decía a su mujer «que había sido impresionado por la fuerza de la personalidad de Stalin; ... aunque era bajo y ancho de hombros, daba la impresión de ser más alto de lo que era; ... era un verdadero jefe». Y el Presidente lo consideraba su amigo.

En cuanto al Primer Ministro, no podía olvidar la noche en que, en un banquete, Stalin, levantando su copa, hizo un brindis por los 50.000 oficiales alemanes que habría que fusilar y la indignación que había sentido, ni la gracia del Presidente, que intervino riendo: «Como conciliador, propongo 49.000.» A pesar de su veleidad, el inglés civilizado sentía una insuperable repulsión. Olvidaba, no obstante, anotar qué era ese brindis ¿sino la confesión del crimen de Katyn?

La vida lo arrastraba demasiado rápido. Tuvo que pasar algunos días en Turquía para fustigar más a Inonü, y después regresar sin tardanza a El Cairo, donde Roosevelt se demoraba.

Tenía que volver a ver a Ismet Inonü y estudiar de manera completa las intenciones de Turquía. Comprobó que temía a Rusia, no a Alemania, y que deseaba menos todavía hacer la guerra. Se las arreglaron para redactar un comu-

nicado decente que preveía una beligerancia turca, y se dio vuelta a la página. Churchill se consolaba mal, pero se agarraba a Rodas. Y como los estadounidenses le negaban toda ayuda, él se negó a actuar en Andamán. El Presidente, a quien el tiempo apremiaba, aceptó inscribir en el programa: 1.° *Overlord* y *Anvil* (Francia del Oeste y del Sur) como operaciones importantes. 2.° Esforzarse por hallar nuevos elementos de desembarco para el Mediterráneo oriental. 3.° Prevenir a Mountbatten que se quedará con lo que tiene, pero no recibirá nada más y que deberá contentarse con lo que tiene. Y, en fin, decidió, no sin un gran suspiro, que el general en jefe para mayo del 44 sería Eisenhower.

Realizados estos esfuerzos, Churchill cayó enfermo, y su pulmonía duró del 11 de diciembre hasta fines de año. Hopkins, atormentado por su cáncer, tuvo también que volver a su hospital y abandonar a su patrono a sus propias luces.

Pero una vez lanzada, la guerra marchaba por sí misma, por su camino de sangre y de ruinas.

Francia rebosaba de tropas alemanas, de policía alemana, de regimientos alemanes y nadie podía sustraerse a esta obsesión, es decir, al odio del ocupante.

Las noticias de Italia, la defección de ese pueblo, hasta entonces comprometido a fondo con los nazis, y las de Argelia, donde se creaba un Gobierno francés libre, obraban sobre los espíritus. Vichy, antes punto de reunión, ya no parecía más que una posta de la potencia enemiga.

Los amigos fieles del Mariscal se esforzaban por hacérselo sentir. El anciano entraba en sus ochenta y nueve años. Fuerte, todavía apuesto, sano de cuerpo y de espíritu, no dejaba por ello de llevar la carga de su edad; lúcido y dueño de sí mismo cinco o seis horas al día, se abandonaba a la somnolencia y se mostraba influible el resto del tiempo. Sus Ministros de Estado, Romier y Moysset —los dos, también, amigos suyos—, intentaban ocultar este envejecimiento.

Algunos de sus ex-ministros a quienes él estimaba volvían a verlo y se esforzaban por abrirle los ojos al abismo que cerraba su porvenir. Si no reaccionaba, aparecería posteriormente como un instrumento voluntario de los alemanes. El Almirante Auphan, cuya conciencia íntegra y fidelidad admiraba, y Bouthillier, cuya clarividencia reconocía, no le reservaban sus ideas. Y en mis visitas regulares yo volvía a la carga. Su respuesta, siempre idéntica, me hacía callar: «Soy prisionero de Laval y de los alemanes. Yo no puedo actuar más que si los alemanes me dejan actuar.»

De diversos lados le urgían a que actuase. Los diputados radicales se inquietaban por ver que el partido socialista se reformaba y se apoyaba en De Gaulle, cuando éste recibía también la ayuda más o menos interesada de los comunistas. A su ver, había vuelto el momento de dar un papel a la Asamblea.

Yo no había olvidado las preguntas de Himmler que me había transmitido Pickler, y sabía, por otros franceses resistentes, que algunos S. S. (Schellenberg, en particular) deseaban iniciar una negociación de paz. Me pareció que se podría utilizarlos, obteniendo así, si no un aflojamiento policíaco, al menos una tregua política en Francia, a fin de crear un Gobierno sin color político, capaz de servir de intermediario entre los dos campos y de esbozar intercambios diplomáticos.

Hablé de ello al Mariscal. Pareció impresionado por la idea. Me encargó, pues, preparar un terreno favorable, mientras que Romier y Moysset redactarían una nota que anunciaría el fin del «régimen de Vichy» y prepararía ya una reaparición del parlamentarismo, ya una retirada del Jefe del Estado. En los dos

casos había separación de la política nazi y de la sujeción a los alemanes. Laval podría encontrar la ocasión de eclipsarse, lo cual le salvaría la vida y reservaría para la Francia de la postguerra a un estadista prudente, experimentado y animoso. Este programa parecía bueno y nuestros interlocutores de las S. S. no lo contradecían.

He creído durante mucho tiempo que habíamos sido engañados, pero después me pareció que nuestros interlocutores habían tropezado con hombres más fuertes que ellos: Himmler con Bormann; Schellenberg con Müller; los alemanes deseosos de entenderse con el Oeste con los alemanes inclinados hacia los soviéticos. O, más simplemente, no se habían abandonado a su miedo profundo al porvenir, dominados como estaban por el terror inmediato, el de Hitler.

De cualquier modo, todo salió mal.

El Mariscal iba a leer por la radio el 17 de noviembre un mensaje y un acta constitucional en la que, como Jefe del Estado, proclamaba que la Asamblea Nacional reasumiría su poder y que todos los actos de Vichy serían abrogados en Derecho si la constitución que preparaba no recibía ratificación. El presente y las medidas penosas que debíamos sufrir por las circunstancias quedarían, pues, barridas. Se hacía limpieza para una reconciliación de todos los franceses.

Esperábamos oír ese acta el 17 por la tarde por la radio. Sólo una estación logró emitirla; en cuanto a las demás, la pesada maquinaria que se puso en danza con sus resortes innumerables, complicados y brutales consiguió impedirlo. El cónsul en Vichy, Krug von Nidda, reclamó primero tiempo para enviar el texto a las autoridades berlinesas, aunque concernía puramente al gobierno interior de Francia. En estas condiciones, y por consejo de sus ministros y de sus amigos, Pétain declaró que, privado de toda libertad, ya no quería tener nada que ver con el Gobierno.

«En tanto que, colocándome entre Francia y sus pruebas, he podido sentir que desviaba los golpes sobre mí y que, por medio de mi persona y mi presencia, protegía al país en medida por débil que fuese, he aceptado todos los sufrimientos y todas las humillaciones.

«Pero ahora, cuando se derrama sangre francesa en todo el territorio nacional, cuando Francia está al borde del abismo y que va a ser apuñalada en el corazón, mi conciencia y mi honor me prohíben participar en el Gobierno.»

Nosotros difundimos este documento por todas partes donde pudimos, en todos los medios y en todos los lugares. Los franceses, excedidos por las notas, los comunicados, las demandas, los requerimientos y la propaganda alemana, lo leyeron con alegría; el Mariscal recuperaba, de golpe, su popularidad de antes.

Por desgracia, en Alemania todo se volvía contra nosotros. Hitler, solicitado por Ribbentrop y Bormann, decidía devolver a Abetz a Francia como el más hábil para adormecer a los franceses; por lo demás, se trataba de una misión personal, sin concesión de poderes especiales. El 27 de noviembre reapareció en París.

Yo estaba en Vichy el sábado 4 de diciembre. Aquella mañana fui al Hotel Du Parc para ver al Mariscal. Quería también animar a Romier, Moysset y a los demás miembros del gabinete del Jefe del Estado, ya muy aislados entre los policías alemanes, los ministros del Gabinete Laval y los militares alemanes. En efecto, Vichy se hacía una de los centros de la ocupación. Estábamos charlando cuando, de pronto, oímos ruido en la entrada. Yo me lancé a una rendija

y cerré la puerta detrás de mí; pero el otro lado del paso estaba cerrado con llave y me encontré prisionero. Abetz entraba, saludaba, se sentaba y se ponía a hablar con pesadez, lenta e interminablemente. A través de la pared, yo oía de cuando en cuando la voz del Mariscal, que repetía: «No, no..., no», aunque cada vez más espaciado. Después, ya nada: el anciano se había dormido. Sólo el embajador continuaba con su tono monótono. Eso duró más de tres cuartos de hora. Después Pétain se despertó de un sobresalto, pues, el alemán había terminado su arenga; miró su reloj y, con el tono cortés de un hombre que lo ha olvidado todo —lo había olvidado todo, en efecto—, exclamó: «¡Es la hora de comer, señor embajador!; se quedará a comer conmigo, ¿verdad?»

Este se apresuró a aceptar. Traía una carta insultante de Ribbentrop, que exigía una sujeción total del Gobierno francés a Alemania; pondrían a un funcionario alemán, Renthe-Fink (un diplomático), para vigilar al Mariscal hasta en su intimidad. Echarían a los ministros y funcionarios demasiado franceses del Gabinete: Romier, Moysset y Jardel; obligarían a Laval a que tomase ministros verdaderamente nacional-socialistas: Henriot, Déat, Bichelonne, etc.

El Hotel Du Parc rebosaba de policías nazis. Romier, enfermo, caía y no podía luchar; el Mariscal resistió algo, pero cedió (18 de diciembre), como me lo había predicho, si los alemanes insistían. («Un prisionero de mi edad no puede revolverse», me había confiado.) Laval tuvo también que someterse, admitir en su Gabinete a Darnand (Mantenimiento del Orden), Déat y Philippe Henriot (Información), hombres animosos, ciertamente, pero ciegos y que el destino empujaba hacia su pérdida. El asesinato de Maurice Sarraut, que sucedió entonces, subrayaba el horror de esos días.

Así, el Jefe del Estado parecía aprobar un Gobierno todas cuyas gestiones censuraba; así, Laval parecía formar un Gobierno nacional-socialista, cuando desde el 3 de noviembre, al menos, no pensaba más que en volver a aupar la Tercera República. Pero todos debían tirar del carro de Hitler.

Prestaban a éste la máxima: «Para ser bien servido hay que afrentar a quienes te sirven.» Otros decían: «Quiere desaparecer en la aniquilación de Europa entera.» No admitía que nadie pudiese sobrevivirle.

Hacía así el juego a los comunistas y al General De Gaulle. Este último conseguía imponerse en Argelia, con el apoyo de ese partido del que desconfiaba. Pero, sobre todo, odiaba a Roosevelt, que acababa de excluirlo, además, de las negociaciones italo-aliadas. Para consolarlo, Churchill hizo que se admitiese a uno de sus representantes en el Consejo Consultivo Europeo, pero este organismo no tenía ninguna autoridad.

Su resentimiento se ejercía contra todos los amigos de Estados Unidos, Giraud primero, que caía en todas las trampas. Este general acababa de invadir Córcega y echar de ella, con 1.500 soldados, a los 20.000 alemanes que la ocupaban. Para conseguirlo se había apoyado en la resistencia comunista. De Gaulle se lo recriminó, y después de una vuelta triunfal a través de la isla reconquistada, aprovechó este pretexto para obligar a su rival a abandonar todo papel político, a reconocer su autoridad y la del Comité Nacional, del que poco después, gracias a un lazo, logró excluirlo, además. No le concedió sino una autoridad teórica sobre el Ejército.

El nuevo amo de Argelia privaba así a la política estadounidense de todos sus puntos de apoyo; incluso se atrevía a meter presos a Boysson, Peyrouton y

Flandin, todos amigos o protegidos de Roosevelt (diciembre del 43). El Presidente, furioso, quiso exhalar su cólera. Eisenhower lo disuadió: no había que indisponer a De Gaulle, que se mostraba cada vez más dificultoso para hacer que las divisiones francesas se comprometiesen en tal o cual terreno.

Tenía su victoria. Stalin lo apoyaba por lo bajo. Churchill le enviaba un embajador, Duff Cooper, e iba a continuar sosteniéndolo, puesto que lo había lanzado. Roosevelt no podía ya nada contra él, pues la «opinión liberal» lo sostenía mucho en Estados Unidos. Así, tras el telón sonoro de frases democráticas, De Gaulle accedía al poder absoluto. Todo probaba que sabía imponerse en aquel mundo brutal de 1944, pero ese genio altanero, violento y personal no serviría nunca más que a sí mismo, y no al Occidente en apuros.

11. GUERRAS CIVILES

Los periódicos describían con énfasis el «bloque de acero» que formaba el imperio alemán frente a sus enemigos; pero veíamos que Paulus, cautivo, predicaba el marxismo; que todos los servicios alemanes no dejaban de querellarse entre sí, y que los mismos generales se acechaban, prestos a desgarrarse. La oposición difusa contra Hitler se hacía cada vez más precisa. Habría actuado a plena luz sin la proclamación de Roosevelt, que reclamaba la «capitulación sin condiciones»; ésta era una garantía de duración para el Canciller.

Los aliados clamaban en todas las radios su entendimiento perfecto, pero todo demostraba que el conflicto entre Churchill y Stalin se hacía cada vez más agudo, que entre ingleses y estadounidenses reinaba un desacuerdo cordial, deplorando los primeros la nulidad de los segundos y los segundos el espíritu de intriga de los primeros. A veces los soldados intercambiaban puñetazos o cuchilladas.

En Vichy una antipatía perfecta oponía Pétain a Laval, Laval a Pétain, Laval a Déat y a sus nuevos ministros, y Déat a Laval. En Argel, De Gaulle y Giraud se odiaban; Giraud no iba a perecer en dos atentados.

La Administración francesa reflejaba estos conflictos; funcionarios petenistas, lavalistas, resistentes, neonazis, comunistas y de Tercera República se codeaban, se sospechaban y se oponían. Cada uno salía como podía, bastante mal, de ordinario, porque se carecía de todo y el personal, desnutrido, nervioso e irritable, se prestaba mal a las tareas que le confiaban.

Mi caso me parecía peor que los demás. Los servicios de Ribbentrop me habían inscrito en una lista de proscripción, porque me consideraban patriota, reaccionario, católico practicante y sospechoso en general. El oficial de las S. S. encargado de asuntos masónicos, furioso porque yo me negase a atacar a los judíos en esa hoja y porque quisiese suspenderla, preparaba un medio discreto para asesinarme. Mi Ministro Laval, poco satisfecho de mi lealtad, me buscaba un sucesor que, por lo demás, no podían encontrar, porque muy pocas personas sensatas aceptaban ir a establecerse en París en enero de 1944. Edmond Jaloux, en particular, como hombre de ingenio, acababa de rehusar. Yo seguía, pues, en mi sillón esperando al ujier que me trajese mi destitución, al policía alemán que me llevase a Fresnos, al asesino nazi que surgiese al alba o el pistoletazo del «patriota comunista» que quisiera terminar con mis culpables actividades. Por fin, una nota de Argel, discreta, pero formal, circuló por nuestros servicios en enero del 44; nos intimaba la orden de dar nuestra dimisión sin tardanza, so pena de los peores castigos. Así, estaba seguro de no zafarme; pero eso no me pareció razón para abandonar el trabajo que se debía hacer.

Yo continuaba lo más furtivamente posible mis visitas a Vichy, porque el Mariscal, en su soledad, se inquietaba y se afligía. Había visto partir a los jóvenes agregados resistentes, a la multitud de pedigüeños y aduladores; los alemanes le privaban de sus amigos Romier y Moysset, de su confidente Jardel; lo rodeaban de espías, de policías y de gendarmes. Laval lo persuadía de que no asistiese a los consejos de ministros, ya irritantes para él; los ocupantes querían no dejarle hacer ya nada, pero pretendían servirse de él; insistían para que pronunciase palabras tranquilizadoras, que grabarían en disco y repetirían en las zonas donde hubiera de librarse la batalla del desembarco. Después de reflexionar, terminó por redactar y decir algunas palabras de prudencia: le exigieron, además, un cumplido para Alemania. Lo hizo tan elíptico como pudo.

No llegaba todavía al cabo de sus penas. Ribbentrop exigía que Déat fuese ministro; ni Laval ni el Jefe del Estado querían, pero la insistencia de los alemanes triunfó sobre su resistencia; Pétain cedió, pero se negó a refrendar el nombramiento. Como la fecha de la invasión anglo-americana se acercaba, Renthe-Fink fue un día a decirle que tendría que ir a París. Esa vez se indignó. Siguió una larga negociación. Yo estaba entonces en Vichy, montando una biblioteca para él y para los servicios del Gobierno. Cenaba a menudo con él y después paseábamos, uno al lado de otro. Entonces soñaba en voz alta. El presente se perdía en la noche que nos rodeaba; hablaba del pasado, de su vida como joven oficial, de sus paseos por la montaña, de su Provenza y de su casa, en Villeneuve-Loubet; su palabra se hacía lenta, lejana, musical, como la de un soñador vivo. Los sufrimientos no lo alcanzaban; refugiado en el fondo de sus años, consideraba el universo en una bruma lejana y murmuraba palabras vacilantes: «Alemania está perdida... Pero los aliados ¿ganarán la guerra?... La guerra ¿no los destruirá a todos, ahora o pronto?...» Después, de pronto, se sacudía, miraba la hora y nos íbamos a acostar.

Hay una cualidad en la paciencia: es la sabiduría en la tenacidad. Aun si su «Constitución», que me mostraba con orgullo, no iba nunca a servir de regla para Francia, marcaba un esfuerzo inteligente para utilizar esa parte de democracia natural de la que ningún país puede prescindir, uniéndole elementos de sabiduría, de ponderación, de fuerza y de tradición, de los que ninguna nación podría privarse sin grave peligro. La había firmado el 30 de enero del 44. Fue su última alegría. Sin embargo, cuando recordaba los cuarenta y tres meses pasados, volvía a ver, con todas las dificultades de las que había intentado triunfar, con todas las humillaciones que había tenido que endosar, con todos los dolores de esos meses, a la Francia que había logrado vivir, cosechar, trabajar y descansar, no sin serenidad, y que gozaba todavía de una sorprendente vitalidad, como lo demostraban los libros y las piezas aparecidos de 1940 a 1944. Comenzando por la admirable *La Reina muerta,* de Montherlant, uno de sus logros más acabados, ¡qué sucesión de grandes obras!: *Eurídice,* de Anouilh; *Sodoma y Gomorra,* de Giraudoux; la exquisita *Renaud y Armide,* de Cocteau; *Las moscas* y, después, *A puerta cerrada,* de Sartre, que aparecieron como revelaciones de su genio teatral; el triunfo internacional de *La zapatilla de raso,* de Claudel, que los generales alemanes, agitados por el entusiasmo, aplaudieron más fuerte que los franceses, e incluso más fuerte que él mismo; y, en fin, la sorprendente *Antígona,* de Anouilh, que resume, juzga y caracteriza toda la época. Piénsese lo que se quiera

del Mariscal; bajo su gobierno Francia había durado, había creado y había levantado la cabeza.

Había que ayudarla ahora a atravesar la crisis, la última y la más dura. Los alemanes, que preveían inminente el ataque de los aliados, exigían que se estableciese en París. El se negaba. Se transigió en el palacio de Vosíns. Y el 26 de mayo, no sin haber quemado sus archivos, volvió a la capital por primera y última vez después del armisticio. Una multitud inmensa se apretaba a su paso, demostrando el puesto que ocupaba todavía en el amor y la sensibilidad populares. Su sola presencia, esa voluntad de agarrarse al suelo francés, le conservaban una popularidad que sorprendió a observadores y críticos. «Fastidio a todos —me decía la última vez que lo vi—, a los alemanes, a los nazis, a los gaullistas; que me insulten, poco importa; si puedo quedarme aquí hasta el final, todo irá bien...»

Su fuerza de ánimo no igualaba sino al valor de Laval.

A él también lo colmaban de injurias, más aún, sin duda, que al Mariscal; sin embargo, resistía y ponía su extraordinaria vitalidad en no abandonar la lucha paso a paso, a despecho de los contratiempos, de las derrotas y de las catástrofes. Bajo la presión de los nazis, y particularmente de Olberg, había tenido que conceder a Darnand poderes extraordinarios de policía y aun de justicia, puesto que podía crear tribunales marciales de tres jueces que incluso deliberarían, decidirían y harían ejecutar sus sentencias sobre el terreno (10 y 20 de enero del 44). Era comprometer a Francia en la plena guerra civil.

Quizá, lo más penoso todavía para él fue tomar a Déat como ministro. Todo oponía a estos dos hombres; Déat, violento, vindicativo y sin medida, pero apasionado por los grandes principios, no podía tolerar a Laval, prudente, realista, hábil en el detalle y presto en la maniobra. Durante tres meses Laval bordeó, puso en evidencia la antipatía de Pétain y las injurias con que los había cubierto *L'Oeuvre*; al fin, cedió y tomó al periodista como Ministro de Trabajo, escatimando con cuidado sus poderes, sus prerrogativas y su campo de acción (16 de marzo). Tuvo que conceder también el 27 de marzo al ocupante el derecho a enrolar a voluntarios franceses en las *Waffen SS* para combatir contra los bolcheviques.

Sus amigos se asustaban por él. El les respondía que creía en la victoria alemana, que nunca el ejército alemán, el armamento alemán y la resolución alemana habían sido más fuertes. Añadía: «Una guerra se parece a una carrera de coches. El equipo que acaba de tomar gasolina toma ventaja, mientras el otro se detiene para abastecerse; pero, una vez que se ha llenado y se ha verificado el motor, éste lo sobrepasa de nuevo. Van a ver qué clase de nuevo material van a sacar los alemanes y lo que sabrán hacer con él.» No se le podía responder nada a estas palabras exactas, pero que desconocían el «peso» comparado de los dos campos.

Esta convicción no le impedía buscar un puerto de salida y utilizar a un curioso personajillo para negociar. En Roma, por medio del Papa, y en Estocolmo, con A. Sinclair Hewitt, que pasaba por amigo de Roosevelt, e incluso con los soviéticos (marzo-abril del 44). Su enviado, Joseph Desclausais, estudiante de Filosofía, conocido por su ciencia teológica, su gusto por la polémica y su viva imaginación, no podía obtener milagros, sin embargo. Y Laval volvía a su lucha, paso a paso, por la defensa de los intereses franceses. Incluso le ocurría que

lograba algunas victorias. En 1944 hizo retroceder a Sauckel, que reclamaba con impertinencia varios centenares de miles de trabajadores franceses.

Gracias a los acuerdos de Bichelonne-Speer, que permitían a los obreros quedarse en Francia para servir en fábricas de armas alemanas, no partieron apenas sino 50.000 hombres para Europa central. El inconveniente de este mercado fue atraer a las fábricas y ciudades francesas bombardeos aliados en creciente número, multiplicar los atentados y mantener en nuestras ciudades una atmósfera de odio civil. Los resistentes, sobre todo los comunistas, asesinaban a los alcaldes de los pueblos petenistas de Saboya y del Lenguadoc; la tomaban con los médicos de opiniones moderadas; los atraían a celadas para «ir a cuidar a un enfermo» y los acribillaban a cuchilladas. Durante el invierno del 43-44 y la primavera del 44 estos atentados se multiplicaron. La tomaban también con los ocupantes, pero más raramente.

Estos respondían con ferocidad; llegaban a quemar, a exterminar pueblos enteros cuando uno o varios de los suyos perecían así. El 21 de marzo, en Frayssinet le Gélat (Lot), fusilan a 10 hombres y cuelgan a tres ancianos; el 31 de marzo, en Rufiñac, en Dordoña, cogen a 66 rehenes (50, liberados en seguida); en Asque (Norte), el 1 de abril, a consecuencia de un descarrilamiento, exterminan a 86 habitantes; el 10 de abril, en Sieges, en el Jura, torturan y fusilan a 10 hombres, deportan a nueve y queman la mayor parte de las casas del pueblo; en Veryon, en Ena, deportan a nueve personas y después queman el pueblo, etc. Espantados por la amplitud que adquiere por su culpa las partidas, quieren reducirlas; las «Fuerzas del Orden» de Vichy atacan primero la de Glieres, sin grandes resultados (febrero del 44), y después los alemanes envían un fuerte destacamento, que logra aniquilarla. Pero necesitarán tres divisiones de infantería para acabar con las partidas de Ena, y el ocupante perderá 1.000 hombres.

Este odio, esta sangre derramada por doquier, esta simiente de discordias y matanzas, no podía más que horrorizar. Benoist-Méchin, que mantenía relaciones con los altos funcionarios alemanes, les representó el peligro de sus métodos. Sin negarlo, respondieron con el argumento brutal: «Es la guerra.» En mejores condiciones, yo tuve la ocasión de hablar francamente al delegado de Hitler en París. Rossé lo llevó una mañana a la Biblioteca Nacional. Después de intercambiar algunas palabras corteses, le hablé poco más o menos así: «Usted comprenderá bien que un francés, en marzo de 1944, no pueda decirle nada más que esto: los procedimientos que emplea su ejército en este momento son los más adecuados para suscitar odios inexpiables y volver contra su pueblo, si es vencido, el resentimiento de todo el universo. Si, al menos, ustedes dejasen de ensañarse con los judíos... Pero redoblan su crueldad; ¿no saben ustedes que ellos disponen de la opinión mundial fuera de Alemania? La Francia vencida de 1940 no los odiaba; la Francia que figurará, quizá, entre los vencedores de 1945 no puede evitar el odiarlos...»

El oficial me escuchó sin interrumpirme. Se guardó de aprobarme o de censurarme, y después se retiró, diciéndome que deseaba «mantener la relación conmigo». Yo iba a emplearla muy pronto. En efecto, el hermano de uno de mis amigos, Jean-Robert de Vogüé, acababa de ser condenado a muerte por un tribunal marcial alemán. Habían descubierto que armaba y organizaba en el mayor secreto una tropa de resistentes en Epernay, donde dirigía una gran casa de campo. Antiguo oficial de carrera, alegó simplemente: «He hecho lo que habría

hecho usted en mi lugar. Su derrota es cierta y su partida también. He preparado a mis hombres para ese momento, a fin de evitar la violencia comunista.» Ante su ánimo y ante su lealtad, los oficiales alemanes que lo juzgaban, a la vez que lo condenaban a muerte, habían firmado un recurso de gracia que el Alto Mando aprobó. Hacía falta, además, que fuese refrendado por los otros dos poderes: la embajada, que representaba a Ribbentrop, y Himmler, por el Partido.

Gracias al Mariscal y a Chateaubriant, obtuvimos el consentimiento de Abetz. Quedaban las S. S. Envié a mi intérprete a que viese a Pickler, para decirle: «Si Vogüé muere fusilado, se sabrá que lo debe a las S. S. y a Himmler.» Me respondieron: «Se ha fusilado a tantos obreros, que es hora de fusilar a un patrono; y si usted se mueve, no se fíe.» Volví a enviar a mi intérprete inmediatamente a decir: «No ignoro que ustedes pueden detenerme, pero eso no serviría de nada, porque los periódicos de Portugal están advertidos y publicarán que la muerte de Vogüé debe atribuirse a Himmler, a menos que yo no consiga advertirles lo contrario.» Parece que esta mentira persuadió a mi interlocutor, pues la gracia fue firmada por las tres autoridades y el cautivo enviado a pudrirse a una fortaleza de Prusia, donde la vida apenas valía más que la muerte, pero donde quedaba la esperanza.

La sangre francesa se derramaba en todos los lugares. Si Argel la extendía menos que nuestros ocupantes, De Gaulle dejaba ver que sería despiadado. Su amor por Francia se acomodaba a una exigencia respecto de los franceses que no toleraba ni desfallecimiento ni divergencia. Dedicaba esos meses de principios de 1944 a instalar su poder en Argelia y a preparar el dominio del país una vez liberado. Los alemanes no le parecían entonces un enemigo más importuno que Roosevelt, contra quien llevaba una ofensiva sin remisión. Primero se desembarazaba de Giraud.

Este general se encontraba en una posición embarazosa. Pucheu, el ex Ministro del Interior de Pétain, acababa de presentarse en Argelia para enrolarse en el ejército francés; antes de llegar había escrito a Giraud, que le había prometido su protección y le había recomendado que ocultase su identidad. Pucheu, alto, grueso y pesado, no supo hacerlo. Reconocido, detenido e inculpado, se defendía bastante bien, por lo demás, ante un jurado menos preocupado por juzgarlo que por condenarlo. Giraud no encontró en sí mismo el coraje de tomar postura por él públicamente o de abandonarlo con franqueza. Lo defendió mal; dejó que lo condenasen y lo ejecutasen. Lo que este General guardaba todavía de prestigio, de influencia y de autoridad desaparecieron. Se decía como proverbio: «Un pase firmado por Giraud te garantiza el paredón.» De Gaulle no vaciló en sacrificar al ex Ministro ni en socorrer a su familia. Sin duda, le reconoció el morir tal virilmente y demostrar con tanta fuerza la nulidad de su rival.

Se hizo fácil en seguida privar a éste de su último empleo, alegando que mantenía relaciones inconvenientes con una red de informaciones de Vichy. Giraud no luchó y partió feliz, quizá, de salvar el esqueleto, que no dejaban de poner en peligro los repetidos atentados mientras permaneciese en Argelia. Así, De Gaulle quedó como amo del lugar, único posesor del poder y, a la vista de todos, «el primero de los franceses».

Encontraba, sin embargo, un obstáculo: Roosevelt. Churchill, habituado hacía tiempo a sus humores y dispuesto a seguir viendo en él un patriota que en la peor hora se había unido a Inglaterra, lo sostenía y lo consideraba como el here-

dero legítimo de la Tercera República; al contrario, el Presidente de Estados Unidos no le perdonaba que no se hubiese dejado seducir por su encanto y no hubiese jugado limpio con Giraud; se negaba a ver en él al Jefe del Gobierno francés; apoyado por Hull y por Leahy, que sentían por él una repulsión física con una viva reprobación moral, profesaba que el único poder legítimo de Francia sería el Parlamento, elegido regularmente por el pueblo después de haber echado a los alemanes de su territorio. De ahí consideraba al de Argel como un régimen de hecho que hay que juzgar según los actos y tratar en consecuencia. Ahora bien, la manera como De Gaulle acaba de desembarazarse de su rival le parecía un acto culpable.

Una agria polémica proseguía a través del Atlántico. El General declaraba el 27 de marzo del 44 a la Asamblea Consultiva: «Nuestro Gobierno no tiene que recibir lecciones de nadie. Francia, que dio la libertad al mundo y que es todavía su compeona, no necesita escuchar lo que se dice del otro lado de sus fronteras sobre el tema de su destino. *The New York Times* decía a este propósito: «Hay una recrudescencia marcada del sentimiento antiestadounidense aquí... Muchos franceses se asustan de esta tendencia jenófoba, que es contraria a las ideas de Francia... En los círculos oficiales de Argel se difunde la idea de que las diferencias entre De Gaulle y Roosevelt van muy allende una querella personal. Entre ellos hay un abismo... De Gaulle ha hecho suyos los conceptos de Roosevelt sobre el *Nuevo Trato*... Pero Roosevelt ha tenido que abandonarlos por causa de las circunstancias de la guerra.»

Y así se continuó. El 2 de abril, el General notificó a los aliados las disposiciones administrativas y políticas que adoptaba para la liberación de Francia sin consultarlos ni tener en cuenta sus deseos, ni entenderse con ellos, cuando sólo ellos podían echar al alemán de esa tierra sobre la cual pretendía ejercer su autoridad.

Mientras que el Gobierno de Argel hacía la guerrilla a los estadounidenses, las seis divisiones francesas del General Juin hacían la guerra a los alemanes al lado de los estadounidenses y de los ingleses. La hacían de manera heroica y sangrienta, atacando en las peores condiciones el macizo de Monte Casino, en los Apeninos. Se enconaban para arrebatar esas posiciones escarpadas, erizadas de defensa y de cañones, mientras sus camaradas, desembarcados en enero en el Lacio, en Anzio, no sentían menos dificultades; porque su ofensiva, poco nutrida, tropezaba con reservas que Hitler detraía apresuradamente de todas partes, aun de Rusia.

A pesar del desprecio que afectaba Stalin por el frente de Italia, no por ello representaba un papel menos considerable en el conjunto de la batalla. En efecto, en ese terreno, como en Europa, el Guía pretendía luchar por cada pulgada de terreno, lo cual le obligaba a sacrificios renovados y aun a descuidar la creciente amenaza de las ofensivas soviéticas, que desde noviembre del 43 se renovaban sin interrupción y extendían inmensas masas humanas sobre esa llanura de Europa a la que ya no se aferraban los alemanes sino con gran esfuerzo.

De momento, el Canciller no quería considerar esos combates con inquietud. Gracias a la facultad que tienen los potentados de ocultarse a sí mismos sus fallos y sustituir las esperanzas decepcionadas por nuevos planes más prometedores, olvidaba su idea originaria de aplastar primero a Occidente para tomarla en seguida con la U. R. S. S.; su segundo programa, rechazar a los soviéticos

al Asia, y después, terminar con Inglaterra. Desde noviembre declaraba que su ejército ganaría la guerra acechando el desembarco angloamericano, que se trataría de transformar en un nuevo Dunkerque; después de lo cual se negociaría la paz en el Oeste y sus fuerzas reagrupadas destruirían a las hordas rusas. Su instrucción número 51, de 3 de noviembre del 43, presentaba así este programa:

«La dura y costosa lucha de los últimos dieciocho meses contra el bolchevismo ha exigido el máximo de nuestros recursos y de nuestros esfuerzos militares, lo cual era conforme a la gravedad del peligro y a la situación general. Entretanto, ésta se ha modificado. El peligro sigue estando en el Este, pero otro mayor se perfila en el Oeste: ¡el desembarco anglosajón! En el Este, la inmensidad de los espacios puede permitir al extremo rigor pérdidas de terreno más amplias todavía sin que el nervio vital alemán sea tocado de muerte. Pero todo es distinto en el Oeste. Allí, si el enemigo logra abrir una larga brecha en nuestras defensas las consecuencias serán rápidamente incalculables. Todos los indicios hacen pensar que el enemigo pasará al ataque en el oeste de Europa, a más tardar en la primavera, y quizá incluso antes... Si atacan en el Oeste, entonces será la decisión...»

Hitler entendía que sería la victoria final. «Una vez rechazado este ataque la cosa estaría en el bolsillo.» Tampoco descuidaba nada para lograrlo; confiaba a sus dos mejores generales el cuidado de esta operación: el Mariscal Von Rundstedt era el Comandante en Jefe del conjunto del sector, y el Mariscal Rommel, su maniobrero más brillante, inspeccionaba las costas y debía defenderlas. Recibían 57 divisiones, número considerable en un momento en que el frente del Este no conservaba sino 75; su número en Francia iba a elevarse hasta 60.

Hitler contaba con que el tiempo le prestase en el Este los mismos servicios que en Francia en 1940 y que el deshielo llegaría bastante pronto para detener a los soviéticos antes de que hubiesen podido avanzar demasiado lejos. Así había prohibido a Manstein que operase movimientos de retirada, que habrían recortado el frente y lo habrían hecho más sólido. Pero que habría descubierto a Crimea, Rumania y el este de los Cárpatos. El tiempo traicionó su confianza, el invierno se prolongó y permitió a los mariscales rusos proseguir su ofensiva hasta abrirlo, lo cual costó caro a los nazis: perdieron varias divisiones, Crimea, con Odesa, y no pudieron impedir que los tanques soviéticos se acercasen al petróleo rumano.

Las tropas de la U. R. S. S. penetraban ahora en territorio polaco; así, los gobernantes de esos pueblos y sus agentes diplomáticos en Londres y en Washington hacían esfuerzos violentos para que los anglo-americanos actuasen antes de que fuese demasiado tarde; deseaban, ante todo, que impidiesen a Stalin ocupar Varsovia, Lemberg, Cracovia y sus demás ciudades para instalarse en ellas con su administración y los instrumentos de su política. Churchill, más sensible a las obligaciones contraídas frente a ese desgraciado pueblo en 1939, intentaba darles algunas satisfacciones, pero encontraba la tarea difícil. En Teherán había cometido la imprudencia de mencionar la línea Curzon como frontera oriental conveniente para Polonia; sin querer responder, sin insistir, Stalin tomó nota. A su entender, decía entonces, le parecía demasiado pronto para discutir ese tema. Pretendía, en efecto, tener las tierras que quería antes de pedirlas. Su sabiduría aldeana le dictaba esta conducta.

Cuando el Primer Ministro, a finales del invierno del 43-44, quiso volver sobre este tema, en diversos mensajes directos o transmitidos por su Embajador

Clark Kerr, y se permitió insistir, el georgiano no lo toleró. Significó en seguida a sus aliados que era ese un tema sobre el cual no admitía ni discusión ni bromas y, para más seguridad, envió a Chuchill una carta brutal, cuya copia dio a Roosevelt: «Su mensaje, y particularmente la declaración de Kerr, están mezclados con amenazas contra la Unión Soviética. Quiero recordarle que este método de amenazas no sólo es incorrecto entre aliados, sino que también es nocivo, pues puede producir resultados contrarios a los que se desea. Usted habla de los esfuerzos de la Unión Soviética para defender la línea Curzon como si se tratase de una política de fuerza; eso significa que usted intenta poner en duda la legitimidad de la línea Curzon y la justicia de luchar por ella. Yo no puedo ser de su opinión. Debo, al contrario, recordarle que en Teherán, usted, el Presidente y yo estuvimos de acuerdo considerando la línea Curzon como legítima... Ahora usted adopta una postura exactamente opuesta. ¿Eso significa que usted ya no reconoce nuestros acuerdos de Teherán y que viola así nuestro pacto de Teherán?»

«No tengo duda alguna de que si usted hubiese mantenido firmemente su postura de Teherán el conflicto con el Gobierno emigrado de Londres se habría resuelto ya...» Añadía que, lejos de estar en guerra con el pueblo polaco, los soviéticos no alimentaban sino buenas intenciones a su respecto. «Pero el Gobierno de los soviéticos está en conflicto con el Gobierno polaco emigrado, que no representa los intereses del pueblo polaco y no expresa sus aspiraciones.»

La carta continuaba aún durante más de una página en este tono; atacaba, particularmente, el discurso que Churchill iba a pronunciar en los Comunes sobre este tema, denunciándolo como calumnia contra los soviéticos. Al fin terminaba con esta frase: «Usted expresa la esperanza de que el desacuerdo sobre la cuestión polaca no entorpezca nuestra cooperación en otros terrenos. Yo he defendido, y sigo defendiendo, nuestra cooperación. Pero que este método de amenazas, si se sigue empleándolo en el porvenir, no favorecerá nuestra cooperación.»

Stalin pretendía mostrar así a Churchill, pero sobre todo a Roosevelt, que no había que intentar ejercer sobre él una presión contraria su voluntad utilizando amenazas directas o indirectas. Porque, de hecho, el lenguaje del «premier» inglés no había sobrepasado nunca el de la persuasión y las amenazas no habían tratado más que del dominio de la opinión pública. Pero aun ahí, o quizá sobre todo ahí, los soviéticos, encantados por verse readmitidos y proclamados «demócratas liberales» por la solicitud de Roosevelt y de sus amigos, querían mantener el beneficio de la operación. El comunismo, todavía en su fase ascendente en Europa y en el resto del mundo, pretendía triunfar a la vez en el terreno de la fuerza y en el de la legitimidad.

A Roosevelt le gustaban poco esta especie de cartas y temía esta polémica. Su tercer mandato iba a expirar; tendría que presentarse una vez más a las elecciones. Bien entendido, sus amigos, sus funcionarios y empleados le facilitarían el menester, pero, de cualquier manera, una elección plantea problemas y encierra riesgos. El electorado polaco contaba en el centro de Estados Unidos. Ahora bien, después de la carta de Stalin, el Presidente ya no podía permitirse sostener el punto de vista de su Gobierno; no podía reconocer públicamente, además, que lo negaba si quería evitar las molestias más graves en su campaña electoral. Tenía que desconfiar aún de los círculos republicanos, de los anglicanos y de los medios católicos, a los que asustaba su política abiertamente pro rusa.

El destino le procuró la mejor disculpa. Acaba de celebrar su 62 cumpleaños

cuando pareció ceder su salud: una serie de enfriamientos, de miserias físicas y de calenturas le llevaron a encerrarse primero, y después, al acercarse la primavera, a ir al palacio de su gran amigo Bernard Baruch, a la baronía de Hobcaw, especialmente de paraíso terrestre a lo largo de la costa de Carolina del Sur. Se llevó a los más íntimos de su corte y, en particular, a su Consejero personal Leahy, y durante tres semanas (abril del 44) hizo alternar largos períodos de reposo, excursiones por mar para pescar y tranquilas reuniones de trabajo para examinar las cuestiones pendientes.

Las principales molestias para él, en esta época, venían de De Gaulle. Roosevelt definía así su doctrina sobre Francia ante Edmund Wilson, su representante en Argelia: «El General De Gaulle y sus asociados desconocen o minimizan los esfuerzos de los demás franceses y la enorme asistencia prestada a la causa de Francia por Estados Unidos y los demás aliados... Consideramos que es nuestro deber ante el pueblo francés... no admitir otros veredictos que los suyos y ayudarle a ponerse en condiciones que le permitan pronunciar libremente ese veredicto lo más pronto posible.»

Esta postura ofendía al General, que se consideraba, por su parte, el alma viva de Francia y su encarnación, puesto que él era el único que defendía su honor desde junio del 40; no reconocía a ningún jefe de Estado extranjero, aunque fuese aliado, el derecho a ponerse por encima de él y a arbitrar entre él y los demás franceses; si le placía que fusilasen a Pucheu, a Christofini y a otros muchos unos jurados comunistas y que detuviesen a Peyrouton, Boysson, Flandin, etcétera, no debía cuentas a nadie. Diplomático hábil, fuerte personalidad y negociador susceptible de mostrarse muy dificultoso, se imponía a Eisenhower, hombre apacible y deseoso de conducir su guerra en paz. Sabía también conciliarse a E. Wilson, a quien dominaba por su fuerte personalidad y su sentido de la autoridad. Estos dos hombres no cesaban, pues, de volver a la carga sobre Roosevelt para que se les permitiese colaborar amistosamente con De Gaulle.

El Presidente no estaba de acuerdo. En febrero del 44 decidió dar un acorazado a la Marina francesa, pero no invitó a ningún representantes del Gobierno de Argel a la ceremonia, y cuando Eisenhower le preguntó la actitud que tomar frente a la Francia reconquistada, la administración que imponerle o qué reconocer, prefirió como instrucción «esperar». En marzo le prohibió firmar un acuerdo con el Comité Nacional, pero le permitió consultar para la elección del personal administrativo que instalar en las regiones liberadas. A Wilson respondió: «Francia no necesita un Gobierno central fuerte... Será gobernada por las autoridades locales de los departamentos y municipios, como ocurría a menudo.» Era necesario que Eisenhower conservase la libertad de tratar con los diversos grupos.

Wilson objetó justamente que ese sistema podría traer la guerra civil. No pudiendo ya con los argumentos, Roosevelt le autorizó para entrar en relación con el Comité Nacional únicamente a condición de que De Gaulle se mostrase razonable. Y Hull, preocupado por la armonía, mencionó de manera amable a dicho Comité en uno de sus discursos, pero el Gobierno no quiso ir más lejos. De Gaulle respondió dicho y hecho: «El Gobierno francés por establecer en Francia —declaró el 21 de abril— no depende, naturalmente, más que de los franceses... La única cuestión que se plantea es la de la cooperación entre el Gobierno francés y el mando aliado para las necesidades de las operaciones.»

Aceptó, pues, enviar al General Koenig a Londres en enlace con la S.H.A.E.F.

y prever una misión de 1.500 oficiales de enlace franceses para el momento en que se desembarcase. No obstante, se ocupaba activamente en redactar, de acuerdo con el Consejo Nacional, las órdenes que reorganizarían la Francia liberada, partiendo del principio de la tabla rasa; ni el Gobierno Pétain, considerado como «traidor», ni la Tercera República, juzgada dimisionaria, debían representar ningún papel; sólo los franceses, que por medio de su resistencia habían merecido reconstruir el país, podrían colaborar en su reconstrucción.

Estos principios, que Washington encontraba abusivos, no disgustaban a Eisenhower. Temperamento tranquilo, más organizador que combativo, más preocupado por llevar a bien su difícil operación, dejaba gustoso que los franceses se batiesen entre sí y se fusilasen unos a otros, según una tradición que databa ya de dos siglos. Supo, pues, conciliarse a De Gaulle y obtener de él que el General Lattre de Tassingny dirigiese el desembarco en la costa mediterránea con el General Patch. De Lattre llevaba la tacha de haberse retardado mucho tiempo en Francia, de haberse unido tarde; pero De Gaulle se alegraba demasiado por este desembarco francés en Provenza, para mostrarse intransigente con el estadounidense. Aceptó incluso transferir a Inglaterra la división Leclerc, que debía recibir el honor de ser la primera que entrase en París.

Hecho y arreglado todo esto, Eisenhower intentó una vez más obtener que el Presidente le permitiese reconocer al Comité Nacional. La respuesta fue un «no» formal que lo dejó consternado.

Churchill no lo estaba menos. Se inquietaba tanto más cuanto que sus informadores le mostraban a la U. R. S. S. dispuesta a reconocer al Gobierno de Argel de derecho como de hecho. Esta vez también tuvo que negociar con su amigo-enemigo Stalin para obtener de él un poco más de plazo. En seguida se volvió hacia Roosevelt para entenderse con él en cuanto a incitar al menos a De Gaulle a que fuese a Inglaterra y permaneciese con él en el momento del dsembarco. El Presidente lo consintió, con la única condición de que, una vez en Inglaterra, ya no saliese. El diálogo de sordos continuaba y los días pasaban, acercando muy rápido la fecha fatal.

Tuvieron que retrasarla un mes. La elección, retardada mucho tiempo, del general en jefe; el número infinito de los problemas que Eisenhower tuvo que resolver al instalarse en Inglaterra; la preocupación que sentía, y que el Primer Ministro experimentaba más aún de hacerlo todo para evitar un fracaso, todo les obligó a diferir al 6 de junio el gran día.

Con la mirada inquieta inspeccionaba la costa de Normandía.

Para tener éxito, para evitar la derrota y los torrentes de sangre tenían que coger a los alemanes por sorpresa. Pero en aquella época los aliados, como los nazis, poseían informes completos unos de otros. El enorme espionaje soviético desde la «Capilla Roja» y la «Orquesta Roja» hasta los oficiales de Estado Mayor traidores, informaban a Stalin de modo completo; el *Intelligence Service* no sabía menos por procedimientos más sutiles; los estadounidenses, audaces y ricos, gracias a Allen Dulles, instalado en Suiza, tampoco carecían de informaciones. Hitler poseía tantas: en efecto, la mayor parte de los espías hacían doble juego, el medio más simple de satisfacer a todo el mundo. Además; a través de «Cicerón», el famoso ayuda de cámara de sir Hugh Kantchbull-Huguessen, Embajador inglés en Ankara, Alemania no quedaba peor servida.

Jugaba al póker a cartas vistas. Saber es importante, pero hay que saber

explotar, además, lo que se conoce, y ahí estaba la dificultad. El misterio ya no residía en los hechos mismos, sino en el espíritu de los hombres, torpes para clasificar, criticar y dilucidar lo que se les ofrecía. Los documentos «Cicerón», a fuerza de discusiones, contradicciones y rivalidades de servicios, dejaron de prestar a los nazis los servicios que habrían podido. Rundstetd y su Estado Mayor, después de un estudio profundo, no dudaban que los aliados fuesen a atacar en el paso de Calés. Amontonaban en esos parajes sus mejores divisiones y su mayor número.

Eisenhower se alegraba. Se esforzaba por mantenerlos en ese estado de ánimo favorable, colmándolos de bombardeos en esa zona, enviándoles escuadrillas cada vez más numerosas para devastar los cruces de ferrocarriles, las locomotoras, los talleres de reparación... Así todo parecía claro a los nazis y favorable a los aliados.

¡Ay!, una vez más Hitler vino a estropearlo todo.

Hasta abril la zona Caén-Carentán, escogida para el desembarco por causa de sus bahías y playas accesibles, no poseía para su defensa más que una división de infantería bastante mediocre, la 716. Pero el Guía, sin consultar a sus generales, decidió enviar otras dos divisiones de infantería y una de tanques. Eso cambiaba el cuadro. Los aliados tuvieron que redoblar sus preparativos.

Los alemanes no estaban menos asustadizos. Himmler y Schellenberg acababan de lograr por fin derribar a Canaris y absorber la *Abwehr* en sus servicios. Se derivó un aflujo confuso de informes, un caos del que creían deber concluir la probabilidad de un ataque en julio. La insuficiencia de su aviación les impedía ver más claro. «Es verdad que la hora de la invasión se acerca —escribía Rundstedt a Hitler el 30 de mayo—. Pero la importancia relativa de los ataques aéreos del enemigo no indica que sea inminente.» Los aliados tenían gran cuidado, en efecto, de mantener el mismo ritmo de bombardeo hasta la víspera de la ofensiva.

Otro desacuerdo entorpecía a los ocupantes: Rundstedt juzgaba que había que mantener bastante retiradas tras las costas a una masa importante de reservas blindadas. Rommel pensaba, por su parte, que si no se rechazaba al enemigo en el mar, a las cuarenta y ocho horas todo estaría perdido. Quería, pues, instalar las divisiones blindadas lo más cerca posible de la orilla. La querella se envenenó; se remitieron al Guía, que optó por su compromiso. Entre los dos Generales quedó un matiz de acritud. Sus órdenes se entrecruzaban y el método hitleriano: cada jefe, soberano en su servicio, contribuía al desorden.

El mes de mayo pasaba con mortificante lentitud para Eisenhower. Un tiempo soberbio, como el que hacía falta para el desembarco, reinaba en el mar del Norte y podía ceder el puesto a la tormenta. Entrenaban a los hombres en ejercicios de paracaidismo y en ensayos de desembarco; fotos múltiples, perfectas y tomadas en todos los ángulos, permitían a los cuadros conocer el terreno con exactitud. Cada posición de batería en tierra, cada campo de minas en el mar, una vez advertidos de modo riguroso, recibían la atribución de tal o cual cuerpo, tal o cual nave encargados de eliminarlos.

El ejército inglés construía lejos de las costas un modelo del valle del Orne idéntico al original; no le faltaba ni un árbol, ni una casa, ni un cañón, ni un reducto; oficiales y soldados, aviadores y artilleros podían estudiar directamente el terreno donde lucharían. En vez de una zambullida en lo trágico desconocido

iban a asaltar lugares y defensas bien conocidos. Cada obstáculo desaparecía ante un arma que conocían. Todo lo que dependía de los hombres y de la organización parecía previsto de modo admirable, pero además todo dependía de dos incógnitas: el estado del mar y del cielo y los efectivos alemanes que había en el terreno. La ventura no excluía la suerte.

París se llenaba de rumores sordos, que se difundían por toda Francia. Todo el mundo adivinaba la proximidad del desenlace. Los bombardeos ingleses sobre las fábricas, las vías férreas, los convoyes en marcha, el trastorno del tránsito, la dificultad de circular en Francia, ya en ferrocarril, cuando ya no había casi trenes; ya en las carreteras, con frecuencia ametralladas por los aviones ingleses: todo creaba una atmósfera de espera, de inquietud y de tensión que se acentuaba de día en día.

Los alemanes no experimentaban menos estos sentimientos. Cada vez más, el ejército y Abetz palidecían ante las S. D. y ante su jefe, Oberg, que decidía soberanamente sobre los problemas franceses. Sus servicios lograron desenmascarar y después detener, uno tras otro, a los agentes de la Resistencia que trabajaban en el gabinete del Mariscal, en el de Laval y de 13 prefectos (del 13 al 17 de mayo del 44). Al mismo tiempo, Ribbentrop reprochaba a Abetz que no supiese hacer respetar por el Gobierno francés los derechos del Gobierno alemán y que no hubiese sabido obtener que se ejerciesen represalias apropiadas por las ejecuciones de Argel.

El Embajador, para cubrir su «suavidad», pedía que se enviase a Francia a Blum, Reynaud y Mandel, que pagarían por las ejecuciones de Argel. Su Ministro no aprobaba esta opción; exigía que los «jefes de la Resistencia» pasasen los primeros ante el pelotón de ejecución; reprochaba a Abetz que no se hubiese preocupado de ello. El desgraciado arriesgaba su puesto. Tuvo la suerte de que el funcionario encargado de la investigación quedase convencido del peligro de las represalias e hizo un informe que lo exoneraba. Su carta del 13 de mayo, que reclamaba el envío de tres hombres políticos, probaba su valor y tuvo una respuesta favorable.

Para el Mariscal y para Laval estas detenciones, que desmantelaban la Administración francesa, y estas amenazas de represalias, que añadían sangre a la sangre, les horrorizaba. Pero se encontraba sin fuerza y sin recursos. El único apoyo que recibían y que fuese eficaz venía de alemanes persuadidos de que, estando todo perdido, había que evitar la violencia. Su número no cesaba de aumentar en Francia y, en particular, en el ejército, pero también entre las S. S.

Yo regresaba todas las noches de mayo a acostarme a la Biblioteca Nacional, que no quería abandonar en aquellas semanas turbulentas. Tenía que atravesar el Palacio Real, oscuro, y las calles, mal iluminadas; una de mis amigas, que trabajaba también en la Biblioteca Nacional, me acompañaba y ataba a su bicicleta la cartera en la que yo llevaba mis papeles.

Aquella noche, al encontrarnos en el rincón más sombrío de las galerías, oímos un ruido de botas que corrían tras nosotros. «Ahí está», pensé yo, resignado. Un segundo después vimos venir a nosotros a un oficial alemán que blandía mi cartera, mal atada, y que cayó tras nosotros. Nos la devolvió con una sonrisa y un saludo militar, y desapareció en la noche.

El 30 de mayo seguimos el mismo camino. El Palacio Real, de ordinario tan

tranquilo, resonaba con una voz de borracho, pero sonora, que, como distinguimos pronto, cantaba la «Marsellesa» a todo cuello. Después advertimos a un soldado alemán que cabeceaba un poco y se entregaba a ese solo musical. Cuando se cruzó con nosotros nos hizo una señal amistosa, y lanzó: *D'un sang impur abreuvons les sillons*. Era la primera «Marsellesa» que oíamos desde junio de 1940.

12. CRUENTA LIBERTAD

En la noche del 5 al 6 de junio llovía, venteaba y el oleaje, muy fuerte, rompía con gran estrépito sobre los arrecifes, las playas y los acantilados de Normandía.

Eisenhower decidió, sin embargo, aventurar el desembarco. No podía mantener indefinidamente a sus hombres con el arma bajo el brazo. Cada día que pasaba permitía a los alemanes mejorar su defensa y llevar refuerzos.

A despecho del tiempo envió, pues, a Cotentín las divisiones de paracaidistas y desencadenó el desembarco a lo largo de la costa, entre Caén e Isiñí, así como más al Norte. La escampada que se produjo entonces favoreció la acción aliada y las condiciones resultaron menos malas de lo que se había temido. Los ingleses, que tenían el sector Este, lograron bastante pronto instalarse frente a Caén y hasta sus proximidades; lo debieron a la feliz idea de desembarcar sus tanques incluso antes que la infantería, lo cual desconcertó a los alemanes, poco numerosos por lo demás, en ese punto y sorprendidos por verse asaltados: preveían una ofensiva en el paso de Calés. Más al Oeste, los estadounidenses, que lanzaron primero su infantería, sufrieron grandes pérdidas; pero su coraje les permitió instalarse y la debilidad de los efectivos alemanes les impidió arrojarlos al mar.

Aquel día, Rommel y dos de sus generales se encontraban lejos, pues no se creían amenazados. Sus jefes de Estado Mayor, obligados a informar a Rundstedt, que transmitía a Hitler, carecían de iniciativa y de autoridad. No supieron aprovechar ni el desorden que reinaba en las playas ni los tanteos de sus enemigos. Así pasó el momento crítico en que se pudo infligir un desastre a los aliados.

Ese momento no volvió.

Ese Rommel intentó, desde luego, contraatacar, pero la aviación enemiga no dejaba circular los refuerzos durante el día; las tropas instaladas en Bretaña y en el Mediodía de Francia no encontraban más trenes para transportarlas; cortados los puentes, las carreteras, donde las partidas los acosaban, retardaban su marcha; cuando llegaron por fin a Normandía, los hombres, agotados y desmoralizados, ya no tenían empuje y no luchaban más que por disciplina.

Rundstedt, obsesionado por la idea de que esta operación enmascaraba otra empresa más importante que se libraría a poco en la costa del norte de Francia, se guardaba de enviar sus reservas al sur del Sena. No podía hacerlo, por lo demás, fácilmente, pues la aviación aliada acaba de destruir todos los puentes entre París y El Abra. Había que hacer largos rodeos y encontrar en seguida vagones para transportar las tropas, porque no podía darles ni camiones ni ga-

solina. La *Luftwaffe,* reducida a la impotencia, apenas se atrevía a mostrarse, y las tropas, acosadas por los aparatos enemigos, bombardeadas desde el mar, mal abastecidas, no podían sino retroceder, a pesar de las órdenes imperiosas de Hitler: «Mantenerse en el terreno. Morir antes que retroceder.»

El 17 de junio decidió ir a Francia para reunirse con sus mariscales y lanzarlos de nuevo al combate. Desde el 12, los nuevos cohetes alemanes, los VI, bombardeaban Londres día y noche; el Guía contaba con que los ingleses no resistirían mucho tiempo esa situación infernal. Si pudiese añadir un éxito contra el cuerpo de desembarco sentía la paz al alcance de la mano. Recibió, pues, a Rundstedt y a Rommel en su puesto de mando de Margival. En cuanto pronunció la palabra «ofensiva», este último le previno que no era posible pensar en ella ante la superioridad aérea y el bombardeo naval de los aliados, sin más ayuda de la aviación alemana y sin más margen para el mando, con la autorización de retirarse a posiciones más ventajosas; si no no podrían mantenerse mucho tiempo.

El Guía no respondió. Cambió de tema y después discurrió largamente.

Los dos grandes jefes se atrevieron entonces a hablar de paz como la solución más sensata. Hitler los interrumpió. Rommel volvió a la carga: «Mi Guía, ¿qué probabilidades nos ve si continuamos la guerra?»

«Esta cuestión no es de su competencia. Dejen que la trate yo», replicó bruscamente. Contaba con las VI y con un contraataque en Normandía para terminar el asunto. Los examinó, descontento de su actitud. No obstante, no se demoró en Francia, pues por un misterioso concurso de circunstancias, un VI destinado para Londres dio media vuelta y vino a estallar encima de su refugio. Partió inmediatamente para Berchtesgaden, donde dio la orden a Rommel de atacar gracias a dos divisiones blindadas de las S. S. y a otras dos del ejército. El mismo trazó el plan de la operación. El Mariscal obedeció, o más bien se esforzó en ello, porque antes de haber podido intentar nada Montgomery tomó la iniciativa con una fuerte masa de tanques, sobrepasó Caén y le obligó a evacuar esa ciudad (20 de julio), mientras los estadounidenses acababan también de tomar Cherburgo (30 de junio).

Rundstedt, ante la evidencia, no pudo evitar el decir a Keitel: «Hagan la paz. ¡Idiotas! ¿Qué otra cosa pueden hacer?»

Quedaba a Kietel otro recurso: informó a Hitler de esta conversación y el resultado fue que se sustituyó a Runstedt por el Mariscal Gunther von Kluge, en quien ponía el Guía toda su confianza, aunque no la mereciese ni por su competencia particular ni por su fidelidad.

Otro acontecimiento desorganizó la resistencia alemana: el 17 de julio, un avión inglés destruyó el automóvil de Rommel, que, proyectado contra un árbol, no salió sino con una contusión grave y buenas heridas. Hubo que transportarlo a la retaguardia y no pensar más que en cuidarlo. Su carrera militar terminaba así de manera lamentable y su partida dejaba a las fuerzas alemanas de Normandía en manos de jefes menos expertos, menos audaces y menos afortunados que él. Los oficiales y los soldados no lo ignoraban.

También lo sabían en París.

A finales de mayo los bombardeos anglo-americanos sobre las grandes ciudades preludiaban el ataque inminente y derramaban la sangre de hombres, mujeres y niños. Una tras otra, la incursión por San Esteban exterminó a 1.000

civiles; otra sobre Lión, a 400, y una tercera en Marsella, a 1.500. Y en todos los rincones del país partidas comunistas y francotiradores exterminaban a los notables más fieles al Mariscal, a los ex funcionarios... y a sus enemigos personales. En Lenguadoc, en el Macizo Central y en Bretaña, así como en Saboya, corría la sangre todas las noches. Cada día, conductores y mecánicos de tren perecían ametrallados por los aviadores ingleses, que volaban a ras del suelo; los automóviles circulaban por las carreteras del oeste arriesgándose a otro tanto. No había un rincón del país donde la muerte no te acechase.

El 5 de junio por la tarde resonaron por la radio las frases que desencadenaban la acción de todas las partidas, de todos los grupos de resistentes y de todas las redes. El levantamiento de Bretaña fue el más rápido, el más macizo y el más eficaz; se estima el número de los combatientes en 5.000 a finales de junio, y en 200 a finales de julio. Bien enganchados en las F. F. I., se esforzaban por interrumpir toda circulación de trenes, retrasar todos los movimientos de las divisiones enemigas y detener a los soldados aislados.

Churchill acaba finalmente de invitar a De Gaulle a unirse a él en Inglaterra, donde lo acogía con cordialidad (4 de junio), pero rápidamente la conservación tomó un giro agrio y después violento. El General se indignaba por no ser nombrado en la declaración de Eisenhower a los franceses y no admitía que las tropas aliadas utilizasen una moneda de ocupación. Así, furioso, regresó para Londres sin cenar con el Primer Ministro. No consintió en hablar por la radio, sino el 6 por la noche: «La batalla suprema está comprometida... Bien entendido, es la batalla de Francia y la batalla por Francia. Para los hijos de Francia, donde estén, quienes sean, el deber, simple y sagrado, es combatir al enemigo por todos los medios de que disponemos... Tras la nube tan cargada por nuestra sangre y nuestras lágrimas, he aquí que reaparece el sol de nuestra grandeza.»

«Grandeza..., sangre», estas palabras iban a repetirse a menudo en los discursos del General. Al mismo tiempo, en tono muy diferente, el Mariscal Pétain se dirigía al país: «Sigan firmemente en sus puestos para mantener la vida de la nación... No agraven nuestras desgracias con actos que puedan atraer sobre ustedes trágicas represalias», decía el anciano, fiel al deber que se había impuesto desde 1940, fiel a las tradiciones más antiguas de un país que no había dejado de pretenderse civilizado desde hacía más de veinte siglos y cristiano desde hacía quince. Predicaba a sordos.

El 26 de junio por la noche el Ministro de Información, Philippe Henriot, que acababa de pasar una noche en París, fue asesinado en la cama por un grupo de resistentes vestidos de agentes de policía. Ese hombre sincero, de poderosa elocuencia, de gran elevación de carácter, gozaba entonces de inmensa popularidad. Arrastraba a los espíritus y dominaba a las masas. Este asesinato dio una impresión profunda y acabó por indignar a los grupos colaboradores. Después de los funerales, en que grandes multitudes fueron a desfilar y a llorar ante el féretro de Henriot, se desencadenaron las represalias. Ya el 20 de junio, Jean Zay acababa de perecer asesinado; otro atentado no menos vil costó la vida a Mandel. Los alemanes reclamaban más sangre. Colgaron a 99 franceses en Tula (8 de junio), fusilaron y quemaron a toda la población de Oradur del Glan (8-9 de junio), que no había hecho nada...

No obstante, el P. P. F. y los demás pequeños grupos anti-bolcheviques se movilizaban, así como la Milicia y las Guardias Francas. Al mismo tiempo, Déat mon-

taba una intriga para sustituir a Laval, muy blando según él y según las S. S. El 9 de julio el Almirante Platon vino a denunciar al Mariscal a su Jefe de Gobierno por su inercia y le mostró la protesta firmada por cuatro ministros (Brinon, Bonnard, Bichelonne y Déat), que reclamaban un cambio radical: seguían otros nombres de personas que creían todavía posible y deseable una victoria alemana. Pero cuando Laval, el 12 de julio, reunió el Consejo de Ministros, ninguno de los revoltosos se atrevió a afrontarlo. Los puso a su lado y no castigó más que a Platon, puesto en penitencia en su propiedad de Borgoña, donde algunas semanas después los comunistas lo torturaron antes de matarlo.

Los generales alemanes tampoco ignoraban que nada podía impedir ya que su país sucumbiese. Juzgaron urgente poner fin a las locuras de Hitler. La conjura militar que se preparaba hacía tiempo decidió dar el golpe decisivo. El jefe de la conspiración, Goerdeler, y el ejecutor, Klaus von Stauffenberg, deseaban terminar, a la vez, con Hitler, Himmler y Goering, para dominar el Ejército y la Policía acto seguido, sin disputa. Hitler salió con heridas bastante superficiales. Sus enemigos le creyeron muerto y difundieron la noticia, pero rápidamente los nazis la desmintieron. El desorden duró algunas horas. Tuvo como resultado el llevar a la mayoría de los conjurados a desenmascararse.

El 21 el Canciller tomaba la palabra para denunciar a los conspiradores. Después, despiadadamente, hizo que los persiguiesen, los juzgase el «tribunal del pueblo», para, finalmente, torturarlos y colgarlos.

En París el Gobernador, Stülpnagel, creyendo en el éxito, se había apresurado a prender a Oberg y a los demás jefes nazis y a partir después para Roche-Guyon, cuartel general de Von Kluge, sucesor de Rundstedt. Este le previno que Hitler vivía todavía. No le quedó más que liberar a las S. S. y suicidarse.

Se cree que Hitler hizo matar a unas 10.000 personas. A partir de ese día su desconfianza por los generales y por los nobles llegó a ser mórbida. Y ya no dio su confianza sino a los jefes y oficiales del Partido. Alemania se hundía más.

Por todas partes en el Este sus tropas, empujadas por la inmensa masa de las 262 divisiones rusas y de sus 9.000 tanques, cedían y sangraban. La ofensiva del 22 de junio entregó a los soviéticos Vitebsk, Minsk y toda la Rusia Blanca, mientras los alemanes dejaban 200.000 muertos y 85.000 prisioneros en el terreno. La superioridad de los asaltantes les permitió extender sus ganancias hacia el suroeste y avanzar hasta los Cárpatos. Cada vez más solitario, nervioso y exaltado, Hitler pretendía dirigir solo todos sus ejércitos según los informes que le procuraban. No permitía que nadie tomase una iniciativa ni hiciese otro movimiento que las maniobras ordenadas por él. Como no quería ceder nunca la menor pulgada, sus divisiones, prisioneras de su delirio, sucumbían sobre el terreno o debían rendirse, y el enemigo aprovechaba para lanzar sus tanques cada vez más lejos. Polonia, Prusia Oriental, Rumania y Hungría se encontraban ya al alcance de los tanques de Stalin.

En la misma época (fines de julio-principios de agosto) Eisenhower, después de dos meses de una batalla de desgaste mortal alrededor de Avranches, lograba romper la resistencia enemiga y lanzar sus tanques a pleno campo a través de Bretaña, Angevia y Maine. Con la toma de Angers, la de Mans y la marcha adelante, que continuaba, bastaba mirar el mapa para comprender que la ocupación alemana de Francia llegaba a su término.

Hacía ya algún tiempo que Pierre Laval aguardaba ese instante; hombre de

izquierda, pero hombre de paz, quería impedir a toda costa que la guerra civil sucediese a la ocupación alemana. Concibió el plan de reunir la Asamblea Nacional y se abrió a Abetz. El embajador tenía el corazón nazi, pero el alma parlamentaria; no pudo rehusar su concurso a Laval, e incluso supo arrastrar la adhesión de Helmut Knochen, subjefe de las S. S. en París.

Así apoyado, Laval partió para Nancy, a fin de llevarse al Presidente Herriot, cuyo concurso le parecía indispensable. Precedido por dos coches de policía de las S. S., fue a la clínica en la que se custodiaba a Herriot y a su mujer. El encuentro transcurrió bien. El Alcalde de Lión, muy contento por verse liberado, se prestó a las ideas de Laval, y los dos hombres regresaron inmediatamente a París. Se instalaron primero en la prefectura del Sena, con su escolta policíaca, y Laval se esforzó por reapiñar a su gente. Era necesario que el Mariscal fuese a París; era necesario que Jeanneney, Presidente de la Cámara, se asociase a la operación. El tiempo apremiaba y Laval veía con alegría que gran número de gente se unía a él: tanta inquietud reinaba en París.

Déat, a quien no asociaba a esa empresa, no podía perdonárselo ni dominar su odio.

Rindió visita a Knochen y le mostró su indignación; le dio a entender que podría manifestarla en público y le hizo temer un terrible castigo de sus jefes. Grinon y Darnand se unieron a él. Knochen creyó, pues, prudente telefonear a Berlín, lo que no habían hecho él ni Abetz hasta entonces. La orden llegó al instante: «Detenga a Laval y a Herriot y termine con todo eso. Se hará un Gobierno francés en Nancy» (del 10 al 16 de agosto).

El Mariscal seguía todavía en Vichy bajo la protección de su guardia, a la que vigilaban estrechamente los alemanes, espiados también ellos y rodeados por grupos de resistencia cada vez más numerosos.

Esta doble vigilancia hacía muy difícil cualquier desplazamiento del anciano. Soñaba con partir en avión y unirse a Eisenhower. Sus servidores más fieles y los oficiales de Marina que lo rodeaban todavía lo impulsaban a ir a París, donde podía instalarse en el Elíseo, reunir a grupos de oficiales de reserva de la Marina, todavía armados, a hombres de La Rocque encargados de la defensa pasiva y a un batallón de fusileros marinos. Así esperaría la llegada de los estadounidenses, aunque se produjesen alborotos.

Los representantes de La Rocque me habían hablado de este proyecto, y el Almirante Auphan vino en motocicleta de Vichy para prepararlo. Al mismo tiempo, otra negociación, de la que me había encargado el Mariscal hacía mucho tiempo, pero que se demoraba, llegaba a su desenlace. Antes que una reunión de la Asamblea Nacional, difícil en el tumulto del momento, Pétain habría preferido un encuentro leal con De Gaulle. Supuesto que éste reconociese la legitimidad de su Gobierno, estaba dispuesto a estrecharle la mano y entregarle la carga del país.

El 15 de agosto, al final de la mañana, cuando la Biblioteca, vacía, tranquila y recogida, ofrecía la imagen de la paz, el Almirante Auphan, polvoriento todavía por su largo viaje en motocicleta, entró en mi despacho y, algunos minutos después, el *General Bigot* (de nombre verdadero, Keppelin), que representaba, nos dijo, a De Gaulle. El pasado de estos dos hombres y la extremada sordera del Almirante hicieron torpes y lentas las primeras palabras, pero los dos se unieron pronto en su amor a Francia y su deseo de ahorrar sangre francesa. Se estrecharon la mano y buscaron los medios de un entendimiento. Bigot prometió transmitir lo

más rápido las ofertas del Mariscal a De Gaulle, mientras que el Almirante regresaría a Vichy y decidiría a Pétain a ir a París. «Creo en un acuerdo —nos dijo Bigot—, si puedo hacer que este telegrama pase por encima de los ingleses y si Ménétrel no oye hablar de eso, porque es un agente muy peligroso.» A estas palabras, nos estrechamos la mano y nos separamos.

Yo no iba a oír hablar más de esta negociación, que hicieron vana los acontecimientos y la negativa del General De Gaulle.

Ni siquiera tuve ya tiempo de pensar en ello.

Estaba acosado entonces por los deberes y el trabajo. Algunos días antes una escuadrilla inglesa, enviada para bombardear el campo de aviación cercano a Chartres, acababa de destrozar su alcaldía, donde estaban expuestos los mejores manuscritos del siglo XII de la Biblioteca Municipal. Los ingleses, sin embargo, se habían esforzado por evitar toda desgracia, encargando a un aviador francés que diese la señal del lanzamiento de bombas, pero ese hombre había estornudado, y, al estornudar, arrojó su bomba, gesto que los demás habían imitado fielmente.

Organicé, pues, una caravana de socorro para salvar, si podía, esas maravillas. Tuve que crear cerca de la Biblioteca Nacional un taller para limpiar, tratar y salvar todo lo que se pudiese de esos manuscritos castigados. Después de escapar a la Guerra de los Cien Años, a las guerras de religión, a las guerras de los siglos XVII, XVIII y XIX y a cuatro revoluciones, un azar estúpido los entregaba a las devastaciones del siglo XX. Todos estos pellejos de los siglos XII y XIII apestaban a cordero muerto y agriaban la tarea de los bibliotecarios, que, con las manos en agua corriente, debían intentar reponer con delicadeza iluminaciones y caracteres en la superficie medio podrida; encerraba tanto peligro como fastidio. La menor herida les habría ocasionado gangrena. Sin embargo, trabajaban con tanta destreza, con paciencia para arrancar a las locas crueldades contemporáneas esas nobles víctimas medievales. Yo les ayudaba como mejor podía, consciente de que una guerra como ésta destruía, a la vez, el pasado, el presente y el futuro de nuestro país. Ni los aliados, en trance de victoria, ni Hitler, en delirio y resuelto a arrastrar todo lo que lo rodeaba a su ruina, se preocupaban de eso.

El 17 de agosto ordenó que se obligase a Laval y a Pétain a ir a Belfort, donde se establecería un «Gobierno francés». Laval respondió renunciando a todo poder; se convertía en prisionero. El Mariscal protestó que no debía ni podía dejar el territorio francés. Tomó como testigos al nuncio, monseñor Valerio Valeri, y al Ministro suizo Stucki; después difundió una protesta. Renthe-Finck se esforzó por engañarlo pretendiendo que la Asamblea Nacional se reuniría en Nancy; esta mentira quedó sin efecto. Los alemanes, el 20 por la mañana, con las metralletas en la mano y con un gran despliegue de fuerzas, tuvieron que ir a derribar su puerta a piquetazos para que cediese. Así terminaban cuatro años de trabajo y de esfuerzos para proteger a Francia contra sus enemigos, sus aliados y sus odios civiles.

El General De Gaulle, al aliarse con los comunistas, pretendía, desde luego, dominarlos, pero en junio del 44 tenía que ocuparse de otros problemas más urgentes todavía. Quería imponer su autoridad en Francia, pero Roosevelt seguía negándose a reconocerlo, y el ejército aliado operaba bajo mando de un norteamericano, Eisenhower. Pero este norteamericano no deseaba más que entenderse con De Gaulle, y el general que mandaba en Normandía era Montgomery, inglés, que, fiel a la política de Churchill, dejaba gustoso que se instalasen representan-

tes de Argel en el puesto de los funcionarios de Vichy. Todo ocurrió tanto más fácilmente cuanto que los normandos, encantados por ver a un francés entre los vencedores, aclamaron calurosamente al General cuando fue a hacer una jira por su región, el 14 de junio. Churchill, satisfecho por este éxito, obtuvo que De Gaulle fuese en seguida a Estados Unidos (6 al 9 de julio). Bien recibido por todos, tuvo incluso largas conversaciones con el Presidente, pero esas efusiones no los acercaron, pues Roosevelt, una vez más, volvió a sus visiones del porvenir: un mundo amigo en que los Cuatro Grandes darían el tono y harían de policía; en que, bajo su tutela, todos los pueblos vivirían felices, prósperos y pacíficos. En esa perspectiva, el papel de Francia sería el de recuperarse y mantenerse tranquila. Eso no convenía a su interlocutor. Sin embargo, los dos fueron corteses. El General pudo desarrollar después en Ottawa su propio programa de grandeza y de gloria, mientras el Presidente aceptaba, por fin, reconocer su autoridad como la de un gobierno *de facto*.

Entre tanto, las tropas aliadas avanzaban. Las fuerzas alemanas comenzaban a evacuar París, de donde partían aprisa el Gobierno francés y los servicios, siendo el más apresurado Déat. Fue entonces cuando los cuadros comunistas de la Resistencia dieron su golpe de fuerza. La operación comenzó por el levantamiento de la policía parisiense, a la que el «resistente», agente alemán y estafador Joanovici (de oficio revendedor) acababa de proporcionar armas. Todo París se cubrió de banderas tricolores, las calles se llenaron de grupitos de hombres armados que atacaban a los alemanes, emprendiéndola preferentemente contra los automóviles o camiones aislados. Acá y allá linchaban a un oficial o a un soldado nazi. El Gobernador, que acababa de suceder a Stülpnagel, se llamaba Von Choltitz, hombre tranquilo y consciente de su debilidad. Antes de su detención Laval obtuvo de él que se mejorase el abastecimiento de París, que no se destruyesen ni las centrales telefónicas ni las centrales eléctricas, y que se liberase, finalmente, a los prisioneros políticos. Gracias a las gestiones y a la insistencia del cónsul de Suecia, Nordling, Choltitz incluso tomó la responsabilidad de declarar a París ciudad abierta. Tampoco intentó librar una lucha violenta contra los resistentes. Estos se aprovecharon para instalar su poder; ocuparon los ministerios, pusieron secretarios generales, nombraron a Luizet prefecto de policía, y comenzaron a detener a todos los parisienses que de cerca o de lejos les parecían hostiles a su empresa.

Yo me encontraba en la Biblioteca Nacional hacia las cinco de la tarde aquella tarde cálida de agosto. Había reunido a mi alrededor a los jefes de servicio para buscar los medios de garantizar la seguridad del personal, de los depósitos y de las riquezas inmensas que contenía la casa. En este momento sonó el teléfono, y la buena mujer que me servía me previno sin aliento que dos hombres acababan de presentarse para detenerme; no tardarían en ir a la Biblioteca. Yo tenía justo el tiempo para huir, decía. Mientras escuchaba sentía fijas en mí todas las miradas de mis colaboradores: adivinaban lo que estaba oyendo. Decidí aceptar mi destino, cualquiera que fuese, continuando mi trabajo hasta el final. Los pocos minutos de conversación que siguieron me parecieron interminables.

Al fin, dos hombres muy jóvenes, vestidos con calzoncillos blancos que les llegaban a media pierna y un chaleco de lana blancuzca por todo vestido, pero armados con dos o tres revólveres, entraron en mi despacho y me declararon que me detenían para «protegerme». A mi alrededor noté la alegría de unos, la satisfacción de otros y la preocupación de algunos. Con una sonrisa, transmití mis po-

deres al más experto, inteligente e informado, sin figurarme que le hacía un presente agradable.

A través de las calles llenas de tumulto y de fusilerías, estos ángeles de la guarda me condujeron a la prefectura de policía. Me encerraron en el despacho de uno de sus camaradas. Este vino poco después; me subrayó su simpatía por mi suerte, afirmó que compartía mis opiniones, pero añadió: «No puedo hacer que se escape. Eso le costaría la vida, quizá, y a mí, con toda certeza.» Me quedé, pues, y esperé. Por la ventana veía en el patio una agitación extraordinaria; una masa turbulenta de jóvenes tan poco vestidos, pero tan bien provistos de revólveres, como mis dos guardas entraban, salían, saltaban de derecha a izquierda, hablaban, discurrían, rodeaban a un orador, volvían a salir para atacar a un vehículo alemán, traían enemigos prisioneros, heridos, agonizantes en camillas, y después, discutían, hablaban y hablaban...

Por la tarde me condujeron a un pasadizo lleno de material diverso: sillas, mesas, vasijas, etc. Me encontré con una decena de personas detenidas durante la jornada, un comisario de policía, una mujer de una oficina, antiguos agentes de policía, etc. El comisario de policía se me acercó y me dijo: «Mantengámonos muy tranquilos. Esta noche van a saquear el sótano del prefecto de policía; después quizá puedan matarnos, pero uno de mis camaradas resistentes va a ponerse a la puerta y a jugar a las cartas toda la noche.»

Así se hizo. El funcionario benévolo jugó a las cartas toda la noche. Los «demás» bebieron, gritaron y rompieron no sé qué; pero no sé si mataron. Por la mañana yo estaba vivo y aun había dormido. Una de mis amigas logró franquear todas las barreras y, como era el día de San Bernardo, me trajo una botella de Oporto con un ramo de flores.

El hecho fue observado. Así, por la tarde me condujeron al «depósito», viejo monumento todavía fétido por los hedores y la sangre de la Gran Revolución. Después de haberme insultado, me condujeron a una célula para dos en la que encontré a diez personas: un joven y amable banquero que yo conocía, un miliciano de diecisiete años ya golpeado (y a quien volvían a golpear cada dos horas), un F. T. P. bastante cortés, un banquero sin escrúpulos, un árabe de quince años, vendedor de tarjetas obscenas y de otras cosas que quisieran, etc. Como no se podía ni comer, ni beber, ni dormir, ni hacer nada, los entretuve contándoles mi vida en Estados Unidos.

A veces se oían gritos: en algunos rincones molían a palos a prisioneros; en otro rincón obligaban a un antiguo oficial de policía a ponerse a cuatro patas, a ladrar como un perro, a pedir su cebo como un perro y a lamerlo como un perro; si ladraba mal, lo torturaban.

No sé cuánto tiempo estuve en ese lugar infecto; la vida no tenía allí perfiles ni formas. La segunda o tercera noche me hicieron salir, me insultaron y me llevaron al picadero «Huyghens», donde en una sala encontré a gran número de cautivos, apretados, silenciosos y espantados. No se movían ni hablaban: se contentaban con vivir y esperar sobrevivir. Algunos murmuraban que, de cuando en cuando, tomaban a alguno de nosotros para fusilarlo, para calmar a la multitud... Yo no fui de aquéllos.

Por la mañana nos condujeron al *Vel d'Hiv*. Me encontré en el mismo vehículo que Jérôme Carcopino, el ex-Ministro de Instrucción Pública. Al momento de bajar, le cedí el paso, como era debido. Pero el pobre J. Carcopino sufrió

entonces las brutalidades del portero, que se aplicaba a dar a cada «colaborador» internado un puntapié en el trasero y un puñetazo en el cráneo. Yo vi que mi Ministro recibía una fuerte ración; tanta y tan buena, que me olvidó.

El interior del Velódromo de Invierno ofrecía un espectáculo extraordinario. Centenares de hombres y de mujeres se amontonaban en un desorden sórdido; periódicos extendidos por tierra les servían de alfombra. En medio se encontraba un grupo más imponente, compuesto por la masa que formaban Sacha Guitry, en bata de arlequín; Pierre Taittinger y otros altos y grandes personajes. A su alrededor se agrupaban artistas y hombres de mundo, víctimas de la misma violencia; Lifar y otros danzarines, y toda una serie de jovencitos algo artísticos. A los lados, miserables personajes gesticulaban y gritaban; una mujer desnuda, pintada por delante, por detrás y tonsurada por todas partes; un hombre igualmente desnudo e igualmente pintado, pues al patriotismo de algunos resistentes no repugnaban los placeres de que habría gustado el Marqués de Sade; en los bancos de las gradas, a la sombra, gran número de personas más modestas y muy sorprendidas por verse allí.

Taittinger me dijo que los comunistas acababan de detener en París a 10.000 personas, pero que se esperaba la pronta llegada del Ejército, que nos liberaría. A mí mismo me cogieron en la enfermería y me iban a evacuar por un boletín de evacuación firmado por el doctor Pasteur Vallery Radot, cuando el jefe del F. T. P. rompió el boletín y me devolvió a las gradas.

Allí nos quedamos algunos días, poco alimentados y con poca gana de serlo. Después, al terminar una mañana, hacia mediodía, nos cargaron en coches de policía con aberturas y nos dejaron plantados. Las mujeres de los alrededores, movidas por un vivo patriotismo comunista, llegaron con cuchillos de cocina y comenzaron a acribillar a aquellos de nosotros que podían alcanzar. Tal placer duró unas dos o tres horas.

Después el cortejo arrancó. Nos llevaron a Drancy, vaciado de los desgraciados judíos que los alemanes reunían allí para deportarlos. El local, de una suciedad repugnante, acosado por las chinches más vivaces que haya conocido, nos habría hecho añorar el velódromo si, al cabo de algunos días, no hubiesen comenzado a reinar el orden, un abastecimiento casi decente y cierta humanidad.

Me encontré uno tras otro, en un dormitorio, con funcionarios del Ministerio de Hacienda y con Alfred Fabre-Luce, y después, en una celda, con Sacha Guitry, que cada noche, de modo solemne, me hacía admirar y besar las fotos de sus mujeres. «¡Ay!, ¡el encanto de esos seres! —exclamaba—. ¡Cómo les he dado lo mejor de mí mismo!; pero, ¡ay!, ellas no deseaban sino lo más bajo.» Y Sacha, doliente, lanzaba un gran suspiro antes de dormirse y de roncar. Un buen día metió 500 billetes de 1.000 francos en su bata de arlequín, los llevó no sé a dónde y fue liberado poco después.

Me encontré en seguida con el Almirante Marquis, el cual, por la noche, con frecuencia, hablaba a la Virgen María; después, con un gobernador de colonias que cantaba canciones de guardia de su juventud.

Todo el día dábamos la vuelta alrededor de la hierba ausente, discutiendo del negro presente y del amenazador futuro. Bernard Grasset me decía: «Que usted esté aquí, Fay, me parece aun admisible, pero ¡yo, yo, yo...!» De cuando en cuando, uno de nosotros partía para Fresnos. Al principio eso significaba la muerte, pero después algunos se libraron.

Alrededor de dos millones de franceses fueron detenidos, y se exterminaron entonces de 100.000 a 120.000, sobre todo en Saboya, Bretaña, Losera, el Macizo Central, Lemosín y Lenguadoc. El mismo París encerraba cierto número de mataderos para humanos o prisiones, como el famoso «Instituto Dental» del doctor Petiot, que, privado de sus judíos, se dedicaba a los gentiles. Heroicas mujeres venían a visitarnos y socorrernos e intentaban descubrir esos siniestros talleres de tortura.

El viento del Este soplaba en Francia, y muy raros eran los vencedores que se negasen a los voluptuosos placeres de la crueldad.

La vida de un cautivo, si posee alguna sabiduría y alguna firmeza, pasa en la oración, en la lectura de los periódicos que caen en su mano e intentando comprender.

Primero, aun sin que nos gustase De Gaulle, tuvimos que admirar su destreza. En pocos días, gracias a algunas jiras audaces por provincias, supo arrancar el poder a los comunistas y relegar la Resistencia a segundo plano; después proclamó su disolución. En las horas de desorden, en que el pueblo vacila, tiembla y tantea, la presencia de un hombre de uniforme lo tranquiliza, sobre todo si es alto, altanero y seguro de sí.

Hecho lo cual, el General ordenó el desarme de los civiles. Se enrolaron en el Ejército los que se encontraban utilizables y dispuestos a servir. Gracias a la división Leclerc y a las tropas estadounidenses e inglesas, nadie se arriesgó a enfrentarse. Pero, no obstante, no pudo impedir las matanzas, los ajustes de cuentas y los atentados, que continuaron mucho tiempo. Para dar una apariencia conveniente a las venganzas, hizo que apareciese una ordenanza que creaba «tribunales de justicia» destinados a «juzgar» a los culpables de colaboración u otros actos de traición. Se denominó «traición» a toda acción conforme a las órdenes del Gobierno de Vichy, a menos que se tratase de pura rutina. El armisticio se consideraba inexistente, y los «inculpados» debían ser juzgados por jurados de resistentes (de ordinario, comunistas, pues los demás se negaban a este menester, que estimaban odioso). Resultó que, durante el otoño y el invierno del 44-45, la mayoría de los inculpados juzgados fueron condenados, lo más frecuentemente, a muerte.

Durante el otoño De Gaulle fue a Moscú. Encontró una acogida amistosa, pero no gustó, porque se negó a ratificar el reglamento polaco, que importaba a Stalin. En malos términos con Roosevelt y con el georgiano, no podía contar sino con Churchill. Gracias a éste, los tres grandes aliados reconocieron al fin, de modo formal, su Gobierno el 23 de octubre de 1944. Para agradecerlo no encontró sino estas palabras: «El Gobierno francés está satisfecho por que se dignen llamarlo por su nombre.»

El premier inglés atravesaba un verano difícil. Después de meses de combate, paso a paso, el ejército del Mariscal Alexander acababa de zarandear a los alemanes al norte de Roma. Si le daban algunas divisiones de refuerzo podría impedir que el enemigo estabilizase su frente, desbordarlos por el Véneto e invadir la llanura de Europa por el suroeste. Se ponía así en el dispositivo alemán un desorden tan grave que se hacía posible terminar la guerra a los seis meses, llegar a Viena y a Budapest antes que los soviéticos e imponerse a Tito.

Churchill, Alexander y el Estado Mayor inglés hicieron valer con insistencia cerca de sus aliados estadounidenses estas posibilidades estratégicas y esta opor-

tunidad tan favorable. Los recibieron muy mal. Marshall, Eisenhower y Roosevelt no querían oír hablar más que de la campaña de Provenza, tal como había sido mencionada en Teherán, aprobada por Stalin y prevista. Hubo, pues, que transportar cinco divisiones de Toscana para colocarlas en el frente sur francés, donde se realizó el desembarco el 25 de agosto. Esta victoria no reclamó demasiado grandes esfuerzos, y permitió liberar el valle del Ródano. Pero no fue de valor estratégico.

Otra dificultad nacía en esta época. Una vez ocupada París, Eisenhower quería abordar a Alemania en un frente muy amplio, para dar oportunidad a cada uno de sus generales: Montgomery en el norte y Patton en el sur. Montgomery quiso hacer valer el hecho de que, atacando intensamente en el frente norte (el Rur) con todos los recursos disponibles, se podía privar a Hitler antes del invierno de sus principales reservas y fábricas industriales y obligarlo así a terminar la guerra más pronto. Pero el General en jefe, buen diplomático, no quería indisponer a sus camaradas estadounidenses en beneficio del inglés, ya muy envidiado, y se negó.

Para suavizar estos roces y poner a punto los planes finales de la guerra, así como los de la postguerra, Churchill creyó deber ir a Quebec para reunirse con Roosevelt (septiembre de 1944). Fue en esta reunión cuando Morgenthau, el Secretario de Hacienda estadounidense, y lord Cherwell, el consejero científico del Primer Ministro, presentaron a los Dos Grandes su plan para reducir a Alemania al rango de una nación puramente agrícola y privada de toda industria. Uno y otro lo refrendaron alegremente.

Cuando Cordell Hull y Stimson lo supieron saltaron de indignación e hicieron sentir su horror al Presidente. Este se mostró tan pronto a repudiar la idea como lo había sido para aceptarla. El premier inglés, más ligero todavía, no se dio cuenta del alcance de la decisión. Sus ministros tuvieron que explicársela con detalle. Muy pronto iba a dar otras pruebas no menos graves de tal disposición.

Entre tanto, las fuerzas soviéticas daban dos formidables lanzadas: una hacia Prusia Oriental, a cuyas cercanías llegaron, atropellando a un ejército alemán, y la otra hacia Rumania, que invadieron y obligaron a capitular (25 de agosto de 1944). Inmediatamente instalaron un Gobierno comunista, exterminaron a generales y dignatarios del antiguo régimen, así como a una gran masa de gentes de todas clases, y sus soldados gozaron, por fin, del placer del saqueo. En Bucarest su principal diversión, después de las matanzas y las violaciones, consistía en arrojar granadas a las cañerías de los retretes.

Churchill, inquieto por esta toma rusa de Europa central, previno a Roosevelt que quería ver a Stalin sin tardanza y mientras la situación fuese todavía fluida. No deberían esperar a que las tropas soviéticas hubiesen cubierto Polonia o Hungría, Austria, etc. El Presidente, retenido por su campaña electoral, no podía ausentarse y no veía con buenos ojos la iniciativa que tomaba así su aliado. No obstante, hubo de reconocer el valor de sus argumentos, no sin prometerse hacérselo pagar. Sus relaciones perdían cada día su antigua cordialidad.

El 9 de octubre el premier inglés llegaba a Moscú con Eden. Encontró al georgiano envejecido y con la tez terrosa; acababa de convocar a Mikolajczyk, a quien imponía sus condiciones: Polonia debía aceptar la línea Curzon como frontera oriental; recibiría la Prusia Oriental (sin Koenigsberg) y la Alemania del

Este hasta el Oder-Neisse; además, era necesario que escogiese un Gobierno que fuese amistoso hacia su gran vecino; a este precio todo iría bien. Pero Mikolajczyk encontraba el precio exorbitante. Lo dijo delante de Stalin y Churchill, cuyo apoyo esperaba, pero que se apresuró a contradecirlo. Después el Primer Ministro, en conversación íntima con él, le reprochó que quisiese arrastrar a los aliados a una guerra contra los rusos: «Ustedes terminarán por disgustarlos y fatigarlos... Haremos saber al mundo entero hasta qué punto han sido ustedes irrazonables...» Churchill, loco de rabia, aullaba. El día siguiente tuvo el sentimiento penoso de haberse conducido como un cernícalo.

«Le enseñé los puños y sentí que el furor se apoderaba de mí», decía a su médico. Lloraba de vergüenza. El podía desconocer las palabras de Mikolajczyk: «La resistencia clandestina de Varsovia ha sido incitada deliberadamente al levantamiento por la llamada a las armas que difundió Radio Moscú en julio, y ha sido abandonada para que la aniquilasen los alemanes, mientras el ejército rojo contemplaba tranquilamente los sucesos.» Más de 100.000 jóvenes fueron así exterminados; su jefe, Bor Komorowski, tuvo que capitular. ¿Se lo podían perdonar los polacos?

Pero los rusos ofrecían veladas de *ballet* a su huésped; le servían caviar y lechón en todas las comidas. Stalin lo trataba cordialmente, a condición de que opinase lo mismo que él. Incluso le dijo: «Nosotros los rusos no somos tan malvados como usted piensa; somos sencillos y hasta bastante tontos.» Churchill, encantado por gastar una broma a su querido Franklin, padecía también el ascendiente de que Roosevelt había quedado cautivo y se figuraba que «Stalin mantendría su palabra». Para terminar esta conquista, el georgiano le contó su juventud, sus trucos de pesca y sus preocupaciones. Fue entonces cuando el inglés firmó el famoso documento que regulaba la suerte de la Europa balcánica:

«Bulgaria: soviéticos, 75 por 100; Inglaterra, 25 por 100.

Rumania y Hungría: Inglaterra, 75 por 100; soviéticos, 25 por 100.

Yugoslavia: soviéticos, 50 por 100; Inglaterra, 50 por 100.

Grecia: soviéticos, 0 por 100; Inglaterra, 100 por 100.»

Este procedimiento simplista para disponer de los pueblos ¿correspondía al ideal de las cuatro libertades, al programa de la Carta del Atlántico, o no se apartaba de ello sino un poco? Su círculo lo creía; Churchill, encantado, no pensaba en ello; pero Roosevelt se indignó. Sin embargo, iba a hacer algo peor.

Era demasiado pronto para repartirse Alemania. La guerra seguía siendo dura. Hitler no quería dejar que los aliados triunfasen sin hacérselo pagar. Juzgaba a los anglosajones más débiles que los rusos, y su rabia se dirigía, sobre todo, contra ellos, que antes quería haber hecho sus amigos.

Reunió, pues, sus mejores tanques, sus aviones de nuevo tipo que salían de las fábricas, reunió a sus mejores tropas y confió la operación al más sensato y respetado de sus mariscales, Rundstedt. Partiendo de las Ardenas, se trataba de dirigirse hacia Lieja y Amberes, empujar a los angloamericanos, rechazarlos hacia el mar y obligarles a un nuevo Dunkerque.

Dedicaba a ello 28 divisiones agrupadas en la región de Eifel y otras seis más frente a Alsacia. La producción de guerra alemana, gracias a Speer, se elevaba en julio tanto o más que nunca: 250.000 fusiles, 25.000 ametralladoras, 1.000 cañones antitanques y más de 300.000 toneladas de municiones. Los únicos puntos débiles eran la gasolina y el mazut, con la dificultad de transportarlos de

día, porque la aviación aliada hacía buena guardia. Pero Hitler contaba con que le ayudarían las nieblas del otoño y las ráfagas de diciembre.

Sus generales, más sensatos, deseaban objetivos más limitados.

El se negó.

Los lanzó el 16 de diciembre, en tiempo de tormenta, y, en primer lugar, los norteamericanos, sorprendidos y extrañados por ver aún tanta vitalidad a enemigos tan maltratados, sufrieron grandes pérdidas, retrocedieron y dejaron que los tanques nazis ganasen de 30 a 50 kilómetros. Para sacar más provecho el Guía arrojó sobre las retaguardias aliadas a grupos de soldados germano-americanos que hablaban inglés vestidos de norteamericanos y que extendieron el desorden; cortaban las líneas telefónicas, interceptaban los enlaces, destruían las estaciones de radio, mataban a los policías que dirigían la circulación y tomaban sus puestos. Uno de ellos logró expedir a un regimiento norteamericano hacia retaguardia en vez de al frente.

Pero Eisenhower supo dominar la situación. Allí mostró sus cualidades de jefe. En muchos puntos elementos norteamericanos resistían y lograban retardar el avance enemigo. La iniciativa de oficiales aislados y el valor de grupos de soldados permitieron, inmediatamente después del 19 de diciembre, organizar el contrataque, más eficaz por la detención de los tanques alemanes, que carecían de mazut. No pudiendo ni atravesar el Mosa, ni tomar Bastoña, ni aun apoderarse de los depósitos norteamericanos para abastecer sus tanques. El 25 de diciembre la ofensiva de Rundstedt se detenía, congelada en el fango sangriento de una Navidad sin aleluya.

Todo había terminado para Hitler, salvo sus sueños.

Todo se hacía posible para los vencedores. Les quedaba saber lo que querían; y no lo consiguieron sin acritud. Churchill deseaba una Europa vividera, tranquila y tradicional. Roosevelt, empujado por su opinión pública y su círculo, quería un universo «progresista». Le irritaba ver que Winston protegía en Italia a la monarquía y los monárquicos. Se indignaba al verlo utilizar en Grecia las armas suministradas por Estados Unidos para fusilar a los comunistas, agentes de su amigo, el Tío Joe. Los dos anglosajones intercambiaron a su propósito cartas más ásperas que cordiales.

El Presidente confesaba a los suyos que el Primer Ministro lo cansaba ya. Sin embargo, aceptó reunirse con él brevemente en Malta antes de ir juntos a Yalta, donde Stalin los recibía. Esta iba a ser su última gran alegría. La disfrutaría con sus fuerzas declinantes y sus esperanzas desencadenadas. Tocaba al fin, pero su cuerpo desfallecía; en su fatiga, no podía encontrar el tiempo ni las fuerzas para estudiar los expedientes que sus servicios le habían preparado para que abordase la gran conferencia más informado.

Las carreteras hundidas de Crimea, los palacios fastuosos, pero aplastados por la ocupación alemana, desmantelados por los cañoneos y apresuradamente arreglados, correspondían bien al universo cuya suerte iban a fijar los tres hombres. Procedieron en redondo, sin demasiada discusión ni desacuerdo. Sólo Churchill se abandonó a veces a su genio discursivo y discutidor. Roosevelt, bien enmarcado por sus consejeros favorables a los soviéticos y por sus expertos, varios de los cuales no eran sino espías rusos (Alger Hiss, en particular), presidió las sesiones con una benevolencia que no se desmintió hacia los soviéticos.

Dos temas suscitaron disputas: Francia, en primer lugar, para la cual Stalin

no pretendía nada bueno, pero para la que el Primer Ministro inglés obtuvo una zona de ocupación en Alemania y un asiento en la Comisión de Mando interaliada. El otro tema candente fue, desde luego, Polonia, para la cual, sin volver sobre el problema de la línea Curzon, Roosevelt se esforzó por obtener la ciudad de Lemberg, con su región, mientras que Churchill insistía para que se diese un puesto en el Gobierno a los polacos de Londres. En cuanto al primer punto, Stalin se negó en redondo; en cuanto al segundo, ofreció seguridades que, posteriormente, resultaron ficticias.

Tampoco llegaron a entenderse sobre el porvenir de Alemania. Los rusos exigían 20.000 millones de dólares de indemnización, en especie, para sus reparaciones; ni los estadounidenses ni los ingleses consideraban con favor esa solución. Pero el Presidente evitó comprometerse a fondo, porque le importaba conciliarse al georgiano para obtener: 1.° la participación rusa en la O. N. U., y 2.° la intervención rusa contra el Japón.

Lo consiguió en los dos casos. No obstante, tuvo que prometer que los Cuatro Grandes tendrían el derecho de veto sobre todas las decisiones y que se otorgarían tres puestos a la U. R. S. S., uno por Rusia, otro por Rusia Blanca y otro por Ucrania (en primer lugar habían pedido 17).

El 8 de febrero de 1945, en el palacio de Livadia, el dictador rojo prometió entrar en campaña contra el Japón dos o tres meses después de terminar la guerra alemana, a condición de que Rusia tuviese la voz sobre la Mongolia Exterior, sobre los ferrocarriles de Manchuria y que le «devolviesen» las Kuriles, el sur de Sajalín, el puerto de Dairén, con la base de Puerto Arturo. «No quiero recuperar sino los territorios que Japón quitó a mi país», pretendía. Lo cual era falso, porque nunca las Kuriles habían pertenecido a Rusia, y los demás «derechos» que reclamaban correspondían a la categoría que los europeos se adjudicaban fácilmente en el siglo XIX. Roosevelt lo ignoraba, y juzgó todo eso «muy razonable». Nadie lo informó, y sus «expertos» se guardaron de prevenirlo.

El Presidente y aun Churchill firmaron ese documento, a pesar de las instancias de los consejeros ingleses, que querían disuadir a su jefe, y a pesar de la objeción de los almirantes estadounidenses, que juzgaban inútil y aun peligrosa la ayuda rusa contra el Japón. Los Dos Grandes anglosajones prometieron incluso avisar a Chang Kai-shek y llevarle a que ratificase todo. Nadie mencionó «el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos».

El Tío Joe obtuvo, finalmente, de sus dos compadres que se inscribiese en el acta final la suma de 20.000 millones de dólares de reparación, el 50 por 100 de los cuales corresponderían a Rusia; debían tomar estas cifras como «bases de discusión», a despecho de todas las protestas inglesas.

Después se separaron con grandes protestas de amistad. Churchill, el 27 de febrero, declaraba en los Comunes: «La impresión que traigo de Crimea... es que el Mariscal Stalin y los jefes de Rusia quieren vivir en amistad honorable e igualdad con las democracias occidentales...» En el Congreso, Roosevelt proclamó: «La conferencia de Crimea... toca las campanas, y debe tocarlas, al sistema de las acciones unilaterales, de las alianzas exclusivas, de las esferas de influencia y del equilibrio de fuerzas.»

Estas frases y estas esperanzas no impidieron que los rusos penetrasen en Alemania y tomasen Berlín, saqueándolo todo en su camino, violando a niños y

mujeres de seis a ochenta años, mientras que en el Oeste surgían estadounidenses, ingleses y franceses.

No impidieron que Hitler se suicidase el 29 de abril con Eva Braun, con la cual se acababa de casar; que Roosevelt muriese en cama el 12 de abril; que Churchill fuese batido en las elecciones de julio de 1945, y que Stalin viese palidecer su estrella ante el ascenso de los jóvenes al Comité Central.

El 7 de mayo de 1945 el ejército alemán capitulaba sin condiciones. Gracias a las consignas de Roosevelt, que impedía avanzar a sus generales, Berlín, Praga y Viena caían en manos de los rusos, que tenían ya Varsovia, Bucarest, Budapest y Sofía. Cinco años de guerra por la libertad dejaban a dos terceras partes de Europa encadenadas bajo un tirano de una crueldad más diabólica que la del nazi, y al resto del universo arruinado, desesperado, en pleno caos.

EPILOGO

En el cuartel «Thoiras», en Ré, convertido en prisión para los condenados por los tribunales de justicia, cinco hombres charlaban mientras un fuerte viento soplaba fuera y la tormenta barría el mar.

En mitad de esa sala, donde nos acostábamos quince, cinco de nosotros discutíamos: un periodista, un diplomático, dos jóvenes y yo.

—¿Por qué no se ha defendido usted en su proceso? —me preguntaba el periodista.

—¿De qué sirve perder el tiempo y las fuerzas? —respondía—. Ya lo sabe usted: todas las mañanas los jurados comunistas recibían de su comité central una lista de las personas que condenar y de las penas que infligirles. Todos mis jurados eran comunistas, y hablar me parecía inútil. Por afecto, mis hermanos habían tomado un abogado distinguido, inteligente y animoso, el decano Chresteil, que tampoco quería oírme hablar, ya porque temiese mi franqueza, ya porque le inquietaba que yo pudiese estropear torpemente un argumento que él se preparaba para utilizar de modo más eficaz que yo. Me callé, pues, salvo los raros casos en que el absurdo de los reproches que me hacían me molestaba por encima de los recursos de mi paciencia. El resto del tiempo leía el *Fedón,* de *Platón,* lectura que me parecía tan oportuna como saludable. El presidente del tribunal quedó sorprendido; me hizo preguntar por medio de un guardia lo que yo leía. Se lo dije. Me hizo prevenir que el tribunal no lo juzgaba cortés. Dejé de leer y me puse a escribir en griego una parodia de mi proceso. Me hizo preguntar qué escribía. «El informe del proceso en griego», respondí. Nuestro diálogo terminó ahí.

—¿No era peligroso para usted indisponérselo?

—El no pronunciaba una palabra sin insultarme. Su actitud transpiraba odio, y yo estimaba que no tenía nada que esperar de él. Mucho después el abogado me dijo, al contrario, que era una buena señal, y que eso permitía al presidente, en la discusión que seguía a los debates y preparaba la sentencia, impedir que me condenasen a muerte. Yo creo, más bien, que me salvó un jurado suplente, muchacho honrado, que, sin formar parte de él, seguía los debates para explicar su sentido y su alcance a uno de los jurados en función, leñador de oficio y empleado suyo. No era fácil, en efecto, comprender ese horrible proceso que se llamaba para la prensa: «Proceso del Servicio de las Sociedades Secretas», pero del que habían apartado a su verdadero jefe, porque era magistrado y querían reservarlo, y en el que, al contrario, habían introducido a varias personas que nunca habían formado parte de mis servicios. En ese embrollo se estancaba la

acusación, pidiendo mi muerte a gritos. Durante la ocupación el mismo hombre había obtenido la condena capital de varios comunistas. Tenía que compensarlo. Fracasó. Y estoy aquí.

—Cierto. Pero tiene una pena dura: perpetuidad. Y la posteridad no sabrá las razones que le han hecho actuar.

—Aun sin conocerlas, la posteridad, a menos que sea absurda, no puede reprocharme que haya salvaguardado todas las riquezas, todos los libros y todo el personal de la Biblioteca durante estos cuatro años infernales; el haber informado como pude al Mariscal Pétain y haber intentado reconciliarlo con De Gaulle, y, en fin, haberle obedecido y haber publicado los «Documentos Masónicos». A toda persona de buen sentido mis actos hablan de manera clara. Corresponden a mi pensamiento, a mi persona; ¿por qué tendría yo que añadir charlatanería? Ciertamente, me hubiese gustado más que me condenasen a muerte, porque temo más al tiempo que a la eternidad. Esta era, por lo demás, la intención del buen Ministro cristiano y demócrata que presidía entonces la Justicia en Francia. Lo supe al entrar en Fresnos. El director de esa prisión vino a mí y me dijo: «El señor Ministro de Justicia ha telefoneado, él mismo, para ordenar que le pongamos la cadena más ligera.» «¿Se ponen cadenas a los condenados a perpetuidad?» «¡No!; pero el señor Ministro no dudaba de que, después de las instrucciones que dio, no lo condenarían a muerte», me respondió ese funcionario espiritual (lo necesitaba para ser del próximo Gobierno, entonces en formación).

—Debió ser para usted un momento penoso.

—Muy desagradable, en efecto; pero al ver las caras radiantes de mis parientes y amigos, me di la diferencia de nuestros puntos de vista; después, al subir a mi celda, eso me valió un buen cumplido. Un «derecho común» barría la escalera. «¿Qué pena?», preguntó. «Perpetua.» «¡Ah, qué pena de hombre!», me respondió, con un tono en el que entraba la estima y la admiración. Después me estrechó vigorosamente la mano. Después yo me dije que muchas personas son más desgraciadas que yo: los 120.000 exterminados y torturados de la «liberación» y todos nuestros camaradas cuya familia y amigos fueron muertos, batidos y presos al mismo tiempo que ellos, todos los que han sido separados de su mujer, hijos, etc. Para mí, desde hace mucho, desde el primer Frente Popular, preveía la época que atravesamos; no puede extrañarme ni abatirme. Es conforme a la lógica y a las costumbres de la Francia revolucionaria, como nos las imponen desde 1789.

—No lo comprendo —prosiguió el periodista—; todo eso es absurdo, injusto, demencial, lo contrario a los intereses de Francia, contrario a la justicia, a la razón y aun al interés de quienes nos persiguen, y que sacarían provecho de un país rico, tranquilo y ordenado.

(El pobre muchacho soportaba mal el cautiverio, su carácter padecía.)

—Absurdo, desde luego, como todas las revoluciones, y contrario a la razón, a la justicia y a los intereses del país, como todas las revoluciones, pero conforme a la naturaleza humana, que una inclinación secreta lleva al absurdo. ¿No es eso, joven?

Yo interpelaba a un amable muchacho de poca estatura, de ojos brillantes y de un negro de brasa, tolosano de nacimiento y desenvuelto de carácter, que cojeaba sobre dos palos y rodaba sus eres, como en su Lenguadoc natal.

«Cuente a nuestro amigo periodista (un recién llegado entre nosotros) sus hazañas y sus desgracias.»

El «bachiller» —llamémosle así— hablaba bien y se privaba pocas veces. No se negó.

«Iba a hacer el preu, y eso me fastidiaba, naturalmente. Para distraerme, andaba con los coches y conocía a mecánicos en Francia y en Navarra. En 1943 tuvimos la idea de una especulación que nos pareció ventajosa. Las tropas alemanas de nuestra región, en esa época, volvían de Rusia y no ocultaban que tenían miedo de volver. Cuando estaban borrachos los oficiales confesaban creer que todo estaba perdido para su país. Yo les enseñaba entonces coches bonitos, algo pasados, pero repintados. Se los vendía, uno a cada uno. Pagaban, y yo les prometía que en el momento del desastre lo encontrarían en España, en un garaje de Pamplona que yo les señalaba. Después, gracias a los documentos que me procuraban, yo conducía el auto a Pamplona, donde el mecánico lo revendía. Eso, como comprenderán, nos permitía realizar ganancias apreciables, sirviendo a la vez a Francia.

—¡Cierto! —dijo el periodista—. La Resistencia debería recompensarlos.

—¡Ay, la ingratitud humana...! Todo fue mal. Pero no inmediatamente. En Navidades del 43 un oficial alemán hizo un pequeño viaje a España, visitó a mi mecánico y descubrió nuestra especulación. Una buena mañana de enero del 44 dos «botellas de licor» (ya sabe, esos gendarmes alemanes que llevaban etiquetas en el pecho como los frascos de licor), vinieron a detenerme; pasé al Consejo de Guerra, me condenaron a muerte y me llevaron en seguida a un campo para fusilarme. Lo hicieron rápido, el pelotón tiró y yo caí... Pero todo fue un simulacro. Se habían burlado de mí; después me dejaron en la cárcel. En agosto de 1944 me liberan, me aclaman y me pasean en triunfo por las calles de Tolosa. Pero he aquí que ese miserable mecánico viene a denunciarme, ¡como que he traficado con los alemanes! Y esta vez me muelen a palos. Otra vez me meten en la cárcel, otra vez me juzgan y otra vez me condenan a muerte. Heme aquí otra vez ante el pelotón; entonces los F. T. P. tiran y caigo. Después me vuelven a levantar; era otra vez una farsa estúpida. Y después ya no lo fue. Pasé ante un tribunal de justicia, me impusieron veinte años, y aquí me tienen.

—No ha tenido usted suerte —repuso el periodista—. ¿Por qué no ingresó en una red de resistencia? Lo habrían condecorado.

—No pude. En Tolosa la policía velaba y los comunistas de las redes denunciaban a los pequeños burgueses para ponerse a bien con los nazis, que los fusilaban. A mí me habría pasado, de veras.»

«Es verdad —exclamó el «estudiante»—, porque esa es poco más o menos mi historia.»

El «estudiante» se presentaba como un gran muchacho, pálido, fino y nervioso. Hablaba raras veces, pero cuando comenzaba ponía acento, convicción y calor.

«Es verdad, yo soy la prueba.»

Nos recordó primero que su padre, báltico, enrolado voluntario en la aviación francesa en 1914, herido y tratado en un hospital francés, se había casado con su enfermera y después había comprado un trocito de tierra cerca de Reims,

para vivir allí con ella. Allí nació el niño. Después había estudiado, hizo el Bachillerato y, después, el diploma de la Escuela de Electricidad de Grenoble, y se había alistado voluntario en 1939. No lo quisieron, y la derrota lo soprendió en Rems.

«Mi padre, primero aviador en el ejército Giraud, se había alistado inmediatamente cuando el armisticio. Yo me quedé en Rems con mi hermana, mi abuela, un perro grande y una criada pequeña. Teníamos justo bastante dinero para vivir, pero, al fin y al cabo, podíamos. El fastidio era la policía nazi, que nos vigilaba mucho, sobre todo por mí y por mi edad; en fin de cuentas, me obligaron a partir para Alemania como «trabajador voluntario». No era la cosa muy alegre en Darmstadt; de cualquier modo, como era rubio, alto y báltico, una chica bonita me hizo insinuaciones. ¿Por qué no? El fastidio vino cuando ella tuvo un niño. Yo propuse que nos casásemos, y eso le gustó mucho. Pero, nuevo fastidio, el padre era uno de los jefes nazis del lugar. No le permitieron que diese su hija a un vencido. Nos casamos de todas maneras, pero en secreto; después me enviaron a Rems. Mi mujer me escribía algunas veces, y después cayó enferma; murió, y el niño también. Nada de eso era alegre.

»En Rems las S. S. no me dejaban tranquilo; para tener paz tuve que aceptar ser su radiotelegrafista. Había allí un jefe de puesto bastante bueno; con él el trabajo era fácil, pero toda la ciudad me veía con malos ojos. Yo no podía nada. Un día que iba a París un señor se sentó a mi lado. Al cabo de un momento me murmuraba al oído: «Soy un agente inglés. No tengo documentos. Si usted dice que yo soy su empleado, me salvará la vida.» Bien entendido, yo le hice este pequeño favor. Una vez desaparecidos los policías, el inglés me dijo: «Yo lo conozco, porque el oficial de las S. S. que lo manda es un agente inglés: haga todo lo que él le diga, siga con él y no tema nada. Si usted puede venir mañana a las 11,45 horas a la puerta oeste del metro Marbeuf, nos volveremos a ver y le diré más. Me llamo John Philipps; hasta mañana.»

»El día siguiente, a las 11,45 horas, yo estaba en la puerta oeste del metro Marbeuf, pero había allí seis S. S. que parecían aguardar. No pude quedarme y no volví a ver a mi inglés. En Rems yo tenía cada vez más trabajo. Un día mi jefe me dijo: «Muchacho, lo siento, pero tengo la orden de enviarlo a una red de resistencia en la que nos hemos infiltrado y de la que queremos noticias regulares. Lo siento, no puedo negarme.» Yo sentí mucho más dejar a mi hermana, a mi abuela y al perro. Tuve que partir. Allí reinaba el desorden. Junto a una red resistente infiltrada por los alemanes, había una falsa red, en verdad alemana, infiltrada por los ingleses. Yo ya no comprendía nada. Acabé por dejar todo eso hacia el 15 de agosto del 44 y volví a Rems.

»Habían envenenado a nuestro perro, habían insultado a mi hermana, habían pegado a la criada y a mí me costaba defenderlas contra los miserables y los comunistas de la ciudad. Yo me debatía como podía enmedio de todo ello, cuando llegó, de pronto, un auto inglés con dos policías militares, que me cogieron, me embarcaron, me condujeron a Boloña y después a un campo donde me reuní con un número bastante grande de inculpados, todos en secreto. Al cabo de algunos días comparecía ante un tribunal militar y me dijeron: «Usted ha servido en un puesto que es responsable de la muerte de varios de nuestros agentes. ¿Qué tiene usted qué decir?» Yo respondí que estaba allí contra mi voluntad. Que ignoraba lo que hacían y que no sabía nada de los agentes ingleses muertos.

»Acto seguido, me condenaron a muerte: la horca. Por gracia especial, y porque yo tenía un padre oficial de Su Majestad, me permitieron escribirle. A las cuatro de la mañana vinieron a coger mi carta, antes de colgarme, a las cinco. Mi carta decía, poco más o menos: «Querido padre, estos cerdos ingleses van a colgarme con el pretexto de que he matado a agentes suyos que yo no he visto ni conocido nunca, mientras que, de hecho, he servido a uno de sus agentes: Phillips. Por tanto, digo MIERDA a Inglaterra, MIERDA a todos los ingleses, MIERDA al Rey, MIERDA a la Reina, MIERDA a sus hijos, descendientes y parientes...»

»A las 4,10 horas un soldado vino y me llevó ante un coronel, que me hizo ponerme firme y me reprochó duramente mi falta de respeto a la Corona. Su sermón duró quince minutos. Añadió: «Puesto que usted afirma que ha servido en un puesto dirigido por un espía inglés, le dejo ocho días para darnos las señas. Si no miente, lo liberaremos.» Ya imaginarán si busqué en mi cráneo aquellos días... Al fin, por suerte, recordé. Pedí ver al coronel. Miró mi papel y, dos horas después, hizo que me dijeran: «Usted será liberado esta tarde.»

» ¡Liberado! Me entregaron a la policía francesa. Nuevo proceso, nuevos insultos y, esta vez, ocho años de prisión. Ya adivinarán lo que pienso de todo esto. Todo es absurdo, injusto y cruel en su sistema de la «Liberación». Vuelvo a decir «mierda» a los ingleses.»

El «funcionario», silencioso hasta entonces, tomó la palabra:

«Usted no sabe cuánta razón tiene. Mi familia y yo nos mostramos muy fieles al Mariscal Pétain. Para servirlo yo entré en el Ministerio de la Juventud.

»Estaba en él apenas hacía unas semanas cuando descubrí los manejos de mis colegas, todos resistentes, todos intrigando, traicionando y preparando la subversión. Hablé a nuestro jefe de oficina. Me aconsejó que me mantuviese tranquilo si no quería tener dificultades.

»Indignado, me entendí con un servicio alemán, pero importa cuál: la *Abwehr.* Quedó entendido que, en ocasión del desembarco aliado, me lanzarían en paracaídas a la retaguardia de los angloamericanos con una quincena de camaradas, para informar a los alemanes. Nos dieron emisores y nos enseñaron a servirnos de de ellos. Por desgracia, fuimos detenidos casi inmediatamente.

«Ya imaginarán el proceso... Sin embargo, para nuestra sorpresa, se demoraban. Un buen día comprendí: a mi celda, en Fresnos, vino un oficial ruso que habla bien francés, me estrechó la mano, me ofreció cigarrillos y me propuso liberarme, a condición de que «continuase sirviendo sus redes de informaciones».

«Hay un error —respondí—. No, señor; esa red en la que usted estaba no pertenecía a la *Abwehr* sino aparentemente, pues nuestro genial padre del pueblo la había oragnizado para vigilar el comportamiento de sus aliados, que nos dejaban muchas dudas», etc. Comprendí por qué el proceso se demoraba, pero dije «no» a los rusos. Naturalmente, fui condenado a veinte años.

«Por suerte, yo tenía un amigo, un listo. Durante la ocupación se había casado con la hija de un embajador de uno de los grandes Estados negros del Caribe. Tenía fortuna, relaciones, traficaba con la resistencia, con los alemanes y todo. Cuando De Gaulle ordenó disolver la Resistencia compró una buena colección de tampones de las redes. No demasiado caro. Una inversión.

Con eso me fabricó órdenes de servicio para todo lo que yo había hecho; hizo que las refrendase a alguien con derecho. No demasiado caro. Provisto de

estos papeles, mi abogado fue a ver al juez y pidió un proceso de revisión. El juez, fastidiado, le pidió que no hiciese nada, pero prometió una gracia médica de aquí a tres meses. Estoy esperando. Si hacen trampa volverá a empezar el proceso.

Después de un instante de silencio, el periodista repuso:

—¿Quién no ha hecho trampa en esta guerra? Roosevelt ha hecho trampa empujando a su pueblo a la guerra sin decírselo honradamente. Churchill y los belicistas ingleses han hecho trampa ocultando a su nación los peligros de la empresa. Daladier, Reynaud y Gamelin han hecho trampa arrojando a Francia a una guerra que no tenía ganas de hacer, que no podía sostener y que el pueblo juzgaba inútil. Hitler ha hecho trampa haciendo creer a los suyos que los polacos lo habían atacado. Stalin ha hecho trampa intentando todo el tiempo entenderse con los alemanes mientras reprochaba a los occidentales, que no jugaban limpio. Todos han hecho trampa.

—Los Gobiernos modernos, democráticos y totalitarios que se apoyan en las multitudes siempre hacen trampa —respondí yo—. No pueden hacer otra cosa, puesto que dependen de la opinión y necesitan engañarla. El «humanismo» siempre es una mentira, porque el hombre no gobierna la Tierra. Se las arregla con ella lo menos mal que puede. Si pretenden regular el curso de los acontecimientos y hacerlo constantemente en beneficio del hombre hay que mentir.

No hay política democrática sin mentira, no hay régimen totalitario sin mentira, pero los mejores no se mienten a sí mismos. Así que, a la bribonada, han añadido la estupidez. Roosevelt ha querido la guerra cuando no estaba dispuesto. Churchill ha querido la guerra cuando Inglaterra necesitaba todavía dos años para enfrentarse al peligro. Daladier, Reynaud y Gamelin han arrojado a su país a la guerra cuando los armamentos franceses no podían estar disponibles antes de dieciocho meses. Hitler inició su guerra cuando no tenía ni las reservas de armas, de municiones, de aviones, ni las fábricas indispensables para un combate prolongado. Stalin, después de haber firmado su entendimiento con Hitler, se lanzó sobre Rumania sin preparar a su pueblo al choque inevitable, porque debía saber que Hitler no toleraría que se apoderase de los Balcanes. Todos estos «grandes hombres» se han conducido como tontos o como locos.

El periodista.—Como locos. Son locos. Por lo que toca a Alemania, a su vida social y a sus intereses materiales, Hitler veía justo y, a veces, de manera penetrante. Pero no conocía nada más. Y cuando quería considerar a Europa no discernía más que niebla y barro. Se hundía, por tanto, y en su delirio a veces caía justo, pero tenía que quebrarse al fin y quebrar a su pueblo. Como los demás directores, desde Alejandro, Atila y Napoleón, llevaba en sí todo su destino. Lo sabía, y eso añadía una fiebre ardiente a su delirio. No ha dejado de apresurarse y de quejarse de que tenía que apresurarse. Una locura galopante lo dominaba desde 1940.

Stalin gozaba de una locura más profunda y más serena. La manía sanguinaria. En cuanto se encontraba contrariado, mataba; tal era su reacción normal de hombre anormal. Cuando contaba a Churchill, mientras devoraba una cabeza de lechón, que la eliminación de los *kulaks* no había costado a la U. R. S. S. más que diez millones de hombres, y que, en fin de cuentas, sólo costaría una generación para sustituirlos, revelaba el género de locura que lo dominaba y que

no le impedía ni ser astuto ni jugar cauto, pero su locura lo dominaba porque no podía menos de exterminar a los 12.000 oficiales polacos de Katyn, lo cual era peligroso; ni proponer en Teherán, en un brindis, la matanza de 50.000 oficiales alemanes, lo cual era absurdo, pues era revelar su método, su locura, ante unos aliados en los que no tenía confianza.

Yo.—Su locura se ve también en su ingenuidad con Hitler. Sin duda, éste le había ayudado a instalarse y a mantenerse en el poder dándole el medio de desembarazarse de Tujachevsky, pero debía imaginar que era también el preludio de una guerra germano-rusa, como todo lo indicaba y, sobre todo, los libros del nazi. ¡Qué locura dejarse sorprender! ¡Qué demencia pedir al embajador japonés que arreglase las cosas en la misma hora en que sus tropas se dejaban exterminar o se rendían por todas partes! Stalin fue un loco maligno, pero un loco.

El periodista.—¿Y Roosevelt?

Yo.—Roosevelt también fue un loco, pero de otro tipo. Parecía como un buen muchacho bastante necio, pero dotado de instinto político. Sabía manejar a las multitudes, aunque tuviese pocos conocimientos exactos, pocas ideas generales y poco espíritu abierto. No comprendía nada de arte, ni de literatura, ni de filosofía. Se nutría de novelas baratas y aceptaba las nociones de su tiempo y de su medio.

Todo cambió con su enfermedad. Gracias a ella, durante cerca de diez años, su mujer y las personas que escogía su mujer lo recrearon y lo condicionaron. Su enfermedad, su soledad y su prisión en la enfermedad hicieron de él un hombre concentrado, secreto, orgulloso y dominador. Eso es frecuente en los enfermos. Gracias a Eleanor Roosevelt, gracias a Louis Howe, a Bernard Baruch y a Hopkins supo rodearse de hombre hábiles que pusieron a Estados Unidos al trabajo en 1932-1936. Gracias a ellos creció en él el sueño de un condominio mundial Estados Unidos-Rusia, o Roosevelt-Stalin. Ya en 1936, según el testimonio de Bullitt, esta obsesión lo dominaba. Lo dominó hasta su muerte. Este fue su delirio normal. Lo sacrificó todo: a Francia, Inglaterra, Estados Unidos y a Europa Central para llegar a esa amistad íntima, a esa autoridad común con el hombre al que amaba ya como a su hermano.

La obsesión aparece de modo manifiesto en sus últimos meses. En Yalta no quiso ver nada. A fines de marzo del 45, algunos días antes de morir, recibió el mensaje más duro, el más insultante de Stalin, que le reprochaba negociar a sus espaldas con los alemanes para obtener por medio de Kesselring, el comandante nazi en Italia, la retirada rápida de las tropas alemanas ante las suyas, cuando los nazis concertaban todos sus medios contra los rusos. Roosevelt respondió humildemente, obtuvo su perdón y dijo a las personas de su círculo: «Esto debe ser olvidado, borrado.» Uno de sus confidentes más íntimos, Leahy, lo atestigua. Este incidente ocurrió entre el 20 de marzo y el 4 de abril de 1945, mientras que Roosevelt murió el 12 de abril.

El periodista.—Yo he visto a veces a Churchill, parecía un borracho de espíritu bastante sano.

Yo.—Inteligente, abierto y valiente, en efecto; pero ligero y truhán. Así lo pareció durante toda la guerra, con vislumbres de lucidez, pero, más a menudo, dominado por el placer del juego violento que es la guerra. Padeció la locura y la estupidez de Roosevelt. Padeció también su astucia, porque el Presidente no

olvidó los beneficios que podía sacar de los acontecimientos para su país: islas del Pacífico, la toma del Japón, el acceso directo a las materias primas..., lo cual es el secreto de la «descolonización». Churchill pudo protestar que, como hombre sano, no podía luchar contra esos dos locos astutos y brutales. No pudo salvar ni a Polonia, ni a Europa Central, ni al Imperio inglés...

El «funcionario» intervino entonces:

—Los pueblos, ¿no fueron más locos que esos hombres para confiarse a ellos?

—No —respondí yo—; los pueblos no son ni locos ni sensatos. Desde que se ha creado la prensa cotidiana, la radio y la televisión, los pueblos, en cuanto multitudes, no pueden nunca pensar, sino sólo sentir, y en el estrépito de palabras con que los ceban han perdido el recogimiento y la conciencia; es decir, la facultad de reflexionar por sí mismos y de consultar a sus instintos; las naciones sufren, pues, el prestigio de las palabras: se les promete libertad, el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, el derecho a la prosperidad, etc. Se pone en marcha las radios, los tambores, las trompetas y la presión social. Todo el mundo le sigue. Pero hagamos justicia a los pueblos: en el 39, ni el pueblo alemán, ni el pueblo francés, ni el pueblo inglés, ni el pueblo estadounidense querían la guerra. Los tres locos se la impusieron.

El periodista.—No se equivocaban. El de Francia fue batido, devastado, ocupado y exterminado. El pueblo inglés ha sido destrozado en cincuenta batallas y ha sido arruinado por la pérdida de sus colonias; no ha terminado de pagar esa guerra. El pueblo estadounidense, por su parte, ha sufrido pérdidas más graves, y lo que no mide todavía: al arrojar la bomba atómica sobre los japoneses en un momento en que estaban vencidos se ha cubierto de un oprobio que, para la posteridad, igualará al de las crueldades nazis contra los judíos, con la agravación de que ha abierto el camino a un terror cuya víctima será él mismo dentro de poco.

Yo.—No sea injusto. El pueblo estadounidense no tiene culpa de esa bomba. La idea vino de algunos sabios cosmopolitas. Roosevelt, en su delirio, la aprobó. Truman, en su estupidez, ordenó su uso, sin medir lo que hacía, y el desgraciado pueblo que vive entre el Atlántico y el Pacífico, el Canadá y Méjico va a pasar por culpable, tanto más cuanto que, en la democracia, se supone que la nación escoge a sus jefes y sigue siendo responsable de sus actos.

El periodista.—Añada a esta penalidad moral el hecho de que, al destruir al Imperio inglés, Roosevelt, sin prevenir a su nación, e incluso sin hacérselo saber, le ha dado la carga inmensa de mantener el orden en la Tierra.. No ha terminado de padecer ni penar por ello. El día en que se decida a rechazar esa carga decidirá su decadencia, porque su poderío industrial exige diversos mercados de exportación. Para mantenerlos tendrán que luchar, y a menudo y duramente.

El funcionario.—En suma, sólo la U. R. S. S. ha ganado en este juego.

Yo.—Y además... se ha apoderado de territorios inmensos; ha puesto bajo su yugo a toda la Europa Central y balcánica: Polonia, Alemania Oriental, Hungría, Bulgaria, Rumania y Checoslovaquia; ha dominado a toda Europa y la mayor parte de Asia; pero no ha podido sino hacerse odiar por sus súbditos. Ha podido destruir la nobleza, la burguesía y todas las clases dirigentes; los campesinos, los obreros, los proscritos y los oprimidos la detestan y se la guardan. En su primera debilidad se levantarán contra ella y le cogerán el cuello.

El funcionario.—No olvide tampoco que Roosevelt, en su estupidez para complacer a los soviéticos, les hizo un regalo funesto. Obligó a Chang Kai-shek a que tomase ministros comunistas. Así Mao Tse-tung, a quien Stalin se guardaba de ayudar y que estaba a la cuarta pregunta, fue puesto a flote de pronto. No cesa de ganar terreno. El día en que logre sustituir a Chang Kai-shek la U. R. S. S. tendrá que velar por Mongolia Exterior e incluso por su Siberia.

Yo.—No hay ningún vencedor que no deba considerar su victoria del 45 como una prueba. Ninguna de ellos se ha tomado tiempo para considerar las consecuencias de sus actos. Todas las guerras de Hitler fueron «relámpago» o «presurosas». Contaba con un éxito rápido y no podía pasarse sin él. Cuando tardó en Rusia, buscó en vano recuperar el tiempo perdido; tendría que haber apartado al enemigo de sus fronteras y de sus fábricas dieciocho meses más para poseer el instrumental que necesitaba. Así, a fin de su vida, no dejaba de quejarse de que el destino no le hubiese dejado nunca tiempo para realizar sus proyectos.

Roosevelt, enfermo, débil, apremiaba la guerra tanto como podía; no pensaba más que en la postguerra, en el glorioso condominio que rusos y estadounidenses ejercerían entonces sobre el mundo, en su colaboración con el «Tío Joe», para establecer un universo pacífico, racional y feliz. Stalin, asustado por las pérdidas rusas y, sin duda, acosado por su Comité Central, buscaba la paz y la proponía a Hitler en el 42-43: tanto temía la prolongación de la guerra. Churchill, perseguido por su oposición, siempre bajo la amenaza de elecciones, temblaba a cada derrota, y Dios sabe si hubo ocasiones durante los años 39-42. Buscaba todos los medios por abreviar el conflicto.

El periodista.—Esta prisa le hizo cometer torpezas sobre torpezas, cuyos absurdos resultados vemos: dos Coreas, dos Mongolias, dos Alemanias, etc. Nunca se ha cerrado una paz más estúpidamente, o, más bien, la han hecho abortar. La Europa Central es un caos sin fronteras seguras, ni garantías, ni libertad; el universo tantea entre la paz y la guerra, entre la guerra y la paz. ¿Qué queda de los sueños de Roosevelt? ¿La O. N. U.? Pero se ha hecho el campo cerrado en que se baten la U. R. S. S. y Estados Unidos. En toda la Tierra estas dos naciones se enfrentan y se amenazan. En vez de una cooperación armoniosa, el mundo vive entre peligros constantes, mortales, que sólo palian negociaciones más secretas y maquiavélicas de lo que fueron nunca las de los soberanos más retorcidos.

El funcionario.—Y la guerra, que ha matado ya a ocho millones de rusos, dos millones ochocientos mil alemanes, a quinientos cincuenta mil ingleses, a trescientos mil franceses y, en redondo, a 22 millones de hombres, continúa matándolos en China, en todos los rincones de Asia y Africa, mientras que en la U. R. S. S. continúan las matanzas, las ejecuciones, las purgas, los campos de concentración y la prisión. Toda Europa los imita y nosotros no somos los más desgraciados del montón.

Yo.—Los franceses, desde 1787, practican el odio como una virtud, uniéndose a los comunistas, para quienes constituye un deber. ¿Recuerda usted en Fresnos las visitas de los «médicos comunistas» y la de las «mujeres comunista»? Exigían siempre y obtenían a menudo el redoblamiento de la dureza con nosotros. De los alemanes y los rusos, nuestros franceses han vuelto a aprender el arte de la tortura, abolida por Luis XVI en 1785. En Drancy, en el Instituto Dental, en Limoges y en innumerables partidas y prisiones se han ejercitado con nuestros camaradas: prisioneros a los que arrastran sobre cristales amontonados, a

quienes obligan a correr descalzos por encima; baños helados o hirviendo; corrientes eléctricas en las partes viriles; etc.

Han creado así una atmósfera en la cual se instala el mundo moderno, hecho de crueldad, de cólera y de espionaje, bajo cuya amenaza viven los mismos que nos tienen cautivos. Ya lo verá a su liberación: nunca se recuperará la libertad de espíritu y de vida que conocía Europa antes de 1939. La guerra la ha destruido y los vencedores, por su locura, la han abolido por mucho tiempo. El viento sopla del Este. Su progreso es, ante todo, el progreso de la violencia, de la ferocidad y del terror. Dominan a los espíritus, los encantan y los fascinan. Los encontramos en las novelas, en el teatro, en el cine y en los juegos infantiles; en la triple moda que hace que nuestros contemporáneos celebren a Marat el sangriento, a Robespierre el asesino y a Sade el abyecto, quedará como el símbolo de esta época.

Así charlábamos en las largas horas de espera que constituyen los cautiverios.

Poco a poco se veía disminuir nuestro número, ya porque un ministro más humano llegase al poder, ya porque un funcionario más venal se encontrase bien situado. Algunas profesiones recuperaban el sentido de la confraternidad: los marinos, los aviadores y los inspectores de Hacienda fueron los primeros. Los escritores, los periodistas y los profesores alimentan esos odios intelectuales, que no ceden tan fácilmente. Yo podía morir en prisión, tanto más cuanto que, a pesar de los esfuerzos de los míos y de mis amigos, mi cuerpo, cansado de los muros oscuros, de las camas duras, de la sopa de coles más o menos podridas y de la pesada grasa comenzaba a ceder.

Obtuve, sin embargo, un reconocimiento médico que me envió a un hospital, al de Angers, donde me alojaron en un cuartucho con huecos, al cabo de una sala de viejos agonizantes. Uno o dos policías me guardaban día y noche. Pero en el hospital no tenían los únicos remedios que hubiesen permitido tratarme. La muerte venía, pues, a pasos lentos y después más rápidos. Cuando la sentía acercarse decidí escaparme.

No es posible lograrlo sin ayuda exterior, y yo no quería arrastrar a los míos a esa aventura. Pero en el curso de mis desplazamientos de una prisión a otra había encontrado a un joven audaz, aventurero, de una inteligencia tan viva como práctica y que unía al gusto por la filosofía y a un don poético muy grande un maravilloso espíritu de aventura. Una amistad probada nos unió, y cuando salió me prometió trabajar por mi liberación por los medios más eficaces. La evasión nos pareció pronto el único práctico.

Una fuga reclama reflexión, cuidado y exactitud.

Tuvimos que prepararla. El amigo consiguió venir a verme, gracias a diversos subterfugios y establecer una correspondencia conmigo que transmitían jóvenes enfermeras. Juzgamos que lo más seguro era una fuga en auto hacia un país extranjero y no demasiado dependiente de Francia: España o Suiza, por ejemplo. Pero España pareció demasiado lejana; Luxemburgo, demasiado pequeño; Bélgica, demasiado ligada a Francia, e Inglaterra, demasiado cerrada. Quedaba Suiza.

Un anciano sacerdote caritativo le dio documentos utilizables. Un prestamista de accesorios de teatro le procuró una sotana nueva y un abollado sombrero de eclesiástico. Después había que alquilar un coche y, para ello, algún dinero. Yo lo tenía depositado a mi nombre en diversos Bancos, pero un cautivo no puede disponer de nada. Y nadie se atrevía a adelantarme fondos, ni siquiera los míos,

para una empresa tan arriesgada. Por fortuna, la amiga más fiel había tenido la desgracia de ser atropellada por un coche cuyo conductor le indemnizó con 550.000 francos..., que puso a mi disposición.

Tenía que suscitar todavía las circunstancias favorables en el hospital que me albergaba. Debía contar con la hostilidad de la religiosa que presidía la sala. Creía en De Gaulle y me reprochaba que yo no creyese en él; creía también en Dios y me reprochaba que no partiese para su cielo muy pronto. Así, pues, me la guardaba por doble partida. Las demás religiosas, menos ardientes y más piadosas, me habrían ayudado, pero, por deber, se negaban. Una criada anciana me dio, sin embargo, la tarjeta de identidad de un enfermo que acababa de morir. Me dijo también que el domingo, de diez a doce, tenían «capítulo».

Eso fijaba la hora favorable y el día de la semana. Para mis guardas, tan buenas personas en el fondo, pero rústicos, me esforcé por encontrar entre las revistas, semanarios y periódicos, los que ocupaban más tiempo, obligándoles al esfuerzo más prolongado en vista del placer más vivo. *Ici Paris* les parecía un abismo de misterios, de profundidad y de delicias. Me cuidé de recibirlo cada semana. Añadí hojas más brillantes, pero cuyo encanto les tocaba menos.

Para fugarse hacen falta al menos diez minutos de tiempo. Ahora bien, esos guardas nunca debían perderme de vista, salvo en el retrete... y, aun en ese caso, tenían la consigna de permanecer en la puerta. Gracias al orgullo de los que pertenecían al partido comunista y a algunas burlas por mi parte, les di la costumbre de permanecer en mi celda estudiando *Ici Paris* mientras yo residía en aquel rincón y gradualmente alargué mis estancias en aquel lugar, bajo pretexto de un intestino reacio. Logré demorarme hasta treinta minutos seguidos sin incidente, pero, precaución elemental, no iba sino inmediatamente después de las inspecciones de los cabos, que nunca habrían tolerado tal relajo de la disciplina. Mis cancerberos nunca notaron este detalle, que habría podido ilustrarles.

El domingo me condujeron a la misa en la capilla del hospital, abierto ese día al público. Eso creaba una circunstancia favorable. Pero la prudencia obligaba a escoger un domingo en que la policía tuviese otras preocupaciones que correr tras de mi, es decir, principio o fin de vacaciones. El 15 de agosto, por desgracia, no estábamos prestos.

El domingo 30 de septiembre de 1951, víspera del comienzo del curso escolar, nos pareció conveniente. El grueso del tránsito rodaría del Sur al Norte y del Norte al Sur, mientras que nosotros iríamos Oeste-Este. Esperé aquel día en la fiebre y el temor.

Lloviznaba. Al entrar en la capilla, una personilla vestida de enfemera me empujó y me puso en la mano un papel con una punta de lápiz. «¿A qué hora?» Yo me hundí en mis plegarias e, inclinado sobre mi misal, garabateé: «A las 10,55 horas.» A la salida, ella estaba en mi camino y la empujé, deslizando el papel entre sus dedos. «Usted no es cortés con las mujeres», me dijo uno de los dos guardias.

Una vez en mi celda me desnudé lentamente, sin quitarme el pantalón ni los zapatos. A las diez cincuenta y cinco lancé un grito: « ¡Oh, mi vientre! », y tendiendo *Ici Paris* al policía me precipité afuera, no al rincón habitual, sino a la escalera. En el bajo me esperaba la seudo-enfermera, que me puso una peregrina negra y una gorra de vieja y después atravesamos el patio. Mis rodillas flaqueaban y lloraba. El esfuerzo de querer un acto por mí mismo y contra todos, después

de siete años de obediencia y de pasividad me parecía agotador. La mujer me sostenía y me decía: «Saldrá bien.» Por causa de la lluvia el portero no salió de su caseta: bastó que ella le mostrase su capa de enfermera.

Me lancé al auto negro que nos esperaba y tuve una crisis de llanto violenta. Mi compañero y la amiga generosa me sacudieron. Arrancamos sin tardanza. Sólo acababan de llegar y, como habían pinchado tres veces de París a Angers, no teníamos ya neumáticos de recambio. Nos largamos al Este sin detenernos, sino a 200 kilómetros de Angers, para vestirme mi sotana, darme una inyección estimulante y beber un poco de ginebra. El aire del otoño me transportaba, yo quería detenerme para ver las iglesias románicas que no conocía, como antes en mis viajes; no se podía, había que darse prisa. No encontramos sino un puesto de gendarmes en nuestro camino: detenían a todos los coches que venían del Sur. Dije al amigo: «Vé más lento, sin detenerte», y después, al llegar a la altura de los gendarmes los bendije con un gesto amplio lleno de piedad. Los gendarmes se santiguaron y pasamos sin dificultad. A las siete de la tarde estábamos en Bellaguardia.

Entre tanto, en Angers, al cabo de cuarenta minutos, mis guardias comenzaron a buscarme; miraban en todos los rincones, todos los armarios, y me gritaban: «Ya basta de bromas; ya conocemos la canción. Fay, vuelva», una y otra vez, sin resultado. Una dama amable, visitadora de las prisiones, a la que había dejado entender que encontraba aquello fastidioso, cometió el error de decirles: «Se habrá fugado, quizá.» «No es posible —respondieron—. ¡El, no!» Después reflexionaron, y hacia las dieciséis telefonearon al prefecto, que, furioso, los insulto primero, y después telefoneó a París. Una voz suave, según me afirmaron, le respondió: «Señor prefecto, eso es grave; lo vamos a destituir.» La voz suave tuvo la humanidad de no alertar a los puestos fronterizos. Yo la bendije.

En Bellaguardia tomé el último tren Lión-Ginebra, lleno de ginebrinos que acababan de pasar un domingo en Francia, de niños pimpantes y de parejas tiernas. Mi suciedad, mi traje y mi barba, de diez días, me valía la deferencia y las consideraciones de todos. Entre tanto, mi amigo, que quería regresar a Dijón aquella misma tarde, pinchaba cinco veces y quedó en apuros parte de la noche. La amiga animosa que me había acompañado me entregó un gran misal, que yo llevaba humilde y piadosamente. Acababan de poner «El diario de un cura de aldea» en Ginebra, y yo parecía un comparsa para esa película. A la llegada, los padres me hicieron bendecir a los chicos y a las chicas. Yo ponía mucha unción, tropezando con mi sotana, demasiado larga.

«Vamos, señor cura, abrevie —me gritó el hombre de los pasaportes—. Tengo prisa.» Yo le puse en el morro «mi» tarjeta de identidad fraudulenta, invocando por lo bajo a todos los santos del paraíso, pero en seguida, la incomparable amiga echó por encima su pasaporte, exclamando: «Yo también tengo prisa.» Un doble tamponazo permitió franquear la barrera y me devolvió mi libertad.

Las calles de Ginebra, húmedas y espejantes de luces irisadas, me parecieron un espejismo. La embriaguez de una libertad cuyo gusto no había olvidado me transportaba. Cantaba versos de Ronsard y trozos de salmos, con el himno de triunfo de los guerreros Gengis-Kan, que yo había aprendido antes, para la entrada de los aliados en Berlín.

De pronto, un vendedor de periódicos me empujó: «La guerra de Corea»,

se mostraba en grandes caracteres en su hoja. Hablaba también de las matanzas de China, de los desórdenes de Indochina, de la desazón de Europa, etc. Las personas que la leían tenían la cara preocupada.

«Es verdad, continuaba en mí una voz que yo conocía demasiado, la voz de los tres locos continúa, rebota y repercute; haría falta a los hombres una sabiduría que han perdido para liberar a sus espíritus y a su universo.»

Advertí entonces que llovía y que, hasta mi muerte, sería como los demás cautivos de un delirio, de una violencia y de odios contra lo que nada triunfaría hasta el nacimiento de una sabiduría nueva y divina.

FUENTES BIBLIOGRAFICAS

He considerado un deber decir lo que sabía de la guerra de 1939-45 y lo que había podido comprender. Como sólo el hombre es inteligible para el hombre, me he atenido a la acción de los tres hombres que quisieron, condujeron y modelaron esta guerra. Me he privado de estadísticas y sociología.

Para que el relato de mis aventuras y experiencias tuviese un sentido había que situarlas en el curso de los acontecimientos y reservarles la importancia relativa que tuvieron respecto de los demás hechos de la época. Estaba obligado a redactar la historia de esta guerra desde sus primicias hasta sus consecuencias; pero he intentado limitar la amplitud de estos desenvolvimientos, porque la mente humana comprende mejor lo que abarca más fácilmente.

He utilizado, pues, todas las informaciones seguras que podía encontrar en los libros franceses, ingleses, estadounidenses y alemanes y en las colecciones de fuentes. No me he limitado únicamente a las obras universitarias ni patentadas por los historiadores oficiales o universitarios. Muchas informaciones de primer orden escapan a estos trabajos, que la situación de sus redactores obliga al respeto a las ideas recibidas y a las consignas prescritas. No he vacilado en tomar de libros poco ortodoxos, populares o incluso fantásticos, las informaciones originales y exactas que encerraban; de todos modos, en aquellos casos, como en casi los demás, por otra parte, tenía que verificar su autenticidad.

Me he guardado de utilizar las memorias de los jefes de Estado, ministros y generales, salvo en casos muy raros, porque no son, de ordinario, sino defensas en que se deforman los hechos para la gran gloria de su autor. Lord Moran fue sorprendido por la diferencia entre lo que había visto y lo que describía Churchill, leyendo sus Memorias *(op. cit.*, pág. 87).

Las publicaciones de documentos, por su parte, preparadas por historiadores oficiales u oficiosos, me han inspirado más de una duda y no las he utilizado sino con prudencia. Por ejemplo, ¿cómo es que los documentos cogidos de los archivos del Reino alemán y publicados bajo la autoridad de los Gobiernos aliados, gracias a la solicitud de los historiadores más notorios de Estados Unidos, Inglaterra y Francia, no contienen ninguna pieza sobre el período marzo-octubre 1939, cuando, para los meses precedentes y siguientes, esa obra suministra amplios informes? Ninguna época merecería más el ser aclarada, y el investigador, ante esta carencia, no puede evitar el creer que han querido ocultarle un secreto fastidioso.

Tampoco se encontrará en las páginas que siguen una bibliografía sistemática; me ha precido más útil criticar brevemente cada obra en el momento que la menciono. El índice permitirá remitirse a las diversas obras.

He citado todos los libros, fuentes y relatos con la mayor fidelidad posible. Unicamente me he permitido, en las anécdotas del Epílogo, ocultar los nombres propios de los héroes, que viven todavía y que han sufrido ya demasiado para que les imponga nuevas dificultades.

He presentado todos estos acontecimientos como los he vivido; otros los habrán considerado desde otro ángulo o habrán participado en manera diferente. Puedo afirmar, al menos, que he seguido fielmente todas las notas que había tomado en el curso de esos años. Gracias a la devoción de una persona que me es muy querida no he perdido ninguna de ellas.

He recibido mucha ayuda, consejos, opiniones y contribuciones para este trabajo. Más a menudo, los que querían dármelos me rogaban que olvidase su nombre. Puesto que no puedo nombrarlos, me parece justo no nombrar a nadie y repetir mi gratitud a todos esos amigos, próximos o lejanos, que ya la conocen.

Debiera agradecer más aún a quienes me han permitido sobrevivir a estas pruebas. Ellos saben que este libro les está dedicado.

Lo está de manera más directa aún a quien ha sufrido por todos nosotros, al que tuve el honor de servir y cuya amistad sigue siendo el orgullo de mi vida, el mariscal Pétain.

He creído rendirle un último homenaje no ocultando nada de lo que sabía sobre su valor, su lucidez, su fatiga, sus debilidades y la perfección de su sacrificio.

Primera Parte

CAPITULO 1

1.ª SECCIÓN:

Véase, sobre las ilusiones de Roosevelt en cuanto al ejército francés, F. PERKINS: *The Roosevelt I knew* (Wiking Press), 1946, pág. 352, libro sincero y verídico.

2.ª SECCIÓN:

V., sobre la juventud y la enfermedad de Roosevelt, mi libro *Roosevelt et son Amérique* (Plon), 1932. Sobre Missy Le Hand, v. los curiosos informes que da ELEANOR ROOSEVELT: *This I Remember,* libro muy interesante, bien escrito, y tan sincero como prudente, págs. 108, 114, 169-170 y 223. Habla en él también de Bullitt, págs. 127, 140 y 170.

CAPITULO 2

1.ª SECCIÓN:

V. sobre el acuerdo Bonnet-Ribbentrop: GEORGES BONNET: *Le Quai d'Orsay sous trois Républiques* (Fayard), 1961, págs. 240 s., libro sincero, exacto y prudente, que me parece refleja la verdad; en todose los casos en que he podido hacer verificaciones lo he encontrado conforme a la realidad. Sobre la mediocridad del «Intelligence Service» en esta época, véase el libro, curioso y verídico, de BRUCE PAGE, DAVID LEITGH y PHILIP KNIGHTLEY: *Philby* (Deutch), París, 1968, págs 110 ss. (Estos ingleses saben de qué hablan.)

2.ª SECCIÓN:

Sobre la atmósfera diplomática en el 39 después de Praga, v.: G. BONNET: *op. cit.*, páginas 262 s.; también: A. J. P. TAYLOR: *Les Origines de la deuxième guerre mondiale* (Presses de la Cité), 1961, págs. 227 s. (Esta obra, perspicaz y bien informada, está estropeada por prejuicios antifranceses que limitan su alcance.) Sobre el caso Tilea, la misma obra, págs. 231-236.

3.ª SECCIÓN:

V., sobre Bernard Baruch: ELEANOR ROOSEVELT: *op. cit.*, págs. 109-110. ALFRED POTOCKI: *Châtelain en Pologne* (R. Laffont), París, 1961 (obra frívola, pero útil), y ROBERT E. SHERWOOD: *Roosevelt and Hopkins* (Harper and Brothers), Nueva York, 1948, págs. 113-114 (libro esencial, lleno de documentos, sincero, aunque ciego en cuanto a sus dos héroes).

CAPITULO 3

V., sobre la evolución de la cuestión polaca de 1928 a septiembre de 1939: A. J. P. TAYLOR, *op. cit.*, págs. 217-219, 221, 224, 234, 237 s.; G. BONNET, *op. cit.*, páginas 262-269.

CAPITULO 4

1.ª SECCIÓN:

Todos estos detalles provienen de notas que tomé en el momento de las entrevistas.

CAPITULO 5

V., sobre las negociaciones anglo-franco-polaco-rusas: A. J. P. TAYLOR, *op. cit.*, páginas 238-39, 255-265; G. BONNET, *op. cit.*, 270-272 y 278-283. En cuanto a las palabras de Halifax, v.: A. J. P. TAYLOR, *op. cit.*, págs. 267-269. Sobre las instancias pacíficas de Goering y de su círculo, la misma obra, págs. 273-74. Sobre los armamentos de Hitler, la misma obra, págs. 245 s. Sobre las ilusiones de los polacos, la misma obra, pág. 267. Sobre la actitud de Roosevelt y de Hopkins ante la amenaza de guerra: R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, págs. 120-126, etc. Sobre el viaje de los oficiales ingleses a la U.R.S.S.: A. J. P. TAYLOR, *op. cit.*, págs. 268-69. Sobre la elección de Roosevelt en 1939-40: R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, págs. 118 s. Sobre sus declaraciones pacíficas, págs. 125, 134 y 191 (por la cita). Sobre Hitler y los soviéticos: A. J. P. TAYLOR, *op. cit.*, págs. 291-296

CAPITULO 6

V., sobre las vacilaciones del Gobierno francés y la sesión del Comité de Defensa Nacional: G. BONNET, *op. cit.*, págs. 286-290, y "*Les Evénements survenus en France de 1933 à 1945*" (informe parlamentario), t. 2, págs. 276-278. Sobre los esfuerzos de Chamberlain por la paz y la negativa de Roosevelt: A. J. P. TAYLOR, *op. cit.*, páginas 304-306. Sobre las ofertas de negociación de Mussolini: G. BONNET, *op. cit.*, páginas 299-302.

CAPITULO 7

V. sobre las declaraciones de guerra: A. J. P. TAYLOR, *op. cit.*, págs. 310-311; G. BONNET, *op. cit.*, págs. 303-306. Sobre la insuficiencia y las indecisiones de Daladier, debo citar estas palabras de Chautemps: «Decir que el destino de Francia está en las manos de dos hombres: uno que no tiene voluntad, pero lo sabe (y se señaló con el dedo), y el otro, que cree tenerla, pero no la tiene en absoluto, ¿cuál de los dos es más peligroso?» Y después de una pausa: «Creo que es él, porque quiere el poder.» Frase clave, que me repitieron poco después de que Chautemps la pronunciase. V. sobre la política francesa de esta época y la oferta de paz de Hitler-Stalin: G. BONNET, *op. cit.*, págs. 313-319. Sobre las estupideces de Gamelin, véase el curioso libro de ROBERT BOUCARD: *Les dessous de l'espionna-*

ge, *1939-1959* (Descamps), París, 1958, libro pintoresco, pero cuya seriedad he podido verificar, en particular las págs. 69-74.

CAPITULO 8

V. sobre el comportamiento de Daladier, en particular: G. BONNET, *op. cit.*, páginas 316-319. Sobre la política de Reynaud, la misma obra, págs. 319-322. Sobre el plan alemán caído en Bélgica, v.: ROBERT BOUCARD, *op. cit.*, págs. 55-69. La frase de Corap a Sir Samuel Hoare se encuentra en un libro de este último: *Neuf années de crise* (Amiot-Dumont), París, 1957, pág. 370, libro muy interesante y muy imparcial, que informa también de modo muy preciso sobre las vacilaciones y las dificultades del Gobierno británico en el 39-40. V., sobre la alta estima en que se tenía al general Corap en el ejército francés, el buen libro, tan preciso, de G. BEAU y L. GAUBUSSEAU: *Dix erreurs, une défaite* (Presses de la Cité), París, 1967, páginas 13-15 y *Passim.*

CAPITULO 9

Véase, sobre el caos en el ejército francés del 40: G. BEAU y L. GAUBUSSEAU, *op. cit.*, páginas 105-108, 181-182, y ROBERT BOUCARD, *op. cit.*, págs. 75-79 y 95-106.

CAPITULO 10

Sobre la actitud de Hitler después de caer el avión alemán en Bélgica, v.: ROBERT BOUCARD, *op. cit.*, págs. 67-69. Sobre las declaraciones de Gamelin el 10 de mayo y días siguientes: G. BONNET, *op. cit.*, págs. 321-323.

CAPITULO 11

V., sobre la ofensiva Weygand y la política de Reynaud, G. BONNET, *op. cit.*, páginas 324 s.; JACQUES LAURENT y GABRIEL JEANTET: *Année 40* (La Table Ronde), París, 1965, págs. 8-10, libro esmerado, con ánimo poco favorable a Reynaud, no por ello menos exacto y digno de crédito. V. sobre el comportamiento de Roosevelt en esa hora crítica: R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, págs. 157-167. Sobre los llamamientos de Reynaud y de Churchill, con las respuestas de Roosevelt, la misma obra, páginas 143-147. Sobre la fusión de Francia-Inglaterra: G. BONNET, *op. cit.*, págs. 327-328. También: CAMILLE CHAUTEMPS: *Les Secrets de l'Armistice* (Plon), París, 1963, páginas 160-162, obra escrupulosa, y aun sincera, a pesar de algunas reticencias.

Segunda Parte

CAPITULO 1

1.ª SECCIÓN:

V., sobre el armisticio, el libro de CHAUTEMPS, *op. cit.*, págs. 158 hasta el final, que me parece el informe más detallado, aunque en uno o dos puntos queden oscuridades. JACQUES LAURENT y GABRIEL JEANTET, *op. cit.*, págs. 165-190. Se puede estudiar también las largas exposiciones de este tema que se encuentran en: *Evénéments survenus en France de 1933 à 1945*, tomo 4, págs. 827 s. y *passim.* Sobre el general De Gaulle en Inglaterra: MILTON VIORST: *Les Alliés ennemis, De Gaulle-Roosevelt* (Denoël), París, 1965, págs. 46-50, libro muy detallado, apasionadamente gaullista, pero enumera los hechos con exactitud, aunque los juicios sean los de

un polemista. Sobre su fracaso ante los soldados franceses, la misma obra, pág. 58. Sobre las negociaciones anglo-alemanas en el 40: ALAIN DECAUX: *Les Nouveaux dossiers de l'Histoire* (Librairie académique Perrin), París, 1968, obra desigual, pero interesante y, a veces, documentada, págs. 83-103, y JACQUES LAURENT y GABRIEL JEANTET, *op. cit.*, págs. 191-194. Sobre las discusiones alrededor de la flota francesa en 1940: R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, págs. 144 ss.; WILLIAM L. LANGER: *Le Jeu américain à Vichy* (Plon), París, 1948, págs. 58 ss., libro muy bien hecho, sobre datos suministrados por los antiguos oficiales de Estados Unidos y redactado por un historiador, merece la mayor atención; de todos modos, el hecho de que se publicase en 1948, justo después del suceso, limita su valor.

2.ª SECCIÓN:

V., sobre Hitler, su actitud antibolchevique y sus ambiciones orientales: EBERHARD JACKEL: *La France dans l'Europe de Hitler* (Fayard), París, 1968, págs. 30 s., uno de los libros más importantes sobre las relaciones franco-alemanas del 38 al 45, que posee todas las cualidades de seriedad de documentación y de imparcialidad; puede ser utilizado sin temor; no podrían reprochársele sino inexactitudes menores, que conciernen a los nombres propios franceses, y cierta ingenuidad.

CAPITULO 2

La primera parte de este capítulo se ha establecido sobre el expediente relativo a estos sucesos, que he conservado en mis archivos.

Sobre el mercado negro durante la ocupación, no conozco ninguna obra completa, aunque este tema es de extrema importancia. V.: ROBERT ARON: *Histoire de Vichy* (Fayard), París, 1954, págs. 190, 256 ss., en que se aborda el tema (libro sincero, serio y tan imparcial como lo permitía la época, pero incompleto en muchos puntos). V. sobre Otto Abetz: EBERHARD JACKEL, *op. cit.*, págs. 99 s.

CAPITULO 3

Sobre el general Weygand, v., sobre todo, sus interrogatorios en: *Evéments survenus en France de 1933-1945*, tomo 4, passim; ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 88 s. Sobre Ménétrel y Du Moulin de la Barthète, v.: ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 175-178. Sobre los ministros de Vichy en 1940: ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 165-175. Sobre W. Churchill y Mazalquivir: ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 102 s.; JACQUES LAURENT y GABRIEL JEANTET, *op. cit.*, págs. 206-212. Sobre las sesiones de la Asamblea Nacional en julio del 40: ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 120-155. Sobre el trabajo para ocultar las armas francesas, la misma obra, págs. 246-251.

CAPITULO 4

1.ª SECCIÓN:

V. sobre la actitud de William Bullitt en esta época, su artículo en *Life*, v. 25, número 9. Sobre la situación de De Gaulle en Inglaterra en esta época, v.: MILTON VIORT, *op. cit.*, págs. 53, 59, 66-68.

2.ª SECCIÓN:

Todo ello proviene de las notas que tomé entonces y conservé en mis archivos.

3.ª SECCIÓN:

V., sobre la nota de Abetz a sus servicios: SAINT PAULIEN: *Histoire de la collaboration* (L'Esprit nouveau), París, 1964, pág. 47, libro muy rico, muy sincero y

muy interesante, a pesar de un punto de vista a veces estrecho y cierto desorden. V., sobre De Gaulle y Dakar: MILTON VIORST, *op. cit.*, págs. 73-78. Sobre la «batalla de Inglaterra», v. el admirable libro de MARCEL JULLIAN: *La Bataille d'Angleterre* (Presses de la Cité), París, 1965, *passim* (el autor, antiguo aviador, describe las operaciones con precisión, vida y sentido de la realidad notables). Encontramos, en las págs. 61 ss., la lista de las fuerzas aéreas alemanas.

4.ª SECCIÓN:

V. sobre Montorio: EBERHARD JACKEL, *op. cit.*, págs. 163 y 179, y ST. PAULIEN, *op. cit.*, páginas 127-137. Es interesante comparar los dos puntos de vista. V. igualmente, C. GOUNELLE: *De Vichy à Montoire* (Presses de la Cité), París, 1966, págs. 287, 299, etcétera, libro excelente y seguro. Sobre el Mariscal e Inglaterra: ROBERT ARON, *opúsculo cit.*, págs. 287, 299 ss.; LOUIS ROUGIER: *Mission secrète à Londres* (Cheval Ailé), Ginebra, 1946, y *Les Accords secrets franco-britanniques...* (Grasset), 1954; véase, sobre todo, el texto esencial: PRINCE JAVIER DE BOURBON: *Les accords secrets franco-anglais* (Plon), París, 1949, el más informado, más completo y el más exacto sobre este tema.

CAPITULO 5

V., sobre lo noche del 15 de diciembre de 1940: EBERHARD JACKEL, *op. cit.*, página 202; SAINT-PAULIEN, *op. cit.*, págs. 181-182; ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 324 y 336. Sobre el 13 de diciembre: E. JACKEL, *op. cit.*, págs. 203-210; ROBERT ARON, *op. cit.*, páginas 331-334; SAINT-PAULIEN, *op. cit.*, págs. 170-180. Sobre la destitución de Flandin: E. JACKEL, *op. cit.*, págs. 228-229; SAINT-PAULIEN, *op. cit.*, pág. 193, que cita la carta de dimisión de Flandin; ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 364, 366. Sobre la misión de Leahy: WILLIAM LANGER, *op. cit.*, págs. 131-133; LEAHY: *I was there*, Whittlesey, 1950, páginas 42-50, libro sincero, exacto y de gran interés, pues Leahy, sin ser demasiado inteligente, era perspicaz. Sobre el R.N.P. y su formación y sus intenciones: SAINT-PAULIEN, *op. cit.*, págs. 194-196. Sobre el viaje de Darlan a Berchtesgaden: EBERHARD JACKEL, *op. cit.*, págs. 226-239; ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 424-432. Sobre el modo cómo Pétain obstruyó el acuerdo: E. JACKEL, *op. cit.*, págs. 241-253. Sobre las dificultades de Hitler en el Este, la misma obra, pág. 255, y SCHELLENBERG: *Le Chef du contre-espionnage nazi vous parle* (Librairie académique Perrin), París, 1957, páginas 131-134, libro interesante y lleno de informaciones, pero a veces aventurado, cuyos asertos hay que verificar. La cita de Benoist-Méchain sobre Hitler en Berchtesgaden se encuentra en: SAINT-PAULIEN, *op. cit.*, pág. 220. Sobre Rudolf Hess, la misma obra, págs. 221 ss, y SCHELLENBERG, *op. cit.*, págs. 181 s. Sobre la política de Roosevelt hacia las colonias francesas: WILLIAM LANGER, *op. cit.*, págs. 188-191. Sobre el caso de Siria: MILTON VIORST, *op. cit.*, págs. 96-99, que ofrece el punto de vista gaullista; también: R. ARON, *op. cit.*, págs. 443-446, visión más serena.

CAPITULO 6

Sobre la extraña actitud de Stalin el 21 de junio, v.: PIERRE RONDIÉRE: *Et le Monde retient son souffle* (Presses de la Cité), París, 1967, págs. 17 y 33-46, libro curioso, indispensable para este período, pero desigual. Sobre las reacciones angloamericanas ante la nueva guerra: ROBERT E. SHERWOOD, *op. cit.*, págs. 303, 305-308. Sobre el viaje de Hopkins a Moscú, la misma obra, págs. 325-354, narración muy completa y muy interesante.

2.ª SECCIÓN:

Sobre las leyes antimasónicas, v. las ideas críticas de: SAINT-PAULIEN, *op. cit.*, páginas 264-266. Sobre la Revolución Nacional y su declinación, v. los buenos capí-

tulos de ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 196-251, 404-423. Sobre las persecuciones antijudías, la misma obra, págs. 227-233 y 504; EBERHARD JACKEL, *op. cit.*, págs. 322-326. Sobre la L.V.F., la misma obra, págs. 327 ss., y SAINT-PAULIEN, *op. cit.*, págs. 239-252, que constituye una apología de la L.V.F. Sobre la creciente influencia de los comunistas: ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 398 s.; HENRI MICHEL: *Histoire de la Résistence* (Presses Universitaires de France), 1950, págs. 24, 30, 31 s., libro breve, útil, pero muy incompleto. Sobre la entrevista de Argentia: R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, páginas 352-365; ELLIOT ROOSEVELT: *Mon Père m'a dit* (Flamarion), París, 1947, páginas 35-67, obra sincera, sólida y exacta. Sobre la Carta del Atlántico, la misma obra, págs. 63-64. Sobre la chatarra y la guerra con el Japón: ELLIOT ROOSEVELT, *op. cit.*, págs. 28-29. Sobre el general Beaufre y la situación en Argelia: BEAUFRE: *La Revanche de 1945* (Plon), París, 1966, págs., 32-64, libro útil, detallado y personal; además: WILLIAM LANGER, *op. cit.*, págs. 274 ss.; MILTON VIORST, *op. cit.*, páginas 91-93. Sobre la proclamación de De Gaulle, v. el texto en: SAINT-PAULIEN, *op. cit.*, págs. 289-290. Sobre la actitud de Stalin: PIERRE RONDIÉRE, *op. cit.*, páginas 251 s. Sobre las disensiones entre Roosevelt y De Gaulle en 1941: MILTON VIORST, *op. cit.*, págs. 80-109. Sobre la crisis entre Vichy y los ocupantes a fines del 41: ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 453-463; SAINT-PAULIEN, *op. cit.*, págs. 270 s., comprendido el proceso de Riom. Sobre la entrevista Pétain-Goering a fines del 41: ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 462-463. Sobre las palabras de Hitler a sus generales: *Revue d'Histoire de la Deuxième Guerre mondiale.* Sobre Hitler, su estado nervioso a fines del 41 y sus generales: WALTER SCHELLENBERG, *op. cit.*, págs. 251, 253, etcétera. Sobre el desarrollo de la negociación nipo-americana, la narración más segura se encuentra en el libro: ROB. ATHEOBALD: *The final secret of Pearl Harbor,* Nueva York, 1954, en particular las págs. 195 ss. También: R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, páginas 421 s. Sobre la actitud de Roosevelt la mañana de Pearl Harbor, v. MISS PERKINS, *op. cit.*, págs. 378-379. Sobre la derrota alemana ante Moscú: PIERRE RONDIÉRE, *op. cit.*, págs. 333 s.

CAPITULO 7

1.ª SECCIÓN:

Las cifras de producción que ofrece Hopkins se encuentran en: R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, pág. 474. El relato del encuentro Roosevelt-Churchill se encuentra en: LORD MORAN: *Mémoires* (Robert Laffont), París, 1966, págs. 22-23, libro de interés esencial, que revela los actos y los sentimientos de Churchill tal y como los mostraba a sus íntimos del 41 al 45. Todo confirma su exactitud y su imparcialidad. Sobre las relaciones germano-polacas en el 41-42: SCHELLENBERG, *op. cit.*, páginas 245, 251 s. Sobre las discusiones entre Churchill y Marshall: LORD MORAN, *op. cit.*, págs. 45 s.; R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, págs. 520 s.

2.ª SECCIÓN:

Sobre las relaciones de Leahy con Darlan, v.: LEAHY, *op. cit.*, págs. 87 s. Sobre el general Giraud y Argelia: SAINT-PAULIEN, *op. cit.*, págs. 252 s.; ROBERT ARON, *op. cit.*, páginas 538 s. Sobre los consejos pesimistas que dieron a Laval los mariscales y generales alemanes: E. JACKEL, *op. cit.*, págs. 315-316. Sobre Giraud y sus altercados con los alemanes: E. JACKEL, *op. cit.*, págs. 315-317, y ROBERT ARON, *op. cit.*, páginas 515-516. Sobre Sauckel y sus exigencias: E. JACKEL, *op. cit.*, págs. 320 s.; ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 521-527. Sobre el papel de Sauckel en Rusia: PETER KLEIST: *Entre Hitler et Staline* (Plon), París, 1953, págs. 157 s., libro exacto, honrado y lleno de informaciones útiles. Las cifras ofrecidas por Abetz se han sacado del libro de: CLAUDE GOUNELLE, *op. cit.*, págs. 445-447. Sobre Laval y Pétain, la misma obra, págs. 438 s.

3.ª SECCIÓN:

V., sobre el Gabinete Laval: ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 493-500.

CAPITULO 8

1.ª SECCIÓN:

Sobre las negociaciones de paz en el 42, v.: SCHELLENBERG, *op. cit.*, págs. 307 s.; PETER KLEIST, *op. cit.*, págs. 192 s.

2.ª SECCIÓN:

Sobre la entrevista Churchill-Stalin en 1942, v. LORD MORAN, *op. cit.*, págs. 66-75. Sobre el viaje de W. Wilkie: R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, págs. 635-636; el memorándum de Hopkins se encuentra en la misma obra, en las páginas 641-42.

3.ª SECCIÓN:

Sobre el desembarco en Argelia, v.: ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 538-556; SAINT-PAULIEN, *op. cit.*, págs. 340 s. Sobre la reacción alemana: E. JACKEL, *op. cit.*, páginas 34-349, donde se describe la entrevista Laval-Hitler.

4.ª SECCIÓN:

V., sobre Darlan en Argelia: M. VIORST, *op. cit.*, págs. 167-176; R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, págs. 650-656. Sobre la invasión de la Zona Sur y el hundimiento de la Flota: ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 557-571 y 578-585.

CAPITULO 9

La cita de Roosevelt está sacada de R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, pág. 667. Sobre la campaña de Túnez he seguido el relato, muy exacto, de: CHESTER WILMOT, *op. cit.*, páginas 112 s.; EDDY BAUER: *La Guerre des Blindés* (Payot), Lausana, 1965, páginas 431-450. Sobre las conjuras y atentados contra Hitler: SAINT-PAULIEN, *op. cit.*, páginas 395 s. Sobre la reunión de Casablanca en enero de 1943: LORD MORAN, *op. cit.*, páginas 87-92; ELLIOTT ROOSEVELT, *op. cit.*, págs. 84-152; R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, páginas 669-91. Las cartas de Stalin vienen de la misma obra, pág. 701. Sobre las conversaciones Roosevelt-Eden, la misma obra, págs. 707 s. Sobre Katyn: ALAIN DEGAUX, *op. cit.*, págs. 285-366, y JAN CIECHANOWSKI: *Defeat in Victory* (Doubleday), Nueva York, 1952, págs. 158 s., libro lleno de documentación, muy sincero y muy apasionado. Sobre la entrevista entre Roosevelt y Bullitt, *op. cit.*, en *Life*. Sobre el viaje de Churchill a Washington en mayo del 43: LORD MORAN, *op. cit.*, páginas 101-108, y R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, págs. 728 s. Sobre la resistencia francesa a partir del 43: H. MICHEL, *op. cit.*, págs. 16-32, 41-51. Sobre el F.R.N.: SAINT-PAULIEN, *op. cit.*, págs. 378 s.

CAPITULO 10

1.ª SECCIÓN:

V., sobre el conflicto Roosevelt-Churchill en el 43: LORD MORAN, *op. cit.*, páginas 116-117, y R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, págs. 738 s. Sobre la Muralla del Atlántico: E. JACKEL, *op. cit.*, págs. 364- 421 s.; CH. WILMOT, *op. cit.*, págs. 192 s. Sobre el saqueo nazi en Francia: E. JACKEL, *op. cit.*, págs. 438 s. Sobre los ejércitos alemanes en Francia, la misma obra, pág. 430. Sobre el Servicio de Trabajo: R. ARON, *op. cit.*, páginas 534 s. Sobre las partidas que se crean: H. MICHEL, *op. cit.*, págs. 90-99, y SAINT-PAULIEN, *op. cit.*, págs. 102 s. Sobre Hitler en 1943-44: SCHELLENBERG, *op. cit.*,

páginas 323, 377, etc. Sobre las operaciones en Ucrania: CHESTER WILMOT, *op. cit.*, páginas 144 s., y EDDY BAUER, *op. cit.*, págs. 631 s. Sobre la rendición italiana: R. E. SHERMANN, *op. cit.*, págs. 741 s.

2.ª SECCIÓN:

Sobre los esfuerzos de Roosevelt por ver a Stalin: R. S. SHERWOOD, *op. cit.*, páginas 747 y 751 s., y LASTO HAVAS: *Assassinat au Sommet, Arthaud,* París, 1968, páginas 155 y 174 s., libro de tono burlón y fantástico que no por ello contiene menos informaciones originales y de gran importacia, cuya exactitud he podido verificar. Sobre los problemas y dificultades polacos en el 43: JAN CIECHANOWSKI, *op. cit.*, páginas 168, 174 s. Sobre el nombramiento de un general en jefe americano y el problema Marshall: R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, págs. 748 s. La entrevista de Roosevelt con el cardenal Spellman apareció en: *La Nation Roumaine,* París, febrero-marzo, 1962. Sobre las reuniones de Quebec, en agosto del 43: R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, págins 748 s., y LORD MORAN, *op. cit.*, págs. 115 s. Sobre la reunión en El Cairo en noviembre del 43: LORD MORAN, *op. cit.*, págs. 134-137, y R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, páginas 766 s. Sobre Teherán: LASLO HAVAS, *op. cit.*, págs. 7-8. Sobre la conferencia de Teherán: R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, págs. 776-798, narración de importancia esencial, y LORD MORAN, *op. cit.*, págs. 138-148; LASLO HAVAS, *op. cit.*, págs. 241, 245, 256 s., hasta la 260; ELLIOTT ROOSEVELT, *op. cit.*, págs. 205-235 (la pág. 234 da el brindis de Stalin que cito aquí). Sobre las instancias de los amigos del Mariscal para que actuase a fines del 43: ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 632 s. Mis archivos me han procurado otros documentos más completos. Sobre De Gaulle en Argelia: MILTON VIORST, *op. cit.*, págs. 250-256.

CAPITULO 11

1.ª SECCIÓN:

Sobre Pierre Laval en 1944: ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 629 s. Sobre el acuerdo Bichelonne-Speer, la misma obra, págs. 675-676; E. JACKEL, *op. cit.*, pág. 432. Sobre las matanzas nazis en Francia: R. ARON, *op. cit.*, págs. 661-62. Sobre el proceso Pucheu: PAUL SERANT: *Les Vaincus de la Libération* (Laffont), París, 1964, páginas 174-177. Sobre las querellas entre Roosevelt y De Gaulle en 1944: MILTON VIORST, *op. cit.*, págs. 257 s. Sobre efectivos alemanes en el Oeste: CHESTER WILMOT, *op. cit.*, págs. 195 s., y los mapas de las págs. 198 y 202-203. La larga carta de Stalin está sacada de: LEAHY, *op. cit.*, págs. 232-234.

2.ª SECCIÓN:

Sobre Roosevelt y Polonia, v. JAN CIECHANOWSKI, *op. cit.*, págs. 275 s. Sobre Roosevelt y De Gaulle: MILTON VIORST, *op. cit.*, págs. 267 s.; LEAHY, *op. cit.*, págs. 236 s.

3.ª SECCIÓN:

Sobre el embrollo de los servicios secretos, véanse en particular los libros siguientes, tan típicos: PIERRE ACCOCE y PIERRE QUIET: *La Guerre a été gagnée en Suisse* (Librairie académique Perrin), París, 1966, *passim,* y, sobre todo, las páginas 271 s.; GILLES PERRAULT: *L'Orchestre rouge* (Fayard), París, 1967, *passim,* y, sobre todo, las págs. 433 s.; BRUCE PAGE, DAVID LEITCH y PHILIP KNIGHTLY: *Philby, the spy who betraved a generation* (André Deutsch), 1968, *passim,* y, en particular, las páginas 164 y 165. Sobre el refuerzo de las fuerzas alemanas en Normandía: CHESTER WILMOT, *op. cit.*, págs. 204. Sobre la caída de Canaris: SCHELLENBERG, *op. cit.*, páginas 353 s. Sobre la querella Rundstedt-Rommel: CHESTER WILMOT, *op. cit.*, páginas 205 s., y lo mismo, en cuanto a los preparativos ingleses, las páginas 176 s.

4.ª SECCIÓN:

V., sobre la situación en Francia en la primavera del 44 y las gestiones de Abetz: ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 665 s.; E. JACKEL, *op. cit.*, págs. 415 s.

CAPITULO 12

1.ª SECCIÓN:

V., sobre el desembarco anglo-americano: CH. WILMOT, *op. cit.*, págs. 233-266, relato detallado y excelente. Sobre las V1: CH. WILMOT, *op. cit.*, págs. 153-159. Sobre la reunión Hitler - Rundstedt - Rommel: CH. WILMOT, *op. cit.*, págs. 333-334, y E. JACKEL, *op. cit.*, págs. 466-468. Sobre el accidente de Rommel, la misma obra, páginas 357-358. La declaración de De Gaulle se encuentra en MILTON VIORST, *op. cit.*, página 274; la de Pétain, en: ROBERT ARON, *op. cit.*, págs. 679-680. Sobre la muerte de Henriot, la misma obra, pág. 681, y SAINT-PAULIEN, *op. cit.*, págs. 435-436. Sobre la conjura antihitleriana: CH. WILMOT, *op. cit.*, págs. 366-82; E. JACKEL, *op. cit.*, páginas 471-781. Sobre los esfuerzos de Laval por constituir un Gobierno en agosto del 44: R. ARON, *op. cit.*, págs. 685-687 y 698. Sobre la detención del Mariscal y de Laval y su traslado a Alemania, la misma obra, págs. 695-708. Sobre el reconocimiento del Gobierno De Gaulle por Estados Unidos: MILTON VIORST, *op. cit.*, páginas 297-299. Sobre la evacuación de París por los alemanes: E. JACKEL, *op. cit.*, páginas 487 s., y, sobre todo, SAINT-PAULIEN, *op. cit.*, págs. 474 s. Sobre el viaje de De Gaulle a ultramar: MILTON VIORST, *op. cit.*, págs. 281 s. Sobre las matanzas en Francia: SAINT-PAULIEN, *op. cit.*, 450-454; PAUL SERANT, *op. cit.*, págs. 171-191. Sobre las discusiones anglo-americanas en cuanto a un ataque en Europa Central: CHESTER WILMOT, *op. cit.*, págs. 543 s. Sobre las querellas Eisenhower-Patton-Montgomery, la misma obra, págs. 459 s. Sobre el viaje de Churchill a Moscú en octubre del 44: LORD MORAN, *op. cit.*, págs. 194-205. R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, págs. 833 s. Sobre las discusiones Churchill-Mikolajczyk: LORD MORAN, *op. cit.*, págs. 198-201 (en esta última páginas se encuentra la cita de Churchill). Sobre el documento relativo a los Balcanes: R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, pág. 636. Sobre la ofensiva de las Ardenas, v. el estudio, muy bueno, de: CHESTER WILMOT, *op. cit.*, págs. 574 s. Sobre las entrevistas de Yalta, entre todas las narraciones, las más impresionantes son las de Hopkins: R. E. SHERWOOD, *op. cit.*, págs. 850-869; de LORD MORAN, *op. cit.*, páginas 216-236, y de LEAHY, *op. cit.*, págs. 310 s. Se recubren, aun cuando se oponen y parecen las más verídicas.

INDICE

Págs.